



# Balzac

## LA COMEDIA HUMANA

*Sobre Catalina de Médicis*

*El elixir de larga vida*

*Los proscritos*

*Luis Lambert*



TOMO XXVIII



Lectulandia

“La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana”.

Balzac

**Lectulandia**

Honoré de Balzac

**Sobre Catalina de Médicis & otras  
historias**

**La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - 28**

ePub r1.0  
Piolin 25.04.16



Título original: *La Comédie humaine*  
Honoré de Balzac, 1840  
Traducción: Antonio Ribera & José María Amamaya  
Editor: Augusto Escarpizo  
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



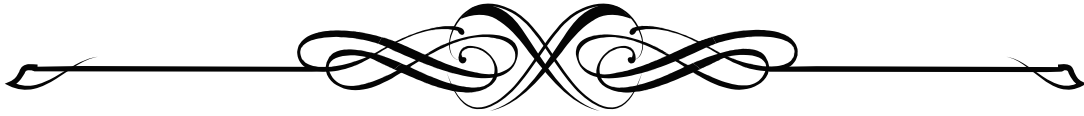
ePubLibre



Edición conmemorativa  
**Tercer aniversario**



## **SOBRE CATALINA DE MÉDICIS**



DEDICATORIA  
AL MARQUES DE PASTORET  
Miembro de la Academia de Bellas Artes

Cuando se piensa en el asombroso número de volúmenes publicados para indagar el lugar de los Alpes por el que Aníbal efectuó su paso, sin que aún hoy se pueda saber a ciencia cierta si fue, según Witraker y Rivaz, por Lyon, Ginebra, el San Bernardo y el valle de Aosta; o, según Letronne, Follard, Saint-Simon y Fortia d'Urban, por el Isère, Grenoble, Saint Bonnet, el monte Génèvre, Fenestrelle y el paso de Suze; o según Larauza, por el monte Cenis y Suze; o, según Estrabón, Polibio y de Luc, por el Ródano, Viena, Yenne y el monte del Gato; o, en opinión de algunas personas de talento, por Génova, la Bochetta y la Scrivia, opinión que comparto, y que Napoleón había adoptado; sin contar el vinagre con que han sido aliñadas las rocas alpestres por algunos eruditos, ¿debe asombrar, señor marqués, el ver la historia moderna tan descuidada, que los puntos más importantes son oscuros y que las más odiosas calumnias pesan aún sobre nombres que deberían ser venerados? Observemos, de paso, que la travesía de Aníbal ha devenido casi problemática a fuerza de esclarecimientos. Así, el padre Ménestrier cree que el Scoras señalado por Polibio es el Saona; Letronne, Larauza, y Schweighauser estiman que el Isère; Cochará, un sabio lionés, el Drôme; para cualquiera que tenga ojos, se hallan entre Scoras y Scrivia grandes semejanzas geográficas y lingüísticas, sin contar la casi certeza de que la flota cartaginesa ancló en Spezia o en la rada de Genova... Concebiría por mi parte esas pacientes búsquedas, si la batalla de Canas fuera puesta en duda; pero, ya que sus resultados son conocidos, ¿a santo de qué ennegrecer tanto papel con conjeturas que son en cierto modo los arabescos de la hipótesis; mientras que la historia más importante respecto a la época actual, la de la Reforma, se encuentra plagada de oscuridades tan densas, que hasta se ignora el nombre del hombre<sup>[1]</sup> que hizo navegar un buque de vapor en Barcelona, en los tiempos en que Lutero y Calvino inventaban la insurrección del pensamiento?

Tenemos, creo, la misma opinión, tras haber efectuado, cada uno de nuestro lado, las mismas investigaciones sobre la grande y bella figura de Catalina de Médicis. Así, yo he pensado que mis estudios históricos sobre esta reina serían convenientemente dirigidos a un escritor que desde hace ya tanto tiempo trabaja en la historia de la Reforma, y que de tal modo rendiría así un homenaje público, acaso precioso por su rareza, al carácter y a la fidelidad del hombre monárquico.

París, enero de 1842

## INTRODUCCION

Se clama hartamente generalmente a la paradoja, cuando los sabios, sorprendidos por un error histórico, intentan enderezarlo; mas para cualquiera que estudie a fondo la historia moderna, es seguro que los historiadores son embusteros privilegiados que prestan su pluma a las creencias populares, absolutamente como la mayoría de los periódicos actuales solamente expresan las opiniones de sus lectores.

La independencia histórica ha brillado mucho menos en los laicos que en los religiosos. Es de los benedictinos, una de las glorias de Francia, que nos vienen las luces más puras sobre cuestiones históricas, siempre, empero, que no estuviera en juego el interés de los religiosos. Por ende, desde mediados del siglo XVIII, se han alzado grandes y eruditos controversistas que, afectados por la necesidad de corregir los errores populares acreditados por los historiadores, han publicado notables trabajos. Así, el señor Launoy, apodado el *Descubridor de santos*, hizo una guerra cruel a las santidades entradas de contrabando en la Iglesia. Así, los émulos de los benedictinos, los miembros poco conocidos de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, comenzaron, sobre puntos históricos oscuros, sus *memorias* de una paciencia tan admirable de erudición y de lógica. Así Voltaire, en un interés desgraciado, con una pasión triste, llevó frecuentemente la luz de su inteligencia a los prejuicios históricos. Diderot emprendió, con esta intención, una obra demasiado prolija sobre la época histórica del Imperio romano. Sin la Revolución francesa, la *crítica*, aplicada a la historia, iba acaso a preparar los elementos de una historia de Francia, honesta y verdadera, cuyas pruebas desde hacía tiempo se hallaban recopiladas por nuestros grandes benedictinos. Luis XVI, espíritu justo, ha traducido personalmente la obra inglesa en la que Walpole ha ensayado explicar a Ricardo III, y de la cual tanto se ocupó el siglo último.

¿Cómo personajes tan célebres como reyes y reinas, cómo personajes tan importantes que generales de ejércitos, se convierten en objeto de horror o de escarnio? Entre la canción sobre Malborough y la historia de Inglaterra, la mitad del mundo vacila, como se titubea entre la historia y la creencia popular a propósito de Carlos IX. En todas las épocas en que han tenido lugar grandes batallas entre las masas y el poder, el pueblo se crea un personaje *ogresco*, si se permite arriesgar un vocablo para traducir una idea cabal. Así en nuestro tiempo, sin el *Memorial de Santa Helena*, sin las controversias entre los realistas y los bonapartistas, ha estado a punto de que el carácter de Napoleón permaneciera desconocido. Unos cuantos abates de Pradt más, todavía algunos artículos de periódicos y, de emperador, Napoleón pasaba a la categoría de ogro. ¿Cómo se propaga y se acredita el error? Ese misterio se realiza a nuestra vista, sin que nos demos cuenta. Nadie se percata a qué extremo ha prestado consistencia la imprenta a la envidia que se dedica a las personas encumbradas y a las cuchufletas populacheras que resumen, en sentido contrario, un gran hecho histórico. Así, el nombre del príncipe de Polignac se da en toda Francia a



los malos caballos a los que se azota. ¿Y quién sabe lo que el futuro pensará del golpe de Estado del príncipe de Polignac? Como consecuencia de un capricho de Shakespeare, y acaso fue una venganza como la de Beaumarchais contra Bergasse, Falstaff es, en Inglaterra, el arquetipo del ridículo; su nombre provoca la risa: es el rey de los payasos. En vez de ser enormemente repleto, neciamente enamorado, vano, borracho, viejo, corruptor, Falstaff era uno de los personajes más importantes de su siglo, caballero de la orden de la Jarretera. Y revestido de un mando superior. Al advenimiento de Enrique IV al trono, *sir* Falstaff tenía a lo más treinta y cuatro años. Este general, que se distinguió durante la batalla de Azincourt, en la que hizo prisionero al duque de Alençon, tomó en 1420 Montereau, que fue vigorosamente defendido. En fin, bajo Enrique IV, derrotó a diez mil franceses ¡con mil quinientos soldados cansados y muertos de hambre! Esto, en cuanto a la guerra.

Si de ahí pasamos a la literatura, entre nosotros, Rabelais, hombre sobrio y tan abstemio que no bebía más que agua, pasa por un adicto a la buena mesa y un bebedor impenitente. Mil ridículos cuentos han corrido sobre el autor de una de las más bellas obras de la literatura francesa, el *Pantagruel*. Aretino, el amigo de Ticiano y el Voltaire de su siglo, tiene, en nuestros días, una fama en completo desacuerdo y oposición con sus obras y con su carácter, la cual le confiere una licencia de espíritu en armonía con los escritos de aquel siglo, en que lo libremente deshonesto era alabado, y las reinas y cardenales escribían cuentos que hoy en día se estiman licenciosos. Se podrían multiplicar al infinito los ejemplos de este género. En Francia, y en la parte más grave de la historia moderna, ninguna mujer, a no ser Brunilda o Fredegunda, ha sufrido más de los errores populares que Catalina de Médicis, mientras que María de Médicis, cuyas acciones han sido en su totalidad perjudiciales a Francia, escapa al oprobio que debería cubrir su nombre. María ha disipado los tesoros amasados por Enrique IV, y no se ha exonerado jamás del reproche de haber sabido el asesinato del rey; ha tenido por *íntimo* a d'Epernon, quien no ha impedido el golpe de Ravillac, y que conocía a este testafarro ejecutor; obligó a su hijo a desterrarla de Francia, desde donde alentaba las revueltas de su vástago, Gastón; y, en fin, la victoria que sobre ella obtuvo Richelieu, no fue debida sino al descubrimiento que el cardenal hizo a Luis XIII de documentos sobre la muerte de Enrique IV mantenidos en secreto. Catalina de Médicis, por el contrario, salvó la corona de Francia; mantuvo la autoridad real en circunstancias en las que más de un príncipe habría sucumbido. Habiendo de enfrentarse a facciosos y a ambiciones como las de los Guisa y de la casa de Borbón, a hombres como los dos cardenales de Lorena y los dos acuchillados y los dos príncipes de Condé, la reina Juana d'Albret, Enrique IV, el condestable de Montmorency, Calvino, los Coligny y Teodoro de Béze, le fue preciso desplegar las más raras cualidades, las más preciosas dotes del estadista, bajo el fuego de las chacotas mordaces de la prensa calvinista. He aquí hechos que, ciertamente, son incontestables. Así, para quien ahonda la historia del siglo XVI en Francia, la figura de Catalina de Médicis aparece como la de un gran monarca. Una vez

disipadas las calumnias por los hechos arduamente hallados a través de las contradicciones de los libelos y las falsas anécdotas, todo se explica a la gloria de esta mujer extraordinaria, que no tuvo ninguna de las debilidades de su sexo, que permaneció casta en medio de la corte más galante de Europa, y que supo, a pesar de su penuria, construir magníficos monumentos, como para reparar las pérdidas causadas por las demoliciones de los calvinistas, que produjeron al arte tantas heridas como al cuerpo político. Estrujada entre príncipes que se decían herederos de Carlomagno y una facciosa rama segundona que quería enterrar bajo el trono la tradición del condestable de Borbón, Catalina, obligada a combatir a una herejía que estaba a punto de devorar la monarquía, sin amigos, percibiendo la traición en los jefes del partido católico, y la república en el partido calvinista, empleó el arma más peligrosa, pero la más segura y certera de la política, la astucia... Resolvió trastear sucesivamente al partido que quería la ruina de la casa de Valois, a los Borbones que pretendían la corona y a los reformistas, los radicales de aquellos tiempos, que soñaban con una república imposible, como los de nuestra época, quienes sin embargo no tienen nada que reformar. Así, mientras ella vivió, los Valois han conservado el trono. Bien comprendía el valor de esta mujer el gran de Thou, cuando al enterarse de su muerte, exclamó:

—¡No es una mujer, es la realeza la que acaba de morir!

Catalina tenía, en efecto, en el más elevado grado el sentimiento de la realeza, por lo que la defendió con un valor y una persistencia admirables. Los reproches que le han hecho los escritores calvinistas, son evidentemente su gloria, pues ha incurrido en ellos debido a sus triunfos. ¿Se podía triunfar de otro modo que mediante la astucia? Ahí reside toda la cuestión. En cuanto a la violencia, este medio toca a uno de los puntos más discutidos de la política, y que, en nuestro tiempo, ha sido resuelto sobre la plaza donde se ha puesto un gran pedrusco de Egipto<sup>[2]</sup>, para hacer olvidar el regicidio y ofrecer el emblema del sistema actual de política materialista que nos gobierna; ha sido resuelto en los Carmelitas y en la Abadía; ha sido resuelto en las escaleras de San Roque; ha sido resuelto ante el Louvre en 1830, y todavía una vez por el pueblo contra el rey, como después por la mejor de las Repúblicas de La Fayette contra la insurrección republicana en San Mauricio y en la calle Transnonnain. Todo poder, legítimo o ilegítimo, ha de defenderse cuando es atacado; mas ¡cosa singular!, allí donde el pueblo es heroico en su victoria contra la nobleza, el poder pasa por asesino en su duelo contra el pueblo. En fin, si sucumbe tras su llamada a la fuerza, el poder pasa aún por imbécil. El gobierno actual intentará salvarse, con dos leyes, del mismo mal que atacaba a Carlos X, y del que quería zafarse este príncipe con dos decretos. ¿No será esa una amarga irrisión? ¿Es lícito que el poder utilice la astucia contra la astucia? ¿Debe matar a quienes quieren matarlo? Las matanzas de la Revolución responden a las de San Bartolomé. El pueblo convertido en rey ha hecho contra la nobleza y el monarca, lo que éste y aquélla hicieron contra los insurrectos del siglo XVI. Así, los escritores populares, que saben

muy bien que en semejante contingencia el pueblo actuaría de la misma manera, no tienen excusa alguna cuando censuran a Catalina de Médicis y a Carlos IX. Todo poder, como lo decía Casimiro Périer, enseñando lo que debía ser el poder, es una conspiración permanente. Se admiran las máximas anti-sociales que publican audaces escritores; ¿por qué, pues, en Francia se dedica el disfavor a las verdades sociales, cuando son intrépidamente proclamadas? Esta cuestión explica por sí sola todos los errores históricos. Aplicad la solución de esa pregunta a las doctrinas devastadoras que halagan las pasiones populares y a las doctrinas conservadoras que reprimen las salvajes o locas empresas del pueblo, y hallaréis la razón tanto de la impopularidad como de la popularidad de ciertos personajes. Laubardemont y Laffemas estaban, como ciertos individuos de hoy, consagrados a la defensa del poder en el que creían. Soldados o jueces, unos y otros obedecían a la realeza. D'Orthez, en nuestros días, sería destituido por haber ignorado las órdenes del ministerio, y Carlos IX le dejó el gobierno de su provincia. El poder de todos no cuenta con nadie; el poder de uno solo está obligado a contar con los súbditos, tanto con los grandes como con los pequeños.

Catalina, al igual de Felipe II y el duque de Alba, como los Guisa y el cardenal Granvela, ha vislumbrado el futuro que la reforma reservaba a Europa. ¡Todos ellos han visto minados, desquiciados, las monarquías, la religión y el poder! Catalina escribió al punto, desde el fondo del gabinete de los reyes de Francia, una sentencia de muerte contra aquel espíritu de libre examen que amenazaba a las sociedades modernas, sentencia que Luis XIV ejecutó. La revocación del edicto de Nantes no fue una medida desgraciada sino a causa de la irritación de Europa contra Luis XIV. En otros tiempos, Inglaterra, Holanda y el Imperio, no hubiesen alentado en su territorio a los proscritos franceses y a la revuelta en Francia.

¿Por qué rehusar en nuestros días, a la majestuosa adversaria de la más infecunda de las herejías, la grandeza que ha extraído de su misma lucha? Los calvinistas han escrito mucho contra la estratagema de Carlos IX; mas recorred Francia; reconociendo las ruinas de tantas bellas iglesias destruidas, apreciando las enormes heridas causadas por los revolucionarios al cuerpo social, enterándose de cuantas revanchas fueron tomadas, deplorando las desgracias del individualismo, la plaga de la Francia actual y cuyo germen se hallaba en las cuestiones de la libertad de conciencia agitadas por ellos, os preguntaréis de qué lado se encuentran los verdugos. Hay, como lo dice Catalina en la tercera parte de este estudio, «desgraciadamente en todas las épocas, escritores hipócritas dispuestos a llorar a doscientos bribones matados adrede». César, que intentaba apiadar al Senado sobre el partido de Catilina, acaso hubiese vencido a Cicerón, de haber dispuesto de periódicos y de una oposición a sus órdenes.

Otra consideración explica el disfavor histórico y popular de Catalina. La oposición en Francia ha sido siempre protestante, porque no ha tenido jamás sino la *negación* por política; ella ha heredado teorías de los luteranos, de los calvinistas y de los protestantes, sobre las terribles palabras de libertad, de tolerancia, de progreso y

de filosofía. Dos siglos han sido empleados por los oponentes al poder para establecer la dudosa doctrina del *libre albedrío*. Y otros dos siglos en desarrollar el primer corolario de ese libre albedrío, o sea la libertad de conciencia. Nuestro siglo intenta establecer el segundo, la libertad política.

Asentadas entre los campos ya recorridos y los campos por recorrer, Catalina y la Iglesia han proclamado el principio saludable de las sociedades modernas, *una fides, unus Dominus*<sup>[3]</sup>, ejerciendo su derecho de vida y de muerte sobre los innovadores. Aun cuando haya sido vencida, los siglos posteriores han dado la razón a Catalina. El producto del libre albedrío, de la libertad religiosa y de la libertad política (no confundamos con la libertad civil), es la Francia de hoy. ¿Qué es la Francia de 1840? Un país ocupado exclusivamente por los intereses materiales, sin patriotismo, sin conciencia; donde el poder está sin fuerza; donde la elección, fruto de ese libre albedrío y de su consecuencia la libertad política, no eleva sino a las mediocridades; donde la fuerza se ha hecho necesaria contra las violencias populares, y donde la discusión, extendida a las menores cosas, ahoga toda acción del cuerpo político; donde el dinero domina todas las cuestiones y donde el individualismo, horrible producto de partición de las herencias hasta el infinito suprimiendo a la familia, lo devorará todo, hasta la nación, que el egoísmo libraré cualquier día a la invasión. Se dirá: «¿Por qué no el zar?», como se ha dicho: «¿Por qué no el duque de Orleáns?». Ya no se desea gran cosa, pero dentro de cincuenta años no se deseará nada.

Así, según Catalina y según todos los que quieren una sociedad bien ordenada, el *hombre social*, el súbdito no tiene libre albedrío, no debe *profesar* el dogma de la libertad de conciencia, ni poseer libertad política. Pero, como ninguna sociedad puede existir sin las garantías dadas al súbdito contra el soberano, resultan para el súbdito *libertades* sometidas a restricciones. La libertad, no; pero libertades, sí; libertades definidas y caracterizadas. He ahí lo que es conforme a la naturaleza de las cosas. Así, ciertamente, se halla fuera del poder humano el impedir la libertad del pensamiento, y ningún soberano puede perjudicar al dinero. Los grandes políticos vencidos en esta larga lucha (que ha durado cinco siglos), reconocían a sus súbditos grandes libertades; mas no admitían, ni la libertad de publicar pensamientos antisociales, ni la libertad indefinida del súbdito. Para ellos, *súbdito* y *libre* son, en política, dos términos que se contradicen, de igual modo que ciudadanos *todos iguales* constituye un absurdo que la naturaleza desmiente en todo momento. Reconocer la necesidad de una religión, la necesidad del poder, y dejar a los súbditos el derecho de negar la religión, de atacar el culto, de oponerse al ejercicio del poder por la expresión pública, comunicable y comunicada el pensamiento, es una imposibilidad que no querían los católicos del siglo XVI. ¡Ay!, la victoria del calvinismo costará mucho más cara aún a Francia de lo que hasta hoy le ha costado, pues las sectas religiosas y políticas, humanitarias, igualitarias, etc., de hoy son la secuela del calvinismo y, viendo las faltas del poder, su desprecio por la inteligencia, su amor por los intereses materiales donde quiere establecer sus puntos de apoyo, y

que son los más engañosos de todos los resortes, el genio de la destrucción triunfará de nuevo sobre el de la conservación, a menos de un socorro providencial. Los asaltantes, que no tienen nada a perder y todo a ganar, se entienden admirablemente; mientras que sus ricos adversarios no quieren hacer ningún sacrificio, ni en dinero ni en amor propio, para anexionarse defensores.

La imprenta vino en ayuda a la oposición comenzada por los del cantón suizo de Vaux y los albigenses. Una vez que el pensamiento humano, en vez de condensarse como estaba obligado de hacerlo para subsistir bajo la forma más apropiada, revistió multitud de ropajes y se convirtió en el mismo pueblo, en vez de permanecer en algún modo divinamente *axiomático*, tuvo que combatir a dos multitudes: la multitud de las ideas y la de los hombres. El poder real ha sucumbido en esta guerra, y en nuestros días asistimos, en Francia, a su última combinación con elementos que la hacen difícil, por no decir imposible. El poder es *acción*, y el principio electivo es la *discusión*. No hay política posible si se discute permanentemente. Así, debemos hallar bien grande a la mujer que supo adivinar este futuro y que lo combatió tan valerosamente. Si la casa de Borbón ha podido suceder a la de Valois, si ha encontrado la corona a tomar, se lo debe a Catalina de Médicis. Suponeos al segundo acuchillado en pie; por muy fuerte que haya sido el bearnés, es dudoso que hubiese logrado la corona, al ver lo cara que el duque de Mayenne y los restos del partido de los Guisa se la han vendido. Los medios necesarios de que se ha servido Catalina, quien ha debido reprocharse la muerte de Francisco II y la de Carlos IX, muertos ambos muy a tiempo para salvarla, no son, observadlo, el objeto de las acusaciones de los escritores calvinistas y modernos... Si no existió envenenamiento, como graves autores lo han dicho, existieron combinaciones más criminales: está fuera de duda que ella impidió a Paré salvar a uno, y que efectuó con el otro un largo asesinato moral. La rápida muerte de Francisco II y la de Carlos IX, tan sabiamente provocada, no perjudicaba en absoluto a los intereses calvinistas; las causas de estos dos acontecimientos residían en la esfera superior, y no fueron sospechadas ni por los escritores ni por el pueblo de aquel tiempo; no fueron adivinadas más que por los de Thou, los Hôpital, por las más elevadas inteligencias, o por los jefes de los dos partidos que codiciaban o que defendían la corona, y que consideraban necesarios tales medios. Las canciones populares arremetían, ¡cosa rara!, contra las costumbres de Catalina. Conocida es la anécdota de aquel soldado que asando una oca en el cuerpo de guardia del castillo de Tours, durante la conferencia de Catalina y Enrique IV, al cantar una canción en la que la reina era ultrajada al compararla con la boca del cañón del mayor calibre que poseían los calvinistas, Enrique IV sacó la espada para matarlo, mas Catalina le contuvo y se contentó con gritar al insultador:

—¡Eh, es Catalina quien te da la oca!

Si las ejecuciones de Amboise fueron atribuidas a Catalina, si los calvinistas hicieron de esta mujer superior el editor responsable de todas las inevitables desgracias de aquella lucha, con ella sucedió lo que más tarde con Robespierre, que



queda por juzgar. Catalina fue por lo demás cruelmente castigada por su preferencia por el duque de Anjou, quien le hizo echar a barato a los dos mayorazgos. Enrique, llegado, como todos los hijos mimados, a la mayor indiferencia hacia su madre, se sumió voluntariamente en los libertinajes que hicieron de él lo que su madre había hecho de Carlos IX, un marido sin hijo, un rey sin heredero. Por desgracia, el duque de Alençon, el último vástago varón de Catalina, murió, y naturalmente, Catalina hizo esfuerzos inauditos para combatir las pasiones de su otro retoño. La historia ha conservado el recuerdo del festín de mujeres desnudas dado en la galería de Chenonceaux, a la vuelta de Polonia, y que no consiguió que Enrique III se enmendase de sus malos hábitos. Las últimas palabras de esta gran reina han resumido su política, que, por lo demás, es tan conforme al buen sentido, que veremos a todos los gabinetes poniéndola en práctica en semejantes circunstancias.

—*¡Bien cortado, hijo mío!* —dijo cuando Enrique III acudió a su lecho de muerte, a anunciarle que el enemigo de la corona había sido ajusticiado—. *Y ahora, hace falta recoser...*

Ella indicaba así, que el trono debía al punto reconciliarse con la casa de Lorena y servirse de ella, único medio de impedir los efectos del odio de los Guisa, tornándoles la esperanza de envolver al rey; mas esta persistente astucia de mujer y de italiana que había empleado siempre, era incompatible con la vida voluptuosa de Enrique III. Una vez muerta la madre (*mater castrorum*), murió la política de los Valois.

Antes de emprender la tarea de escribir la historia de las costumbres en acción, el autor de este Estudio había examinado minuciosamente los principales reinados de la historia de Francia, la querrela de los Borgoñeses y los Armagnacs, la de los Guisa y los Valois, cada una de las cuales dura un siglo. Su intención fue escribir una historia de Francia pintoresca. Isabel de Baviera, Catalina y María de Médicis, tres mujeres que ocupan en ella un lugar enorme, dominando desde el siglo XIV al XVI, y desembocando en Luis XIV. De estas tres reinas, Catalina es la más interesante y la más bella. Fue una dominación viril que no deshonran ni los amores terribles de Isabel, ni los más terribles aún, aun cuando menos conocidos, de María de Médicis. Isabel llamó a los ingleses a Francia contra su hijo, amó al duque de Orleáns, su cuñado, y a Boisbourdon. La cuenta de María de Médicis está aún más cargada. Una y otra carecieron de genio político. En esos estudios y en esos paralelos, el autor adquirió la convicción de la grandeza de Catalina: iniciándose a las dificultades renacientes de su posición, reconoció a qué punto los historiadores, influenciados todos ellos por los protestantes, habían sido injustos con esta reina; y así ha extraído los tres esquemas que aquí presenta, donde se combaten algunas erróneas opiniones sobre ella, sobre los personajes que la rodeaban y sobre las cosas de su tiempo. Si este trabajo se halla entre los Estudios filosóficos, es porque muestra el espíritu de una época, y que en ella se ve claramente la influencia del pensamiento. Mas, antes de entrar en el palenque político donde Catalina se ve a la greña con las dos grandes dificultades de su carrera, es necesario presentar un compendio de su vida anterior,

elaborado con el punto de vista de una crítica imparcial, a fin de abarcar el curso casi entero de esta vasta y real existencia, hasta el momento en que comienza la primera parte de este Estudio.

Jamás hubo, en ningún tiempo, en ningún país y en ninguna familia soberana, más desprecio por la *legitimidad* que en la famosa casa de los *Medid*, cuyo nombre, en Francia, se pronuncia Médicis. Teníase sobre el poder la misma doctrina que hoy profesa Rusia: Todo jefe que alcanza el trono, deviene verdadero, legítimo. Mirabeau tenía razón al decir: «No ha habido más que un bodorrio en mi familia, es el de los Médicis»; pues a pesar de los esfuerzos de los genealogistas a sueldo, es cierto que los Médicis, antes de Averardo de Médicis, gonfalonero de Florencia en 1314, eran simples comerciantes florentinos que se enriquecieron extraordinariamente. El primer personaje de esta familia, que comienza a ocupar un lugar importante en la historia de la famosa república toscana, fue Silvestre de Médicis, llegado a gonfalonero en 1378. De este Silvestre nacieron dos hijos, Cosme y Lorenzo de Médicis.

De Cosme descendieron Lorenzo el Magnífico, el duque de Nemours, el duque de Urbino, padre de Catalina, el papa León X, el papa Clemente VII, y Alejandro, no duque de Florencia, como se dice, sino duque *della città di Penna*, título otorgado por el papa Clemente VII, como un encauzamiento al título de gran duque de Toscana.

De Lorenzo son descendientes el Bruto florentino, Lorenzino, quien mató al duque Alejandro; Cosme, el primer gran duque, y todos los soberanos de Toscana hasta 1737, época en la cual se extinguió la casa.

Mas ninguna de estas dos ramas, la rama Cosme y la rama Lorenzo, reina en línea directa, hasta el momento en que Toscana, avasallada por el padre de María de Médicis, ha visto esos grandes-duques sucediéndose naturalmente. Así, Alejandro de Médicis, aquel que tuvo el título de duque *della città de Penna*, y que fue asesinado por Lorenzino, era hijo del duque de Urbino, padre de Catalina, y de una esclava morisca. Así Lorenzino, hijo legítimo de Lorenzo, tenía doblemente el derecho de matar a Alejandro como usurpador en su casa y como opresor de la ciudad. Algunos historiadores llegan a creer que Alejandro era hijo de Clemente VII. Lo que hizo reconocer a este bastardo como jefe de la república y de la familia Médicis, fue su casamiento con Margarita de Austria, hija natural de Carlos V.

Francisco de Médicis, el esposo de Bianca Capello, aceptó por hijo suyo a una criatura del pueblo comprada por aquella célebre veneciana, y, ¡cosa singular!, Fernando, al suceder a Francisco, mantuvo en sus derechos a ese supuesto hijo. Este, llamado don Antonio de Médicis, fue considerado durante cuatro reinados como componente de la familia; se granjeó el afecto de todos, prestó importantes servicios a la familia, y fue universalmente llorado.

Casi todos los primeros Médicis tuvieron hijos naturales, cuya suerte ha sido siempre brillante. Así, el cardenal Julio de Médicis, que fue papa con el nombre de Clemente VII, era hijo ilegítimo de Julián I. El cardenal Hipólito de Médicis era igualmente un bastardo; poco faltó para que fuera papa y jefe de la familia.

Algunos hacedores de anécdotas pretenden que el duque de Urbino, padre de Catalina, le ha dicho: *A figlia d'inganno nan manca mai figlinolanza* (A una muchacha de ingenio, no faltan nunca hijos), a propósito de cierto defecto de conformación que padecía Enrique, segundo hijo de Francisco I, su futuro. Ahora bien, Lorenzo II de Médicis, padre de Catalina, que se había casado en 1518, en segundas nupcias, con Magdalena de la Tour d'Auvergne, murió el 28 de abril de 1519, pocos días después de su mujer, cuyo óbito fue causado por el alumbramiento de su hija Catalina. Esta fue pues huérfana de padre y madre en cuanto abrió los ojos al mundo. De ahí las singulares aventuras de su infancia, que estuvo mezclada a las disputas sangrientas de los florentinos, quienes querían reconquistar su libertad, contra los Médicis, los cuales pretendían reinar sobre Florencia y se conducían con tanta circunspección, que el padre de Catalina ostentaba el título de duque de Urbino. A la muerte de Lorenzo, padre de Catalina, el jefe legítimo de la casa de Médicis era el papa León X, quien hizo gobernar Florencia por este hijo ilegítimo de Julián, Julio de Médicis, entonces cardenal. León X era tío-abuelo de Catalina, y ese cardenal Julio, que fue Clemente VII, no fue su tío más que *de la mano izquierda*. Lo que hizo que Brantôme denominara tan picarescamente a este papa *un tío en Nuestra Señora*. Fue durante el sitio de Florencia, emprendido por los Médicis para su retorno, que el partido republicano, no contento con haber encerrado en un convento a Catalina, de nueve años de edad, tras haberla despojado de todos sus bienes, quiso exponerla entre dos aspilleras al fuego de la artillería, a propuesta de un tal Bautista Cei. Bernardo Castiglione fue más lejos en un consejo sostenido para tratar de zanjar los asuntos, siendo de opinión que, lejos de devolver Catalina al Papa, que la requería, se la entregase a los soldados para deshonorarla. Como se ve todas las revoluciones populares se parecen. La política de Catalina, que favorecía tanto al poder real, podía haber sido aconsejada por tales escenas, que no podían ser ignoradas por una italiana de nueve años.

La elevación de Alejandro de Médicis, a la cual tanto contribuyó el bastardo Clemente VII, tuvo sin duda por principio su misma ilegitimidad y el amor de Carlos V por su famosa bastarda Margarita. Así, el papa y el emperador fueron inspirados por el mismo sentimiento. En aquella época, Venecia regía el comercio del mundo, y Roma el gobierno moral; Italia reinaba aún por los poetas, por los generales, y por los hombres de Estado nacidos allí. En tiempo alguno se vio en un país tan singular y abundante reunión de hombres de genio. Hubo tantos entonces, que los menores príncipes eran hombres superiores. Italia reventaba de talento, de audacia, de ciencia, de poesía, de riqueza, de galantería, aun cuando estuviera desgarrada por continuas guerras intestinas y a pesar de que era el lugar de cita de todos los conquistadores que se disputaban sus más bellas comarcas. Cuando los hombres son tan fuertes, no temen confesar su debilidad. De ahí sin duda esa edad de oro de los bastardos. Preciso es por lo demás hacer justicia a los hijos ilegítimos de la casa de Médicis, que eran ardientes en la consecución de la gloria y en el aumento de los bienes y del poder de

la familia. Así, en cuanto el duque *della città di Penna*, el hijo de la morisca, fue instalado como tirano de Florencia, abrazó el interés del papa Clemente VII por la hija de Lorenzo II, entonces de once años de edad.

Cuando se estudia la marcha de los asuntos y la de los nombres en ese curioso siglo XVI, no se debe olvidar nunca que la política tuvo entonces por elemento una perpetua malicia que destruía en todos los caracteres, esa recta postura, esa limpieza que la imaginación exige de los personajes eminentes. Ahí, sobre todo, se encuentra la absolución de Catalina. Esa observación hace justicia a todas las acusaciones triviales o disparatadas de los escritores de la Reforma. Fue la más bella época de aquella política cuyo código ha sido escrito por Maquiavelo y por Spinoza, por Hobbes y por Montesquieu, pues el diálogo de Sila y de Eucrates contiene el verdadero pensamiento de Montesquieu, que sus enlaces con el partido enciclopédico no le permitían desarrollar de otro modo. Esos principios son hoy la moral secreta de todos los gabinetes en donde se traman los planes de alguna vasta dominación. En Francia, hemos censurado a Napoleón cuando hacía uso de ese genio italiano que él tenía *in cute*<sup>[4]</sup>, y cuyas combinaciones no han tenido siempre éxito; pero Carlos V, Catalina, Felipe II y Julio II no se hubieran conducido de otro modo en la cuestión de España. En la época en que nació Catalina, la historia, de ser relacionada al punto de vista de la probidad, parecería una imposible novela. Carlos V, obligado a sostener al catolicismo, a la vista de los ataques de Lutero, quien amenazaba al trono al amenazar a la tiara, permitió el asedio de Roma y tuvo prisionero al papa Clemente VII. Y este mismo Clemente VII, que no tiene enemigo más cruel que Carlos V, le hace la corte para poder situar a Alejandro de Médicis en Florencia, y Carlos V da su hija a ese bastardo. Una vez establecido, Alejandro, de concierto con Clemente, intenta perjudicar a Carlos V, aliándose con Francisco I, por medio de Catalina de Médicis, y ambos le prometen ayudarle a reconquistar Italia. Lorenzino de Médicis se hace compañero de francachelas y el complaciente del duque Alejandro, para poder matarlo. Felipe Strozzi, una de las más grandes almas de ese tiempo, tuvo tal estima de esta muerte, que juró que cada uno de sus hijos se casaría con una de las hijas del matador, y, en efecto, cada hijo cumplió religiosamente la promesa del padre, a pesar de que podían, protegidos por Catalina, realizar brillantes alianzas, pues uno fue el émulo de Doria y el otro mariscal de Francia. Cosme de Médicis, el sucesor de Alejandro, con quien no tenía parentesco alguno, vengó la muerte de este tirano de la manera más cruel y con una persistencia de doce años, durante los cuales su odio fue siempre tan vivo contra quienes, en definitiva, le habían dado el poder. Tenía *dieciocho años* cuando fue requerido a la soberanía; su primer acto fue declarar nulos los derechos de los hijos legítimos de Alejandro, al par de vengar a Alejandro... Carlos V confirmó el desheredamiento de su nieto, y reconoció a Cosme en lugar del hijo de Alejandro. Asentado en el trono por el cardenal Cibo, Cosme lo exiló al punto. Así, el cardenal Cibo acusó también sin tardanza a su criatura, este Cosme, que fue el primer gran duque, de haber querido envenenar al hijo de Alejandro. Este

gran duque, celoso de su poderío, tanto como Carlos V lo estaba del suyo, e igual que el emperador, abdicó en favor de su hijo Francisco, tras haber hecho matar a su otro vástago, don García, para vengar la muerte del cardenal Juan de Médicis, al que García había asesinado. Cosme I y su hijo Francisco, que debiera haber estado consagrados en cuerpo y alma a la casa de Francia, la única que hubiese podido apoyarles, fueron los criados de Carlos V y de Felipe II, y como consecuencia los enemigos secretos, cobardes y pérfidos de Catalina de Médicis, una de las glorias de su casa. Tales son los principales rasgos contradictorios e ilógicos, las falacias, las negras intrigas de la única casa de Médicis. Por este esbozo se puede juzgar a los demás príncipes de Italia y de Europa. Todos los enviados de Cosme I a la corte de Francia llevaban instrucciones secretas de envenenar a Strozzi, pariente de la reina Catalina. Carlos V ordenó el asesinato de tres embajadores de Francisco I.

Fue en el comienzo del mes de octubre de 1533 que el duque *della città di Penna* partió de Florencia para Liorna, acompañado de la única heredera de Lorenzo II, Catalina de Médicis. El duque y la princesa de Florencia, pues tal era el título con el que aquella muchacha, entonces de catorce años de edad, era designada, abandonaron la ciudad, rodeados de considerable séquito de servidores, de oficiales, de secretarios, de gente armada y una escolta de caballeros. La joven princesa no sabía aún nada de su destino, a no ser que el papa iba a celebrar una entrevista en Livorno con el duque Alejandro; pero su tío, Felipe Strozzi, le reveló luego el futuro al que estaba prometida.

Felipe Strozzi se había casado con Clarisa de Médicis, hermana carnal de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, padre de Catalina; mas este matrimonio efectuado tanto para convertir a la causa de los Médicis a uno de los más firmes puntales del partido popular, como para preparar la vuelta de los mismos, entonces proscritos, no hizo variar nunca a aquel rudo campeón, quien fue perseguido por su partido por haber concluido tal enlace. A pesar de los aparentes cambios en su conducta, un tanto dominada por esa alianza, permaneció fiel al partido popular, y se declaró contra los Médicis en cuanto presintió su designio de avasallar a Florencia. Este gran hombre resistió hasta a la oferta de un principado, que le hizo León V. Felipe Strozzi se encontraba en esos momentos víctima de la política de los Médicis, tan vacilante en los medios, pero tan definida en su objetivo. Tras haber compartido los infortunios de la cautividad de Clemente VII, cuando, sorprendido por los Colonna, se había refugiado en el castillo de Sant-Angelo, fue entregado por el propio Clemente como rehén y llevado a Nápoles. Como el papa, una vez libre, sentó mano dura a sus enemigos, Strozzi estuvo a punto de perder la vida, y se vio obligado a dar una enorme simia para salir de la prisión en la que estaba estrechamente guardado. Al verse libre tuvo, inspirado por la bondad natural del hombre honrado, la simplicidad de presentarse a Clemente VII, quien acaso se había alabado de haberse desembarazado de él. El papa debió avergonzarse tanto de su conducta, que acogió pésimamente a Strozzi. Strozzi había comenzado muy joven el aprendizaje



desgraciado del hombre probo en política, cuya conciencia no se pliega nunca al capricho de los acontecimientos, cuyos actos no agradan sino a la virtud, hallándose por ende perseguido por todos: por el pueblo, al oponerse a sus ciegas pasiones, y por el poder, enfrentándose a sus usurpaciones. La vida de esos grandes ciudadanos es un martirio, en el cual no están sostenidos sino por la vigorosa voz de su conciencia y por un heroico sentimiento del deber social, que les dicta en todo su conducta. Hubo muchos de estos hombres en la república de Florencia, todos ellos tan grandes como Strozzi, y tan cabales como sus adversarios del partido Médicis, aunque vencidos por su astucia florentina. ¿Hay algo más digno de admiración en la conjura de los Pazzi que el comportamiento del jefe de esta casa, cuyo comercio era inmenso, y que liquida todas sus cuentas con Asia, Oriente y Europa, antes de ejecutar su vasto designio, a fin de que, si él sucumbía, sus corresponsales no sufrieran pérdida alguna? Así, la historia del establecimiento de la casa Médicis del siglo XIV al XV es una de las más magníficas que quedan por escribir, aun cuando haya sido abordada por grandes talentos. No es la historia de una república, ni de una sociedad, ni de una civilización particular; es la historia del *hombre político* y la historia eterna de la política, la de los usurpadores y de los conquistadores. Vuelto a Florencia, Felipe Strozzi restableció en ella la antigua forma de gobierno, e hizo salir a Hipólito de Médicis, otro bastardo, y a aquel Alejandro con quien marchaba en ese momento. Quedó entonces espantado de la inconstancia del pueblo; y como temía la venganza de Clemente VII, fue a inspeccionar una inmensa casa de comercio que tenía en Lyon, y que correspondía con sus banqueros de Venecia, de Roma, de Francia y de España. ¡Cosa singular! Esos hombres que soportaban el peso de los negocios públicos y el de una lucha constante con los Médicis, sin contar con sus debates con su propio partido, sostenían también el fardo del comercio o de sus especulaciones, el de la banca y sus complicaciones, que la excesiva multiplicidad de las monedas y sus falsificaciones hacían mucho más difíciles que hoy. (El nombre de banquero proviene del banco sobre el que se sentaban, que les servía a hacer sonar las piezas de oro y de plata). Felipe halló en la muerte de su esposa, a la que adoraba, el pretexto a dar a las exigencias del partido republicano, cuya policía se hace en todas las repúblicas tanto más terrible, cuanto que todo el mundo se torna espía en nombre de la libertad que todo lo justifica. Felipe no había vuelto a Florencia hasta el momento en que Florencia se vio obligada a aceptar el yugo de Alejandro; mas antes había ido a ver al papa Clemente VI, cuyos asuntos estaban en un estado bastante bueno para que cambiaran sus disposiciones al respecto. En el momento de triunfar, los Médicis tenían necesidad de un hombre como Strozzi, aunque no fuese más que para facilitar el advenimiento de Alejandro, a quien Clemente supo decidir a que formara parte en los consejos del bastardo que iba a comenzar la opresión de la ciudad, y Felipe había aceptado el diploma de senador. Mas, desde hacía dos años y medio, lo mismo que Séneca y Burro con Nerón, había observado los comienzos de la tiranía. Se veía expuesto a tanta desconfianza por parte del pueblo y tan sospechoso a los Médicis, a

los que resistía, que en ese momento preveía una catástrofe. Así, en cuanto supo por el duque Alejandro la negociación del casamiento de Catalina con un infante de Francia, cuya conclusión iba acaso a tener lugar en Liorna, donde los negociadores se habían dado cita, concibió el proyecto de pasar a Francia y unirse a la fortuna de su sobrina, a la que le faltaba un tutor. Alejandro, encantado de desembarazarse de un hombre tan poco conciliador en los asuntos de Florencia, apoyó esa resolución, que le ahorrraba un asesinato, y aconsejó a Strozzi que se pusiera a la cabeza de la casa de Catalina. En efecto, para deslumbrar a la corte de Francia, los Médicis habían compuesto brillantemente el séquito de la que muy indebidamente denominaban *la princesa de Florencia*, y que se llamaba también la duquesita de Urbino. El cortejo, a la cabeza del cual marchaban el duque Alejandro, Catalina y Strozzi, se componía de más de mil personas, sin contar con la escolta y servidores; y, cuando la cola estaba a las puertas de Florencia, la cabeza pasaba ya del primer poblado, fuera de la ciudad, donde se trenza hoy la paja de los sombreros. Se comenzaba a saber en el pueblo que Catalina iba a desposarse con un hijo de Francisco I; mas éste no era aún sino un rumor, que tomó consistencia a los ojos de Toscana por aquella marcha triunfal de Florencia a Livorno. Por los preparativos que necesitaba, Catalina suponía que se trataba de su boda, y su tío le reveló los proyectos abortados de su importante casa, que había querido para ella la mano del delfín. El duque Alejandro esperaba todavía que del duque de Albany lograra hacer cambiar la resolución del rey de Francia, quien, al par de querer comprar el apoyo de los Médicis en Italia, no quería cederles sino al duque de Orleáns. Esta pequenez hizo perder Italia a Francia y no impidió que Catalina fuese reina.

Ese duque de Albany, hijo de Alejandro Estuardo, hermano de Jaime III, rey de Escocia, se había casado con Ana de la Tour d’Auvergne, hermana de Magdalena, madre de Catalina, por lo que hallábase ser su tío materno. Es por su madre que Catalina era tan rica y estaba aliada a tantas familias, pues ¡cosa singular!, Diana de Poitiers, su rival, era también su prima. Juan de Poitiers, padre de Diana, tenía por madre a Juana de la Tour d’Auvergne, tía de la duquesa de Urbino. Catalina fue igualmente pariente de María Estuardo, su nuera.

Catalina supo entonces que su dote en metálico sería de cien mil ducados. El ducado era una moneda de oro del tamaño de nuestros antiguos luis, aunque la mitad de grueso. Así, cien mil ducados de aquel tiempo representaban alrededor de (teniendo en cuenta el elevado valor del oro) seis millones de hoy<sup>[5]</sup>, valiendo el ducado actual casi doce francos. Puede juzgarse la importancia de la casa de Banca que Felipe Strozzi tenía en Lyon, pues fue su agente en esa ciudad quien entregó esa gran cantidad. Además, debían ser llevados en dote por Catalina los condados de Auvernia y de Lauraguais, y el papa Clemente la hacía el presente de otros cien mil ducados en joyas, piedras preciosas y otros regalos de bodas, a los cuales contribuía el duque Alejandro.

Al llegar a Liorna, Catalina, tan joven aún, debió sentirse halagada por la

excesiva magnificencia que el papa Clemente, «su tío en Nuestra Señora», entonces jefe de la casa de Médicis, desplegó para humillar a la corte de Francia. El había llegado ya en una de sus galeras, enteramente tapizada de raso carmesí, con pasamanería de oro, y cubierta de un toldo de paño asimismo de oro. Esta galera, cuya decoración costó casi veinte mil ducados, contenía varios camarotes destinados a la futura de Enrique de Francia, todos ellos amueblados con las más magníficas curiosidades que los Médicis habían podido reunir. Los remeros, soberbiamente vestidos, y la tripulación, tenían por capitán a un prior de la Orden de caballeros de Rodas. El séquito del papa estaba en otras tres galeras. Las del duque de Albany, ancladas al lado de las de Clemente VII, formaban con ellas una flotilla bastante respetable. El duque Alejandro presentó al papa a los oficiales de la casa de Catalina, y tuvo con el pontífice una conferencia secreta, en la cual probablemente le presentó también al conde Sebastián Montecuculi, quien acababa de abandonar, un tanto bruscamente, según se decía, el servicio del emperador, y a sus dos generales Antonio de Leves y Fernando de Gonzaga. ¿Premeditaron entre los dos bastardos, Julio y Alejandro, hacer delfín al duque de Orleans? ¿Cuál fue la recompensa prometida al conde Sebastián Montecuculli, quien, antes de ponerse al servicio de Carlos V, había estudiado medicina? La historia es muda al respecto. Por lo demás, vamos a ver las nubes que envuelven a este hecho. La oscuridad es tal, que recientemente, graves y concienzudos historiadores han admitido la inocencia de Montecuculli.

Catalina supo entonces oficialmente, por boca del papa, la alianza a la que estaba reservada. El duque de Albany no había podido sino mantener, y con gran esfuerzo, al rey de Francia en su promesa de dar a Catalina la mano de su segundo hijo. Así, la impaciencia de Clemente fue tan grande, sintió tanto temor de ver desbaratados sus proyectos, bien fuese por alguna intriga del emperador, o bien por el desdén de Francia, donde los grandes del reino veían con malos ojos aquel enlace, que embarcó al punto, dirigiéndose hacia Marsella, a donde llegó hacia finales del mes de octubre de 1533. A pesar de sus riquezas, la casa de Médicis fue eclipsada por la casa de Francia. Para mostrar hasta donde sus banqueros llevaron la magnificencia, las arras puestas en el bolso del casamiento por el papa, eran medallas de oro de una importancia histórica incalculable, piezas únicas a la sazón. Pero Francisco I, que gustaba del esplendor y de las fiestas, se distinguió en la circunstancia. Las bodas de Enrique de Valois y Catalina duraron treinta y cuatro días. Resulta enteramente inútil repetir los detalles conocidos en todas las historias de la Provenza y de Marsella, a propósito de la ilustre entrevista del papa y del rey de Francia, que fue señalada por la chuscada del duque de Albany sobre la obligación de guardar vigilia; *quid pro quo* cómico del que ha hablado Brantôme, del cual se regocijó mucho la corte y que muestra el tono de las costumbres de la época. Aunque Enrique de Valois no tenía más que veinte días más de edad que Catalina de Médicis, el papa exigió que ambos adolescentes consumaran el casamiento el mismo día de su celebración, a tal punto temía los subterfugios de la política y las añagazas de rigor en aquel tiempo.

Clemente, que, —dice la historia —quiso tener pruebas de la consumación, permaneció expresamente treinta y cuatro días en Marsella, esperando que su joven pariente ofrecería pruebas visibles del acto realizado, pues, a los catorce años, Catalina era nubil. Fue, sin duda, al interrogar a la recién casada antes de su partida, que la dijo para consolarla, aquellas famosas palabras atribuidas al padre de Catalina: *A figli d'ingano, non manca mai la figliuolanza.*

Se han hecho las conjeturas más extrañas sobre la esterilidad de Catalina, que duró diez años. Pocas personas saben hoy los numerosos tratados de medicina que contienen, respecto a esta particularidad, suposiciones tan indecentes que no pueden ser transcritas. Por lo demás se puede leer a Bayle, en el artículo *Fernel*. Ello da la medida de las singulares calumnias que pesan aún sobre esta reina, todas cuyas acciones han sido tergiversadas. La causa de su esterilidad provenía únicamente de Enrique II. Habría bastado observar que, en una época en la que ningún príncipe se preocupaba por tener bastardos, Diana de Poitiers, mucho más favorecida que la mujer legítima, no tuvo hijos. Nada más conocido, en medicina quirúrgica, que el defecto de conformación de Enrique II, explicado por otra parte por la chanza de las damas de la corte, sobre que podían hacerle abad de San Víctor, en un tiempo en que la lengua francesa tenía los mismos privilegios que la latina. En cuanto fue sometido el príncipe a la operación, Catalina tuvo once embarazos y diez hijos. Es una suerte para Francia que Enrique II haya tardado. De haber tenido hijos de Diana, la política se hubiera complicado singularmente. Cuando se efectuó esa operación, la duquesa de Valentinois había llegado a la segunda juventud de las mujeres. Esta sola observación prueba que ha de rehacerse por entero la historia de Catalina de Médicis, y que, según profunda frase de Napoleón, la historia de Francia no debe tener sino un volumen, o debe tener mil.

La estancia en Marsella del papa Clemente VII, cuando se compara la conducta de Carlos V a la del rey de Francia, da una inmensa ventaja al rey sobre el emperador, como en todo, por lo demás. He aquí el resumen sucinto de esta entrevista, debido a un contemporáneo:

«Su Santidad el Papa, tras haber sido conducido al palacio que le dije que había sido preparado allende el puerto, cada cual se retiró a su alojamiento, hasta el siguiente día en que Su dicha Santidad se preparó para hacer su entrada. La cual se efectuó con gran suntuosidad y magnificencia, yendo él sentado sobre una silla llevada a hombros por dos hombres, y revestido de sus hábitos pontificales, excepto la tiara, marchando ante él una hacanea blanca, sobre la que reposaba el sacramento del altar, y siendo la dicha hacanea conducida por dos hombres a pie, sumamente bien ataviados, sosteniendo las riendas de seda blanca de la enjaezada hacanea. Luego marchaban todos los cardenales, vestidos de ceremonial y montados en sus *mulas pontificales*, y la duquesa de Urbino con gran boato, acompañada por gran número de damas y gentilhombres, tanto de Francia como de Italia. En esta compañía, habiendo llegado el Santo Padre al lugar preparado para su alojamiento, todo el mundo se

retiró; y todo ello se verificó ordenadamente, sin el menor entorpecimiento ni tumulto. Mientras el Papa hacía así su entrada, el rey atravesaba las aguas en una fragata y fue a alojarse al lugar de donde el Papa había partido, para desde allí ir al día siguiente a prestar obediencia al Santo Padre, como rey muy cristiano...

»Estando el rey preparado, partió para ir al palacio donde se encontraba el Papa, acompañado de los príncipes de su sangre, así como de monseñor el duque de Vendosmois (padre del vidamo de Chartres), el conde de Saint-Pol, los señores de Montpensier y de la Roche-sur-Yon, el duque de Nemours, hermano del duque de Savoya, el cual murió en dicho lugar, el duque de Albany y muchos otros, tanto condes, barones como señores, estando siempre al lado del rey el señor de Montmorency, su gran maestro. En habiendo el rey llegado al palacio, fue recibido por el Papa y todo el Colegio de los cardenales *congregados en consistorio*, muy humanamente. Una vez recibido, cada cual se retiró al lugar que le estaba ordenado, y el rey llevó consigo a varios cardenales para festejarles, y entre otros al cardenal de Médicis, sobrino del Papa, hombre muy magnífico y bien acompañado. Al día siguiente, aquellos ordenados por Su Santidad y por el rey comenzaron a congregarse para tratar de las cosas por las cuales se celebraba la entrevista. Primeramente fue tratado el hecho de la fe, y promulgada una bula para reprimir las herejías e impedir que las cuestiones no alcanzaran una mayor combustión de la que tenían. Luego fue concluido el matrimonio del duque de Orleáns, segundo hijo del rey, con Catalina de Médicis, duquesa de Urbino, sobrina de Su Santidad, en las condiciones tales o semejantes a las que habían sido antes propuestas al duque de Albany. Dicho casamiento fue celebrado con gran magnificencia y los desposó nuestro Santo Padre (italianismo que no se ha establecido en la lengua; se decía entonces, tanto en Francia como en Italia: «Fulano ha casado con fulana», en vez de *ha desposado*). Celebrado así este casamiento, el Santo Padre tuvo un consistorio en el que creó cuatro cardenales afectos al rey, a saber: el cardenal Le Veneur, antes obispo de Lisieux y gran limosnero, el cardenal de Boulogne, hermano materno del duque de Albany, el cardenal de Châtillon, de la casa de Coligny, sobrino del señor de Montmorency, y el cardenal de Givry.

Cuando Strozzi entregó la dote en presencia de la Corte, notó cierto asombro en los señores franceses, quienes decían bastante alto que era bien poca cosa para una boda desigual (¿qué habrían dicho hoy?). El cardenal Hipólito respondió entonces:

—¿Estáis pues mal instruidos de los secretos de vuestro rey? Su Santidad se obliga a dar a Francia tres perlas de inestimable valor: Génova, Milán y Nápoles.

El Papa dejó al conde Montecuculli que se presentara él mismo a la corte de Francia, a la que ofreció sus servicios quejándose de Antonio de Leves y de Fernando de Gonzaga, lo que fue causa de que se aceptara. Montecuculli no formó parte de la casa de Catalina, la cual estuvo enteramente compuesta de franceses y francesas; pues, por una ley de la monarquía, cuya ejecución fue vista con el mayor agrado por el Papa, Catalina fue naturalizada, por cartas patentes, antes del casamiento.



Montecuculli fue agregado primero a la casa de la reina, hermana de Carlos V, y algún tiempo después, pasó al servicio del delfín, en calidad de copero.

La duquesa de Orleáns se vio enteramente perdida en la corte de Francisco I. Su joven marido se había prendado de Diana de Poitiers, quien ciertamente, por su cuna, podía rivalizar con Catalina, y era más gran dama que ella. La hija de los Médicis estaba aventajada por la reina Leonor, hermana de Carlos V, y por la duquesa d'Etampes, a la que su matrimonio con el jefe de la casa de Brosse convertía en una de las mujeres más poderosas y con mejores títulos de Francia. Su tía la duquesa de Albany, la reina de Navarra, la duquesa de Guisa, la duquesa de Vendôme, la condestable, y varias otras mujeres tan considerables eclipsaban, por su nacimiento y por sus derechos tanto como por su poder en la corte más suntuosa que haya tenido un rey de Francia, sin exceptuar a Luis XIV, a la descendiente de los comerciantes de Florencia, más ilustre y más rica por la casa de la Tour d'Auvergne que por la suya propia de los Médicis.

La posición de su sobrina fue tan mala y difícil, que el republicano Felipe Strozzi, muy incapaz de dirigirla en medio de intereses tan contrarios, la abandonó ya el primer año, requerido por lo demás a Italia por la muerte de Clemente VII. La conducta de Catalina, si se piensa que sólo tenía quince años, fue un modelo de prudencia. Se unió muy estrechamente al rey su suegro, a quien dejó lo menos que pudo; le seguía a caballo, a la caza y a la guerra. Su idolatría por Francisco I salvó a la casa de Médicis de toda sospecha, cuando el delfín fue envenenado. Catalina se encontraba entonces, así como el duque de Orleáns, en el campamento del rey en Provenza, pues Francia no tardó en ser invadida por Carlos V, cuñado del monarca. Toda la corte permaneció en el teatro de los placeres del himeneo, convertido en el de una de las más crueles guerras. En el momento en que Carlos V, derrotado, dejó los huesos de su ejército en Provenza, el delfín volvía hacia Lyon por el Ródano; se detuvo a pernoctar en Tournon, y, por pasatiempo, hizo algunos ejercicios violentos, que constituyeron casi toda la educación recibida por su hermano y él, como consecuencia de su cautiverio como rehenes. Este príncipe cometió la imprudencia, sintiendo mucho calor el mes de agosto, de pedir un vaso de agua, que Montecuculli le sirvió helado. El delfín murió casi repentinamente. Francisco I adoraba a su hijo. Según todos los historiadores, el delfín era en efecto un cumplido príncipe. El padre, desesperado, dio el mayor realce al proceso seguido contra Montecuculli, encargándolo a los más ilustres magistrados de la época. Tras haber sufrido heroicamente las primeras torturas sin confesar nada, el conde acabó por hacer declaraciones en las cuales implicó constantemente al emperador y a sus dos generales, Antonio de Leves y Fernando de Gonzaga. Este proceso no satisfizo en absoluto a Francisco I. Asunto alguno fue más solemnemente debatido que aquél. He aquí lo que hizo el rey, según el relato de un testigo ocular:

«El rey congregó en Lyon a todos los príncipes de su sangre, a todos los caballeros de su Orden y a otros grandes personajes de su reino: el legado y nuncio

del papa, los cardenales que se encontraban en su corte, así como a los embajadores de Inglaterra, Portugal, Ferrara, y otros, y a todos los príncipes y señores extranjeros, tanto de Italia como de Alemania, que por entonces vivían en su corte, como el duque de Wittemberg, alemán, los duques del Somme y de Arianne, del Atria; príncipe de Melfa (que había querido casarse con Catalina), y de Stilliano, napolitano; el señor don Hipólito d'Este; el marqués de Vigeve, de la casa Trivulcia, milanés; el señor Juan Pablo de Cere, romano; el señor César Fregose, genovés; el señor Aníbal de Gonzaga, mantuano, y otros en muy gran número. Una vez reunidos, mandó leer en su presencia, de un extremo a otro, el proceso del *desgraciado hombre* que había envenenado al finado delfín, con los interrogatorios, confesiones, confrontaciones, y otras solemnidades acostumbradas en proceso criminal, no queriendo que la sentencia fuera ejecutada sin que todos los asistentes hubiesen dado su consejo en este enorme y miserable caso».

La fidelidad, la abnegación y la habilidad del conde Montecuculli pueden parecer extraordinarias en una época de indiscreción general, en la que todo el mundo, hasta los ministros, hablan del más nimio acontecimiento donde se ha puesto el dedo; pero en aquellos tiempos, los príncipes hallaban leales servidores, o sabían escogerlos. Se encontraban entonces los Morey monárquicos, porque existía la fe. No pidáis nada grande a los *intereses*, porque los intereses pueden cambiar; mas esperadlo todo de los sentimientos, de la fe religiosa, de la fe monárquica, de la fe patriótica. Sólo estas tres creencias producen los Bertjereau de Ginebra, los Sydney y Strafford de Inglaterra, los asesinos de Tomás Becket, como los Montecuculli, las Juanas de Arco, y los Richelieu y los Danton, los Bonchamp, los Talmont, y también los Clément, los Chabot, etc. Carlos V se sirvió de los más altos personajes para ejecutar los asesinatos de tres embajadores de Francisco I. Un año después, Lorenzino, primo hermano de Catalina, asesinaba al duque Alejandro, tras un disimulo de tres años, y en circunstancias que le han valido el apodo de Bruto florentino. La calidad de los personajes detenía tan poco las empresas, que ni la muerte de León X ni la de Clemente VII han parecido naturales. Mariana, historiador de Felipe II, bromea casi al anunciar la muerte de la reina de España, infanta de Francia, diciendo que, *para gloria del trono de España, Dios permitió la ceguera de los médicos, que trataron a la reina de una hidropesía* (estaba encinta). Cuando Enrique II se permitió una maledicencia que merecía una estocada, halló a la Châtaigneraie para recibirla. En aquella época se servía a los príncipes y princesas su comida encerrada en cajas con candados, cuyas llaves guardaban en su poder. De ahí el *derecho de candado*, honor que cesó bajo Luis XIV.

El delfín murió envenenado de la misma manera y con el mismo veneno que acaso sirvió a *Madame* bajo Luis XIV. El papa Clemente VII había muerto hacía dos años; el duque Alejandro, sumido en sus francachelas, no parecía tener interés alguno en la elevación del duque de Orleáns. Catalina, de diecisiete años de edad, y plena de admiración por su suegro, estaba a su lado cuando aconteció el luctuoso hecho;

únicamente Carlos V parecía tener interés en aquella muerte, pues Francisco I destinaba a su hijo a una alianza que debía engrandecer a Francia. Las declaraciones del conde fueron muy hábilmente basadas sobre las pasiones y sobre la política del momento: Carlos V huía tras haber visto sus ejércitos enterrados en Provenza con su fortuna, su reputación y sus esperanzas de dominación. Observad que, si la tortura había arrancado confesiones a un inocente, Francisco I le devolvía la libertad de hablar, en medio de una imponente asamblea, y en presencia de personas ante las cuales la inocencia tenía ciertas probabilidades de triunfo. El rey, que quería la verdad, la buscaba de buena fe.

A pesar de su brillante futuro, a la muerte del delfín no cambió la situación de Catalina en la corte; su esterilidad hacía prever un divorcio, en el caso que su marido subiera al trono. El delfín estaba bajo el ensalmo de Diana de Poitiers. Diana osaba rivalizar con la señora d'Etampes. Así, Catalina redobló en atenciones y zalamerías a su suegro, comprendiendo que su apoyo no estaba sino en él. Los diez primeros años de Catalina estuvieron pues ocupados por los renacientes pesares que le daban sus esperanzas de embarazo incesantemente desbaratadas, y las desazones de su rivalidad con Diana. Juzgad lo que debía ser la vida de una princesa vigilada por una amante celosa y apoyada por un enorme partido, el católico, y por las dos considerables alianzas que la senescala hizo casando a sus dos hijas, a una con Roberto de la Mark, duque de Bouillon, príncipe de Sedán; y a la otra con Claudio de Lorena, duque de Aumale.

Catalina, perdida en medio del partido de la señora de Etampes y del de la senescala (tal fue durante el reinado de Francisco I el título de Diana), que dividían a la corte y a la política entre esas dos mortales enemigas, trató de ser a la vez amiga de la duquesa de Etampes y de Diana de Poitiers. Aquella que debía ser una gran reina desempeñó el papel de servidora. Así hizo el aprendizaje de esa política de dos caras, que fue el secreto de su vida. La *reina* se encontró más adelante entre los católicos y los calvinistas, como la *mujer* lo había estado durante diez años entre la señora de Etampes y la señora de Poitiers. Estudió las contradicciones de la política francesa: Francisco I sostenía a Calvino y a los luteranos para estorbar a Carlos V. Después, tras haber protegido sorda y pacientemente la Reforma en Alemania, tras haber tolerado la estancia de Calvino en la corte de Navarra, se abatió sobre ella con desmesurado rigor. Catalina vio pues a aquella corte y a sus mujeres jugando con el fuego de la herejía. Diana, a la cabeza del partido católico con los Guisa, únicamente porque la duquesa de Etampes sostenía a Calvino y a los protestantes. Tal fue la educación política de esta reina que observó en el gabinete del rey de Francia los procedimientos de la casa de Médicis. El delfín contrarrestaba a su padre en todo: fue un mal hijo. Olvidó la más cruel, pero la más verdadera máxima de la realeza, a saber: que los tronos son solidarios y que el hijo, que puede hacer una oposición durante la vida de su padre, debe seguir su política al subir al trono. Spinoza, no menos profundo como político que como gran filósofo, ha dicho, para el caso en que

un rey sucede a otro mediante una insurrección o por un atentado: «Si el nuevo rey quiere asegurar su trono y garantizar su vida, es preciso que muestre tanto ardor en vengar la muerte de su predecesor, que no quede a nadie nunca el menor deseo de cometer un tal delito. Mas, para vengarlo *dignamente*, no le basta con derramar la sangre de sus súbditos, sino que debe aprobar las máximas de quien él ha reemplazado, y seguir su misma trayectoria en el gobierno». Fue la aplicación de esta máxima la que dio Florencia a los Médicis. Cosme I, el sucesor de Alejandro, mandó asesinar, al cabo de once años, al Bruto florentino, en Venecia, y, como ya lo hemos dicho persiguió sin cesar a los Strozzi. Fue el olvido de esta máxima lo que perdió a Luis XVI. Este rey faltó a todos los principios del gobierno restableciendo los parlamentos suprimidos por su abuelo. Luis XV había visto bien claro. Los parlamentos, sobre todo el de París, fueron casi media parte en los trastornos que requirieron la convocatoria de los Estados Generales. La falta de Luis XV consistió, al derribar esa barrera que separaba al trono del pueblo, en no haberla sustituido con una más sólida; no haber en fin reemplazado los parlamentos por una sólida constitución de las provincias. Allí se hallaba el remedio a los males de la monarquía, ahí la votación de los impuestos, su regularización, y una lenta aprobación de las reformas necesarias al régimen de la monarquía.

El primer acto de Enrique II fue depositar su confianza en el condestable de Montmorency, a quien su padre había encomendado dejara en la desgracia. El condestable de Montmorency fue, con Diana de Poitiers, a la que se había unido estrechamente, el amo del Estado. Catalina fue pues todavía menos feliz y menos poderosa, cuando se vio reina de Francia, que cuando era delfina. Por primera, a partir de 1543, tuvo un hijo todos los años durante diez, y estuvo ocupada en sus deberes de maternidad durante todo ese período, que abarca los últimos años del reinado de Francisco I y casi todo el de Enrique II. Es imposible no ver, en esa continua fecundidad, la influencia de una rival que quería así desembarazarse de la mujer legítima. Esta barbarie de una política femenina, debió ser uno de los motivos de queja de Catalina contra Diana. Puesta así al margen de los negocios públicos, esta mujer superior pasó el tiempo observando los intereses de todas las gentes de la corte y de todos los partidos que se formaron en ella. Todos los italianos que la habían seguido provocaban vehementes sospechas. Tras la ejecución de Montecuculli, el condestable de Montmorency, Diana y la mayoría de los sagaces políticos de la corte fueron inducidos a sospechar contra los Médicis, pero Francisco I las rechazó siempre. Así los Gondi, los Birague, los Strozzi, los Ruggieri, los Sardini, todos en fin que se llamaba «los italianos», venidos acompañando a Catalina, se vieron obligados a emplear inmensos recursos de ingenio, de fina política y de valor, para permanecer en la corte bajo el peso del desfavor que sobre ellos pesaba. Durante el reinado de Diana de Poitiers, la complacencia de Catalina hacia ella fue tan lejos, que para las personas hábiles y perspicaces tal hecho habría constituido la prueba de ese profundo disimulo que los hombres, los acontecimientos y la conducta de Enrique II

ordenaban desplegar a Catalina. Se ha ido demasiado lejos pretendiendo que ella no reclamó nunca sus derechos, ni como esposa, ni como reina. Primeramente, el sentimiento de su dignidad, que Catalina apreciaba en el más alto grado, le impedía reclamar lo que los historiadores llaman los derechos de esposa. Los once embarazos y los diez hijos de Catalina explican suficientemente la conducta de Enrique II, al que esas contingencias de su mujer permitían pasar su tiempo con Diana de Poitiers. Mas el rey no faltó ciertamente a lo que a sí mismo se debía y reservó a su esposa una *entrada* digna de todas cuantas habían tenido lugar hasta entonces, para su coronamiento como reina. Los registros del Parlamento y los del Tribunal de Cuentas indican que ambos grandes estamentos fueron a recibir a Catalina a las afueras de París, hasta San Lázaro.

He aquí, por lo demás, el extracto del relato de du Tillet:

«Se había alzado en San Lázaro una tribuna sobre la cual estaba un trono (que du Tillet denominaba un *sitial de paramento*). Catalina tomó asiento en él, vestida de una sobreveste, especie de manteleta de armiño cubierta de piedras preciosas, con un corpiño con el manto real, y portando sobre la cabeza una corona enriquecida de perlas y diamantes, y sostenida por la marquesa de la Mark, su dama de honor. En torno a ella estaban, *en pié*, los príncipes de sangre y otros príncipes y señores magníficamente ataviados, con el canciller de Francia *vestido de un ropón de tejido de oro*, sobre fondo carmesí. Ante la reina, y sobre la misma tribuna, se hallaban sentadas, en dos filas, doce duquesas o condesas, con sobrevestes de armiño, corpiño, mantos y cercos, es decir coronas de duquesa o de condesa. Eran las duquesas de Estouville, de Montpensier, la mayor y la menor, la princesa de la Roche-sur-Yon; las duquesas de Guisa, de Nivernois, de Aiunale, de Valentinois (Diana de Poitiers); señorita bastarda legitimada de Francia (título de la hija del rey). Diana, que fue duquesa de Castro-Farnese, y luego duquesa de Montmorency-Damville, la condestable y la señorita de Nemours, sin contar las otras señoritas que no encontraron puesto. Los cuatro presidentes de bonete, algunos otros miembros de la corte, y el escribano du Tillet, subieron a la tribuna, hicieron sus reverencias, y, tras haber puesto una rodilla en tierra, el primer presidente Lizet arengó a la reina. El canciller puso asimismo una rodilla en tierra y respondió. Ella hizo su entrada hacia las tres de la tarde, en litera descubierta, teniendo a la señorita Margarita de Francia frente a sí, y a los lados de su litera a los cardenales de Amboise, de Châtillon, de Boloña y de Lenoncourt, de roquete. Descendió en la iglesia de Nuestra-Señora, donde fue recibida por el clero. Tras su oración, se la condujo por la calle de la Calandria a palacio, donde estaba preparado el festín real en la gran sala. Ella tomó asiento en el centro de la mesa de mármol, y bajo un dosel de terciopelo esmaltado de flores de lis, de oro».

Es éste el lugar de destruir una de esas erróneas opiniones populares que repiten algunas personas, por lo demás siguiendo a Sauval. Se ha pretendido que Enrique II llevó el olvido de las conveniencias hasta poner las iniciales enlazadas de su amante



en los monumentos que Catalina le aconsejó continuar o comenzar, con tanta magnificencia. Mas la doble inicial que se ve en el Louvre, desmiente cada día a todos los que son tan poco clarividentes como para prestar consistencia a esas necedades que deshonran gratuitamente a nuestros reyes y nuestras reinas. La H de Enrique y las dos C adosadas de Catalina parecen también formar dos D para Diana. Esta coincidencia ha debido complacer a Enrique II, pero no es menos verdad que el sello real contenía oficialmente la inicial del rey y de la reina. Y ello es tan cierto, que esa marca existe aún sobre la columna del Mercado de trigo, mandada erigir por Catalina sola. Por lo demás, puede vérsela también en las catacumbas de Saint-Denis, sobre la tumba que Catalina se hizo construir allí en vida, al lado de la de Enrique II, y donde está representada al natural por el escultor para el que posó.

En una ocasión solemne, en el momento en que partió para su expedición de Alemania, Enrique II declaró a Catalina regente durante su ausencia, así como en caso de muerte, el 25 de marzo de 1552. El más acérrimo y encarnizado enemigo de Catalina, el autor del *Discurso maravilloso sobre los libertinajes de Catalina II*, conviene en que mereció alabanzas generales en el desempeño de ese gobierno y que el rey quedó satisfecho de su administración. Enrique II dispuso de hombres y de dinero. En fin, tras la jornada fatal de San Quintin, Catalina obtuvo de los parisinos sumas considerables, que envió a Compiégne, donde se encontraba el rey.

En política, Catalina hizo inauditos esfuerzos para obtener cierta influencia. Tuvo bastante habilidad como para atraer a sus intereses al condestable, omnipotente bajo Enrique II. Sabida es la terrible respuesta dada por el rey, atormentado por Montmorency. Esta respuesta era el resultado de los buenos consejos dados por Catalina en los pocos momentos en que se encontraba sola con el rey, y que pudo explicarle la política florentina, consistente en poner frente a frente a todos los grandes del reino, estableciendo la autoridad real sobre sus ruinas, o sea el sistema de Luis XI, continuado más tarde por ella y por Richelieu posteriormente. Enrique II, que no veía más que por los ojos de Diana y del condestable, fue un rey del todo feudal y amigo de las grandes casas de su reino.

Tras la tentativa inútilmente hecha por el condestable en su favor, y que es preciso remitir al año 1556, Catalina lisonjeó mucho a los Guisa, y concibió el proyecto de apartarlos del partido de Diana, a fin de oponerlos al condestable. Pero, desgraciadamente, Diana y el condestable estaban tan animados como los Guisa contra los protestantes. No hubo pues en su lucha esa animosidad que hubiera introducido la cuestión religiosa. Por otra parte, Diana contradijo cara a cara los proyectos de la reina, coqueteando con los Guisa y dando su hija al duque de Aumale. Y fue tan lejos, que algunos autores pretenden que otorgó algo más que sus favores al galante cardenal de Lorena. Los satíricos de la época escribieron al respecto la siguiente cuarteta sobre Enrique II:

Señor, si os dejáis, como Carlos<sup>[6]</sup> desea, y como Diana quiere, por harto gobernaros Fundir, amasar, ablandar, refundir y tornear Señor, ya no sois más vos,

sino sólo cera.

Es imposible considerar como sinceras las muestras de dolor y la ostentación de los lamentos de Catalina a la muerte de Enrique II. Por lo mismo que el rey estaba ligado por inalterable pasión a Diana de Poitiers, Catalina debía representar el papel de una mujer abandonada que adora a su marido; pero, como todas las mujeres cerebrales, persistió en su disimulo y no cesó de hablar con ternura de Enrique II. Diana, como es sabido, llevó toda la vida luto por el señor de Brezé, su marido. Sus colores eran blanco y negro, y el rey los llevaba cuando murió en el torneo. Catalina, sin duda, imitando a su rival, llevó el luto de Enrique II durante toda la vida. Perfeccionó, con respecto a Diana de Poitiers, la perfidia, a la cual los historiadores no han prestado atención. A la muerte del rey, la duquesa de Valentinois cayó en completa desgracia y fue abandonada indecorosamente por el condestable, hombre cabalmente muy por bajo de su fama. Diana ofreció a la reina sus tierras y su castillo de Chenonceaux, y Catalina respondió al ofrecimiento, en presencia de testigos: «Yo no puedo olvidar que ella hacía las delicias de mi querido Enrique II, y por ende me avergüenza aceptar, pero le daré a cambio un dominio, proponiéndole el de Chaumont-sur-Loire». En efecto, el acta de cambio fue extendida en Blois, en 1559. Diana, que tenía por yernos al duque de Aumale y al duque de Bouillon, entonces príncipe soberano, conservó toda su fortuna y murió en paz en 1566, a los sesenta y seis años de edad. Tenía pues diecinueve años más que Enrique II. Estas fechas, sacadas de su epitafio copiado sobre su tumba por el historiador que se ha ocupado de ella hacia finales del siglo pasado, esclarecen muchas brumas históricas; ya que muchos historiadores la atribuían cuarenta años y otros dieciséis, cuando la condena de su padre, en 1523. Entonces ella tenía veinticuatro años. Tras haberlo leído todo, en pro o en contra de su conducta con Francisco I, en el momento en que la casa de Poitiers corrió tan grave peligro, no quisiéramos por nuestra parte ni afirmar ni negar o ni siquiera contradecir nada. Este es uno de los pasajes que permanecen oscuros en la historia. Podemos ver, por lo que en nuestros días acontece, que la historia se falsea en el mismo momento en que se hace. Catalina, que fundó grandes esperanzas sobre la edad de su rival, había intentado muchas veces derribarla. Fue una lucha sorda y horrible. Un buen día, Catalina estuvo a punto de ver colmadas esas esperanzas. En 1544, hallándose enferma Diana pidió al rey ir a Saint-Germain mientras que se restablecía. Aquella elevada coqueta no quería ser vista en medio del aparato necesario a la medicina, ni sin tener hecho el tocado. Para recibir al rey a su vuelta, Catalina mandó preparar un magnífico ballet, en el que seis muchachas jóvenes debían recitarle una pieza en verso. Entre estas seis muchachas, había escogido a miss Fleming, pariente de su tío el duque de Albany, la más bella criatura que fuera dado ver, rubia y blanca; luego una de sus parientes, Clarisa Strozzi, magnífica italiana de soberbia cabellera y manos singularmente bellas; la señorita Levinston, damita de honor de María Estuardo; la propia María Estuardo; Isabel de Francia, que fue aquella tan desgraciada reina de España, y la señora Claudia. Isabel tenía nueve años,

Claudia ocho, María Estuardo doce. Evidentemente, la reina había querido poner de relieve a Clarisa Strozzi y a miss Fleming, presentándolas sin rivales a la elección del rey. El monarca no resistió: amó a miss Fleming y tuvo de ella un hijo natural, Enrique de Valois, conde de Angulema, gran prior de Francia. Mas el crédito y la influencia de Diana no fueron quebrantados. Como, más tarde, la señora de Pompadour con Luis XIV, la duquesa de Valentinois perdonó. ¿Pero qué amor revela esa tentativa en Catalina? ¿Es el amor por el poder, o el amor hacia el marido? Las mujeres decidirán.

Se habla mucho hoy en día de la libertad de prensa; mas resulta difícil imaginar hasta qué punto ha sido llevada al comienzo de la imprenta. En primer lugar, sabido es que el Aretino, el Voltaire de su época, hacía temblar a los reyes, y a Carlos I sobre todo. Mas no se conoce acaso hasta dónde iba la audacia de los libelos. Ese castillo de Chenonceaux fue *donado* a Diana, no ya donado, sino que se le rogó lo aceptara, para olvidar una de las más horribles publicaciones que se hayan hecho contra una mujer y que muestra cuál fue la violencia de la guerra entre ella y la señora de Etampes. En 1537, cuando tenía treinta y ocho años, un poeta de la Champaña, llamado Juan Voûté, publicó una selección de poesías italianas, entre las que se encuentran tres epigramas contra ella. Preciso es creer que el poeta se hallaba asegurado por alguna elevada protección, pues su ramillete poemático está precedido de un elogio hecho por Salmon Macrin, primer ayuda de cámara del rey. He aquí el único pasaje transcribible hoy de esos epigramas titulados: *In Pictaviam, Anum Aulicam* (Contra la Poitiers, vieja dama de corte).

... Non trahit esca ficta praedam.

«Un cebo pintado no atrapa la caza», dice el poeta, tras haberla espetado que se pintaba el rostro, y que compraba sus dientes y sus cabellos. «Y hasta comprarías —añade—, lo superfino de lo que constituye la mujer, que aún no obtendrías lo que quieres de tu amante, pues para ello hay que estar con vida, y tú estás muerta».

Esta recopilación, impresa en el establecimiento de Simón de Collines, estaba dedicada ¡*A un obispo!*... Francisco Bohier, el hermano de quien, para salvar su crédito en la Corte y rescatar su delito, ofreció, al advenimiento de Enrique II, el castillo de Chenonceaux, construido por su padre Tomás Bohier, consejero de Estado bajo cuatro reyes: Luis XI, Carlos VIII, Luis XII y Francisco I. ¿Qué eran los libelos publicados contra la señora de Pompadour, y contra María Antonieta, comparados a versos que diríase escritos por Marcial? Ese Voûté debió acabar mal. ¡Así, la tierra y el castillo de Chenonceaux no costaban a Diana más que el perdón de una injuria, como ordena el Evangelio! No por estar decretadas por un jurado, eran poco más duras que hoy las sanciones infligidas a la prensa.

Las reinas de Francia, una vez viudas, debían permanecer en la habitación del rey durante cuarenta días, iluminadas únicamente por los cirios; y no salían de ella sino después del entierro del rey. Esta inviolable costumbre contrariaba mucho a Catalina, quien temía las intrigas, por lo que halló el medio de dispensarse de ella. He aquí

cómo. Al salir un buen día al amanecer el cardenal de Lorena (¡en esa época y en ese momento!) de casa de la Bella Romana, una célebre cortesana del tiempo de Enrique II, que vivía en la calle de Santa Catalina, fue maltratado por un grupo de libertinos. «De lo cual, Su Santidad, muy asombrado, manifestó que los herejes le tendían emboscadas...». Y, debido a este hecho, la corte se fue de París a Saint-Germain. La reina no quiso abandonar al rey, su hijo, y también se trasladó.

El advenimiento de Francisco I, época en la cual Catalina creyó apoderarse del poder, fue un momento de decepción que coronó cruelmente los veintiséis años de dolores que había ella pasado ya en la corte de Francia. Los Guisa se hicieron entonces dueños del poder con una audacia increíble: el duque de Guisa fue puesto a la cabeza del ejército, el condestable cayó en desgracia, y el cardenal tuvo a su cargo la hacienda y el clero. Catalina comenzó su carrera política por uno de esos dramas que, no por no tener la retumbancia de otros dejó de ser el más atroz, y que sin duda le acostumbró a las terribles emociones de su vida. Aparentando hallarse de acuerdo con los Guisa, trató de asegurar su triunfo apoyándose en la casa de Borbón. Bien fuese porque Catalina, tras haber intentado inútilmente los medios más violentos, quiso emplear la envidia para atraerse al rey; o bien debido a que llegando a su segunda juventud, le pareció cruel no conocer el amor, había testimoniado el más vivo interés a un señor de sangre real, Francisco de Vendôme, hijo de Luis de Vendôme (casa de la que procede la de Borbón), y Vidamo de Chartres, nombre con el cual es conocido en la historia. El odio secreto que dedicaba Catalina a Diana se revelaba en muchas circunstancias, pero los historiadores, preocupados por intereses políticos, no han prestado atención alguna. La inclinación de Catalina por el vidamo provino de un insulto que el joven hizo a la favorita. Diana quería las mejores alianzas para sus hijas, las que, por lo demás, pertenecían a la más encumbrada nobleza del reino. Ambicionaba sobre todo el honor de un enlace con la casa de Francia: se propuso de su parte la mano de su segunda hija, que fue después duquesa de Aumale, al vidamo, a quien la política sumamente cuerda de Francisco I mantenía en la pobreza. En efecto, cuando el vidamo de Chartres y el príncipe de Condé fueron a la corte, ¿qué les dio Francisco I?: no más que el cargo de chambelanes ordinarios, con mil doscientos escudos de pensión, lo que equivalía a simples gentilhombres. Aun cuando Diana de Poitiers ofreciese inmensos bienes, algún destacado puesto de la corona y el favor del rey, el vidamo rehusó. Luego, este Borbón, ya faccioso, se casó con Juana, hija del barón de Estissac, de la que no tuvo descendencia. Tal rasgo de orgullo recomendó naturalmente al vidamo a Catalina, quien le acogió con señalado favor y se hizo un fiel y abnegado amigo de él. Los historiadores han comparado al último duque de Montmorency, decapitado en Toulouse, al vidamo de Chartres, por su arte para agradar, por el mérito y por el talento. Enrique II no se mostró celoso, no pareciendo suponer que una reina de Francia faltase a lo que se debía, ni que una Médicis olvidara el honor que un Valois la había hecho. En el momento en que la reina coqueteaba, según se dice, con el vidamo de Chartres, se

hallaba poco menos que abandonada por el rey, tras el nacimiento de su último hijo. Tal tentativa no sirvió, pues, de nada, ya que este príncipe murió portando los colores de Diana de Poitiers.

A la muerte del rey, la reina Catalina se encontró así en comercio de galantería con el vidamo, situación que no tenía nada de conforme a las costumbres del tiempo, en que el amor fue al par tan caballeresco y tan licencioso, que las más bellas acciones resultaban tan naturales como las más censurables; sólo que, como siempre, los historiadores han cometido el error de tomar la excepción por la regla. Los cuatro hijos de Enrique II hacían nula la posición de los Borbones, todos ellos excesivamente pobres y abrumados por el desprecio que la traición del condestable arrojaba sobre ellos, a pesar de las razones que lo obligaron a salir del reino. El vidamo de Chartres, que fue respecto al primer príncipe de Condé lo que Richelieu a Mazarino, su padre en política, su modelo y, además, su maestro en galantería, ocultó la excesiva ambición de su casa bajo el exterior de la ligereza. Lejos de hallarse en condiciones de luchar con los Guisa, con los Montmorency, los príncipes de Escocia, los cardenales, los Bouillon, se hizo distinguir por su donaire, por su simpatía, por sus modales, por su ingenio, cualidades que le valieron los favores de las más encantadoras mujeres, y el corazón de aquellas en quienes ni siquiera pensaba. Fue un hombre privilegiado, cuyo poder de seducción era irresistible y que debió al amor el honor de mantener su rango. Los Borbones no se habrían enojado como Jarnac en la maledicencia de la Châtaigneraie: aceptaban de buen grado tierras y castillos de sus amantes; testimonio, el príncipe de Condé, quien aceptó la posesión de Saint-Valery de la mariscalca de Saint-André.

A la muerte de Enrique II, durante los veinte primeros días de duelo, la situación del vidamo cambió de pronto. Objeto de las atenciones de la reina madre, y haciéndole la corte como podría hacerla a la reina, muy discretamente, pareció destinado a desempeñar un papel, y efectivamente, Catalina resolvió servirse de él. Este príncipe recibió de ella cartas para el príncipe de Condé, en las cuales demostraba la necesidad de aliarse contra los Guisa. Informados de esa intriga, los Guisa entraron en la cámara de la reina para arrancarle la orden de encerrar al vidamo en la Bastilla, y Catalina se encontró en la dura necesidad de obedecer. El vidamo murió al cabo de algunos meses de cautividad, el mismo día que salió de la prisión, poco tiempo antes de la conspiración, de Amboise. Tal fue el desenlace del primero y único amor que tuvo Catalina de Médicis. Los escritores protestantes han dicho que la reina mandó envenenar al vidamo para confiar a la tumba el secreto de sus galanterías... He aquí cuál fue para esta mujer el aprendizaje del poder real.

---

# 1

## El mártir calvinista

---

### I. UNA CASA QUE YA NO EXISTE EN LA ESQUINA DE UNA CALLE QUE YA NO EXISTE EN UN PARÍS QUE NO EXISTE YA

Pocas personas de hoy saben cómo eran de sencillas las viviendas de los burgueses de París en el siglo XVI, y cuán simple era su vida. Tal vez esta simplicidad de acción y de pensamiento ha sido la causa de las grandezas de esta antigua burguesía actual; su historia fue grande, libre y noble, más acaso que la burguesía actual; su historia está por escribir, y requiere y espera a un hombre de genio. Inspirada por el incidente poco conocido que constituye el fondo de este Estudio, y que será uno de los más notables de la historia de la burguesía, esta reflexión asomará sin duda a los labios de todo el mundo, tras este relato. ¿Es la primera vez que en historia la conclusión habrá precedido a los hechos?

En 1560, las casas de la calle de la Vieille-Pelleterie bordeaban la orilla izquierda del Sena, entre el puente de Nôtre-Dame y el del Change. La vía pública y las casas ocupaban un espacio tomado por la única calzada del malecón actual. Cada casa, asentada sobre el mismo Sena, permitía a los habitantes descender hasta él por escaleras de madera o de piedra, cuyo acceso estaba cerrado por sólidas verjas de hierro o puertas de madera claveteada. Estas casas tenían, como las de Venecia, una puerta en tierra firme y otra de agua. En el momento en que sé publica este esbozo, no existe ya más que una sola casa de este género que pueda recordar al París antiguo, y aun ella desaparecerá muy pronto; se encuentra enclavada en la esquina del Petit-Pont, frente al cuerpo de guardia del Hôtel-Dieu. Antaño cada vivienda presentaba del lado del río la singular fisonomía que la imprimían el oficio de su morador y sus costumbres, o bien la originalidad de las construcciones inventadas por los propietarios para usar o abusar del Sena. Hallándose construidos los puentes, y casi todos ellos obstruidos por más molinos de los que la navegación podía soportar, el Sena contaba en París con tantas albercas como puentes. Algunas albercas de ese antiguo París hubiesen ofrecido preciosos tonos a la pintura. ¡Qué bosque no presentaban las vigas entrecruzadas que sostenían a los molinos, sus inmensas compuertas y sus ruedas! ¡Qué singulares efectos los de los puntales empleados para adelantar las casas sobre el río! Desgraciadamente, la pintura de este género no existía entonces y el grabado estaba en pañales; hemos perdido, pues, ese curioso

espectáculo, ofrecido aún, pero en pequeño, por ciertas ciudades de provincia en las que los ríos están almenados de casas de madera, y donde, como en Vendôme, las albercas, repletas de largas hierbas, se hallan divididas por inmensas verjas para aislar a las propiedades que se extendían sobre las dos orillas.

El nombre de esta calle, borrado ya del plano, indica bien el género de comercio que en ella se practicaba. En aquel tiempo, los mercaderes de un mismo ramo, en vez de diseminarse por la ciudad, se congregaban y se protegían así mutuamente. Confederados socialmente por la corporación que limitaba su número, se hallaban aún reunidos en cofradía por la Iglesia. De este modo, los precios se mantenían. Además, los amos no eran víctimas de sus obreros, y no obedecían, como hoy, a sus caprichos; por el contrario, andaban con cuidado, hacían sus hijos de ellos y los iniciaban a las habilidades y primores de la labor. Para ser principal, un obrero debía entonces producir una obra maestra, ofrecida siempre al santo que protegía la cofradía. ¿Osaréis decir que la falta de competencia privaba del sentido de la perfección e impedía la belleza de los productos, vosotros cuya admiración por las obras de las antiguas maestrías ha creado la nueva profesión de mercaderes de baratillo?

En los siglos XV y XVI el comercio de la peletería constituía una de las industrias más florecientes. La dificultad de procurarse pieles, que, procedentes del Norte, exigían largos y peligrosos viajes, hacía que los productos derivados de aquéllas alcanzasen un precio excesivo. Y entonces, como ahora, el excesivo precio provocaba el consumo, pues la vanidad no conoce obstáculos. En Francia y en los demás reinos, no solamente las ordenanzas reservaban el porte de pieles a la nobleza, lo que atestigua el papel representado por el armiño en los antiguos blasones, sino que ciertas pieles raras, como la *marta cebellina*, que, sin duda alguna era la cebellina imperial, no podían ser llevadas más que por los reyes, los duques y los señores investidos de ciertos cargos. Se distinguía la marta cebellina grande y la menuda. Esta palabra, en francés *vair*, ha caído tan en desuso desde hace cien años, que, en un número infinito de los *Cuentos* de Perrault, el célebre zapatito de *cendrillon*, probablemente de *menu vair* o sea la mentada marta menuda, es presentado como siendo de *verre*, o sea vidrio o cristal, por corrupción del vocablo. Últimamente, uno de nuestros poetas más distinguidos viose obligado a restablecer la verdadera ortografía de esa palabra, para la instrucción de sus colegas folletinistas haciendo la recensión de *La Cenrrentola*, donde el zapatito o chinela simbólica es reemplazada por un anillo que significa poca cosa. Naturalmente, las ordenanzas sobre el porte de la piel eran infringidas constantemente, con gran contento de los peleteros. El elevado precio de los paños y de las peleterías convertían entonces a un vestido en una de esas cosas duraderas, apropiadas a los muebles, a las armaduras, a los detalles de la recia vida del siglo XV. Una dama noble, un señor, todo hombre rico, como todo burgués, poseían a lo más dos trajes por estación, los cuales les duraban toda la vida, y aún quedaban en buen uso, Por lo que se legaban a los hijos. Por ende, la cláusula relativa

a las armas y las prendas de vestir en los contratos de casamiento, hoy casi inútil debido al escaso valor de los guardarropas incesantemente renovados, era en aquellos tiempos de enorme interés. El elevado precio había creado la solidez. El arreo de una mujer constituía un capital enorme, contado en la casa y encerrado en esos inmensos arcones y armarios que amenaza los suelos de nuestros modernos apartamentos. El aderezo de una mujer de 1840 habría sido el *deshabillé* de una gran dama de 1540. Hoy día, el descubrimiento de América, la facilidad de los transportes, la ruina de las distinciones sociales que ha preparado la ruina de las distinciones aparentes, todo ello ha reducido a la peletería al estado en que se encuentra: a casi nada. El objeto que un peletero vende hoy, como antes, a veinte libras, ha seguido a la baja del dinero, pues antes la libra valía más de veinte francos actuales. Hoy, la pequeña burguesía y la cortesana que ornan de marta sus esclavinas, ignoran que en 1440 un guardia municipal los habría detenido al punto y llevándolos ante el juez. Las inglesas, tan locas por el armiño, no saben que antaño únicamente las reinas, las duquesas y los cancilleres de Francia podían llevar esta piel regia. Existen hoy varias casas ennoblecidas cuyo verdadero apellido es Pelletier o Lepelletier, y cuyo origen es debido evidentemente a algún rico establecimiento de peletería, ya que la mayoría de los apellidos burgueses han comenzado por ser sobrenombres.

Esta digresión explica no sólo las largas querellas sobre la precedencia que la cofradía de los pañeros tuvo durante siglos sobre la de los peleteros y merceros (cada una de ellas quería ser la primera, como la más considerable de París), sino aun la importancia del señor Lecamus, peletero honrado con la clientela de dos reinas, Catalina de Médicis y María Estuardo, y con la del Parlamento, desde hacía veinte años síndico de su corporación, que vivía en esta calle.

La casa de Lecamus era una de las tres que formaban los ángulos de la plazuela situada bajo el puente del Change y donde hoy no queda más que la torre del Palacio de Justicia, que formaba la cuarta esquina. En el ángulo de esta casa, situada en el recodo del puente del Change y del malecón ahora llamado de las Fleurs, el arquitecto había dispuesto una hornacina para una Virgen, sin cesar alumbrada por cirios, y ornada de ramos de flores naturales en primavera y verano y de artificiales en invierno. Del lado de la calle del Pont, así como del de la Vieille-Pelleterie, la casa estaba sustentada sobre pilares de madera. Todas las casas de los barrios mercantiles ofrecían bajo esos pilares una galería por la que transitaban los peatones a cubierto sobre un terreno endurecido por el barro que depositaban, y que lo hacía bastante áspero. En todas las ciudades, estas galerías han sido llamadas en Francia los *pilares*, vocablo genérico al que se añadía el calificativo del comercio, como los pilares del Mercado, los pilares del Matadero, etcétera. Estas galerías, requeridas por el clima parisino; tan variable, tan lluvioso, y que conferían su fisonomía a la ciudad, han desaparecido por entero. Del mismo modo que no existe más que una sola casa asentada sobre el río, apenas queda una longitud de treinta metros de los antiguos pilares de los Mercados, los últimos que hayan resistido al tiempo; y aun, dentro de



pocos días, será demolido este resto del sombrío dédalo del antiguo París. Ciertamente, la existencia de estos despojos de la Edad Media es incompatible con las grandezas del París moderno. Así, estas observaciones tienden menos a lamentar esos fragmentos de la vieja ciudad que a consagrar su pintura por las últimas pruebas vivientes, a punto de caer en polvo, y a hacer disculpar descripciones preciosas para un futuro que pisa los talones al siglo actual.

Los muros de esta casa estaban contruidos de madera cubierta de pizarras. Las distancias entre cada pieza de madera habían sido, como aún puede verse en algunas antiguas ciudades de provincia, rellenas de ladrillos, cuyo distinto grosor formaba un dibujo llamado punto de Hungría. Los antepechos de las ventanas y los dinteles, igualmente de madera, estaban magníficamente esculpidos, así como el pilar de la esquina que se elevaba sobre la Virgen, y como los del escaparate del establecimiento. Cada crucero, cada viga maestra que separaba los pisos, ofrecían arabescos de personajes o de animales fantásticos tendidos en imaginarios follajes. Del lado de la calle, así como sobre el río, la casa tenía por techumbre un tejado semejante al de dos cartas puestas una contra otra, y presentaba así un caballete sobre la calle y otro sobre el agua. El tejado sobrepasaba, como el de un chalet suizo, harto desmesuradamente como para que hubiese en el segundo piso una galería exterior ornada de balaustradas, por la cual la burguesía se paseaba a resguardo, viendo toda la calle o la alberca comprendida entre los dos puentes y las dos hileras de casas.

Las casas emplazadas sobre el río tenían entonces gran valor. En aquella época, todavía no había sido oreado el sistema de cloacas y de fuentes; no existía todavía más que el albañal de cinturón, realizado por Aubriot, el primer hombre de genio y de poderosa voluntad, que pensó, bajo Carlos V, en el saneamiento de París. Las casas situadas como las de Lecamus encontraban en el río, a la vez el agua necesaria a la vida, el vertedero natural de las de la lluvia o las caseras. Los inmensos trabajos que los *prebostes de los mercaderes* han hecho en este sentido, desaparecen también. Hoy, únicamente los cuadragenarios recuerdan haber visto los tragaderos donde se sumían las aguas, en la calle Montmartre, la del Temple, etc. Esas terribles fauces abiertas fueron, en aquellos viejos tiempos, inmensos beneficios. Su emplazamiento quedará sin duda eternamente señalado por la súbita elevación de la calzada en el lugar donde se abrían: otro detalle arqueológico inexplicable en dos siglos para el historiador. Cierta día, hacia 1816, una muchachita que llevaba a una actriz del Ambigu sus diamantes para un papel de reina, fue sorprendida por un aguacero, y tan fatalmente arrastrada por él a la cloaca de la calle del Temple, que estuvo a punto de desaparecer, de no ser socorrida por un transeúnte impresionado por sus gritos; pero la muchachita había soltado sus diamantes, encontrados en un respiradero. Este suceso produjo mucho ruido, y prestó consistencia a las reclamaciones para la supresión de aquellos tragaderos de aguas y de muchachitas. Tales curiosas construcciones, de un metro cincuenta de altura, estaban provistas de verjas más o menos movibles, o enrejadas, que determinaban la inundación de los sótanos cuando el río artificial producido por

una intensa lluvia se detenía en la verja tapiada de inmundicias, y que los ribereños olvidaban a menudo de levantar.

El escaparate de la tienda del señor Lecamus estaba expuesto a la luz del día, pero como tenía una cristalera ornada de plomo, el local resultaba muy oscuro. Las pieles se llevaban a domicilio a las gentes ricas. En cuanto a los que acudían a comprar al establecimiento del peletero, se les enseñaba las mercancías fuera, entre los pilares, todos ellos repletos durante el día de mesas y de mancebos dependientes sentados en taburetes, como aún podían verse hace quince años bajo los pilares de los Mercados. Desde estos puestos avanzados, los dependientes, los aprendices y las aprendizas, hablaban, se interrogaban, se respondían e interpelaban a los transeúntes, costumbres de las que ha sacado partido el gran Walter Scott en las *Aventuras del Nigel*. La insignia, que representaba un armiño, pendía al exterior como cuelgan aún las de ciertas hostelerías de pueblo, saliendo de una magnífica barra labrada de hierro dorado. Sobre el armiño aparecía escrito por una cara:

LECAMUS  
PELETERO DE NUESTRA SEÑORA LA REINA  
Y DEL REY NUESTRO SEÑOR

y en la otra:

DE LA SEÑORA REINA MADRE  
DE LOS SEÑORES DEL PARLAMENTO

Estas palabras de *la señora reina madre* habían sido añadidas hacía poco. El dorado era reciente. Tal cambio indicaba la también reciente revolución producida por la muerte súbita y violenta de Enrique II, que derribó muchas fortunas en la corte, comenzando con la de los Guisa.

La trastienda daba al río. En esta pieza se instalaban el respetable burgués y su esposa, la señorita Lecamus. En aquel tiempo, la mujer de un hombre que no era noble, no tenía derecho al título de señora o dama; pero las mujeres de los burgueses de París tenían derecho al título de señorita, en razón de los privilegios otorgados y confirmados a sus maridos por varios reyes a los que habían prestado señalados servicios. Entre esta trastienda y el almacén había una escalera de caracol, de madera, por la que se subía a los pisos superiores donde estaban el gran almacén, la vivienda de la vieja pareja y a las buhardillas iluminadas por claraboyas, donde habitaban los hijos, la sirvienta, los aprendices y los dependientes.

Ese hacinamiento de familias, de servidores y de aprendices, el escaso espacio que cada cual disponía en el interior, donde los aprendices dormían todos en una gran habitación bajo los tejados, explica la enorme población de París entonces hacinada en la décima parte del terreno que ocupa la ciudad actual, y todos los singulares detalles de la vida privada en la Edad Media, y las mañas del amor que, sin molestar a los historiadores serios, no se encuentran sino en los cuentistas, y que sin ellos se

habrían perdido. En aquella época, un muy gran señor, como el almirante Coligny, por ejemplo, ocupaba tres habitaciones en París, y su séquito estaba en una hospedería vecina. No existían entonces cincuenta mansiones en París, es decir, cincuenta palacios pertenecientes a príncipes soberanos o a grandes vasallos cuya existencia era superior a la de los más grandes soberanos alemanes, tales como el duque de Baviera o el elector de Sajonia.

La cocina de la casa Lecamus se encontraba bajo la trastienda, dando al río. Tenía una puerta vidriada que comunicaba con una especie de balcón de hierro, desde el cual la cocinera podía extraer agua y donde se hacía la colada de la casa. La trastienda era, pues, a la vez el comedor, el despacho y la sala del mercader. En esta importante pieza, siempre guarnecida de magnífico enmarcado y ornada de algún que otro objeto artístico y de un armario o arcón, transcurría la vida del mercader: allí se celebraban las alegres cenas tras el trabajo; allí, las conferencias secretas sobre los intereses políticos de la burguesía y de la realeza. Las temibles corporaciones o gremios de París podían entonces armar cien mil hombres. Por ende, las resoluciones de los mercaderes, en aquel tiempo, eran apoyadas por sus servidores, sus dependientes, sus aprendices y sus obreros. Los burgueses tenían en el *preboste de los mercaderes*, a un jefe que les mandaba, y en la Casa Consistorial, un palacio en el que tenían derecho a reunirse. En este famoso *locutorio de los burgueses* se celebraron solemnes deliberaciones, tomándose no menos importantes acuerdos. Sin los continuos sacrificios que habían hecho la guerra insoportable a las corporaciones, cansadas de sus pérdidas y del hambre, Enrique IV, ese faccioso llegado al fin a rey, acaso jamás hubiese entrado en París. Cada cual se imaginará ahora fácilmente la fisonomía de ese rincón del viejo París, donde en la actualidad contornean el puente y el malecón, en donde se alzan los árboles del malecón de las Fleurs y no queda más de aquel tiempo que la elevada y célebre torre del Palais, que dio la señal de la famosa noche de San Bartolomé. ¡Cosa singular!, una de las casas situadas al pie de esa torre, en aquel tiempo rodeada de tiendas de madera, la de Lecamus, iba a asistir al nacimiento de uno de los hechos que habían de preparar aquella noche de matanzas, desgraciadamente más favorable que fatal al calvinismo.

## II. LOS PROTESTANTES

En el momento en que comienza este relato, la audacia de las nuevas doctrinas despertaba un rumor en París. Un escocés llamado Estuardo acababa de asesinar al presidente Minard, aquel miembro del parlamento al que la opinión pública atribuía la mayor parte en el suplicio del consejero Anne du Bourg, quemado en la plaza de Grève, después de que el *costurero* (el sastre) del finado rey, a quien Enrique II y Diana de Poitiers habían hecho someter a tortura en su presencia. París estaba tan vigilado, que los arqueros obligaban a los transeúntes a rezar ante la Virgen, a fin de descubrir a los heréticos en quienes se prestaban a ello de mal grado o hasta se negaban a un acto contrario a sus ideas. Los dos arqueros que habían ocupado la esquina de la casa de Lecamus acababan de marcharse; así, Cristóbal, el hijo del peletero, vehementemente sospechoso de desertar el catolicismo, había podido salir sin temor de que le hiciesen adorar la imagen de la Virgen. A las siete de la tarde, en abril de 1560, comenzaba a tenderse la noche y, en consecuencia, los aprendices, no viendo más que a escasas personas pasar bajo los pilares de derecha e izquierda de la calle, entraban las mercancías expuestas como muestras, a fin de cerrar la tienda y la casa. Cristóbal Lecamus, joven fogoso de veintidós años, se encontraba en pie en el umbral de la puerta, al parecer ocupado en mirar a los aprendices.

—Señor —le dijo uno de ellos, señalándole a un hombre que iba y venía bajo la galería con aire indeciso—, he aquí tal vez a un ladrón o un espía; pero, en todo caso, ese individuo no puede ser un hombre honrado; si tuviese que tratar de negocios con nosotros, nos abordaría francamente, en vez de andar dando vueltas... ¡Y qué pinta! —añadió remedando al desconocido—. ¡Cómo emboza la nariz en su capa! ¡Y qué ojos de bilioso y qué tez de hambriento!

Cuando el desconocido así descrito por el aprendiz vio a Cristóbal solo en el umbral de su tienda, abandonó rápidamente la galería opuesta, en la que paseaba, atravesó la calle, fuese bajo los pilares de la casa Lecamus y, al pasar a lo largo del establecimiento, antes de que volvieran los aprendices a cerrar los postigos, abordó al joven:

—¡Soy Chaudieu! —dijo en voz baja.

Al oír el nombre de uno de los más ilustres ministros y de los más abnegados actores del terrible drama llamado la Reforma, Cristóbal se estremeció al igual que lo habría hecho un fiel campesino reconociendo a su rey disfrazado.

—¿Quiere acaso ver pieles...? Aunque ya es casi de noche, voy a enseñárselas personalmente —dijo Cristóbal, para despistar a los aprendices que le escuchaban detrás.

Invitó con un gesto a entrar al ministro; mas éste le respondió que prefería hablarle fuera. Cristóbal fue a tomar su gorra y siguió al discípulo de Calvino.

Aunque proscrito por un edicto, Chaudieu, plenipotenciario secreto de Teodoro de Béze y de Calvino, quienes dirigían, desde Ginebra, la Reforma francesa, iba y venía

desafiando el cruel suplicio al cual el parlamento, de acuerdo con la Iglesia y la realeza, para dar un terrible ejemplo, había condenado a uno de sus miembros, el célebre Ana du Bourg. Este ministro, que tenía un hermano capitán, uno de los mejores soldados del almirante Coligny, fue uno de esos valientes con los que Calvino agitó a Francia al comienzo de los veintidós años de guerras religiosas que entonces estaban a punto de encenderse. Este ministro es uno de los engranajes secretos que mejor pueden explicar la inmensa acción de la Reforma. Chaudieu hizo descender a Cristóbal a la orilla del agua por un pasaje subterráneo semejante al del arco Marion, cerrado hace diez años. Ese pasaje, situado entre la casa de Lecamus y la vivienda vecina, se encontraba bajo la calle de la Vieille-Pelleterie y se llamaba el Pont-aux-Fourreurs. Servía en efecto a los tintoreros del vecindario para ir a lavar a sus hijos, sus sedas y sus paños. Se encontraba allí una barquichuela, tripulada por un solo marinero. En su proa se hallaba un desconocido vestido muy sencillamente. En pocos momentos, la barca estuvo en medio del Sena, el marinero la dirigió bajo uno de los arcos de madera del puente del Change y la ató allí prestamente a una anilla de hierro. Nadie había dicho todavía nada.

—Aquí podemos hablar sin temor; no hay espías ni traidores —dijo Chaudieu mirando a los dos desconocidos—. ¿Está plenamente imbuido de ese espíritu de sacrificio que debe animar a los mártires? ¿Está dispuesto a soportarlo todo por nuestra santa causa? ¿Teme a los suplicios que han sufrido el costurero del difunto rey, el consejero du Bourg, y que esperan a la mayoría de nosotros? —preguntó a Cristóbal mostrándole un resplandeciente rostro.

—Confesaré a la Iglesia —respondió simplemente Lecamus, mirando las ventanas de la trastienda.

La lámpara doméstica colocada sobre la mesa, donde sin duda su padre revisaba los libros de comercio, le recordó por su fulgor las alegrías de la familia y la apacible vida a la que renunciaba. Fue una visión rápida, pero completa. El joven abarcó aquel barrio pleno de armonías burguesas, donde había transcurrido su infancia feliz, donde vivía Babette Lallier, su prometida, y donde todo presagiaba una existencia dulce y colmada; vio el pasado, vio su porvenir, y lo sacrificó todo, o cuando menos lo jugó. Tales eran los hombres de aquel tiempo.

—No vayamos más lejos —dijo el impetuoso marinero—, lo conocemos como uno de nuestros *santos*... De no haber dado el golpe el escocés, habría matado al infame presidente Minard.

—Sí —dijo Lecamus—. Mi vida pertenece a la Iglesia, y la doy jubilosamente por el triunfo de la Reforma, en la que he reflexionado seriamente. Sé lo que hacemos por la felicidad de los pueblos. En dos palabras, el papismo impele al celibato, y la Reforma a la familia. Ya es tiempo de limpiar a Francia de sus frailes, de restituir sus bienes a la corona, quien tarde o temprano los venderá a la burguesía. Sepamos morir por nuestros hijos y para que un día nuestras familias sean libres y dichosas.

El rostro del joven entusiasta, el de Chaudieu, el del marinero y el del

desconocido sentado sobre un banco, iluminados por los últimos resplandores del crepúsculo, formaban un cuadro que debe ser tanto más descrito, cuanto que esta descripción contiene toda la historia de aquel tiempo, de ser verdad que sea dado a algunos hombres el resumir el espíritu de su siglo.

La reforma religiosa, intentada por Lutero en Alemania, por Knox en Escocia y por Calvino en Francia, se adueñó particularmente de las clases inferiores que el pensamiento había ya penetrado. Los grandes señores no apoyaron ese movimiento sino para servir a intereses ajenos a la causa religiosa. A estos partidos diferentes se unieron aventureros, señores arruinados y segundones a quienes iban igualmente bien todos los trastornos. Pero, entre los artesanos y las gentes de comercio, la fe fue sincera y basada en el cálculo. Las gentes pobres se adherían al punto a una religión que devolvía al Estado los bienes eclesiásticos, que suprimía los conventos y privaba a los dignatarios religiosos de sus inmensas rentas. El comercio entero computó los beneficios de esa operación religiosa, y se consagró a ella en cuerpo, alma y bolsa; pero entre los jóvenes de la burguesía francesa, la prédica halló esa disposición noble hacia los sacrificios de todo género, que anima a la juventud, a la que es desconocido el egoísmo. Hombres eminentes, espíritus penetrantes, como siempre se encuentran en el seno de las masas, adivinaban la República en la Reforma, y querían establecer en toda Europa el gobierno de las Provincias Unidas, que acabaron por triunfar en su lucha con la más gran potencia de la época, España, gobernada por Felipe II y representada en los Países Bajos por el duque de Alba. Juan Hotoman meditaba entonces su famosa obra en la que ese proyecto se explaya, y que difundió en Francia el fermento de esas ideas, removidas de nuevo por la Liga, reprimidas por Richelieu, y luego por Luis XIV, pero que reaparecieron con los economistas y con los enciclopedistas bajo Luis XV, estallando bajo Luis XVI, siempre protegidas por las ramas segundas, y por la casa de Orleáns en 1789 como por la de Borbón en 1589. Quien dice examen, dice revuelta. Toda revuelta es o la capa bajo la cual se oculta un príncipe, o los pañales de una nueva dominación. La casa de Borbón y los segundones de los Valois se agitaban en el fondo de la Reforma. La cuestión, en el momento en que la barca flotaba bajo el arco del puente del Change, estaba singularmente complicada por la ambición de los Guisa, en rivalidad con los Borbones; así, la corona, representada por Catalina de Médicis, durante treinta años, pudo sostener el combate oponiéndoles unos a otros; mientras que más tarde, la corona, en vez de ser tirada por varias manos, se encontró ante el pueblo sin ninguna barrera: Richelieu y Luis XIV habían derribado la de la nobleza, y Luis XV la de los parlamentos. Solo ante un pueblo, como lo estuvo en su día Luis XVI, un rey sucumbirá siempre.

Cristóbal Lecamus representaba bien la parte ardiente y abnegada del pueblo: su rostro pálido tenía esa tez aceda y cálida que distingue a ciertos rubios; sus cabellos tiraban a cobrizo; sus ojos, de un gris azulado, destellaban, y en ellos se mostraba sólo su hermosa alma, pues su rostro, mal dibujado, no cubría la irregularidad de su

forma un tanto triangular con ese aire de nobleza que se dan las personas elevadas, y su estrecha frente no denotaba sino una gran energía. La vida no parecía tomar su principio sino en su pecho, un tanto sumiso. Más nervioso que sanguíneo, Cristóbal ofrecía a la mirada una encarnadura fibrosa, enjuta, pero dura. Su puntiaguda nariz revelaba una perspicacia popular, como su fisonomía anunciaba una inteligencia capaz de comportarse bien en un punto de la circunferencia, sin poseer la facultad de abarcar su extensión. Sus ojos, cuyo arco superciliar, apenas guarnecido de una pelusa blanca, sobresalía como un alero, estaban cercados por una franja de azul pálido, y de un reluciente blanco en el nacimiento de la nariz, revelador casi siempre de una excesiva exaltación. Cristóbal era en efecto un buen representante del pueblo que se sacrifica con abnegación, que se bate y que se deja engañar; bastante espiritual para comprender y servir una idea, demasiado noble para sacar partido de ella, demasiado generoso para venderse.

Al lado del hijo único de Lecamus, Chaudieu, ese ardiente ministro, de cabello pardo, enflaquecido por las vigiliadas, de tez amarilla, frente militante, boca elocuente, ojos castaños y llameantes, y mentón corto y alzado, retrataba bien a esa fe cristiana que valió a la Reforma tantos pastores fanáticos y sinceros, cuyo espíritu y valor inflamaron las poblaciones. El edecán de Calvino y de Teodoro de Béze contrastaba admirablemente con el hijo del peletero. Representaba bien la causa viva cuyo efecto se veía en Cristóbal. No se habría uno imaginado de otro modo el hogar conductor de las máquinas populares.

El marinero, hombre impetuoso, atezado por el aire libre, hecho al relente de las noches y a los ardores del día, de boca cerrada y perentorio ademán, ojos anaranjados y hambrientos como los del buitre, cabello negro y crespo, era el vivo retrato del aventurero que lo arriesga todo en un asunto, como el jugador aventura toda su fortuna a una carta. Todo en él revelaba pasiones terribles, una audacia que no retrocedía ante nada. Sus tensos músculos estaban hechos para callarse tanto como para hablar. Tenía el aire más osado que noble. Su nariz, respingada aunque delgada, respiraba el combate. Parecía ágil y diestro. En cualquier tiempo se le habría tomado por un jefe de partido, de facción o de banda. De no haber sido la Reforma, habría acaso sido Pizarro, Hernán Cortés o Morgan el Exterminador, una acción violenta cualquiera.

El desconocido, sentado sobre un banco y envuelto en su capa, pertenecía evidentemente a la clase más elevada de la sociedad. La finura de su ropa blanca, el olor de su traje, el corte y la piel de sus guantes, indicaban a un personaje de la corte, así como su postura, su altivez, su tranquilidad y su mirada revelaban al guerrero. Su aspecto inquietaba a primera vista e imponía respeto. Pues se respeta a un hombre que se respeta a sí mismo. Pequeño y jorobado, sus modales reparaban en un momento las desventajas de su talla. Una vez roto el hielo, tenía la alegría de la decisión, una indefinible gallardía que le hacía amable. Sus ojos eran azules, la nariz aguileña de la casa de Navarra y el corte del rostro tan acentuadamente español, que

debía ser el tipo de los reyes Borbones.

En tres palabras, la escena cobró inmenso interés.

—Bien —dijo Chaudieu, en el momento en que el joven Lecamus acabó su frase —, este batelero es la Renaudie; y he aquí al señor príncipe de Condé —añadió mostrando al pequeño jorobado.

Así aquellos cuatro hombres representaban la fe del pueblo, la inteligencia de la palabra, la mano del soldado y la realeza oculta en la sombra.

—Va a saber lo que esperamos de usted —prosiguió el ministro tras una pausa dejada al asombro del joven Lecamus—. A fin de que no cometa ningún error, nos vemos obligados a iniciarle en los secretos más importantes de la Reforma.

El príncipe y la Renaudie concedieron la palabra al ministro con un gesto, después que se hubo callado para dejar hablar al príncipe en persona, si lo deseaba. Como todos los grandes comprometidos en conjuras, y que tienen por sistema mostrarse solamente en el momento decisivo, el príncipe guardó silencio, mas no por cobardía: en aquellas coyunturas, él fue el alma de la conspiración, no retrocedió ante peligro alguno y arriesgó su cabeza; mas, por una especie de dignidad real, cedió la explicación de aquella empresa al ministro, contentándose con estudiar al nuevo instrumento del que precisaba servirse.

—Hijo mío —dijo Chaudieu en el lenguaje de los hugonotes—, vamos a librar una primera batalla a la prostituida romana. En algunos días, nuestras milicias morirán en los cadalsos, o los Guisa serán muertos. Pronto, pues, el rey y las dos reinas estarán en nuestro poder. He aquí la primera toma de armas de nuestra religión en Francia, y Francia no las depondrá sino después de haberlo conquistado todo: se trata de la nación, ya lo veis, y no del reino. La mayoría de los grandes del reino se ven o quieren estar reducidos al cardenal de Lorena y al duque, su hermano. So pretexto de defender la religión católica, la casa de Lorena quiere reclamar como patrimonio suyo la corona de Francia. Apoyada por la Iglesia, se ha hecho de ella una formidable aliada, tiene a los frailes por sostenes, por acólitos, por espías. Ella se erige en tutora del trono que pretende usurpar, en protectora de la casa de Valois, a la que quiere aniquilar. Si nos decidimos nosotros a alzamos en armas, es porque se trata al par de las libertades del pueblo y de los intereses de la nobleza igualmente amenazados. Ahoguemos en su germen a una facción tan odiosa como la de los Borgoñones, que ya antes pusieron a París y a Francia a sangre y fuego. Ha sido preciso un Luis XI para acabar la querrela de los Borboñones y la corona; mas, hoy, un príncipe de Condé sabrá impedir a los Lorenas que vuelvan a las andadas. No se trata de una guerra civil, sino de un duelo entre los Guisa y la Reforma, un duelo a muerte: nosotros haremos caer sus cabezas, o ellos harán caer las nuestras.

—¡Bien dicho! —exclamó el príncipe.

—En estas coyunturas, Cristóbal —añadió la Renaudie— no queremos desdeñar nada que sirva para engrosar nuestro partido, ya que hay un partido en la Reforma, el partido de los intereses vejados, de los nobles sacrificados a los Lorenas, de los viejos



capitanes indignamente engañados en Fontainebleau, de donde el cardenal les ha proscrito, haciendo instalar patíbulos para quienes pidiesen al rey dinero por sus servicios y sus pagas atrasadas.

—He aquí, hijo mío —reanudó Chaudieu, al observar una especie de espanto en Cristóbal—, he aquí lo que nos obliga a triunfar por las armas en vez de triunfar por la convicción y por el martirio. La reina madre está a punto de inclinarse por nosotros, no que quiera abjurar, rio es eso, sino que acaso se verá obligada por nuestro triunfo. Sea como fuere, humillada y desesperada de ver pasar a manos de los Guisa el poder que ella esperaba ejercer tras la muerte del rey, espantada por la ascendencia que adquiere la joven María, sobrina de los Lorena, y su auxiliar, la reina Catalina debe estar dispuesta a prestar su apoyo a los príncipes y señores que van a intentar un golpe de mano para liberarla. En este momento, aunque aparentemente afecta a los Guisa, ella los odia, desea su pérdida y se servirá de nosotros contra ellos; pero monseñor se servirá de ella contra todos. La reina madre dará su consentimiento a nuestros planes. Tendremos por nosotros al condestable, a quien monseñor acaba de ir a ver a Chantilly, pero que no quiere moverse sino por orden de sus amos. Tío de monseñor, no le dejará nunca en un aprieto, y ese generoso príncipe no vacila en lanzarse al peligro para decidir a Ana de Montmorency. Todo está, pues, listo, y hemos puesto los ojos en usted para ir a comunicar a la reina Catalina nuestro tratado de alianza, los proyectos de edictos y las bases del nuevo gobierno. La corte está en Blois. Muchos de los nuestros se encuentran allí; mas esos son nuestros futuros jefes... y, como monseñor —añadió designando al príncipe—, jamás deben sospechar de ellos: nosotros debemos sacrificarnos. La reina madre y nuestros amigos están sometidos a una vigilancia tan minuciosa, que resulta imposible emplear como intermediaria a una persona conocida o de alguna importancia, pues al punto sería recelada y no podría comunicarse con la señorita Catalina. Dios nos debe en este momento el pastor David y su honda para atacar y derribar a Goliat de Guisa. Su padre, desgraciadamente para él, buen católico, es el peletero de las dos reinas, y siempre ha de hacerles algún suministro; consiga que le envíe a la corte. Usted no despertará sospecha alguna y no compromete en nada a la reina Catalina. Todos nuestros jefes pueden pagar con su cabeza una imprudencia que haría creer en su connivencia con la reina madre. Allí donde los grandes, una vez atrapados, dan la alarma, un pequeño como usted no produce consecuencias. Ya ve, los Guisa tienen tantos espías, que no hemos dispuesto más que del río para poder hablar sin temor. Está aquí, hijo mío, como el centinela, obligado a morir en su puesto. Y sepa que si es usted sorprendido, hemos de abandonarle todos, y hasta arrojáramos sobre usted, en caso necesario, el oprobio y la infamia. De ser preciso, diremos que es una criatura de los Guisa, a la cual ellos hacen desempeñar ese papel para perdemos. Así pues, os pedimos un entero sacrificio.

—Si perece en la empresa —dijo el príncipe de Condé—, le doy mi palabra de gentilhombre que su familia será sagrada para la casa de Navarra, que la llevaré a mi

corte y la atenderé en todo.

—Esa palabra basta —respondió Cristóbal, sin pensar que aquel faccioso era un gascón—. Corremos unos tiempos en que cada cual, príncipe o burgués, debe cumplir con su deber.

—¡He aquí un verdadero hugonote! Si todos nuestros hombres fuesen así —dijo la Renaudie poniendo una mano sobre el hombro de Cristóbal—, mañana mismo seríamos los amos.

—Joven —replicó el príncipe—, he querido mostraros que si Chaudieu predica, y si el gentilhombre está armado, el príncipe se bate. Así, en esta ardiente partida, todas las puestas importan.

—Escuche —dijo la Renaudie—. No le entregaré los documentos sino en Beaugency, ya que no hay que comprometerlos durante todo el viaje. Me encontrará en el puerto, pero mi rostro, mi voz y mi atuendo estarán tan cambiados, que no podrá reconocerme. Por eso le preguntaré: *¿Sois un mandadero?*, y usted me responderá: *Dispuesto a servir*. En cuanto a la ejecución, he aquí los medios. Hallará un caballo en la *Pinta florida*, próxima a San Germán de Auxerre. Preguntará por Juan el Bretón, quien le llevará a la cuadra y le dará uno de mis jacos conocido por hacer treinta leguas en ocho horas. Salga por la puerta de Bussy; Bretón tiene un pase para mí, tómelo para usted y salga a escape, rodeando los poblados. Así podrá llegar al amanecer a Orleáns.

—¿Y el caballo? —preguntó el joven Lecamus.

—No reventará antes de Orleáns —respondió la Renaudie—. Déjelo a la entrada del arrabal Bannier, pues las puertas están bien guardadas y no hay que despertar sospechas. A usted toca, amigo mío, el desempeñar bien su papel. Inventará la fábula que mejor le parezca para llegar a la tercera casa a la izquierda al entrar en Orleáns; pertenece a un tal Tourillon, guantero. Dará tres golpes en la puerta, gritando: *¡Servicio de Monseñor de Guisa!* El hombre es aparentemente un fanático de Guisa, pero únicamente nosotros cuatro sabemos que es de los nuestros; le facilitará un batelero leal, otro «rabioso» de Guisa, de su misma cuerda, desde luego. Baje en seguida al puerto y embarcará en un transporte fluvial pintado de verde y realzado de blanco. Atracará sin duda en Beaugency mañana al mediodía. Allá le tendré dispuesta una barca en la que descenderá a Blois sin correr peligro. Nuestros enemigos los Guisa no custodian el Loira, sino sólo los puertos. Así, podrá ver a la reina durante el día o al siguiente.

—Sus palabras están grabadas aquí —dijo Cristóbal, apuntando a su frente.

Chaudieu abrazó a su criatura con singular efusión religiosa, pues estaba muy orgulloso del mozo.

—¡Dios vele por ti! —le dijo, señalando al sol poniente que enrojecía los viejos tejados cubiertos de bardas y filtraba sus resplandores a través del bosque de pilotes donde borboteaban las aguas.

—¡Es de la raza del viejo Santiago Bonhomme! —dijo la Renaudie a Cristóbal,

estrechándole la mano.

—Ya volveremos a vernos, *señor* —le dijo el príncipe con gesto de gracia infinita, en el que había casi amistad.

En un par de golpes de remo la Renaudie puso al conspirador sobre un peldaño de la escalera que conducía a la casa, y la barca desapareció seguidamente bajo los arcos del puente del Change.

Cristóbal sacudió la verja de hierro que cerraba la escalera sobre el río y llamó; la señorita Lecamus le oyó, abrió una de las ventanas de la trastienda y le preguntó cómo era que se encontraba allí. Cristóbal le respondió que el relente era helado y que primero tenía que entrar.

—Señor —dijo la servidora borgoñesa—. Ha salido por la puerta de la calle, y vuelve por la del río... ¡Hum, su padre se va a enfadar mucho!

Cristóbal, aturdido por una confidencia que acababa de ponerle en relación con el príncipe de Condé, la Renaudie y Chaudieu, y más impresionado aún por el anticipado espectáculo de una inminente guerra civil, no respondió nada; subió precipitadamente de la cocina a la trastienda, mas, al verle, su madre, vieja acérrima católica, no pudo retener su cólera.

—¡Apuesto a que esos tres hombres con los que hablabas son prot...! —dijo.

—Cállate, mujer —dijo al punto el prudente viejo de cabello blanco, que hojeaba un librote de cuentas—. ¡Ea, holgazanes! —añadió dirigiéndose a tres muchachos jóvenes que hacía largo rato que habían acabado de cenar—, ¿qué esperáis para iros a dormir? Son ya las ocho y tenéis que levantaros a las cinco de la mañana. Además, habréis de llevar a casa del señor presidente de Thou su bonete y su hábito. ¡Vamos, idos llevándoos vuestros estoques y bastones..., al menos seréis así capaces de defenderos si os topáis con granujas como vosotros!

—¿Hay que llevar también la sobreveste de armiño pedida por la joven reina, y que debe ser entregada en el palacio de Soissons, o irá algún otro expresamente a Blois y junto a la reina madre? —preguntó uno de los dependientes.

—La cuenta de la reina Catalina se eleva a tres mil escudos, y como ya es hora de cobrarlos, iré personalmente a Blois —dijo el síndico.

—Padre mío, no permitiré que a su edad y en los tiempos que corren, se exponga por los caminos. Yo tengo veintidós años y puede encargarme de ello —dijo Cristóbal, lanzando una ojeada a la caja en la que debía hallarse la sobreveste.

—¿Es que estáis pegados al banco? —gritó el viejo a los aprendices, quienes al punto tomaron sus estoques y sus capas y el encargo que había de ser entregado al señor de Thou.

El día siguiente, el Parlamento recibía en el Palacio de Justicia, como presidente, a este hombre ilustre que, tras haber firmado la sentencia de muerte del consejero du Bourg, debía, antes de acabar el año, tener que juzgar al príncipe de Condé.

—Borgoñesa —dijo el viejo a la servidora—. Id a preguntar a mi compadre Lallier si quiere venir a cenar con nosotros, trayendo él el vino; nosotros pondremos

el guiso... ¡Ah, y decidle sobre todo que traiga a su hija!

### III. LA BURGUESIA

El síndico de la corporación de los peleteros era un apuesto viejo de sesenta años, de cabello blanco y frente amplia y despejada. Peletero de la corte desde hacía cuarenta años, había visto todas las revoluciones del reinado de Francisco I, y se había mantenido en su patente real no obstante las rivalidades femeninas. Había sido testigo de la llegada a la corte de la joven Catalina de Médicis, de apenas quince años de edad; la había observado doblegándose ante la duquesa de Etampes, la amante de su suegro, y ante la duquesa de Valentinois, amante de su marido, el finado rey. Mas el peletero había sabido zafarse bien de esas singulares fases en las que los mercaderes de la corte habían sido tan a menudo envueltos en las desgracias de las favoritas. Su prudencia igualaba a su fortuna. Siempre permanecía excesivamente humilde. Jamás el orgullo le había apresado en sus lazos. Este mercader se hacía tan pequeño, tan dulce, tan complaciente, tan pobre en la corte, ante las princesas, las reinas y las favoritas, que esa modestia y su bonachonería habían conservado la insignia de su casa. Una política tal, revelaba necesariamente a un hombre inteligente y perspicaz. Mas, tan humilde como parecía fuera, se tornaba déspota en su morada; en su casa era absoluto. Muy honrado por sus colegas, debía su inmensa consideración al prolongado usufructo del primer puesto en su comercio. Por lo demás, hacía favores de buen grado, y entre los que había prestado, uno de los más señalados fue a buen seguro la asistencia que otorgó durante mucho tiempo al más famoso cirujano del siglo XVI, Ambrosio Paré, quien le debía el haberse podido dedicar a sus estudios. En todas las dificultades que surgían entre comerciantes, Lecamus se mostraba conciliador. Así, la estimación general consolidaba su posición entre sus iguales, como su carácter simulado le mantenía en favor en la corte. Tras haber solicitado con ahínco entre su clientela los honores de su manufactura, y conseguido su designio, hacía lo necesario para conservarse en buen olor de santidad con el párroco de la iglesia de San Pedro de los Bueyes, quien le consideraba como uno de los hombres de París más devotos a la religión católica. Así, al convocarse los Estados Generales, fue nombrado por unanimidad para representar al estado llano, por influencia del clero de París, que en aquel tiempo era inmensa. Este viejo era uno de esos sordos y profundos ambiciosos que se curvan durante cincuenta años ante todo el mundo, deslizándose de puesto en puesto, sin que se sepa cómo han llegado, pero que se encuentran bien asentados y cómodos allí donde nadie, ni los más audaces, habría osado confesarse semejante objetivo al comienzo de la vida: ¡tan considerable era la distancia, y había tantos abismos por franquear, en los que podía rodar! Lecamus, que tenía una inmensa fortuna escondida, no quería correr ningún peligro, y preparaba un brillante porvenir a su hijo. En vez de tener esa ambición personal que a menudo sacrifica el futuro al presente, la suya era familiar, sentimiento perdido en nuestros días, ahogado por la necia disposición de nuestras leyes sobre las herencias. Lecamus se veía primer presidente del Parlamento de París,

en la persona de su nieto.

Cristóbal, ahijado del famoso de Thou, el historiador, había recibido la más sólida educación, pero, sin duda ella le había conducido a la duda y al examen que tomaban creciente auge entre los estudiantes y las Facultades de la Universidad. Cristóbal hacía en estos momentos sus comienzos para debutar en el foro, ese primer peldaño de la magistratura. El viejo peletero simulaba vacilación con respecto a su hijo; si bien parecía querer que fuese abogado, en su fuero interno ambicionaba para él un puesto de consejero en el Parlamento. Este mercader quería situar a la familia Lecamus en el rango de las más viejas y célebres de la burguesía parisina, de las que salieron los Pasquier, los Mole, los Miron, los Segurier, Lamoignon, du Tillet, Lecoigneux, Lescalopier, los Goix los Arnauld y los famosos regidores y los grandes prebostes de mercaderes entre quienes halló el trono tantos defensores. Así, para que Cristóbal pudiese un día mantener su rango, quería casarlo a la hija del más acaudalado orfebre de la ciudad, su compadre Lallier, cuyo sobrino debía presentar a Enrique IV las llaves de París. El designio más profundamente prendido en el corazón de este burgués era emplear la mitad de su fortuna y la mitad de la del orfebre en la adquisición de una señorial posesión rústica, grande y hermosa, asunto largo y difícil en la época. Mas este profundo político conocía demasiado bien a su tiempo como para ignorar los grandes movimientos que se preparaban: veía bien y veía justo, previendo la división del reino en dos bandos. Los inútiles suplicios de la plaza de la Estrapade, la ejecución del sastre de Enrique II, la más reciente del consejero Ana du Bourg, la connivencia actual de los grandes señores, la de una favorita, bajo el reinado de Francisco I, con los protestantes, eran terribles indicios. El peletero había resuelto seguir siendo, sucediera lo que sucediese, católico, realista y parlamentario; pero le convenía, *in petto*, que su hijo perteneciera a la Reforma. Se sabía lo bastante rico como para rescatar a Cristóbal, caso de que se comprometiese demasiado; luego, si Francia se hacía calvinista, su hijo podría salvar a la familia, en una de esas furiosas asonadas parisinas cuyo recuerdo perduraba vivo en la burguesía, y que ella misma había de repetir durante cuatro reinados. Mas estos pensamientos, al igual de Luis XI, el peletero no se los decía a sí mismo; su profundidad iba hasta a engañar a su mujer y a su hijo. Este grave personaje era desde hacía tiempo el jefe del más rico y más populoso barrio de París, el del centro, con un título inherente (que acaso puede traducirse por comisario de barriada) hecho tan célebre quince años más tarde. Vestido de paño, como todos los burgueses prudentes que obedecían a las ordenanzas sobre el lujo, el señor Lecamus (tenía empeño en este título, otorgado por Carlos V a los burgueses de París, y que les permitía comprar señoríos y llamar a sus mujeres con el bello apelativo de señoritas) no llevaba ni cadena de oro, ni seda, sino un buen jubón con grandes botones de plata ennegrecida, calzas hasta sobre la rodilla y zapatos engafados de cuero. Su camisa, de fino lienzo, salía en bullones, según la moda de la época, por su entreabierto pelliza. Aunque el donoso y ancho rostro de este viejo recibiese toda la claridad de la lámpara, le fue imposible a Cristóbal

adivinar los pensamientos ocultos bajo la rica carnación holandesa de su padre; mas sin embargo comprendió todo el partido que el viejo quería sacar de su afecto por la linda Babette Lallier. Y así como hombre que había tomado su resolución, Cristóbal sonrió amargamente al oír invitar a su futura.

Cuando la borgoñesa se marchó con los aprendices, el viejo Lecamus miró a su mujer, dejando ver entonces todo su carácter firme y absoluto.

—¡No estarás contenta hasta que hayas hecho colgar a tu hijo, con esa condenada lengua! —la dijo con voz severa.

—Lo preferiría ajusticiado, pero salvado, que vivo y hugonote —replicó ella con aire sombrío—. ¡Pensar que un hijo que ha estado nueve meses en mis entrañas no es buen católico y anda en tapujos, por lo que irá al infierno por toda la eternidad...!

Y se echó a llorar.

—¡Vieja bestia —dijo el peletero—, déjale, pues, vivir, aun cuando no fuese más que para convertirle! Has dicho ante nuestros aprendices algo que puede poner fuego a nuestra casa y hacemos cocer a todos como a pollos en el asador.

La madre se santiguó, sentóse y quedó muda.

—¡Y ahora tú —prosiguió el viejo, lanzando una mirada de juez a su hijo—, explícame lo que hacías ahí en el agua con...! Ven acá para que te hable —añadió asiendo a su hijo por el brazo y atrayéndole a él—... con el príncipe de Condé —sopló al oído de Cristóbal, quien se estremeció—. ¿Crees acaso que el peletero de la corte no conoce todas las caras? ¿Y piensas tal vez que ignoro lo que sucede? Monseñor el gran maestro ha dado la orden de llevar tropas a Amboise. ¿Está claro que retiren tropas de París para enviarlas allá, cuando la corte está en Blois, y hacerlas además ir por Chartres y Vendôme, en vez de tomar el camino de Orleáns? Va a haber disturbios. Si las reinas quieren sus sobrevestes, las enviarán a buscar. El príncipe de Condé tal vez haya decidido matar a los de Guisa, quienes, a su vez, quizá piensan en deshacerse de él. El príncipe se servirá de los hugonotes para defenderse. ¿De qué serviría el hijo de un peletero en esta trifulca? Cuando estés casado y seas abogado en el Parlamento, serás tan prudente como tu padre. Para ser de la nueva religión, el hijo de un peletero debe esperar que todo el mundo lo sea. Yo no condeno a los reformistas, pues no es ese mi oficio; pero la corte es católica, las dos reinas son católicas, y el Parlamento es católico; nosotros les suministramos, y por ende debemos ser católicos. ¡No saldrás de aquí, Cristóbal, o te meto encerrado en casa del presidente de Thou, tu padrino, quien te tendrá a su lado noche y día y te hará ennegrecer papel en vez de dejarte ennegrecer el alma en la cocina de esos condenados ginebrinos!

—Padre mío —respondió Cristóbal apoyándose sobre el respaldo de la silla en la que se sentaba su padre—, envíeme, pues, a Blois a llevar la sobreveste a la reina María para reclamar nuestro dinero a la reina madre: ¡si no lo hacéis, estoy perdido..., y usted me quiere...!

—¿Perdido? —replicó el viejo, sin manifestar el menor asombro—. Si te quedas

aquí, no estarás perdido, pues siempre te encontraré.

—Me matarán.

—¿Como?

—Los más ardientes de los hugonotes han puesto sus ojos en mí para servirles en algo, y, si dejo de cumplir lo que acabo de prometer, me matarán en pleno día, en la calle, como han matado a Minard. Pero si me envía a la corte para sus asuntos, acaso podré justificarme igualmente bien de los dos lados. O tendré éxito en mi gestión sin haber corrido ningún peligro y por consiguiente conquistaré así un buen puesto en el partido, o, si el peligro es demasiado grande, solamente realizaré vuestros negocios.

El padre se levantó como si su butaca fuese de hierro candente.

—Mujer —dijo a su esposa—, déjanos, y cuida de que Cristóbal y yo estemos bien solos.

Una vez salida la señorita Lecamus, el peletero cogió a su hijo por un botón y lo llevó al rincón de la sala que hacía ángulo con el puente.

—Cristóbal —le dijo al oído, como cuando le había hablado del príncipe de Condé—, sé hugonote, si es que tienes ese vicio, pero sólo con prudencia, en el fondo del corazón y no de manera que te señalen con el dedo en el barrio. Lo que acabas de confesarme me demuestra la confianza que los jefes depositan en ti. ¿Qué es, pues, lo que vas a hacer en la corte?

—No podría decíroslo —respondió Cristóbal—, pues todavía ni yo mismo lo sé.



—¡Hum! ¡Hum! —hizo el viejo mirando a su hijo y pensando para sus adentros: «El pícaro quiere *dar el mico* a su padre...; ¡vaya, irá lejos...!»—. Bien — prosiguió en voz baja—, supongo que no irás a la corte a hacer proposiciones a los señores de Guisa ni al pequeño rey, nuestro señor, ni a la pequeña reina María. Todos esos corazones son católicos; pero juraría que la italiana tiene algo contra la escocesa y contra los Lorenas... la conozco, ¡vaya furiosos deseos que tenía de meter las manos en la masa! El difunto rey la tenía tanto, que ha hecho como los orfebres, ha desgastado el diamante con el diamante, a una mujer con otra. De ahí ese odio de la reina Catalina contra la pobre duquesa de Valentinois, a la que ha quitado el hermoso castillo de Chenonceaux. Sin monseñor el condestable, la duquesa habría sido cuando menos estrangulada... ¡Atrás, hijo mío! ¡No te pongas en manos de esa italiana, cuya pasión radica en el cerebro...! ¡mala pécora de mujer! Sí, lo que se te envía a hacer a la corte te producirá acaso grandes quebraderos de cabeza —añadió, viendo a l a punto de responderle—. Hijo mío, yo tengo proyectos para tu futuro, y no los desbaratarías haciéndote útil a la reina Catalina, ¡pero Jesús, no arriesgues la cabeza!, que esos señores de Guisa la cortarían como la borgoñesa troncha un nabo, pues las personas que te emplean te negarán por completo.

—Ya lo sé, padre mío —respondió Cristóbal.

—Ah, ¿eres, pues, tan fuerte como eso? ¿Lo sabes y te arriesgas?

—Sí, padre mío.

—¡Por la tripa de un lobo hambriento! —exclamó el padre, estrechando a su hijo en sus brazos—. Creo que podremos entendernos: eres digno de tu padre. Hijo mío, tú serás el honor de la familia, y veo que tu viejo padre puede explicarse contigo.

¡Pero no seas más hugonote que los señores de Coligny! No saques la espada; tú serás hombre de pluma..., permanece en tu futuro papel de curial. Bien, no me digas nada sino después de haber conseguido el éxito. Si no me has hecho saber nada cuatro días después de tu llegada a Blois, ese silencio me dirá que estás en peligro. Y el viejo irá a salvar al joven. No en vano he vendido durante treinta y dos años pieles, para no conocer el envés de las vestiduras de corte. Por lo tanto tendré con qué abrir las puertas.

Cristóbal tenía los ojos dilatados al oír hablar así a su padre, mas temió algún lazo tendido por su progenitor y mantuvo el silencio.

—Bien, haga la cuenta, padre —dijo—. Escriba una carta a la reina, pues quiero partir al instante; de lo contrario sucederían grandes desgracias.

—¡Partir! ¿Pero cómo?

—Compraré un caballo... ¡Escribid, en nombre de Dios!

—¡Eh, madre, dinero a tu hijo! —gritó el peletero a su mujer.

La madre entró, se dirigió al arcón y dio una bolsa a Cristóbal quien abrazó, muy conmovido, a su madre.

—La cuenta estaba ya lista, aquí la tienes —dijo el padre—. Voy a escribir la carta.

Cristóbal tomó la cuenta y se la metió en el bolsillo.

—Pero cenarás cuando menos con nosotros —dijo el viejo—. En esta situación, hay que cambiar los anillos, la hija de Lallier y tú.

—Bien, voy a buscarla —dijo Cristóbal.

El joven desconfiaba de las irresoluciones de su padre, cuyo carácter no le era aún bastante conocido; subió a su habitación, se vistió, tomó una maleta, descendió a paso de lobo, y la colocó sobre un mostrador de la tienda, así como su estoque y su capa.

—¿Qué diablos haces? —le dijo su padre al oírle.

Cristóbal fue a besar al viejo en ambas mejillas.

—No quiero que vean mis objetos de viaje, y los he puesto sobre un mostrador —le dijo al oído.

—Aquí tienes la carta.

Cristóbal tomó el papel y salió, como para ir a buscar a la joven vecina.

Algunos instantes después de su partida, llegaron el compadre Lallier y su hija, precedidos de una sirvienta portadora de tres botellas de vino añejo.

—Bueno, ¿dónde está Cristóbal? —preguntaron el peletero y su mujer.

—¿Cristóbal? —exclamó Babette—. No le hemos visto.

—¡Mi hijo es un granuja! Me engaña como si yo no tuviese barba. ¿Qué va a suceder, compadre? Vivimos unos tiempos en que los hijos son más listos que los padres.

—¡Pero si hace tiempo que todo el barrio tilda de reformista a Cristóbal! —dijo Lallier.

—Defendedle en este punto, compadre —respondió el peletero al orfebre—. La

juventud es alocada y corre tras las novedades; pero Babette le hará estarse tranquilo; ella es aún más nueva que Calvino.

Babette sonrió; quería a Cristóbal y la ofendía todo lo que se decía contra él. Era una muchacha de la vieja burguesía, educada bajo la mirada de su madre, que no la había dejado nunca; su compostura era dulce, correcta como su rostro; estaba vestida de paño de lana de colores grises y armoniosos; su gorguera, sencillamente plisada, destacaba por su blancura sobre su atavío; se tocaba con un bonete de terciopelo pardo, que se asemejaba mucho al gorrito de un niño, pero estaba adornado de encajes y cintas de gasa de color canela, que descendían a cada lado de su rostro. Aunque rubia y blanca como las rubias, parecía aguda, sagaz, al par de ocultar su malicia bajo el aire de una muchacha honestamente educada. Mientras las dos sirvientas iban y venían poniendo el mantel, los pichelos, los grandes platos de estaño y los cubiertos, el orfebre, su hija, el peletero y su mujer permanecieron ante la alta chimenea de lambrequines de sarga roja bordada de franjas negras, diciendo naderías. Por más que Babette preguntase donde podía estar Cristóbal, la madre y el padre del hugonote daban respuestas evasivas; pero, cuando las dos familias estuvieron sentadas a la mesa, y las sirvientas en la cocina, Lecamus dijo a su futura nuera:

—Cristóbal ha partido hacia la Corte.

—¡A Blois! ¡Hacer un viaje así y no haberse despedido de mí! —exclamó.

—El asunto era urgente —dijo la madre.

—Compadre —manifestó el peletero reanudando la conversación abandonada—. Creo que vamos a tener gresca en Francia; los reformistas se remueven.

—Si triunfan, no será después de grandes guerras durante las cuales el comercio irá mal —dijo Lallier, incapaz de elevarse más arriba que de la esfera comercial.

—Mi padre, que ha visto el fin de las guerras entre los borgoñones y los armagnacs, me ha dicho que nuestra familia no se hubiese salvado de no haber sido uno de sus abuelos, el padre su madre, un Goix, uno de esos famosos matarifes del Mercado que estaban por los armagnacs; parecían querer arrancarse la piel ante todo el mundo, pero se entendían en familia. Así pues, tratemos de salvar a Cristóbal; acaso llegada la ocasión haya de salvarnos él.

—¡Buen lagartón estáis hecho, compadre!

—No —respondió Lecamus—. La burguesía debe pensar en ella, pues tanto el pueblo como la nobleza le tienen inquina. La burguesía parisina infunde temores a todo el mundo, excepto al rey, que la sabe su amiga.

—Usted que es tan sabio y que ha visto tantas cosas —preguntó tímidamente Babette—. ¿Querrá explicarme qué es lo que desean los reformistas?

—Sí, ¿podría explicárnoslo? —exclamó el orfebre—. Yo conocía al sastre del finado rey y lo tenía por un hombre de costumbres sencillas, sin gran genio; era casi como usted, se le habría dado la comunión sin confesión, y sin embargo chapoteaba en el fondo de esa religión nueva... ¡él, un hombre cuyas dos orejas valían como cien mil escudos! ¿Debía pues tener secretos a revelar, para que el rey y la duquesa de

Valentinois hayan asistido a su tortura?

—¡Y terribles! —dijo el peletero—. La Reforma, amigos míos —prosiguió en voz baja—, proporcionaría a la burguesía las tierras de la Iglesia. Tras los privilegios eclesiásticos suprimidos, los reformistas cuentan pedir que los nobles y los burgueses sean iguales para las tallas, capitaciones y gabelas, que no haya sino el rey por encima de todo el mundo... si en todo caso se deja a un rey en el Estado.

—¡Suprimir el trono! —exclamó Lallier.

—Eh, compadre, —arguyo Lecamus—, en los Países Bajos, los burgueses se gobiernan ellos mismos por magistrados propios, quienes eligen por sí un jefe temporal.

—¡Vive Dios, compadre, que se deberían hacer esas hermosas cosas, y permanecer católicos! —exclamó el orfebre.

—Somos ya demasiado viejos para ver el triunfo de la burguesía de París, pero ella triunfará, compadre; ¡a cada época, lo suyo! ¡Ah, al rey le será necesario apoyarse en ella, y nosotros hemos vendido siempre bien nuestro apoyo! En fin, la última vez, todos los burgueses han sido ennoblecidos, se les ha permitido comprar tierras señoriales y darlas sus nombres sin necesidad de cartas patentes del rey. ¿Es que usted como yo, nieto de los Goix por las mujeres, no valemos lo que muchos señores?

Estas palabras espantaron tanto al orfebre y a las dos mujeres, que fueron seguidas de un profundo silencio. Los fermentos de 1789 picaban ya la sangre de Lecamus, quien aún no era tan viejo como para que no pudiese ver a los audaces burgueses de la Liga.

—¿Sigue vendiendo bien, a pesar de todo este zafarrancho? —preguntó Lallier a la Lecamus.

—Siempre causa perjuicio —respondió ella.

—Y por lo tanto siento grandes deseos de que mi hijo sea abogado —dijo Lecamus— pues el embrollo aumenta.

La conversación quedó en adelante en un terreno de lugares comunes, con gran contento del orfebre, a quien no gustaban ni los trastornos políticos, ni las audacias de pensamiento.

## IV. EL CASTILLO DE BLOIS

Las riberas del Loira, desde Blois hasta Angers, han sido objeto de la predilección de las dos últimas ramas de la raza real, ocupantes del trono antes de la casa de Borbón. Esa bella cuenca merece tanto los honores que le han hecho los reyes, que he aquí lo que decía poco ha uno de nuestros más elegantes escritores:

«Existe en Francia una provincia que no se admira jamás lo bastante. Perfumada como Italia, florida como las riberas del Guadalquivir, y bella, además, con su fisonomía particular, toda francesa, habiendo sido siempre francesa, contrariamente a nuestras provincias del Norte, bastardeadas por el contacto alemán, y a nuestras provincias del Mediodía, que han vivido en concubinato con los moros, los españoles y todos los pueblos que han querido; esta provincia pura, casta, valiente y leal, es la Turena. ¡La Francia histórica está allí! La Auvernia es la Auvernia, el Languedoc no es sino el Languedoc; pero la Turena es Francia, y el río más nacional para nosotros es el Loira que riega la Turena. Se debe extrañar menos la cantidad de monumentos situados en los departamentos que han tomado el nombre o las derivaciones del mismo, del Loira. A cada paso que se da en este país de encantamientos, se descubre un cuadro cuyo marco es un río o un óvalo tranquilo que refleja en sus líquidas profundidades un castillo, sus torrecillas, sus bosques y sus aguas surgientes. Era natural que allí donde prefería vivir la realeza, donde estableció largo tiempo su Corte, fueran a agruparse las grandes fortunas y las distinciones de raza y de mérito, y que se elevasen allí palacios tan magníficos como ella».

¿No es incomprensible que la realeza no haya seguido el consejo indirectamente dado por Luis XI, de situar en Tours la capital del reino? Allí, sin grandes gastos, el Loira podría haber sido hecho accesible a los navíos de comercio y a los buques de guerra ligeros. Allá, la sede del gobierno hubiera estado al abrigo de los golpes de mano de una invasión. Las plazas del Norte no hubiesen pedido entonces tanto dinero para sus fortificaciones, tan costosas ellas solas como lo han sido las suntuosidades de Versalles. De haber escuchado Luis XIV el consejo de Vauban, quien quería construirle su residencia en Mont-Louis, entre el Loira y el Cher, acaso no hubiese tenido lugar la Revolución de 1789. Estas bellas riberas llevan pues, de trecho en trecho, las muestras del afecto regio. Los castillos de Chambord, de Blois, de Amboise, de Chenonceaux, de Chaumont, de Plessis-les-Tours, todos los que las amantes de nuestros monarcas, los financieros y los señores edificaron en Veretz, Azay-le-Rideau, Ussé, Villandri, Valençay, Chanteloup, Duretal, algunos de los cuales han desaparecido, pero la mayoría subsisten aún son admirables monumentos donde respiran las maravillas de esa época tan mal comprendida por la secta literaria de los medievalistas. Entre todos los castillos, el de Blois, donde entonces se hallaba la Corte, es uno de aquellos donde la magnificencia de los Orleáns y los Valois ha puesto su más brillante sello, y el más curioso para los historiadores, los arqueólogos y los católicos. En aquel tiempo estaba completamente aislado. La villa, ceñida de

sólidas murallas provistas de torres, se extendía al pie de la fortaleza, ya que este castillo servía, a la par, de fuerte y de mansión de recreo. Bajo la villa, cuyas agrupadas casas con sus tejados azules se extendían, entonces como ahora, desde el Loira hasta la cima de la colina que domina la orilla izquierda del río, se encuentra una meseta triangular, cortada del oeste por un riachuelo sin importancia hoy, pues fluye bajo la villa, pero que en el siglo xv, al decir de los historiadores, formaba un barranco bastante considerable, del cual queda un hondo camino, casi un abismo, entre el arrabal y el castillo.

Fue sobre esta mesita, con doble exposición al norte y al mediodía, donde los condes de Blois erigieron, al gusto de la arquitectura del siglo XII, un castillo donde el famoso Teobaldo el Fullero, Teobaldo el Viejo y otros, tuvieron una corte célebre. En aquellos tiempos de feudalismo puro, en que el rey no era sino *Ínter pares primus*, según la bella expresión de un rey de Polonia, los condes de Champaña, los de Blois, los de Anjou, y los simples barones de Normandía, y los duques de Bretaña, llevaban una vida de soberanos, y daban reyes a los más orgullosos reinos. Los Plantagenet de Anjou, los Lusignan de Poitou, los Roberto de Normandía, alimentaban con su audacia las razas reales, y a veces, como Duguesclin, simples caballeros rehusaban la púrpura, prefiriendo la espada de condestable. Cuando la corona hubo agregado el condado de Blois a su dominio, Luis XII, que gustaba de aquel paraje, acaso para alejarse de Plessis, de siniestra memoria, construyó a su vez, en la doble exposición de oriente y poniente, un cuerpo de edificio que unió el castillo de los condes de Blois a los restos de las antiguas construcciones, de las que no subsiste hoy más que la inmensa sala en la que se celebraron los Estados Generales bajo Enrique III. Antes de enamorarse de Chambord, Francisco I quiso acabar el castillo añadiéndole otras dos alas, con lo que el cuadrado hubiese sido perfecto; pero Chambord le desvió de Blois, donde no hizo más que un cuerpo de edificio que, a su tiempo y para sus nietos, se convirtió en todo el castillo. Este tercer castillo construido por Francisco I es mucho más vasto y más adornado que el Louvre, llamado de Enrique II. Es lo que de más fantástico ha erigido la arquitectura llamada del Renacimiento. Así, en la época en que reinaba una arquitectura celosa, y que no se ocupaba nada de la Edad Media, en un tiempo en que la literatura no casaba tan estrechamente como en nuestros días con el arte, La Fontaine ha dicho del castillo de Blois, en su expresarse lleno de llaneza: «Lo que ha hecho hacer Francisco I, contemplándolo del exterior, me agradó más que todo el resto: hay muchas pequeñas galerías, pequeñas ventanas, pequeños balcones, pequeños ornamentos sin regularidad y sin orden, cuyo conjunto forma algo grande que me place bastante».

El castillo de Blois tenía pues entonces el mérito de representar tres estilos diferentes de arquitectura, tres épocas, tres sistemas, tres dominaciones. Así, acaso no existe otra mansión que sea, desde este punto de vista, comparable al castillo de Blois. Esta inmensa construcción ofrece, en su mismo recinto, en el mismo patio, un cuadro completo, exacto, de esa gran representación de las costumbres y la vida de

las naciones, que se llama la arquitectura. En el momento en que Cristóbal iba a ver el patio, la parte del castillo que, en nuestros días está ocupado por el cuarto palacio que en él se construyó setenta años más tarde, durante su exilio, Gastón, el hermano faccioso de Luis XIII, ofrecía un conjunto de parterres y de jardines aéreos pintorescamente mezclados a las adarajas y a las torres inacabadas del castillo de Francisco I. Estos jardines comunicaban por un puente de audaz tendido, y que los viejos del Blesois pueden aún recordar haber visto demoler, con una terraza que se elevaba del otro lado del castillo y que, por la disposición del suelo, se encontraba al mismo nivel. Los gentilhombres agregados a la reina Ana de Bretaña, o los que de esta provincia venían a solicitar audiencia, conferenciar con ella o esclarecerla sobre el estado de Bretaña, esperaban allí la hora de su recibo. Así, la historia ha dado el nombre de *Aseladero de los bretones* a aquella terraza, que, en nuestros días es el huerto de algún burgués y forma un promontorio sobre la plaza de los Jesuites. Esta plaza se hallaba entonces comprendida en los jardines de la bella residencia, que tenía jardines altos y jardines bajos. Puede verse aún hoy, a bastante gran distancia de la plaza de los Jesuites, un pabellón construido por Catalina de Médicis, donde, según los historiadores del Blesois, había instalado sus termas. Este detalle permite hallar la disposición muy irregular de los jardines que subían y bajaban siguiendo las ondulaciones del suelo, excesivamente torturado en torno al castillo, lo cual le prestaba fuerza y motivaba, como va a verse, la desazón del duque de Guisa. Se iba a los jardines por galerías exteriores e interiores, de las que la principal se llamaba la de los Ciervos, debido a sus ornamentos. Esta galería desembocaba en una magnífica escalinata que sin duda ha inspirado la famosa doble de Chambord, y que, de piso en piso, llevaba a los aposentos. Aunque La Fontaine haya preferido el castillo de Francisco I al de Luis XII, acaso la sencillez del buen rey gustará a los verdaderos artistas, tanto como admirarán la magnificencia del rey caballero. La elegancia de las dos escalinatas que se encuentran a cada extremidad del castillo de Luis XII, las finas y originales esculturas que abundaban y que el tiempo ha devorado, pero cuyos restos encantan aún a los anticuarios: todo, hasta la distribución casi claustral de los aposentos, revela una gran simplicidad de costumbres. Evidentemente, la Corte no existía aún y no había adquirido el desarrollo dado por Francisco I y Catalina de Médicis, con gran detrimento de las costumbres feudales.

Al admirar la mayoría de las tribunas, los capiteles de algunas columnas y ciertas figurillas de exquisita delicadeza, es imposible no imaginarse que Miguel Columb, aquel gran escultor, el Miguel Ángel de la Bretaña, no haya pasado por allí para placer a su reina Ana, a la que ha inmortalizado en la tumba de su padre, el último duque de Bretaña.

A pesar de lo que diga La Fontaine, nada es más grandioso que la mansión del fastuoso Francisco I. Gracias a yo no sé qué brutal indiferencia, al olvido tal vez, los aposentos que ocupaban entonces allí Catalina de Médicis y su hijo Francisco II, nos ofrecen todavía hoy sus principales disposiciones. Así, el historiador puede volver a

ver las trágicas escenas del drama de la Reforma, en el cual uno de los actos más complicados, y que tuvo su desenlace allí, lo constituye la doble lucha de los Guisa y los Borbones contra los Valois.

El castillo de Francisco I aplasta abrumadoramente a la sencilla mansión de Luis XII con su imponente masa. Del lado de los jardines de abajo, es decir de la plaza moderna llamada de los Jésuites, el castillo presenta una elevación casi doble de la que tiene del lado del patio. La planta baja, donde se hallaban las célebres galerías, forma del lado de los jardines el segundo piso. Así, el primero, en el que se alojaba entonces la reina Catalina, es el tercero, y los aposentos reales están en el cuarto sobre los jardines de abajo, que, en aquel tiempo, estaban separados de los cimientos por profundos fosos llenos de agua. El castillo, ya colosal en el patio, parece pues gigantesco visto desde la plaza de abajo, como lo vio La Fontaine, quien confiesa no haber entrado ni en el patio ni en los aposentos. Desde la plaza de los Jésuites, todo parece pequeño. Los balcones en los que se pasea, las galerías de una ejecución maravillosa, las ventanas esculpidas, cuyos alféizares son tan vastos como tocadores, y que entonces servían a tal fin, se asemejan a las fantasías pintadas de las decoraciones de nuestras óperas modernas, cuando en ellas reproducen los pintores palacios de hadas. Pero, en el patio, aun cuando los tres pisos sobre la planta baja sean tan elevados como el pabellón del Reloj, en las Tullerías, se dejan ver complacientemente las infinitas delicadezas de esta arquitectura, y maravillan a las asombradas miradas. Este cuerpo de edificio en el que se alojaban la corte fastuosa de Catalina y la de María Estuardo, está dividido por una torre hexagonal en cuya hueca caja gira una escalera de piedra, capricho morisco ejecutado por gigantes, labrado por enanos, que presta a esta fachada el aspecto de un sueño. Las tribunas de la escalera forman una espiral de compartimientos cuadrados, la cual se une a las cinco caras de la torre, dibujando, de trecho en trecho, saledizos transversales recamados de esculturas arabescas al exterior y al interior. No se puede comparar esta creación aturdidora en detalles ingeniosos y finos, llena de maravillas que confieren la palabra a esas piedras, sino a las esculturas abundosas y profundamente excavadas de los marfiles de China o de Dieppe. En fin, la piedra se asemeja allí a un encaje. Las flores, las figuras de hombres o de animales descienden a lo largo de las nervaduras, se multiplican de peldaño en peldaño, y coronan la torre por una clave de bóveda en la que los cinceles del arte del siglo XVI han competido con los ingenuos tallistas de imágenes que, cincuenta años antes, habían esculpido las claves de bóveda de las dos escalinatas del castillo de Luis XII. Por muy deslumbrado que uno se sienta al ver estas formas renaciendo con infatigable prolijidad, se percibe que el dinero ha faltado tanto a Francisco I para Blois como a Luis XIV para Versalles. Más de una figurilla muestra su linda cabeza fina que sale de un bloque apenas desbastado. Más de un rosetón fantástico se halla únicamente indicado por algunos golpes de cincel en la piedra abandonada, y donde la humedad ha hecho aflorar sus verdosos mohos. Sobre la fachada, al lado de los encajes de una ventana, la vecina ofrece sus masas de piedra



entretalladas por el tiempo, que la ha esculpido a su manera. Existe allí, hasta a los ojos menos artistas y menos expertos, un encantador contraste entre esta fachada, en la que fluyen maravillas, y la fachada interior del castillo de Luis XII, compuesta en la planta baja de algunas arcadas de vaporosa ligereza, sostenidas por columnatas que reposan sobre elegantes tribunas, y de dos pisos donde las ventanas están esculpidas con seductora sobriedad. Bajo las arcadas se extiende una galería cuyas paredes estaban pintadas al fresco, e igualmente el techo, pues aún hoy se encuentran algunas huellas de esa magnificencia imitada de Italia, y que anuncia las expediciones de nuestros reyes, a quienes pertenecía el Milanesado. Frente al castillo de Francisco I se hallaba la capilla de los condes de Blois, cuya fachada casi armonizaba con la arquitectura de la mansión de Luis XII. Imagen alguna sabría describir la majestuosa solidez de esos tres cuerpos de edificios, y, a pesar del desacuerdo en la ornamentación, la realeza poderosa y fuerte, que demostraba lo grande de sus temores por lo grande de las precauciones, servía de enlace a estos tres edificios de diferentes naturalezas, de los cuales dos se adosan a la inmensa sala de los Estados Generales, vasta y elevada como una iglesia. Ciertamente que no faltaban a esta morada real ni la sencillez ni la fuerza de las existencias burguesas que se han descrito al comienzo de esta historia, y en las cuales estaba siempre representado el arte. Blois era en efecto el tema fecundo y brillante al que la burguesía y el feudalismo, el dinero y el noble daban tan vivientes réplicas en las villas y en los campos. No se habría deseado de otro modo la mansión del príncipe que reinaba sobre el París del siglo XVI. La riqueza de los atuendos señoriales, el lujo de los atavíos de las damas, debían armonizarse admirablemente con la vestidura de estas piedras tan curiosamente labradas, cinceladas y buriladas. De piso en piso, al subir la maravillosa escalinata de su castillo de Blois, el rey de Francia descubría una mayor extensión de aquel bello Loira que le llevaba allí nuevas de todo el reino, que su curso divide en dos mitades *enfrentadas* y casi rivales. Si en vez de ir a asentarlo en una llanura muerta y sombría, a dos leguas de allí, Francisco I hubiese emplazado Chambord a la vuelta de este castillo y en el lugar donde entonces se extendían los parterres donde Gastón puso su palacio, jamás habría existido Versalles y Blois hubiera sido necesariamente la capital de Francia. Cuatro Valois y Catalina de Médicis prodigaron sus riquezas al castillo de Francisco I en Blois; ¿mas quién no adivinaría hasta qué punto fue la corona pródiga, al admirar los poderosos muros divisorios, espina dorsal de este castillo, donde están dispuestas profundas alcobas, escaleras secretas, gabinetes que contienen salas tan vastas como la del consejo, la de los guardias, y cámaras reales en las que, en nuestros días puede alojarse cómodamente una compañía de infantería? Aun cuando el visitante no comprendiera de buenas a primeras sino que las maravillas del interior correspondían a las del exterior, los vestigios del gabinete de Catalina de Médicis, en el que iba a ser introducido Cristóbal, atestiguarían sobradamente las galanuras del arte que ha poblado aquellos aposentos de representaciones animadas, donde las salamandras destellaban en las flores, donde la paleta del siglo XVI decoraba con sus

más brillantes pinturas los más oscuros corredores. En este gabinete, el observador puede encontrar de nuevo en nuestros días las huellas de ese gusto del dorado, que Catalina trajo de Italia, pues las princesas de su casa gustaban, según la encantadora expresión del autor ya citado, incrustar en los castillos de Francia el oro ganado en el comercio por sus antepasados y firmaban con sus riquezas sobre las paredes de las salas reales.

La reina madre ocupaba en el primer piso los aposentos de la reina Claudia de Francia, esposa de Francisco I, en los que aún se ven las delicadas esculturas de las dobles C acompañadas de imágenes, de perfecta blancura, de cisnes y de lises, lo cual significaba *Candidior candidis* (más blanca que las más blancas cosas), divisa de esta reina cuyo nombre comenzaba, como el de Catalina, por una C, y que convenía tan bien a la hija de Luis XII que a la madre de los últimos Valois; pues sospecha alguna, a pesar de la virulencia de las calumnias calvinistas, no ha empañado la fidelidad que Catalina de Médicis reservó a Enrique II.

Evidentemente, la reina madre, cargada aún con dos hijos de corta edad, (el que fue después el duque de Alençon y Margarita, futura esposa de Enrique IV y a la que Carlos IX llamaba Margot) había necesitado todo el primer piso.

El rey Francisco II y la reina María Estuardo ocupaban en el segundo piso los aposentos reales que habían sido los de Francisco I, y que fueron los de Enrique III. El apartamento real, lo mismo que el ocupado por la reina madre, está dividido a todo lo largo del castillo, y en cada piso, en dos partes, por ese famoso muro de unos cuatro pies de espesor, y sobre el cual se apoyan las enormes paredes que separan entre sí a las salas. Así, tanto en el primero como en el segundo piso, los apartamentos ofrecen dos partes distintas. La parte abierta al mediodía, sobre el patio, servía a la recepción y a los asuntos públicos, mientras que, para combatir el calor, los aposentos habían sido distribuidos en la parte expuesta al norte, que forma la soberbia fachada de balcones y galerías, con vista a la campiña del Vendomesado, sobre el Aseladero de los Bretones y los fosos de la villa, la única de que ha hablado nuestro gran fabulista, el buen La Fontaine.

El castillo de Francisco I se hallaba rematado entonces por una enorme torre comenzada, y que debía servir a marcar al colosal ángulo que hubiese trazado el palacio pirando sobre sí mismo, y a la cual Gastón, más tarde, abrió los flancos para poder encajar su palacio; mas no acabó su obra, y la torre ha permanecido en ruinas. Este torreón real servía entonces de prisión o de mazmorras, según las tradiciones populares. Al recorrer hoy las salas de este magnífico castillo, tan preciosas al arte y a la historia, ¿qué poeta no será asaltado de mil pesares, ó afligido por Francia, al ver los deliciosos arabescos del gabinete de Catalina *enjabelgados con cal* y casi perdidos por las órdenes del comandante del cuartel (¡pues esta mansión regia es un cuartel!) en ocasión de la epidemia del cólera? El enmaderado del gabinete de Catalina de Médicis, del que se tratará pronto, es la última reliquia del suntuoso mobiliario acumulado por cinco reyes artistas. Al recorrer aquel dédalo de

habitaciones, de salas, de escaleras, de torres, se puede decir con espantosa certeza: «Aquí, María Estuardo engatusaba a su marido por cuenta de los Guisa. Allá, los Guisa insultaron a Catalina. Más lejos, en este lugar, el segundo Cariatuchillado cayó bajo los golpes de los vengadores de la Corona. Un siglo antes, desde esta ventana, Luis XII hacía señas de que viniera el cardenal de Amboise, su amigo. Desde este balcón, d'Épernon, el cómplice de Ravailac, recibió a la reina María de Médicis, quien conocía, según se dice, del regicidio proyectado, y lo dejó consumarse...». En la capilla donde se celebraron los esponsales de Enrique IV y Margarita de Valois, la única que resta del castillo de los condes de Blois, el regimiento remienda sus botas. Este maravilloso monumento, en el que reviven tantos estilos, donde se han realizado cosas tan grandes, se encuentra en un estado de degradación vergonzoso para Francia. ¡Qué dolor para quienes aman los antiguos monumentos de la vieja Francia, saber que pronto no será de estas elocuentes piedras más que de la esquina de la calle de la Vieille-Pelleterie: que acaso solamente existirán en estas páginas!

Es necesario hacer observar que, para vigilar mejor a la Corte, aun cuando los Guisa tuvieran en la villa un palacio propio, y que aún existe, habían obtenido el habitar sobre los aposentos del rey Luis XII, en el alojamiento que más tarde había de tener la duquesa de Nemours, en las buhardillas del segundo piso.

El joven Francisco II y la joven María Estuardo, enamorados el uno del otro como adolescentes de dieciséis años que eran, habían sido bruscamente transportados, en un crudo invierno, del castillo de Saint-Germain, que el duque de Guisa hallaba muy fácil de sorprender, a la especie de plaza fuerte que constituía entonces el castillo de Blois, aislado por tres lados por precipicios, cuya entrada estaba admirablemente defendida. Los Guisa, tíos de la reina, tenían poderosas razones para no habitar en París y para retener a la corte en un castillo cuyo recinto podía ser fácilmente vigilado y defendido. En torno al trono se desarrollaba un combate entre la casa de Lorena y la de Valois, que no terminó sino en este mismo castillo, veintiocho años más tarde, en 1588, cuando Enrique III, a la vista misma de su madre, en aquel momento profundamente humillada por los Lorenas, oyó caer al más audaz de todos los Guisa, al segundo Cariatuchillado, hijo de aquel primero por quien entonces estaba Catalina de Médicis burlada, aprisionada, espiada y amenazada.

Este bello castillo de Blois era para Catalina la cárcel más angosta. A la muerte de su esposo, por quien siempre había sido mantenida al margen, había esperado reinar; mas, por el contrario, se veía reducida a la esclavitud por extraños cuyas cortesanas maneras tenían mil veces más brutalidad que las de los carceleros. Ninguna de sus gestiones podía ser mantenida secreta. Todos sus pasos estaban controlados. Aquellas de sus damas de honor que le eran fieles, tenían, o bien amantes adictos a los Guisa, o Argos en torno a ellas. En efecto, en aquel tiempo, las pasiones ofrecían la singularidad que siempre las comunicara el poderoso antagonismo de dos intereses contrarios en el Estado. La galantería, que sirvió tanto a Catalina, era también uno de los medios de los Guisa. Así el príncipe de Condé, primer jefe de la Reforma, tenía

por amiga a la mariscal de Saint-André, cuyo marido era el alma condenada del gran maestre. El cardenal; a quien el asunto del vidamo de Chartres había demostrado que Catalina era más invencida que invencible, la requería, con suma discreción, de amores. El juego de todas las pasiones complicaba, pues, extrañamente el de la política, formando una partida de ajedrez doble, en la que había de observarse el corazón y la cabeza de un hombre para saber si, en la ocasión, el uno no desmentiría a la otra. Aunque sin cesar en presencia del cardenal de Lorena o del duque Francisco de Guisa, que desconfiaba de ella, la enemiga más íntima y más hábil de Catalina de Médicis era su nuera, la reina María, pequeña rubia maliciosa como una graciosa de teatro, orgullosa como un Estuardo que portaba tres coronas, instruida como un viejo sabio, traviesa como una pensionista de convento, enamorada de su marido como una cortesana lo está de su amante, fiel y consagrada a sus tíos, a los que admiraba, y feliz de ver al rey Francisco, con su ayuda, compartir la buena opinión que ella tenía de ellos. Una suegra es siempre un personaje que no aprecia a una nuera, sobre todo cuando ha ceñido la corona y quiere conservarla, cosa que la imprudente Catalina había dejado ver demasiado. Su situación precedente, cuando Diana de Poitiers reinaba sobre el rey Enrique II, había sido más soportable: cuando menos obtenía los honores debidos a una reina y los respetos de la corte; mientras que en este momento, el duque y el cardenal, que no tenían en derredor sino sus criaturas, parecían recrearse en su rebajamiento: Catalina, cercada por cortesanos, recibía, no ya de día en día, sino de hora en hora, golpes que herían su amor propio; pues los Guisa se empeñaban en continuar con ella el mismo sistema que había adoptado el difunto rey.

Los treinta y seis años de desgracias que asolaron a Francia comenzaron acaso con la escena en la cual el hijo del peletero de dos reinas había obtenido el más peligroso de los papeles, y que constituye la figura principal de este Estudio. El peligro en el que iba a incurrir este celoso protestante, se hizo flagrante durante la misma mañana en que abandonaba el puerto de Beaugency, provisto de documentos preciosos que comprometían a las más elevadas cabezas de la nobleza, y embarcado para Blois en compañía de un astuto partidario, por el infatigable la Renaudie, llegado al puerto antes que él.

Mientras que la barca en la que se encontraba Cristóbal, impelida por un ligero viento del este, descendía el Loira, el famoso cardenal Carlos de Lorena y el segundo duque de Guisa, uno de los más famosos guerreros de la época, contemplaban, al igual de dos águilas desde lo alto de la roca, su situación y miraban prudentemente en derredor suyo, antes de asestar el gran golpe con el que intentaron, por primera vez, matar en Francia a la Reforma, en Amboise, y que fue repetido en París doce años más tarde, el 24 de agosto de 1572.

## V. LA CORTE

En la noche, tres señores que jugaron un gran papel en el drama de los doce años que siguieron a esta doble conspiración igualmente tramada por los Guisa y por los protestantes, habían llegado a rienda suelta, dejando a sus caballos casi muertos en la poterna del castillo, que guardaban jefes y soldados enteramente fieles al duque de Guisa, el ídolo de la gente de guerra.

Unas palabras sobre este gran hombre, pero que digan por primera dónde estaba su fortuna.

Su madre era Antonieta de Borbón, tía abuela de Enrique IV. ¡De qué sirven las alianzas..., él apuntaba en estos momentos a la cabeza a su primo, el príncipe de Condé! Su sobrina era María Estuardo. Su mujer, Ana, hija del duque de Ferrara. El gran condestable Ana de Montmorency escribía al duque de Guisa: «Monseñor», como a un rey, y terminaba por «Vuestro muy humilde servidor». Guisa, gran maestro de la casa del rey, le respondía: «Señor condestable», y firmaba como lo hacía para el Parlamento: «Vuestro buen amigo».

En cuanto al cardenal, llamado el *Papa transalpino*, y denominado *Su Santidad* por Estienne, tenía con él a toda la Iglesia monástica de Francia y trataba de igual a igual con el Santo Padre. Envanecido de su elocuencia, era uno de los más conspicuos teólogos de la época, y vigilaba a la vez Francia e Italia por tres Ordenes religiosas que le eran absolutamente adictas, que marchaban para él día y noche, y le servían de espías y consejeros.

Estas pocas palabras explican a qué altura de poder habían llegado el cardenal y el duque. A pesar de sus riquezas y los gajes de sus cargos, fueron tan profundamente desinteresados, o estuvieron tan vivamente arrastrados por la corriente de su política, y su generosidad fue tan grande, que ambos se endeudaron, pero sin duda a la manera de César. Así, cuando Enrique III hizo abatir al segundo Cariatuchillado que le amenazaba tanto, la casa de Guisa fue necesariamente arruinada. Los grandes gastos efectuados durante un siglo para apoderarse de la corona explicaban la decadencia en que esta casa se encontró bajo Luis XIII y bajo Luis XIV, mientras que la muerte repentina de la reina manifestó a Europa entera el infame papel al que había descendido un caballero de Lorena. Pretendiéndose herederos de los carolingios desposeídos, el cardenal y el duque actuaban, pues, muy insolentemente con respecto a Catalina de Médicis, suegra de su sobrina. La duquesa de Guisa no ahorra ninguna mortificación a Catalina. Esta duquesa era una de Este, y Catalina una Médicis, la hija de mercaderes florentinos arribistas, que los soberanos de Europa no habían admitido aún a su real fraternidad. Así, Francisco I había considerado el casamiento de su hijo con una Médicis como un enlace desigual y no lo había permitido sino creyendo que ese hijo no sería nunca delfín. De ahí su furor cuando el delfín murió envenenado por el florentino Montecuculli. Los de Este se negaban a reconocer a los Médicis como príncipes italianos. Estos antiguos negociantes querían,

en efecto, desde entonces, resolver el problema imposible de un trono rodeado de instituciones republicanas. El título de gran duque no fue otorgado sino muy tarde por Felipe II, rey de España, a los Médicis, quienes lo compraron traicionando a Francia, su bienhechora, y por una servil adhesión a la corte de España que les contrarrestaba sordamente en Italia.

«¡No halaguéis sino a vuestros enemigos!». Esta gran frase de Catalina parece haber sido la ley política de esta familia de mercaderes, a la cual no faltaron grandes hombres en los momentos en que sus destinos se encumbraron, y que fue sometida demasiado pronto a esa degeneración con que terminan las razas reales y las grandes familias.

Durante tres generaciones hubo un Lorena guerrero y un Lorena eclesiástico; pero lo que acaso no resulte menos extraordinario, el eclesiástico ofreció siempre, como lo ofrecía a la sazón el cardenal en su rostro, una semejanza con Jiménez, a quien se ha parecido también el cardenal Richelieu. Estos cinco cardenales tienen a la vez una figura canija y terrible; mientras que la del guerrero ha presentado el tipo vasco y montañés que se ha hallado igualmente en la de Enrique IV, pero que una misma herida marcó su chirlo en el padre y en el hijo, sin privarles la gracia y la afabilidad con que seducían a sus soldados tanto como por su bravura.

No resulta inútil decir dónde y cómo el gran maestro recibió esa herida, pues fue curada por la audacia de uno de los personajes de este drama, por Ambrosio Paré, el agradecido del síndico de los peleteros. En el sitio de Calais, el duque tuvo el rostro atravesado de parte a parte por un bote de lanza cuyo trozo, tras haber hendido la mejilla bajo el ojo derecho, penetró hasta la nuca bajo la oreja izquierda, quedando empotrado en la cara. El duque gemía en su tienda en medio de la desolación general, y habríase muerto, a no ser por la audaz intervención y la lealtad de Ambrosio Paré.

—El duque no está muerto, señores —dijo Ambrosio mirando a los asistentes que rompían en llanto—, pero va a morir pronto —añadió conteniéndose— si no me atrevo a tratarlo como tal, y voy a aventurarme, a riesgo de todo lo que me pueda suceder. ¡Ved!

Posó el pie izquierdo sobre el pecho del duque, cogió con sus uñas la madera de la lanza, la movió gradualmente, y acabó por retirar el hierro de la cabeza, como si se hubiese tratado de arrancarlo de un objeto y no de un hombre. Mas si curó al príncipe tan audazmente tratado, no pudo impedir que le quedara en el rostro la horrible cicatriz, de la que le provino su apodo. Por semejante motivo, tal apodo fue también el de su hijo.

Completamente dueños del rey Francisco II, al que su mujer dominaba por un amor mutuo excesivo, del que sabían sacar partido, estos dos grandes príncipes lorenenses reinaban entonces en Francia y no tenían otro enemigo en la corte que Catalina de Médicis. Así, jamás más grandes políticos jugaron una partida más empeñada. La posición mutua de la ambiciosa viuda de Enrique II y de la ambiciosa

casa de Lorena era, por decirlo así, explicada por el puesto que ocupaban en la terraza del castillo durante la mañana en que debía llegar Cristóbal. La reina madre, que fingía un excesivo apego por los Guisa, había pedido comunicación de las nuevas traídas por los tres señores llegados de diferentes puntos del reino; mas había sufrido la mortificación de ser cortésmente despedida por el cardenal. Se paseaba a la extremidad de los arriates, del lado del Loira, donde hacía erigir, para su astrólogo Ruggieri, un observatorio que aún puede verse allí, y desde el que se domina el paisaje del admirable valle. Los dos príncipes loreneses estaban del lado opuesto que mira al Vendomesado, y desde donde se descubre la parte alta de la villa, el Aseladero de los Bretones y la poterna del castillo. Catalina había engañado a los dos hermanos fingiendo descontento, pues en su fuero interno sentíase muy dichosa de poder hablar a uno de los señores llegados a toda prisa, su confidente secreto, quien hacía audazmente un doble juego, pero quien ciertamente fue bien recompensado. Este gentilhomme era Chiverni, en apariencia el alma condenada, y en realidad el servidor de Catalina. Catalina contaba aún con dos señores fieles en los dos Gondi, sus criaturas; mas estos dos florentinos eran demasiado sospechosos a los Guisa como para que pudiera enviarlos fuera, y los mantenía en la corte, donde eran estudiadas cada una de sus palabras y de sus pasos, pero donde ellos estudiaban igualmente a los Guisa y aconsejaban en consecuencia a Catalina. Estos dos florentinos mantenían en el partido de la reina madre a otro italiano, Birague, ladino piemontés que parecía, como Chiverni, haber abandonado a la reina madre para adherirse a los Guisa, y que les alentaba en sus empresas, al par que los espiaba por cuenta de Catalina. Chiverni venía de Ecoen y de París. El último llegado era Saint-André, quien fue mariscal de Francia y se convirtió en tan gran personaje, que los Guisa, cuya criatura era, lo incluyeron como tercero en el triunvirato que formaron el año siguiente contra Catalina. Antes de ellos, el que construyó el castillo de Duretal, Vieilleville, que por su lealtad a los Guisa fue también nombrado mariscal, había desembarcado secretamente y vuelto a partir con el mismo secreto, sin que nadie tuviera el menor indicio sobre la misión que el gran maestro le confiara. En cuanto a Saint-André, acababa de ser encargado de las medidas militares a adoptar para atraer a Amboise a todos los protestantes en armas, tras un consejo celebrado entre el cardenal de Lorena, el duque de Guisa, Birague, Chiverni, Vieilleville y Saint-André. Si los dos jefes de la casa de Lorena empleaban a Birague, es de creer que cantaban mucho con sus propias fuerzas, pues le sabían unido a la reina madre; pero acaso le mantenían al lado de ellos para penetrar los secretos designios de su rival. En esta curiosa época, el doble juego de algunos hombres políticos era conocido de los dos partidos que los empleaban, eran como cartas en manos de los jugadores: la partida se ganaba por el más astuto. Los dos hermanos habían sido, durante este consejo, de una impenetrable discreción. La conversación de Catalina con sus adictos explicará perfectamente el objeto del consejo celebrado por los Guisa al aire libre, al romper el día, en aquellos jardines colgantes, como si todos hubiesen temido hablar entre los muros del castillo

de Blois.

A la reina madre, quien so pretexto de examinar el observatorio que se construía para su astrólogo, se paseaba ya de buena mañana con los dos Gondi, observando con aire inquieto y curioso al grupo enemigo, se le reunió Chiverni. Ella estaba en el ángulo de la terraza que da a la iglesia de San Nicolás, y allí no temía ninguna indiscreción. El muro se halla a la altura de las torres de la iglesia, y los Guisa seguían en consejo en el otro ángulo de la terraza, al pie del torreón comenzado, yendo y viniendo del Aseladero de los Bretones a la galería por el puente que unía el parterre, la galería y el Aseladero. Nadie se encontraba bajo este abismo. Chiverni tomó la mano de la reina madre para besarla, y le deslizó de mano a mano una pequeña misiva, sin que los dos italianos se percataran. Catalina se volvió vivamente, fuese al rincón del parapeto y leyó lo que sigue:

«Es lo bastante poderosa para mantener el equilibrio entre los grandes y hacerles disputar sobre quién os servirá mejor; tenéis vuestra casa llena de reyes, y no ha de temer ni a los Lorenas ni a los Borbones, si los enfrenta unos a otros; pues ambos quieren arrebatar la corona de sus hijos. Sea dueña y no sierva de sus consejeros; mantenga, pues, a los unos por los otros; sin lo cual el reino irá de mal en peor y podrán promoverse grandes guerras.

»L'Hôpital».

La reina madre metió esta misiva en su seno y se prometió quemarla en cuanto estuviera sola.

—¿Cuándo le habéis visto? —preguntó a Chiverni.

—Al volver de casa del condestable, en Melun, donde pasaba con la duquesa de Berry, a la que estaba impaciente por devolver a Savoya, a fin de regresar aquí para advertir al canciller Olivier, quien, por lo demás, está engañado por los Lorenas. El señor de l'Hôpital está decidido a abrazar vuestros intereses, al percatarse del objetivo al que tienden los señores de Guisa. Así, se va a dar mucha prisa en volver para restaros su voto en el consejo.

—¿Es sincero? —dijo Catalina—. Ya sabéis que si los Lorenas le han hecho entrar en el consejo, es para hacerlos reinar.

—L'Hôpital es un francés de alcurnia demasiado elevada como para no ser sincero —respondió Chiverni—. Además, su misiva es una prenda de harta garantía.

—¿Cuál es la respuesta del condestable a esos Lorenas?

—Se ha manifestado servidor del rey, esperará sus órdenes. A esta respuesta, el cardenal, para evitar toda resistencia, va a proponer el nombramiento de su hermano como teniente general del reino.

—¡Ya! —exclamó Catalina espantada—. Bueno, ¿os ha dado el señor de l'Hôpital algún otro consejo para mí?

—Me ha dicho que vos sola, señora, podríais interponeros entre la Corona y los Guisa.

—¿Pensaba acaso que puedo servirme de los hugonotes como caballos de tiro?



—¡Ah, señora —exclamó Chiverni, sorprendido por tanta profundidad—, no hemos pensado en crearos semejantes dificultades!

—¿Sabía él en qué situación estoy? —preguntó la reina con aire tranquilo.

—Poco más o menos. Piensa que habéis hecho un mal negocio aceptando, a la muerte del finado rey, las briznas de la ruina de la señora Diana. Los señores de Guisa se han considerado en paz con la reina satisfaciendo a la mujer.

—Sí —dijo la reina—, cometí entonces un gran error.

—¡Una falta que cometen los dioses! —replicó Carlos de Gondi.

—Señores —dijo la reina— si me paso abiertamente a los protestantes, me convertiré en esclava de un partido.

—Señora —replicó vivamente Chiverni—, la apruebo por entero; hay que servirse de ellos, mas no servirles.

—Aunque por el momento vuestro apoyo se limite a eso —dijo Carlos de Gondi—, no os disimulamos que el éxito o la derrota son igualmente peligrosos.

—Lo sé —respondió la reina—. Un paso en falso sería al punto aprovechado por los Guisa para deshacerse de mí.

—¿Puede aliarse a la Reforma la sobrina de un papa, la madre de cuatro Valois, una reina de Francia, la viuda del más ardiente persecutor de los hugonotes, una católica italiana, la tía de León X?

—Pero —le respondió Alberto—, ¿no es secundar a los Guisa consentir en una usurpación? Tendrá que habérselas con una casa que entrevé en la lucha entre el catolicismo y la Reforma una corona a tomar. Puede apoyarse en los protestantes sin abjurar.

—¡Piense, señora, que vuestra casa, que debería ser por entero adicta al rey de Francia, es en este momento la servidora del rey de España! —dijo Chiverni—. Estaría mañana por la Reforma, si la Reforma pudiera hacer un rey del duque de Florencia.

—¡Estoy bastante dispuesta a tender la mano un momento a los hugonotes —dijo Catalina—, aunque no fuese más que para vengarme de ese soldado, de ese clérigo y de esa mujer!

Y señaló alternativamente, con una mirada de italiana, al duque, al cardenal y al piso del castillo en donde se encontraban los aposentos de su hijo y de María Estuardo.

—Ese trío —prosiguió— me ha quitado de las manos las riendas del Estado que he esperado durante tanto tiempo, y que han pasado en mi lugar a esa vieja.

Movió la cabeza hacia el Loira, indicando a Chenonceaux, el castillo que acababa de trocar por el Chaumont con Diana de Poitiers.

—Ma<sup>[7]</sup> —dijo en italiano—, parece que esos señores golillas de Ginebra no tienen la inteligencia de dirigirse a mí... ¡Por mi conciencia... yo no puedo ir a ellos! Ninguno de vosotros podría aventurarse a ir a decirles algo.

Dio una patadita en el suelo.

—Esperaba que habría podido encontrar en Ecouen al jorobado, él es inteligente... —dijo a Chiverni.

—Allí estaba en efecto —respondió Chiverni—, pero no ha podido decidir al condestable a unirse a él. El señor de Montmorency quiere, no cabe duda, derribar a los Guisa, que le han puesto en desgracia, pero no quiere ayudar a la herejía.

—¿Quién quebrantará, señores, esas voluntades particulares que entorpecen a la realeza? ¡Por Dios, es necesario destruir a los grandes los unos por los otros, como lo ha hecho Luis XI, el más grande de vuestros reyes! En este reinado hay cuatro o cinco partidos, y el más débil es el de mis hijos.

—La Reforma es una idea —dijo Carlos de Gondi—, y los partidos que destruyó Luis XI no eran sino intereses.

—Siempre hay ideas tras los intereses —replicó Chiverni—. Bajo Luis XI, la idea se llamaba los grandes feudos.

—¡Haced de la herejía un hacha! —dijo Alberto de Gondi—. No tendrá lo odioso de los suplicios.

—¡Eh! —exclamó la reina—. Ignoro las fuerzas y los planes de esas gentes, y no puedo comunicarme con ellas por medio de ningún intermediario seguro. Si fuese sorprendida en cualquier maquinación de este género, bien sea por la reina, que me come con los ojos como a una criatura en la cuna, o por sus dos carceleros, que no dejan entrar a nadie en el castillo, sería proscrita del reino y vuelta a Florencia con una terrible escolta, mandada por algún frenético esbirro de los Guisa. Gracias, amigos míos... ¡Oh, nuera mía, te deseo que estés algún día prisionera en tu casa..., entonces sabrás lo que me has hecho sufrir!

—El gran maestre y el cardenal conocen vuestros planes —manifestó Chiverni—, pero esos dos zorros no los dicen. Sepa, señora, hacérselo decir y yo me sacrificaré por vos entendiéndome con el príncipe de Condé.

—¿Cuáles son esas decisiones tuyas que no han podido ocultaros? —preguntó la reina señalando a los dos hermanos.

—El señor de Vieilleville y el señor de Saint-André acaban de recibir órdenes que nos son desconocidas; mas parece que el gran maestre concentra sus mejores tropas en la ribera izquierda. Dentro de pocos días, vos estaréis en Amboise. El gran maestre ha venido a esta terraza a examinar la posición, y no halla que Blois sea propicio a sus secretos designios. Ahora bien, ¿qué es lo que quiere? —dijo Chiverni mostrando los precipicios que rodean el castillo—. En ningún lugar estaría la corte más al abrigo de un golpe de mano que aquí.

—¡Abdicad o reinad! —dijo Alberto al oído de la reina, quien permaneció pensativa.

Una expresión terrible de rabia interior cruzó luego su bello rostro *marfileño*. No tenía aún cuarenta años y vivía hacía veintiséis sin poder alguno en la corte de Francia..., ¡ella que desde su llegada quiso desempeñar el primer papel! Y esta espantosa frase salió de sus labios en la lengua del Dante:

—¡Nada en tanto que ese hijo viva...! Su mujercita le tiene hechizado —añadió tras una pausa.

La exclamación de Catalina estaba inspirada por la extraña predicción que le fuera hecha pocos días antes en el castillo de Chaumont, en la orilla opuesta del Loira, a donde fue conducida por Ruggieri, su astrólogo, para consultar allí sobre la vida de sus cuatro hijos a una célebre adivinadora traída secretamente por Nostradamus, el más conspicuo de los médicos que, en aquel gran siglo XVI, eran partidarios de las ciencias ocultas, como los Ruggieri, los Cardan, los Paracelso y tantos otros. Aquella adivina, cuyo nombre no ha recogido la historia, había fijado en un año el reinado de Francisco II.

—¿Cuál es vuestro consejo sobre todo esto? —preguntó Catalina a Chiverni.

—Tendremos una batalla —respondió el prudente gentilhombre—. El rey de Navarra...

—¡Oh, diga la reina! —replicó Catalina.

—Cierto, la reina —accedió sonriendo Chiverni— ha dado por jefe a los protestantes al príncipe de Condé, quien, en su posición de segundón, puede aventurarlo todo; así, el cardenal habla de convocarle aquí.

—¡Que venga —exclamó la reina— y estoy salvada!

Así pues, los jefes del gran movimiento de la Reforma en Francia, habían adivinado bien una aliada en Catalina.

—Hay en esto de chusco —exclamó la reina—, que los Borbones engañan a los hugonotes, y los señores Calvino, de Béze y otros engañan a los Borbones; ¿pero seremos nosotros lo bastante fuertes para engañar a hugonotes, a Borbones y a Guisa? Frente a estos tres enemigos, hay que saber bien con qué medios se cuenta... —añadió.

—Ellos no tienen al rey —le respondió Alberto—, y vos triunfaréis siempre teniendo al rey por vos.

—*Maledetta María!*<sup>[8]</sup> —masculló entre dientes Catalina.

—Los Lorenas piensan ya en privaros del afecto de la burguesía —dijo Birague.

La esperanza de obtener la corona no fue en los dos jefes de la inquieta familia Guisa el resultado de un plan premeditado; nada autorizó ni el plan ni la esperanza, sino que las circunstancias formaron su audacia. Los dos cardenales y los dos Cariacuchillados se encontraron como cuatro ambiciosos superiores en talentos a todos los políticos que los rodeaban. Así, esta familia no fue abatida sino por Enrique IV, faccioso alimentado en esa gran escuela cuyos maestros fueron Catalina y los Guisa, y que aprovechó de todas sus lecciones.

En aquel momento, esos dos hombres se hallaban como árbitros de la mayor revolución intentada en Europa después de la de Enrique VIII en Inglaterra, y que fue la consecuencia de la invención de la imprenta. Adversarios de la Reforma, tenían el poder en sus manos y querían sofocar la herejía; pero, si fue menos famoso Lutero, Calvino, el adversario, resultaba más fuerte. Calvino veía el gobierno donde Lutero

no había reparado sino en el dogma. Allí donde el graso bebedor de cerveza, el enamorado alemán, se batía con el diablo y le lanzaba su tintero a la cara, el picardo, doliente, célibe, dirigía combates, armaba príncipes y alzaba a pueblos enteros sembrando las doctrinas republicanas en el corazón de los burgueses, a fin de compensar sus continuas derrotas en los campos de batalla por nuevos progresos en el espíritu de las naciones.

El cardenal de Lorena y el duque de Guisa sabían tan bien como Felipe II y el duque de Alba, donde estaba apuntada la monarquía, cuán estrecha alianza existía entre el catolicismo y la realeza. Carlos V, ebrio por haber bebido con exceso en la copa de Carlomagno, creyendo demasiado en la fuerza de su monarquía al creer compartir el mundo con Solimán, no había sentido al principio atacada su cabeza, y, cuando el cardenal Granvela le hizo percibir la extensión de la calamidad, abdicó. Los Guisa tuvieron un pensamiento único, el de abatir la herejía de un solo golpe. Y ese golpe lo intentaban entonces por primera vez en Amboise, y lo hicieron intentar por segunda vez en el San Bartolomé, entonces de acuerdo con Catalina de Médicis, advertida ya por las llamas de doce años de guerras, y sobre todo por la significativa palabra de república pronunciada más tarde e impresa por los escritores de la Reforma, ya adivinados en esto por Lecamus, ese prototipo de la burguesía parisina. Los dos príncipes, en el momento de asestar un golpe mortal al corazón de la nobleza, a fin de separarla desde el principio de un partido religioso en cuyo triunfo lo perdía todo, acababan de concertarse sobre la manera de descubrir su golpe de Estado al rey, mientras que Catalina hablaba con sus cuatro consejeros.

—¡Juana de Albret ha sabido bien lo que se hacía al declararse la protectora de los hugonotes! ¡Tiene en la Reforma un ariete que sabe manejar! —dijo el gran maestre, que comprendía la profundidad de los designios de la reina de Navarra.

Juana de Albret fue en efecto una de las más asentadas cabezas de su tiempo.

—Teodoro de Béze está en Nérac, después de haber ido a tomar órdenes de Calvino.

—¡Qué hombres saben encontrar esos burgueses! —exclamó el gran maestre.

—¡Ah, nosotros no tenemos uno del temple de ese la Renaudie! —exclamó el cardenal—. Es un verdadero Catilina.

—Tales hombres obran siempre por propia cuenta —respondió el duque—. ¿No había yo adivinado a la Renaudie? Lo he colmado de favores, hice que se evadiera cuando su condena por el Parlamento de Borgoña, le hice entrar en el reino obteniendo la revisión de su proceso, y contaba hacerlo todo por él, mientras que por su parte urdía contra nosotros una conspiración diabólica. El muy bribón ha unido los protestantes de Alemania a los heréticos de Francia, conciliando las dificultades presentadas a propósito del dogma, entre Lutero y Calvino. Ha agrupado al partido de la Reforma a los grandes señores descontentos, sin hacerles abjurar ostensiblemente el catolicismo. ¡Ya el año pasado tenía treinta capitanes! ¡Estaba a la vez en todas partes, en Lyon, en Languedoc, en Nantes! En fin, ha hecho redactar esa consulta

propalada en toda Alemania, donde los teólogos declaran que se puede recurrir a la fuerza para sustraer al rey a nuestro dominio, y que se divulga de ciudad en ciudad. ¡Se le busca por todas partes, y no se le encuentra en ninguna! ¡Y sin embargo, yo no le he hecho más que bien! Va a ser preciso matarlo como a un perro, o intentar tenderle un puente de oro para que entre en nuestra casa.

—Breñaña, el Languedoc, todo el reino está trabajado para darnos un asalto mortal —dijo el cardenal—. Tras la fiesta de ayer, he pasado el resto de la noche leyendo todos los informes que me han enviado mis religiosos; mas no hay compromiso sino por parte de gentilhombres pobres, artesanos y otras gentes a las que da lo mismo colgar o dejar con vida. Los Coligny, los Condé, no aparecen aún, aun cuando son quienes manejan los hilos de esta conspiración.

—Así —dijo el duque—, cuando ese abogado, ese Avenelles, ha descubierto el pastel, he dicho a Braguelonne que dejase ir a los conspiradores hasta el fin: no tienen recelo, creen sorprendernos y entonces acaso se mostrarán los jefes. Mi consejo sería dejarnos vencer durante cuarenta y ocho horas.

—Con media hora sería demasiado —dijo el cardenal, espantado.

—¡Vaya valiente que estás hecho! —apostrofó el Cariatucuchillado.

El cardenal replicó sin inmutarse:

—Que el príncipe de Condé esté o no comprometido, si estamos seguros de que sea el jefe, abatamos esa cabeza y quedaremos tranquilos. No tenemos tanta necesidad de soldados como de jueces para esta tarea, y nunca faltarán jueces. La victoria es siempre más segura en el Parlamento que en el campo de batalla, y cuesta menos cara.

—Consiento en ello de buen grado —respondió el duque—, ¿pero crees tú que el príncipe de Condé sea lo bastante poderoso como para dar tanta audacia a quienes van a venir a libramos este primer asalto? ¿No tiene él...?

—Al rey de Navarra —dijo el cardenal.

—¡Un majadero que me habla con el sombrero en la mano! —respondió el duque—. ¿Es que acaso te oscurecen la vista las coqueterías de la florentina?

—¡Oh, ya he pensado en eso! —manifestó el cardenal—. Si deseo hallarme en comercio galante con ella, ¿no es para leer en el fondo de su corazón?

—Ella no tiene corazón —replicó con viveza el duque—. Es aún más ambiciosa que nosotros.

—Tú eres un bravo capitán —dijo el cardenal a su hermano—. Pero, créeme, nuestros dos ropajes se encuentran muy próximos el uno al otro, y yo ya la bacía vigilar por María, antes de que tú pensaras en sospechar. Catalina es menos religiosa que mi zapato. Si no es ella el alma de la conspiración, no es por falta de deseos; pero nosotros vamos a juzgarla sobre el terreno y ver cómo nos apoyará. Hasta hoy, tengo la certidumbre de que no ha tenido la menor comunicación con los heréticos.

—Ya es hora de descubrirlo todo al rey y a la reina madre que no sabe nada —dijo el duque—, y he aquí la única prueba de su inocencia..., acaso se espera el

último momento para deslumbrarle con las probabilidades de un éxito. La Renaudie va a saber por mis disposiciones que estamos advertidos. Esta noche Nemours ha debido seguir a los destacamentos de protestantes que llegaban por los atajos, y los conjurados se verán obligados a venir a atacarnos en Amboise, donde les dejaré entrar a todos. Aquí —añadió señalando a los tres lados de la roca sobre la que está asentado el castillo de Blois, como lo había hecho Chaverni— tendríamos un asalto sin ningún resultado: los hugonotes vendrían y se marcharían a nuestra voluntad. Blois es una sala de cuatro entradas, mientras que Amboise es un saco.

—Yo no abandonaré a la florentina —dijo el cardenal.

—Hemos cometido una falta —prosiguió el duque, divirtiéndose en lanzar al aire su puñal y a volverlo a coger por la empuñadura—. Había que conducirse con ella como con los protestantes..., darle la libertad de sus movimientos, para atraparla *in fraganti*.

El cardenal miró durante un momento a su hermano meneando la cabeza.

—¿Qué nos quiere Pardaillan? —dijo el gran maestro, al ver venir a la terraza a aquel joven gentilhomme que se hizo célebre por su encuentro con la Renaudie y por la muerte de ambos.

—Monseñor, un hombre enviado por el peletero de la reina está a la puerta, y dice haber de entregarle un atavío de armiño; ¿se le puede dejar entrar?

—Bah, sí, una sobreveste de la que hablaba ella ayer —dijo el cardenal—. Dejad pasar a ese hortera, pues ella tendrá necesidad de esa prenda para viajar a lo largo del Loira.

—¿Por dónde ha venido, pues, para no ser detenido sino en la puerta del castillo? —preguntó el maestro.

—Lo ignoro —respondió Pardaillan.

—Se lo preguntaré en el aposento de la reina —se dijo el Cariatuchillado—. Bien —añadió en voz alta—, que espere en la sala de guardia el alzar de la poterna... pero, Pardaillan, ¿es joven?

—Sí, monseñor; dice ser el hijo de Lecamus.

—Lecamus es un buen católico —manifestó el cardenal, quien, al igual del gran maestro, estaba dotado de la memoria de César—. El cura de Saint-Pierre aux Boeux cuenta con él con toda confianza, pues es comisario del barrio.

—Sin embargo, haz hablar al hijo con el capitán de la guardia escocesa —dijo el gran maestro, dando al verbo un sentido fácil de comprender—, Ambrosio se encuentra por lo demás en el castillo, y por él sabremos si en efecto se trata del hijo de Lecamus, quien tanto le ayudó en otro tiempo. Pedid por Ambrosio Paré.

Fue en este momento que la reina Catalina se adelantó a los dos hermanos, quienes se apresuraron a venir hacia ella, testimoniándola un respeto en el que la italiana veía constantes ironías.

—Señores —dijo—, ¿os dignaréis confiarme lo que se prepara? ¿Se hallaría en vuestra estima la viuda de vuestro antiguo dueño por debajo de los señores de

Vieilleville, Birague y Chiverni?

—Señora —respondió el cardenal en tono galante—, nuestro deber de hombres, antes del de políticos, es no espantar a las damas con falsos rumores. Mas, esta mañana, hay lugar para conferenciar sobre asuntos de Estado. Excusaréis a mi hermano el haber comenzado por dar órdenes puramente militares, a las cuales vos debíais permanecer ajena: las cosas importantes quedan por decidir. Si os parece bien, iremos al levantarse del rey y de la reina; la hora se aproxima.

—¿Qué es lo que sucede, señor gran maestro? —dijo Catalina, simulando el susto.

—La Reforma, señora, no es ya una herejía, sino un partido que va a venir en armas a arrancaros el rey.

Catalina, el cardenal, el duque y los señores se dirigieron entonces hacia la escalera por la galería donde se agrupaban los cortesanos que no tenían derecho de entrada en los aposentos, y que se alinearon formando una valla.

Gondi, que, mientras Catalina hablaba con los príncipes loreneses, les había examinado, dijo en buen toscano al oído de la reina madre, estas dos palabras que se convirtieron en proverbiales, y que explican una de las caras de ese gran carácter regio:

—Odíate e aspettate!<sup>[9]</sup>

Pardaillan, que vino a dar la orden al oficial de guardia de la portería del castillo, que dejase pasar al dependiente del peletero de la reina, halló a Cristóbal boquiabierto ante el soportal, ocupado en contemplar la fachada debida al buen rey Luis XII, en la que se encontraban entonces en mayor número que hoy esculturas picarescas, a juzgar por las que nos quedan. Así, los curiosos reparan en una figurilla de mujer tallada en el capitel de una de las columnas de la puerta, con el vestido levantado y mostrando burlescamente.

Lo que Brunel a Marfisa enseñó a un fraile agazapado en el capitel de la columna correspondiente al otro jambaje de esta puerta, sobre la cual estaba entonces la estatua de Luis XII. Varios de los *cruceros* de aquella fachada, trabajados en ese gusto y que desgraciadamente han sido destruidos, divertían o parecían divertir a Cristóbal, sobre quien los arcabuceros de guardia hacían ya llover chacotas.

—Se metería bien esto ahí —decía el sargento, acariciando las cargas de arcabuz preparadas en forma de cono y sujetas en su tahalí.

—¡Eh, parisino! —dijo un soldado— ¿nunca has visto tanto?

—Reconoce al buen rey Luis XII —dijo otro.

Cristóbal fingía no oír e intentaba aún exagerar su pasmo, de modo que su pazguata actitud ante el cuerpo de guardia le supuso un excelente pasaporte a los ojos de Pardaillan.

—La reina no se ha levantado aún —le dijo el joven capitán—. Ven a esperar al cuerpo de guardia.

Cristóbal siguió con bastante lentitud a Pardaillan, haciendo adrede como que se

demoraba admirando la linda galería en arco donde, en el reinado de Luis XII, los cortesanos esperaban la hora de las recepciones a cubierto cuando hacía mal tiempo, en la que se encontraban entonces algunos señores adictos a los Guisa; pues la escalera, tan bien conservada en nuestros días, que conducía a sus aposentos, se encuentra en el fondo de esa galería, en una torre cuya arquitectura se ofrece a la admiración de los curiosos.

—¿Es que has venido para hacer estudios de tallador de imágenes? —gritó Pardaillan viendo a Lecamus parado ante las graciosas esculturas de las tribunas exteriores que reúnen, o, si lo queréis, separan las columnas de cada arcada.

Cristóbal siguió al joven capitán hacia la escalera de honor, no sin haber recorrido con mirada de éxtasis aquella torre casi morisca. En aquella hermosa mañana la corte estaba llena de capitanes de ordenanza, de señores que conversaban formando grupos y cuyos brillantes atavíos animaban el lugar, al que las maravillas de la arquitectura, profusamente derramadas sobre su fachada, nueva aún, hacían ya tan brillante.

—Entra aquí —dijo Pardaillan a Lecamus, haciéndole seña de seguirle por la puerta de madera esculpida del segundo piso y que un guardián de la misma abrió al reconocer al capitán.

Todos pueden figurarse el asombro de Cristóbal al entrar en aquella sala de los guardias, tan vasta entonces, que en la actualidad el cuerpo de ingenieros militares la ha dividido en dos por un tabique, para hacer de ella dos ranchos; ocupa en efecto en el segundo piso del rey, como en el primero en el de la reina madre, el tercio de la fachada sobre el patio, pues está clareada por dos ventanas a la izquierda y dos a la derecha de la torre en la que se desenvuelve la famosa escalera. El joven capitán fue hacia la puerta de los aposentos de la reina y del rey, que daba a esta vasta sala, y dijo a uno de los dos pajes de servicio que anunciaran a la señora Dayelle, una de las camareras de la reina, que había llegado el peletero con su encargo.

A un gesto de Pardaillan, Cristóbal fue a ponerse al lado de un oficial sentado en un escabel, en la esquina de una chimenea tan grande como la tienda de su padre, y que se encontraba en uno de los extremos de la inmensa sala, frente a otra chimenea absolutamente parecida al otro extremo. Entablando conversación con aquel oficial, acabó por interesarle contándole las penurias del comercio. Cristóbal pareció tan auténticamente mercader, que el oficial hizo compartir esta opinión al capitán de la guardia escocesa que vino de la corte a interrogar a Cristóbal, examinándole de soslayo y minuciosamente.

Por prevenido que estuviera Cristóbal Lecamus, no podía comprender la fría ferocidad de los intereses entre los que le había deslizado Chaudieu. Para un observador que hubiese conocido el secreto de esta escena, tal como el historiador lo conoce hoy, habría habido de qué temblar al ver a aquel joven, la esperanza de dos familias, aventurado entre aquellas dos poderosas y despiadadas máquinas, Catalina y los Guisa. ¿Mas hay muchos valores que miden la magnitud de sus peligros? Por la manera que estaban custodiados el puerto de Blois, la villa y el castillo, Cristóbal



esperaba topar con trampas y espías por doquier, por lo que había resuelto ocultar la gravedad de su misión y la tensión de su espíritu bajo la apariencia bobalicona y comercial con la que acababa de mostrarse a los ojos del joven Pardaillan, del oficial de guardia y del capitán.

## VI. EL DESPERTAR DE FRANCISCO II

La agitación que, en un castillo real, acompaña a la hora en que se despierta, comenzaba a manifestarse. Los señores, cuyos caballos y los pajes o los escuderos quedaban en el patio exterior del castillo, ya que nadie, excepto el rey o la reina, tenía derecho a entrar a caballo en el patio interior, subían por grupos la magnífica escalera, e invadían la gran sala de dos chimeneas de los guardias, cuyas sólidas vigas están hoy sin sus ornamentos; donde mezquinas baldosas reemplazan a los ingeniosos mosaicos de los suelos, pero donde las tapicerías de la corona cubrían entonces los gruesos muros enjalbegados de cal de hoy, y donde brillaban a porfía las artes de aquella época única en los fastos de la humanidad. Protestantes y católicos acudían a saber las noticias y examinar los rostros, tanto como para hacer la corte al rey. El excesivo amor de Francisco II por María Estuardo, al que ni los Guisa ni la reina madre se oponían, y la complacencia política con la que María Estuardo se prestaba a él, privaban al rey de todo poder, así que, aun cuando tuviera diecisiete años, no conocía de la realeza sino los placeres, y del matrimonio más que los deleites de una primera pasión. Todos hacían en realidad la corte a la reina María, a su tío el cardenal de Lorena y al gran maestro.

Este movimiento tuvo lugar ante Cristóbal, quien examinaba la llegada de cada personaje con una avidez bien natural. Un magnífico cortinón a cada lado del cual se hallaban apostados dos pajes y dos guardias de la compañía escocesa, entonces de servicio, le indicaba la entrada de aquella habitación real, tan fatal al hijo del gran maestro actual, el segundo Cariatuchillado, que fue a expirar al pie del lecho entonces ocupado por María Estuardo y por Francisco II. Las doncellas de honor de la reina ocupaban la chimenea opuesta a la situada donde Cristóbal seguía *hablando* con el capitán de los guardias. Por el lugar que ocupaba, esta segunda chimenea era *la chimenea de honor*, pues está practicada en el espeso muro de la sala del consejo, de manera que las doncellas y los señores que tenían el derecho de situarse allí, se encontraban al paso del rey y de las reinas. Los cortesanos estaban seguros de ver a Catalina, pues sus doncellas de honor, de duelo como toda la corte, subieron de sus aposentos, conducidas por la condesa de Fiesque, ocupando su sitio del lado de la sala del consejo, frente a las doncellas de la joven reina, con la marquesa de Guisa al frente, y que ocupaban la esquina opuesta, del lado de la habitación real. Los cortesanos dejaban entre estas señoritas, que pertenecían a las primeras familias del reino, un espacio de algunos pasos que únicamente los más grandes señores tenían permiso de franquear. La condesa de Fiesque y la duquesa de Guisa estaban, según el derecho inherente a su cargo, sentadas en medio de las nobles muchachas, las cuales permanecían todas en pie. Uno de los primeros que vino a mezclarse a esos dos escuadrones tan peligrosos, fue el duque de Orleáns, hermano del rey, quien descendió de su apartamento del piso superior, y a quien acompañaba el señor de Cypierre, su ayo. Este joven príncipe, que antes de finalizar aquel año había de reinar

con el nombre de Carlos IX, entonces de diez años de edad, era de una timidez excesiva. El duque de Anjou y el duque de Alençon, sus dos hermanos, así como la princesa Margarita, que fue la esposa de Enrique IV, demasiado jóvenes aún para acudir a la corte, quedaban acompañados por su madre en sus aposentos. El duque de Orleans, vestido con gran lujo, según la moda del tiempo, con gregüescos de seda, chupa de paño de oro ornado de flores negras, y de una pequeña capa de terciopelo bordado, todo ello negro (pues llevaba aún el luto del rey, su padre), saludó a las dos damas de honor y quedóse al lado de las doncellas de su madre. Ya lleno de antipatía por los adherentes a la casa de Guisa, respondió fríamente a las palabras de la duquesa y apoyó su brazo en el respaldo de la elevada silla de la condesa de Fiesque. Su ayo, uno de los más magníficos caracteres de aquel tiempo, el señor de Cypierre, permaneció tras él, como una panoplia. Amyot, en simple sotana de abate, acompañaba también al príncipe, siendo ya su preceptor, como lo fue también de los tres otros príncipes, cuyo afecto le resultó tan provechoso. Entre la chimenea de honor y la en que se agrupaban, al otro extremo de la sala, los guardias, su capitán, algunos cortesanos y Cristóbal provisto de su caja de cartón, el canciller Olivier, protector y predecesor de l'Hôpital, con el atuendo que han portado siempre después los cancilleres de Francia se paseaba con el cardenal de Tournon, recientemente llegado de Roma, cambiándose ambos algunas palabras casi al oído, en medio de la atención general que les prestaban los señores agrupados en masa a lo largo del muro que separa esta sala de la habitación del rey, como una tapicería viviente ante la magnífica de mil personajes. A pesar de la gravedad de las circunstancias, la corte ofrecía el aspecto que todas las cortes ofrecerán en todos los países, en todas las épocas y en los mayores peligros: cortesanos hablando siempre de cosas indiferentes, mientras piensan en cosas graves, bromeando al estudiar los rostros, ocupándose de amor y de matrimonios con herederas, en medio de las más sangrientas catástrofes.

—¿Qué dice de la fiesta de ayer? —preguntó Bourdelles, señor de Brantôme, aproximándose a la señorita de Pienne, una de las hijas de la reina madre.

—Los señores du Baif y du Bellay no han tenido sino bellas ideas —respondió ella, señalando a los dos ordenadores de la fiesta, quienes se encontraban a algunos pasos—. La encontré de un gusto execrable... —añadió en voz baja.

—¿No tenía ningún papel? —dijo la señorita de Lewiston, del otro lado.

—¿Qué lee ahí, señora? —preguntó Amyot a la señora de Fiesque.

—El Amadis de Gaula, por el señor des Essarts, comisario ordinario de la artillería del Rey.

—Una obra encantadora —dijo la bella muchacha, que fue después tan célebre con el nombre de Fosera, cuando se convirtió en dama de honor de la reina Margarita de Navarra.

—El estilo es nuevo —dijo Amyot—. ¿Acepta usted esas barbaridades? —añadió mirando a Brantôme.

—¡Gusta a las damas, qué quiere! —exclamó Brantôme, yendo a saludar a la

señora de Guisa, quien tenía en mano las *Damas Célebres*, de Boccaccio—. Deben hallarse en él mujeres de vuestra casa, señora —dijo—. Pero el señor Boccaccio ha errado en no ser de nuestro tiempo, pues habría hallado amplias materias para aumentar sus volúmenes...

—¡Cuán ladino es ese señor de Brantôme! —dijo la bella señorita de Limeuil a la condesa de Fiesque—. Ha venido primero a nosotros, mas permanecerá en el campo de los Guisa.

—¡Chitón! —dijo la señora de Fiesque, mirando a la bella Limeuil—. Mézclese en lo que le importa...

La muchacha volvió los ojos hacia la puerta. Esperaba a Sardini, noble italiano con quien la reina madre, su pariente, la casó más tarde, tras el accidente que le aconteció en el propio tocador de Catalina, y que le valió el honor de tener por comadrona a una reina.

—¡Por San Alipantino, señorita Davila, me parece más linda cada mañana! —dijo el señor de Robertet, secretario de Estado, saludando al grupo de la reina madre.

La llegada del secretario de Estado, que sin embargo era exactamente lo que es un ministro hoy, no causó ninguna sensación.

—Si es así, señor, présteme el libelo hecho contra los señores de Guisa..., sé que os lo han prestado también —dijo a Robertet la señorita Davila.

—Ya no lo tengo —respondió el secretario, yendo a saludar a la señora de Guisa.

—Yo sí —dijo el conde de Grammont a la señorita Davila—, mas no se lo doy sino con una condición...

—¿Bajo condición...?, ¡quítad allá! —dijo la señorita de Fiesque.

—Usted no sabe lo que yo quiero —respondió Grammont.

—¡Oh, eso se adivina! —dijo la Limeuil.

Entonces estaba de moda la costumbre italiana de nombrar a las damas, como lo hacen los campesinos con sus mujeres, *la fulana de tal*.

—Se engaña —replicó vivamente el conde—; se trata de entregar a la señorita de Matha, una de las doncellas del otro lado, una misiva de mi primo de Jamac.

—No comprometa a mis doncellas —dijo la condesa de Fiesque—, yo misma se la daré.

—¿Tiene noticias de lo que pasa en Flandes? —preguntó luego al cardenal de Tournon—. Parece ser que el señor de Egmont gusta de las novedades.

—El y el príncipe de Orange —respondió Cypierre, haciendo un movimiento de hombros harto significativo.

—Van a trasladarse allí el duque de Alba y el cardenal Granvela, ¿no es así, señor? —preguntó Amyot al cardenal de Tournon, quien permanecía taciturno e inquieto entre los dos grupos, tras su conversación con el canciller.

—Por fortuna, nosotros estamos tranquilos, y no hemos de temer la herejía sino en el teatro —dijo el joven duque de Orleáns, aludiendo al papel que él había asumido la víspera, el de un caballero domando a una hidra que llevaba sobre la

frente el nombre de *Reforma*.

Catalina de Médicis, de acuerdo en esto con su nuera, había dejado hacer una sala de espectáculos de la inmensa sala que más tarde fue dispuesta para los Estados de Blois, y donde, como ya se ha dicho, desembocaban el castillo de Francisco I y el de Luis XII.

El cardenal no respondió nada y volvió a pasearse por el centro de la sala, reanudando la conversación en voz baja con el canciller y también con el señor de Robertet. Muchas personas ignoran las dificultades que los secretanados de Estado, convertidos después en ministerios, han hallado para establecerse, y cuántos esfuerzos y sinsabores ha costado a los reyes de Francia crearlos. En aquella época, un secretario de Estado como Robertet era pura y simplemente un escribano, y apenas contaba en medio de los príncipes y los grandes, quienes eran los que decidían los asuntos del Estado. No había entonces otras funciones propiamente ministeriales que las de superintendente de Hacienda, canciller y secretario de Gracia y Justicia. Los reyes concedían un puesto en su consejo por cartas patentes a aquellos de sus súbditos cuyos consejos les parecían útiles para la conducción de los negocios públicos. Se daba entrada en el Consejo a un presidente de Cámara del Parlamento, a un obispo, a un favorito sin título... Una vez admitido, el nombrado fortalecía en él su posición, haciéndose otorgar cargos de la Corona a los cuales iban aparejados atribuciones, tales como gobierno, la espada de condestable, el gran maestrazgo de la artillería, el bastón de mariscal, el coronelato general de algún cuerpo militar, el gran almirantazgo, el capitanazgo de las galeras, o a menudo un cargo en la corte como el de gran maestre de la Casa Real, que entonces lo ocupaba el duque de Guisa.

—¿Cree que el duque de Nemours despose a Francisca? —preguntó la señora de Guisa al preceptor del duque de Orleáns.

—¡Ah, señora —respondió él—, yo no sé sino latín!

Esta respuesta hizo sonreír a quienes estuvieron cerca para oírla. En aquel momento, era tema de todas las conversaciones la seducción de Francisca de Rohan por el duque de Nemours; pero como éste era primo de Francisco II, y doblemente aliado de la casa de Valois por su madre, los Guisa lo consideraban más bien como seducido que como seductor. Sin embargo, el crédito de la casa de Rohan fue tal, que después del reinado de Francisco II, el duque de Nemours se vio obligado a abandonar Francia a causa del proceso que le hicieron los Rohan y que el crédito de los Guisa arregló. Su casamiento con la duquesa de Guisa, tras el asesinato de Poltrot, puede explicar la pregunta que la duquesa había hecho a Amyot, revelando la rivalidad que debía existir entre la señorita de Rohan y la duquesa.

—Mas contemple un poco el grupo de descontentos allá abajo —dijo el conde de Grammont, señalando a los señores de Coligny, el cardenal de Chatillon, Danville, Thoré, Moret y varios otros, sospechosos de tomar parte en la Reforma, y que se hallaban congregados entre dos ventanas, del lado de la otra chimenea.

—Los hugonotes se remueven —dijo Cypierre—. Sabemos que Teodoro de Béze

está en Nérac para obtener de la reina de Navarra que se declare por los protestantes abjurando públicamente —añadió mirando al bailío de Orleáns, quien era también canciller de la reina de Navarra y que observaba a la corte.

—¡Ella lo hará! —respondió secamente el bailío de Orleáns.

Este personaje, uno de los más ricos burgueses del tiempo, se llamaba Groslot y llevaba los asuntos de Juana de Albret en la corte de Francia.

—¿Lo cree? —dijo el canciller de Francia al de Navarra, apreciando el alcance de la afirmación de Groslot.

—¿No sabe acaso —dijo el acaudalado orleanés— que esa reina no tiene de mujer sino el sexo? Está entregada por completo a las cosas viriles, tiene el poderoso espíritu de los grandes asuntos, y el corazón invencible ante las grandes adversidades.

—Señor cardenal —dijo el canciller Olivier al señor de Tournon, quien había escuchado a Groslot—, ¿qué pensáis vos de esa audacia?

—La reina de Navarra ha hecho bien en escoger por canciller suyo a un hombre al que la casa de Lorena tiene empréstitos que solicitar, y que ofrece su mansión al rey cuando se habla de ir a Orleáns —respondió el cardenal.

El canciller y el cardenal se miraron entonces sin atreverse a comunicarse sus pensamientos; pero Robertet se los expresó, pues creía necesario mostrar más lealtad a los Guisa que aquellos grandes personajes, hallándose más pequeño que ellos.

—Es una gran desgracia que la casa de Navarra, en vez de abjurar la religión de sus padres, no renuncie al espíritu de venganza y de revuelta que le ha insuflado el condestable de Borbón. Vamos a volver a asistir a las querellas de los Armagnacs y los Borgoñones.

—No —dijo Groslot—, ya que hay temple de Luis XI en el cardenal de Lorena.

—Y también en la reina Catalina —respondió Robertet.

En aquel momento, la señora Dayelle, la camarera favorita de la reina María Estuardo, atravesó la sala, dirigiéndose a la habitación de la soberana. El paso de la camarera produjo cierto movimiento.

—Pronto vamos a entrar —dijo la señora de Fiesque.

—No lo creo —respondió la señora de Guisa—. Sus Majestades saldrán, pues se va a celebrar un gran consejo.

La Dayelle se deslizó en la habitación real, tras haber arañado la puerta, manera respetuosa inventada por Catalina de Médicis y que fue adoptada por la corte de Francia.

## VII. LOS DOS AMANTES

—¿Qué tiempo hace, mi querida Dayelle? —dijo la reina María, asomando su blanco y lozano rostro fuera del lecho, sacudiendo las cortinas.

—¡Ah, señora...!

—¿Qué te ocurre, mi Dayelle? ¡Se diría que los arqueros están pisándote los talones!

—¡Oh, señora...! ¿Duerme aún el rey?

—Sí.

—Vamos a abandonar el castillo, y el señor cardenal me ha pedido que os lo diga, para que disponga al rey.

—¿Y sabes por qué, mi buena Dayelle?

—Los protestantes quieren raptaros...

—¡Ah, esa nueva religión no me dejará tranquila! He soñado esta noche que me encontraba en prisión, yo que reuniré las coronas de los tres más bellos reinos del mundo...

—¡Ese es también un sueño, señora!

—¿Raptada...? Eso sería bastante gentil; pero, por motivos de religión y perpetrado por herejes, es un horror.

La reina saltó de la cama y fue a sentarse en una amplia butaca cubierta de terciopelo encarnado, ante la chimenea, tras haberle dado Dayelle un peinador de terciopelo negro, ceñido por ella ligeramente al talle con un cordón de seda.

Dayelle encendió el fuego, pues las mañanas del mes de mayo son bastante frescas en las riberas del Loira.

—¿Han sabido, pues, mis tíos esas nuevas durante la noche? —preguntó la reina a Dayelle, a la que trataba con familiaridad.

—Desde esta mañana; los señores de Guisa se pasean por la terraza para no ser oídos por nadie, y han recibido allí a enviados venidos a toda prisa de diferentes puntos del reino donde se agitan los protestantes. La señora reina madre estaba allí también con sus italianos, esperando ser consultada; mas no ha formado parte de ese pequeño consejo.

—¡Debe estar furiosa!

—Y tanto más que le quedaba un resto de cólera de ayer —respondió Dayelle—. Se dice que al ver aparecer a Vuestra Majestad en su vestido con torcido de oro y con su lindo velo de crespón color tostado, no ha parecido contenta...

—Déjanos, mi buena Dayelle; el rey se despierta. Que nadie en absoluto nos moleste; se trata de asuntos de Estado, y mis tíos nos perturbarán.

—Bueno, mi querida María, ¿has abandonado ya el lecho? ¿Ya es muy de día? —dijo el rey, despertándose.

—Mi querido hermoso, mientras nosotros dormimos, los malvados velan y van a obligarnos a abandonar esta bella mansión.

—¿Qué dices de malvados, querida? ¿No hemos celebrado ayer por la noche la más magnífica fiesta mundana, a no ser por los latinajos que esos señores han lanzado a nuestro francés?

—¡Ah! —dijo María—. Ese lenguaje es de muy buen gusto, y Rabelais lo ha puesto en claro ya.

—Tú eres una sabia, y me enoja mucho no poder celebrarte en verso; si no fuese yo rey, tomaría a mi hermano a maese Amyot, quien le hace tan erudito...

—No envidiéis nada a vuestro hermano, quien hace poesías y me las enseña, pidiéndome le muestre las mías. Ea, sois el mejor de los cuatro y seréis tan buen rey como amante gentil. ¡Acaso es por ello que vuestra madre os quiere tan poco! Pero podéis estar tranquilo. Yo, mi amado corazón, yo os querré por todo el mundo.

—No tengo gran mérito en amar a una reina tan perfecta —dijo el pequeño rey—. ¡No sé lo que me ha contenido ayer de abrazarte ante toda la corte cuando has bailado la danza de las antorchas! He visto claramente que todas las mujeres tienen el aire de servidoras a tu lado, mi bella María...

—Por no hablar sino en prosa, os expresáis de maravilla, hermoso mío; mas también es el amor que habla. Y vos, vos sabéis bien, mi bienamado, que aun cuando no fuerais más que un pobre paje, todavía os querría más que ahora, y sin embargo no hay nada más dulce que poder decir: «Mi amante es rey».

—¡Oh, qué precioso brazo! ¿Por qué hemos de vestirnos? ¡Me gusta tanto pasar mis dedos por tus cabellos tan suaves y mezclar sus rubias blondas...! ¡Vaya, querida, y no des más a besar a tus doncellas ese cuello tan blanco y esa linda espalda; no lo soporto! Ya es demasiado con que las brumas de Escocia los hayan acariciado.

—¿No vendréis a ver a mi caro país? Los escoceses os querrán, y no habrá una revuelta como aquí.

—¿Quién se rebela en nuestro reino? —dijo Francisco cruzando su batín y tomando a María Estuardo sobre sus rodillas.

—¡Oh, esto es a buen seguro muy agradable...! —dijo ella, hurtando su mejilla al rey—. Mas habéis de reinar, si os place, mi dulce señor.

—¿Qué habíais de reinar? Yo quiero, esta mañana...

—¿Hay necesidad de decir *yo quiero* cuando se puede todo? Eso no es hablar ni como rey ni como amante. Mas no se trata de ello en absoluto. Tenemos un asunto importante.

—¡Oh —dijo el rey—, hace tiempo que no hemos tenido ningún asunto! ¿Es divertido?

—No —dijo María—. Se trata de mudarnos a otra mansión.

—Apuesto, querida, que has visto a uno de tus tíos, que se las arreglan tan bien, que a los diecisiete años me comporto como un rey poltrón. No sé, en verdad, por qué desde el primer consejo, he continuado asistiendo a los demás... Podrían celebrarlos igualmente y hacer tan bien las cosas poniendo mi corona sobre un sillón, pues no veo más que por sus ojos y decido a ciegas.



—¡Oh, señor! —exclamó la reina levantándose de las rodillas del rey y adoptando un pequeño aire enfurruñado—. Estaba acordado que no me causaríais la menor pena al respecto y que mis tíos emplearían el poder real para la felicidad de vuestro pueblo. ¡Si que es gentil, tu pueblo..., si quisieras regirlo tú solo, te engulliría como a una fresa! Le hacen falta guerreros, un amo duro y de manos con guanteletes; mientras que tú, tú eres un hermoso al que yo amo así, y que no amaría de otro modo, ¿lo oís, señor? —añadió besando en la frente a aquel adolescente, que parecía querer rebelarse contra este discurso, a quien dulcificó la caricia.

—¡Oh, si no fuesen tus tíos! —exclamó Francisco II—. Ese cardenal me desagrada enormemente, y cuando adopta su aire meloso y sus modales sumisos para decirme inclinándose: «Señor, se trata aquí del honor de la corona y de la fe de vuestros padres... Vuestra Majestad no podría tolerar...». Y esto y aquello... Estoy seguro que trabaja para su maldita casa de Lorena.

—¡Qué bien le has imitado! —dijo la reina—. Mas ¿por qué no empleáis a esos Lorenas para informaros de lo que sucede, a fin de reinar por vos mismo durante algún tiempo, a vuestra mayoría de edad? Yo soy vuestra esposa, y vuestro honor es el mío. ¡Reinaremos, ea, hermoso mío! ¡Mas no será todo coser y cantar para nosotros hasta el momento en que hagamos nuestra voluntad! ¡No hay nada más difícil para un rey que reinar! ¿Soy yo reina, por ejemplo? ¿Creéis que vuestra madre no me devuelve en mal lo que mis tíos hacen de bien para el esplendor de vuestro trono? ¡Y qué diferencia! Mis tíos son grandes príncipes, sobrinos de Carlomagno, llenos de consideraciones y que sabrían morir por vos; mientras que esa hija de médico o de mercader, es tan pendenciera como una burguesa que no reina en su casa. Como mujer descontenta de no enredarlo todo aquí, esa italiana me muestra en toda ocasión su cara pálida y seria; y luego, con su boca fruncida me dice: «Hija mía, vos sois la reina, yo no más que la segunda mujer del reino». (Ella rabia, ¿comprendes, hermoso mío?). «Pero de estar yo en vuestro lugar, no portaría terciopelo encarnado mientras la corte está de luto, no aparecería en público con mis cabellos unidos y sin pedrerías, porque lo que no es propio a una simple dama, lo es menos aún a una reina. Tampoco participaría personalmente en el baile, me contentaría con ver bailar». Eso es lo que me dice.

—¡Oh, Dios mío —respondió el rey—, creo oírla! ¡Dios! Si ella supiera...

—¡Oh, todavía tembláis ante ella! ¿Te fastidia, no es así? La despediremos. ¡A fe mía, engañarte pase aún, pues la buena mujer es de Florencia; pero fastidiarte...!

—¡En nombre del cielo, María, cállate! —dijo Francisco, inquieto y contento al par—. No quisiera que perdieses su amistad.

—No tengas miedo que ella se malquiste nunca conmigo, que portaré las tres coronas más bellas del mundo, mi querido reyecito —dijo María Estuardo—. Aunque me odie por mil razones, me halaga, a fin de separarme de mis tíos.

—¡Odiarte!...

—Sí, ángel mío; y si yo no tuviese mil de esas pruebas que las mujeres se dan

entre sí de ese sentimiento, y cuya malicia no es comprendida sino por ellas, me contentaría con su constante oposición a nuestros queridos amores. ¿Es acaso mi culpa si tu padre no ha podido soportar nunca a la señorita de Médicis? En fin, ella me quiere tan poco, que ha sido preciso que vos os encolerizarais para que nouviésemos cada uno nuestro aposento, aquí y en Saint-Germain. Ella pretendía que era el uso de los reyes y las reinas de Francia... ¡El uso... era el de vuestro padre, y ello se explica! En cuanto a vuestro abuelo Francisco, el compadre había establecido ese uso para comodidad de sus amores. ¡Así pues, estad alerta! Si nos vamos de aquí que el Gran Maestre no nos separe...

—¿Si nos vamos de aquí, María? Pero yo no quiero abandonar este hermoso castillo, desde donde vemos el Loira y el Blésois, una villa a nuestros pies, y el más bello cielo del mundo sobre nuestras cabezas, y esos deliciosos jardines... Si me voy, será para ir a Italia contigo, a ver las pinturas de Rafael, y San Pedro.

—¿Y los naranjales? ¡Oh, mi hermoso rey, si supieras los deseos que tu María tiene de pasearse bajo naranjos en flor y en fruto! ¡Ay, puede ser que no los vea jamás! ¡Oh, oír una canción italiana bajo esos árboles perfumados, a la orilla de un mar azul, bajo un cielo azul, estar así abrazados!

—Partamos —dijo el rey.

—¡Partir! —exclamó entrando el gran maestre—. Sí, majestad, se trata de abandonar Blois. Perdonad mi audacia, pero las circunstancias son más poderosas que la etiqueta, y vengo a suplicaros que celebréis consejo.

María y Francisco se habían separado vivamente al verse sorprendidos y sus rostros ofrecían una misma expresión de majestad real ofendida.

—Es usted excesivamente gran maestre, señor de Guisa —dijo el joven rey conteniendo su cólera.

—¡Al diablo los enamorados! —dijo el cardenal murmurando al oído de Catalina.

—Hijo mío —respondió la reina madre, que se mostró tras el cardenal— se trata de la seguridad de vuestra persona y de vuestro reino.

—La herejía velaba mientras vos dormíais, señor —dijo el cardenal.

—Retiraos a la sala —dijo el joven rey— y entonces celebraremos consejo.

—Señora —dijo el gran maestre a la reina— el hijo de vuestro peletero os trae las pieles, que vienen a punto para el viaje, ya que bordearemos el Loira... Pero —dijo volviéndose hacia la reina madre— también quiere hablarle a usted, señora. Mientras que el rey se viste, usted y la reina podéis despacharlo en seguida, para que no tengamos quebraderos de cabeza por esa bagatela.

—De muy buen grado —dijo Catalina, mas diciéndose también para sus adentros—: «Si cuenta deshacerse de mí con semejantes añagazas, no me conoce».

El cardenal y el duque se retiraron dejando a las dos reinas y al rey. Al pasar a la sala de los guardias, que atravesó de nuevo para ir a la del consejo, el gran maestre dijo al ujier que le trajera al peletero de la reina. Cuando Cristóbal vio ir hacia él, de un extremo a otro de la sala, a aquel ujier, a quien por su atuendo tomó por un gran

personaje, le flaqueó el corazón; mas tal sensación, tan natural a la proximidad del momento crítico, se hizo terrible cuando el ujier, cuyo movimiento tuvo por resultado atraer los ojos de toda aquella brillante asamblea sobre Cristóbal, sobre su ruin porte y sobre sus paquetes, le dijo:

—Mis señores el cardenal de Lorena y el gran maestro os requieren para hablaros en la sala del consejo.

«¿Habré sido traicionado?», se preguntó el mezquino embajador de los protestantes.

Cristóbal siguió al ujier bajando los ojos, y no los alzó sino al hallarse en la inmensa sala del consejo, cuya amplitud es casi igual a la de los guardias. Los dos príncipes loreneses se encontraban solos en ella, de pie ante la magnífica chimenea adosada a la que, en la sala de los guardias, estaban las doncellas de las dos reinas.

—Tú vienes de París... ¿qué camino has tomado? —dijo el cardenal a Cristóbal.

—He venido por el agua, monseñor —respondió el protestante.

—¿Y cómo has entrado en Blois? —preguntó el gran maestro.

—Por el puerto, monseñor.

—¿Y no te ha molestado nadie? —dijo el duque, quien no cesaba de examinar al joven.

—No, monseñor. Al primer soldado que puso cara de querer detenerme, le dije que venía para el servicio de las dos reinas, de las que mi padre es el peletero.

—¿Qué se hacía por París? —preguntó el cardenal.

—Se seguía buscando al autor del asesinato cometido en la persona del presidente Minard.

—¿No eres tú el hijo del más gran amigo de mi cirujano? —dijo el duque de Guisa, engañado por el candor que expresaba Cristóbal, una vez pasada su desazón.

—Sí, monseñor.

El gran maestro salió, alzó bruscamente el cortinón que tapaba la doble puerta de la sala del consejo y mostró su figura a toda la audiencia, en medio de la cual buscó al primer cirujano del rey.

Ambrosio, de pie en una esquina, comprendió una ojeada expresiva que el duque le lanzó y se aproximó. El cirujano, que se inclinaba ya hacia la religión reformada, acabó por adoptarla; pero la amistad de los Guisa y la de los reyes de Francia, le garantizó contra todas las desgracias que alcanzaron a los protestantes. El duque, que se consideraba como deudor de su vida a Ambrosio Paré, había hecho que lo nombrasen cirujano del rey hacía algunos días.

—¿Qué desea, monseñor? —dijo Ambrosio—. ¿Está por acaso enfermo el rey? No me extrañaría...

—¿Cómo?

—La reina es demasiado bella —respondió el cirujano.

—¡Ah! —exclamó asombrado el duque—. Sin embargo, no se trata de eso —añadió tras una pausa—. Ambrosio, quiero que veas a uno de tus amigos —dijo

conduciéndole al umbral de la puerta de la cámara del consejo y mostrándole a Cristóbal.

—¡Vaya, pues es verdad! —exclamó el cirujano, dando unos pasos y tendiendo la mano a Cristóbal—. ¿Cómo sigue tu padre, muchacho?

—Muy bien, maese Ambrosio —respondió Cristóbal.

—¿Y qué vienes tú a hacer a la Corte? —dijo el cirujano—. No es tu oficio el de llevar paquetes; tu padre te destina a la triquiñuela. ¿Deseas la protección de estos dos grandes príncipes para ser abogado?

—¡Oh, Dios mío, claro que sí! —dijo Cristóbal—, mas para los intereses de mi padre; y si puede interceder por nosotros, únase a mí —dijo adoptando un aire lastimero— para obtener de monseñor el gran maestro una ordenanza del pago de las sumas que se adeudan a mi padre, pues ya no sabe de qué medios valerse...

El cardenal y el gran maestro se miraron y parecieron satisfechos.

—Ahora, dejadnos —dijo el gran maestro a Ambrosio, haciéndole una seña—. Y usted, amigo —dijo a Cristóbal—, despache rápidamente sus asuntos, y váyase a París. Mi secretario le proporcionará un pase, pues ¡voto a Dios que no andará la cosa bien por los caminos!

Ninguno de los dos hermanos tuvo la menor sospecha de los graves intereses que reposaban en Cristóbal, una vez asegurados de que en efecto se trataba del hijo del buen católico Lecamus, proveedor de la Corte, y que no venía más que para intentar cobrar una deuda pendiente.

—Llévale al lado de la habitación de la reina, quien indudablemente va a llamarlo —dijo el cardenal al cirujano, señalándole a Cristóbal.

## VIII. MARÍA ESTUARDO Y CATALINA

Mientras el hijo del peletero sufría su interrogatorio en la sala del consejo, el rey había dejado a la reina en compañía de su suegra, tras haber pasado a su tocador, al que se iba por el gabinete contiguo al dormitorio.

De pie ante el vasto alféizar de la inmensa ventana, la reina Catalina contemplaba los jardines, presa de los más tristes pensamientos. Veía a uno de los más grandes capitanes del siglo sustituido en la mañana, en un momento, a su hijo, al rey de Francia, bajo el título de teniente general del reino. Ante ese peligro, ella estaba sola, sin acción, sin defensa. Así podía comparársela, en su vestidura de duelo que no abandonó jamás tras la muerte de Enrique II, a un fantasma, a tal punto tenía el rostro inmóvil a fuerza de reflexión. Sus negros ojos nadaban en esa indecisión tan reprochada a los grandes políticos, y que, en ellos, proviene de la misma magnitud de la ojeada con que abarcan todas las dificultades, compensándolas unas con otras, y sumando, por decirlo así, todas las probabilidades antes de tomar una determinación. Le zumbaban los oídos, su sangre se agitaba, y, sin embargo, permanecía serena, digna, con todo y medir al par la profundidad del abismo político sobre el abismo efectivo que se extendía a sus pies. Después del día del arresto del vidamo de Chartres, éste había sido el segundo de los terribles que se sucedieron en tan gran número en el resto de su vida real; mas fue también su última falta en la escuela del poder. Aunque el cetro pareciese huir de sus manos, ella quería asirlo, y lo asió por efecto de esa poderosa voluntad que no se había debilitado ni por los desdenes de su suegro Francisco I y su Corte, en la que ella había sido poca cosa, aunque delfina, ni por las constantes repulsas de Enrique II, ni por la terrible oposición de Diana de Poitiers, su rival. Un hombre no hubiese comprendido nada de esta reina malograda; pero la rubia María, tan fina, tan espiritual, tan joven y ya tan instruida, la examinaba con el rabillo del ojo, afectando canturrear una aria italiana y adoptando un despreocupado continente. Sin adivinar las tormentas de contenida ambición que producían un sudor frío a la florentina, la linda escocesa de despierto rostro sabía que el encumbramiento de su tío el duque de Guisa causaba una rabia interior a Catalina. Ahora bien, nada la divertía tanto como espiar a su suegra, en quien veía una intrigante, una arribista con los humos bajados, por lo que estaba siempre dispuesta a vengarse. El rostro de una era grave y sombrío, un tanto terrible, a causa de esa lividez de las italianas que, durante el día, hace semejar su tez al marfil amarillo, aunque se toma deslumbrante a la luz de las bujías, mientras que el rostro de la otra era lozano y alegre. A sus dieciséis años, el rostro de María Estuardo tenía esa blancura de rubia que la hizo tan célebre. El frescor y la picante gracia de aquel rostro tan puramente modelado, brillaba con esa malicia infantil expresada francamente por la regularidad de sus cejas, la viveza de sus ojos y lo travieso de su linda boca. Desplegaba entonces esos donosos atractivos de gatita que nada, ni el cautiverio, ni la vista de su horrible cadalso, no pudieron alterar. Estas dos reinas, una en la aurora y

otra en el estío de su vida, formaban entonces el contraste más completo. Catalina era una reina imponente, una viuda impenetrable, sin más pasión que la del poder. María era una locuela, una despreocupada casada, que hacía juguetes de sus coronas. Una preveía inmensas desgracias, entreveía el asesinato de los Guisa, adivinando que sería el único medio de abatir a seres capaces de elevarse por encima del trono y del Parlamento; percibía en fin los raudales de sangre de una larga lucha; la otra no sospechaba que sería jurídicamente asesinada. Una singular reflexión devolvió un poco de calma a la italiana.

—Según la adivina, y al decir de Ruggieri, este reinado va a acabar; así mi desazón no durará —se dijo.

Cosa extraña pues, una ciencia oculta, olvidada hoy, la astrología judicial, sirvió entonces de punto de apoyo a Catalina, como en toda su vida, pues su creencia en ella fue aumentando, al ver realizadas con minuciosa exactitud las predicciones de quienes practicaban aquella ciencia.

—La veo muy triste, señora —dijo María Estuardo, tomando de manos de Dayelle el pequeño bonete a sujetar sobre la raya de su cabello, cuyas dos alas de rico encaje giraban en torno a los rubios bucles de las sienes.

El pincel de los pintores ha ilustrado tan bien este tocado, que pertenece exclusivamente a la reina de Escocia, aun cuando Catalina lo inventara para sí cuando vistió de luto por la muerte de Enrique II; mas no lo supo llevar tan bien como su nuera, a la que sentaba mucho más donairosamente. Este motivo de queja no era el menor entre los de la reina madre contra la joven reina.

—¿Es un reproche que me hace la reina? —dijo Catalina, volviéndose hacia su nuera.

—Le debo respeto y no osaría tal —replicó maliciosamente la escocesa, quien miró a Dayelle.

Entre las dos reinas, la camarera favorita quedóse como un poste, pues una sonrisa de aprobación podía costarle la vida.

—¿Cómo puedo estar alegre como vos, tras haber perdido al finado rey y ver a punto de incendiarse al reino de mi hijo?

—La política concierne poco a las mujeres —replicó María Estuardo—. Además, mis tíos están ahí para ello.

Estas palabras eran, en las circunstancias actuales, dos flechas envenenadas.

—Veamos pues nuestras pieles, señora —respondió irónicamente la italiana— y así podremos ocuparnos de nuestros verdaderos asuntos mientras que vuestros tíos deciden de los del reino.

—¡Oh, pero seremos del consejo, señora... somos en él más útiles de lo que pensáis!

—¿Somos? —dijo Catalina con aire de asombro—. ¡Pero si yo no sé latín!

—¡Vaya, me creéis sabia! —respondió riendo María Estuardo—. Pues bien, le juro, señora, que en estos momentos estudio para estar a la altura de los Médicis, a fin

de saber un día *curar* las llagas del reino.

Catalina fue alcanzada en pleno corazón por aquella respuesta harto mordaz, pues recordaba el origen de los Médicis, que procedían, según unos, de un médico, según otros de un rico droguista. Quedó sin respuesta. Dayelle enrojeció cuando su ama la miró buscando esos aplausos que todo el mundo, hasta las reinas, solicitan de sus inferiores cuando no hay espectadores.

—Vuestras encantadoras palabras, señora, no pueden, por desgracia, curar las llagas del Estado, ni las de la Iglesia —respondió Catalina con dignidad serena y fría—. La ciencia de mis padres, en este género, les ha dado tronos; mientras que si, en el peligro, continúa bromeando, podréis perder los vuestros.

En aquel momento, Dayelle abrió la puerta a Cristóbal, a quien el primer cirujano anunció arañando él mismo la puerta.

El protestante quiso examinar el rostro de Catalina, afectando un embarazo muy natural en semejante lugar; mas fue sorprendido por la vivacidad de la reina María, quien se abalanzó a las cajas de cartón para ver su sobreveste.

—Señora... —dijo Cristóbal, dirigiéndose a la florentina, volviendo la espalda a la otra y a Dayelle, aprovechándose de la atención que ambas iban a prestar a las pieles, para dar un golpe audaz.

—¿Qué quiere de mí? —dijo Catalina, lanzándole una penetrante mirada.

Cristóbal había colocado en su pecho, entre la camisa y el jubón, el tratado propuesto por el príncipe de Condé, el plan de los protestantes y el detalle de sus fuerzas, mas envolviendo esos documentos con la factura de su padre a Catalina.

—Señora —dijo— mi padre se encuentra muy apurado de dinero, y si os dignáis revisar estas cuentas —añadió desplegando la factura y poniendo el tratado encima— verá que Su Majestad le adeuda seis mil ducados. Tenga la bondad de atendemos, señora.

Y con la misma le tendió los papeles.

—Os ruego leáis. Ello data del advenimiento al trono del finado rey.

Catalina quedó ofuscada por el preámbulo del tratado, mas no perdió la cabeza, y enrolló con presteza el documento, quedando admirada de la audacia y de la presencia de ánimo de aquel joven; tras aquel golpe de maestro, sintió que sería comprendida, y le dio un golpecito en la cabeza con el rollo de papel.

—Es bien torpe, amiguito —dijo— en presentar la cuenta antes de las pieles. ¡Aprended a conocer a las mujeres! No hay que traernos nunca las facturas sino en el momento en que quedamos ya satisfechas.

—¿Es una tradición? —dijo la joven reina a su suegra, quien no respondió nada.

—¡Ah, señoras, excusad a mi padre! —dijo Cristóbal—. De no haber necesitado urgentemente dinero, no hubieseis tenido sus pieles... El país está en armas, y hay tanto peligro en correr por los caminos, que ha sido precisa nuestra penuria para que yo viniese aquí. Nadie más que yo ha querido arriesgarse.

—Este mozo es novato —dijo María Estuardo, sonriendo.

No está de más, para la comprensión de esta pequeña escena tan importante, hacer observar que una sobreveste como su nombre lo indica (sobre-veste), es una especie de justillo ceñido que las mujeres se ponían sobre su corpiño y que las envolvía hasta las caderas, dibujándolas. Esta prenda protegía la espalda, el pecho y la garganta contra el frío. Las sobrevestres estaban forradas de piel, que orlaba el paño con una franja más o menos ancha. María Estuardo, probándose su sobreveste, se contemplaba en un gran espejo de Venecia, para observar su efecto por detrás; así había dejado a su suegra la ocasión de examinar los documentos, cuyo volumen habría provocado su recelo, sin tal circunstancia.

—¿Se habla jamás a las mujeres de los peligros que se han corrido, cuando se está sano y salvo y se las ve? —dijo ella enfrentándose a Cristóbal.

—¡Ah, señora, también tengo vuestra factura! —respondió él, mirándola con bien representada bobaliconería.

La joven reina le miró de arriba abajo sin tomar la nota, mas observó, sin deducir por el momento consecuencia alguna, que el mozo habíase vuelto a meter en el pecho la cuenta de la reina Catalina, mientras sacaba la suya de su bolsillo. No vio tampoco en los ojos de aquel muchacho la admiración provocada por su aspecto en todo el mundo; pero estaba tan ocupada con su sobreveste, que de buenas a primeras no se preguntó de dónde podía proceder aquella indiferencia.

—¡Tómala, Dayele! —dijo a la camarera—. Darás la factura al señor de Versailles, diciéndole de mi parte que la pague.

—¡Oh, señora, si no me hacéis firmar una ordenanza por el rey o por monseñor el gran maestro, que está ahí, vuestra graciosa palabra quedará sin efecto! —adujo el mozo.

—Es usted más agudo de lo que conviene a un súbdito, amiguito —dijo María Estuardo—. ¿Es que no cree en las palabras reales?

Apareció el rey vestido de sus gregüescos de seda, el pantalón de la época, mas sin jubón ni capa; llevaba un rico batín de terciopelo, recamado de piel de marta cebellina.

—¿Quién es el bellaco que duda de vuestra palabra? —dijo el joven Francisco II, quien, a pesar de la distancia, oyó las últimas palabras de la reina.

La puerta del gabinete se hallaba disimulada por el lecho real. Este gabinete fue llamado más tarde gabinete antiguo, para distinguirlo del tan rico en pinturas que hizo disponer Enrique III al otro extremo del aposento, del lado de la sala de los Estados Generales. Enrique III hizo ocultar a los asesinos en el gabinete antiguo y envió recado al duque de Guisa para que fuese a reunírsele en él, quedando escondido en el gabinete nuevo, del que no salió sino para ver expirar a aquel audaz súbdito para quien no había ya ni prisión, ni tribunal, ni jueces, ni leyes en el reino. Sin esas terribles circunstancias, el historiador reconocería hoy difícilmente el destino de esas salas y de esos gabinetes llenos de soldados. Un furriel escribe a su querida en el mismo lugar donde antaño Catalina, cavilosa, decidía su lucha con los partidos.



—Venga, amigo —dijo la reina madre— por mi parte voy a hacer que le paguen. Es preciso que el comercio viva, el comercio es su principal nervio.

—Id, mocito —dijo riendo la joven reina—. Mi augusta madre entiende mejor que yo los asuntos de comercio.

Catalina iba a salir sin responder a este nuevo epigrama; mas pensó que su indiferencia podría despertar una sospecha y respondió vivamente a su nuera:

—¡Y vos, querida, el comercio del amor!

Después descendió.

## IX. UN DRAMA EN UNA SOBREVESTE

—Guarde todo éso, Dayelle... Y vayamos al consejo, señor —dijo al rey la joven reina, encantada por poder decidir, en ausencia de la reina madre, la cuestión tan grave de la lugartenencia del reino.

María Estuardo tomó el brazo del rey. Dayelle salió la primera, diciendo unas palabras a los pajes, y uno de ellos, el joven Telnigny, que debía perecer tan miserablemente en la luctuosa jornada de San Bartolomé, gritó:

—¡El rey!

Al oír este anuncio, los dos arcabuceros presentaron armas y los dos pajes fueron delante hacia la sala del consejo, en medio de la valla de cortesanos y de la formada por las doncellas de las dos reinas. Todos los miembros del consejo se agruparon entonces a la puerta de aquella sala, que se halla a poca distancia de la puerta de la escalera. El gran maestro, el cardenal y el canciller, fueron al encuentro de los dos jóvenes soberanos, quienes sonreían a algunas de las doncellas, o respondían a preguntas de algunos cortesanos más familiares que otros. Pero la joven reina, evidentemente impaciente, arrastraba a Francisco II hacia la inmensa sala del consejo. Cuando el pesado eco de los arcabuces resonó en el suelo, anunciando que la pareja real había entrado, los pajes se volvieron a colocar sus bonetes en sus cabezas, y las conversaciones particulares entre los señores reanudaron su curso sobre la gravedad de los asuntos que iban a discutirse.

—Se ha enviado a buscar al condestable, por Chiverni, y no ha venido —decía uno.

—No hay ningún príncipe de la familia real —observaba otro.

—¡El canciller y el señor de Tournon estaban preocupados!

—El gran maestro ha mandado decir al secretario de Justicia que no dejara de hallarse presente en este consejo; sin duda saldrán de él algunas cartas patentes.

—¿Cómo es que se queda la reina madre abajo, en sus aposentos, en semejantes circunstancias?

—Se nos va a dar que hacer —decía Groslot al cardenal de Châtillon.

En fin, cada uno decía su opinión. Unos iban y venían por la inmensa sala, otros mariposeaban en torno a las doncellas de las dos reinas, como si fuese posible captar algunas palabras a través de un muro de casi un metro de espesor, y de dos puertas y de los cortinones que las arropaban.

Sentado en la cabecera de la larga mesa cubierta de terciopelo azul, que se encontraba en el centro de la sala del consejo, el rey, a cuyo lado había tomado asiento la joven reina, en un sillón, esperaba a su madre. Robertet tallaba sus plumas. Los dos cardenales, el gran maestro, el canciller, el secretario de Justicia, todo el consejo en fin, miraba al joven rey, preguntándose por qué no daba la orden de sentarse.

—¿Se deliberará en ausencia de la señora reina madre? —dijo entonces el

canciller, dirigiéndose al monarca.

Los dos príncipes loreneses atribuyeron la ausencia de Catalina a algún ardid de su sobrina. Excitado por una significativa mirada, el audaz cardenal dijo al rey:

—¿Le place al rey comenzar sin su señora madre?

Francisco II, sin atreverse a pronunciarse, respondió:

—Sentaos, señores.

El cardenal explicó sucintamente los peligros de la situación. Este gran político, que en la circunstancia fue de maravillosa habilidad, planteó la cuestión de la lugartenencia en medio del profundo silencio de los circunstantes. El joven rey sintió sin duda una opresión, adivinó que su madre tenía el sentimiento de los derechos de la corona y el conocimiento del peligro en que estaba su poder, respondiendo entonces a una pregunta positiva del cardenal:

—Esperemos a mi madre.

Advertida por el inconcebible retraso de la reina Catalina, de pronto María Estuardo reunió en un solo pensamiento tres circunstancias que recordó vivamente. Por primera, el grosor de las cuentas presentadas a su suegra, y que ya la había sorprendido, por distraída que estuviera, pues una mujer que parece no ver nada es un lince; luego, el lugar en que Cristóbal las había metido para separarlas de las suyas.

—¿Y por qué? —se preguntó.

Finalmente recordó la fría mirada de aquel mozo, que súbitamente atribuyó al odio de los protestantes contra la sobrina de los Guisa. Una voz le gritó: «¿No será acaso un emisario de los hugonotes?». Y obedeciendo, como las naturalezas vehementes, a su primer impulso, dijo:

—¡Yo misma voy a buscar a mi madre!

Y acto seguido salió bruscamente, se precipitó a la escalera, con gran asombro de los cortesanos y de las damas, bajó al apartamento de su suegra, atravesó la sala de los guardias, abrió la puerta de la habitación con precauciones de ladrón, se deslizó como una sombra por las alfombras y no la divisó por parte alguna; pensó que la sorprendería en el magnífico gabinete que se encuentra entre aquella habitación y el oratorio. Hoy día se reconocen aún perfectamente las disposiciones de ese oratorio, al que las costumbres de aquella época habían conferido en la vida privada el papel que en la actualidad desempeña un camarín o «boudoir».

Por un inexplicable azar, si se piensa en el estado de deterioro en que la corona deja a este castillo, subsisten aún los magníficos enmaderados del camarín de Catalina, y en ellos, finamente esculpidos, los curiosos pueden aún apreciar en nuestros días las huellas del esplendor italiano, y reconocer los escondrijos que había dispuesto la reina en los mismos. Una descripción exacta de estas curiosidades es hasta necesaria para la comprensión de lo que allí iba a suceder. Aquel entablado estaba entonces compuesto de unos ciento ochenta pequeños entrepaños oblongos, de los que un centenar subsisten aún, ofreciendo todos a la mirada arabescos de diferentes dibujos, evidentemente sugeridos por los más encantadores arabescos de

Italia. La madera es de encina. El rojo que se encuentra sobre la capa de cal puesta con motivo del cólera, precaución inútil, indica bastante que el fondo de los entrepaños ha sido dorado. Los lugares donde falta el cáustico hacen suponer que ciertas partes del dibujo se destacaban del dorado en color azul, rojo o verde. La multitud de esos entrepaños revela bien la intención de frustrar las búsquedas; mas, si pudiera dudarse de ello, el conserje del castillo, al par que encomendando a la execración de las razas actuales la memoria de Catalina, muestra a los visitantes, al pie de este enmaderado y al nivel del suelo, un plinto bastante tosco que se levanta, y bajo el cual existen aún ingeniosos resortes. Apretando un mecanismo así oculto, la reina podía abrir aquellos entrepaños conocidos por ella sola, tras los cuales existe en el muro un escondrijo oblongo como el mismo entrepaño, pero más o menos profundo. Aún hoy, el ojo más experto reconocería difícilmente, entre todos esos paneles, el que debe desprenderse sobre las invisibles bisagras; pero, cuando los ojos estaban entretenidos por los colores y por los dorados hábilmente combinados para ocultar las hendeduras, es fácil creer que resultaba una cosa imposible descubrir uno o dos entrepaños entre doscientos.

En el momento que María Estuardo puso la mano sobre el pestillo de la cerradura hartamente complicada de aquel camarín, la italiana, que había podido ya convencerse de la magnitud de los planes del príncipe de Condé, acababa de hacer funcionar el resorte oculto en el plinto, uno de los entrepaños había bajado bruscamente en su bisagra, y Catalina se volvía para tomar de encima de la mesa los documentos para ocultarlos y velar por la seguridad del abnegado emisario que se los llevaba. Al oír abrir la puerta, adivinó que la reina María era la única que podía llegar sin ser anunciada.

—Está perdido —dijo a Cristóbal, dándose cuenta de que no podía doblar los papeles y cerrar lo bastante rápidamente el entrepaño como para que no fuese descubierto el secreto de su escondite.

Cristóbal respondió con una sublime mirada.

—*Povero mio!*<sup>[10]</sup> —dijo Catalina antes de mirar a su hija—. ¡Traición, señora, ya los tengo! —gritó luego—. ¡Haced venir al cardenal y al duque! ¡Y que ese —añadió señalando a Cristóbal— no salga!

En un momento, aquella hábil mujer había juzgado necesario entregar al pobre joven: no podía ocultarle, ni le era posible salvarle; además, acaso ocho días antes hubiera sido posible, pero, los Guisa conocían ya desde aquella mañana la conjura, debían tener las listas que estaban en su propia mano, y atraían evidentemente a los protestantes a una encerrona. Así, al par de sentirse de lo más contenta por haber reconocido en sus adversarios la inteligencia que ella les había deseado, la política quería que, una vez descubierta la trama, la volviese a su favor y mérito. Tales espantosos cálculos fueron establecidos en el rápido momento durante el cual la joven reina abrió la puerta. María Estuardo quedó muda durante un instante. Su mirada perdió su alegría, adquiriendo la agudeza que la sospecha da a los ojos de todo el mundo, que en ella se tornó tan terrible por la rapidez del contraste.

Alternativamente posados en la reina madre y en Cristóbal, y yendo nuevamente de éste a aquélla, expresaban maliciosas dudas. Luego tomó una campanilla, la agitó, y a su sonido compareció una de las doncellas de la reina madre.

—Señorita du Rouet, haced venir al capitán de servicio —dijo María Estuardo a la doncella de honor, contrariamente a la etiqueta, necesariamente violada en semejantes circunstancias.

Mientras que la joven reina daba esta orden, Catalina había mirado de arriba abajo a Cristóbal, diciéndole con su mirada: «¡Valor!». El protestante comprendió todo y respondió con otra mirada que quería decir: «Sacrificadme como *ellos* me sacrifican»... «Cuente conmigo», —dijo Catalina con un gesto, sumiéndose luego en el examen de los documentos al volverse su nuera.

—¿Sois de la religión protestante? —preguntó María Estuardo a Cristóbal.

—Sí, señora —respondió él.

—No me había pues engañado —añadió ella murmurando, al volver a hallar en los ojos del mozo la misma mirada en la que la frialdad y el odio se ocultaban bajo una expresión de humildad.

De pronto apareció Pardaillan, enviado por los dos príncipes loreneses y por el rey. El capitán pedido por María Estuardo seguía al joven gentilhomme, uno de los más leales partidarios de los Guisa.

—Id a decir de mi parte al rey, al gran maestre y al cardenal que vengan, haciéndoles observar que no me hubiese tomado esta libertad de no haber acontecido algo sumamente grave... Id, Pardaillan... En cuanto a ti, Lewinston, cuida de este traidor protestante —dijo al escocés en su lengua vernácula, señalándole a Cristóbal.

La joven reina y la reina madre guardaron silencio hasta la llegada de los príncipes y del rey. Este momento fue terrible.

María Estuardo había descubierto a su suegra, y en toda su extensión, el papel que la hacían desempeñar sus tíos; su habitual y constante recelo se había revelado, y aquella joven conciencia sentía cuanto de deshonroso había en aquel oficio para una gran reina. Catalina acababa de librarse por miedo y temía ser comprometida, por lo que temblaba por su futuro. Ambas mujeres, una avergonzada y colérica, la otra llena de concentrado odio y tranquila, se apoyaron a los dos extremos del alféizar de la ventana, mas tradujeron sus sentimientos en miradas tan expresivas, que bajaron los ojos, y, por mutuo artificio, se pusieron a contemplar el exterior. Aquellas dos mujeres tan superiores no tuvieron entonces más espíritu que las más vulgares. Acaso suceda así todas las veces que las circunstancias aplastan a los seres humanos. Hay siempre un momento en que el mismo genio siente su pequeñez en presencia de las grandes catástrofes. En cuanto a Cristóbal, era como un hombre que rueda en un abismo. Lewinston, el capitán escocés, escuchaba aquel silencio, mirando al hijo del peletero y a las dos reinas con una curiosidad soldadesca. La entrada del joven rey y de sus dos tíos puso fin a la penosa situación. El cardenal se dirigió directamente a la reina.

—Tengo todos los hilos de la conspiración de los heréticos, quienes me enviaban a esta criatura cargada con este tratado y estos documentos —le dijo Catalina en voz baja.

Mientras Catalina se explicaba con el cardenal, la reina María decía algunas palabras al oído del gran maestre.

—¿De qué se trata? —preguntó el rey, quien permanecía solo en medio de aquellos violentos intereses entrechocados.

—Las pruebas de lo que decía a Vuestra Majestad no se han hecho esperar —respondió el cardenal, apoderándose de los papeles.

El duque de Guisa llevó a su hermano aparte, sin importarle interrumpir, y le dijo al oído:

—En esta ocasión, ya me veo teniente general, sin oposición.

Una aguda mirada fue toda la respuesta del cardenal, haciendo comprender así a su hermano que había ya captado todas las ventajas a recoger de la falsa posición de Catalina.

—¿Quién le ha enviado? —preguntó el duque a Cristóbal.

—Chaudieu, el ministro —respondió él.

—¡Mientes, joven! —barbotó el guerrero—. ¡Es el príncipe de Condé!

—¿El príncipe de Condé, monseñor? —replicó Cristóbal con aire de asombro—. Jamás le he visto. Soy del Palacio de Justicia, estudio con el señor de Thou, sirviéndole de secretario, pero él ignora que pertenezco a la religión. No he cedido sino a instancia del ministro.

—Basta —dijo el cardenal—. Llamad al señor de Robertet —ordenó a Lewinston — pues este joven bellaco es más astuto que los viejos políticos... nos ha engañado a tal punto a mi hermano y a mí, que le hubiese dado la comunión sin confesarse.

—¡Ya no eres un niño, voto a Dios! —espetó a Cristóbal el duque—. Te trataremos como a un hombre hecho y derecho... —añadió con feroz ironía.

—Pretendían embaucar a vuestra augusta madre —dijo el cardenal, dirigiéndose al rey y queriendo llevarle aparte para inducirle a sus propósitos.

—¡Ay! —respondió la reina a su hijo, adoptando un aire de reproche y deteniéndole en el momento en que el cardenal le conducía al oratorio para someterle a su peligrosa elocuencia—. Ya veis el efecto de la situación en que me encuentro: se me cree irritada por la poca influencia que tengo en los asuntos públicos, yo, la madre de cuatro príncipes de la casa de Valois...

El joven rey prestó atención. María Estuardo al ver plegarse la frente del rey, le condujo al alféizar de la ventana, donde le engatusó con dulces palabras pronunciadas en voz baja, y sin duda semejantes a las que le dirigiera al despertar. Los dos hermanos leyeron entonces los papeles entregados por la reina Catalina. Al hallar en ellos informes que sus espías, y que el señor de Braguelonne, el teniente para lo criminal, del Châtelet, ignoraban, estuvieron tentados de creer en la buena fe de Catalina de Médicis. Vino Robertet y recibió algunas órdenes secretas relativas a

Cristóbal. El joven instrumento de los jefes de la Reforma fue luego llevado por cuatro guardias de la compañía escocesa, quienes le hicieron bajar la escalera y le entregaron a Montrésor, el preboste del palacio. Este terrible personaje condujo personalmente a Cristóbal, acompañado de cinco de sus sargentos, a la prisión del castillo, situada en los sótanos abovedados de la torre hoy en ruinas, y que el conserje del castillo de Blois muestra diciendo que allí estaban las mazmorras.

Tras semejante suceso, el consejo no podía ser ya más que un simulacro: el rey, la joven reina, el gran maestre, el cardenal de Lorena volvieron a la sala, llevando con ellos a Catalina vencida, quien no habló sino para aprobar las medidas pedidas por los Lorenas. A pesar de la ligera oposición del canciller Olivier, el único personaje que hizo oír palabras en las que expresaba la independencia necesaria al ejercicio de su cargo, el duque de Guisa fue nombrado teniente general del reino. Robertet presentó las provisiones del cargo con una celeridad que demostraba una tan cabal adhesión, que podía llamarse complicidad.

El rey, dando el brazo a su madre, atravesó de nuevo la sala de los guardias, anunciando a la Corte que al día siguiente se trasladaría al castillo de Amboise. Esta residencia había sido abandonada desde que Carlos VIII se había dado involuntaria muerte al tropezar con el jambaje de una puerta que hacía esculpir, creyendo poder entrar sin agacharse bajo el andamiaje. Catalina, para enmascarar los proyectos de los Guisa, dijo tener la intención de acabar el castillo de Amboise por cuenta de la Corona, al mismo tiempo que se terminaba su castillo de Chenonceaux. Mas nadie se dejó engañar por tal pretexto y la corte esperó grandes acontecimientos.

## X. EL MARTIRIO

Tras haber pasado aproximadamente dos horas en reconocerse en la oscuridad de su calabozo, Cristóbal acabó por hallarlo provisto de un tosco enmaderado, mas lo suficientemente grueso como para hacer salubre y habitable a aquel agujero. La puerta, semejante a la entrada de una pocilga, le había obligado a plegarse en dos para penetrar. Al lado de esta puerta, una espesa reja de hierro, abierta a una especie de pasillo, daba un poco de aire y de claridad. Esta disposición del calabozo, en todo semejante a la de los fosos de Venecia, indicaba harto que el arquitecto del castillo de Blois pertenecía a esa escuela veneciana que, en la Edad Media, proporcionó tantos constructores a Europa. Sondeando ese foso bajo el enmaderado, Cristóbal observó que los dos tabiques que lo separaban, a derecha e izquierda, de dos fosos semejantes, eran de ladrillos. Golpeando para reconocer el espesor, le sorprendió el oír golpear también del otro lado.

—¿Quién sois? —le preguntó su vecino, que le hablaba por el pasillo.

—Cristóbal Lecamus.

—Yo —respondió la voz—, soy el capitán Chaudieu, hermano del ministro. Me capturaron esta noche en Beaugency; pero por fortuna no hay nada contra mí.

—Todo ha sido descubierto —dijo Cristóbal—. Así pues, se ha salvado de la trifulca.

—Tenemos en estos momentos tres mil hombres en los bosques del Vendomesado, y todos ellos gentes bien determinadas para raptar a la reina madre y al rey durante su viaje. Afortunadamente, la Renaudie ha sido más espabilado que yo, y ha logrado escapar. Usted acababa de dejarnos cuando los de Guisa nos han atrapado.

—Pero si yo no conozco a la Renaudie...

—¡Bah, mi hermano me lo ha contado todo...! —respondió el capitán.

A estas palabras, Cristóbal se sentó sobre su banco, y no respondió nada a cuanto le preguntó el supuesto capitán, pues había tratado ya bastante con las gentes de la justicia como para no saber cuánta prudencia era necesaria en las prisiones. En medio de la noche, vio relucir la pálida luz de un farol en el pasillo, tras haber oído maniobrar las gruesas cerraduras y candados de la puerta de hierro que cerraba aquella especie de cueva. El gran preboste en persona venía a buscar a Cristóbal. Tal solicitud para un hombre al que se había dejado en su calabozo sin alimento, pareció singular al mozo; pero el gran traslado de la Corte había sin duda impedido que pensaran en él... Uno de los sargentos le ató las manos con una cuerda y le tuvo asido por ella hasta que hubo llegado a una de las salas bajas del castillo de Luis XII, la cual servía evidentemente de antecámara al aposento de algún personaje. El sargento y el gran preboste le hicieron sentarse en un banco, donde el primero le ató los pies, como antes le atara las manos. A una señal del señor de Montrésor, el sargento salió.

—Escúchame bien, amigo mío —dijo a Cristóbal el gran preboste, quien



jugueteaba con el collar de la Orden, pues el tal personaje estaba vestido de tiros largos a aquella hora avanzada de la noche.

Esta pequeña circunstancia dio mucho que pensar al hijo del peletero. Cristóbal se percató que no todo estaba acabado. Ciertamente, en aquel momento, no se trataba ni de ahorcarle, ni de juzgarle.

—Amigo mío —comenzó el preboste— puedes ahorrarte crueles tormentos, diciéndome aquí cuanto sepas de la inteligencia del príncipe de Condé con la reina Catalina. En tal caso, no solamente no se te causará mal alguno, sino que entrarás al servicio de Monseñor el teniente general del reino, quien aprecia a las personas inteligentes, y en quien tu buena traza ha producido excelente impresión. La reina madre va a ser devuelta a Florencia, y sin duda que el señor de Condé será sometido a juicio. Así pues, créeme, los pequeños deben unirse a los grandes que reinan. Dímelo todo, y te irá bien.

—¡Ay, señor! —respondió Cristóbal—. Nada tengo que decir; todo cuanto sé, lo he confesado a los señores de Guisa en la habitación de la reina. Chaudieu me ha inducido a poner unos documentos a la vista de la reina, haciéndome creer que se trataba de la paz del reino.

—¿No has visto nunca al príncipe de Condé?

—Jamás —dijo Cristóbal.

Con la misma, el señor de Montresor dejó a Cristóbal y fue a una habitación contigua. El mozo no quedó solo mucho tiempo. La puerta por la cual había venido se abrió luego, dando paso a varios hombres, quienes no la cerraron y que hicieron oír en el patio ruidos poco agradables. Se llevaban a él maderos y artefactos evidentemente destinados al suplicio del enviado de los protestantes. La curiosidad de Cristóbal no tardó en hallar materia de reflexión en los preparativos que los recién llegados hicieron en la sala y ante sus ojos. Dos escuderos, mal vestidos y groseros, obedecían a un hombre vigoroso y rechoncho que, en cuanto entró, había lanzado sobre Cristóbal la mirada del antropófago sobre su víctima; lo había mirado de arriba abajo, medido, evaluado, estimado en perito los nervios y los músculos, y su fuerza y su resistencia. Aquel hombre era el verdugo de Blois. En varios viajes afuera, sus asistentes trajeron un jergón, mazos de madera, cuñas, planchas, y objetos cuyo empleo no pareció ni claro ni sano al pobre mozo al que concernían tales preparativos, y cuya sangre se heló en sus venas, como consecuencia de una aprensión terrible, pero indefinida. Dos personajes entraron en el momento en que el señor de Montresor reapareció.

—Bien, ¿no está nada dispuesto? —dijo el gran preboste, al que los dos nuevos recién llegados saludaron con respeto—. ¿Sabéis —añadió dirigiéndose al hombre rechoncho y a sus dos asistentes— que Monseñor el cardenal, os supone en la tarea? ... Doctor —prosiguió dirigiéndose a uno de los dos nuevos personajes—. He ahí a vuestro hombre.

Y señaló a Cristóbal.

El médico fue derecho hacia el prisionero, le desató las manos, y le auscultó pecho y espalda. La ciencia reanudaba en serio el solapado examen del verdugo. Durante este tiempo, un servidor de la casa de Guisa, con librea, trajo varias butacas, una mesa y todo cuanto era necesario para escribir.

—Instruya el atestado —dijo el señor de Montresor, señalando la mesa al segundo personaje vestido de luto, que era un escribano.

Luego volvió a situarse al lado de Cristóbal, y le dijo muy suavemente:

—Amigo mío, habiendo sabido el canciller que rehúsas responder de manera satisfactoria a mis preguntas, ha resultado que se te aplique el tormento ordinario y extraordinario.

—¿Goza de la suficiente salud para soportarlo? —preguntó el escribano al médico.

—Sí —respondió el médico, que era uno de los galenos de la casa de Lorena.

—En tal caso, retírese a la estancia contigua; ya le llamaremos todas las veces que sea necesario consultarle.

El médico salió.

Pasado su primer terror, Cristóbal hizo acopio de valor: la hora de su martirio había llegado. En adelante miró con fría curiosidad las disposiciones que hacían el verdugo y sus esbirros. Tras haber armado una yacija prestamente, los dos asistentes preparaban unos artefactos llamados borceguíes, consistentes en varias planchas entre las cuales se colocaba cada una de las piernas del paciente, que se encontraban presas en pequeñas colchonetas. Cada pierna así dispuesta era aproximada a la otra. El aparato empleado por los encuadernadores para prensar sus volúmenes entre dos planchas, puede dar una idea muy exacta de la manera en que estaba dispuesta cada pierna del paciente. Así, cualquiera imaginará el efecto que producía una cuña empotrada a golpes de maza entre los dos aparejos en que la pierna estaba comprimida, y los cuales, apretados mediante cables, no cedían. Se encajaban las cuñas a la altura de las rodillas y de los tobillos, como si se tratara de hender un madero. La elección de esas dos partes, desprovistas de carne, y donde consecuentemente la cuña se hacía sitio a expensas de los huesos, hacía tal tortura horriblemente dolorosa. En la tortura ordinaria se plantaban cuatro cuñas, dos en los tobillos y dos en las rodillas; pero, en la extraordinaria, se llegaba hasta a ocho, siempre que los médicos juzgasen que no se había agotado la sensibilidad del supliciado. En aquella época, se aplicaban igualmente los borceguíes a las manos; pero urgidos por el tiempo disponible, el cardenal, el teniente general del reino y el canciller dispensaron de ellos a Cristóbal. El atestado había comenzado a extenderse, dictando el gran preboste algunas frases mientras se paseaba con aire caviloso, y haciendo decir a Cristóbal su nombre y apellidos, edad y profesión; luego le preguntó de qué persona había recibido los papeles que había entregado a la reina.

—Del ministro Chaudieu —respondió.

—¿Dónde te los entregó?

—En mi casa, en París.

—Al entregártelos, debió decirte si la reina madre los recibiría con agrado.

—No me dijo nada semejante —respondió Cristóbal—. Me pidió únicamente que los entregase en secreto a la reina Catalina.

—¿Has visto pues frecuentemente a Chaudieu, para que estuviera informado de vuestro viaje?

—El ministro no ha sabido por mí que al traer sus pieles a las dos reinas, venía a reclamar, de parte de mi padre, y no he tenido tiempo de preguntarle quien se lo había dicho.

—Pero esos papeles que te fueron entregados sin sobres ni sellos, contenían un tratado entre los rebeldes y la reina Catalina; tú has debido ver que te exponían a sufrir el suplicio destinado a quienes toman parte en una rebelión.

—Sí.

—Las personas que te han decidido a este acto de alta traición han debido prometerte recompensas y la protección de la reina madre.

—Yo lo he hecho por adhesión a Chaudieu, la única persona a la que he visto.

—¿Persistes en decir que no has visto al príncipe de Condé?

—Sí.

—¿No te ha dicho el príncipe de Condé que la reina madre estaba dispuesta a participar en sus proyectos contra los señores de Guisa?

—No le he visto.

—¡Cuidado! Uno de tus cómplices, la Renaudie, ha sido capturado. A pesar de su fortaleza, no ha resistido la prueba que te espera y ha acabado por confesar haber tenido, así como el príncipe, una entrevista contigo. Si quieres, pues, evitarte el ser sometido a tormento, te invito a decir simplemente la verdad. Puede ser que obtengas así tu gracia.

Cristóbal respondió que no podía afirmar lo que nunca había conocido, ni dar cómplices cuando no tenía ninguno. Al oír estas palabras, el gran preboste hizo una señal al verdugo y volvió a la estancia contigua. Ante la señal, la frente de Cristóbal se plegó y frunció el entrecejo con nerviosa contracción, preparándose a sufrir. Sus puños se cerraron tan violentamente, que sus uñas penetraron en su carne sin que lo sintiera. Los tres hombres se apoderaron de él, le colocaron sobre el catre, y le acostaron dejándole las piernas colgadas. Mientras que el verdugo sujetaba su cuerpo con sólidas cuerdas, sus ayudantes le calzaban las piernas en los borceguíes. Las cuerdas fueron apretadas seguidamente por medio de una manivela, sin que tal presión causara gran daño al protestante. Cuando cada pierna fue así encajada como en un tornillo de banco, el verdugo asió su maza y sus cuñas, y miró alternativamente al paciente y al escribano.

—¿Persistes en negar? —dijo el escribano.

—He dicho la verdad —respondió Cristóbal.

—Bien, adelante... —dijo el escribano, cerrando los ojos.

Las cuerdas fueron apretadas con extremo vigor. Este momento era acaso el más doloroso de la tortura, pues las carnes se comprimían entonces bruscamente, refluendo violentamente la sangre hacia el busto. Así, el pobre mozo no pudo contener espantosos gritos y pareció a punto de desmayarse. Llamóse al médico. Este personaje tomó el pulso de Cristóbal y dijo al verdugo que esperase un cuarto de hora antes de penetrar las cuñas, a fin de dejar tiempo a la sangre de que se calmara y a la sensibilidad el de recuperarse por entero. El escribano manifestó caritativamente a Cristóbal que, si no soportaba mejor el comienzo de los dolores a los que no podía sustraerse, valía más que revelara; pero Cristóbal no respondió sino por estas palabras:

—¡El sastre del rey! ¡El sastre del rey!

—¿Qué entiendes por eso? —le preguntó el escribano.

—Viendo el suplicio que he de resistir —dijo lentamente Cristóbal para ganar tiempo y reposar—, invoco a toda mi fuerza y trato de aumentarla pensando en el martirio que ha sufrido por la santa causa de la Reforma el sastre del finado rey, que fue sometido a tortura en presencia de la duquesa de Valentinois y del soberano; trataré de ser digno de él.

Mientras que el médico exhortaba al desgraciado a no dejar que se recurriese a los medios extraordinarios, el cardenal y el duque, impacientes por conocer el resultado de este interrogatorio, aparecieron, pidiendo a Cristóbal que dijese al instante la verdad. El hijo del peletero repitió las únicas declaraciones que se permitía hacer, que no acusaban sino a Chaudieu. Los dos príncipes hicieron una señal, a la cual, el verdugo y su primer ayudante asieron sus mazos, tomaron cada uno una cuña y la encajaron; uno se hallaba a la derecha, y el otro a la izquierda, entre los dos aparatos, y el verdugo a la altura de las rodillas, frente a los pies, en los tobillos. Los ojos de los testigos de esta horrible escena se fijaron en los de Cristóbal, quien, sin duda excitado por la presencia de aquellos grandes personajes, les lanzó miradas tan animadas, que cobraron el fulgor de una llama. Al aplicársele otras dos cuñas dejó escapar un horrible gemido. Y cuando vio tomar las cuñas de la prueba extraordinaria, se calló; pero su mirada contrajo una fijeza tan intensa, lanzando a los dos señores que le contemplaban un fluido tan penetrante, que el duque y el cardenal se vieron obligados a bajar la vista. La misma derrota fue sufrida por Felipe el Hermoso cuando hizo aplicar en su presencia la tortura de la péndola a los templarios. Este suplicio consistía en someter el pecho del paciente al golpe de una de las ramas del volante con el que se acuñaba la moneda, y a la que se guarnecía de un tapón de cuero. Hubo un caballero cuya mirada se fijó tan intensamente en el rey, que éste, fascinado, no pudo despegar su vista de la del paciente. Al tercer golpe de barra, el rey salió, tras haber oído su citación en el año al tribunal de Dios, ante el cual compareció en efecto. A la quinta cuña, la primera de la prueba extraordinaria, Cristóbal dijo al cardenal:

—Monseñor, abreviad mi suplicio; es inútil.

El cardenal y el duque volvieron a la estancia contigua, y Cristóbal oyó entonces estas palabras, pronunciadas por la reina Catalina:

—¡Continuad, ya que después de todo no es más que un herético!

Ella juzgó prudente parecer más severa que los verdugos, con su cómplice.

Se encajó la sexta y la séptima cuña sin que Cristóbal se quejara: su rostro brillaba con extraordinario resplandor, debido sin duda al exceso de fuerza que le prestaba el excitado fanatismo. ¿Dónde buscar más que en el sentimiento el punto de apoyo necesario para resistir a tamaños sufrimientos? Finalmente, Cristóbal se puso a sonreír cuando el verdugo tomó la última cuña. La horrible tortura duraba ya una hora.

El escribano fue a buscar al médico, a fin de saber si podía encajarse aquella octava cuña sin poner en peligro la vida del paciente. Durante este tiempo, el duque vino a ver nuevamente a Cristóbal.

—¡Por el vientre de una ramera, que eres un camarada altivo! Me gustan las personas valientes. Entra a mi servicio, serás feliz y rico, y mis favores vendarán tus martirizados miembros; no te propondré una cobardía como la de volver a tu partido para comunicamos sus proyectos: siempre hay traidores, y la prueba se encuentra en las prisiones de Blois; pero dime tan sólo en qué relaciones están la reina madre y el príncipe de Condé.

—No sé nada, monseñor —clamó Lecamus.

Acudió el médico, examinó a la víctima, y dijo que aún podía soportar la última cuña.

—Encajádsela —dijo el cardenal—. Después de todo, como lo ha dicho la reina, no es sino un herético —añadió mirando a Cristóbal y lanzándole una espantosa sonrisa.

Catalina salió lentamente de la estancia contigua, se situó ante Cristóbal y lo contempló fríamente.

—Bueno, joven —dijo—. Confiesa que has visto al príncipe de Condé, serás magníficamente recompensado.

—¡Ah, vaya oficio que hace, señora! —exclamó Cristóbal, compadeciéndola.

La reina se estremeció.

—¡Me insulta! ¿No lo ahorcaréis? —dijo a los dos hermanos; quienes quedaron pensativos.

—¡Qué mujer! —exclamó el gran maestro en el alféizar de la ventana, consultando a su hermano con una mirada.

—Quedo en Francia y me vengaré de ellos —pensaba la reina—. ¡Adelante, que confiese o que muera! —dijo luego, dirigiéndose al señor de Montrésor.

El gran preboste desvió la vista, los verdugos estaban ocupados y Catalina pudo entonces dirigir al mártir una mirada que no fue vista por nadie y que cayó sobre Cristóbal como un rocío. Le parecieron húmedos los ojos de aquella gran reina y, en efecto, rodaban en ellos dos lágrimas reprimidas y secadas al punto. Fue encajada la

cuña, y una de las planchas entre las cuales se la introdujo se rompió, dejando escapar de su pecho Cristóbal un horrible grito, tras el cual calló y mostró un rostro radiante: pensó que iba a morir.

—¿Que muera? —exclamó el cardenal, repitiendo la última palabra de la reina con una especie de ironía—. ¡Oh, no, no! No rompamos ese hilo —dijo el gran preboste.

El duque y el cardenal se consultaron entonces en voz baja.

—¿Qué se hará con él? —preguntó el verdugo.

—Enviadlo a las prisiones de Orleáns —contestó el duque—. Y sobre todo —añadió dirigiéndose al señor de Montrésor— no lo ahorque sin orden expresa mía.

La excesiva delicadeza a la que había llegado la sensibilidad de los órganos internos, irritados por la resistencia que requería el empleo de todas las fuerzas humanas, existía en el mismo grado en todos los sentidos de Cristóbal. Sólo él oyó las palabras siguientes que el duque de Guisa dijo al oído del cardenal:

—No renuncio en absoluto a saber la verdad por ese hombrecito.

Cuando los dos príncipes hubieron abandonado la sala de tortura, los verdugos desembarazaron sin precaución alguna las piernas de su paciente.

—¿Hase visto jamás un criminal de esta firmeza? —dijo el verdugo a sus ayudantes—. El bellaco ha soportado la octava cuña..., debía morir, en fin, que me hago cábalas sobre el valor de su cuerpo...

—Desatadme sin hacerme sufrir, amigos —dijo el pobre Cristóbal—. Algún día os recompensaré.

—¡Vamos, tened humanidad! —apoyó el médico—. Monseñor el duque estima a este joven y me lo ha recomendado.

—Yo voy a Amboise con mis ayudantes —replicó brutalmente el verdugo—, cúidelo usted mismo. Además, ahí está el carcelero.

El verdugo se marchó dejando a Cristóbal en manos del meloso médico, quien, ayudado por el futuro guardián del torturado, lo llevó sobre un camastro, le trajo un caldo, hizo que lo tomara, sentóse a su lado, le tomó el pulso y le dio consuelos.

—No morirás —le dijo—. Debes experimentar una apacible dulzura interior, sabiendo que has cumplido con tu deber. La reina me ha encargado velar por ti —añadió en voz baja.

—La reina es muy buena —dijo Cristóbal, a quien los extremos sufrimientos habían también desarrollado una admirable lucidez de espíritu, y que, tras haber soportado tan enormes sufrimientos, no quiso comprometer los resultados de su abnegación—. Pero —añadió— también pudo haberme ahorrado tan grandes dolores librándome de mis persecuciones y diciéndoles secretos que yo ignoro.

Al oír esta respuesta, el médico tomó su gorro y su capa, y dejó a Cristóbal, juzgando que nada podría obtener de un hombre de aquel temple.

El carcelero de Blois hizo llevar al pobre mozo sobre una parihuela portada por cuatro hombres a la prisión de la villa, donde Cristóbal se quedó dormido con ese

profundo sueño que, según se dice, se apodera de todas las madres tras los terribles dolores del parto.

## XI. EL MOTÍN DE AMBOISE

Al trasladar la corte al castillo de Amboise, los dos príncipes loreneses no esperaban encontrarse allí con el jefe del partido de la Reforma, el príncipe de Condé, a quien habían hecho llamar por el rey para tenderle un lazo. Como vasallo de la corona y como príncipe de la familia real, Condé debía obedecer a los mandatos del rey. No venir a Amboise constituía un crimen de felonía; mas, yendo, se ponía a la disposición de la corona. Ahora bien, en aquellos momentos, la corona, el consejo, la corte, todos los poderes estaban reunidos en manos del duque de Guisa y del cardenal de Lorena. El príncipe de Condé mostró, en esta coyuntura tan delicada, el espíritu de decisión y la astucia que hicieron de él el digno intérprete de Juana de Albret y el valeroso general de los protestantes. Viajó a retaguardia de los conjurados a Vendôme, a fin de apoyarlos en caso de éxito. Cuando este primer alzamiento armado acabó con la breve escaramuza en la que pereció la flor de la nobleza descarriada por Calvino, el príncipe llegó, seguido de cincuenta gentilhombres, al castillo de Amboise, el día siguiente mismo de este combate, que la fina política de los Lorenas llamó el motín de Amboise, y, al saber de la llegada del príncipe, enviaron a su encuentro al mariscal de Saint-André, seguido de cien hombres de ordenanza. Cuando el bearnés y su escolta llegaron a la puerta del castillo, el mariscal negó la entrada a los gentilhombres del príncipe.

—Vos podéis entrar solo monseñor —dijeron al príncipe el canciller Olivier, el cardenal de Tournon y Birague, que se encontraban fuera del rastrillo.

—¿Y por qué?

—Vos sois sospechoso de felonía —le replicó el canciller.

El príncipe, que vio en este momento a su séquito rodeado por el duque de Nemours con sus fuerzas, respondió tranquilamente:

—Si es así, entraré solo a ver a mi primo y le demostraré mi inocencia.

Echó pie a tierra y habló con perfecta naturalidad con Birague, el cardenal de Tournon, el canciller Olivier y el duque de Nemours, a quienes pidió detalles del motín.

—Monseñor —dijo el duque de Nemours—, los rebeldes tenían enlaces en Amboise. El capitán Lanoue había introducido gente armada que les ha abierto esta puerta, por la que han entrado en la villa y de la que se han adueñado...

—Es decir que les ha abierto una bolsa —respondió el príncipe, mirando a Birague.

—Si hubiesen sido secundados por el ataque que el capitán Chaudieu, el hermano del ministro protestante de París, debía efectuar sobre la puerta de los Buenos-Hombres, hubiesen logrado su objetivo; pero, por la posición que el duque de Guisa me había hecho tomar, el capitán Chaudieu se ha visto obligado a rodearme para evitar un combate. En lugar de llegar por la noche, como los demás, el rebelde no ha venido sino al alba, en el momento en que las tropas del rey aplastaban a los rebeldes



infiltrados en la villa.

—¿Y usted tiene un cuerpo de reserva para tomar la puerta que les había sido librada?

—El mariscal de Saint-André se encontraba allí con quinientos hombres.

El príncipe manifestó los mayores elogios por tales disposiciones militares.

—Para haberse conducido así —dijo para terminar—, el teniente general debía haber conocido los secretos de los protestantes. Esas gentes han sido sin duda traicionadas.

El príncipe fue llevado de rigor en rigor; pues, tras haberle separado de los suyos cuando quiso entrar en el castillo, el cardenal y el canciller le cerraron el paso cuando se dirigió hacia la escalera que llevaba a los aposentos del soberano.

—Monseñor, estamos encargados por el rey de conducirlos al apartamento.

—¿Es que estoy prisionero?

—Si tal fuese la intención del rey, no estaría acompañado por un príncipe de la Iglesia y por mí —respondió el canciller.

Ambos personajes condujeron al príncipe a un aposento donde le fueron dados guardias, pretendidamente como escolta de honor, y en el que permaneció sin ver a nadie durante algunas horas. Desde su ventana, contempló el Loira y las campiñas que, de Amboise a Tours, forman una cuenca tan espléndida; y reflexionaba en su situación, preguntándose lo que los Lorenas osarían emprender con su persona, cuando oyó abrirse la puerta de su habitación y vio entrar a Chicot, el bufón del rey, quien le había pertenecido.

—Se decía que estabas en desgracia —le dijo el príncipe.

—No creeríais hasta qué extremo se ha tornado formal la corte después de la muerte del rey Enrique II.

—Sin embargo al rey debe gustarle reír.

—¿Quién? ¿Francisco II o Francisco de Lorena?

—¿Es que no teméis al duque, para hablar así?

—No me castigará por eso, monseñor —respondió Chicot, sonriendo.

—¿Y a qué debo el honor de tu visita?

—¡Eh! ¿Es que no le correspondía de derecho después de su llegada? ¿Le traigo mi cetro y mi gorro?

—¿Es que no puedo salir?

—Probadlo.

—¿Y si salgo?

—Diré que habéis ganado jugando contra las reglas.

—Chicot, me das miedo... ¿Has sido, pues, enviado por alguien que se interesa por mí?

Chicot se limitó a hacer un signo afirmativo con la cabeza, y aproximándose al príncipe le hizo comprender que eran observados y escuchados.

—¿Qué tienes, pues, que decirme?

—Que únicamente la audacia puede sacaros del compromiso, y esto viene de parte de la reina madre —dijo el bufón, quien deslizó sus palabras al oído del príncipe.

—Di a quienes te envían —respondió el príncipe— que no hubiese venido yo a este castillo, caso de que tuviera algo de qué reprocharme o temer.

—Corro a transmitir esa gallarda respuesta —exclamó el bufón.

Dos horas después, a la una de la tarde, antes de la comida del rey, el canciller y el cardenal de Tournon vinieron a buscar al príncipe para presentarle a Francisco II, en la gran galería donde se había celebrado consejo. Allí, ante toda la corte, el príncipe de Condé se hizo el sorprendido por la frialdad con que el joven rey le acogió, y preguntó la causa.

—Se os acusa, primo mío —dijo severamente la reina—, de haber intervenido en la confabulación de los protestantes, y debéis mostraros súbdito fiel y buen católico, caso de que no queráis atraeros la cólera del rey sobre su casa.

Al oír estas palabras, dichas en medio del más profundo silencio por Catalina, quien daba el brazo al rey su hijo, teniendo a la izquierda al duque de Orleáns, el príncipe retrocedió tres pasos, con movimiento lleno de orgullo, puso la mano sobre su espada y miró a todos los personajes que le rodeaban.

—¡Quiénes han dicho eso, señora —barbotó con enojada voz—, han mentido con toda su boca!

Y lanzando su guante a los pies del rey, añadió con igual irritación:

—¡Que se adelante quien quiera sostener tal calumnia!

Toda la corte se estremeció al ver al duque de Guisa abandonar su puesto; pero, en vez de recoger el guante, como se pensaba, fue al intrépido jorobado, diciéndole:

—Si os hace falta un segundo, mi príncipe, hacedme el honor de aceptarme. Respondo de vos y vos mostraréis a los protestantes hasta dónde se extralimitan queriendo tomaros por jefe...

El príncipe se vio obligado a tender su mano al teniente general del reino. Chicot recogió el guante y se lo devolvió al señor de Condé.

—Primo mío —dijo el joven rey—, no debe sacar la espada sino para la defensa de la corona; venga a comer en mi compañía.

El cardenal de Lorena, sorprendido por el movimiento de su hermano, se lo llevó consigo a sus aposentos. El príncipe de Condé, saliendo del más grave de los peligros, dio la mano a la reina María Estuardo para ir al comedor; mas al par que dirigía lisonjas a la joven reina, intentaba sondear qué lazo le tendía en aquellos momentos la política del Cariatucuchillado. Mas por mucho que se calentó los cascos, no adivinó el proyecto del Lorena, hasta cuando se lo descubrió la reina María.

—¡Hubiese sido una gran lástima —le dijo ella riendo— ver caer una cabeza tan espiritual, confiese que mi tío es generoso!

—Sí, señora, pues mi cabeza no se ajusta sino a mis hombros, aunque uno sea ostensiblemente más abultado que el otro. ¿Pero se trata de generosidad en vuestro

tío? ¿No se hace un mérito a poco precio? ¿Creéis vos que sea tan fácil proceder contra un príncipe de la familia real?

—Todo no ha acabado aún —replicó ella—. Veremos cuál será su conducta en la ejecución de sus amigos los gentilhombres, para la cual el Consejo ha resuelto desplegar el mayor aparato.

—Yo haré —dijo el príncipe— lo que haga el rey.

—El rey, la reina y yo misma, asistiremos con toda la corte y los embajadores.

—¿Una fiesta...? —dijo irónicamente el príncipe.

—Mejor que eso —respondió la joven reina—, un *auto de fe*, un acto de alta política. Se trata de someter a los gentilhombres de Francia a la corona, de hacerles pasar su gusto por las facciones y por las intrigas...

—No les quitaréis su humor belicoso mostrándoles tales peligros, señora, y arriesgáis la misma corona en ese juego.

Al final de la comida, que fue hartamente solemne, la reina María tuvo la triste audaz desenvoltura de llevar públicamente la conversación al proceso que en aquellos momentos se hacía a los señores cogidos con las armas en la mano, y de hablar de la necesidad de dar el mayor realce a la ejecución.

—Señora —dijo Francisco II—, ¿no es bastante para el rey de Francia saber que ha de correr la sangre de tantos bravos gentilhombres? ¿Es necesario hacer un triunfo de ello?

—No, señor, mas sí un ejemplo —respondió Catalina.

—Vuestro abuelo y vuestro padre tenían por costumbre asistir a la quema de los herejes —dijo María Estuardo.

—Los reyes que han reinado antes de mí obraban como les parecía, y yo entiendo hacerlo a mi manera —replicó el rey.

—Felipe II —respondió a su vez Catalina—, quien es sin duda un gran monarca, ha hecho recientemente, hallándose en los Países Bajos, retrasar un *auto de fe* hasta su regreso a Valladolid.

—¿Qué piensa de ello, primo mío? —dijo el rey al príncipe de Condé.

—Señor, vos no podéis dispensaros, y hace falta la presencia del Nuncio y de los embajadores. Yo asistiré de buen grado, desde el momento que las damas son de la fiesta...

El príncipe de Condé, a una mirada de Catalina, había adoptado gallardamente su partido.

Mientras que el príncipe de Condé entraba en el castillo de Amboise, el peletero de las dos reinas llegaba a él procedente de París, llevado por la inquietud en qué los acontecimientos del motín habían sumido a su familia y a la de Lallier. Cuando el viejo se presentó a la puerta del castillo, el capitán respondió a las palabras del peletero de la reina diciendo:

—Mira, buen hombre, si quieres ser colgado, no tienes más que poner el pie en la corte.

Al oír tal respuesta, el padre, desesperado, se sentó sobre una barrera a algunos pasos, y esperó a que un servidor de las dos reinas o alguna mujer pasara por allá, a fin de saber noticias de su hijo; mas permaneció allí durante todo el día sin ver a ninguna persona conocida, por lo que se vio obligado a bajar a la villa, donde se alojó, no sin dificultades, en un mesón que daba a la plaza donde habían de celebrarse las ejecuciones. Hubo de pagar una libra por día para tener una habitación cuya ventana diese a la plaza. Y, al día siguiente, tuvo el valor de asistir, desde su ventana, a la ejecución de los protagonistas de la rebelión, a los que se había condenado a ser baqueteados o ahorcados, como gentes de poca importancia. El síndico del gremio de peleteros se sintió muy dichoso al no divisar a su hijo entre los ajusticiados. Una vez acabada la ejecución, fue a situarse al paso del escribano, y tras haber dicho su nombre a aquel funcionario y puéstole en la mano una bolsa llena de escudos, le rogó mirase si, en las tres ejecuciones precedentes había estado el llamado Cristóbal Lecamus. El escribano, enternecido por las maneras y por el acento de la voz de aquel desesperado padre, lo llevó a su casa, donde, tras minuciosa comprobación, dio al viejo la seguridad de que el mentado Cristóbal no se hallaba ni entre las personas ejecutadas hasta entonces, ni en la lista de quienes habían de serlo los días siguientes.

—Estimado maese Lecamus —dijo el escribano al síndico—, el Parlamento se ha encargado del proceso de los señores implicados en el asunto y de los principales jefes. Así pues, acaso vuestro hijo se encuentra detenido en las prisiones del castillo y formará parte de la magnífica ejecución que preparan nuestros señores, el duque de Guisa y el cardenal de Lorena. Se ha de decapitar a veintisiete barones, once condes y siete marqueses, en total cincuenta gentilhombres o jefes de protestantes. Como la justicia del condado de Turena no tiene nada de común con el Parlamento de París, si desea tener noticias de su hijo, vaya a ver a monseñor el canciller Olivier, quien, por orden del teniente general del reino, es el que tiene en mano el proceso.

El pobre viejo fue tres veces a casa del canciller e hizo cola en el patio en compañía de un gran número de personas que solicitaban por sus deudos; pero como los de título pasaban antes que los burgueses, viose obligado a renunciar hablar al canciller, al que vio no obstante varias veces saliendo de su morada para trasladarse bien fuera al castillo, o a la Comisión nombrada por el Parlamento, en medio de una valla de postulantes que los guardias hacían alinearse para dejarle el paso libre. Era una horrible escena de desolación, pues entre los solicitantes había mujeres, hijas o madres, familias enteras desconsoladas. El viejo Lecamus dio mucho oro a criados del castillo, rogándoles entregaran cartas que escribió, sea a Dayelle, la camarera de la reina María, o bien a la de la reina madre; pero los criados tomaban los escudos del buen hombre y remitían las misivas, según orden del cardenal, al gran preboste de la corte. Desplegando una inaudita crueldad, los príncipes loreneses podían temer venganzas, y jamás se adoptaron tantas precauciones como durante la estancia de la corte en Amboise, de manera que ni el mayor soborno, el del oro, ni las más activas gestiones, permitieron al síndico de los peleteros vislumbrar algo sobre la suerte de su

hijo. Iba por la pequeña villa con aire mustio, examinando los inmensos preparativos que mandaba hacer el cardenal para el terrible espectáculo al que debía asistir el príncipe de Condé. Se estimulaba la curiosidad pública, de París a Nantes, por los medios en uso en la época. La ejecución había sido anunciada desde el púlpito por todos los predicadores y los curas, al mismo tiempo que la victoria del rey sobre los herejes. Tres elegantes tribunas, entre las que la del medio parecía más suntuosa que las otras, fueron adosadas a la plataforma del castillo de Amboise, al pie de la cual había de tener lugar la ejecución. En torno a esta plaza, se construían graderíos de madera, que se llenaron de una muchedumbre inmensa, atraída por la celebridad dada a aquel *auto de fe*. Unas diez mil personas acamparon en despoblado la víspera del día en que el horrible espectáculo debía tener lugar. Los tejados se cubrieron de espectadores, y las ventanas se alquilaron hasta a diez libras, suma enorme para la época. El pobre padre tenía, como puede suponerse, uno de los mejores puestos para abarcar el escenario donde habían de perecer tantos gentilhombres, y en cuyo centro vio alzarse un vasto cadalso cubierto de paño negro. Se llevó a él, en la mañana del día fatal, el *tamborete*, nombre del cepo en el que el condenado debía colocar su cabeza, poniéndose de rodillas, y luego una butaca asimismo tapizada de negro, para el escribano del Parlamento encargado de llamar a los gentilhombres, enunciándoles su sentencia. El recinto fue custodiado desde la mañana por la compañía escocesa y por los guardias de la casa del rey, a fin de impedir que la muchedumbre lo invadiese antes de la ejecución.

Tras una solemne misa celebrada en el castillo y en las iglesias de la villa, llevóse a los señores, los últimos que quedaban de todos los conjurados. Estos gentilhombres, de los cuales algunos habían sufrido la tortura, fueron reunidos al pie del cadalso por frailes que intentaron hacerles renunciar a las doctrinas de Calvino; mas ninguno de ellos escuchó las voces de los cogullas que les había destacado el cardenal de Lorena, y entre los cuales temieron sin duda hallar sus espías. A fin de librarse de su persecutora insistencia, entonaron un salmo puesto en verso francés por Clemente Marot. Calvino, como es sabido, había decretado rezar a Dios en la lengua de cada país, tanto por razonamiento, como por atacar al culto romano. Fue una coincidencia emocionante para quienes, en la multitud, se compadecían de aquellos gentilhombres, el oírles recitar este versículo, en el momento en que la corte hizo acto de presencia:

Dios nos sea dulce y favorable Bendiciéndonos con su bondad Y con su rostro adorable Nos haga relucir la claridad.

Todas las miradas de los reos se posaron en el jefe, el príncipe de Condé, quien fue situado adrede entre la reina María y el duque de Orleáns. La reina Catalina de Médicis se encontraba al lado de su hijo, teniendo al cardenal a su izquierda. El nuncio del Papa estaba en pie, detrás de las reinas. El teniente general del reino se encontraba a caballo, al pie del estrado, con dos mariscales de Francia y sus capitanes. Al aparecer el príncipe de Condé, todos los gentilhombres que habían de ser decapitados, y que le conocían, le saludaron, y el intrépido jorobado les devolvió

el saludo.

—Resulta difícil —dijo al duque de Orleáns— no mostrarse cortés con quienes van a morir.

Las otras dos tribunas fueron ocupadas por los invitados, los cortesanos y las personas de servicio en la corte. Fue en fin el mundo del castillo de Blois, que pasaba así de una fiesta a los suplicios, como más tarde pasó de los placeres de la corte a los peligros de la guerra, con una facilidad que será siempre, para los extranjeros, uno de los resortes de su política en Francia. El pobre síndico de los peleteros de París experimentó la más gran alegría al no ver a su hijo entre los cincuenta y siete gentilhombres condenados a morir. A una señal del duque de Guisa, el escribano, situado sobre el cadalso, voceó al punto:

—Juan Luis Alberic, barón de Raunay, culpable de herejía, de crimen de lesa majestad y de ataque a mano armada contra la persona del rey.

Un hombre apuesto y de elevada talla subió al cadalso, saludó al pueblo y a la corte, y dijo:

—¡La sentencia ha mentido; yo me he armado para librar al rey de sus enemigos, los Lorenas!

Seguidamente colocó en el cepo su cabeza, que cayó.

Los protestantes cantaron:

Dios, Tú nos has puesto a prueba

Y Tú nos has examinado

Como la plata que se comprueba,

Con el fuego nos has afinado.

—¡Roberto Juan Renato Briquemant, conde de Villemongis, culpable del crimen de lesa majestad y de atentado contra la persona del rey! —anunció ahora el escribano.

El conde empapó sus manos en la sangre del barón de Raunay, y dijo:

—¡Que esta sangre recaiga sobre los verdaderos culpables!

Los reformados cantaban:

Tú nos has hecho entrar y caer en los lazos de nuestros enemigos Tú nos has hecho poner redes para ser tus testigos.

—Confiese, señor Nuncio —dijo el príncipe de Condé—, que si los gentilhombres franceses saben conspirar, también saben morir.

—¡Qué odios, hermano mío —dijo la duquesa de Guisa al cardenal de Lorena—, atraéis sobre la cabeza de nuestros hijos!

—Este espectáculo me hace daño —dijo el joven rey, quien había palidecido a la vista de la sangre derramada.

—¡Bah, rebeldes...! —dijo Catalina de Médicis.

Se seguían oyendo los cantos, y el hacha proseguía abatiéndose. Al fin, aquel espectáculo sublime de seres que morían cantando, y sobre todo la impresión que produjo en la muchedumbre la progresiva disminución de sus cantos, hizo pasar por

alto el temor que inspiraban los Lorenas.

—¡Gracia! —clamó al unísono el pueblo, cuando no oyó sino los débiles acentos de la voz de un señor, el más considerable de todos, reservada para el último golpe del verdugo.

Se encontraba solo, al pie del escabel por el que se subía al cadalso, y cantaba:

Dios nos sea dulce y favorable Bendiciéndonos con su bondad Y con su rostro adorable Nos haga relucir la claridad.

—Vamos, duque de Nemours —dijo el príncipe de Condé cansado de su papel—, ¿no se cree obligado a pedir gracia para éste, usted a quien se debe el triunfo en la escaramuza y que ha ayudado a dar buena cuenta de esas gentes? Es Castelnau, quien, según se me ha dicho, recibió al rendirse su palabra de ser tratado cortésmente...

—¿He esperado acaso a que estuviera ahí para salvarle? —respondió el duque de Nemours, herido por aquel duro reproche.

El escribano anunció lentamente y adrede sin duda:

—Miguel Juan Luis, barón de Castelnau-Chalose, convicto y confeso del crimen de lesa majestad y de atentado a la persona del rey.

—¡No! —respondió orgullosamente Castelnau—. ¡No podría ser un crimen haberse opuesto a la tiranía y a la usurpación proyectada de los Guisa!

El ejecutor, fatigado ya, depuso su hacha al ver un movimiento en la tribuna.

—Señor barón —dijo—, no quisiera haceros sufrir, y un momento más puede salvaros.

Todo el pueblo gritó de nuevo:

—¡Gracia!

—Vamos —dijo el rey—, gracia por ese pobre Castelnau que ha salvado al duque de Orleáns.

El cardenal se equivocó intencionadamente sobre la palabra *Vamos* e hizo una señal al ejecutor, de manera que la cabeza de Castelnau cayó en el momento en que el rey le concedía su perdón.

—Este, cardenal, va a vuestra cuenta —dijo Catalina.

A la mañana siguiente de la espantosa ejecución, el príncipe de Condé partió para Navarra.

Un mes después de su marcha, hallóse sobre una de las puertas del castillo los siguientes versos, atribuidos a Teodoro de Bèze, fijados en el interior:

¿Queréis saber el acomodo de Catalina y de Jezabel, una reina de Israel y la otra de Francia, a modo?

Jezabel protegía al ídolo contrario a la palabra santa.

La otra no tiene dolo en prestar al Papado su manta de traición y crueldad.

Una era de malicia extremada y en otra la suma maldad no se comparaba a nada.

Por una fueron masacrados los profetas a Dios sagrados.

Y la otra hizo a dos mil perecer por su santo parecer de atenerse a la palabra en

los Evangelios cifrada.

Jezabel para obtener su poder hizo matar a un hombre bueno.

Y la otra no se estima aún servida con los bienes y la vida que dan el hacha y el veneno.

En fin, su sentencia es pareja:

De Jezabel la pelleja, los perros dieron cuenta fina.

Mas la carroña de Catalina será al cabo dispar en que ni siquiera los canes, aunque se invoquen los manes, se avendrán nunca a catar.

Los Guisa, como se ve, habían sabido ya cargar a Catalina el horror de las ejecuciones de Amboise, no permitiéndola decir una sola palabra confidencial durante toda la estancia del príncipe navarro; mas tal excesiva desconfianza mostró al jefe de los protestantes hasta qué punto podía, dada la ocasión, contar con el apoyo de la reina madre.

Este asunto produjo gran sensación en Francia y en todas las cortes extranjeras, mas los torrentes de sangre noble que fueron entonces derramados causaron tan gran dolor al canciller Olivier, que este digno magistrado, percatándose del objetivo al que tendían los Guisa, so pretexto de defender al trono y a la religión, no se sintió bastante fuerte para enfrentárseles. Aunque fuese su criatura, no quiso sacrificarles ni su conciencia ni la monarquía, y se retiró de los negocios públicos, designándoles a l'Hôpital como sucesor suyo. Catalina, al saber la decisión de Olivier, propuso a Birague por canciller y puso excesivo ardor en su solicitud. El cardenal, a quien era desconocida la circunstancia de la misiva enviada por l'Hôpital a Catalina, y que le creía siempre fiel a la casa de Lorena, le hizo competidor de Birague, y la reina madre simuló dejarse imponer. Ya al ocupar el cargo, l'Hôpital adoptó medidas contra la Inquisición, que el cardenal de Lorena quería importar en Francia, y contrarrestó tan bien todas las medidas antigalicanas y políticas de los Guisa, mostrándose tan buen francés, que, para reducirle, debióse, tres meses después de su nombramiento, exilarle a su posesión de Vignay, cerca de Etampes.

El bueno de Lecamus esperaba con impaciencia que la corte abandonara Amboise, pues no había hallado ocasión de hablar ni a la reina María, ni a la reina Catalina, y esperaba situarse al paso de la corte en el momento en que desfilara a lo largo de la ribera para volver a Blois. El síndico se disfrazó de mendigo, a riesgo de hacerse detener como espía, y así pudo mezclarse a los desgraciados que bordeaban el camino. Tras la partida del príncipe de Condé, el duque y el cardenal creyeron haber impuesto silencio a los protestantes y dejaron a la reina madre algo más libre. Lecamus sabía que en vez de ir en litera, Catalina gustaba de montar a caballo *a la plancheta*, tal era el nombre dado entonces al estribo inventado por Catalina, o para Catalina, quien se había lesionado en la pierna y apoyaba por ende los dos pies sobre una especie de baste de terciopelo, sentándose de lado sobre el lomo del caballo, y pasando una pierna en una escotadura de la silla. Como la reina tenía muy bellas piernas, se la acusó de haber buscado aquella moda para lucirlas. El viejo pudo así



presentarse a los ojos de Catalina de Médicis; mas, en cuanto lo reconoció, fingió encolerizarse.

—Aléjese de aquí, buen hombre, y que nadie le vea hablarme —le dijo con una especie de ansiedad—. Hágase nombrar delegado por el cuerpo gremial de París en los Estados Generales, y estad por mí en la asamblea de Orleáns; ya sabrá a qué atenerse sobre su hijo...

—¿Está con vida? —preguntó el viejo.

—¡Ay! —exclamó la reina—. Lo espero.

Lecamus se vio obligado a volver a París con estas tristes palabras y el secreto de la convocatoria de los Estados Generales, que la reina acababa de confiarle.

Desde hacía algunos días el cardenal de Lorena había obtenido revelaciones sobre la culpabilidad de la corte de Navarra. En Lyón, en Mouvans, en el Delfinado, los protestantes, mandados por el príncipe más emprendedor de la casa de Borbón, habían intentado sublevar a las poblaciones. Tal audacia, tras las ejecuciones sangrientas de Amboise, asombró a los príncipes loreneses, quienes, para acabar sin duda con la herejía por medios cuyo secreto fue mantenido por ellos, propusieron convocar los Estados Generales en Orleáns. Catalina de Médicis, que había percibido un punto de apoyo para su política en la representación nacional, había consentido con alegría en ello. El cardenal, que quería recobrar su presa y abatir a la casa de Borbón, no convocaba los Estados Generales sino para hacer acudir a ellos al príncipe de Condé y al rey de Navarra, Antonio de Borbón, padre de Enrique IV, y quiso entonces servirse de Cristóbal para atrapar al príncipe convicto de alta traición, caso de que consiguiera aún ponerle en poder del rey.

Tras dos meses pasados en la prisión de Blois, cierta mañana fue Cristóbal llevado en unas angarillas y tendido sobre un jergón, en una barca, la cual remontó el río hacia Orleáns, impelida por un viento del oeste. Llegó allá por la noche, siendo conducido a la célebre torre de Saint-Aignan. Cristóbal, que no sabía qué pensar de su traslado, dispuso de todo el tiempo para reflexionar en su conducta y en su futuro. Allá quedó durante otros dos meses, sobre su yacija, sin poder mover las piernas. Tenía rotos los huesos. Cuando reclamó la asistencia de un cirujano de la villa, el carcelero le respondió que su consigna era tan rigurosa con respecto a él, que no debía en absoluto confiar siquiera a nadie el cuidado de llevarle los alimentos. Tal severidad, cuyo efecto era tenerle incomunicado en secreto, extrañó a Cristóbal: en su idea, él debía ser o ahorcado o liberado; ignoraba en absoluto los sucesos de Amboise.

A pesar de los consejos secretos que les hizo llegar Catalina de Médicis, los dos jefes de la casa de Borbón habían decidido trasladarse a los Estados, a tal punto les habían tranquilizado las cartas autógrafas del rey; y, cuando se estableció la corte en Orleáns, se supo, no sin asombro, por Groslet, canciller de Navarra, la llegada de los príncipes.

Francisco II se alojó en la mansión del canciller de Navarra, que era también

bailío de Orleáns. Este Groslot, cuya doble posición es una de las singularidades de aquel tiempo en el que los protestantes poseyeron abadías, Groslot, uno de los más acaudalados burgueses de la época, no dejó su nombre a su casa, la cual fue llamada más tarde el bailiazgo, o bailía, ya que sin duda fue adquirida a los herederos por la corona o por la provincia, para instalar en ella este tribunal. Es un bello edificio, debido a la burguesía del siglo XVI, que completa tan bien la historia de la época, en la que el rey, la nobleza y la burguesía rivalizaban en gracia, elegancia y riqueza en la construcción de sus moradas, como lo testimonia Varangeville, la espléndida casa solariega de Ango, y el palacio llamado de Hércules, en París, que existe aún en nuestros días, mas en un estado que causa la desesperación de los arqueólogos y de los amigos de la Edad Media. Es difícil haber ido a Orleáns sin haber reparado sobre la plaza de la Estape, la casa consistorial. Esta casa consistorial es el antiguo bailiazgo, la mansión Groslot, la más ilustre casa de Orleáns y la más descuidada.

Los restos de este palacio descubren, a los ojos del arqueólogo, lo magnífico que fuera en una época en que las mansiones burguesas se construían mucho más en madera que en piedra, teniendo sólo los señores el derecho de edificarse *casas solariegas*, nombre significativo. Para haber servido de morada al rey en una época en que la Corte desplegaba tanto lujo y pompa, el palacio Groslot debió ser entonces el más grande y espléndido de los edificios de Orleáns. Fue sobre esta plaza de la Estape que los Guisa y el rey pasaron en revista a la guardia burguesa, a la cual se dio por jefe, durante la estancia del rey, al señor de Cypierre. Por entonces se hallaba en construcción la catedral de la Santa Cruz, más tarde acabada por Enrique IV, quien quiso dar esta prenda de la sinceridad de su conversión, y sus aledaños, cubiertos de piedras y obstaculizados por tajos, fueron ocupados por los Guisa, quienes se alojaron en el palacio episcopal, hoy destruido.

La villa fue ocupada militarmente y las medidas que adoptaron los Lorena indicaban la poca libertad que querían dar a los Estados Generales, cuyos miembros afluían, haciendo subir enormemente los alquileres de los más modestos cuartuchos. Así la corte, la milicia burguesa, la nobleza y la burguesía preveían algún golpe de Estado, y su espera no fue defraudada a la llegada de los príncipes de la familia real. Cuando entraron ambos en la cámara del rey, la corte vio con espanto la insolencia del cardenal de Lorena, quien, para pregonar muy alto sus pretensiones, permaneció con la cabeza cubierta, mientras que el rey de Navarra se hallaba ante él destocado. En aquel momento, Catalina de Médicis bajó la vista, para no manifestar su indignación. Hubo entonces una solemne explicación entre el joven rey y los dos jefes de la rama segundona; fue breve, pues a las primeras palabras que dijo el príncipe de Condé, Francisco II le atajó con estas terribles:

-Mis señores primos, yo había creído terminado el asunto de Amboise, pero veo que no es así, y que se quiere hacernos lamentar la indulgencia que empleamos.

—No es tanto el rey como los señores de Guisa que nos hablan —replicó arrogante el príncipe de Condé.

—Adiós, señor —dijo el joven rey, a quien la cólera tomó escarlata.

En la gran sala, el príncipe vio cerrado su camino por los dos capitanes de los guardias. Cuando avanzó el de la compañía francesa, el príncipe sacó una carta de su jubón y dijo frente a toda la corte:

—¿Puede leerme esto, señor de Maillé-Brézé?

—De buen grado —respondió el capitán de la compañía francesa.

«Primo mío, ven con toda seguridad; te doy mi palabra real de que lo puedes. Si tienes necesidad de un salvoconducto, estas presentes líneas te servirán».

—¿Firmado...? —preguntó el malicioso y valeroso jorobado.

—Firmado «Francisco» —dijo Maillé.

—No, no —replicó el príncipe—. Ahí dice: «Vuestro buen primo y amigo Francisco»... ¡Señores —gritó a los escoceses—, os sigo a la prisión donde estáis encargados de conducirme de parte del rey! ¡Creo que hay bastante nobleza en la sala como para comprender esto!

—Monseñor —objetó el cardenal de Tournon, quien había seguido al príncipe desde el asunto de Amboise— ha emprendido en Lyon y en Mouvans, en el Delfinado, cosas contra la autoridad real, de las cuales el rey no tenía conocimiento cuando le escribió así.

—¡Trapaceros! —exclamó el príncipe riendo.

—Ha hecho una declaración pública contra la misa y en pro de la herejía...

—Somos dueños en Navarra —respondió el príncipe.

—¿Queréis decir en el Béarn? Mas debéis acatamiento a la corona —repuso el presidente de Thou.

—¡Ah!, ¿está aquí, presidente? —exclamó el príncipe, con ironía—. ¿Se encuentra con todo el Parlamento?

Al pronunciar estas palabras, el príncipe lanzó al cardenal una mirada de desprecio y abandonó la sala: comprendió que se quería su cabeza. Cuando, el día siguiente, los señores de Thou, de Viole, de Espesse, el procurador general Bourdin y el escribano mayor du Tillet entraron en la prisión, los tuvo de pie y les expresó su pesar por verles encargados de un asunto que no les concernía; luego dijo al escribano:

—¡Escribid!

Y acto seguido dictó lo siguiente:

«Yo, Luis de Borbón, príncipe de Condé, par del reino, marqués de Conti, conde de Soisons, príncipe de la familia real de Francia, declaro rehusar formalmente cualquier comisión nombrada para juzgarme, visto que en mi calidad y en virtud del privilegio inherente a todo miembro de la casa real, no puedo ser acusado, oído y juzgado, sino por el Parlamento reunido con todos sus pares, todas las Cámaras, bajo la presidencia del Rey».

—¡Vosotros debíais saber mejor que nadie esto, señores, y es todo cuanto obtendréis de mí! —añadió—. ¡Por lo demás, me fío a mi derecho y a Dios!

Los magistrados procedieron, a pesar del obstinado silencio del príncipe. El rey de Navarra estaba en libertad, mas observado; su prisión era más amplia que la del príncipe, esa fue toda la diferencia de su situación y de la de su hermano; pues la cabeza del príncipe de Condé y la suya debían caer a la vez.

Cristóbal no fue, pues, guardado de manera tan secreta, por orden del cardenal y del teniente general del reino, sino para proporcionar a los magistrados una prueba de la culpabilidad del príncipe. Las cartas capturadas a La Sagne, secretario del príncipe, inteligibles para estadistas, no estaban bastante claras para los jueces. El cardenal había meditado al carear como por casualidad al príncipe y a Cristóbal, quien no sin intención había sido instalado en una sala baja de la torre de Saint-Aignan, cuya ventana daba al patio. A cada interrogatorio que los magistrados le hicieron sufrir, Cristóbal se encerró en un sistema de absoluta denegación, que prolongó naturalmente el proceso hasta la apertura de los Estados.

## XII. AMBROSIO PARÉ

Lecamus, que no había de fallar el ser nombrado diputado del Estado Llano por la burguesía de París, llegó a Orleáns algunos días después de la detención del príncipe. Esta noticia, que le fue dada en Etampes, redobló sus inquietudes, pues comprendió, siendo el único en conocer la entrevista del príncipe con su hijo en el puente del Change, que la suerte de Cristóbal estaba ligada a la del audaz jefe de la Reforma. Así resolvió estudiar los misteriosos intereses que se atravesaban en la corte desde la apertura de los Estados, a fin de hallar un medio de salvar a su hijo. No debió pensar en Catalina, quien rehusó ver a su peletero. Ninguna de las personas de la corte que pudo ver le dio noticias satisfactorias sobre Cristóbal, y había llegado a tal grado de desesperación que iba a dirigirse al propio cardenal, cuando supo que el señor de Thou había aceptado, lo que echaba un borrón a su vida: ser uno de los jueces del príncipe de Condé. El síndico fue a ver al protector de su hijo, y por él supo que Cristóbal estaba aún con vida, pero prisionero.

El guantero Tourillon, a cuya casa había enviado la Renaudie a Cristóbal, había ofrecido una habitación al señor Lecamus por todo el tiempo de la duración de los Estados. El guantero creía al peletero secretamente adicto, como él, a la religión reformada; mas pronto vio que un padre que teme por la existencia de su hijo, no comprende ya de matices religiosos, y se lanza en cuerpo y alma al seno de Dios, sin cuidarse del brazal que le ponen los hombres. El viejo, rechazado en todas sus tentativas, iba como alelado por todas las calles; contra sus previsiones, su oro no le servía de nada; M. de Thou le había prevenido que, si corrompía a algún servidor de la casa de Guisa, perdería su dinero, pues el duque y el cardenal no dejaban traslucir nada de lo que se refiriese a Cristóbal. Este magistrado, cuya gloria está un tanto empañada por el papel que entonces desempeñó, había intentado dar alguna esperanza al desolado padre; mas temblaba tanto él mismo por los días de su ahijado, que sus consuelos alarmaron aún más al peletero. El viejo rondaba en tomo a la casa. En tres meses, había enflaquecido mucho. Su única esperanza la depositaba en la gran amistad que desde hacía tiempo le unía al Hipócrates del siglo XVI. Ambrosio intentó decir algo al respecto a la reina al salir de la habitación del rey; pero, en cuanto hubo nombrado a Cristóbal, la hija de los Estuardo, irritada con la perspectiva de su propia suerte si acontecía una irreparable desgracia al rey, al que creía envenenado por los protestantes, a causa de la oportuna y repentina enfermedad, respondió:

—¡Si mis tíos me escucharan, semejante fanático ya estaría ahorcado!

El día en que fue transmitida tal funesta respuesta a Lecamus por su amigo Paré, en la plaza de la Estape, volvió a casa del guantero medio muerto y entró en su habitación rehusando cenar.

Tourillon, inquieto, subió, halló al viejo sumido en un llanto desconsolado y, como los envejecidos ojos del pobre peletero dejaban ver la carne interior de los

párpados arrugados y enrojecidos, el guantero creyó que lloraba sangre.

—Consuélese, padre —dijo el protestante—, los burgueses de Orleáns están furiosos por ver su villa tratada como si hubiese sido tomada al asalto, custodiada por los soldados del señor de Cypierre; y si la vida del príncipe de Condé se hallase en peligro, pronto habríamos demolido la torre de Saint-Aignan; pues toda nuestra villa está por la Reforma, y se sublevará, estad seguro de ello.

—Aunque se colgase a los Lorenas, su muerte no me devolvería a mi hijo... —respondió el desconsolado padre.

En aquel momento llamaron discretamente a la puerta de Tourillon, quien bajó a abrirla en persona. Era noche cerrada. En aquellos tiempos de disturbios, todo amo de casa adoptaba minuciosas precauciones. Tourillon miró por la mirilla de su puerta, y vio a un desconocido, cuyo acento revelaba a un italiano. Aquel hombre, vestido de negro, pidió hablar a Lecamus para asuntos de comercio, y Tourillon le introdujo. A la vista del forastero, el peletero se estremeció horriblemente; mas aquél se puso un dedo sobre los labios y, comprendiendo el gesto, Lecamus dijo:

—¿Viene indudablemente para ofrecerme pieles?

—Sí<sup>[11]</sup> —respondió en italiano el forastero, con discreto laconismo.

Este personaje era en efecto el famoso Ruggieri, el astrólogo de la reina madre. Tourillon bajó a su habitación, comprendiendo que estaba de sobra en la de su huésped.

—¿Dónde podemos hablar sin temor a que se nos oiga? —dijo el prudente florentino.

—Para ello tendríamos que estar en pleno campo —respondió Lecamus—. Pero no se nos permitirá salir; ya sabe la severidad con que están guardadas las puertas. Nadie abandona la villa sin un pase del señor de Cypierre, aunque, como yo, sea miembro de los Estados. Por lo tanto, mañana mismo debemos en nuestra sesión quejarnos todos de esa falta de libertad.

—Trabaje como un topo, más no dejé nunca asomar las patas en lo que sea —aconsejó el sagaz florentino—. La jornada de mañana será sin duda decisiva. Según mis observaciones, mañana o pasado, tendrá tal vez a su hijo.

—¡Que Dios le oiga, a usted que pasa por no consultar sino al diablo!

—Venga, pues, a mi casa —dijo sonriendo el astrólogo—. Tengo para observar a los astros la torre del señor Touchet de Beauvais, el teniente del bailiazgo, cuya hija place mucho al pequeño duque de Orleáns. He hecho el horóscopo de esta pequeña, y en efecto indica que será una gran dama y amada por un rey. El teniente es una mente preclara, ama la ciencia, la reina me ha alojado en casa de este buen hombre, que aparenta ser un furibundo partidario de los Guisa, en espera del reinado de Carlos IX.

El peletero y el astrólogo se trasladaron a la mansión del señor de Beauvais, sin ser vistos ni reconocidos; pero, en el caso de que la visita de Lecamus fuera descubierta, el florentino contaba con darla como pretexto una consulta astrológica sobre la suerte de Cristóbal. Una vez llegados a lo alto de la pequeña torre donde el

astrólogo había instalado su gabinete, Lecamus le dijo:

—¿Seguro que mi hijo se encuentra vivo?

—Todavía sí —respondió Ruggieri—, pero se trata de salvarle. Piense, mercader de pieles, que yo no daría dos ochavos por la de usted, si se le escapara, en toda su vida, una sola sílaba de lo que voy a decirle.

—Recomendación inútil, maestro; sol abastecedor de la Corte desde el difunto Luis XII, y éste es el cuarto reinado que veo.

—Pronto dirá el quinto —respondió Ruggieri.

—¿Qué sabe de mi hijo?

—Pues bien, ha sido sometido a tortura.

—¡Pobre! —exclamó Lecamus alzando los ojos al cielo.

—Tiene las rodillas y los tobillos un tanto machacados; pero ha conquistado una protección real que se extenderá a toda su vida —añadió vivamente el florentino, al notar el espanto del padre—. Vuestro pequeño Cristóbal ha prestado servicio a nuestra gran reina Catalina. Si sacamos a vuestro hijo de las garras del lorenés, le verá algún día consejero del Parlamento. ¡Uno se haría quebrar tres veces los huesos para estar agradecido por esta soberana, un hermoso genio que triunfará de todos los obstáculos! Yo he hecho el horóscopo del duque de Guisa: morirá antes de un año. Veamos, Cristóbal ha visto al príncipe de Condé...

—¿Usted que sabe el futuro, no puede conocer el pasado? —dijo el peletero.

—Yo no le interrogo, buen hombre, le instruyo. Ahora bien, si su hijo, que será puesto mañana al paso del príncipe de Condé, le reconoce, o si el príncipe reconoce a su hijo, la cabeza del señor de Condé saltará. ¡Y Dios sabe lo que ocurrirá a su cómplice! Mas tranquilícese. Ni su hijo ni el príncipe serán ejecutados: he hecho sus horóscopos y deben vivir; mas ignoro por qué medios saldrán del aprieto. Sin contar con la certidumbre de mis cálculos, vamos a poner orden en la cuestión. Mañana, el príncipe recibirá a través de manos seguras un devocionario, en el que le transmitiremos un consejo. ¡Dios quiera que su hijo sea discreto, pues él no estará advertido! Una sola mirada de reconocimiento costará la vida al príncipe. Así pues, aun cuando la reina madre tenga motivos para contar con la fidelidad de Cristóbal...

—¡Se le ha sometido a bien duras pruebas! —exclamó el peletero.

—¡No hable así! ¿Es que cree que la reina esté divirtiéndose? Por lo tanto ella va a adoptar medidas como si los Guisa hubiesen decidido la muerte del príncipe; ¡y bien que hace la avisada y prudente reina! Ahora bien, ella cuenta con usted para ser ayudada en todo. Usted tiene cierta influencia sobre el Estado Llano, donde representa a las entidades gremiales de París, y, aunque los de Guisa le prometan poner a su hijo en libertad, intente trucarlos, y alce vuestra Orden contra los Lorenas. Pida a la reina madre por regente; el rey de Navarra consentirá mañana en ello públicamente en la sesión de los Estados.

—Pero ¿y el rey?

—El rey morirá —respondió Ruggieri—. Ya he establecido su horóscopo. Lo que

la reina le pide hacer por ella en los Estados es muy sencillo; mas espera de usted un servicio mayor. Usted ha sostenido los estudios de Ambrosio Paré, es su amigo...

—Ambrosio quiere hoy más al duque de Guisa que a mí, y tiene razón, pues le debe su cargo; pero es fiel al rey. Así pues, aunque se incline por la Reforma, no hará nada contra su deber.

—¡Maldita sea con estas honradas gentes! —exclamó el florentino—. Ambrosio se ha jactado hoy de sacar adelante al reyecito. Si éste recobra la salud, los Guisa triunfan, los príncipes mueren, la casa de Borbón habrá acabado, nosotros volveremos a Florencia, su hijo será colgado, y los Lorenas harán un baratillo de los demás infantes de Francia...

—¡Gran Dios! —exclamó Lecamus.

—No exclame así, pues eso pertenece a un buen burgués que no sabe nada de la corte; vaya más bien en seguida a casa de Ambrosio, y entérese por él lo que cuenta hacer para salvar al rey. De existir alguna seguridad, vendrá a confiarme Ja operación en la cual tiene tanta fe.

—Pero... —objetó Lecamus.

—Obedezca ciegamente, amigo mío; de lo contrario estaría ofuscado.

—Tiene razón —pensó el peletero.

Y fue a casa del primer cirujano del rey, quien se alojaba en un mesón de la plaza de Martroi.

En aquel momento, Catalina de Médicis se encontraba en aprieto político semejante al en que Cristóbal la había visto en Blois. Si bien estaba hecha a la lucha, si había ejercido su elevada inteligencia en aquella primera derrota, su situación, aunque exactamente la misma, se había también convertido en más crítica y más peligrosa que en ocasión del motín de Amboise. Los acontecimientos habíanse hecho tan importantes como la mujer. Aunque pareciese ir de acuerdo con los dos príncipes loreneses, Catalina sostenía los hilos de una conspiración sabiamente urdida contra sus terribles asociados y esperaba un momento propicio para quitarse la máscara. El cardenal acababa de tener la certidumbre de ser engañado por Catalina. Esta hábil italiana había visto en la casa segundona un obstáculo a oponer a las pretensiones de los Guisa; y, a pesar del consejo de los dos Gondi, quienes le decían de dejar a los Guisa entregarse a violencias contra los Borbones, había hecho marrar, al advertir a la reina de Navarra, el proyecto concertado por los Guisa con España, de apoderarse del Bearn. Como este secreto de Estado no era conocido más que por ellos y por la reina madre, los dos príncipes loreneses, convencidos de la duplicidad de su aliada, quisieron volverla a Florencia; y, para asegurarse de la traición de Catalina para con el Estado (la casa de Lorena era el Estado), el duque y el cardenal acababan de confiarle su designio de deshacerse del rey de Navarra. Las precauciones que adoptó al punto Antonio de Borbón demostraron a los dos hermanos que aquel secreto, conocido únicamente por ellos tres, había sido divulgado por la reina madre. El cardenal de Lorena la reprochó en el acto, ante Francisco II, su falta de fe,



amenazándola con un edicto de proscripción, en el caso de que nuevas informaciones pusieran en peligro al Estado. Catalina, que se vio entonces en extremo peligro, debía obrar como gran soberana. Y por ende dio entonces prueba de su elevada capacidad; mas preciso es confesar que fue muy bien servida por sus íntimos. L'Hôpital la hizo llegar un billete concebido en estos términos:

«¡No deje que se condene a muerte a un príncipe de la casa real por un mensaje, pues a usted también se le haría luego desaparecer!».

Catalina envió a Birague a Vignay, para instar al canciller a que acudiera a los Estados, a pesar de su desgracia. Birague llegó, la misma noche, a tres leguas de Orleáns, con l'Hôpital, quien se declaraba así por la reina madre. Chiverni, cuya fidelidad fue con razón sospechada entonces por los señores de Guisa, se había fugado de Orleáns y, en una marcha que había estado a punto de costarle la vida, había llegado a Ecoeu en diez horas. Informó al condestable de Montmorency del peligro que corría su sobrino, el príncipe de Condé, y de la audacia de los Lorenas. Anne de Montmorency, furioso al saber que el príncipe no había debido su vida sino a la súbita invasión del mal del que murió Francisco II, llegaba con mil quinientos jinetes y cien gentilhombres. A fin de sorprender mejor a los señores de Guisa, había evitado París, procediendo de Ecoeu a Corbeil, y de Corbeil a Pithiviers, por el valle del Essonne.

—Capitán contra capitán, habrá poca lana —dijo en ocasión de la intrépida marcha.

Anne de Montmorency, que había salvado a Francia cuando la invasión de Carlos V a Provenza, y el duque de Guisa, que había atajado la segunda invasión del emperador en Metz, eran en efecto los dos militares más grandes de Francia en aquella época. Catalina había esperado el momento preciso para reavivar el odio del condestable en desgracia por los Lorenas. Sin embargo, el marqués de Simeuse, comandante de Gien, al saber de la llegada de un cuerpo de ejército tan considerable como el del condestable, saltó sobre su caballo, esperando poder prevenir a tiempo al duque de Guisa. Segura de que el condestable acudiría en socorro de su sobrino, y llena de confianza en la lealtad del canciller a la causa real, la reina madre había reanimado las esperanzas y la audacia del partido de la Reforma. Los Coligny y los amigos de la casa de Borbón amenazada habían hecho causa común con los partidarios de la reina madre. Una coalición entre intereses contrarios atacados por un enemigo común, se formó sordamente en el seno de los Estados, donde se habló mucho de nombrar a Catalina regente del reino, en el caso que muriese Francisco II. Catalina, cuya fe en la astrología judicial superaba a su fe en la Iglesia, había osado todo contra sus opresores, viendo que su hijo moría a la expiración del plazo asignado a su vida por la famosa adivina que Nostradamus le había llevado al castillo de Chaumont.

Algunos días antes del terrible desenlace de este reino, Francisco II había querido pasearse por el Loira, a fin de no encontrarse en la villa cuando fuera ejecutado el

príncipe de Condé. Tras haber abandonado la cabeza de este príncipe al cardenal de Lorena, temía una sedición, tanto como las súplicas de la princesa de Condé. En el momento de embarcarse, uno de esos vientos frescos que se alzan sobre el Loira a la proximidad del invierno, le dio tan cruel mal de oído, que se vio obligado a volver a palacio, acostándose seguidamente, para no salir de su lecho sino muerto. A pesar de la controversia de los médicos que, aparte de Chapelain, eran sus enemigos y sus antagonistas, Paré sostuvo que se había formado un sedimento en la cabeza del rey, y que, de no darse salida a los humores, aumentarían de día en día las probabilidades de muerte. A pesar de la hora avanzada y de la orden del toque de queda, severamente aplicada en Orleáns, entonces en auténtico estado de sitio, la lámpara de Paré brillaba en la ventana, estudiaba; Lecamus le llamó desde abajo, y, cuando hubo gritado su nombre, el cirujano ordenó que se abriese la puerta a su viejo amigo.

—Veo que no te tomas descanso, Ambrosio, y así, mientras vuelves a la vida a los demás, dispararás la tuya —dijo el peletero al entrar.

Veía en efecto al cirujano con sus libros esparcidos ante una cabeza de muerto acabado de enterrar, tomada en el cementerio y perforada...

—Se trata de salvar al rey...

—¿Estás bien seguro, Ambrosio? —exclamó el peletero, estremeciéndose.

—Como de mi existencia. El rey, mi viejo protector, tiene unos humores expansivos que van a llenarle el cerebro, la crisis es inminente; más, horadándole el cráneo, cuento con hacerle evacuar los tales humores, despejándole la cabeza. Ya he practicado tres veces esta operación, inventada por un piamontés, y que me ha sido dado perfeccionar. La primera intervención la hice en el asedio de Metz, al señor de Pienne, al que saqué adelante, habiendo quedado más cuerdo después que antes: tenía un sedimento de humores producido por una descarga de arcabuz en la cabeza. La segunda salvó la vida de un pobre en quien tuve deseos de experimentar la bondad de esta audaz operación, a la cual se prestara el señor de Pienne. Y, en fin, la tercera tuvo lugar en París, en un gentilhomme que se encuentra a las mil maravillas. La trepanación, tal es el nombre dado a este invento, es aún muy poco conocida. Ensayo pues sobre esta cabeza, a fin de no fallar mañana sobre la del rey.

—Debes estar bien seguro de lo que haces, pues tu cabeza es la que estaría en peligro en el caso de que...

—Apostaría mi vida a que será curado —respondió Ambrosio con la seguridad de un hombre de genio—. ¡Ah, mi viejo amigo! ¿Qué es en suma perforar la cabeza con precaución? ¿No es acaso lo que hacen los soldados todos los días en la guerra, sin adoptar ninguna?

—Hijo mío —dijo el audaz burgués—, ¿sabes acaso que salvar al rey es perder a Francia? ¿Sabes que ese instrumento habrá colocado la corona de los Valois sobre la cabeza del Lorena, quien se dice heredero de Carlomagno? ¿Sabes que la cirugía y la política están malquistadas en estos momentos? Sí, el triunfo de tu genio es la pérdida de tu religión. Si los Guisa conservan la regencia, la sangre va a correr a raudales...

¡Sé más gran ciudadano que gran cirujano, y cría mañana fama y échate a dormir dejando paso libre a los médicos que, si no sanan al rey, curarán a Francia!

—¿Yo —exclamó Paré— que deje yo perecer a un hombre cuando puedo salvarlo? ¡No, no!... aunque hubiera de ser colgado como criatura de Calvino, iré temprano a la Corte. ¿No sabes que la única gracia que pienso pedir, tras haber salvado al rey, es la vida de tu Cristóbal? Habrá ciertamente un momento en que la reina María no me negará nada.

—¡Ay, amigo mío! —repuso Lecamus—, ¿no ha rehusado acaso el joven rey la gracia del príncipe de Condé a la princesa? No mates tu religión haciendo vivir a quien debe morir.

—¿Es que vas a meterte a indagar cómo trata de ordenar Dios el futuro? —exclamó Paré—. Las personas Honradas no tienen más que una divisa: «Haz lo que debes, suceda lo que suceda». Así lo hice yo en el sitio de Calais, plantando mi pie en el pecho del gran maestre: corría el albur de ser destrozado por todos sus amigos, por sus servidores, y hoy soy el cirujano del rey; en fin, soy de la Reforma, y tengo a los señores de Guisa por amigos. ¡Yo salvaré al rey! —dijo con el santo entusiasmo de la convicción que presta el genio— y Dios salvará a Francia.

Sonó una llamada en la puerta, y, algunos instantes después, un criado de Ambrosio tendió un papel a Lecamus, quien leyó en voz alta estas siniestras palabras:

«Se alza un cadalso en el convento de los Recoletos para decapitar mañana al príncipe de Condé».

Ambrosio y Lecamus se miraron, presa ambos del más profundo horror.

—Voy a asegurarme —dijo el peletero.

En la plaza, Ruggieri tomó el brazo a Lecamus, preguntándole el secreto de Ambrosio para salvar al rey, pero el viejo creyó que se trataba de alguna añagaza y quiso ir a ver el cadalso. Astrólogo y peletero fueron pues en compañía hasta los Recoletos, y hallaron en efecto a carpinteros trabajando a la luz de las antorchas.

—¡Eh, amigo! —preguntó Lecamus a un carpintero—, ¿qué es lo que estás haciendo ahí?

—Preparamos la ejecución de los heréticos, pues la sangría de Amboise no los ha curado —respondió un joven fraile recoleto, que vigilaba a los obreros.

—Monseñor el cardenal tiene harta razón —manifestó el prudente Ruggieri— pero en nuestro país lo hacemos mejor.

—¿Y qué es lo que hacéis? —dijo el recoleto.

—Se les quema, hermano.

Lecamus se vio obligado a apoyarse en el astrólogo, pues sus piernas se negaban a llevarle; pensaba que su hijo podría estar al día siguiente colgando de alguna de las horcas. El pobre viejo estaba entre dos ciencias, entre la astrología judicial y la cirugía, prometiéndole ambas la salvación de su hijo, para quien se alzaba evidentemente el cadalso. En el trastorno de sus ideas, se dejó manejar como una pasta por el florentino.

—Bueno, mercader de cibellinas, ¿qué piensa de estas bromas lorenesas? —dijo Ruggieri.

—¡Ay, ya sabe que daría mi piel por ver sana y salva Ja de mi hijo!

—Eso es hablar como mercader de armiños —respondió el italiano—. Mas explíqueme bien la operación que piensa hacer Ambrosio al rey; yo le garantizo la vida de su hijo...

—¿De verdad? —exclamó el viejo peletero.

—¿Qué es lo que quiere que le jure?... —repuso Ruggieri.

Ante ello, el pobre viejo repitió al florentino su entrevista con Ambrosio, y Ruggieri dejó al punto al padre desesperado en la calle, en cuanto le fue divulgado el secreto del gran cirujano.

—¿A quién diablos persigue ese descreído? —exclamó el viejo, al ver a Ruggieri dirigirse a la carrera hacia la plaza de la Estape.

Lecamus ignoraba la terrible escena que se desarrollaba en torno al lecho real, y que había motivado la orden de levantar el cadalso del príncipe, cuya condena había sido pronunciada por contumacia, por así decirlo, y su ejecución aplazada a causa de la enfermedad del rey.

En la sala, en las escaleras y en el patio de la bailía, no se encontraban sino las personas estrictamente de servicio. La multitud de cortesanos congestionaba el palacio del rey de Navarra, a quien según las leyes del reino pertenecía la regencia. La nobleza francesa, espantada por otra parte por la audacia de los Guisa, experimentaba la necesidad de congregarse en torno al jefe de la casa segundona, viendo a la reina madre esclava de los Guisa, y no comprendiendo su política de italiana. Antonio de Borbón, fiel a su acuerdo secreto con Catalina, no debía renunciar en su favor la regencia sino en el momento en que los Estados dictaminasen sobre esta cuestión. Tal profunda soledad había impresionado al gran maestre, cuando, al regreso de una ronda hecha por prudencia en la villa, no halló en la mansión del rey sino a los amigos ligados a su fortuna. La habitación en la que se había dispuesto el lecho de Francisco II es contigua a la gran sala de la bailía. Se hallaba entonces revestida de entablado de encina. El techo, compuesto de pequeñas planchas largas, hábilmente encajadas y pintadas, ofrecía arabescos azules sobre un fondo de oro, una parte del cual, arrancada hace casi cincuenta años, ha sido recogida por un aficionado a las antigüedades. El amplio lecho, de cuatro columnas y cortinas de seda, semejaba una tumba. A un lado del mismo, en la cabecera, se hallaban la reina María y el cardenal de Lorena. Catalina estaba sentada en una butaca. El famoso Juan Chapelain, médico de servicio, y que después fue el médico-primero de Carlos IX, se encontraba en pie junto a la chimenea. El silencio era completo. El joven rey, flaco, pálido, como perdido en sus sábanas, apenas dejaba ver sobre la almohada su pequeño rostro maquillado. La duquesa de Guisa, sentada en un escabel, asistía a la joven reina María, y, del lado de Catalina, en el alféizar de la ventana, la señora de Fiesque espiaba los gestos y las miradas de la reina madre, pues conocía los

peligros de su posición.

En la sala, a pesar de la hora avanzada de la noche, el señor de Cypierre, gobernador del duque de Orleáns, nombrado gobernador de la villa, ocupaba un rincón de la chimenea, con los dos Gondi. El cardenal de Tournon, quien en esta crisis abrazó los intereses de la reina madre, al verse tratado como inferior por el cardenal de Lorena, cuyo igual era eclesiásticamente a buen seguro, hablaba en voz baja con los Gondi. Los mariscales de Vieilleville y de Saint-André, y el guardasellos, que presidía los Estados, conversaban en voz baja sobre los peligros a que estaban expuestos los Guisa.

El teniente general del reino atravesó la sala lanzando una rápida ojeada y saludó al duque de Orleáns al verle.

—Monseñor —dijo— he aquí lo que puede enseñarle a conocer a los hombres: la nobleza católica se encuentra en casa de un príncipe herético, creyendo que los Estados darán la regencia a los herederos del traidor que mantuvo durante tanto tiempo en prisión a vuestro ilustre abuelo...

Luego, tras estas palabras destinadas a marcar profundo surco en el corazón de un príncipe, pasó a la habitación, donde el Rey se encontraba a la sazón menos dormido que sumido en pesada somnolencia. Por lo general, el duque de Guisa sabía vencer mediante un aire sumamente afable, el siniestro aspecto de su cicatrizado rostro; pero en aquel momento no tuvo la fuerza de sonreír, al ver quebrarse el instrumento de su poder. El cardenal, que tenía tanto valor civil como su hermano lo tenía militar, se adelantó dos pasos, yendo al encuentro del teniente general.

—Robertet cree que el pequeño Pinard está vendido a la reina madre —le dijo al oído, llevándole a la sala—. Se han servido de él para trabajar a los miembros de los Estados.

—¡Eh, qué importa que seamos traicionados por un secretario cuando todo nos traiciona! —exclamó el teniente general—. La villa está por la Reforma, y nos encontramos en vísperas de un alzamiento. ¡Sí, los *abejorros* están descontentos! —prosiguió dando a los orleaneses su apodo—. Y si Paré no salva al Rey, tendremos un terrible levantar de broqueles. Antes de poco, habremos de poner sitio a Orleáns, que es una charca llena de sapos hugonotes.

—Desde hace unos momentos —dijo el cardenal— contemplo a esa italiana que permanece en profunda inmovilidad, acechando la muerte de su hijo, ¡Dios la perdone!... Me pregunto si no habríamos hecho bien deteniéndola, así como al rey de Navarra.

—¡Ya es demasiado con tener en prisión al príncipe de Condé! —respondió el duque.

El ruido de los cascos de un caballo al galope resonó en la puerta de la bailía. Los dos príncipes lorenenses se asomaron a la ventana, y, al resplandor de las antorchas del conserje y del centinela, que seguían ardiendo bajo el soportal, el duque reconoció en el chambergo del jinete la famosa cruz de Lorena que el príncipe acababa de hacer

adoptar a sus partidarios. Envió a uno de los arcabuceros que estaban en la antecámara, con el encargo de dejar entrar al recién llegado, a cuyo encuentro fue al descansillo de la escalera, seguido por su hermano.

—¿Qué hay, mi caro Simeuse? —preguntó el duque, con los afables modales que desplegaba para los militares, al ver al gobernador de Gien.

—El condestable entra en Pithiviers; ha dejado Ecoeuen con mil quinientos jinetes de ordenanza y cien gentilhombres...

—¿Están acompañados? —dijo el duque.

—Sí, monseñor —respondió Simeuse—, en total son dos mil seiscientos. Según algunos, Thoré va a retaguardia, con una partida de infantería. Si el condestable se entretiene en esperar a su hijo, tiene tiempo de derrotarle...

—¿No sabe nada más? ¿Se han divulgado los motivos de esta toma de armas?

—Anne habla tan poco como escribe; vaya a su encuentro, hermano mío, mientras yo voy a saludarle con la cabeza de su sobrino —dijo el cardenal, dando la orden de ir a buscar a Robertet.

—¡Vieilleville! —llamó el duque al mariscal, quien acudió—. El condestable tiene la audacia de presentarse en armas; ¿responde de mantener la villa si voy a su encuentro?

—En cuanto salga, los burgueses tomarán también las armas. ¿Y quién puede saber el resultado de un choque entre caballeros y burgueses en medio de estas calles? —respondió el mariscal.

—Monseñor —dijo Robertet subiendo precipitadamente la escalera—. El canciller está a las puertas y quiere entrar ¿deben abrirsele?

—Abrid —respondió el cardenal de Lorena—. Condestable y canciller juntos, serían demasiado peligrosos; es preciso separarlos. Hemos sido bien enredados por la reina madre en la elección de l'Hôpital para este cargo.

Robertet hizo una seña con la cabeza a un capitán que esperaba una respuesta al pie de la escalera, y se volvió vivamente para escuchar las órdenes del cardenal.

—Monseñor, me tomo la libertad —dijo haciendo aún un esfuerzo— de estimar que la sentencia debe ser *aprobada por el rey en su consejo*. Si viola la ley con un príncipe de la casa real, no se la respetará ni para un cardenal, ni para un duque de Guisa.

—Pinard te ha trastornado, Robertet —dijo severamente el cardenal—. ¿Es que acaso ignoras que el rey ha firmado la sentencia el día en que salió para dejar que la ejecutáramos?

—Aunque me pidieseis poco más o menos mi cabeza al encomendarme este oficio, que por lo demás será ejecutado por el preboste de la villa, me encargo de ello, monseñor.

El gran maestro escuchó este debate sin pestañear, pero tomó a su hermano del brazo y lo llevó a un rincón de la sala.

—Ciertamente —le dijo—, que los herederos de Carlomagno tienen el derecho de

recuperar una corona que fue usurpada por Hugo Capeto a su casa; ¿mas lo pueden? La fruta no está madura. Nuestro sobrino se muere, y toda la Corte está en casa del Rey de Navarra.

—El corazón ha fallado al rey. Sin eso, el bearnés habría sido apuñalado — prosiguió el cardenal—, y nosotros hubiésemos dispuesto a nuestro antojo de sus hijos.

—Estamos mal situados aquí —dijo el duque—. La sedición de la villa será apoyada por los Estados. L'Hôpital, a quien tanto hemos protegido, y a cuyo encumbramiento ha resistido la reina Catalina, está hoy contra nosotros, y tenemos necesidad de la justicia. La reina madre se halla sostenida hoy por demasiada gente para que podamos expulsarla... ¡Además, todavía tres príncipes!

—Ella no es ya madre, ella es toda una reina —dijo el cardenal—. Así, opino que éste sería el momento de acabar con su persona. ¡Energía y más energía!, tal es mi orden.

Tras estas palabras, el cardenal volvió a entrar en la habitación del rey, seguido del gran maestro. El eclesiástico fue directamente hacia Catalina.

—Le van a ser comunicados los papeles de La Sagne, secretario del príncipe de Condé... ¿sabe que los Borbones quieren destronar a sus hijos?

—Ya estoy enterada de todo eso —respondió la italiana.

—En tal caso, ¿quiere hacer detener al Rey de Navarra?

—Para ello —respondió la reina madre—, hay un teniente general del reino.

En este momento, Francisco II se quejó de violentos dolores en el oído y se puso a gemir con lastimero acento. El médico abandonó la chimenea ante la que se calentaba y acudió a examinar el estado de la cabeza.

—¿Y bien, señor? —preguntó el gran maestro.

—No me atrevo a tomar la decisión de aplicar una cataplasma para atraer los humores. Maese Ambrosio ha prometió salvar al rey operándole, y le contrariaría.

—Aplacémoslo hasta mañana —manifestó Catalina— y que todos los médicos estén presentes; pues ya sabéis las calumnias a que da lugar la muerte de los príncipes.

Fue a besar las manos de su hijo, seguidamente se retiró.

—¡Con qué tranquilidad esa osada hija de mercader habla de la muerte del delfín, envenenado por Montecuculli, un florentino de su séquito! —exclamó María Estuardo.

—¡María! —clamó el joven rey—. ¡Mi padre no puso jamás en duda su inocencia!

—¿No puede impedirse que esa mujer venga mañana? —preguntó en voz baja la reina a sus dos tíos.

—¿Qué será de nosotros si el rey muere? —respondió el cardenal—. Catalina nos haría rodar a todos a su tumba.

Así pues, fue netamente planteada durante aquella noche la cuestión entre

Catalina de Médicis y la casa de Lorena. La llegada del canciller y la del condestable indicaban una revuelta; por ende, la mañana del día siguiente iba a ser decisiva.



### XIII. CÓMO MURIÓ FRANCISCO II

El día siguiente, la primera en llegar fue la reina madre, no encontrando en la habitación de su hijo sino a la reina María, quien había pasado la noche rezando junto al lecho. La duquesa de Guisa había acompañado a la reina y las doncellas de honor se habían relevado. El joven rey dormía. Ni el duque ni el cardenal habían comparecido aún. El eclesiástico, más intrépido que el soldado, desplegó toda su energía, según se dice, en aquella última noche, sin poder decidir al duque a hacerse rey. Frente a los Estados Generales reunidos, y amenazado con una batalla a librar al condestable de Montmorency, el Cariatuchillado no estimó favorables las circunstancias; rehusó arrestar al rey de Navarra, a la reina madre, al canciller, al cardenal de Tournon, a los Gondi, Ruggieri y Birague, objetando el alzamiento que seguiría a tan violentas medidas. Subordinó los proyectos de su hermano a la vida de Francisco II.

El silencio más profundo reinaba en la habitación del rey. Catalina, acompañada de la señorita de Fiesque, fue al borde del lecho y contempló a su hijo con un aire doliente admirablemente representado. Se llevó el pañuelo a los ojos, y fuese al alféizar de la ventana, a donde la señora de Fiesque le llevó una butaca. Desde allí, sus ojos se clavaban en el patio.

Había sido convenido entre Catalina y el cardenal de Tournon, que si el condestable entraba felizmente en la villa, el cardenal vendría acompañado por los dos Gondi, y que en caso de tropiezo lo haría solo. A las nueve de la mañana aparecieron los dos príncipes loreneses, seguidos de sus gentilhombres, quienes permanecieron en el salón; el capitán de servicio les había advertido que acababa de llegar Ambrosio Paré con Chapelain y los otros tres médicos propuestos por Catalina, todos los cuales odiaban a Ambrosio.

En algunos instantes, la gran sala de la bailía ofreció cabalmente el mismo aspecto que la de las guardias en Blois, el día en que el duque de Guisa fue nombrado teniente general del reino, y en el que Cristóbal fue sometido a tormento, con la única diferencia que entonces el amor y la alegría colmaban la cámara real y que los Guisa triunfaban, mientras que ahora reinaban en ella el duelo y la muerte, y los Lorena sentían deslizárseles el poder de las manos. Las doncellas de las dos reinas estaban en dos grupos a cada lado de la gran chimenea, en la que brillaba un enorme fuego. La sala se encontraba repleta de cortesanos. Divulgada la noticia, no se sabe por quien, de una idea audaz de Ambrosio para salvar la vida del rey, atraía a todos los señores que tenían derecho a entrar en la corte. La escalera exterior de la bailía y el patio estaban repletos de inquietos grupos. El cadalso alzado para el príncipe frente al convento de los Recoletos, extrañaba a toda la nobleza. Se hablaba en voz baja, y los discursos ofrecían, como en Blois, la misma mescolanza de frases serias, frívolas, superficiales y graves. Se comenzaba a acostumbrarse a los trastornos, disturbios, bruscas revoluciones, tomas de armas, rebeliones, grandes acontecimientos súbitos

que marcaron el dilatado período durante el cual se extinguió la casa de Valois a pesar de los esfuerzos de la reina Catalina. Reinaba un profundo silencio a cierta distancia en torno a la puerta de la habitación del rey, custodiada por dos alabarderos, por dos pajes y por el capitán de la guardia escocesa. Antonio de Borbón, encarcelado en su palacio, supo, al verse solo, las esperanzas de la corte, y quedó abrumado ante la noticia de los preparativos hechos durante la noche para la ejecución de su hermano.

Ante la chimenea de la bailía se hallaba una de las figuras más dignas y grandes de la época, el canciller de l'Hôpital, vestido de su toga roja con vueltas de armiño y tocado con su bonete, de acuerdo al privilegio de su cargo. Este hombre valeroso, viendo facciosos en sus bienhechores, había abrazado los intereses de sus reyes, representados por la reina, madre; y, a riesgo de perder la cabeza, había ido a celebrar consulta con el condestable, a Ecouen; nadie se atrevía a sacarle de la meditación en que estaba sumido. Robertet, el secretario de Estado, dos mariscales de Francia, Vieilleville y Saint-André, y el secretario de Justicia, formaban un grupo ante el canciller. Los cortesanos no reían precisamente, mas sus discursos eran maliciosos, sobre todo en aquellos que no sentían afecto por los Guisa.

El cardenal había capturado por fin al escocés Estuardo, el asesino del presidente Minard, haciendo que comenzase su proceso en Tours. Tenía igualmente prisioneros, en el castillo de Blois y en el de Tours, a buen número de gentilhombres comprometidos, a fin de inspirar una especie de terror a la nobleza, la cual no se aterrorizaba, y que hallaba en la Reforma un apoyo para ese amor a la revuelta insuflado por el sentimiento de su igualdad primitiva con el rey. Ahora bien, los prisioneros de Blois habían hallado el medio de evadirse, y, por una singular fatalidad, los de Tours les acababan de imitar.

—Señora —dijo el cardenal de Châtillon a la señora de Fiesque— si alguien se interesa por los prisioneros de Tours, se encuentran en gran peligro.

Al oír esta frase, el canciller volvió la cabeza hacia el grupo de doncellas de la reina madre.

—Sí, el joven Desvaux, el escudero del príncipe de Condé, al que se retenía en Tours, acaba de añadir una mordaz chanza a su evasión. Según se dice, ha escrito a los señores de Guisa estas palabras:

«Hemos sabido de la evasión de vuestros prisioneros de Blois, lo cual nos ha encolerizado tanto, que nos hemos puesto a correr tras ellos; en cuanto los hayamos detenido os los llevaremos».

Aunque la chanza le conviniera, el canciller miró al señor de Chatillon con aire severo. En aquel momento se oyeron voces elevándose en la habitación del rey. Robertet y el canciller se aproximaron, pues no se trataba tan sólo de una cuestión de vida o muerte para el rey; toda la corte estaba en el secreto del peligro que corrían el canciller, Catalina y sus adherentes. Por ende, el silencio que se hizo fue profundo. Ambrosio había examinado al rey, y le parecía propicio el momento para su operación; en su opinión, si no era practicada, Francisco II podía morir de un instante

a otro. En cuanto entraron los señores de Guisa, había explicado las causas de la dolencia del rey, demostrando que, en tal extremo caso, era preciso efectuarle la trepanación, para lo que esperaba la anuencia de los demás médicos.

—¡Perforar la cabeza de mi hijo como un madero, y con ese horrible instrumento! —exclamó Catalina de Médicis—. No, maese Ambrosio, eso no lo toleraré jamás, no podría soportarlo...

Los médicos se consultaban entre sí; mas las palabras de Catalina fueron dichas tan alto, que, tal como era su intención, atravesaron la puerta.

—Pero, señora, ¿y si solamente existe ese medio para salvarle? —dijo María Estuardo, llorando.

—¡Ambrosio —dijo perentoria Catalina—, piense que su cabeza responde de la del rey!

—Nosotros nos oponemos al medio que propone maese Ambrosio —opinaron los tres médicos—. Se puede salvar al rey inyectándole en el oído un remedio que atraería a los humores por ese canal.

El gran maestre, que estudiaba el rostro de Catalina, fue de pronto a ella, y la llevó al alféizar de la ventana.

—Señora —le dijo—, vos queréis la muerte de vuestro hijo, vos estáis de acuerdo con nuestros enemigos, y ello desde Blois. Esta mañana, el consejero Viole ha dicho al hijo de vuestro peletero que el príncipe de Condé iba a tener la cabeza cortada. Y el mozo, que durante su tortura había negado toda relación con el príncipe de Condé, le ha hecho una señal de adiós cuando ha pasado ante la ventana de su calabozo. Ya ha visto a su desgraciado cómplice con una real insensibilidad en el tormento. Hoy quiere oponerse a que sea salvado su primogénito. Nos haría creer que la muerte del delfín, que puso la corona sobre la cabeza del finado rey, no ha sido natural, y que Montecuculli era su...

—¡Señor canciller! —llamó Catalina, y a una señal suya la señora de Fiesque abrió la puerta de dos hojas.

La audiencia divisó entonces el espectáculo de la habitación real: al joven rey, lívido, con el rostro apagado, los ojos sin luz, pero balbuceando la palabra *María* y asiendo la mano de la joven reina, quien lloraba; a la duquesa de Guisa en pie, espantada de la audacia de Catalina; a los dos príncipes loreneses, inquietos igualmente, pero al lado de la reina madre, y decididos a hacerla arrestar por Maillé-Brézé; y, en fin, al gran Ambrosio Paré, asistido por el médico del rey, con sus instrumentos en mano, mas sin atreverse a practicar su operación, para la cual era tan necesaria una calma completa como la aprobación de sus colegas.

—Señor canciller —dijo Catalina—, los señores de Guisa quieren autorizar una extraña operación en la persona del rey. Ambrosio ofrece perforarle la cabeza. Yo, como madre, y como formando parte del consejo de regencia, protesto contra lo que me parece un crimen de lesa majestad. Los tres médicos se muestran a favor de una inyección tan eficaz y menos peligrosa que el salvaje procedimiento de Ambrosio.

A estas palabras, se produjo un lúgubre rumor. El cardenal dejó entrar al canciller, y luego volvió a cerrar la puerta.

—Pero yo soy el teniente general del reino —dijo el duque de Guisa—, y habrá de saber, señor canciller, que Ambrosio, cirujano del rey, responde de su vida.

—¡Ah!, ¿con que así van las cosas? —exclamó el gran Ambrosio Paré—. En ese caso, esto es lo que he de hacer—. Extendió los brazos sobre el lecho y añadió—. Esta cama y el rey son míos. Me instituyo en el único dueño y el solo responsable. Conozco los deberes de mi cargo; operaré al rey sin la anuencia de los médicos...

—¡Salvadle! —dijo el cardenal—. Si lo hace será el hombre más rico de Francia.

—Ea, hacedlo —dijo María Estuardo, apretando la mano de Ambrosio.

—Yo no puedo impedir nada —manifestó el canciller—, pero voy a hacer constar la protesta de la reina madre.

—¡Robertet! —llamó el duque de Guisa.

En cuanto entró el llamado, el teniente general del reino le mostró al canciller, diciéndole:

—Usted es el canciller de Francia en lugar de ese felón. Señor de Maillé, lleve al señor de l'Hôpital a la prisión del príncipe de Condé... En cuanto a usted, señora— dijo a Catalina— su protesta no será admitida, y debería pensar que tales actos han de ser apoyados por fuerzas suficientes. Yo obro en súbdito fiel y leal servidor del rey Francisco II, mi señor... Ande, Ambrosio —añadió mirando al médico.

—Señor de Guisa —adujo l'Hôpital—. Si emplea la violencia, bien sea con el rey o bien con el canciller de Francia, piense que en esta sala hay bastante nobleza francesa para arrestar a los traidores.

—¡Oh, mis señores! —exclamó el gran cirujano—, si proseguís esos debates, ya podéis gritar: «¡Viva el rey Carlos IX!», pues el rey Francisco va a morir.

Catalina, impasible, miraba por la ventana.

—Pues bien, emplearemos la fuerza para ser dueños de la habitación del rey —dijo el cardenal, quien quiso cerrar la puerta.

Mas al punto quedó espantado, al ver el palacio de la bailía enteramente desierto. La corte, segura de la muerte del rey, había corrido a la mansión de Antonio de Navarra.

—Vamos, proceded —instó María Estuardo a Ambrosio—. Yo, y usted, duquesa —dijo a la señora de Guisa— le protegeremos.

—Señora —respondió Ambrosio—, mi celo me arrastraba; los médicos, menos mi amigo Chaplain, optan por una inyección, y he de obedecerles. De haber sido yo al par primer médico y primer cirujano, no cabe duda de que se habría salvado... Traed, señores —añadió, tomando una jeringuilla de manos del primer médico y llenándola.

—¡Dios mío! —clamó María Estuardo—. ¡Yo le ordeno...!

—¡Ay, señora —respondió Ambrosio— me encuentro bajo la dependencia de esos señores!

La reina se interpuso con la mujer del gran maestro entre el cirujano, los médicos y los demás personajes. El primer médico tomó la cabeza del rey, y Ambrosio aplicó la inyección al oído. Los dos príncipes loreneses estaban atentos. Robertet y el señor de Maillé permanecían inmóviles. La señora de Fiesque salió sin ser vista, a una señal de Catalina. En aquel momento, l'Hôpital abrió audazmente la puerta de la habitación del rey.

—Llego a punto —dijo un hombre, cuyos precipitados pasos resonaron en la sala, y que en unos momentos estuvo en el umbral de la habitación real—. ¡Ah, señores!, ¿queríais hacer rodar la cabeza de mi sobrino, el príncipe de Condé?... ¡Habéis hecho salir al león de su antro, y helo aquí! —añadió el condestable de Montmorency...— ¡Ambrosio no hurgará con sus instrumentos la cabeza de mi rey! ¡Los reyes de Francia no se dejan herir así más que por el hierro de sus enemigos, en la batalla! El primer príncipe de la casa real, Antonio de Borbón, el príncipe de Condé, la reina madre, el condestable y el canciller, se oponen a esa operación.

Con gran satisfacción de Catalina, seguidamente aparecieron el rey de Navarra y el príncipe de Condé.

—¿Qué significa esto? —dijo el duque de Guisa, echando la mano a su daga.

—En mi calidad de condestable, he licenciado a los centinelas de todos los puestos —respondió—. ¡Voto a Dios, usted no está aquí en país enemigo, me parece! El rey, nuestro señor, se encuentra en medio de sus súbditos, y los Estados del reino deben deliberar en toda libertad. Vengo, señores, de los Estados, ante los que he presentado la propuesta de mi sobrino de Condé, a quien trescientos gentilhombres han libertado. Quería hacer correr la sangre real para diezmar a la nobleza del reino... ¡Ah, de ahora en adelante desconfiaré de cuanto queráis, señores de Lorena! Y si ordenáis abrir la cabeza del rey, os juro por esta espada que salvó a Francia de Carlos V, bajo su abuelo, que eso no se hará...

—Y tanto más —dijo Ambrosio Paré— cuanto que ya todo es inútil; el derrame comienza.

—Vuestro reinado ha terminado, señores —dijo Catalina a los Lorenas, viendo por el aire de Ambrosio que en efecto no quedaba ya esperanza alguna.

—¡Ah, señora, vos habéis matado a vuestro hijo! —la dijo María Estuardo, quien se abalanzó como una leona del lecho a la ventana y asió a la florentina por un brazo, apretándoselo violentamente.

—Amiga mía —respondió Catalina a María, dirigiéndole una mirada penetrante y fría, en la que dejó desbordar el odio contenido desde hacía seis meses—, usted, a cuyo fogoso amor debemos esta muerte, usted irá ahora a remar a su Escocia, y partirá mañana mismo. Yo soy la regente de hecho.

Los tres médicos habían hecho una señal a la reina madre.

—Señores —añadió mirando a los Guisa— entre el señor de Borbón, nombrado teniente general del reino por los Estados, y yo, está entendido que nos compete la conducción de los asuntos públicos... Venga, señor canciller.

—¡El rey ha muerto! —dijo el gran maestro, obligado a cumplir con los deberes de su cargo.

—¡Viva el rey Carlos IX! —aclamaron los gentilhombres venidos con el rey de Navarra, el príncipe de Condé y el condestable.

Las ceremonias que tienen lugar en ocasión de la muerte de un rey de Francia se hicieron en la soledad. Cuando el faraute gritó en la sala por tres veces: ¡El rey ha muerto!, tras el anuncio oficial del duque de Guisa, no hubo allí sino algunas personas para responder: «¡Viva el rey!».

La reina madre, a quien la condesa de Fiesque llevó al duque de Orleáns, convertido desde hacía unos instantes en Carlos IX, salió llevando a su hijo de la mano, siendo seguida por toda la corte. No quedaron en la habitación donde Francisco II exhaló su último suspiro más que los dos Lorena, la duquesa de Guisa, María Estuardo y Dayelle, con dos guardias a la puerta, los pajes del gran maestro, los del cardenal, y sus secretarios particulares.

—¡Viva Francia! —gritaron varios protestantes, haciendo oír un primer pregón de oposición.

Robertet, que debiera ser por entero del duque y del cardenal, espantado de sus proyectos y de sus fallidas empresas, se unió secretamente a la reina madre, a cuyo encuentro vinieron a la escalera los embajadores de España, de Inglaterra, del Imperio y de Polonia, conducidos por el cardenal de Tournon, quien había ido a prevenirles, tras haberse mostrado en la corte a Catalina de Médicis, en el momento en que la reina madre había protestado contra la operación que pretendía efectuar Ambrosio Paré.

—Bien, los hijos de Luis de Ultramar, los herederos de Carlos de Lorena han estado faltos de valor —dijo el cardenal al duque.

—Se les habría vuelto a Lorena —respondió el gran maestro—. Os lo declaro, Carlos, aunque la corona estuviese ahí, no extendería mi mano para tomarla. Esa será la obra de mi hijo.

—¿Tendrá él alguna vez, como usted, al ejército y a la Iglesia?

—Tendrá algo mejor.

—¿Qué?

—¡El pueblo!

—¡Nadie más sino yo llora a esa pobre criatura que tanto me amaba! —dijo María Estuardo, manteniendo en las suyas la mano de su primer marido fallecido.

—¿Mediante quién podemos reanudar relaciones con la reina? —dijo el cardenal.

Los intereses de la casa de Borbón, los de Catalina, los de los Guisa y los del partido de los protestantes, produjeron tal confusión en Orleáns, que, tres días después, el cadáver del rey, completamente olvidado en la bailía, y puesto en un féretro por oscuros servidores, partió para Saint-Denis en una carreta cubierta, acompañado tan sólo por el obispo de Senlis y dos gentilhombres. Cuando el triste cortejo fúnebre llegó a la pequeña villa de Etampes, un servidor del canciller de

l'Hôpital prendió a la carreta esta terrible inscripción, que la historia ha recogido: *Tanneguy du Chastel, ¿dónde estás? ¡Pero tú eras francés!* Sangriento reproche que caía sobre Catalina, sobre María Estuardo y sobre los Lorenas.

¿Pues quién es el francés que pueda ignorar que Tanneguy du Chastel gastó treinta mil escudos de la época (un millón de hoy)<sup>[12]</sup> en los funerales de Carlos VII, el bienhechor de su casa?

## XIV. GINEBRA

En cuanto el tañer de las campanas anunció en Orleáns que Francisco II había muerto, y que el condestable de Montmorency mandó abrir las puertas de la villa, Tourillon subió a su camarote y se dirigió hacia un escondrijo.

—¡Vaya!, ¿se habrá muerto acaso? —exclamó el guantero.

Al oír estas palabras, se levantó un hombre respondiendo: *¡Dispuesto a servir!*, la consigna de los protestantes adheridos a Calvino.

Este hombre era Chaudieu, a quien Tourillon relató los acontecimientos de los últimos ocho días, durante los cuales había dejado al ministro solo en su escondite, con un pan de doce libras por único alimento.

—Corre a casa del príncipe de Condé, hermano, pídele un salvoconducto para mí, y encuéntrame un caballo, pues es preciso que parta al instante —dijo el ministro.

—Escríbale unas líneas para que pueda ser recibido.

—Ten —dijo Chaudieu después de haberlo hecho así—, pide un pase al rey de Navarra; pues en las circunstancias actuales, debo correr a Ginebra.

En dos horas, todo estuvo listo, y el ardiente ministro estaba en camino para Suiza, acompañado de un gentilhomme del rey de Navarra, del que Chaudieu aparentaba ser secretario, que portaba instrucciones para los protestantes del Delfinado. Esta partida súbita de Chaudieu fue inmediatamente autorizada en interés de Catalina, quien, para ganar tiempo, hizo una audaz proposición mantenida en el más profundo secreto. Esta singular concepción explica el acuerdo tan repentinamente establecido entre ella y los jefes de la Reforma. La astuta comadre había dado, como prenda de su buena fe, el deseo de arreglar las diferencias de las dos Iglesias en una asamblea que no podía ser ni un sínodo, ni un consejo, ni un concilio, y para la cual hacía falta un nombre nuevo, pero sobre todo el asentimiento de Calvino. Cuando se despejó este misterio, digámoslo de pasada, determinó la alianza de los Guisa y del condestable de Montmorency contra Catalina y el rey de Navarra, singular alianza, conocida en la historia por el nombre de *triumvirato*, porque el mariscal de Saint-André fue el tercer personaje de esta coalición puramente católica, a la cual dio lugar esa extraña proposición de la conferencia. La profunda política de Catalina fue entonces bien juzgada por los Guisa; comprendieron que la reina se cuidaba muy poco de aquella asamblea, y únicamente quería contemporizar con sus aliados hasta que llegara la mayoría de edad de Carlos IX; así engañaron al condestable, haciéndole creer en una colisión de intereses entre los Borbones y Catalina, mientras que Catalina les engañaba a todos. Como se ve, esta reina se había hecho excesivamente fuerte en poco tiempo. El espíritu de discusión y de disputa que predominaba entonces, favorecía singularmente aquella proposición. Los católicos y los protestantes debían brillar unos tras otros en tal torneo de palabras. Y eso es precisamente lo que sucedió. ¿No es extraordinario que los historiadores hayan tomado las más hábiles argucias de la reina por incertidumbres? Jamás Catalina fue



más directamente a su objetivo que en estas invenciones por las cuales parecía alejarse de él. El rey de Navarra, incapaz de comprender las razones de Catalina envió junto a Calvino a Chaudieu, quien se había consagrado secretamente a observar los acontecimientos de Orleáns, donde a cada hora podía ser descubierto y ahorcado sin proceso, como toda persona que se hallase con una condena de proscripción. A la manera como se hacía entonces los viajes, Chaudieu no debía estar en Ginebra antes del mes de febrero, y las negociaciones no debían hallarse terminadas sino para el mes de marzo; así, en efecto, la asamblea no pudo tener lugar sino al comienzo de mayo de 1561. Catalina había meditado entretener a la corte y a los partidos con la coronación del rey, y con su primer dictamen de justicia en, el Parlamento, donde l'Hôpital y de Thou hicieron registrar la carta por la cual Carlos IX confiaba la administración del reino a su madre, de concierto con el teniente general del reino, Antonio de Navarra, el príncipe más débil de la época...

¿No resulta uno de los más raros espectáculos el de todo un reino en suspenso por el *sí* o el *no* de un burgués francés, oscuro durante mucho tiempo y entonces establecido en Ginebra? ¿El papa transalpino tenido en jaque por el papa ginebrino! ¿Los dos príncipes loreneses, otrora tan poderosos, paralizados por este momentáneo acuerdo del primer príncipe de la casa real, de la reina madre y de Calvino! ¿No es una de las más fecundas lecciones dadas a los reyes por la historia, una lección que les enseña a juzgar a los hombres, a tener prestamente en cuenta al genio, y a buscarlo, como lo hizo Luis XIV, por doquier que Dios lo pone?

Calvino, cuyo nombre verdadero no era ese, sino el de Cauvin, era hijo de un tonelero de Noyon, en Picardía. El país natal de Calvino explica hasta cierto punto la obstinación mezclada de singular vivacidad que distinguió a este árbitro de los destinos de la Francia del siglo XVI. No hay nada de menos conocido que este hombre que ha engendrado Ginebra y el espíritu de esta ciudad. Rousseau, que poseía pocos conocimientos históricos, ha ignorado completamente la influencia de este hombre sobre su república. Y al principio, Calvino, que vivía en una de las más humildes casas de la parte alta de Ginebra, al lado del templo de San. Pedro, sobre la vivienda de un carpintero, primera semejanza entre él y Robespierre, no tuvo una gran autoridad en Ginebra. Durante mucho tiempo, su potencia fue rencorosamente limitada por los ginebrinos. En el siglo XVI, Ginebra tuvo en Farel uno de esos famosos ciudadanos que permanecen desconocidos para el mundo entero, y a menudo para la misma Ginebra. Este Farel detuvo, hacia 1537, a Calvino en esta ciudad, mostrándole como la plaza fuerte más segura para una reforma más activa que la de Lutero. Farel y Calvino juzgaban al luteranismo como una obra incompleta, insuficiente y sin influencia sobre Francia. Ginebra, emplazada entre Italia y Francia, sometida a la lengua francesa, estaba admirablemente situada para corresponder con ambos países, al par que con Alemania. Calvino adoptó Ginebra como sede de su fortuna moral, e hizo de ella la ciudadela de sus ideas.

El consejo de Ginebra, solicitado por Farel, autorizó a Calvino a dar lecciones de

teología, en el mes de septiembre de 1538. Calvino dejó la predicación a Farel, su primer discípulo, y se entregó pacientemente a la enseñanza de su doctrina. Esta autoridad, que se hizo soberana en los últimos años de su vida, debía establecerse difícilmente. El gran agitador encontró tan serios obstáculos, que durante cierto tiempo fue proscrito de Ginebra, a causa de la severidad de su reforma. Había un partido de honradas gentes afectas al viejo lujo y a las antiguas costumbres. Pero, como siempre, estas buenas gentes temieron el ridículo, no quisieron confesar el objetivo de sus esfuerzos, y el combate se desplazó a puntos ajenos a la verdadera cuestión. Calvino quería que se empleara *pan con levadura* en la comunión y que no hubiesen más fiestas que las estrictamente dominicales. Tales innovaciones fueron desaprobadas en Berna y en Lausana. Se requirió pues a los ginebrinos a conformarse al rito de Suiza. Calvino y Farel resistieron, y *sus enemigos políticos* se apoyaron en el desacuerdo para expulsarles de Ginebra, de donde en efecto fueron desterrados por algunos años. Más tarde, Calvino volvió triunfalmente, llamado por su rebaño. Estas persecuciones se convierten siempre en la consagración del poder moral, cuando el escritor sabe esperar. Así, el retorno fue como la era de este profeta. Las ejecuciones comenzaron, y Calvino organizó su terror religioso. En el momento en que reapareció este dominador, fue admitido en la burguesía ginebrina; mas, al cabo de catorce años de estancia, no formaba aún parte del consejo. En el momento en que Catalina delegaba un ministro a donde él, este rey de las ideas no tenía otro título que el de pastor de la Iglesia de Ginebra. Por lo demás, Calvino no tuvo nunca sino ciento cincuenta francos en metálico por año, quince quintales de trigo y dos toneles de vino, por todo estipendio. Su hermano, simple sastre, tenía su tienda a algunos pasos de la plaza de San Pedro, en la calle donde hoy se encuentra una de las imprentas de Ginebra. Este desinterés, que falta a Voltaire, a Newton, a Bacon, pero que brilla en la vida de Rabelais, de Campanella, de Lutero, de Vico, de Descartes, de Malebranche, de Spinoza, de Loyola, de Kant, de Rousseau, ¿no forma un magnífico cuadro a estas ardientes y sublimes figuras?

La existencia tan semejante de Robespierre es la única que puede hacer comprender a los contemporáneos la de Calvino, quien, fundando su poder sobre las mismas bases, fue tan cruel y tan absoluto como el abogado de Arras. ¡Cosa singular! ¡La Picardía, Arras y Noyon, ha proporcionado estos dos instrumentos de reforma! Todos aquellos que quieran estudiar las razones de los suplicios ordenados por Calvino hallarán, proporciones guardadas, todo el 1793 en Ginebra. Calvino hizo decapitar a Santiago Gruet «*por haber escrito cartas impías, versos libertinos, y haber trabajado en derribar las ordenanzas eclesiásticas*».

Reflexionad en esta sentencia, y preguntaos si las más horribles tiranías ofrecen en sus saturnales considerandos más cruelmente bufonescos. Valentín Gentilis, condenado a muerte por *herejía involuntaria*, no escapó al suplicio sino por una retracción pública más ignominiosa que las inflingidas por la Iglesia católica. Siete años antes de la conferencia que iba a tener lugar en casa de Calvino sobre las

proposiciones de la reina madre, Miguel Servet, a su paso por Ginebra, había sido detenido, juzgado y condenado, por acusación de Calvino, y quemado vivo, *por haber atacado el misterio de la Trinidad* en un libro que no había sido compuesto ni publicado en Ginebra. Recordad las elocuentes defensas de Rousseau, cuyo libro, que echaba por tierra a la religión católica, escrito en Francia y publicado en Holanda, pero vendido en París, fue únicamente quemado por la mano del verdugo, y el autor, *un extranjero*, solamente proscrito del reino donde intentaba arruinar las verdades fundamentales de la religión y del poder, y comparad la conducta del Parlamento a la del tirano ginebrino. En fin, Bolsée fue igualmente procesado *por haber tenido otras ideas que las de Calvino sobre la predestinación*. Pesad estas consideraciones, y preguntaos si el famoso procurador de la Revolución, Fouquier-Tinville, ha hecho peor. La feroz intolerancia religiosa de Calvino ha sido moralmente más compacta, más implacable, que no lo fue la feroz intolerancia política de Robespierre. En un escenario más vasto que Ginebra, Calvino hubiese hecho correr más sangre que la que vertiera el terrible apóstol de la igualdad política asimilada a la igualdad católica. Tres siglos antes, un fraile, un picardo, había arrastrado al Occidente entero sobre el Oriente. Pedro el Ermitaño. Calvino y Robespierre, cada uno a trescientos años de distancia, y los tres picardos, han sido, políticamente hablando, palancas de Arquímedes. En cada una de sus épocas hubo un punto de apoyo en los intereses y en los hombres.

Calvino es pues ciertamente el editor casi desconocido de esta triste ciudad, llamada Ginebra, donde, hace diez años, un hombre decía, mostrando una puerta cochera de la parte alta, la primera que se hiciera en Ginebra (no había sino postigos antes): *¡Es por esta puerta que el lujo ha entrado en Ginebra!* Calvino introdujo allí, por el rigor de sus ejecuciones y por el de su doctrina, ese sentimiento hipócrita tan bien llamado la *momería*. Tener costumbres, según los *momeros*, es renunciar a las artes, a los atractivos de la vida, comer deliciosamente, pero sin lujo, y amasar silenciosamente dinero, sin disfrutar de él de otro modo que como Calvino gozaba de su poder: con el pensamiento. Calvino dotó a todos los ciudadanos de la misma librea sombría que extendió sobre su vida. Había creado en el consistorio un verdadero tribunal de inquisición calvinista, absolutamente semejante al tribunal revolucionario de Robespierre. Este consistorio citaba al consejo a las personas a condenar, y Calvino reinaba sobre el consistorio, como Robespierre reinaba sobre la Convención por el Club de los Jacobinos. Así, un magistrado eminente de Ginebra, fue condenado a dos meses de prisión, a la pérdida de sus empleos y de la capacidad para jamás ejercer otros, *porque llevaba una vida desordenada y se había juntado a los enemigos de Calvino*. Desde este punto de vista fue Calvino un legislador: ha creado costumbres austeras, sobrias, burguesas, espantosamente tristes, pero irreprochables, que se han conservado hasta hoy en Ginebra, y que han precedido a las costumbres inglesas, universalmente designadas con el nombre de puritanismo, debidas a esos cameronianos, discípulos de Cameron, uno de los doctores franceses resultantes de

Calvino y que Walter Scott ha descrito tan bien... La pobreza de un hombre, exactamente soberano, que trataba de potencia a potencia con los reyes, que les pedía tesoros y ejércitos, y que extraía a manos llenas de sus economías para los desgraciados, prueba que el pensamiento, tomado como medio único de dominación, engendra avaros políticos, hombres que disfrutaban con el cerebro, y que, semejantes a los jesuitas, quieren el poder por el poder. Pitt, Lutero, Calvino, Robespierre, todos esos Harpagones de dominación, mueren sin un ochavo. El inventario efectuado en la vivienda de Calvino, tras su muerte, y que, *incluyendo sus libros*, se eleva a cincuenta escudos, ha sido conservado por la historia: el de Lutero ha ofrecido la misma suma, y su viuda, la famosa Catalina de Bora, se vio obligada a solicitar una pensión de cien escudos, que le fue concedida por un elector de Alemania. Potemkin, Mazarino, Richelieu, esos tres hombres de pensamiento y de acción, que han forjado o creado imperios, dejaron cada uno trescientos millones.

Estos tenían un corazón, amaban a las mujeres y a las artes, edificaban, conquistaban; mientras que, con excepción de la mujer de Lutero, Elena de esta *Ilíada*, todos los demás no tienen que reprocharse un latido de corazón dado a una mujer.

Esta aclaración muy sucinta era necesaria para explicar la posición de Calvino en Ginebra.

## XV. CALVINO

En los primeros días del mes de febrero del año 1561, y en uno de esos suaves atardeceres que por esta estación se ofrecen en el lago Lemán, dos jinetes llegaron al Prado del Obispo, llamado así a causa de la antigua casa de campo que allí había del obispo de Ginebra, expulsado hacía treinta años. Estos dos hombres, que sin duda conocían las ordenanzas de Ginebra sobre el cierre de las puertas, entonces necesarias y harto ridículas hoy, se dirigieron a la de Rives; mas detuvieron bruscamente sus caballos a la vista de un individuo de una cincuentena de años que se paseaba apoyado en el brazo de una sirvienta, y que evidentemente regresaba a la ciudad; este hombre, bastante grueso, caminaba con lentitud y dificultad, no poniendo un pie sino después del otro, y no sin dolor, pues llevaba botinas de punta redonda, de terciopelo y abrochadas.

—Es él—dijo a Chaudieu el otro jinete, que descendió de su montura, tendió las riendas a su compañero y se adelantó, abriendo sus brazos al paseante.

Este, que era en efecto Juan Calvino, retrocedió para evitar el abrazo, y lanzó la más severa mirada a su discípulo. A sus cincuenta años, Calvino representaba tener setenta. Grueso y adiposo, parecía tanto más bajo de estatura, por cuanto horribles dolores de vejiga le obligaban a andar encorvado. Y estos dolores se complicaban con los ataques de una gota del más maligno carácter. Todo el mundo habría temblado ante aquel rostro casi tan ancho como largo y en el cual, a pesar de su redondez, no se reflejaba más bonhomía que en el del terrible Enrique VIII, a quien se asemejaba mucho Calvino; los sufrimientos, que no le dieron nunca tregua, se revelaban en dos profundas arrugas que partían de cada lado de la nariz siguiendo el movimiento de los bigotes, y confundíéndose como ellos con una amplia barba gris. Este rostro, aunque rojo y abotagado como el de un bebedor, ofrecía en partes unas placas de tez amarilla; mas, a pesar del gorro de terciopelo negro que cubría la enorme cabeza cuadrada, podíase admirar una frente vasta y de la más bella forma, bajo la cual brillaban dos ojos pardos, que en los accesos de cólera debían despedir llamas. Bien fuese por efectos de su obesidad, o bien a causa de su grueso y corto cuello, o acaso debido a sus vigiliias y sus constantes trabajos, la cabeza de Calvino penetraba en sus anchos hombros, obligándole a no llevar sino una pequeña y corta gorguera de pliegues, sobre la cual el rostro aparecía como el de San Juan Bautista sobre su bandeja. Entre sus mostachos y su barba se veía, como una rosa, su gentil boca elocuente, pequeña y fresca, dibujada con admirable perfección. El rostro estaba dividido por una nariz cuadrada, notable por una sinuosidad que la recorría en toda su longitud, y que producía al extremo significativos planos, en armonía con la prodigiosa fuerza expresada en aquella cabeza imperial. Aun cuando fuese difícil reconocer en estos rasgos las huellas de las jaquecas semanales que apresaban a Calvino durante los intervalos de una fiebre lenta por la cual fue consumido, el sufrimiento, incesantemente combatido por el estudio y por la voluntad, prestaban a esa máscara

en apariencia florida, algo de terrible, bastante explicable por el color de la capa de grasa debida a las costumbres sedentarias del intelectual, y que portaba las huellas del combate perpetuo de aquel temperamento valetudinario con una de las más fuertes voluntades conocidas en la historia del espíritu humano. Aunque encantadora, la boca tenía una expresión cruel. La castidad impuesta por vastos designios, exigida por tantas disposiciones enfermizas, estaba escrita sobre aquel rostro. Había pesares en la serenidad de aquella poderosa frente, dolor en la mirada de los ojos, cuya calma espantaba.

El atuendo de Calvino hacía destacarse a la cabeza, ya que vestía la famosa sotana de paño negro, ceñida con cinturón asimismo de paño y del mismo color, con hebilla de cobre, que se convirtió en el ropaje de los clérigos calvinistas, y que, desinteresando a la mirada, obligaba a la atención a no ocuparse del rostro.

—Sufro demasiado, Teodoro, para abrazaros —dijo entonces Calvino al elegante caballero.

Teodoro de Béze, entonces de cuarenta y dos años y recibido como burgués de Ginebra hacía dos, a petición de Calvino, formaba el más violento contraste con el terrible pastor del que había hecho su soberano. Calvino, como todos los burgueses que se elevan a una soberanía moral, o como todos los inventores de sistemas sociales, estaba devorado por la envidia. Aborrecía a sus discípulos, no quería iguales, y no toleraba la menor contradicción. Sin embargo, había entre Teodoro de Béze y él tanta diferencia; hallaba a aquel elegante caballero dotado de una agradable figura, lleno de cortesía, habituado a frecuentar las cortes, tan dispar de todos sus feroces jenízaros, que con él se apartaba de sus habituales sentimientos; no le quiso nunca, pues aquel adusto legislador ignoró totalmente la amistad; mas no temía hallar en él a su sucesor, y gustaba de jugar con Teodoro como Richelieu jugaba más tarde con su gato; lo encontraba flexible y ligero. Al ver a Béze cumplir admirablemente bien todas sus misiones, apreciaba a este instrumento pulido, cuya alma y conductor se creía; a tal punto es verdad que hasta los hombres más ariscos no pueden privarse de una apariencia afectuosa. Teodoro fue el niño mimado de Calvino; el severo reformador no le reñía, le pasaba por alto sus devaneos, sus amores, sus galanos atavíos y su elegancia de lenguaje. Acaso Calvino se sentía contento mostrando que la Reforma podía luchar en donosura con las gentes de la corte. Teodoro de Béze quería introducir en Ginebra el gusto por las artes, por la literatura y por la poesía. Calvino escuchaba sus planes sin contraer sus espesas cejas grises. Así pues, el contraste del carácter y de la persona era tan completo como el espiritual entre estos dos hombres célebres.

Calvino recibió el saludo muy humilde de Chaudieu, respondiendo por una leve inclinación de cabeza. Chaudieu pasó a su brazo derecho las bridas de los dos caballos, y siguió a los dos grandes hombres de la Reforma, manteniéndose a la izquierda de Teodoro de Béze, quien iba a la diestra de Calvino. La sirvienta de Calvino corrió para impedir que se cerrara la puerta de Rives, haciendo observar al

capitán de guardia que el pastor acababa de ser acometido por agudos dolores.

Teodoro de Béze era hijo de aquella comuna de Vézelay, la primera que se confederó, y cuya curiosa historia ha sido escrita por uno de los Thierry. Así, el espíritu de burguesía y de resistencia, endémico a Vézelay, ha proporcionado sin duda su parte en la gran revuelta de los reformados, en la persona de este hombre que ciertamente es una de las más curiosas figuras de la herejía.

—¿Sigue, pues, sufriendo? —preguntó Teodoro a Calvino.

—Un católico diría como un condenado —respondió el reformador con aquella amargura que ponía en sus menores palabras—. ¡Ah, yo me voy, hijo mío! ¿Y qué será de vosotros sin mí?

—¡Combatiremos guiados por la claridad de sus libros! —dijo Chaudieu.

Calvino sonrió, su purpúreo rostro tomó una expresión afable, y miró favorablemente a Chaudieu.

—Bueno, ¿me traéis noticias? —prosiguió—. ¿Han matado a muchos de los nuestros? —dijo sonriendo y mostrando una burlona alegría que brilló en sus pardos ojos.

—No —dijo Chaudieu—. Todo va por la paz.

—¡Tanto peor, tanto peor! —exclamó Calvino—. Toda pacificación sería un mal, si cada vez esto no fuera una trampa. La persecución es nuestra fuerza. ¿Dónde estaríamos, si la Iglesia se apoderase de la Reforma?

—Pues —dijo Teodoro—, eso es precisamente lo que parece querer la reina madre.

—Y es bien capaz —dijo Calvino—. Estudio a esa mujer...

—¿Desde aquí? —exclamó Chaudieu.

—¿Es que existen distancias para el espíritu? —replicó severamente Calvino, quien halló irreverente la interrupción—. Catalina desea el poder, y las mujeres con tal mira no tienen ya ni honor ni fe. ¿De qué se trata?

—Pues bien, ella nos propone una especie de concilio —dijo Teodoro de Béze.

—¿Cerca de París? —preguntó bruscamente Calvino.

—Sí.

—¡Ah, tanto mejor! —dijo Calvino.

—Y nosotros trataremos en él de entendemos y extender un acta pública para fusionar las dos Iglesias.

—¡Ah, si ella tuviese el valor de separar a la Iglesia francesa de la corte de Roma y de crear en Francia un patriarca, como en la Iglesia griega! —exclamó el reformador, cuyos ojos brillaron ante esta idea, que le permitía asentarse en un trono—. Pero, hijo mío, ¿puede acaso ser sincera la sobrina de un papa? Lo que ella quiere es ganar tiempo.

—¿Y no nos hace falta, para reparar nuestro fracaso de Amboise y organizar una resistencia formidable en todos los puntos del reino?

—Ella ha despedido a la reina de Escocia —dijo Chaudieu.

—¡Una menos! —dijo Calvino, pasando bajo la puerta de Rives—. Isabel de Inglaterra nos la contendrá. Dos reinas vecinas no tardarán en estar en guerra: una es bella y la otra harto fea, primera causa de irritación; después, hay además la cuestión de ilegitimidad...

Se frotó las manos, y su alegría tuvo una expresión tan feroz, que Béze se estremeció; pues entonces percibió el lago de sangre que su maestro contemplaba desde hacía un momento.

—Los Guisa han irritado a la casa de Borbón —dijo Béze tras una pausa—. Y en Orleáns han roto la amistad entre ellos.

—Pues bien —prosiguió Calvino—, tú no me creías, hijo mío, cuando, en tu última partida para Nerac, yo te decía que acabaríamos por suscitar entre las dos ramas de la casa de Francia una guerra a muerte... En fin, yo tengo una corte, un rey y una familia en mi partido. Mi doctrina ha producido ya su efecto sobre las masas, Los burgueses me han comprendido; en adelante llamarán idólatras a quienes van a misa, a los que pintan las paredes de sus templos y meten en ellos cuadros y estatuas. ¡Ah, cuán más fácil es al pueblo demoler catedrales y palacios, que disputar sobre la *fe justificante* o sobre la *presencia real*! Lutero era un disputador; yo soy un ejército. El era un razonador; yo soy un sistema. En fin, hijos míos, él no era más que un díscolo; yo soy un Tarquino<sup>[13]</sup>. Sí, mis fieles destruirán las iglesias, destruirán los cuadros, harán muelas con las estatuas para moler los trigos de los pueblos. Hay cuerpos en los Estados, y yo no quiero en ellos sino individuos. Los cuerpos resisten demasiado, ven claro allí donde las multitudes son ciegas... Ahora es preciso mezclar a esta doctrina operante intereses políticos que la consoliden, y que conserven en buen estado el material de mis ejércitos. Yo he satisfecho la lógica de los espíritus ecónomos y la cabeza de los pensadores por ese culto desnudo, despojado, mondo, que transporta a la religión al mundo de las ideas. Yo he hecho comprender al pueblo las ventajas de la supresión de las ceremonias. A ti, Teodoro, toca el alistar los intereses. No salgáis de ahí. Todo está hecho, todo está dicho ya como doctrina..., ¡que no se añada ni una jota! ¿Por qué Cameron, ese pequeño pastor de Gascuña, se mete a escribir...?

Calvino, Teodoro de Béze y Chaudieu remontaban las calles de la ciudad alta en medio de la multitud, sin que ésta prestara la menor atención a quienes desencadenaban las muchedumbres en las ciudades, que asolaban a Francia. Tras la espantosa retahíla del maestro, caminaron en silencio, llegaron a la pequeña plaza de San Pedro, y se dirigieron hacia la casa del pastor. En el segundo piso de la misma, apenas célebre, y de la cual nadie habla a uno hoy en Ginebra, ciudad en la que por lo demás Calvino no tiene estatua, su vivienda consistía en tres habitaciones entarimadas de abeto, y al lado de las cuales se hallaban la cocina y el cuarto de la sirvienta. Se entraba, como en la mayoría de las casas burguesas de Ginebra, por la cocina, que conducía a una salita con dos ventanas, que servía de recibidor, sala y comedor. El gabinete de trabajo, donde el pensamiento de Calvino se debatía con los



dolores desde hacía catorce años, y el dormitorio, eran contiguos. Cuatro sillas de madera de roble tapizadas y colocadas en torno a una larga mesa cuadrada, componían todo el mobiliario del recibidor o locutorio. Una estufa de porcelana blanca, instalada en uno de los ángulos de la estancia, desprendía un agradable calor. Los muros, sin decorado alguno, estaban revestidos de entablado de abeto natural. Así, la desnudez de los aposentos estaba en consonancia con la vida sobria y simple de este reformador.

—Bueno —dijo de Béze entrando y aprovechando el momento en que Chaudieu les había dejado solos para instalar a los caballos en un albergue vecino—, ¿qué debo hacer? ¿Aceptar el coloquio?

—Desde luego —respondió Calvin—, Sois vos, hijo mío, quien combatirá en él. Sed tajante, absoluto. Nadie, ni la reina, ni los Guisa, ni yo, queremos lograr una pacificación, que no nos conviene en modo alguno. Tengo confianza en Duplessis-Mornay; habrá de confiársele el primer papel. Estamos solos —añadió lanzando una mirada de recelo a su cocina, cuya puerta estaba abierta, y donde, extendidas sobre una cuerda, se secaban dos camisas y algunas gorgueras—. Ve a cerrar todo... Bien —prosiguió cuando Teodoro hubo cerrado las puertas—, hay que inducir al rey de Navarra a unirse a los Guisa y al condestable, aconsejándole que abandone a la reina Catalina de Médicis. Obtengamos todos los beneficios de la debilidad de ese desdichado. Si cambia del partido de la italiana, al verse ésta desprovista de su apoyo, se unirá necesariamente al príncipe de Condé y a Coligny. Acaso esta maniobra la comprometerá tanto, que nos será...

Teodoro de Bèze tomó el faldón del hábito de Calvin y lo besó.

—¡Oh, maestro —dijo—, cuán grande sois!

—Por desgracia me estoy muriendo, caro Teodoro. Si me muriese sin verte —dijo en voz baja y al oído de su ministro de negocios extranjeros—, piensa en dar un gran golpe por uno de nuestros mártires...

—¿Todavía un Minard a matar?

—Mejor que un curial.

—¿Un rey?

—¡Todavía más... un hombre que quiere serlo!

—¡El duque de Guisa! —exclamó Teodoro, dejando escapar un gesto.

—Ea —dijo Calvin, quien creyó percibir una denegación o un movimiento de resistencia en el gesto de Teodoro, no viendo entrar al ministro Chaudieu—, ¿es que no tenemos el derecho de golpear como se nos golpea..., sí, en la sombra y en el silencio? ¿No podemos devolver herida por herida, muerte por muerte? ¿Es que los católicos se privarán de tendernos lazos y de masacrarnos? ¡Cuento con ello! ¡Quemad sus iglesias! ¡Vamos, hijos míos! Si disponéis de jóvenes abnegados...

—Yo los tengo —dijo Chaudieu.

—¡Pues bien, servios de ellos como de catapultas...! Nuestro triunfo admite todos los medios. El Cariacuchillado, ese terrible soldado, es, como yo, más que un

hombre; es una dinastía, como yo soy un sistema; y es bien capaz de aniquilarnos. ¡A muerte pues, el Lorena!

—Yo preferiría una apacible victoria traída por el tiempo y por la razón —dijo de Béze.

—¿Por el tiempo? —exclamó Calvino, echando por el suelo su silla—. ¿Por la razón? ¿Acaso estás loco? ¡La razón! ¡Hacer una conquista! ¿Es que no sabe nada de los hombres, usted que los trata, imbécil? Lo que perjudica a mi doctrina, triple majadero, es que es razonable. ¡Por el rayo de San Pablo, por la espada del Fuerte, es una calabaza, Teodoro...!, ¿no ves acaso el vigor comunicado a mi Reforma por la catástrofe de Amboise? ¡Las ideas no brotan ni se expanden sino regadas de sangre! ¡El asesinato del duque de Guisa daría motivo a una horrible persecución, y yo la apelo con todo mi deseo! ¡Nuestros reveses son preferibles a éxitos! La Reforma tiene los medios para hacerse derrotar, puede permitírsele, ¿lo oyes bien, bergante?, mientras que el catolicismo está perdido si ganamos una sola batalla. ¿Pero qué es lo que con mis lugartenientes... guiñapos en vez de hombres, tripas con dos patas, babuinos bautizados? ¡Oh, Dios, si me concedieses aún diez años de vida! ¡Si muero demasiado pronto, la causa de la religión verdadera está perdida con semejantes pendejos! ¡Tú eres tan bestia como Antonio de Navarra..., sal, déjame, quiero un negociador mejor! ¡No eres sino un asno, un mequetrefe, un poeta! ¡Anda, ve a hacer versos, sonetos, acrósticos! ¡Largo!

Los dolores de la vejiga habían sido dominados enteramente por el fuego de esta cólera. La gota se callaba ante la horrible excitación. El rostro de Calvino estaba empurpurado como tempestuoso firmamento. Su vasta frente brillaba. Sus ojos llameaban. Se abandonó a esta especie de ataque epiléptico, lleno de rabia, que le era familiar; mas, impresionado por el silencio de los dos auditores, y observando a Chaudieu que dijo a de Béze: «¡El zarzal de Horeb!», el pastor se sentó, callóse, y ocultó el rostro con sus manos de nudosas articulaciones y que palpitaban a pesar de su grosor.

Algunos instantes después, y presa aún de las últimas sacudidas de esa turbonada engendradora por la castidad de su vida, les dijo con demudada voz:

—¡Mis vicios, que son numerosos, me son más fáciles de domeñar que mi impaciencia! ¡Oh, bestia feroz!, ¿es que no te venceré nunca? —añadió, golpeándose el pecho.

—Mi querido maestro —dijo de Béze con voz cariñosa y tocando las manos de Calvino, que besó—, Júpiter truena, pero sabe sonreír.

Calvino miró a su discípulo con dulcificada mirada diciéndole:

—Comprendedme, amigos míos.

—Comprendo que los pastores de pueblos tienen fardos terribles a portar —respondió Teodoro—, vos tenéis un mundo sobre vuestros hombros.

—Dispongo —intervino Chaudieu, a quien la algarada del maestro había tornado pensativo—, dispongo de tres mártires con los que podemos contar. Estuardo, que

mató al presidente, está en libertad...

—¡Error! —dijo Calvino suavemente y sonriendo como todos los grandes hombres que hacen suceder, en su rostro, el buen tiempo a la tormenta, como avergonzados de haber permitido reinar a la tempestad—. Conozco a los hombres. Se mata a un presidente, mas no a dos.

—¿Es absolutamente necesario? —dijo de Béze.

—¿Todavía? —exclamó Calvino, cuyas fosas nasales se dilataron—. Ea, dejadme, pues volvería a ponerme furioso. Vaya con mi decisión. Tú, Chaudieu, sigue tu camino y mantén a tu rebaño de París. ¡Que Dios os conduzca! ¡Dinah!... alumbrá a mis amigos.

—¿No me permitirá abrazarle? —dijo Teodoro con enternecimiento—. ¿Quién de nosotros puede saber lo que le sucederá mañana? Podemos ser capturados a pesar de los salvoconductos...

—¿Y tú quieres tratarlos con miramientos? —dijo Calvino abrazando a de Béze.

Tomó la mano de Chaudieu, diciéndole:

—¡Sobre todo, nada de hugonotes, nada de protestantes, sed calvinistas! ¡No habléis sino del calvinismo...! ¡Ay, no se trata de ambición, pues yo muero..., pero hay que destruirlo todo lo de Lutero, hasta el nombre de luterano y luteranismo!

—¡Pero, hombre divino —exclamó Chaudieu—, usted merece bien tales honores!

—Mantened la uniformidad de la doctrina, no dejéis examinar ni rehacer más nada. Estamos perdidos si de nuestro seno saliesen nuevas sectas.

Anticipando los acontecimientos de este Estudio, y para acabar con Teodoro de Béze, que fue hasta París con Chaudieu, hay que hacer observar que Poltrot, quien dieciocho meses después, disparó un pistoletazo al duque de Guisa, confesó en la tortura haber sido inducido a ese crimen por Teodoro de Béze; sin embargo, se retractó de tal declaración en los posteriores tormentos que le fueron aplicados. Así, Bossuet, sopesando todas las consideraciones históricas, no ha querido atribuir el pensamiento del crimen a Teodoro de Béze. Mas, después de Bossuet, una disertación en apariencia fútil, hecha a propósito de una célebre canción, ha conducido a un compilador del siglo XVII a probar que el cantar sobre la muerte del duque de Guisa, cantado en toda Francia por los hugonotes, era obra de Teodoro de Béze, siendo entonces demostrado que la famosa endecha sobre Malborough es un plagio de la de Teodoro de Béze.

## EL DUELO DEL DUQUE DE GUISA

¿Quién oír una canción quiere? (*bis*).

Es la de Guisa el gran duque Y bon, bon, bon, bon,

¡Es la de Guisa el gran duque (Este último verso se decía sin duda cómicamente.)  
*que está muerto y enterrado!*

Que está muerto y enterrado, (*bis*). Acompañaban al féretro Y bon, etc.

Cuatro gentilhombres, cuatro.

Cuatro gentilhombres, cuatro, (*bis*). Uno portaba su gran casco,  
Y bon, etc.  
Y sus pistolas el otro.  
Y sus pistolas el otro, (*bis*)  
Y su espada el tercero,  
Y bon, etc.  
Que tantos hugonotes ha matado.  
Que tantos hugonotes ha matado, (*bis*). Y luego venía el cuarto,  
Y bon, etc.  
con la cara de lamento.

Con la cara de lamento; (*bis*).  
Y luego venían los pajes,  
Y bon, etc.  
Y tras ellos los criados.  
Y tras ellos los criados, (*bis*). Grandes crespones llevando,  
Y bon, etc.  
Y los zapatos lustrados.

Y los zapatos lustrados, (*bis*)  
Y hermosas medias de estambre,  
Y bon, etc.  
Y calzas de fino paño.

Y calzas de fino paño, (*bis*). La ceremonia acabada,  
Y bon, etc.  
Cada cual se fue a su lecho.

Cada cual se fue a su lecho, (*bis*). Los unos con sus mujeres,  
Y bon, etc.  
Y otros en solitario.

## XVI. CATALINA EN EL PODER

El día en que Teodoro de Béze y Chaudieu llegaron a París, la corte había vuelto de Reims, donde Carlos IX había sido consagrado rey. Esta ceremonia, a la que Catalina dio gran realce y que motivó espléndidas fiestas, le había permitido reunir en torno a ella a los jefes de todos los partidos. Tras haber estudiado todos los intereses de ellos, tenía para escoger esta alternativa: unirlos al trono, o oponerles mutuamente. Católico por excelencia, el condestable de Montmorency, cuyo sobrino, el príncipe de Condé, era el jefe de la Reforma y cuyos hijos se inclinaban a esta religión, censuraba la alianza de la reina madre con los protestantes. Por su parte, los Guisa trabajaban para ganarse a Antonio de Borbón, príncipe sin carácter, ingresándole en su partido; lo que su mujer, la reina de Navarra, advertida por de Béze, consintió. Estas dificultades impresionaron a Catalina, cuya nascente autoridad precisaba de cierto tiempo de calma, y, por ello, esperaba impacientemente la respuesta de Calvino, a quien el príncipe de Condé, el rey de Navarra, Coligny, d'Andelot, y el cardenal de Chatillon, habían enviado a de Béze y Chaudieu. Mas, en la espera, la reina madre fue fiel a sus promesas al príncipe de Condé. El canciller dio fin al proceso que concernía a Cristóbal, trasladando el asunto al Parlamento de París, que casó la sentencia de la comisión declarándola sin poder ni jurisdicción para juzgar a un príncipe de la casa real. El Parlamento reanudó el proceso contra él, a solicitud de los Guisa y de la reina madre. Los papeles de la Sagne habían sido remitidos a Catalina, quien los quemó. Esta entrega fue una primera prenda dada inútilmente por los Guisa a la reina madre. El Parlamento, no hallando pruebas decisivas, restableció al príncipe en todos sus derechos, bienes y honores. Cristóbal, libertado en ocasión del motín de Orleans, al advenimiento del rey, fue puesto fuera de causa desde el principio, siendo recibido, en compensación a sus sufrimientos, como abogado del Parlamento, por intervención del señor de Thou.

El triunvirato, aquella coalición futura de intereses amenazados por los primeros actos de Catalina, se preparaba pues ante sus ojos. Del mismo modo que en química las sustancias antagónicas acaban por separarse al primer choque que perturba su forzada unión, así en política tienen poca duración las alianzas de intereses contrarios. Catalina comprendía bien que, tarde o temprano, ella volvería a los Guisa y al condestable, para librar batalla a los hugonotes. Aquella conferencia, que halagaba el amor propio de los oradores de cada partido, y que debía hacer suceder una imponente ceremonia a la de la consagración y dar largas a la sangrienta guerra religiosa comenzada, era inútil a los ojos de los Guisa, tanto como a los de Catalina. Los católicos salían perdiendo con ello, pues los hugonotes, so pretexto de conferenciar, iban a proclamar su doctrina a la cara de Francia, con la protección del rey y de su madre. El cardenal de Lorena, halagado por Catalina al vaticinar la derrota de los heréticos por la elocuencia de los príncipes de la Iglesia, logró el consentimiento de su hermano. Para la reina suponían mucho seis meses de paz.

Un pequeño suceso estuvo a punto de comprometer aquel poderío que Catalina construía tan penosamente. He aquí la escena, conservada por la historia, y que se produjo el mismo día en que los enviados de Ginebra llegaban a la calle Béthisy, a la mansión de Coligny, junto al Louvre. En la consagración, Carlos IX, que quería mucho a su preceptor Amyot, le nombró gran limosnero de Francia. Esta amistad fue igualmente compartida por el duque de Anjou, Enrique III, otro alumno de Amyot. Durante el viaje de Reims a París, Catalina supo esta noticia por los dos Gondi. Ella contaba con este cargo de la corona para crearse un apoyo en la Iglesia, y tener en ella a un personaje para oponer al cardenal de Lorena; quería revestir con esa dignidad al cardenal de Tournon, a fin de hallar en él, como en l'Hôpital, *una segunda muleta*; tal fue la expresión que empleó. Al llegar al Louvre, mandó llamar al preceptor. Y su cólera fue tal, al ver el desastre causado en su política por aquel hijo de zapatero advenedizo, que le dijo estas extrañas palabras, repetidas por algunos memorialistas:

—¡Qué, hago ceder a los Guisa, a los Coligny, a los condestables, a la casa de Navarra y al príncipe de Condé, y habré de meterme en la mollera a un curita como tú, que no se contenta con el obispado de Auxerre!

Amyot se excusó. En efecto, él no había pedido nada; el rey le había revestido, por su propio gusto, de aquel cargo, del cual él, pobre preceptor, se consideraba indigno.

—Ten por seguro, maestro —le respondió Catalina (tal era el nombre que los reyes Carlos IX y Enrique III daban a este gran escritor)— que no quedarás en pie durante veinticuatro horas, si no haces cambiar de parecer a tu alumno.

Entre la muerte anunciada sin más rodeos y la dimisión del más importante cargo eclesiástico de la corona, el hijo del zapatero, tornado muy ávido, y que acaso ambicionaba el capelo de cardenal, adoptó el partido de contemporizar, refugiándose en la abadía de Saint-Germain. Algún partidario de los Guisa informó sin duda al rey de lo sucedido entre Amyot y la reina madre.

—¡Cómo! ¿Es porque le he nombrado gran limosnero, que se le ha hecho desaparecer? —dijo él.

Y fue a ver a su madre, con la irritación que acomete a los niños cuando es contrariado alguno de sus deseos.

—Señora —dijo entrando en su habitación—, ¿no he firmado complacientemente la carta que me pidió para el Parlamento, y mediante la cual usted gobernaba mi reino? ¿No me prometió, al prestármela, que mi voluntad sería la vuestra? ¡Y he aquí que el único favor que estaba más que deseoso de otorgar, excita vuestra envidia! El canciller habla de declararme mayor de edad a los catorce años, dentro de tres, y vos queréis tratarme como a un niño... ¡Yo seré, por Dios, rey, y rey como mi padre y mi abuelo lo fueron!

Por el acento y la manera con que fueron pronunciadas tales palabras, Catalina tuvo una revelación del verdadero carácter de su hijo, y le pareció recibir como una coz en el pecho.

—¡Me habla así, a mí, que le he hecho rey! —pensó. Y luego respondió—: Señor, el oficio de rey, en los tiempos que corren, es muy difícil, y usted no conoce aún a aquellos con quienes tendrá que habérselas. No tendrá jamás otra amistad sincera y segura que la de su madre, ni más servidores que los que ella se ha unido hace tiempo, y sin cuya fidelidad y abnegación acaso no existiría hoy. Sepa que los Guisa quieren hacerse con su corona y con su persona. Si pudiesen meterme en un saco y lanzarme al río —dijo señalando al Sena—, lo harían esta misma noche. Esos Lorenas sienten que yo soy la leona que defiende a sus cachorros, que detiene sus osadas manos extendidas sobre la corona rapazmente. ¿A quién, a qué se une su preceptor? ¿Dónde están sus alianzas? ¿Cuál es su autoridad? ¿Qué servicios le prestará? ¿De qué peso será su palabra? En lugar de conseguir un puntal para sostener el poder, lo ha desprovisto de él. El cardenal de Lorena amenaza, se hace el rey, conserva su cabeza cubierta ante el primer príncipe de la casa real; ¿no era, pues, urgente el oponerle otro cardenal, revestido de una autoridad superior a la suya? ¿Es ese Amyot, ese zapatero, capaz de atarle los cordones de sus zapatos, y a quién contradecirá cara a cara? En fin, quiere a Amyot, y lo ha nombrado; que su voluntad sea hecha, señor. Mas antes de querer algo, consúlteme amicalmente, se lo ruego. Préstese a las razones de Estado, y su buen sentido de niño acaso concuerde con mi vieja experiencia para decidir, cuando conozca usted las dificultades.

—¡Me devolveréis a mi maestro! —dijo el rey, sin escuchar demasiado a su madre, no viendo sino reproches en su respuesta.

—Sí, lo tendrás —respondió ella—. Mas no es él, y ni siquiera ese brutal de Cypierre, quienes te enseñarán a reinar.

—Será usted, mi querida madre —dijo él, suavizado por su triunfo y abandonando el aire amenazador y cazurro naturalmente impreso en su fisonomía.

Catalina envió a Gondi a buscar al nuevo gran limosnero. Cuando el florentino hubo descubierto el retiro de Amyot, y se participó al obispo que el cortesano estaba enviado por la reina, le apresó el terror y no quiso salir de la abadía. En esta extremidad, Catalina se vio obligada a escribir ella misma al preceptor, en tales términos, que volvió y recibió de ella la seguridad de su protección, pero a condición de servirla también ciegamente junto a Carlos IX.

Una vez apaciguada esta pequeña tempestad doméstica, vuelta Catalina al Louvre tras una ausencia de más de un año, celebró allí consejo con sus íntimos sobre la conducta a mantener con el joven rey, a quien Cypierre había felicitado por su firmeza.

—¿Qué hacer? —dijo ella a los dos Gondi, a Ruggieri, Birague y Chivarni, nombrado ayo y canciller del duque, de Anjou.

—Antes de nada —dijo Birague—, cambie a Cypierre. No es hombre de corte, no se acomodaría nunca a sus puntos de vista, y creería cumplir con su cargo contrarrestándola.

—¿De quién fiarme? —exclamó la reina.

—De uno de nosotros —dijo Birague.

—Por mi fe —prosiguió Gondi— que le prometo tornar al rey tan dócil como al de Navarra.

—Usted ha dejado perecer al finado rey para salvar a sus otros hijos; pues bien, haga como los grandes señores de Constantinopla, anule las cóleras y las fantasías de éste —dijo Alberto de Gondi—. Le gustan las artes, las poesías, la caza, y una muchachita que ha visto en Orleáns; ya es bastante para tenerle ocupado.

—¿Sería usted, pues, el ayo del rey? —dijo Catalina al más capaz de los dos Gondi.

—Si quiere darme la autoridad necesaria a un ayo, tal vez será preciso nombrarme mariscal de Francia y duque. Cypierre es de poca talla para tener ese cargo. En el futuro, el ayo de un rey de Francia debe ser algo así como mariscal y duque...

—Tiene razón —dijo Birague.

—Poeta y cazador —dijo Catalina con tono ensoñador.

—¡Cazaremos y amaremos! —exclamó Gondi.

—Además —dijo Chiverny—, usted está segura de Amyot, quien tendrá siempre miedo del jaleo en caso de desobediencia y con Gondi manejará al rey a vuestro antojo.

—Se ha resignado a perder un hijo para salvar a sus otros tres y a la corona; hay que tener el valor de *ocupar* a éste para salvar el reino, y acaso para salvarse usted misma —dijo Ruggieri.

—Acaba de ofenderme gravemente —dijo Catalina de Médicis.

—No sabe todo lo que le debe; y, si lo supiera, usted estaría en peligro —respondió gravemente Birague, recalcando sus palabras.

—De acuerdo, pues —manifestó Catalina, en quien esta respuesta produjo terrible efecto—, usted será ayo del rey, Gondi. El rey debe corresponderme al favor que acabo de suscribir para ese insípido de obispo. El bellaco acaba de perder el capelo; sí, mientras viva, me opondré a que el Papa se lo dé. Hubiésemos sido bien fuertes con el cardenal de Tournon por nosotros. ¡Qué trío, el gran limosnero, l'Hôpital y de Thou! En cuanto a la burguesía de París, pienso hacerla engatusar por mi hijo, y nosotros vamos a apoyarnos en ella...

Y Gondi fue hecho en efecto mariscal, creado duque de Retz, y nombrado ayo del rey pocos días después.

En el momento en que acababa este pequeño consejo, el cardenal de Tournon vino a anunciar a la reina a los enviados de Calvino; los acompañaba el almirante Coligny, para que fueran respetados en el Louvre. Al instante tomó Catalina a sus temibles doncellas de honor, y pasó a la sala de recepción construida por su marido, la cual no existe ya.

En aquel tiempo, la escalera del Louvre estaba en la torre del Reloj. Los aposentos de Catalina se encontraban en los viejos edificios que en parte subsisten en



el patio del Museo. La escalera actual de éste ha sido construida en el emplazamiento de la sala de bailables. Un bailable era entonces una especie de representación teatral en la que intervenía toda la corte. Las pasiones revolucionarias han acreditado el más ridículo error sobre Carlos IX a propósito del Louvre. Durante la Revolución, una creencia hostil a este rey, cuyo carácter ha sido tergiversado, lo ha convertido en un monstruo. La tragedia de Chenier ha sido compuesta por inspiración de un rótulo colocado sobre la ventana del cuerpo avanzado del edificio, que da al malecón. En esa inscripción se leía: *Es desde esta ventana que Carlos IX, de execrable memoria, ha disparado contra ciudadanos franceses.* Conviene hacer observar a los historiadores futuros y a las personas ponderadas, que toda esa parte del Louvre, llamada hoy el antiguo Louvre, enfilaba sobre el malecón y que une la sala al Louvre por la galería llamada de Apolo, y el Louvre a las Tullerías por las salas del Museo, no existió jamás bajo Carlos IX. La mayor parte del emplazamiento donde se eleva la fachada del malecón, donde se extiende el jardín llamado de la Infanta, estaba ocupada por el palacio de Borbón, que precisamente pertenecía a la casa de Navarra. Ha sido materialmente imposible a Carlos IX tirar desde el Louvre de Enrique II sobre una barca cargada de hugonotes que atravesaba el río, aun cuando bien pudo ver el Sena desde las ventanas hoy condenadas del Louvre. Aun cuando los eruditos y las bibliotecas no poseyeran planos en los que se encuentra perfectamente indicado el Louvre bajo Carlos IX, el monumento contiene implícitamente la refutación de tal error. Todos los reyes que han cooperado a esta obra inmensa, no han dejado nunca de grabar en ella su sello o un anagrama cualquiera. Ahora bien, esa parte venerable y en la actualidad toda negra, del Louvre, que tiene vista sobre el jardín de la Infanta, y que avanza sobre el malecón, lleva las iniciales de Enrique III y de Enrique IV, bien diferentes de las de Enrique II, quien enlazaba su H a las dos C de Catalina, formando una D que engaña a las personas superficiales. Enrique IV pudo reunir al dominio del Louvre su hotel de Borbón con sus jardines y dependencias. El fue el primero en tener la idea de unir el palacio de Catalina de Médicis al Louvre por sus galerías inacabadas, y cuyas preciosas esculturas están muy descuidadas. Ni aunque el plano de París bajo Carlos IX, ni las iniciales de Enrique III y Enrique IV existieran, la diferencia de arquitectura daría aún un acerbo mentís a esa calumnia. Los almohadillados vermiculados del palacio de la Force y de esta parte del Louvre, marcan precisamente la transición de la arquitectura llamada del Renacimiento a la arquitectura en funciones bajo Enrique III, Enrique IV y Luis XIII. Esta digresión arqueológica, en concordancia por lo demás con las descripciones con que esta historia comienza, permite percibir la auténtica fisonomía de ese otro rincón de París, del cual no existe ya sino esta parte del Louvre cuyos admirables bajorrelieves se destruyen cada día.

Cuando la corte supo que la reina iba a dar audiencia a Teodoro de Béze y a Chaudieu, presentados por el almirante Coligny, todos los cortesanos que tenían derecho a entrar en la sala de audiencia acudieron a ella para ser testigos de la

entrevista. Eran alrededor de las seis. El almirante acababa de cenar y se hurgaba los dientes al subir las escaleras del Louvre entre los dos protestantes. El manejo del mondadientes se había tornado en hábito involuntario en el almirante, efectuando aquella operación hasta en medio de una batalla, pensando en la retirada. *Desconfiad del mondadientes del almirante, del no del condestable y del sí de Catalina*, era un proverbio de aquel tiempo en la corte. En ocasión del San Bartolomé, el populacho hizo al cadáver de Coligny, que permaneció colgado durante tres días en Montfaucon, un horrible epigrama, metiéndole un grotesco mondadientes en la boca. Los cronistas han registrado esta atroz mofa. Este pequeño hecho en medio de una gran catástrofe, describe por lo demás al pueblo parisino, quien merece perfectamente esta parodia chusca del verso de Boileau:

El francés, nacido astuto, creó la guillotina.

En toda época ha hecho el parisino cuchufletas, antes, durante y después de las más horribles revoluciones.

Teodoro de Béze estaba vestido como un cortesano, con calzas de seda negra, zapatos calados, gregüescos sargados, jubón de seda negra encañamado, y la pequeña capa de terciopelo negro sobre la que se doblaba una bella gorguera blanca de pliegues. Llevaba la perilla y el mostacho, ceñía una espada al costado y tenía en la mano un bastón. Quienquiera que recorre las galerías del Louvre o las recopilaciones de Odieuvre, conoce su rostro redondo, casi jovial, de vivos ojos, rematado por esa frente notable por su amplitud, característica de los escritores y poetas de la época. De Béze tenía, lo que le sirvió de mucho, un aire agradable. Contrastaba con Coligny, cuyo austero rostro es popular, y con el arisco, con el bilioso Chaudieu, que conservaba el atuendo de los ministros y la golilla calvinista. Lo que sucede en nuestros días en la Cámara de Diputados, y lo que sin duda acontecía en la Convención, puede servir para hacer comprender cómo, en esta corte, y en esta época, gentes que seis meses antes se batían a ultranza y se hacían una guerra encarnizada, podían luego tratarse, hablarse cortésmente y bromear. A su llegada a la sala, Birague, que debía aconsejar fríamente la jornada de San Bartolomé, y el cardenal de Lorena, quien había de recomendar a Besme, su criado, que no marrara al almirante, se adelantaron para recibir a Coligny, y el piemontés le dijo sonriendo:

—Bien, mi caro almirante, ¿usted se encarga, pues, de presentar a esos señores de Ginebra?

—Acaso me lo tildéis como un crimen —respondió el almirante, mordaz—, mas si estuviese usted encargado de ello, lo trocaría en mérito personal.

—Se dice que el señor Calvino está muy enfermo —dijo el cardenal de Lorena a Teodoro de Béze—. Espero que no se sospechará que le hemos dado caldos...

—¡Eh, monseñor, perdería en ello demasiado! —respondió de Béze.

Para evitar toda dificultad, la reina, que fue anunciada en este momento, resolvió permanecer de pie. Comenzó por conversar con el condestable, quien le hablaba con cierta vehemencia sobre el escándalo de recibir a los enviados de Calvino.

—Ya ve, mi caro condestable, que los recibimos sin ceremonia —respondió ella.

—Señora —dijo el almirante, yendo a la reina—, he aquí a los dos doctores de la nueva religión, que se han entrevistado con Calvino y tienen sus instrucciones relativas a una conferencia en la que las Iglesias de Francia podrían acomodar sus diferencias.

—Este es el señor Teodoro de Béze, a quien mi mujer aprecia mucho —dijo el rey de Navarra apareciendo y tomando al mencionado por la mano.

—Y he aquí a Chaudieu —dijo el príncipe de Condé—. *Mi amigo* el duque de Guisa conoce al capitán —añadió mirando al Cariatucuchillado—, y acaso celebrará conocer al ministro.

Esta botaratada hizo reír a toda la corte, y hasta a Catalina.

—A fe mía —respondió el duque de Guisa— que me siento encantado de ver a un mozo que sabe escoger tan bien a los hombres y emplearlos en su esfera. Uno de los vuestros —dijo al ministro— ha soportado, sin morir y sin confesar nada, la tortura extraordinaria; yo me creo valiente, pero no sé si la resistiría así...

—¡Hum! —dijo Ambrosio Paré—. No dijo usted nada cuando le saqué el hierro de la cara, en Calais.

Catalina, en el centro del semicírculo descrito a derecha e izquierda por sus doncellas de honor y por sus cortesanos, mantenía un profundo silencio. Al examinar a los dos célebres protestantes, trataba de penetrarlos con la bella mirada de sus negros e inteligentes ojos; los estudiaba.

—Uno parece ser la vaina y el otro la hoja —le dijo al oído Alberto de Gondi.

—Bien, señores —dijo Catalina, que no pudo retener una sonrisa—, ¿les ha dado licencia vuestro maestro para celebrar una conferencia pública en la que pudiera convertimos a la palabra de los nuevos Padres de la Iglesia que son la gloria de nuestro Estado?

—No tenemos otro maestro que el Señor —dijo Chaudieu.

—¡Ah..., mas no deja de reconocer un poco de autoridad al rey de Francia...! —replicó Catalina, sonriendo e interrumpiendo al ministro.

—Y hasta mucho a la reina —dijo de Béze, inclinándose.

—Ya verá —replicó ella— que mis súbditos más sumisos serán los heréticos.

—¡Ah, señora —exclamó Coligny—, qué hermoso reino le haríamos! Europa se aprovecha singularmente de nuestras divisiones. Desde hace cincuenta años ha visto a la mitad de los franceses contra la otra mitad.

—¿Pero estamos aquí para oír cantar antífonas a la gloria de los heréticos? —dijo brutalmente el condestable.

—No, mas para llevarlos al arrepentimiento —le dijo al oído el cardenal de Lorena—, y quisiéramos atraerlos con un poco de dulzura.

—¿Sabéis lo que yo habría hecho bajo el padre del rey? —contestó Anne de Montmorency—. Hubiese llamado al preboste para colgar a esos dos mastuerzos de la horca del Louvre.

—Bien, señores, ¿cuáles son los doctores que nos opondréis? —dijo la reina, imponiendo silencio al condestable con una mirada.

—Duplessis-Mornay y Teodoro de Béze serán nuestros jefes —dijo Chaudieu.

—La corte irá sin duda al castillo de Saint-Germain, y como sería impropio que ese *coloquio* se celebrara en la residencia real, lo tendremos en la pequeña villa de Poissy —respondió Catalina.

—¿Estaremos allí seguros, señora? —preguntó Chaudieu.

—¡Ah —respondió la reina con una especie; de ingenuidad—, ya sabréis tomar bien vuestras precauciones! El señor almirante se entenderá al respecto con mis primos de Guisa y de Montmorency.

—¡Malhaya con el encarguito! —masculló el condestable—. ¡Yo no quiero meterme en eso!

—¿Qué hacéis a vuestros sectarios para darles tanto temple? —dijo la reina llevando a Chaudieu algunos pasos aparte—. El hijo de mi peletero ha estado sublime...

—Tenemos la fe —dijo Chaudieu.

En aquel momento, la sala ofrecía el aspecto de grupos animados en los que se agitaba la cuestión de aquella asamblea, que, con palabras de la reina, había tomado ya el nombre de «Coloquio de Poissy». Catalina miró a Chaudieu, y pudo decirle:

—¡Sí, una fe nueva!

—Ah, señora, si no estuviese cegada por sus alianzas con la corte de Roma, vería que volvemos a la verdadera doctrina de Jesucristo, quien, consagrando la igualdad de las almas, nos ha dado a todos iguales derechos sobre la tierra.

—¿Se cree, pues, el igual de Calvino? —preguntó agudamente la reina—. Mire, no somos iguales más que en la Iglesia. ¡Pero desligar los lazos entre el pueblo y los tronos... no tan sólo es herético, sino que se rebela contra la obediencia del rey, sustrayéndose a la del Papa!

Y abandonándole bruscamente, volvió a Teodoro de Béze.

—Cuento con usted, señor —le dijo—, para llevar ese coloquio en conciencia. Tómese el tiempo que precise.

—Yo creía —dijo Chaudieu al príncipe de Condé, al rey de Navarra y al almirante de Coligny— que los asuntos de Estado se trataban más seriamente.

—¡Oh, todos nosotros sabemos bien lo que queremos! —dijo el príncipe de Condé, quien cambió una aguda mirada con Teodoro de Béze.

El jorobado dejó a sus adherentes para acudir a una cita. Este gran príncipe de Condé, este jefe de partido, era uno de los más afortunados galanteadores de la corte; las dos mujeres más bellas de aquel tiempo se lo disputaban con tal encarnizamiento, que la mariscala de Saint-André, la esposa de un triunviro futuro, le dio su bella posesión de Saint-Valery para triunfar de la duquesa de Guisa, la esposa del que otrora quiso hacer caer su cabeza en el cadalso, y quien, no pudiendo apartar al duque de Nemours de sus amoríos con la señorita de Rohan, amaba, en la espera, al jefe de

los protestantes.

—¡Qué diferencia con Ginebra! —dijo Chaudieu sobre el pequeño puente del Louvre a Teodoro de Béze.

—Estos son más alegres y, por ende, no me explico en absoluto por qué son tan traidores... —le respondió de Béze.

—A traidor, traidor y medio —replicó Chaudieu al oído de Teodoro—. Tengo en París *santos* con los que puedo contar, y voy a hacer de Calvino un profeta. Cristóbal nos desembarazará del más peligroso de los enemigos.

—La reina madre, por quien el pobre diablo ha sufrido la tortura, lo ha hecho recibir por todo lo alto abogado en el Parlamento, y los abogados son más delatores que asesinos. Acuérdesse de Avenelles, quien vendió los secretos de nuestra primera toma de armas.

—Conozco a Cristóbal —dijo Chaudieu con aire convencido, dejando allí al embajador de Ginebra.

## XVII. LA RECOMPENSA

Algunos días después de la recepción de los embajadores secretos de Calvino por Catalina, hacia finales del mismo año, pues entonces el año comenzaba en Pascuas, no siendo adoptado el calendario actual sino bajo este reinado, Cristóbal yacía aún sobre un sillón al rincón del fuego, del lado que le permitía ver el río, en aquella gran sala parda destinada a la vida de familia y donde había comenzado este drama. Tenía los pies apoyados en un taburete. La señorita Lecamus y Babette Lallier acababan de renovar las compresas empapadas con un preparado traído por Ambrosio, a quien Catalina había recomendado cuidar a Cristóbal. Una vez reconquistado por su familia, el mozo fue objeto de los más solícitos cuidados. Babette, autorizada por su padre, le veía todas las mañanas y no abandonaba la casa Lecamus hasta la noche. Cristóbal, objeto de la admiración de los aprendices, daba lugar en todo el barrio a cuentos que le rodeaban de una poesía misteriosa. Había sufrido la tortura, y el célebre Ambrosio Paré ponía todo su arte en salvarle. ¿Qué había hecho para ser tratado así? Ni Cristóbal ni su padre decían palabra al respecto. Catalina, entonces omnipotente, estaba interesada en callarse, así como el príncipe de Condé. Las visitas de Ambrosio, cirujano del rey y de la casa de Guisa, a quien la reina madre y los Lorena permitían cuidar a un mozo tachado de herejía, embrollaban singularmente aquella aventura, en la que nadie veía claro. En fin, el cura de Saint-Pierre aux Boeufs vino muchas veces a ver al hijo de su mayordomo de parroquia, y estas constantes hacían aún más inexplicables y extrañas las causas del estado en que se encontraba Cristóbal.

El viejo síndico, que tenía su plan, respondía evasivamente a sus cofrades, a los mercaderes y a los amigos que le hablaban de su hijo: «Soy muy feliz, compadre, por haberlo salvado... ¡Qué queréis, no se debe meter nunca la mano entre el árbol y la corteza...! ¡Mi hijo ha puesto la mano en la pira, y ha atrapado de qué hacer arder mi casa...! Se ha abusado de su juventud, y nosotros los burgueses, no sacamos sino vergüenza y mal asediando a los grandes... Eso me decide a hacer de mi chico un hombre de leyes, el Palacio de Justicia le enseñará a pesar sus actos y sus palabras... La joven reina, que actualmente se encuentra en Escocia, ha tenido mucho que ver en esto; pero acaso también mi hijo ha sido hartamente imprudente... He tenido crueles decepciones y pesadumbres... Ello me decidirá acaso a abandonar los negocios, pues no quiero ir más a la corte... Mi hijo ya tiene bastante y de sobra de la Reforma, pues ella le ha roto brazos y piernas... ¿Qué sería de mí sin Ambrosio?».

Gracias a estos discursos y a su cuerda conducta, en el barrio varió ya el concepto sobre la ideología de Cristóbal. Todos hallaron natural que el viejo síndico intentara su ingreso en el Parlamento, y las visitas del cura parecieron naturales. Al pensar en las desventuras del síndico, no se pensaba en su ambición, que hubiese parecido monstruosa. El joven abogado, que había permanecido noventa días en el lecho que se le había dispuesto en la vieja sala, hacía tan sólo una semana que se levantaba, y

aún precisaba de muletas para andar.

El amor de Babette y la ternura de su madre habían conmovido profundamente a Cristóbal; ahora bien, teniéndole en el lecho, las dos mujeres le sermoneaban constantemente sobre la religión.

El presidente de Thou hizo a su ahijado una visita, durante la cual se mostró muy paternal. Cristóbal, abogado del Parlamento, debía ser católico, a ello le comprometería su juramento; mas el presidente, que no puso en duda la ortodoxia de su ahijado, añadió gravemente estas palabras:

—Hijo mío, has pasado por una prueba tremenda. Yo mismo ignoro el motivo que tenían los señores de Guisa para maltratarte de tal modo; te recomiendo, pues, que en adelante vivas tranquilamente, sin mezclarte en trastornos; pues el favor de la reina y del rey no irá a los artesanos de tempestades. No eres lo bastante grande como para poner al rey el trato en la mano, como lo hacen los señores de Guisa. Si quieres ser un día consejero en el Parlamento, no obtendrás ese noble cargo sino por una seria adhesión a la causa real.

Sin embargo, ni la visita del presidente de Thou, ni las seducciones de Babette, ni las instancias de la señorita Lecamus, su madre, habían quebrantado la fe del mártir de la Reforma. Cristóbal persistía en su religión tanto más cuanto más había sufrido por ella.

—Mi padre no tolerará nunca que me case con un hereje —le decía Babette al oído.

Cristóbal no respondía sino con lágrimas que dejaban a la hermosa muchacha muda y pensativa.

El viejo Lecamus mantuvo su dignidad paternal y sindical; observaba a su hijo y no hablaba apenas. Este viejo, tras haber reconquistado a su querido Cristóbal, estaba casi descontento de sí mismo, y se arrepentía de haber mostrado su ternura por su único vástago; mas lo admiraba en secreto. En época alguna de su vida hizo el síndico mover más resortes para llegar a sus fines; pues vislumbraba el grano maduro de la mies tan penosamente sembrada, y quería efectuar la cosecha.

Algunos días antes de aquella mañana, había sostenido, a solas con Cristóbal, una larga conversación para sorprender el secreto de la resistencia de su hijo. Cristóbal, que no estaba falto de ambición, tenía fe en el príncipe de Condé. La generosa palabra del príncipe, que no había hecho sino cumplir con su oficio de príncipe, estaba grabada en su corazón; mas no sabía que Conde le había enviado a todos los diablos en el momento en que él le dirigía su conmovedor adiós a través de los barrotes de la prisión de Orleáns, diciéndose:

—Un gascón me hubiese comprendido.

A pesar de ese sentimiento de admiración por el príncipe, Cristóbal sustentaba también el más profundo respeto por aquella gran reina Catalina, quien, con una mirada, le había explicado la necesidad en que se encontraba de sacrificarle, y que, durante su suplicio, le había dado, con otra mirada, una ilimitada promesa en una

débil lágrima. En el profundo silencio de los noventa días y noches que empleaba en curarse, el nuevo abogado repasaba los sucesos de Blois y los de Orleáns. Ponderaba, por así decirlo a su pesar, las dos protecciones: fluctuaba entre la reina y el príncipe. El había ciertamente servido más a Catalina que a la Reforma y, en un joven, el corazón y la mente debían inclinarse hacia la reina, menos a causa de esa diferencia, que a la de su cualidad de mujer. En semejante contingencia, un hombre esperará siempre más de una mujer que de un hombre.

—Me he inmolado por ella, ¿qué hará ella por mí?

Esta pregunta se la formulaba casi involuntariamente, acordándose del acento con que había dicho: *¡Povero mio!* No se podría creer hasta qué punto se hace personal un hombre solo en su lecho y enfermo. Todo, hasta los cuidados exclusivos de que es objeto, le induce a no pensar más que en sí mismo. Exagerándose las obligaciones del príncipe de Condé para con él, Cristóbal esperaba verse investido de algún cargo en la corte de Navarra. Este joven, todavía novato en política, olvidaba tanto más los cuidados y la rápida marcha a través de los hombres y de los acontecimientos, que dominan a los jefes de partido, por cuanto estaba como incomunicado en aquella vieja sala parda. Todo partido es necesariamente ingrato cuando milita; y cuando triunfa, hay demasiada gente a recompensar, para no seguir siéndolo. Los soldados se someten a esta ingratitud: pero los jefes se vuelven contra el nuevo amo, al par del cual han marchado durante tanto tiempo. Cristóbal, el único que se acordara de sus sufrimientos, se situaba ya entre los jefes de la Reforma, proclamándose uno de sus mártires. Lecamus, aquel viejo lobo del comercio, tan fino y tan perspicaz, había acabado por adivinar los pensamientos secretos de su hijo; así, todas sus maniobras estaban basadas en la natural vacilación a que estaba entregado Cristóbal.

—¿No sería hermoso —decía la víspera en familia a Babette— ser la mujer de un consejero del Parlamento? ¡Se le llamaría *Señora!*

—¡Está loco, compadre! —dijo Lallier—. ¿De dónde sacaría los diez mil escudos de renta en propiedades rústicas que debe tener un consejero, y con qué compraríais un cargo? Sería preciso que la reina madre y el regente no tuviesen más que eso en la cabeza para que vuestro hijo entrase en el Parlamento, y huele demasiado a hereje para que se le ponga allí.

—¿Cuánto daríais por ver a vuestra hija mujer de un consejero?

—¡Lo que quiere es ver el fondo de mi bolsa, viejo pájaro! —dijo Lallier.

¡Consejero en el Parlamento! Estas palabras taladraban el cerebro de Cristóbal.

Mucho tiempo después del coloquio, una mañana que Cristóbal contemplaba el río, que le recordaba la escena con la que comienza esta historia, al príncipe de Conde, a la Renaudie y a Chaudieu, el viaje a Blois, todas sus esperanzas en fin, el síndico vino a sentarse al lado de su hijo, ocultando mal un aire de contento bajo su afectada gravedad.

—Hijo mío —le dijo—, después de lo que ha pasado entre ti y los jefes del motín de Amboise, te debían lo bastante como para que tu porvenir concerniera a la casa de



Navarra.

—Sí —asintió Cristóbal.

—Pues bien —prosiguió el padre—, he hecho pedir positivamente para ti el permiso de comprar un cargo de justicia en el Bearn. Nuestro buen amigo Paré se ha encargado de remitir las cartas que en tu nombre he escrito al príncipe de Condé y a la reina Juana. Ten, lee la respuesta del señor de Pibrac, vicescanciller de Navarra.

«Al señor Lecamus, Síndico del Gremio de Peleteros:

»Monseñor el príncipe de Condé me encarga participaros su sentimiento por no poder hacer nada en cuanto concierne a su solicitud por su compañero de la torre de Saint-Aignan, de quién se acuerda, y al que, por el momento, ofrece un puesto de gendarme en su compañía, en la que tendrá la oportunidad de abrirse camino, como hombre de corazón que es.

»La reina de Navarra espera la ocasión de recompensar al señor Cristóbal, y no dejará de hacerlo oportunamente.

»Con tal motivo, señor Síndico, Dios os guarde muchos años.

»Nerac.

»Pibrac,

»Canciller de Navarra».

—¡Nerac, Pibrac, crac! —dijo Babette—. No hay nada que esperar de los gascones; no piensan más que en ellos.

El viejo Lecamus miraba a su hijo con aire zumbón.

—¡Propone montar a caballo a un pobre mozo que ha tenido las rodillas y los tobillos rotos por él! —exclamó la señorita Lecamus—. ¡Qué espantosa burla!

—No te veo apenas consejero en Navarra —dijo el síndico de los peleteros.

—Me gustaría mucho saber lo que la reina Catalina haría por mí, si la solicitara —dijo Cristóbal, aterrado.

—Ella no te ha prometido nada —dijo el viejo mercader—, pero estoy seguro de que no se burlaría de ti y se acordaría de tus sufrimientos. Sin embargo, ¿podría hacer un consejero del Parlamento de un burgués protestante...?

—¡Pero Cristóbal no ha abjurado! —exclamó Babette—. Puede bien conservar para sí su secreto sobre sus opiniones religiosas.

—El príncipe de Condé sería menos desdeñoso con un consejero del Parlamento de París —dijo Lecamus.

—¡Consejero, padre mío! ¿Es eso posible?

—Sí, si no estropeas lo que quiero hacer por ti. Mi compadre Lallier, aquí presente, daría doscientas mil libras, de poner yo otras tantas, para la adquisición de un hermoso predio señorial, con la condición de sucesión por línea de varones, y con la cual os dotaríamos.

—Y yo añadiría aún algo más para una casa en París —dijo Lallier.

—¿Así pues, Cristóbal? —dijo Babette.

—Habla sin contar con la reina —respondió el joven abogado.

Unos días después de esta harto amarga decepción, un aprendiz entregó a Cristóbal esta lacónica misiva:

«¡Chaudieu desea ver a su hijo!».

—¡Que entre! —exclamó Cristóbal.

—¡Oh, mi santo mártir! —dijo el ministro, yendo a abrazar al abogado—. ¿Te has repuesto ya de tus dolores?

—Sí, gracias a Paré.

—¡Gracias a Dios, quien te ha dado la fuerza para soportar la tortura! Pero ¿qué es lo que he sabido? Has sido recibido abogado, has prestado juramento de fidelidad... ¿has reconocido, pues, a la prostituida, a la Iglesia católica, apostólica, romana?

—Mi padre lo ha querido.

—¿Mas no debemos abandonar a nuestros padres, a nuestros hijos y a nuestras mujeres, y sufrirlo todo por la santa causa del calvinismo...? ¡Ah, Cristóbal, Calvin, el gran Calvin, todo el partido, el mundo, el futuro cuentan con tu valor y con tu grandeza de alma! Nos hace falta tu vida.

Hay de notable en el espíritu del hombre que el más abnegado, al par de sacrificarse, se construye siempre una quimera de esperanzas en las más peligrosas crisis. Así, cuando, en el río y bajo el puente del Change, el príncipe, el soldado y el ministro habían pedido a Cristóbal que fuese a llevar a Catalina aquel tratado que, interceptado, debía costarle la vida, el mozo contaba con su temple, con el azar, con su inteligencia, y había avanzado audazmente entre aquellos dos terribles partidos, los Guisa y Catalina, donde había estado a punto de ser triturado. Mientras estaba sometido al tormento, se decía aún:

«¡Saldré adelante! ¡No es más que el dolor!».

Mas a esta demanda brutal: «¡Muere!»), hecha a un joven que se encontraba aún impotente, apenas repuesto de la tortura y que se asía a la vida tanto más cuanto de tan cerca había visto a la muerte, era imposible abandonarse a ilusiones.

Cristóbal respondió tranquilamente:

—¿De qué se trata?

—De disparar valientemente un pistoletazo como Estuardo contra Minard.

—¿Contra quién ahora?

—Contra el duque de Guisa.

—¿Ún asesinato?

—¡Una venganza! ¿Olvidas acaso la matanza en el mismo cadalso de cien gentilhombres, en Amboise? Un niño, el pequeño d'Aubigné, ha dicho, viendo aquella carnicería: «¡Han trinchado a Francia!».

—Se deben recibir todos los golpes y no asestarlos, tal es la doctrina del Evangelio —respondió Cristóbal—. Mas para imitar a los católicos, ¿a santo de qué reformar la Iglesia?

—¡Oh, Cristóbal, te han hecho abogado y razones! —dijo Chaudieu.

—No, amigo mío —respondió el abogado—. Pero los príncipes son demasiado ingratos, y usted, y los suyos, serán juguetes de la casa de Borbón...

—¡Oh, Cristóbal, si hubieras oído a Calvino, sabrías que los manejamos como guantes...! Los Borbones son los guantes; nosotros somos la mano.

—¡Lea esto! —dijo Cristóbal, presentando al ministro la respuesta de Pibrac.

—¡Oh, hijo mío, eres ambicioso, ya no puedes sacrificararte..., te compadezco!

Algunos días después de esta escena, estaban reunidas la familia Lallier y la familia Lecamus, en honor de los esponsales de Babette y Cristóbal, en la vieja sala parda, donde ya no dormía el mozo, pues podía ya subir las escaleras y comenzaba a arrastrarse sin la ayuda de las muletas. Eran las nueve de la noche, y se esperaba a Ambrosio Paré. El notario de la familia se encontraba ante una mesa repleta de contratos. El peletero vendía su casa y su fondo de comercio a su primer dependiente, quien pagaba al contado por la casa cuarenta mil libras, y la hipotecaba para responder del pago de las mercancías, sobre las cuales daba ya a cuenta veinte mil libras.

Lecamus adquiriría para su hijo una magnífica casa de piedra, construida por Felipe de l'Orme, en la calle de Saint-Pierre-aux-Boeufs y se la daba como dote. El síndico tomaba además doscientas cincuenta mil libras de su fortuna, y Lallier daba otro tanto, para la adquisición de un hermoso predio señorial sito en Picardía, y por el cual se había pedido quinientas mil libras. Hallándose esta posesión en dependencia de feudo de la corona, hacían falta cartas patentes, dichas de *libranza*, otorgadas por el rey, además del pago de considerables laudemios. Así, la conclusión del casamiento estaba aplazada hasta la obtención de este favor real. Si los burgueses de París se habían hecho otorgar el derecho de comprar señorías, la cordura del consejo privado había puesto ciertas restricciones en relación con las tierras que dependían de la corona, y la que Lecamus codiciaba desde hacía una decena de años, se halla en la excepción. Ambrosio fiaba en traer la ordenanza la misma noche. El viejo Lecamus iba de la sala a su puerta con una impaciencia que mostraba cuán grande había sido su ambición. Por fin entró Ambrosio.

—Mi viejo amigo —dijo el cirujano con aire harto azorado y mirando la cena—, veamos tus manteles... Bien. ¡Oh, ponga velas de cera! ¡Dése prisa! ¡Aprisa! Busque todo lo que tenga de mejor y más bello.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó el cura de Saint-Pierre-aux-Boeufs.

—La reina madre y el rey vienen a cenar con vosotros —respondió el primer cirujano—. La reina y el rey esperan a un viejo consejero cuyo puesto será vendido a Cristóbal, y al señor de Thou, que ha concluido la transacción. No pongáis cara de haber sido prevenidos..., me he escapado del Louvre.

En un momento estuvieron en acción las dos familias. La madre de Cristóbal y la tía de Babette fueron y vinieron con una celeridad de amas de casa sorprendidas. A pesar de la confusión que el aviso causó en la asamblea familiar, los preparativos se hicieron con una actividad rayana en el prodigio. Cristóbal, sorprendido, confundido

por tan señalado favor, estaba sin habla y contemplaba maquinalmente todo aquel tráfico.

—¡La reina y el rey en nuestra casa! —decía la vieja madre.

—¡La reina! —repetía Babette—. ¿Qué decir? ¿Qué hacer?

Al cabo de una hora todo estuvo cambiado: la vieja sala aparecía bellamente engalanada, y la mesa destellaba. Oyóse entonces un ruido de caballos en la calle. El fulgor de las antorchas portadas por los jinetes de la escolta hizo asomar la nariz a las ventanas a los burgueses del barrio. El tumulto fue rápido. No quedaron bajo los pilares más que la reina y su hijo, el rey Carlos IX, Carlos de Gondi, nombrado mayordomo del guardarropa y ayo del rey, el señor de Thou, el viejo consejero, el secretario de Estado, Pinard y dos pajes.

—Buenas gentes —dijo la reina entrando en la casa—, el rey mi hijo y yo venimos a firmar el contrato de casamiento del hijo de nuestro peletero; mas es a condición de que seguirá siendo católico. Es preciso ser católico para ingresar en el Parlamento, hay que serlo también para poseer una tierra que depende de la corona, y asimismo hay que ser católico para sentarse a la mesa del rey, ¿no es así, Pinard?

El secretario de Estado apareció, mostrando las cartas patentes.

—Si no somos aquí todos católicos —dijo el pequeño rey—, Pinard las lanzará al fuego, pero creo que lo somos, ¿estoy en lo cierto? —añadió recorriendo con una mirada algo altiva la asamblea.

—Sí, señor —dijo Cristóbal Lecamus, doblando, aunque con dolor, la rodilla, y besando la mano que el jovencísimo rey le tendió.

La reina Catalina, que tendió también su mano a Cristóbal, lo alzó bruscamente, y llevándole a algunos pasos a un rincón, le dijo:

—¡Nada de trapacerías!, ¿eh, mozo? ¡Aquí jugamos un juego limpio!

—Sí, señora —respondió él, impresionado por la magnífica recompensa y por el honor que le hacía aquella reina agradecida.

—Pues bien, señor Lecamus, mi hijo el rey y yo, le permitimos concertar sobre el cargo del bueno de Groslay, consejero del Parlamento, aquí presente —dijo la reina—. Usted seguirá, joven, lo espero, los procedimientos de su antecesor.

De Thou se adelantó y dijo:

—Respondo de él, señora.

—Pues bien, registrad, notario —dijo Pinard.

—Ya que el rey nuestro señor nos hace el favor de firmar el contrato de mi hija —exclamó Lallier—, yo pago todo el precio de la señoría.

—Las damas pueden tomar asiento —dijo el rey, gentilmente—. Y como presente de bodas a la prometida, y con el consenso de mi madre, hago cesión de mis derechos.

El viejo Lecamus y Lallier cayeron de rodillas y besaron la mano del joven rey.

—¡Voto a Dios, señor, cuánto dinero tienen estos burgueses! —le dijo Gondi al oído.

El joven rey se echó a reír.

—Con la venia de vuestras Señorías —dijo el viejo Lecamus—, ¿me conceden permiso para presentarles a mi sucesor y transmitirle la patente real del suministro de sus casas?

—Veamos —dijo el rey.

Lecamus hizo avanzar a su sucesor, quien se tornó lívido.

—Si mi querida madre lo permite, tomaremos todos asiento a la mesa —dijo el joven rey.

El viejo Lecamus tuvo la atención de ofrecer como presente al rey un cubilete de plata que había obtenido de Benvenuto Cellini, con ocasión de su estancia en Francia en el palacio de Nesle, y que no había costado menos de dos mil escudos.

—¡Oh, madre mía, vea que maravillosa obra de arte! —exclamó el rey, alzando el cubilete por su pie.

—Es de Florencia —respondió Catalina.

—Perdóneme, señora —dijo Lecamus—, está cincelado en Francia por un florentino. Lo que es de Florencia sería de la reina, mas lo que está hecho en Francia es del rey.

—Acepto, buen hombre —exclamó Carlos IX—, y en adelante este será mi cubilete.

—Es lo bastante magnífico, en efecto —manifestó la reina examinando aquella obra maestra— como para incluirlo entre las joyas de la corona.

—Bueno, maese Ambrosio —dijo la reina al oído de su cirujano, señalando a Cristóbal—, ¿lo ha curado bien? ¿andaré?

—Volará —respondió sonriendo el cirujano—. ¡Ah, usted lo ha pervertido muy sutilmente!

—Por falta de un monje, la abadía no huelga —respondió la reina con esa ligereza que se le ha reprochado, y que no era sino superficial.

La cena fue animada, la reina halló hermosa a Babette, y como gran soberana que siempre fue, le puso en el dedo uno de sus diamantes, a fin de compensar la pérdida del cubilete en casa de los Lecamus. El rey Carlos IX, que después tomó acaso demasiado gusto a aquellas especies de invasiones en casa de sus burgueses, cenó con buen apetito; luego, a unas palabras de su nuevo ayo, quien, según se dice, tenía el encargo de hacerle olvidar las virtuosas instrucciones de Cypierre, arrastró al primer presidente, al viejo consejero dimisionario, al secretario de Estado, al cura, al notario y a los burgueses, a beber tan copiosamente, que la reina Catalina decidió salir en el momento en que vio que la alegría estaba a punto de ser ruidosa. Al levantarse la reina, Cristóbal, su padre y las dos mujeres, tomaron antorchas y la acompañaron hasta el umbral de la tienda. Allí, Cristóbal osó dar un tironcito a la amplia manga de la reina y la hizo una señal de inteligencia. Catalina se detuvo, despidió al viejo Lecamus y a las dos mujeres con un gesto, y dijo a Cristóbal:

—¿Qué?

—Si puede, señora, sacar partido de esto —dijo el mozo hablando al oído de la reina—, sepa que el duque de Guisa está acechado por asesinos...

—Eres un súbdito leal —dijo Catalina sonriendo—, y no te olvidaré jamás.

- le tendió su mano, tan célebre por su belleza, mas desenguantándola, lo que podía considerarse como una especial muestra de favor; en consecuencia, Cristóbal se hizo del todo realista al besar aquella adorable mano.

—¡Ellos me desembarazarán, pues, de ese soldadote, sin que tenga yo que ocuparme en absoluto! —pensó, volviendo a enfundar su guante.

- seguidamente montó en su mula y regresó al Louvre con sus dos pajes.

Cristóbal permaneció fosco mientras seguía bebiendo: el austero rostro de Ambrosio le reprochaba su apostasía; pero los posteriores sucesos dieron razón al viejo síndico. Cristóbal no hubiese ciertamente escapado a las matanzas del San Bartolomé, y sus riquezas y sus tierras habrían pasado a los asesinos. La historia ha registrado la suerte cruel de la mujer del sucesor de Lallier, bella criatura cuyo cuerpo quedó desnudo, atado por los cabellos a uno de los puntales del puente del Change, durante tres días. Babette tembló entonces, pensando que ella hubiese podido sufrir igual trato, de haber seguido siendo calvinista Cristóbal, pues ese fue pronto el nombre de los protestantes. Así, la ambición de Calvino quedó satisfecha, mas tras su muerte.

Tal fue el origen de la célebre casa parlamentaria de los Lecamus. Tallemant des Reaux ha cometido un error al suponer que procedían de Picardía. Los Lecamus tuvieron interés en ello más tarde, a datar de la adquisición de su principal posesión, situada en aquella comarca. El hijo de Cristóbal, que le sucedió bajo Luis XIII, fue el padre de aquel acaudalado presidente Lecamus que, bajo Luis XIV, edificó el magnífico palacio que disputaba al de Lambert la admiración de los parisinos y de los forasteros, pero que, ciertamente, es uno de los más bellos monumentos de París. El hotel Lecamus existe aún en la calle de Thorigny, aun cuando en el comienzo de la Revolución fuera pillado, como perteneciente al señor de Juigné, arzobispo de París. Todas las pinturas fueron borradas entonces; y, después, los colegios que ha albergado lo han estropeado en grado sumo. Este palacio, que sustituyó a la vieja vivienda de la calle de la Pelleterie, muestra aún los bellos resultados que en otros tiempos obtenía el espíritu de familia. Cabe dudar que el individualismo moderno, engendrado por el reparto igual de las sucesiones, eleve semejantes monumentos.

---

## Las confidencias de los Ruggieri

---

### I. LA CORTE BAJO CARLOS IX

Entre las once y medianoche, hacia las postrimerías del mes de octubre de 1573, dos italianos, de Florencia, dos hermanos, Alberto de Gondi, mariscal de Francia, y Carlos de Gondi la Tour, mayordomo del guardarropa del rey Carlos IX, se hallaban sentados al borde del canal del tejado de una casa situada en la calle de Saint-Honoré. En aquel tiempo, ese canal, de piedra, se hallaba bajo los tejados para recibir las aguas, y estaba horadado de trecho en trecho por esos largos desagüaderos tallados en forma de animales fantásticos con las fauces abiertas. A pesar del celo con que la actual generación derriba las antiguas casas, existían en París muchos de esos desagüaderos salientes, hasta que recientemente los hizo desaparecer la ordenanza sobre los conductos de bajada de aguas. Sin embargo, existen aún algunos canales esculpidos, que se encuentran principalmente en el corazón del barrio de Saint-Antoine, donde la modicidad de los alquileres no ha permitido construir buhardillas.

Debe parecer raro que dos personajes investidos de cargos tan eminentes desempeñaran así el oficio de gatos. Mas, para quien excava los tesoros históricos de aquel tiempo, en el que los intereses se cruzaban tan diversamente en torno al trono, a tal punto que se puede comparar la política interior de Francia a una madeja enredada, aquellos dos florentinos son auténticos gatos muy en su puesto en el canal de un tejado. Su lealtad a la persona de la reina madre Catalina de Médicis, que les había plantado en la corte de Francia, les obligaba a no retroceder ante ninguna de las consecuencias de su intrusión. Mas, para explicar cómo y por qué estaban los dos cortesanos así encaramados, ha de hacerse referencia a una escena que acababa de acontecer a dos pasos de aquel desagüadero, en el Louvre, en aquella bella sala parda, la única acaso que nos queda de los aposentos de Enrique II, y donde los cortesanos hacían tras la cena su corte a las dos reinas y al rey. En aquella época, burgueses y grandes señores cenaban, unos a las seis y otros a las siete; pero los refinados lo hacían entre las ocho y las nueve. Algunas personas creen erróneamente que la etiqueta ha sido inventada por Luis XIV; mas en Francia procede de Catalina de Médicis, quien la creó tan severa, que al condestable de Montmorency le costó más entrar a caballo en el patio del Louvre que obtener su espada; y más aún, tal inaudita distinción no le fue otorgada sino ya en su vejez. Un tanto relajada bajo los dos primeros reyes de la casa de Borbón, la etiqueta tomó una forma oriental con el gran monarca, ya que provino del Bajo Imperio, que la tenía de Persia. En el 1573, no solamente pocas personas gozaban del derecho de llegar con sus gentes y sus

antorchas al patio del Louvre, como bajo Luis XIV únicamente los duques y pares entraban en carroza bajo el peristilo, sino que aún se contaban los cargos que daban entrada tras la cena a los aposentos. El mariscal de Retz, a la sazón apostado en su canal, ofreció un día mil escudos de la época al ujier del gabinete para poder hablar con Enrique III, en un momento en que no tenía derecho, ¡Qué risa provoca en un verdadero historiador la vista del patio del castillo de Blois, por ejemplo, en donde los dibujantes ponen a un gentilhomme a caballo! Así pues, a aquella hora, no se encontraban en el Louvre sino los personajes más eminentes del reino. La reina Isabel de Austria y su suegra Catalina de Médicis estaban sentadas en un rincón de la chimenea. En la otra esquina, el rey, retrepado en su sillón, afectaba una apatía autorizada por la digestión, pues había comido como un príncipe al regreso de una cacería. Acaso también quería dispensarse de hablar en presencia de tantas personas que espiaban su pensamiento. Los cortesanos permanecían en pie y descubiertos en el fondo de la sala. Unos hablaban en voz baja; otros observaban al rey, esperando de él una mirada o una palabra. Llamado por la reina madre, éste conversaba algunos instantes con ella. El de más allá se aventuraba a decir algo a Carlos IX, quien respondía con un movimiento de cabeza o por unas lacónicas palabras. Un señor alemán, el conde de Soler, estaba en pie en la esquina de la chimenea, al lado de la nieta de Carlos V, a la que había acompañado a Francia. Junto a esta joven reina estaba, en un taburete, su dama de honor, la condesa de Fiesque, una Strozzi pariente de Catalina. La bella señora de Sauves, descendiente de Ricardo Corazón de León, alternativamente amante del rey de Navarra, del de Polonia y del duque de Alençon, había sido invitada a cenar; mas ella estaba en pie, pues su marido no era sino secretario de Estado. Detrás de estas dos damas, los Gondi hablaban con ellas, y únicamente ellos eran quienes reían en aquella melancólica asamblea. Gondi, convertido en duque de Retz y gentilhomme de cámara, después de haber obtenido el bastón de mariscal sin haber mandado nunca un ejército, había sido encargado de desposar a la reina en Spira. Este favor muestra bastante que pertenecía, así como su hermano, al pequeño número de aquellos a quienes las dos reinas y el rey permitían ciertas familiaridades. Del lado del rey, se observaba en primer término al mariscal de Tavannes, venido por asuntos a la corte, a Neufville de Villeroy, uno de los más hábiles negociadores de la época y que comenzaba la fortuna de esta casa; los señores de Birague y de Chiverni, uno el hombre de la reina madre, y el otro canciller de Anjou y de Polonia, quien, concedor de la predilección de Catalina, se había adherido a Enrique III, ese hermano que Carlos IX consideraba su enemigo; después Strozzi, el primo de la reina madre; y, en fin, algunos señores, entre los cuales destacaban el viejo cardenal de Lorena y su sobrino el joven duque de Guisa, mantenidos ambos igualmente a distancia por Catalina y por el rey. Estos dos jefes de la Sacra-Unión, más tarde la Liga, fundada hacía algunos años de acuerdo con España, fingían la sumisión de esos servidores que esperan la ocasión de convertirse en amos: Catalina y Carlos IX se observaban con igual atención.



En aquella corte tan sombría como la sala en la que estaban, cada cual tenía sus razones para hallarse triste o pensativo. La joven reina era presa de los tormentos de la envidia, y los disfrazaba mal, simulando sonreír a su marido, al que, como mujer piadosa y adorablemente buena, amaba apasionadamente. María Touchet, la única amante de Carlos IX, y a la que fue caballerosamente fiel, había vuelto hacía más de un mes del castillo de Fayet, en el Delfinado, a donde fue a dar a luz. Traía a Carlos IX el único hijo que él tuvo, Carlos de Valois, primero conde de Auvernia y luego duque de Angulema. Además del pesar de ver a su rival dar un hijo al rey, mientras que ella no había tenido sino una hija, la pobre reina experimentaba las humillaciones de un súbito abandono. Durante la ausencia de su amante, el rey se había acercado a su mujer con un arrebato que la historia ha mencionado como una de las causas de su muerte. El regreso de María Touchet mostraba, pues, a la devota austríaca la poca parte que el corazón ocupaba en el amor de su marido. No era aquella la única decepción que la joven reina experimentaba en este asunto; hasta entonces, Catalina de Médicis le había parecido ser su amiga; mas, su suegra, por política, había favorecido aquella traición, prefiriendo servir a la amante que a la mujer del rey. He aquí por qué.

Cuando Carlos IX confesó su pasión por María Touchet, Catalina se mostró favorable a esta muchacha, por motivos extraídos en interés de su dominación. María Touchet, lanzada muy joven a la corte, llegó a ella en ese período de la vida en que están en flor los bellos sentimientos: adoraba al rey por él mismo. Espantada del abismo en que la ambición había precipitado a la duquesa de Valentinois, más conocida bajo el nombre de Diana de Poitiers, tuvo sin duda miedo de la reina Catalina, y prefirió la felicidad al lustre. Acaso juzgó que dos amantes tan jóvenes como ella y el rey no podían luchar contra la reina madre. Por otra parte, María, hija única de Juan Touchet, señor de Beauvais y del Quillard, consejero del rey y teniente en la bailía de Orleans, situada entre la burguesía y la ínfima nobleza, no era ni completamente noble, ni del todo burguesa, y debía ignorar los fines de la ambición innata de las Pisseleu y las Saint-Vallier, ilustres muchachas que combatían por sus casas con las armas secretas del amor. María Touchet, sola y sin familia, evitaba a Catalina de Médicis el hallar en la amante de su hijo una muchacha de gran casa, que sería reposada como su rival. Juan Touchet, una de las preclaras mentes de la época, y a quien los poetas hicieron dedicatorias, no quiso ser nada en la corte. María, joven sin relaciones, tan espiritual e instruida como sencilla y cándida, cuyos deseos debían ser inofensivos al poder real, convino mucho a la reina madre, quien por ende le mostró gran afecto. En efecto, Catalina hizo reconocer en el Parlamento el hijo que María Touchet acababa de tener el mes de abril, y permitió que tomara el nombre de conde de Auvernia, anunciando a Carlos IX que ella le dejaría por testamento sus *propiedades*, los condados de Auvernia y de Lauraguais. Más tarde, Margarita, primero reina de Navarra, impugnó la donación cuando fue reina de Francia, y el Parlamento la anuló; mas, posteriormente aún, Luis XIII, sintiendo respeto por la

sangre de los Valois, indemnizó al conde de Auvernia con el ducado de Angulema. Catalina había hecho ya presente a María Touchet, quien no pedía nada, de la señoría de Belleville, posesión sin título, vecina a Vincennes, y a donde se trasladaba la amante cuando, tras la caza, el rey dormía en el castillo. Carlos IX pasó en esta sombría fortaleza la mayor parte de sus últimos días, y, según algunos autores, acabó allí su vida como Luis XII había acabado la suya. Aun cuando fuese muy natural a un amante tan seriamente prendado prodigar a una mujer idolatrada nuevas pruebas de amor, siendo preciso expiar legítimas infidelidades, Catalina, tras haber empujado a su hijo al lecho de la reina, defendió la causa de María Touchet como saben hacerlo las mujeres, y acababa de volver a lanzar al rey a los brazos de su amante. Todo cuanto ocupaba a Carlos IX, aparte de la política, iba a Catalina; por lo demás, las buenas intenciones que ella manifestaba por este hijo, engañaron aún algún tiempo a Carlos IX, quien comenzaba a ver en ella a una enemiga. Las razones que hacían actuar en este asunto a Catalina de Médicis, escapaban, pues, a los ojos de doña Isabel, quien, según Brantôme, era una de las más dulces reinas que jamás hayan reinado, y que no hizo mal ni descontentó a nadie, llegando hasta a *leer en secreto su devocionario*. Mas esta cándida princesa comenzaba a vislumbrar los precipicios abiertos en torno a un trono, horrible descubrimiento que podía bien causarle algunos vértigos; debió experimentar uno mayor por haber podido responder a una de las damas que le decía, a la muerte del rey, que de haber tenido ella un hijo, sería reina madre y regente:

—¡Ah, loemos a Dios por no haberme dado un hijo! ¿Qué habría sucedido? El pobre hubiese sido despojado, como se ha querido hacer al rey mi marido, y yo hubiera sido la causa... Dios ha tenido piedad del Estado, El ha hecho todo para lo mejor.

Esta princesa, de quien Brantôme cree haber trazado el retrato diciendo que tenía el tono de su rostro tan bello y delicado como las damas de la corte y sumamente agradable, que tenía muy bello talle, aun cuando lo tuviese harto regular, contaba muy poca cosa en la corte; pero, el estado del rey la permitía entregarse a su doble dolor, su actitud se añadía al sombrío color de un cuadro, que, una joven reina menos cruelmente lacerada que ella, hubiese podido alegrar. La piadosa Isabel demostraba en aquel momento que las cualidades que son el lustre de las mujeres de condición corriente, pueden ser fatales a una soberana. Una princesa ocupada en cualquier otra cosa que en sus horas durante la noche, habría sido de útil apoyo a Carlos IX, quien no lo encontraba ni en su mujer ni en su amante.

En cuanto a la reina madre, se preocupaba por el Rey, quien, durante la cena había hecho gala de excelente humor, que ella comprendía que era artificioso, para ocultar un prejuicio contra su persona. Aquella súbita alegría contrastaba vivamente con la contención de espíritu que difícilmente había ocultado por su asiduidad a la caza, y por un trabajo maniático en la forja, donde gustaba de cincelar el hierro, para que Catalina se dejase engañar. Sin poder adivinar qué estadista se prestaba a esas

negociaciones y a esos preparativos, pues Carlos IX despistaba a los espías de su madre, Catalina no dudaba que se preparaba algún plan contra ella. La presencia inopinada de Tavannes, llegado al mismo tiempo que Strozzi, al que ella había llamado, le daba mucho que pensar. Por la fuerza de sus combinaciones, Catalina estaba por encima de todas las circunstancias; mas no podía nada contra una violencia súbita. Como muchas personas ignoran el estado en que se encontraban a la sazón los asuntos, tan complicados por los diferentes partidos que agitaban a Francia, y cuyos jefes tenían intereses particulares, resulta necesario describir en pocas palabras la peligrosa crisis en que estaba comprometida la reina madre. Dos palabras explican a esta mujer tan curiosa a estudiar, y cuya influencia dejó tan marcadas improntas en Francia. Estas dos palabras son dominación y astrología. Exclusivamente ambiciosa, Catalina de Médicis no tuvo otra pasión que la del poder. Supersticiosa y fatalista como lo fueron tantos hombres superiores, no tuvo creencias sinceras sino en las ciencias ocultas. Sin este doble tema, ella quedará siempre incomprendida. Dando paso a su fe en la astrología judicial, va a hacerse la claridad sobre los dos personajes filosóficos de este Estudio.

Existía un hombre al que Catalina apreciaba más que a sus hijos, y este hombre era Cosme Ruggieri; lo alojaba en su palacio de Soissons, le había hecho su consejero secreto, encargado de decirle si los astros ratificaban los consejos y el buen sentido de sus consejeros ordinarios. Curiosos antecedentes justificaban el imperio que Ruggieri conservó sobre su alma hasta el último momento. Uno de los hombres más sabios del siglo XVI fue indudablemente el médico de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, padre de Catalina. Este médico fue llamado Ruggiero el Viejo (*vecchio Ruggier, Rogerio el Viejo* por los autores franceses que se han ocupado de alquimia), para distinguirlo de sus dos hijos, Lorenzo Ruggiero, llamado *el Grande* por los autores cabalísticos, y de Cosme Ruggiero, el astrólogo de Catalina, igualmente llamado Rogerio por varios historiadores franceses. Ha prevalecido el uso de llamarles Ruggieri, como de llamar a Catalina Médicis, en vez de Medici. Ruggieri el Viejo estaba pues tan considerado en la casa de Médicis, que los dos duques, Cosme y Lorenzo, fueron los padrinos de sus dos hijos. Estableció, de consuno con el famoso matemático Bazile, el horóscopo del nacimiento de Catalina, en su calidad de matemático, de astrólogo y de médico de la casa de Médicis, tres cualidades que frecuentemente se confundían. En aquella época, las ciencias ocultas se cultivaban con un ardor que puede sorprender a los espíritus incrédulos de nuestro siglo tan soberanamente analista; acaso verán apuntar en este croquis histórico el germen de las ciencias positivas, expandidas en el siglo XIX, pero sin la poética grandeza con que las insuflaban los audaces investigadores del siglo XVI, quienes, en lugar de industrializarlas, engrandecían el arte y fecundaban el pensamiento. La universal protección otorgada a estas ciencias por las memorias de aquel tiempo, está, por lo demás, justificada por las admirables creaciones de los inventores, quienes partían de la indagación de la gran obra para llegar a resultados pasmosos. Por ende, jamás los

soberanos fueron más ávidos de esos misterios. Los Fugger, en quienes los Lúculos modernos reconocerán a sus príncipes, y los banqueros a sus maestros, eran ciertamente calculadores difíciles de sorprender; pues bien, esos hombres tan positivos que prestaban los capitales de Europa a los soberanos del siglo XVI, tan cargados de deudas como los de hoy, esos ilustres huéspedes de Carlos V, comanditaron los hornos de Paracelso. A comienzos del siglo XVI, Ruggieri el Viejo fue el jefe de esa universidad secreta de la que salieron los Cardan, los Nostradamus y los Agrippa, que alternativamente fueron médicos de los Valois, y en fin todos los astrónomos, los astrólogos, los alquimistas que rodeaban en aquella época a los príncipes de la cristiandad, y que fueron más particularmente acogidos y protegidos en Francia por Catalina de Médicis. En el horóscopo de nacimiento que compusieron Bazile y Ruggieri el Viejo, fueron pronosticados los principales acontecimientos de la vida de Catalina con una exactitud desesperante para quienes niegan las ciencias ocultas. Este horóscopo anunciaba las desgracias que, durante el sitio de Florencia, señalaron el comienzo de su vida, su casamiento con un infante de Francia, el inesperado acceso de este infante al trono, el nacimiento de sus hijos y su número. Tres de sus hijos habían de ser reyes cada uno a su vez, dos hijas serían reinas, y todos ellos debían morir sin descendencia. Y el horóscopo se realizó tan puntualmente, que muchos historiadores lo han creído compuesto después de los sucesos.

Todos saben que Nostradamus llevó al castillo de Chaumont, donde Catalina fue cuando la conspiración de la Renaudie, a una mujer que poseía el don de leer el futuro. Ahora bien, bajo el reinado de Francisco II, cuando la reina veía a sus hijos de corta edad y sanos, antes del casamiento de Isabel de Valois con Felipe II, rey de España, y antes del de Margarita de Valois con Enrique de Borbón, rey de Navarra, Nostradamus y su amiga confirmaron las circunstancias del famoso horóscopo. Esta persona, dotada sin duda de segunda vista, y que pertenecía a la gran escuela de los infatigables investigadores de la gran obra, pero cuya vida secreta ha escapado a la historia, afirmó que el último hijo coronado moriría asesinado. Tras haber situado a la reina ante un espejo mágico en que se reflejaba una rueda, sobre cada una de cuyas puntas se dibujó el rostro de cada infante, la bruja la imprimía un movimiento, y la reina contaba el número de vueltas que daba. Cada vuelta era para cada infante un año de reinado. Enrique IV dio veintidós vueltas. Esta mujer (algunos autores dicen que se trataba de un hombre) dijo a la espantada reina, que Enrique de Borbón sería en efecto rey de Francia, y que reinaría todo ese tiempo. Catalina dedicó por ende un odio mortal al bearnés, al saber que sucedería al último de los Valois asesinado. Curiosa por conocer cuál sería el género de muerte que ella misma tendría, la respuesta fue que desconfiara de Saint-Germain. Desde aquel día, pensando que sería encerrada o violentada en el castillo de Saint-Germain, no puso jamás su pie en él, aun cuando ese castillo fuese más idóneo a sus designios, por su proximidad a París, que todos a los que fue a refugiarse con el rey durante los disturbios. Cuando cayó

enferma, algunos días después del asesinato del duque de Guisa en los Estados de Blois, preguntó el nombre del prelado que fue a asistirla, diciéndosele que se llamaba Saint-Germain.

—¡Muerta soy! —exclamó.

Y, en efecto, murió el día siguiente, habiendo por lo demás cumplido el número de años vaticinado por todos sus horóscopos.

Esta escena, conocida por el cardenal de Lorena, quien la tachó de brujería, se desarrollaba hoy. Francisco II no había reinado sino sus dos vueltas de rueda, y Carlos IX realizaba en este momento su última vuelta. Si Catalina ha dicho estas singulares palabras a su hijo Enrique, al partir para Polonia: «¡Volverás pronto!», hay que atribuir las a su fe en las ciencias ocultas y no al designio de envenenar a Carlos IX. Margarita de Francia era reina de Navarra, Isabel lo era de España, y el duque de Anjou de Polonia.

Muchas otras circunstancias corroboran la fe de Catalina en las ciencias ocultas. La víspera del torneo en el que Enrique II fue mortalmente herido, Catalina vio el golpe fatal en sueños. Su consejo de astrología judicial, compuesto por Nostradamus y los dos Ruggieri, le había predicho la muerte del rey. La historia ha registrado las instancias que hizo Catalina para inducir a Enrique II a que no descendiera al palenque. El pronóstico y el sueño engendrado por él, se realizaron. Las memorias de la época refieren otro hecho no menos extraño. El correo que anunciaba la victoria de Moncontour llegó por la noche, tras haberlo hecho tan rápidamente, que reventó tres caballos. Se despertó a la reina madre, quien dijo: «Ya lo sabía». En efecto, la víspera, dice Brantôme, ella había relatado el triunfo de su hijo y algunas circunstancias de la batalla. El astrólogo de la casa de Borbón declaró que el segundón de tantos príncipes descendientes de San Luis, que el hijo de Antonio de Borbón sería rey de Francia. Esta predicción, referida por Sully, se verificó en los propios términos del horóscopo, lo que hizo decir a Enrique IV, que, a fuerza de embustes, aquellas gentes daban con la verdad. Sea como fuere, si la mayoría de las más preclaras mentes de aquella época creían en la vasta ciencia llamada *magia* por los maestros de la astrología judicial, *brujería* por el público, estaban autorizados a ello por el éxito de los horóscopos.

Fue para Cosme Ruggieri, su matemático, su astrónomo, su astrólogo, su brujo si se quiere, que Catalina mandó erigir la columna adosada al Mercado del Trigo, único resto que queda del palacio de Soissons. Cosme Ruggieri poseía, como los confesores, una misteriosa influencia, con la que se contentaba. Por lo demás, albergaba un ambicioso pensamiento, superior a la ambición vulgar. Este hombre, a quien los novelistas o los dramaturgos presentan como un juglar, poseía la rica abadía de Saint-Mahé, en la Baja Bretaña, y había rehusado elevadas dignidades eclesiásticas; el oro, que las pasiones supersticiosas de la época le traían en abundancia, bastaba a su empresa secreta, y la mano de la reina, extendida sobre su cabeza, preservaba de todo mal hasta su menor cabello.

En cuanto a la sed de dominio que devoraba a Catalina, su ansia por conquistar el poder fue tan grande, que se alió con los Guisa, enemigos del trono, para apoderarse de él, y para conservar en sus manos las riendas del Estado, empleó todos los medios, sacrificando a sus amigos y hasta a sus hijos. Esta mujer no podía vivir sino por las emociones del juego. Aunque italiana y de la voluptuosa raza de los Médicis, los calvinistas, que la han calumniado tanto, no le descubrieron un solo amante. Admiradora de la divisa *Dividir para reinar*, hacía doce años que había aprendido a oponer constantemente una fuerza a otra. En cuanto tomó en mano la brida de los asuntos, se vio obligada a mantener la discordia para neutralizar las fuerzas de dos casas rivales y salvar a la Corona. Este sistema necesario ha justificado la predicción de Enrique II. Catalina inventó ese juego de columpio político, imitado después por todos los príncipes que se encontraron en análoga situación, oponiendo alternativamente los calvinistas a los Guisa y los Guisa a los calvinistas. Tras haber enfrentado mutuamente a ambas religiones, en el corazón de la nación, Catalina puso al duque de Anjou frente a Carlos IX. Y tras haber opuesto las cosas, opuso a los hombres, conservando *en* sus manos los nudos de todos sus intereses. Mas, en este terrible juego, que exige la cabeza de un Luis XI o de un Luis XVIII, se cosecha inevitablemente el odio de todos los partidos, y se condena su promotor a vencer siempre, pues una sola batalla perdida le presenta a todos los intereses como enemigos, si, en todo caso, a fuerza de triunfar, acaba por no encontrar ya más jugadores. La mayor parte del reino de Carlos IX fue el triunfo de la política doméstica de esta asombrosa mujer. ¡Cuánto tacto y habilidad debió emplear Catalina para que se diese el mando de los ejércitos al duque de Anjou, bajo un rey joven, valiente, ávido de gloria, capaz, generoso, y en presencia del condestable Anne de Montmorency! El duque de Anjou tuvo, a los ojos de los políticos de Europa, el honor de la jornada de San Bartolomé, mientras que Carlos IX cargó con todo lo odioso de ella. Tras haber inspirado al rey una simulada y secreta envidia contra su hermano, ella se sirvió de esa pasión para emplear en las intrigas de una rivalidad fraternal, las grandes cualidades de Carlos IX. Cypierre, el primer ayo, y Amyot, el preceptor de Carlos IX, habían hecho un tan gran hombre de su alumno, le habían preparado un reinado tan bello, que la madre sintió odio por su hijo el primer día en que ella temió perder el poder tras haberlo conquistado tan penosamente. Basándose en esto, la mayoría de los historiadores han creído en cierta predilección de la reina madre por Enrique III; mas la conducta que observaba en aquel momento demuestra la perfecta insensibilidad de su corazón hacia sus hijos. Al ir a reinar a Polonia, el duque de Anjou la privaba del instrumento del que tenía necesidad para mantener a raya a Carlos IX, mediante esas intrigas domésticas que hasta entonces habían neutralizado su energía, ofreciendo un pasto a sus extremos sentimientos. Catalina hizo entonces forjar la conspiración de la Mole y de Coconnas, donde participaba el duque de Alençon, quien convertido en duque de Anjou, por el advenimiento de su hermano, se prestó con suma complacencia a las miras de su madre, desplegando una

ambición que alentaba a su hermana Margarita, reina de Navarra. Esta conspiración, llegada entonces al punto que Catalina quería, tenía por objetivo poner al joven duque y a su cuñado, el rey de Navarra, a la cabeza de los calvinistas, de apoderarse de Carlos IX y mantener prisionero a este rey sin heredero, quien así dejaría la corona al duque, cuya intención era establecer el calvinismo en Francia. Calvino había obtenido algunos días antes de su muerte la recompensa que tanto ambicionaba, viendo a la Reforma llamarse el *calvinismo* en su honor. Si Laboureur y los más juiciosos autores no hubiesen ya demostrado que la Mole y Coconnas, detenidos cincuenta días después de la noche en que comienza este relato, y decapitados en el mes de abril siguiente, fueron las víctimas de la política de la reina madre, bastaría para hacer pensar que ella dirigía secretamente su empresa, con la participación de Cosme Ruggieri en este asunto. Este hombre, contra el cual albergaba el rey sospechas y un odio cuyos motivos van a hallarse suficientemente explicados aquí, fue implicado en el proceso. Reconoció haber proporcionado a la Mole una figura representando al rey, con el corazón atravesado por dos agujas. Esta manera de embrujar en efígie constituía, en la época, un crimen penado de muerte. El tal verbo de embrujar, contiene una de las más magníficas imágenes infernales que pueden traducir el odio; además explica admirablemente la operación magnética y terrible que describe, en el mundo oculto, un deseo constante rodeando al personaje así destinado a la muerte, y cuya figura de cera recordaba sin cesar los efectos. La justicia de entonces opinaba, con razón, que un pensamiento al cual se daba cuerpo, era un crimen de lesa majestad. Carlos IX requirió la muerte del florentino; Catalina, más poderosa, obtuvo del Parlamento, por medio del consejero Lecamus, que su astrólogo fuese condenado únicamente a galeras. Muerto el rey, Cosme Ruggieri fue graciado por un decreto de Enrique IV, quien le devolvió sus pensiones y le recibió en la corte.

Catalina había asestado ya tantos golpes en el corazón de su hijo, que en aquel momento él estaba impaciente por sacudirse el yugo de su madre. Desde la ausencia de María Touchet, Carlos IX, ocioso, se había ocupado en observarlo todo en derredor suyo. Había tendido, muy hábilmente, lazos a personas que creía seguras, para probar su fidelidad. Había vigilado los pasos de su madre, y le había hurtado el conocimiento de los suyos, sirviéndose, para engañarla, de todos los defectos que ella misma le había inculcado. Consumido por el deseo de borrar el horror causado en Francia por la jornada de San Bartolomé, se ocupaba con actividad de los asuntos, presidía el consejo e intentaba asir las riendas del gobierno por actos hábilmente medidos. Aunque la reina tratase de combatir las disposiciones de su hijo, mediante el empleo de todos los medios de influencia que le procuraban sobre su espíritu su autoridad maternal y el hábito de dominarle, la pendiente de la desconfianza es tan rápida, que el hijo fue del primer brinco demasiado lejos para volver atrás. El día en que le fueron referidas las palabras dichas por su madre al rey de Polonia, Carlos IX se sintió en tan mal estado de salud, que concibió horribles pensamientos, y, cuando tales sospechas invaden el corazón de un hijo y de un rey, nada puede disiparlas. En

efecto, en su lecho de muerte, su madre se vio obligada a interrumpirle clamando: «¡No diga eso, señor!», en el momento en que, confiando a Enrique IV a su mujer y a su hijo, quería ponerle en guardia contra Catalina. Aunque Carlos IX no estuviera falto de ese respeto exterior de que fue siempre tan celosa, no llamando a los reyes sus hijos sino «señor» desde hacía pocos meses, la reina distinguía en las maneras de aquél la mal disfrazada venganza de una decidida venganza. Mas quien quisiera sorprender a Catalina debía ser hábil. Ella tenía dispuesta la conspiración del duque de Alençon y de la Mole, con el fin de desviar, por una nueva rivalidad fraterna, los esfuerzos que hacía Carlos IX para llegar a su emancipación; sólo que antes de emplearla, quería disipar recelos que podrían hacer imposible toda reconciliación entre ella y su hijo; pues ¿dejaría él el poder a una madre capaz de envenenarle? Por ello se creía en este momento tan seriamente amenazada, que había mandado llamar a Strozzi, su pariente, soldado notable por su ejecución. Sostenía con Birague y los Gondi conciliábulo secretos, y jamás había consultado tan a menudo su oráculo en el palacio de Soissons.

Aunque el hábito del disimulo, al par de la edad, hubiesen formado a Catalina esa máscara de abadesa, altiva y macerada, descolorida y no obstante llena de profundidad, discreta e inquisitiva, tan notable a los ojos de quienes han estudiado su retrato, los cortesanos percibían cierto empañamiento sobre aquel espejo florentino. Ninguna mujer se mostró más imponente que lo fuera ésta desde el día en que logró contener a los Guisa tras la muerte de Francisco II. Su bonete de terciopelo negro, modelado en pico sobre la frente, pues nunca abandonó el luto de Enrique II, formaba como una capucha femenina a su imperioso y frío rostro, al cual, por otra parte, sabía comunicar, llegado el caso, las seducciones italianas. Estaba tan bien formada físicamente, que impuso la moda para las mujeres de montar a caballo de manera que se mostraran las piernas; basta decir que las suyas eran las más perfectas del mundo. Todas las mujeres montaron pues así en Europa, cuyas modas dictaba desde hacía tiempo Francia. Para quien quiera imaginarse esta gran figura, el cuadro que ofrecía la sala cobrará al instante un grandioso aspecto. Aquellas dos reinas tan diferentes de genio, de belleza, de atavío, y casi reñidas, una ingenua y pensativa, la otra cavilosa y grave como una abstracción, se encontraban demasiado preocupadas para dar durante la velada la consigna que los cortesanos esperan para animarse.

El drama profundamente oculto que, desde hacía seis meses, representaban el hijo y la madre, había sido adivinado por algunos cortesanos; pero los italianos lo habían sobre todo seguido con mirada atenta, pues todos estaban destinados a ser sacrificados si Catalina perdía la partida. En semejantes circunstancias, y en un momento en que el hijo y la madre manejaban sus falacias y artimañas, el rey sobre todo debía ocupar las miradas. Durante aquella velada, Carlos IX, fatigado por una larga caza y por las serias ocupaciones que había disimulado, parecía tener cuarenta años. Había llegado al último grado de la dolencia de la que murió, y que autorizó a algunas personas graves a pensar que fue envenenado. Según de Thou, ese Tácito de



los Valois, los cirujanos hallaron en el cuerpo de Carlos IX manchas sospechosas (*ex causa incognita reperti livores*). Los funerales de este príncipe fueron aún más pobres que los de Francisco II. De Saint-Lazare a Saint-Denis, Carlos IX fue conducido por Brantôme y por algunos arqueros de la guardia que mandaba el conde de Solern. Esta circunstancia, unida al supuesto odio de la madre por el hijo, pudo confirmar la acusación lanzada por de Thou: mas ella sanciona la opinión emitida aquí sobre el escaso cariño que Catalina tenía por todos sus hijos; insensibilidad que se explica por su fe en las sentencias de la astrología judicial. Esta mujer no podía interesarse apenas en instrumentos que habían de faltarle. Enrique III era el último rey bajo el cual debía ella reinar, eso era todo. Hoy puede permitirse creer que Carlos IX falleció de muerte natural. Sus excesos, su género de vida, el súbito desarrollo de sus facultades, sus últimos esfuerzos para recuperar las riendas del poder, su deseo de vivir, el abuso de sus fuerzas, sus postreros sufrimientos y sus postreros placeres, todo demuestra a los espíritus imparciales que murió de una enfermedad del pecho, dolencia entonces poco conocida, mal observada, y cuyos síntomas pudieron inclinar al propio Carlos IX a creerse envenenado. Mas el verdadero veneno que le dio su madre se hallaba en los funestos consejos de los cortesanos puestos en su derredor para hacerle derrochar tanto sus fuerzas intelectuales como las físicas, y que motivaron así su enfermedad puramente ocasional y no constitutiva. Carlos IX se distinguía a la sazón, más que en ninguna otra época de su vida, por una majestad triste, que no sienta mal a los reyes. La magnitud de sus pensamientos secretos se reflejaba en su rostro, notable por la tez italiana que de su madre tenía. Aquella marfileña palidez, tan bella a la luz artificial, tan favorable a las expresiones de la melancolía, hacía destacar rigurosamente el fuego de sus ojos de un azul oscuro, que, comprimidos entre dos gruesos párpados, adquirían así la acerada agudeza que la imaginación exige de la mirada de los reyes, y cuyo color favorecía el disimulo. Los ojos de Carlos IX eran sobre todo terribles por la disposición de las elevadas cejas, en armonía con una frente despejada, y que podía alzar y bajar a voluntad. Tenía una nariz ancha y larga, de gruesa extremidad, una verdadera nariz de león; orejas grandes, cabello de ígneo rubio y una boca casi sanguinolenta, como la de los tísicos, cuyo labio superior era delgado e irónico, y el inferior lo bastante abultado como para hacer suponer las más bellas cualidades del corazón. Las arrugas impresas sobre su frente, cuya juvenil tersura había sido destruida por espantosas preocupaciones, inspiraban gran interés; los remordimientos causados por la inutilidad de la jornada de San Bartolomé, medida que le fue astutamente arrancada, habían producido más de una; pero tenía otras dos en su rostro, que habrían sido harto elocuentes para un sabio al que un genio especial hubiese permitido adivinar los elementos de la fisiología moderna. Aquellas dos arrugas trazaban un hondo surco que iba de cada pómulo a cada comisura de la boca, acusando los esfuerzos interiores de un organismo fatigado de proveer a los trabajos del pensamiento y a los violentos placeres del cuerpo. Carlos IX estaba agotado. La reina madre, al ver su obra, debía

tener remordimientos, si en todo caso la política no los ahoga en los seres asentados en la púrpura. ¿Habría tal vez retrocedido Catalina, de haber sabido el efecto que sus intrigas producirían en su hijo? ¡Qué espantoso espectáculo! Aquel rey nacido tan vigoroso se había tornado débil, aquel espíritu tan bien templado, se hallaba lleno de dudas: aquel hombre, en quien residía la autoridad, se sentía sin apoyo; aquel firme carácter tenía poca confianza en sí mismo. El valor guerrero se había trocado en él, gradualmente, en ferocidad; la discreción en disimulo; el amor fino y delicado de los Valois se mudaba en una inextinguible ansia rabiosa de placer. Aquel gran hombre ignorado, pervertido, desgastado en las mil facetas de su bella alma, rey sin poder, poseyendo un hermoso corazón y no teniendo un amigo, tirado y zamarreado por mil contrarios designios y miras, ofrecía la triste imagen de un hombre de veinticuatro años hastiado de todo, desconfiando de todo, decidido a jugarlo todo, hasta su vida. Desde hacía poco tiempo, había comprendido su misión, su poder, sus recursos, y los obstáculos que su madre presentaba a la pacificación del reino; mas aquella luz brillaba en un fanal roto.

Dos hombres a los que este príncipe quería al extremo de haber exceptuado a uno de la matanza de San Bartolomé, y de haber ido a cenar a casa del otro en el momento en que sus enemigos le habían acusado de haber envenenado al rey, su primer médico Juan Chapelain y su primer cirujano Ambrosio Paré, llamados por Catalina y llegados de provincias a toda prisa, se encontraban allí para la hora del retiro. Ambos contemplaban a su señor con solicitud, y algunos cortesanos les hacían preguntas en voz baja; mas los dos sabios medían sus respuestas, ocultando la condena que habían formulado. De cuando en cuando, él rey alzaba sus entorpecidos párpados e intentaba hurtar a sus cortesanos la mirada que lanzaba sobre su madre. De pronto, se levantó bruscamente y se puso ante la chimenea.

—Señor de Chiverni —dijo—, ¿por qué conserva el título de canciller de Anjou y de Polonia? ¿Está a nuestro servicio o al de nuestro hermano?

—Soy todo vuestro, señor —respondió inclinándose Chiverni.

—Venga pues mañana, tengo intención de enviarle a España, pues suceden extrañas cosas en la corte de Madrid.

El rey miró a su mujer y volvió a retrepase en su sillón.

—En todas partes pasan cosas extrañas —dijo en voz baja el mariscal de Tavannes, uno de los favoritos de su juventud.

Levantóse de nuevo, conduciendo a su camarada de diversiones de juventud al alféizar de la ventana situada en el ángulo del salón, y le dijo:

—Tengo necesidad de ti, quédate el último. Quiero saber si estarás por o contra mí. No simules asombro. Rompo mis trabas. Mi madre es la causa de todo el mal aquí. Dentro de tres meses estaré muerto, o seré rey de hecho. ¡Silencio, por tu vida! Tienes mi secreto, tú, Solern y Villeroy. Si se comete una indiscreción, provendrá de uno de vosotros. No estés tan pegado a mí, ve a hacer la corte a mi madre, dile que me muero y que no lo sientes, porque soy un desdichado.

Carlos IX se paseó con el brazo apoyado en el hombro de su antiguo favorito, con quien pareció hablar de sus sufrimientos, para engañar a los curiosos; luego, temiendo hacer demasiado visible su frialdad, fue a conversar con las dos reinas llamando a Birague al lado de ellas. En aquel momento, Pinard, uno de los secretarios de Estado, se coló por la puerta cercana a Catalina, deslizándose como una anguila a lo largo de las paredes, y yendo a decir unas palabras al oído de la reina madre, quien le respondió por un signo afirmativo. El rey no preguntó a su madre de qué se trataba, sino que fue a instalarse nuevamente en su sillón, guardando silencio, tras haber lanzado sobre la corte una mirada horriblemente colérica y envidiosa. Este pequeño suceso tuvo, a los ojos de todos los cortesanos, una enorme gravedad. Fue como la gota de agua que hace desbordar el vaso, aquel ejercicio del poder sin la participación del rey. La reina Isabel y la condesa de Fiesque se retiraron sin que el rey les prestara atención; mas la reina madre condujo a su nuera hasta la puerta. Aunque la desavenencia entre madre e hijo prestara gran interés a los gestos, a las miradas, y a la actitud de Catalina y de Carlos IX, su frío continente hizo comprender a los cortesanos que estaban de más; por lo tanto, abandonaron el salón en cuanto hubo salido la joven reina. Así, a las diez no quedaron más que algunos íntimos: los dos Gondi, Tavannes, el conde de Solern, Birague y la reina madre.

El rey permanecía sumido en negra melancolía. Aquel silencio era molesto. Catalina parecía perpleja o como desazonada: quería marcharse y deseaba que el rey la acompañara, mas su hijo seguía obstinadamente sumido en su cavilosa ensoñación; finalmente, ella se levantó para despedirse de él, y Carlos IX se vio obligado a imitarla; ella le tomó del brazo, dando algunos pasos con él para inclinarse a su oído y deslizarle estas palabras:

—Señor, tengo cosas importantes que confiaros.

Antes de marchar, la reina madre hizo en un espejo un guiño a los señores de Gondi, escapado tanto más a las miradas de su hijo, cuanto que él mismo lanzaba una ojeada de inteligencia al conde de Solern y a Villeroy. Tavannes estaba pensativo.

—Señor —dijo el mariscal de Retz saliendo de su meditación—, le encuentro regiamente aburrido; ¿no se divierte pues ya? ¡Vive Dios!, ¿dónde está el tiempo en que holgábamos golfeando por las calles, de noche?

—¡Ah, ese era el buen tiempo! —respondió el rey, no sin suspirar.

—¿Por qué no va? —dijo el señor de Birague, retirándose y lanzando una ojeada a los Gondi.

—Recuerdo siempre con placer esos tiempos —exclamó el mariscal de Retz.

—Me gustaría mucho verle sobre los tejados, señor mariscal —dijo Tavannes añadiendo al oído del rey—. ¡Maldito gato de Italia, ojalá te rompieras el cuello!

—Ignoro quien de los dos, si usted o yo atravesaría más prestamente un patio o una calle; pero lo que sé, es que ni uno ni otro tenemos miedo a morir —respondió el duque de Retz.

—Bueno, señor, ¿desearía tarambanear como en vuestra juventud? —dijo el

mayordomo del guardarropa.

Así pues, a sus veinticuatro años, aquel desgraciado rey no parecía ya joven a nadie, ni siquiera a sus aduladores. Tavannes y el rey recordaron, como verdaderos escolares, algunas de las buenas juergas que habían corrido por París, y no tardó en decidirse la partida. Los dos italianos, desafiados a saltar de techo en techo, y de un lado a otro de la calle, apostaron seguir al rey. Todos fueron a vestir ropa de golfante. El conde de Solern, que había quedado solo con el rey, le miró con aire asombrado. Si el buen alemán, sintiendo cierta compasión al adivinar la situación del rey de Francia, era la fidelidad y el honor encarnados, no era rápido de entendimiento. Rodeado de personas hostiles, no pudiendo fiarse de nadie, ni confiarse siquiera a su mujer, quien se había hecho culpable de algunas indiscreciones al ignorar que tuviera él por enemigos a su madre y a sus servidores, Carlos IX se había sentido dichoso al hallar en el señor de Solern una lealtad que le permitía una entera confianza. Tavannes y Villeroy no poseían sino una parte de los secretos del rey. Tan sólo el conde de Solern conocía el plan en toda su cabal extensión y profundidad; por lo demás, resultaba muy útil a su señor, ya que disponía de algunos servidores discretos y fieles, que obedecían ciegamente sus órdenes. El señor de Solern, que tenía un puesto de mando en los arqueros de la guardia, seleccionaba, desde hacía unos días, hombres exclusivamente adictos al rey, para formar con ellos una compartía escogida. El rey pensaba en todo.

—Bueno, Solern —dijo Carlos IX—, ¿no nos hace falta un pretexto para pasar la noche fuera? Yo ya tenía a la señora de Belleville; pero éste es mejor, pues mi madre puede saber lo que sucede en casa de María.

El señor de Solern, que debía seguir al rey, pidió permiso para despejar las calles con algunos de sus alemanes, y Carlos IX consintió en ello. Y hacia las once de la noche, el rey, tornado alegre, se puso en camino con sus tres cortesanos, para explorar el barrio de Saint-Honoré.

—Iré a sorprender a mi amiga —dijo Carlos IX a Tavannes, al pasar por la calle de la Autruche.

## II. ARDIDES CONTRA ARDIDES

Para hacer más inteligente esta escena nocturna a quienes no han tenido presente la topografía del viejo París, es necesario explicar donde se encontraba la calle de la Atruche. El Louvre de Enrique II continuaba en medio de escombros y de casas. En el lugar del ala que hace fachada hoy al puente de Arts, existía un jardín. En vez de la columnata, se encontraban fosos y un puente levadizo sobre el cual había de ser muerto más tarde un florentino, el mariscal de Ancre. Al extremo de ese jardín se elevaban las torres del palacio de Borbón, vivienda de los príncipes de esta casa hasta el día en que la traición del condestable, arruinado por el secuestro de sus bienes que ordenó Francisco I, por no pronunciarse entre su madre y él, acabó este proceso, tan fatal a Francia, con la confiscación de los bienes del condestable. Este castillo, que hacía un bello efecto sobre el río, no fue demolido sino bajo Luis XIV. La calle de la Atruche comenzaba en la de Saint-Honoré y terminaba en el palacio de Borbón, sobre el malecón. Esta calle de la Atruche, denominada también Autriche en algunos antiguos planos, ha desaparecido del mapa, como tantas otras. Los autores no están de acuerdo sobre la etimología del nombre. Unos suponen que proviene de un palacio de Osteriche (*Osterrichen*), habitado por una hija de esta casa que se desposó con un señor francés en el siglo XIV. Otros pretenden que allá se encontraban antaño los veleros reales a donde todo París corrió un día para ver un avestruz viva. Sea como fuere, esta calle tortuosa era notable por las mansiones de algunos príncipes de sangre que se alojaron en tomo al Louvre. Desde que la realeza había desertado del barrio de Saint-Antoine, donde se refugió bajo la Bastilla durante dos siglos, para ir a instalarse al Louvre, muchos grandes señores vivían en los alrededores. Ahora bien, el palacio de Borbón tenía por pareja, del lado de la calle de Saint-Honoré, el antiguo palacio de Alençon. Esta mansión de los condes de ese nombre, siempre comprendida en el patrimonio, pertenecía entonces al cuarto hijo de Enrique II, quien tomó más tarde el título de duque de Anjou y murió bajo Enrique III, a quien dio mucho que roer. El patrimonio volvió entonces a la corona, por lo que este antiguo palacio fue demolido. En aquella época, la mansión de un príncipe ofrecía un vasto conjunto de edificios; y, para formarse una idea, no hay sino medir el espacio que ocupa aún, en el París moderno, el palacio Soubise, en el Marais. Una mansión de estas comprendía los establecimientos exigidos por esas grandes existencias que pueden parecer casi problemáticas a muchas personas que ven hoy el ruin estado de un príncipe. Contenían inmensas cuadras, los alojamientos de los médicos, de los bibliotecarios, cancilleres, clero, tesoreros, oficiales, pajes, servidores a sueldo y criados anexos a la casa del príncipe. Hacia la calle de Saint-Honoré se encontraba en un jardín del palacio, una linda casita que la célebre duquesa de Alençon había hecho construir en 1520, y la cual fue posteriormente rodeada de casas particulares edificadas por mercaderes. El rey había alojado en ella a María Touchet. Aunque el duque de Alençon conspirase a la sazón contra su hermano, era incapaz de contrariarle en ese

punto.

Como para descender la calle de Saint-Honoré que, en aquel tiempo, no ofrecía oportunidades a los ladrones sino a partir de la barrera de los Sergents, había de pasar ante la morada de su amiga, era difícil que el rey no se detuviera en ella. Buscando alguna aventurilla, algún burgués retrasado a desvalijar o el vigilante a aporrear, el rey levantaba la nariz a todos los pisos y miraba los lugares iluminados, a fin de saber lo que pasaba en ellos o para escuchar las conversaciones. De pronto, al llegar a la casa de un famoso perfumero llamado René, que abastecía a la corte, el rey pareció concebir una de esas súbitas inspiraciones que sugieren observaciones anteriores, al ver una intensa luz proyectada por la última ventana de la buhardilla.

Sospechábase vehementemente de este perfumista que curaba a los tíos ricos cuando se decían enfermos: la corte le atribuía el invento del famoso *elixir de herencias*, y fue acusado de haber envenenado a Juana de Albret, madre de Enrique IV, enterrada sin que se le abriese la cabeza, *a pesar de la orden formal de Carlos IX*, dice un contemporáneo. Desde hacía dos meses, el rey buscaba una estratagema para poder espiar los secretos del laboratorio de René, a quien iba a visitar con frecuencia Cosme Ruggieri. El rey quería, caso de que encontrase allí algo sospechoso, proceder por sí mismo, sin ningún intermediario de la política o de la justicia, sobre los que su madre haría actuar al temor o al soborno.

Cierto es que, durante el siglo XVI, en los años que lo precedieron y lo siguieron, el envenenamiento había llegado a una perfección desconocida a la química moderna, y que la historia ha constatado. Italia, cuna de las ciencias modernas, fue, en esa época, inventora y maestra de esos secretos, muchos de los cuales se perdieron. De ahí le provino esa fama que durante los dos siglos siguientes pesó sobre los italianos. Los novelistas han abusado tanto de ella, que por doquier donde presentan italianos, les hacen desempeñar papeles de asesinos y de envenenadores. Si Italia tenía entonces la primacía de las sutiles ponzoñas de que hablan los historiadores, habríase de reconocer su preeminencia tanto en toxicología como en todos los conocimientos humanos y en las artes, en todos cuyos terrenos precedía a Europa. Los crímenes de la época no eran suyos; ella servía a las pasiones del siglo al igual que construía admirables edificios, mandaba ejércitos, pintaba maravillosos frescos, cantaba romanzas, amaba a las reinas, placía a los reyes, organizaba fiestas, representaciones o bailes, y dirigía la política. En Florencia, este horrible arte había llegado a un extremo tan refinado, que una mujer repartía un melocotón con un duque, sirviéndose de un cuchillo de oro, uno de cuyos lados estaba envenenado, comía ella la mitad sana y daba la muerte con la otra. Un par de guantes perfumados infiltraba por los poros una dolencia mortal. Se ponía veneno en un ramo de rosas naturales, cuyo único aroma, una vez respirado, producía la muerte. Según se dice, don Juan de Austria fue envenenado con un par de botas.

Con harta razón se mostraba, pues, curioso el rey Carlos IX, y cualquiera puede concebir a qué punto debían tornarle impaciente por sorprender a René en su tarea,

las sombrías creencias que le agitaban.

La antigua fuente situada en la esquina de la calle del Arbre-Sec, posteriormente reconstruida, ofrecía a la noble pandilla las facilidades necesarias para alcanzar el tejado de una casa vecina a la de René, que el rey aparentaba interés en visitar. El rey, pues, seguido por sus compañeros, se puso a viajar sobre los tejados, con gran espanto de algunos burgueses despertados por aquellos falsos ladrones que les espetaban algún nombre chusco, picaresco u obsceno, escuchaban las querellas y los placeres de cada matrimonio o cometían algunos pequeños estropicios. Cuando los italianos vieron a Tavannes y al rey metiéndose por los tejados de la casa vecina a la de René, el mariscal de Retz se sentó, manifestando estar fatigado, y su hermano quedó a su lado.

«Tanto mejor», pensó el rey dejando de buen grado a sus espías.

Tavannes se burló de los dos florentinos, quienes quedaron solos en medio de un profundo silencio y en un lugar donde no tenían más que el cielo sobre sus cabezas y a los gatos por oyentes. Así, los dos italianos aprovecharon la circunstancia para comunicarse pensamientos que no habrían expresado en ningún otro sitio del mundo, y que los sucesos de la velada les habían inspirado.

—Alberto —dijo el mayordomo al mariscal—, el rey triunfará sobre la reina; hacemos mala faena para nuestra fortuna permaneciendo unidos a Catalina. Si pasáramos al rey en el momento en que busca apoyos contra su madre y hombres hábiles para servirle, no seríamos cazados como fieras cuando la reina madre sea proscrita, encarcelada o muerta.

—Con semejantes ideas no llegarás lejos, Carlos —respondió gravemente el mariscal al mayordomo—. Seguirás al rey a su tumba, y no le queda mucho tiempo de vida; está demasiado descalabrado. Cosme Ruggieri ha pronosticado su muerte para el próximo año.

—El jabalí moribundo ha matado a menudo al cazador —replicó Carlos de Gondi—. Esa conspiración del duque de Alençon, del rey de Navarra y del príncipe de Condé, en la que se entremeten la Mole y Cocconnas, es más peligrosa que útil. Primeramente, el rey de Navarra, a quien la reina madre esperaba sorprender en flagrante delito, ha desconfiado de ella y no se mezcla. Quiere aprovecharse de la conspiración sin correr sus riesgos. Y luego, he ahí que hoy todos piensan colocar la corona sobre la cabeza del duque de Alençon, quien se hace calvinista.

—*Budelone!*<sup>[14]</sup>, ¿es que no ves que esa conspiración permite a nuestra reina saber lo que los hugonotes pueden hacer con el duque de Alençon y lo que el rey quiere hacer con los hugonotes? Pues el rey negocia con ellos; mas para hacerle comulgar con ruedas de molino, Catalina le declarará mañana esa conspiración que neutralizará sus proyectos.

—Ah —exclamó Carlos de Gondi—, aprovechándose de nuestros consejos, ella se ha hecho más fuerte que nosotros. Eso sí que está bien.

—Bien para el duque de Anjou, que prefiere ser rey de Francia que de Polonia, y

a quien iré a explicárselo todo.

—¿Partes, Alberto?

—Mañana. ¿No tenía yo acaso la misión de acompañar al rey de Polonia? Iré a reunirme con él en Venecia, donde Sus Señorías se han encargado de divertirlo.

—Eres la prudencia personificada.

—¡*Che bestia!* Te juro que no hay el menor peligro para nosotros en quedarnos en la corte. ¿Me iría acaso de haberlo? Permanecería al lado de nuestra buena ama.

—¡Buena! —exclamó el mayordomo—. Es capaz de dejar plantados a sus instrumentos cuando los encuentra demasiado pesados.

—*O coglione!*<sup>[15]</sup>, ¿quieres ser soldado y temes la muerte? Cada oficio tiene sus deberes y nosotros tenemos los nuestros para con la fortuna. Prendiéndonos a los reyes, fuente de todo poder temporal, y que protegen, encumbran y enriquecen nuestras casas, hay que consagrarles el amor que inflama para el cielo al corazón del mártir; hay que saber sufrir por su causa; cuando ellos nos sacrifican a su trono, nosotros podemos perecer, ya que morimos tanto para nosotros mismos como para ellos; sin embargo, por lo que respecta a nuestras casas, éstas no perecen. *Ecco!*<sup>[16]</sup>.

—Tienes razón, Alberto, pues te han dado el antiguo ducado de Retz.

—Escucha —prosiguió el duque de Retz—. La reina espera mucho de la habilidad de los Ruggieri para reconciliarse con su hijo. Cuando nuestro bellacuelo no ha querido servirse de René, la muy ladina ha adivinado a dónde iban las sospechas de su hijo. ¿Pero quién sabe lo que el rey se trae entre ceja y ceja? Acaso vacila solamente sobre el trato que destina a su madre, pues es evidente que la odia. ¿Lo oyes bien? Ha dicho algo de sus designios a la reina, ésta ha hablado con la señora de Fiesque, quien a su vez lo ha puesto todo en conocimiento de la reina madre y, desde entonces, el rey mantiene una completa reserva con su mujer.

—Ya era hora —dijo Carlos de Gondi.

—¿De qué? —preguntó el mariscal.

—De ocupar al rey —respondió el mayordomo, quien no por estar menos situado que su hermano en la intimidad de Catalina, era menos clarividente.

—Carlos, te hago andar un hermoso camino —le dijo gravemente su hermano—; pero si quieres ser también duque, sé como el alma condenada de nuestra señora; ella seguirá siendo reina, pues es aquí la más fuerte. La señora de Sauves sigue siendo de ella, y el rey de Navarra y el duque de Alençon continúan siendo de la señora de Sauves; Catalina los manejará siempre a su antojo, tanto en este reinado como bajo el del rey Enrique III. ¡Dios quiera que éste no sea ingrato!

—¿Por qué?

—Su madre hace demasiado por él.

—¡Eh, mas oigo ruido en la calle de Saint-Honoré! —exclamó el mayordomo—. Se cierra la puerta de René. ¿No percibes el paso de varios hombres? Los Ruggieri son detenidos.

—¡Ah, *diavolo*, eso se llama prudencia! El rey no ha seguido su impetuosidad



acostumbrada. ¿Mas dónde los encarcelará? Vamos a ver qué pasa.

Los dos hermanos llegaron a la esquina de la calle de la Autruche en el momento en que el rey entraba en casa de su amante. Al resplandor de las antorchas que tenía el portero, pudieron distinguir a Tavannes y a los Ruggieri.

—Bien, Tavannes —dijo el mayordomo corriendo tras el compañero del rey, que volvía hacia el Louvre—, ¿qué le ha pasado?

—Hemos caído en pleno consistorio de brujos; hemos apresado a dos que son vuestros amigos y que podrán explicar, para uso de los señores franceses, por qué medios habéis echado mano de dos cargos de la corona, vosotros que no sois del país —dijo Tavannes, medio en broma, medio en serio.

—¿Y el rey? —preguntó el mayordomo, a quien la enemistad de Tavannes preocupaba poco.

—Se ha quedado en casa de su amante.

—Hemos llegado por la más absoluta lealtad a nuestros amos, una hermosa y noble senda que usted ha tomado también, mi querido duque —respondió el mariscal de Retz.

Los tres cortesanos caminaron en silencio. En el momento en que se separaron al hallar cada cual a su gente para hacerse acompañar a sus casas, dos hombres se deslizaron ágilmente a lo largo de las paredes de la calle de la Autruche. Aquellos dos hombres eran el rey y el conde de Solern, quienes llegaron pronto al borde del Sena, a un lugar donde les esperaban una barca y remeros escogidos por el señor alemán. En pocos instantes alcanzaron la orilla opuesta.

—Mi madre no está acostada aún y nos verá; hemos elegido mal el lugar de la cita.

—Ella creerá en algún duelo —respondió Solern—. ¿Y cómo distinguirá además quiénes somos, a esta distancia?

—¡Bah, que me vea; ya estoy decidido! —exclamó Carlos IX.

El rey y su confidente saltaron a tierra y marcharon a buen paso en dirección del prado de los Letrados. Al llegar, el conde de Solern, que precedía al rey, encontró a un hombre que estaba de centinela, con el que cambió algunas palabras y quien se retiró a donde estaban los suyos. Pronto, dos hombres, que parecían ser príncipes por las muestras de respeto que les daba el centinela, abandonaron el lugar donde se habían ocultado tras una ruina cerca del campo, y se aproximaron al rey, ante el que doblaron la rodilla; pero Carlos IX los alzó antes de que tocaran tierra y les dijo:

—Nada de ceremonias; aquí todos somos gentilhombres.

A estos tres gentilhombres vino a unirse un anciano venerable, a quien se habría tomado por el canciller l'Hôpital, de no haber muerto el año anterior, y los cuatro se pusieron en marcha con rapidez para situarse en un paraje donde su conferencia no pudiera ser oída por las gentes de su séquito, siguiéndoles Solern a corta distancia para velar por el rey. Este fiel servidor tenía una desconfianza que Carlos IX no compartía, como hombre a quien la vida se le ha hecho ya demasiado pesada. Y este

señor fue, del lado del rey, el único testigo de la conferencia, la cual no tardó en animarse.

—Señor —dijo uno de los interlocutores—, el condestable de Montmorency, el mejor amigo del rey, vuestro padre, que fuera depositario de sus secretos, ha opinado con el mariscal de Saint-André que sería preciso meter a la señora Catalina en un saco y echarla al río. De haber sido hecho esto, muchas gentes estarían en pie.

—Tengo ya bastantes ejecuciones sobre la conciencia, señor —respondió el rey.

—Pues bien, majestad —prosiguió el más joven de los cuatro personajes—, desde el fondo del exilio, la reina Catalina sabrá embrollar los asuntos y hallar auxiliares. ¿No tenemos que temerlo todo de los Guisa, quienes, desde hace nueve años han planeado una monstruosa alianza política en cuyo secreto no se halla aún Vuestra Majestad, y que amenaza vuestro trono? Esta alianza es una invención de España, que no renuncia a su proyecto de derribar los Pirineos. Señor, el calvinismo salvaría a Francia poniendo una barrera moral entre ella y una nación que sueña con el imperio del mundo. Si la reina madre se ve proscrita, se apoyará por ende en España y en los Guisa.

—Señores —manifestó el rey—, sabed que con vuestra ayuda y la paz establecida sin desconfianza, me encargo de hacer temblar a cada uno en el reino. ¡Por la cabeza de Dios llena de reliquias, ya es tiempo de que la realeza se eleve! Sabedlo bien, en esto mi madre tiene razón, os afecta tanto a vosotros como a mí. Vuestros bienes, vuestras prebendas y prerrogativas, están ligadas a nuestro trono; cuando hayáis dejado derribar a la religión, será sobre el trono y sobre vosotros que se dirigirán las manos de las que os servís. Yo no me cuido de luchar contra ideas, con armas que no las alcanzan. Veamos si el protestantismo hará progresos abandonándole a sí mismo; pero, sobre todo, veamos contra qué la emprenderá el espíritu de esa facción. El almirante, que Dios quiera haber recibido en su seno, no era mi enemigo; me juraba mantener la revuelta en los límites del mundo espiritual, y dejar al reinado temporal un rey dueño y súbditos sumisos. Señores, si la cosa está aún en nuestro poder, dad el ejemplo, ayudad a vuestro soberano a reducir a amotinados que nos privan de tranquilidad a unos y a otros. La guerra nos quita todos nuestros ingresos y arruina al reino. Estoy cansado, de este estado de trastornos, y lo estoy tanto, que si es absolutamente preciso, sacrificaré hasta a mi madre. Iré más lejos, tendré a mi lado a católicos y a protestantes en igual número, y colocaré sobre ellos el hacha de Luis XI para hacerlos iguales. Si los señores de Guisa traman una Sacra Unión que ataque a nuestra corona, el verdugo comenzará su tarea por ellos. Yo he comprendido las miserias de mi pueblo y estoy dispuesto a cortar por lo sano en los grandes que causan perjuicio a nuestro reino. Me preocupan poco las conciencias; lo que yo deseo en adelante, son súbditos sumisos, que trabajen, bajo mi voluntad, en la prosperidad del Estado. Señores, os doy diez días para negociar con los vuestros, romper vuestras tramas y volver a mí, que me convertiré en vuestro padre. Si rehusáis, veréis grandes cambios, actuaré con los pequeños, que se lanzarán a mi voz contra los señores. Me

modelaré en un rey que ha sabido pacificar su reino abatiendo personas más considerables que vosotros, y que le contradecían cara a cara. Si hacen falta tropas católicas, tengo a mi hermano de España a quien llamaré en socorro de los tronos amenazados; y, en fin, si no dispongo de ministro para ejecutar mis voluntades, me prestará al duque de Alba.

—En tal caso, señor, nosotros tendríamos a los alemanes para oponer a sus españoles —respondió uno de los interlocutores.

—Primo mío —dijo fríamente Carlos IX—, mi mujer se llama Isabel de Austria, y vuestros apoyos podrían fallar de ese lado; mas creedme, combatamos solos y no llamemos al extranjero. Usted está expuesto al odio de mi madre, y me tiene a mí bastante cerca para servirme de padrino en este duelo que voy a sostener con ella. Pues bien, escuchad esto: usted me parece tan digno de estima, que le ofrezco el cargo de condestable; usted no me traicionará como el otro.

El príncipe al que hablaba Carlos IX le tomó la mano y la apretó entre las suyas, diciendo:

—¡Voto a Dios, heme aquí, hermano mío, para olvidar muchos yerros! Pero, señor, la cabeza no marcha sin la cola, y nuestra cola es difícil de arrastrar. Dadnos más de diez días; nos hace falta cuando menos un mes para hacer entrar en razón a los nuestros. Pasado este plazo, seremos los amos.

—Un mes, sea. Mi único negociador será Villeroy; no habéis de prestar fe más que a él, dígase lo que se os diga por otro conducto.

—Un mes —dijeron a la vez los tres señores—; ese plazo es suficiente.

—Señores, somos cinco —dijo el rey—, cinco personas de corazón. Caso de una traición, sabremos a quién achacarla.

Los tres asistentes abandonaron a Carlos IX con muestras del mayor respeto y le besaron la mano.

Cuando el rey volvió a atravesar el Sena, sonaban las cuatro en el Louvre.

La reina Catalina no se había acostado aún.

—Mi madre sigue velando —dijo Carlos al conde de Solern.

—Ella también tiene su forja —dijo el alemán.

—Querido conde, ¿qué le parece un rey reducido a conspirar? —dijo con amargura Carlos IX, tras una pausa.

—Pienso, señor, que si usted permitiese arrojar esa mujer al agua, como decía ese joven segundón, Francia quedaría pronto tranquila.

—¿Un parricidio tras el San Bartolomé, conde? —dijo el rey—. ¡No, no, el exilio! Una vez caída, mi madre no tendrá ni un servidor, ni un partidario.

—En ese caso, señor —repuso el conde de Solern—, ordéneme que vaya a arrestarla al instante y conducirla fuera del reino; pues mañana ya le habrá trastornado el juicio.

—Ea —dijo el rey—, venga a mi forja; allí no nos oirá nadie; además, no quiero que mi madre sospeche la captura de los Ruggieri. Sabiéndome en ella, la buena

mujer no sospechará nada y podremos concertar las medidas necesarias a su arresto.

Cuando el rey, seguido del conde de Solern, entró en la pieza baja donde estaba su taller, le mostró sonriendo la forja y todos sus instrumentos.

—No creo —dijo— que entre todos los reyes que tendrá Francia, se encuentre un segundo al que guste semejante oficio. Mas, cuando yo sea verdaderamente rey, no forjaré espadas, sino que las haré entrar a todas en la vaina.

—Señor —dijo el conde de Solern—, las fatigas del juego de pelota, su trabajo en esta forja, la caza y, debo decirlo, el amor, son carruajes que el diablo le da para ir más pronto a Saint-Denis.

—¡Solern —dijo lamentablemente el rey—, si supiera el fuego que se me ha puesto en el corazón y en el cuerpo...

nada puede extinguirlo! ¿Está seguro de los hombres que guardan a los Ruggieri?

—Como de mí mismo.

—Pues bien, durante este día habré tomado mi decisión. Piense en los medios de ejecución; le daré mis últimas órdenes a las cinco en casa de la señora de Belleville.

Cuando los primeros resplandores del alba lucharon con la luz del taller, el rey, a quien el conde de Solern había dejado solo, oyó girar la puerta y vio a su madre, que se dibujó en el crepúsculo como un fantasma. Aunque muy nervioso e impresionable, Carlos IX no se estremeció, a pesar de que, dadas las circunstancias en que él se encontraba, aquella aparición tuviese un color sombrío y fantástico.

—Señor —dijo ella—, se está matando...

—Consumo los horóscopos —respondió él, con amarga sonrisa—. ¿Mas no es usted tan madrugadora como yo?

—Hemos velado ambos, señor, pero con intenciones muy diferentes. Cuando usted iba a conferenciar con sus más acérrimos enemigos en pleno campo, a hurtadillas de su madre, ayudado por los Tavannes y por los Gondi, con los cuales ha simulado ir de correría por la ciudad, yo leía los despachos que contenían las pruebas de una terrible conspiración en la que intervienen su hermano el duque de Alençon, su cuñado el rey de Navarra, el príncipe de Condé y la mitad de los grandes del reino. Se trata, nada menos, que de despojaros de la corona, apoderándose de vuestra persona. Esos señores disponen ya de una aguerrida tropa de cincuenta mil hombres.

—¡Ah! —exclamó el rey, con aire incrédulo.

—Vuestro hermano se hace hugonote —prosiguió la reina.

—¿Que mi hermano se pasa a los hugonotes? —exclamó Carlos, blandiendo el hierro que tenía en mano.

—Sí, el duque de Alençon, hugonote de corazón, lo será pronto de hecho. Su hermana la reina de Navarra no tiene ya por usted más que un resto de cariño; ella quiere al señor duque de Alençon, a Bussy, y también al pequeño la Mole.

—¡Qué corazón! —dijo el rey.

—Para convertirse en grande —dijo la reina prosiguiendo—, el pequeño la Mole

no halla nada mejor que dar a Francia un rey a su hechura. El será, se dice, condestable.

—¡Condenada Margot! —barbotó el rey—. ¡Esto es lo que nos trae su casamiento con un hereje...!

—Eso no supondría nada; pero con el jefe de la rama segundona, que usted ha aproximado al trono a pesar de mi consejo, y que desearía que os matarais mutuamente todos... La casa de Borbón es enemiga de la casa de Valois; sabed bien esto, señor: toda rama segundona debe ser mantenida en la mayor pobreza, pues ha nacido conspiradora, y es una estupidez proporcionarle armas cuando no las tiene, y dejárselas cuando las toma. Que todo segundón sea incapaz de perjudicar, tal es la ley de las coronas. Así hacen los sultanes en Asia. Las pruebas están arriba, en mi gabinete, a donde le pedí me siguiera al dejaros ayer por la noche; mas usted tenía otras intenciones. En un mes, si no pusiéramos buen orden en las cosas, correríais la suerte de Carlos el Simple.

—¡En un mes! —exclamó Carlos IX, aterrado por la coincidencia de esa fecha con el plazo pedido por los príncipes aquella misma noche. «*¡En un mes nosotros seremos los amos!*», se dijo, repitiendo sus palabras—. Señora, ¿tiene las pruebas? —preguntó en voz alta.

—No tienen réplica, señor, provienen de mi hija Margarita. Espantada ella misma de las probabilidades de semejante combinación, y a pesar de su cariño por su hermano, el duque de Alençon, el trono de los Valois le ha tirado más, en esta ocasión, que todos sus amores. Pide como precio de sus revelaciones, que no se haga nada a la Mole; pero este pillastre me parece un peligroso bellaco de quien debemos desembarazarnos, así como del conde de Coconnes, el hombre de su hermano. En cuanto al príncipe de Condé, este buen mozo consiente en todo, siempre que se me arroje al agua; yo no sé si es el presente de bodas que me hace por haberle proporcionado su linda mujer. Esto es grave, señor. Usted habla de predicciones..., conozco una que da el trono de los Valois a la casa de Borbón, y, si no andamos con cuidado, ella se realizará. No tenga inquina a su hermana, pues ella se ha comportado bien en esto... Hijo mío —dijo tras una pausa y dando a su voz el acento de la ternura—, muchas gentes malvadas de los señores de Guisa quieren sembrar la división y la discordia entre usted y yo, aunque seamos los únicos en este reino cuyos intereses son idénticos; piénselo bien. Se reprocha ahora la jornada de San Bartolomé, lo sé; y me acusan de haberle decidido a ella. El catolicismo, señor, debe ser el lazo de España, Francia e Italia, tres países que pueden, mediante un plan secreto y hábilmente seguido, reunirse, con la ayuda del tiempo, bajo la casa de Valois. No se prive de las probabilidades soltando la cuerda que reúne a estos tres reinos en el círculo de una misma fe. ¿Por qué los Valois y los Médicis no ejecutarían para su gloria el plan de Carlos V, a quien ha faltado la cabeza? Rechacemos al Nuevo Mundo, donde ella interviene, a esa raza de Juana la Loca. Dueños en Florencia y en Roma, los Médicis sojuzgarán a Italia para usted; se asegurarán todas las ventajas mediante un tratado de

comercio y de alianza, reconociéndose sus feudatarios para el Piamonte, el Milanesado y Nápoles, donde usted tiene derechos. He ahí, señor, las razones de la guerra a muerte que hacemos a los hugonotes. ¿Por qué nos obliga a repetir estas cosas? Carlomagno se equivocó al avanzar hacia el Norte. Sí, Francia es un cuerpo cuyo corazón se encuentra en el golfo de León y cuyos brazos están en España e Italia. Se domina así el Mediterráneo, que es como una cesta donde caen las riquezas de Oriente, de las cuales se aprovechan hoy esos señores de Venecia, a las barbas de Felipe II. Si la amistad de los Médicis y sus derechos pueden hacerle esperar Italia, la fuerza o alianzas, o tal vez una sucesión, le darán España. Prevenga sobre este extremo a la ambiciosa casa de Austria, a la que los güelfos vendían Italia, y que aún sueña con tener España. Aun cuando su mujer proceda de esa casa, humille a Austria, abrazadla bien fuerte para ahogarla; ahí están los enemigos de su reino, pues de ahí provienen los apoyos a los protestantes. No escuche a quienes hallan un beneficio en nuestro desacuerdo, y qué le calafatean la cabeza con la inquietud y la zozobra, presentándose como su enemiga doméstica. ¿Le he impedido acaso tener herederos? ¿Por qué vuestra amante le da un hijo y la reina una hija? ¿Por qué no tiene hoy tres herederos que pondrían coto a las esperanzas de tantas sediciones, cortándolas por lo sano? ¿Me toca a mí tal vez responder a esas preguntas? ¿Conspiraría el señor de Alençon si usted tuviera un hijo?

En acabando estas palabras, Catalina detuvo sobre Carlos IX la fascinante mirada del ave de presa sobre su víctima. La hija de los Médicis se mostraba ahora en toda la plenitud de su belleza; sus verdaderos sentimientos resplandecían en su rostro, que, semejante al del jugador ante su tapete verde, destellaba pleno de codicia. Carlos IX no vio ya a la madre de un solo hombre, sino, como se decía de ella, a la madre de los ejércitos y de los imperios (*mater castrorum*). Catalina había desplegado las alas de su genio y volaba audazmente en la alta política de los Médicis y los Valois, trazando los gigantescos planes que espantaran antaño a Enrique II y que, transmitidos por el genio de los Médicis a Richelieu, quedaron escritos en el gabinete de la casa de Borbón. Pero Carlos IX, al ver emplear tantas precauciones a su madre, pensaba para sus adentros que debían ser necesarias, y se preguntaba con qué finalidad las adoptaba. Bajaba los ojos, vacilaba: su desconfianza no podía desaparecer ante frases. Catalina quedó asombrada por la profundidad en que yacían los recelos en el corazón de su hijo.

—Bien, señor —dijo—, ¿así pues, no me comprenderéis? ¿Qué somos nosotros, usted y yo, ante la eternidad de las coronas reales? ¿Me supone acaso otros designios que los que deben agitarnos viviendo en la esfera desde la que se dominan los imperios?

—Señora, la sigo a su gabinete, es preciso actuar...

—¡Actuar! —exclamó Catalina—. Dejémosles que sigan y cojámoslos con las manos en la masa; la justicia le libraré de ellos. ¡Por Dios, señor, pongámosles buena cara!

La reina se retiró. El rey permaneció solo un momento, pues había caído en profunda postración.

—¿De qué lado se encuentran las acechanzas? —exclamó—. ¿Quién, ella o ellos, me engaña? ¿Cuál es la mejor política? ¡*Deus, discerne causant meam!* —dijo con lágrimas en los ojos—. La vida me pesa. Natural o forzada, prefiero la muerte a estas tiranteces, a estos contradictorios retortijos —añadió descargando un martillazo sobre su yunque con tanta fuerza, que las bóvedas del Louvre temblaron—. ¡Dios mío!— prosiguió saliendo y mirando al cielo—. Vos, por cuya santa religión combato, otorgadme la claridad de vuestra mirada para penetrar en el corazón de mi madre interrogando a los Ruggieri.

### III. MARÍA TOUCHET

La casita en la que vivía la dama de Belleville y donde Carlos IX había depositado sus prisioneros, era la penúltima de la calle de la Autruche, del lado de la de Saint-Honoré. La puerta de la calle, que flanqueaban dos pequeños pabellones de ladrillo, parecía sumamente sencilla en una época en que las puertas y sus accesorios estaban tan curiosamente ejecutados. Se componía de dos pilastras de piedra tallada en punto de diamante, y la cimbra representaba una mujer acostada que tenía una cornucopia. La puerta, guarnecida de enormes herrajes, tenía a la altura de los ojos un postigo para examinar a quienes pedían entrar. Cada pabellón alojaba a un portero, pues el gusto extremadamente caprichoso del rey Carlos exigía que hubiese uno de guardia de día y de noche. La casa tenía un pequeño patio pavimentado a la veneciana. En esta época en que no habían sido inventadas las carrozas, las damas iban a caballo o en litera, y los patios podían ser magníficos, sin que los estropearan los caballos o los carruajes. Ha de pensarse siempre en esta circunstancia, lo angosto de las calles, la poca amplitud de los patios y ciertos detalles de las viviendas del siglo XV.

La casa de referencia, con un piso sobre la planta baja, estaba coronada por un friso esculpido, sobre el cual se asentaba un tejado de cuatro caras, cuyo copete formaba una plataforma. Esta techumbre estaba perforada por claraboyas ornadas de cuarterones y de jambajes que el cincel de algún gran artista había festoneado y cubierto de arabescos. Cada una de las ventanas del primer piso se destacaba igualmente por sus recamados de piedra, que el ladrillo de las paredes hacía resaltar. En la planta baja, una doble escalinata muy delicadamente decorada, y cuyo descansillo se distinguía por una lazada, conducía a una puerta de entrada de almohadillados tallados a la veneciana en punta de diamante, sistema de decoración que se volvía a hallar en la ventana de la derecha y en la de la izquierda.

Un jardín distribuido, planeado a la moda del tiempo y en el que abundaban plantas y flores raras, ocupaba, tras la casa, un espacio de la misma extensión que el patio. Una viña tapizaba las paredes. En medio del césped se elevaba un pino argentado. Los arriates estaban separados de ese césped por sinuosas avenidas conduciendo a un bosquecillo de tejos podados que se encontraba al fondo. Los muros, revestidos de mosaicos compuestos de diferentes guijarros surtidos, ofrecían a la vista dibujos toscos, es verdad, pero que agradaban por la riqueza de los colores, en armonía con las flores. La fachada del jardín, semejante a la del patio, ofrecía como éste un lindo balcón labrado que coronaba la puerta y embellecía la ventana del centro. Tanto sobre el jardín como sobre el patio, los ornamentos de esta ventana maestra, sobresaliendo algunos pies, subían hasta el friso, de manera que simulaba un pequeño pabellón semejante a una linterna. Los alféizares de las otras ventanas estaban incrustados de mármoles preciosos encuadrados en la piedra.

A pesar del exquisito gusto que respiraba en aquella casa, tenía una fisonomía



triste. La claridad del día era atenuada por las casas vecinas y por los tejados del palacio de Alençon, que proyectaban una sombra sobre el patio y sobre el jardín; luego, reinaba en ella un profundo silencio. Mas este silencio, aquel claroscuro y la soledad hacían bien al alma, la cual podía entregarse a un solo pensamiento, como en el claustro donde se recoge, o como en el abrigado aposento donde se ama.

¿Quién no adivinaría ya los refinamientos interiores de este retiro, único lugar de su reino donde el penúltimo Valois podía abrir su alma, desahogarse, manifestar sus dolores, desplegar su gusto por las artes y entregarse a la poesía que amaba, afectos todos ellos contrariados por los cuidados de la más pesada de las realezas? Allí solamente eran apreciados su gran alma y su elevado valor; únicamente allí se entregó, durante algunos meses fugaces, los postreros de su vida, a los goces de la paternidad, placeres en los cuales se sumía con el frenesí que imprimía a todas sus acciones el presentimiento de una horrible y próxima muerte.

El día siguiente al de los mencionados hechos, María acababa su tocado en su oratorio, que era el camarín íntimo de aquel tiempo. Arreglaba algunos bucles de su bella cabellera negra, a fin de disponer los mechones en una nueva cofia de terciopelo, y se contemplaba atentamente en su espejo.

—Ya pronto serán las cuatro; ese interminable consejo ha acabado —se decía—. Jacobo ha vuelto del Louvre, donde están inquietos a causa del número de consejeros convocados y de la duración de la sesión. ¿Qué habrá, pues, pasado...? Alguna desgracia. ¡Dios mío! ¿Sabe *él* cómo se consume el alma esperándole en vano? ¿Habrá ido acaso a cazar? Si se ha divertido, todo será para el mayor bien. Si le veo alegre, olvidaré que he sufrido.

Apoyó sus manos a lo largo de su talle para alisar algún leve pliegue, y se volvió de lado para ver cómo le sentaba de perfil el vestido; mas entonces percibió al rey sobre el diván de reposo. Las alfombras apagaban tanto el ruido de los pasos, que había podido deslizarse hasta allí sin haber sido oído.

—Me has dado miedo —dijo ella, dejando escapar una exclamación de sorpresa, al punto reprimida.

—¿Pensabas en mí? —dijo el rey.

—¿Cuándo no he pensado en ti? —preguntó ella, sentándose a su lado.

Ella le quitó su gorro y su capa y le pasó las manos por el cabello, como queriendo peinarle con los dedos. Carlos se dejó hacer sin responder nada. Asombrada, María se arrodilló para examinar bien el pálido rostro de su real dueño, reconociendo entonces las señales de una horrible fatiga y de una melancolía más devoradora que todas las que ella había ya disipado. Contuvo una lágrima y quedó callada, para no irritar por imprudentes palabras dolores que aún no conocía. Hizo lo que en tal contingencia hacen las mujeres cariñosas: besó aquella frente surcada de precoces arrugas, y las descompuestas mejillas, tratando de imprimir la lozanía de su alma a aquella otra preocupada, transmitiéndole su espíritu en caricias que no lograron éxito alguno. Alzó la cabeza a la altura de la del rey, que estrechó

suavemente en sus hermosos brazos, y mantuvo el rostro apoyado contra aquel doloroso pecho, acechando el momento oportuno para interrogar al abatido enfermo.

—Carlitos mío, ¿no dirás a tu pobre amiga inquieta los pensamientos que ensombrecen tu querida frente, que hacen palidecer tus bellos labios rojos?

—A excepción de Carlomagno —respondió él con voz opaca y cavernosa—, todos los reyes de Francia llamados Carlos han acabado miserablemente.

—¡Bah! —dijo ella—. ¿Y Carlos VIII?

—En la flor de su edad —replicó el rey—, ese pobre príncipe chocó con la cabeza en una puerta baja del castillo de Amboise, que él embellecía, y murió con horribles sufrimientos. Su muerte ha dado la corona a nuestra casa.

—Carlos VII reconquistó su reino.

—Pequeña, murió en él —el rey bajó la voz— de hambre, temiendo ser envenenado por el delfín, quien había hecho ya morir a su bella Inés. El padre temía a su hijo; hoy, el hijo teme a su madre...

—¿Por qué hurgas así en el pasado? —dijo ella, pensando en la espantosa vida de Carlos VI.

—¡Qué quieres, gatita mía! Los reyes pueden hallar, sin recurrir a los adivinos, la suerte que les espera; no tienen más que consultar la historia. Yo estoy en estos momentos ocupado en evitar la suerte de Carlos el Simple, que fue despojado de su corona y murió en prisión, tras siete años de cautiverio.

—¡Carlos V ha expulsado a los ingleses! —dijo ella, victoriosamente.

—El no, sino Duguesclin; pues, envenenado por Carlos de Navarra, ha arrastrado lánguidos días.

—¿Pero y Carlos IV? —insistió ella.

—Se casó tres veces sin poder obtener herederos, a pesar de la belleza masculina que distinguía a los vástagos de Felipe el Hermoso. En él acabaron los primeros Valois, y los nuevos terminarán lo mismo; la reina no me ha dado sino una hija, y moriré sin dejarla encinta, pues una menoría sería la mayor desgracia que pudiera afligir al reino. Además, ¿viviría mi hijo? Ese nombre de Carlos es funesto augurio; Carlomagno agotó su ventura. Si yo volviese a ser rey de Francia, temblaría al llamarme Carlos X.

—¿Quién atenta, pues, a tu corona?

—Mi hermano d'Alençon conspira contra mí. Veo por doquier enemigos...

—Señor —dijo María, haciendo un adorable mohín—, cuéntame historias más alegres.

—Mi querida y preciosa joya —replicó vivamente el rey—, no me llames nunca «señor» ni en broma; me recuerdas a mi madre que me hiere sin cesar con esa palabra, con la cual parece despojarme mi corona. Ella dice «hijo mío» al duque de Anjou, es decir, al rey de Polonia.

—Señor —dijo María, juntando las manos como si rezara a Dios—, hay un reino donde sois adorado. *Vuestra Majestad* lo colma con la gloria, su fuerza y, en él, la

palabra «señor» quiere decir mi bienamado dueño.

Despegó la mano, y con gracioso gesto apuntó con un dedo a su corazón. Estas palabras fueron tan bien *musicadas*, por emplear un vocablo de la época que traduce las melodías del amor, que Carlos IX tomó a María por el talle, la levantó con aquella fuerza nerviosa que le distinguía, la sentó sobre sus rodillas y frotó suavemente su frente con los bucles de cabello que su amante había compuesto tan coquetonamente.

María juzgó el momento favorable y aventuró algunos besos, que Carlos IX soportó más bien que los aceptó; luego, entre dos besos, ella le dijo:

—Si mi gente no me ha mentado, has corrido por París durante toda la noche, como en los tiempos en que hacías locuras como auténtico segundón de la familia.

—Así es —respondió el rey, permaneciendo sumido en sus pensamientos.

—¿No has dado una batida a la patrulla de ronda y desvalijado a algunos buenos burgueses? ¿Quiénes son esas gentes que se me ha puesto de guardia, y quiénes los tan criminales a los que has prohibido tener la menor comunicación con ellos? Jamás muchacha alguna ha sido encerrada con tanto rigor como esas personas que ni lo han comido ni bebido; los alemanes de Solern no han dejado aproximarse a nadie a la habitación donde las has puesto. ¿Es una broma? ¿Es un asunto serio?

—Sí, ayer por la noche —dijo el rey saliendo de su abstracción— me he puesto a correr por los tejados con Tavannes y los Gondi; he querido tener los camaradas de mis antiguas locuras, pero las piernas no son ya las mismas: no nos hemos atrevido a saltar las calles. Sin embargo, hemos franqueado dos patios, lanzándonos de un tejado a otro. En el remate del último, Tavannes y yo nos hemos dicho que no había que reincidir. De haber estado solo cualquiera de los dos, no lo habría hecho.

—Apuesto a que has saltado el primero.

El rey sonrió.

—Ya sé por qué arriesgas así tu vida.

—¡Oh, la bella adivinadora!

—Estás cansado de vivir.

—¡Malhaya con los brujos! ¡Me encuentro perseguido por ellos! —dijo el rey, volviendo a adoptar un aire grave.

—Mi brujería es el amor —replicó ella sonriendo—. ¿No he adivinado tus pensamientos desde el día feliz en que me amasteis? Y, si quieres permitirme que te diga la verdad, los pensamientos que te atormentan hoy no son dignos de un rey.

—¿Soy yo rey? —dijo él con amargura.

—¿No podrías serlo? ¿Qué hizo Carlos VII, cuyo nombre llevas? Escuchó a su amante, monseñor, y reconquistó su reino, invadido por los ingleses como el tuyo lo está por los de la religión. Vuestro último golpe de Estado te ha señalado un camino a seguir. Extermina la herejía.

—Tú censurabas la estratagema —agregó Carlos—, y ahora...

—Se ha cumplido —respondió ella—; además, soy de la opinión de la señora Catalina: valía más hacerlo uno mismo que dejarlo hacer a los Guisa.

—Carlos VII no tenía sino hombres para combatir, y yo encuentro frente a mí ideas —replicó el rey—. ¡A los hombres se les mata, mas no a las palabras! El emperador Carlos V ha renunciado a hacerlo, su hijo don Felipe agota en ello sus fuerzas, y ahí pereceremos todos los reyes. ¿En quién puedo apoyarme? A la derecha, en los católicos, hallo a los Guisa que me amenazan; a la izquierda, a los calvinistas que no me perdonarán jamás la muerte de mi pobre buen Coligny, ni la sangría de agosto; y, además, quieren suprimir los tronos; en fin, ante mí, tengo a mi madre...

—Detenía, reina solo —dijo María en voz baja y al oído del rey.

—Deseaba hacerlo ayer, pero no lo quiero ya hoy. Tú hablas muy a tus anchas.

—Entre la hija de un boticario y la de un médico no es tan grande la diferencia —replicó María Touchet, que bromeaba de buen agrado sobre el falso origen que se prestaba a la reina madre.

El rey frunció el entrecejo.

—¡María, esas libertades no me gustan! Catalina Médicis es mi madre, y deberías temblar de...

—¿Y qué temes?

—¡El veneno! —dijo al fin el rey, fuera de sí.

—¡Pobre niño! —exclamó María conteniendo sus lágrimas, pues le emocionó profundamente tanta fuerza unida a tanta debilidad—. ¡Ah! —prosiguió—. Tú me has hecho odiar bien a la señora Catalina que me parecía tan buena, y cuyas bondades me parecen ser perfidias. ¿Por qué me hace ella tanto bien, y tanto mal? Durante mi estancia en el Delfinado, he sabido sobre el comienzo de tu reinado muchas cosas que tú me ocultabas, y me parece que la Reina madre ha sido la causante de todas tus desgracias.

—¿Cómo? —dijo el rey vivamente preocupado.

—Las mujeres cuya alma e intenciones son puras, se sirven de las virtudes para dominar a los hombres que aman; pero las mujeres que no les quieren bien, los gobiernan tomando un punto de apoyo en sus malas inclinaciones; ahora bien, la reina ha convertido en vicios muchas de tus hermosas cualidades, y te ha hecho creer que los lados malos eran virtudes. ¿Era ese el papel, la misión de una madre? Se un tirano a la manera de Luis XI, inspira un profundo terror; imita a don Felipe, proscribiste a los italianos, da caza a los Guisa y confisca las tierras de los calvinistas; te elevarás en esa soledad, y salvarás al trono. El momento es propicio, tu hermano está en Polonia.

—Somos dos niños en política —dijo Carlos con amargura— no sabemos hacer más que el amor. ¡Ay, gatita mía, ayer yo pensaba en todo eso, quería realizar grandes cosas... bah, mi madre ha soplado sobre mis castillos de naipes! Desde lejos, las cuestiones se dibujan netamente, como las cimas de las montañas, y cada cual se dice: «Acabaré con los calvinistas, apretaré la golilla a los señores de Guisa, me separaré de la Corte de Roma, me apoyaré en el pueblo, en la burguesía»; en fin, desde lejos, todo parece sencillo; mas al querer franquear las montañas, a medida que

uno se aproxima, aparecen las dificultades. El calvinismo es en sí mismo el último cuidado de los jefes de partido, y los señores de Guisa, esos arrebatados católicos, estarían desesperados de ver reducidos a los calvinistas. Cada cual obedece ante todo a sus intereses, y las opiniones religiosas sirven de velo a insaciables ambiciones. El partido de Carlos IX es el más débil de todos: el del Rey de Navarra, el del rey de Polonia, el de los Guisa, el de mi madre, se coaligan unos contra otros y me dejan solo hasta en mi consejo. Mi madre es la más fuerte en medio de tantos elementos; me acaba de demostrar la inanidad de mis planes. Estamos rodeados de súbditos que hacen befa de la justicia. Nos falta el hacha de Luis XI, de que hablabas. El Parlamento no condenaría ni a los Guisa, ni al Rey de Navarra, ni a los Condé, ni a mis hermanos; creerían pegar fuego al reino. Sería preciso tener el valor que requiere el asesinato; el trono llegará a ello con esos insolentes que han suprimido la justicia; ¿mas dónde hallar brazos fieles? El consejo sostenido esta mañana me ha disgustado en todo: por doquier traiciones, por todas partes intereses contrarios. Estoy harto de portar mi corona: no deseo ya sino morir en paz.

Y recayó en una triste somnolencia.

—¡Disgustado de todo! —repitió dolorosamente María, respetando la profunda torpeza de su amante.

## IV. EL RELATO DEL REY

Carlos era, en efecto, presa de una de esas postraciones completas del espíritu y del cuerpo, producida por la fatiga de todas las facultades, y aumentada por el desaliento que causan la magnitud de la desgracia, la imposibilidad reconocida del triunfo, o el aspecto de dificultades tan multiplicadas, que hasta el mismo genio se espanta. El abatimiento del rey estaba en razón de la altura a la que habían subido su valor y sus ideas desde hacía algunos meses; luego al salir del largo consejo que se había celebrado en su gabinete, le había apresado un acceso de melancolía nerviosa, engendrada por la misma enfermedad; María vio bien que era víctima de una de esas crisis en las que todo es doloroso e importuno, hasta el amor; permaneció pues arrodillada, con la cabeza sobre las rodillas del rey, quien dejó su mano hundida en los cabellos de su amada, sin un movimiento, sin una palabra, sin suspirar, ni ella tampoco. Carlos IX estaba sumido en la letargia de la impotencia, y María en el estupor de la desesperación de la mujer enamorada que percibe las fronteras donde acaba el amor.

Los dos amantes quedaron así en el mayor silencio durante un largo momento, durante una de esas horas en que toda reflexión produce una llaga, en que las nubes de una tempestad interior velan hasta los recuerdos de la felicidad. María creyó haber tenido parte en aquella profunda postración. Se preguntó, no sin terror, si los excesivos arrebatos con que la había acogido el rey, y si el violento amor que no se sentía ella con fuerzas de combatir, no debilitaban el espíritu y el cuerpo de Carlos IX. En el momento en que alzó los ojos, bañados de lágrimas, como su rostro, hacia su amante, vio también lágrimas en los ojos y en las descoloridas mejillas del rey. Este acuerdo que les unía hasta en el dolor conmovió tanto a Carlos IX, que salió de su torpor como un caballo espoleado; tomó a María del talle, y, antes de que ella pudiera adivinar su pensamiento, la había puesto sobre el diván de reposo.

—¡Yo no quiero ser más rey, sino sólo tu amante, y olvidarlo todo en el placer! Quiero morir dichoso, y no devorado por los cuidados del trono.

El acento de estas palabras y el fuego que brilló en los ojos antes apagados de Carlos IX, en vez de agradar a María, le causaron horrible pena: en aquel momento, ella acusó a su amor de complicidad con las causas de la dolencia de la que moría el rey.

—Olvidas a tus prisioneros —dijo, levantándose con brusquedad.

—¡Y qué me importan esos hombres! Les permito que me asesinen.

—¿Qué, asesinos? —dijo ella.

—No te inquietes, los tenemos en nuestro poder, querida niña. No te ocupes de ellos, sino de mí; ¿es que no me amas acaso?

—¡Señor! —exclamó ella.

—«¿Señor?» —repitió él, despidiendo chispas sus ojos, a tal punto fue violento el primer arranque de cólera excitada por el intempestivo respeto de su amante—. ¡Tú te

entiendes con mi madre!

—¡Dios mío! —exclamó María, mirando el cuadro de su oratorio, y esforzándose en alcanzarle para decir alguna plegaria ante él—. ¡Haz que me comprenda!

—¡Ah! —replicó el rey con aire sombrío—. ¿Es que tienes algo que reprocharte?

Luego, contemplándola entre sus brazos, clavó sus ojos en los de su amante.

—He oído hablar de la loca pasión de un tal d'Entragues por ti —dijo con aire extraviado— y, desde que el capitán Balzac, su abuelo, se ha casado con una Visconti en Milán, los bellacos no dudan de nada.

María miró al rey con aire tan altivo, que él se avergonzó. En aquel momento, se oyó en el aposento contiguo el lloriqueo del pequeño Carlos de Valois, que acababa de despertarse, y que su nodriza traía sin duda.

—Entrad, Borgoñona —dijo María, yendo a tomar a la criatura a la nodriza y llevándosela al rey—. Eres más niño que él —dijo medio enojada y medio calmada.

—Es un chiquillo muy guapo —dijo Carlos IX, tomando a su vez a su hijo.

—Sólo yo sé cómo se te parece —dijo María— tiene ya tus gestos y tu sonrisa...

—¿Tan pequeño? —preguntó el rey sonriendo.

—Los hombres no quieren creer esas cosas —respondió ella—; pero ea, Carlitos, tómalo, juega con él, mírale... ¿ves, no tengo razón?

—Es verdad —exclamó el rey, sorprendido por un movimiento del niño, que le pareció la miniatura de uno de sus gestos.

—¡Qué linda flor! —dijo la madre—. El no me abandonará nunca, no me dará disgustos...

El rey jugaba con su hijo, le hacía saltar, le besaba con arrebatado entusiasmo, y le decía esas extravagancias y vagas palabras, graciosas onomatopeyas que saben crear las madres y las nodrizas; su voz se hacía infantil; en fin, su frente se despejó, la alegría volvió a su entristecido rostro, y, cuando María vio que su amante lo olvidaba todo, posó la cabeza sobre su hombro, y le susurró estas palabras al oído:

—¿No me dirás, Carlitos mío, por qué me das asesinos a guardar, y quienes son esos hombres y qué piensas hacer con ellos? En fin, ¿a dónde ibas por los techos? ¡Espero que no se trata de una mujer!

—¡Tú me sigues queriendo siempre tanto! —dijo el rey, sorprendido por el claro resplandor de una de esas miradas interrogadoras que las mujeres saben dirigir a propósito.

—¿Es que has podido dudar de mí? —replicó ella rodando lágrimas entre sus bellos y lozanos párpados.

—Hay mujeres en mi aventura; pero son brujas. ¿Dónde estaba yo?

—Estábamos a dos pasos de aquí, sobre el tejado de una casa; ¿en qué calle? —dijo María.

—En la calle de Saint-Honoré, gatita mía —dijo el rey, quien parecía haberse repuesto, y que, al recuperar sus ideas, quiso poner a su amante al corriente de la escena que iba a pasar en su casa—. Al atravesarla ayer para una correría, mis ojos

fueron atraídos por una viva claridad que salía de las buhardillas de la casa donde vive René, perfumista y guantero de mi madre, tuyo y de la corte. Tengo grandes dudas sobre lo que se hace en casa de ese hombre, y, si soy envenenado, es en ella que se prepara la ponzoña.

—Desde mañana mismo lo dejo —dijo María.

—¡Ah!, ¿lo habías conservado cuando lo dejé yo? —exclamó el rey—. Aquí estaba mi vida —prosiguió con aire sombrío—, y se ha puesto sin duda en ella la muerte.

—Pero, querido niño, si yo acabo de llegar del Delfinado, con nuestro delfín —dijo ella sonriendo— y René no me ha suministrado nada desde la muerte de la reina de Navarra... Continúa, ¿has trepado a la casa de René?

—Sí —respondió el rey—. En un momento he llegado, seguido de Tavannes, a un lugar desde donde he podido ver, sin ser visto, el interior de la cocina del diablo y observar en ella cosas que me han inspirado las medidas que he tomado... ¿No has examinado las buhardillas que rematan la casa de ese condenado florentino? Las ventanas del lado de la calle están siempre cerradas, excepto la última desde la que se ve el palacio de Soissons y la columna que ha hecho erigir mi madre para su astrólogo Cosme Ruggieri. En esas buhardillas se encuentra un alojamiento y una galería que no están iluminados sino del lado del patio, de manera que, para ver lo que allí se hace, hay que situarse donde a nadie se le ocurre escalar, sobre el caballete de una alta pared que desemboca en los tejados de la casa de René. Las personas que han instalado allí sus hornillos donde destilan la muerte, contaban con la cobardía de los parisinos para no ser vistos nunca; mas no han contado con su Carlos de Valois. Yo he avanzado por el canal hasta una ventana, contra cuyo jambaje me he sostenido derecho, pasando mi brazo en derredor del mono que lo ornamenta.

—¿Y qué has visto, corazón mío? —dijo María espantada.

—Un reducto donde se fabrican obras de las tinieblas —respondió el rey—. El primer objeto en el que se posó mi mirada, fue un gran anciano sentado en una silla, y dotado de una magnífica barba blanca como la del viejo l'Hôpital y vestido como él con un ropón de terciopelo negro. Sobre su amplia frente, profundamente surcada de arrugas, sobre su corona de cabellos canos, sobre su rostro tranquilo y atento, pálido por las vigiliass y los trabajos, caían los rayos concentrados de una lámpara de la que brotaba intensa luz. Repartía su atención entre un viejo manuscrito cuyo pergamino debe tener varios siglos, y dos hornillos encendidos, en los que se cocían sustancias mágicas. Ni el suelo ni el cielo raso del laboratorio se veían, tal era la profusión que había de animales colgados, de esqueletos, de plantas secas, de minerales y de ingredientes: aquí, libros, instrumentos de destilación, arcas repletas de utensilios de magia y de astrología; allá, horóscopos de nacimiento, redomas, figuras embrujadas y acaso ponzoñas que suministra a René para pagar la hospitalidad y la protección que le presta el guantero de mi madre. Tavannes y yo hemos quedado sobrecogidos, te lo aseguro, por el aspecto de ese arsenal del diablo; pues con sólo verlo se siente uno



como bajo un ensalmo, y, de no haber sido por mi puesto de rey de Francia, hubiese tenido miedo. «¡Tiembla por los dos!», he dicho a Tavannes. Pero Tavannes tenía la mirada seducida por el más misterioso de los espectáculos. En un catre, al lado del viejo, se hallaba tendida una muchacha de la más rara belleza, fina y larga como una culebra, blanca como el armiño, lívida como una muerta, e inmóvil como una estatua. Acaso era una mujer acabada de sacar de una tumba, que servía para algún experimento, pues nos ha parecido ver aún su mortaja; sus ojos estaban fijos, no la veía respirar. El viejo bellaco no la prestaba la menor atención; yo le miraba tan curiosamente, que creo que su espíritu ha pasado a mí; a fuerza de examinarle, he acabado por admirar su mirada tan viva, tan profunda, tan audaz, a pesar de los hielos de la edad; y aquella boca removida por pensamientos emanados de un deseo que parecía único, y que quedaba grabado en mil pliegues. Todo en aquel hombre revelaba una esperanza que nada desalienta ni detiene. Su actitud, llena de estremecimientos en su inmovilidad, sus contornos tan sutiles, tan bien ahondados por una pasión que hace las veces del cincel de un escultor, aquella idea inducida a una tentativa criminal o científica, aquella inteligencia investigadora, a la pista de la naturaleza, vencida por ella y curvada sin haberse quebrado bajo el peso de su audacia a la cual no renuncia, amenazando a la creación con el fuego que de ella tiene... todo ello me ha fascinado por unos momentos. He hallado a ese anciano más rey que yo, pues su mirada abarcaba el mundo y lo dominaba. Y he resuelto no forjar más espadas, quiero planear sobre abismos, al igual que lo hace ese anciano; su ciencia me ha parecido como una realeza segura. En fin, creo en las ciencias ocultas.

—¿Tú, el primogénito, el vengador de la santa Iglesia católica, apostólica y romana? —dijo María.

—¡Yo!

—¿Qué te ha sucedido pues? Continúa, quiero tener miedo por ti, y tú tendrás valor por mí.

—Tras mirar su reloj, el viejo se levantó —prosiguió el rey— ha salido, yo no sé por dónde, pero he oído abrir la ventana del lado de la calle de Saint-Honoré. Pronto ha brillado una luz, y luego he visto, sobre la columna del palacio de Soissons, otra que respondía a la del viejo, y que nos ha permitido percibir a Cosme Ruggieri en lo alto de la columna. «¡Ah, se entienden!», he dicho a Tavannes, quien lo halló entonces todo horriblemente sospechoso y compartió mi opinión de apoderarnos de esos dos hombres y de hacer examinar al punto su monstruoso taller. Mas, antes de proceder a una incautación general, hemos querido ver lo que iba a ocurrir. Al cabo de un cuarto de hora, se ha abierto la puerta del laboratorio y Cosme Ruggieri, el consejero de mi madre, el pozo sin fondo donde se sumen todos los secretos de la corte, a quien las mujeres piden auxilio contra sus maridos y contra sus amantes, y a quien los amantes y los maridos se lo solicitan contra sus infieles, que trafica con el futuro y también con el pasado, recibiendo de todas las manos, que vende horóscopos y pasa por saberlo todo, ese medio demonio ha entrado, diciendo al anciano:

«¡Buenos días, hermano!»». Llevaba en su compañía a una espantosa viejuca desdentada, jorobada, ganchuda y retorcida como un mamarracho, pero más horrible; estaba arrugada como una vieja manzana, su tez era del color del azafrán, su mentón mordía a su nariz, su boca era una línea apenas indicada, sus ojos semejaban los puntos negros de un dado, su frente expresaba la amargura, y sus cabellos se escapaban en grises mechones dé bajo una sucia cofia; andaba apoyada en una muleta; olía a herejía y a brujería; nos dio miedo, pues ni Tavannes ni yo la tomamos por una mujer natural... Dios no las ha hecho tan espantosas. Ella se sentó en un escabel al lado de la linda culebra blanca de la que enamoriscaba Tavannes. Los dos hermanos no prestaron atención alguna a la vieja ni a la joven, que, al lado una de la otra, formaban una horrible pareja. De una parte, la vida en la muerte; de otra, la muerte en la vida.

—¡Mi gentil poeta! —exclamó María, besando al rey.

—Buenos días, Cosme —ha respondido el viejo alquimista a su hermano.

»Y ambos han mirado seguidamente al hornillo.

—¿Qué fuerza tiene la luna hoy? —preguntó el anciano a Cosme.

—Pues, *caro Lorenzo* —ha respondido el astrólogo de mi madre— la marea de septiembre no ha terminado aún; no se puede saber nada en semejante desorden.

—¿Qué nos dice el *oriente*, esta noche?

—Acaba de descubrir —ha respondido Cosme— una fuerza creadora en el aire, la cual vuelve a la tierra todo cuanto toma de ella; concluye, como nosotros, que todo aquí abajo es el producto de una lenta transformación, pero que todas las diversidades son formas de una misma substancia.

—Es lo que pensaba mi predecesor —ha respondido Lorenzo—. Esta mañana, Bernardo Palissy me decía que los metales eran el resultado de una compresión, y que el fuego, que lo divide todo, lo reúne todo también; que el fuego tiene el poder de comprimir tanto como de disgregar. Hay genio en ese buen hombre.

»Aun cuando yo estuviera situado de manera a no ser visto, Cosme, tomando la mano de la joven muerta dijo:

—¡Hay alguien cerca de nosotros! ¿Quién es?

—El rey —respondió ella.

»Me he mostrado seguidamente golpeando el cristal; Ruggieri me ha abierto la ventana, y he saltado al interior de aquella cocina del infierno, seguido de Tavannes.

—Sí, el rey —dije a los dos florentinos, que nos parecieron sobrecogidos de terror—. A pesar de vuestros hornillos y de vuestros libros, de vuestras brujas y de vuestra ciencia, no habéis podido adivinar mi visita... Estoy muy satisfecho por ver a ese famoso Lorenzo Ruggieri, de quien tan misteriosamente habla la reina, mi madre —dije al anciano, quien se levantó e hizo una reverencia—. Está en el reino sin mi consentimiento, buen hombre... ¿Para quién trabaja aquí, usted, que de padre en hijo estáis en el corazón de la casa de Médicis? ¡Escúcheme! Extrae de tantas bolsas, que, desde hace tiempo, personas codiciosas habrían estado saciadas de oro; vosotros sois

gente demasiado astuta como para lanzaros imprudentemente por sendas criminales, pero tampoco debéis andar como estorninos en esta cocina; ¿tenéis pues designios secretos, vosotros que no estáis satisfechos ni por el otro ni por el poder? ¿A quién servís? ¿A Dios o al diablo? ¿Qué es lo que fabricáis aquí? Quiero la verdad entera; soy hombre a escucharla y a mantener el secreto de vuestras empresas, por censurables que puedan ser. Así pues, me lo diréis todo sin simulación. Si me engañáis seréis severamente tratados. Paganos o cristianos, calvinistas o mahometanos, tenéis mi palabra real de poder salir impunemente del reino en el caso que tuvierais algunos pecadillos que reprocharos. En fin, os dejo el resto de esta noche y la próxima mañana para que hagáis vuestro examen de conciencia, pues sois mis prisioneros y vais a seguirme a un lugar donde seréis guardados como tesoros.

»Antes de plegarse a mi orden, los dos florentinos se han consultado mutuamente con aguda mirada, y Lorenzo Ruggieri me ha dicho que podría yo estar seguro de que suplicio alguno podría arrancarles sus secretos, pues, a pesar de su debilidad aparente, ni el dolor ni los sentimientos humanos hacían presa en ellos, y que únicamente la confianza podía hacer decir a su boca lo que sustentaba su pensamiento. Que yo no debía extrañarme que en aquel momento trataran de igual a igual con un rey que no conocía a nadie sino a Dios sobre él, pues su pensamiento no procedía tampoco sino de Dios. Reclamaban pues de mí tanta confianza como la que ellos me depositarían. Mas, antes de comprometerse a responderme sin reserva mental alguna, me pedían que pusiera mi mano izquierda en la de la muchacha que allí yacía, y la derecha en la de la vieja. No queriendo yo darles lugar a que pensarán que temía algún sortilegio, tendí las manos. Lorenzo tomó la diestra, y Cosme la izquierda, posándomelas ambas en las de cada mujer, de manera que estuve como Jesucristo entre los dos ladrones. Durante todo el tiempo que las dos brujas me examinaban las manos, Cosme me presentó un espejo, rogándole me examinara en él, mientras su hermano hablaba con las dos mujeres en una lengua desconocida. Ni Tavannes ni yo pudimos captar el sentido de ninguna frase. Antes de traer a esta gente aquí, hemos sellado todas las salidas de su laboratorio, que Tavannes se ha encargado de custodiar hasta el momento que, por mi orden expresa, Bernardo Palissy y mi médico, Chapelain, serán llevados a él para hacer una investigación exacta de todas las drogas que allí se encuentran y se fabrican. A fin de que no se enteren de las pesquisas que se hacen en su cocina e impedirles comunicarse con cualquiera que fuese del exterior, pues podrían entenderse con mi madre, he puesto a esos dos diablos aquí secretamente, entre alemanes de Solern que valen por los mejores muros de una cárcel. El mismo René está vigilado en su habitación por el escudero de Solern, así como las dos brujas. Y ahora, mi linda amada, ya que tengo las llaves de la cábala, a los reyes de Túnez, los jefes de la brujería, los príncipes de la bohemia, los amos del futuro, a los herederos de todos los famosos pronosticadores, quiero leer en ti, conocer tu corazón, y, en fin, vamos a saber lo que será de nosotros...

—Me sentiría muy dichosa que pudiesen poner al desnudo mi corazón —dijo

María, sin manifestar aprensión alguna.

—Ya sé por qué los brujos no te asustan; también tú echas suertes.

—¿No quieres estos melocotones? —respondió ella, presentándole unas magníficas frutas en una fuente de plata sobredorada—. Mira estas uvas y estas peras; yo misma las he ido a recoger a Vincennes.

—Comeré pues, ya que en ellas no se encuentra más ponzoña que los filtros salidos de tus manos.

—Deberías comer mucha fruta, Carlos; refrescarías tu sangre, que quemas con tantas violencias.

—¿No sería acaso preciso también amarte menos?

—Tal vez... —dijo ella—. Si las cosas que amas te perjudicasen, y... yo lo he creído, extraería en mi amor la fuerza para rehusártelas. Yo adoro aún más a Carlos de lo que amo al rey y quiero que el hombre viva sin esos tormentos que le tornan triste y pensativo.

—La realeza me daña.

—Pues sí —dijo ella—. Si no fueses más que un pobre príncipe como tu cuñado, el rey de Navarra, ese pobre mujeriego que no tiene un ochavo, que no posee más que un mezquino reino en España, en el que no pondrá nunca los pies, y el Bearn en Francia, que le da apenas de qué vivir, me sentiría feliz, mucho más dichosa que si verdaderamente fuese la reina de Francia.

—¿Pero no eres acaso más que la reina? Ella no tiene al rey Carlos más que para el bien del reino, ¿pues no es una política, la reina?

María sonrió e hizo un lindo mohín, diciendo:

—Sabido es, señor. Y mi soneto, ¿está ya compuesto?

—Querida pequeña, los versos cuestan tanto de hacer como los edictos de pacificación, mas bien pronto acabaré los tuyos. ¡Dios mío, cuán ligera me es aquí la vida... no quisiera salir nunca! Mas, sin embargo, hemos de interrogar a los dos florentinos. ¡Por la cabeza de Dios llena de reliquias!, me parecía que había bastante y de sobra con un Ruggieri en el reino, y he aquí que se encuentran dos... Escucha, preciosa, no te falta, no, inteligencia, harías un excelente teniente de la policía, pues lo adivinas todo...

—Mira, señor, suponemos todo lo que tememos, y, para nosotros, lo probable es la verdad: ésta es toda nuestra perspicacia, en dos palabras.

—Pues bien, ayúdame entonces a sondear a esos dos hombres. En este momento, todas mis determinaciones dependen de ese interrogatorio. ¿Son inocentes? ¿Son culpables? Mi madre está tras ellos.

—Oigo la voz de Jacobo en la escalera —dijo María.

Jacobo era el criado favorito del rey, el que le acompañaba en todos sus regodeos; venía a preguntar si el deseo de su señor era hablar a los dos prisioneros.

A una señal afirmativa, la señora de la casa dio algunas órdenes.

—Jacobo —dijo— que todo el mundo despeje la vivienda, excepto la nodriza y el

delfín de Auvernia, que pueden quedarse. En cuanto a ti, permanece en la sala baja; mas, antes de todo, cierra las ventanas, corre las cortinas en el salón y enciende las velas.

La impaciencia del rey era tan grande que, durante estos preparativos, fue a sentarse en un sofá, junto al cual se situó su bella amante, en la esquina de una elevada chimenea de mármol blanco, en la cual brillaba un claro fuego. El retrato del rey se hallaba encuadrado sobre ella en marco de terciopelo granate. Carlos IX apoyó el codo en el brazo del sillón, para contemplar mejor a los dos florentinos.

Cerradas las contraventanas y corridas las cortinas, Jacobo encendió las bujías de un candelabro de plata labrada, y lo colocó sobre una mesa ante la que debían situarse los dos florentinos, quienes pudieron reconocer la obra de Benvenuto Cellini, su compatriota. Entonces destellaron las riquezas de aquella sala, decorada al gusto de Carlos IX. Se vio mejor que en pleno día el granate de las tapicerías. Los muebles, delicadamente tallados, reflejaron en el labrado de su ébano el resplandor de las bujías y el del hogar. Los dorados fulguraron acá y allá como ojos, y animaron el pardusco color que dominaba en aquel recinto amoroso.

## V. LOS ALQUIMISTAS

Jacobo llamó dando dos golpecitos en la puerta y, a la invitación que se le hizo, entró acompañando a los dos florentinos. A María Touchet le impresionó al punto la grandeza que llamaba la atención de Lorenzo, tanto a los grandes como a los pequeños. Este austero viejo, cuya barba de plata era realzada por una pelliza de terciopelo negro, tenía una frente semejante a una bóveda de mármol. Su severo rostro, en el que dos negros ojos lanzaban una aguda llama, comunicaba el estremecimiento de un genio salido de su profunda soledad, y tanto más activo cuanto que su poder no se embotaba con el contacto de los hombres. Habríase dicho el acero de la hoja que no ha sido usada aún.

En cuanto a Cosme Ruggieri, llevaba el atuendo de los cortesanos de la época. María hizo una señal al rey para decirle que, en efecto, no había exagerado nada en su relato, y para agradecerle el haberle mostrado a aquel hombre extraordinario.

—Hubiese querido ver también a las brujas —dijo al oído del rey.

Vuelto pensativo, Carlos IX no respondió; se quitaba cavilosamente algunas migajas de pan que se hallaban en su jubón y sus gregüescos.

—Vuestras ciencias no pueden actuar sobre el cielo, ni constreñir a aparecer al sol, señores de Florencia —dijo el rey mostrando las brumas que la gris atmósfera de París había hecho cerner—. Falta la claridad.

—Nuestras ciencias pueden, señor, hacernos un cielo a nuestra fantasía —respondió Lorenzo Ruggieri—. El tiempo es siempre bello para quien trabaja en un laboratorio, junto al fuego de los hornillos.

—Eso es verdad —convino el rey. —Pues bien, padre mío —añadió empleando una expresión que le era familiar con los viejos—. ¿querréis explicarnos claramente el objeto de vuestros estudios?

—¿Quién nos garantizará la impunidad?

—La palabra del rey —respondió Carlos IX, cuya curiosidad fue excitada por esa pregunta.

Lorenzo Ruggieri pareció vacilar, y Carlos IX exclamó:

—¿Qué os detiene? Estamos solos.

—¿Está el rey de Francia? —preguntó el gran viejo.

Carlos IX reflexionó un instante y respondió:

—No.

—¿Mas no vendrá? —preguntó aún Lorenzo.

—No —respondió Carlos IX, reprimiendo un movimiento de cólera.

El imponente viejo tomó una silla y se sentó. Cosme, asombrado por tal audacia, no se atrevió a imitar a su hermano.

Carlos IX dijo con una profunda ironía:

—El rey no está; mas usted está en casa de una dama, de quien debería esperar la licencia.

—Quien ve ante usted, señora —dijo entonces el gran viejo— se encuentra tan por encima de los reyes como éstos lo están sobre sus súbditos, y me hallaréis cortés, cuando conozcáis mi poder.

Al oír estas audaces palabras, dichas con énfasis netamente italiano, Carlos y María se miraron, y luego lo hicieron a Cosme, quien, con los ojos clavados en su hermano, parecía decirse: «¿Cómo va a salir del atolladero en que nos encontramos?».

En efecto, una sola persona podía comprender la grandeza y la sutilidad del preámbulo de Lorenzo Ruggieri; no era ni el rey ni su joven amante, sobre quienes el viejo proyectaba el encanto de su audacia, sino el astuto Cosme Ruggieri. Aunque superior a los más hábiles de la corte, y acaso a Catalina de Médicis, su protectora, el astrólogo reconocía por maestro suyo a su hermano Lorenzo.

Este viejo sabio, sepultado en la soledad, había juzgado a los soberanos, casi todos hastiados de todo por el perpetuo movimiento de la política, cuyas crisis eran en aquella época tan súbitas, tan vivas, tan ardientes, tan imprevistas; conocía su aburrimiento, su cansancio de las cosas; sabía con qué calor perseguían lo raro, lo nuevo, lo singular y, sobre todo, cuánto gustaban de hallarse en la región intelectual, para evitar el andar siempre a la greña con los hombres y los acontecimientos. A quienes han agotado la política, no queda ya sino el pensamiento puro: Carlos V lo había demostrado con su abdicación. Carlos IX, que forjaba sonetos y espadas para sustraerse a los devorantes asuntos de un siglo en que no estaba el trono menos comprometido que el monarca, y quien de la realeza no tenía sino los cuidados, sin disponer de sus goces, había de sentirse sumamente impresionado por la audaz negación de su poder que acababa de permitirse Lorenzo. Las impiedades religiosas no tenían nada de sorprendente en una época en que el catolicismo estaba siendo tan violentamente examinado; mas la subversión de toda religión, como base de las insólitas tentativas de un arte misterioso, debía impresionar en efecto en grandísima medida al rey y sacarle de sus sombrías preocupaciones. Luego, una conquista donde se trataba del hombre íntegro, era una empresa que debía tornar pequeño todo otro interés a los ojos de los Ruggieri. De esta idea a inculcar al rey dependía una importante absolución que los dos hermanos no podían pedir, y que era preciso obtener. Lo esencial era hacer olvidar a Carlos IX sus sospechas, haciéndole perseguir alguna idea.

Los dos italianos no ignoraban que la puesta de tal singular partida era su propia vida; así, las miradas a la vez altivas y humildes que cambiaban con las perspicaces y recelosas de María y del rey, eran ya toda una escena.

—Señor —dijo Lorenzo Ruggieri—, me ha pedido la verdad; mas, para mostrársela toda desnuda, debo hacerle sondear el pretendido pozo, el abismo de donde va a salir.

¡Que el gentilhombre, que el poeta nos perdone las palabras que el primogénito de la Iglesia podría tomar por blasfemias! Yo no creo que Dios se ocupe de las cosas

humanas...

Aunque bien resuelto a mantener una regia inmovilidad, Carlos IX no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—Sin esta convicción, yo no tendría fe alguna en la milagrosa obra a la que me he consagrado; mas, para proseguirla, es preciso creer en ella; y, si el dedo de Dios lo dirige todo, yo soy un loco. ¡Que el rey lo sepa, pues! Se trata de lograr una victoria sobre la marcha actual de la naturaleza humana. Yo soy alquimista, señor. ¡Mas no piense, como el vulgo, que trato de hacer oro! La composición del oro no es el objetivo, sino un accidente de nuestras investigaciones; de otro modo, nuestra tentativa no se llamaría la *Gran Obra*. La *gran obra* es algo más osado que eso. Si, pues, yo admitiese hoy la presencia de Dios en la materia, a mi voz, la llama de los hornos alumbrados desde hace siglos, se apagarían mañana. Mas negar la acción directa de Dios, no es negar a Dios, no lo confunda. Nosotros situamos al autor de todo aún más alto de lo que le rebajan las religiones. No acuse de ateísmo a quienes quieren la inmortalidad. Al igual de Lucifer, nosotros envidiamos a Dios, y la envidia atestigua un violento amor... Aun cuando esta doctrina forma la base de nuestros trabajos, no todos los adeptos están imbuidos de ella. Cosme —dijo el viejo señalando a su hermano—, Cosme es devoto; paga misas por el eterno descanso del alma de nuestro padre, y va a oírlas. El astrólogo de vuestra madre cree en la divinidad de Cristo, en la Inmaculada Concepción, en la Transubstanciación; cree en las indulgencias del Papa, en el infierno; cree en una infinidad de cosas... ¡Su hora no ha llegado aún!; pues he establecido su horóscopo, y morirá casi centenario; debe vivir aún dos reinados, y ver a dos reyes de Francia asesinados...

—¿Quiénes serán...? —preguntó el rey.

—El último de los Valois y el primero de los Borbones —respondió Lorenzo—. Pero Cosme compartirá mis opiniones. En efecto, es imposible ser alquimista y católico al par, tener fe en el despotismo del hombre sobre la materia y en la soberanía del espíritu.

—¿Morirá Cosme centenario? —dijo el rey, quien se abandonó a su terrible fruncimiento de entrecejo.

—Sí, señor —respondió con autoridad Lorenzo —morirá apaciblemente en su lecho.

—Si tenéis el poder de prever el instante de vuestra muerte, ¿cómo es que ignoráis el resultado que tendrán vuestras investigaciones? —dijo el rey, sonriendo luego con aire de triunfo y mirando a María Touchet.

Los dos hermanos intercambiaron una rápida ojeada de alegría.

«¡Se interesa por la alquimia!», pensaron entonces. «¡Estamos, pues, salvados!».

—Nuestros pronósticos se basan sobre el estado actual de las relaciones que existen entre el hombre y la naturaleza; pero se trata precisamente de cambiar por entero esas relaciones —respondió Lorenzo.

El rey quedó pensativo.



—Mas, si estáis seguros de morir, lo estáis asimismo de vuestra derrota —objetó Carlos IX.

—¡Como lo estaban nuestros predecesores! —respondió Lorenzo alzando la mano y volviendo a dejarla caer con gesto enfático y solemne que estuvo a la altura de su pensamiento—. Mas su espíritu ha ido de un brinco hasta el fin de la carrera..., es preciso volver sobre nuestros pasos, señor. Si no conoce el terreno sobre el cual se encuentra edificado nuestro edificio, puede decirnos que va a hundirse, y juzgar la ciencia cultivada de siglo en siglo por los más grandes de los hombres como la juzga el ser vulgar.

El rey hizo un gesto de asentimiento.

—Pienso, pues, que esta tierra pertenece al hombre, que él es su dueño, y puede apropiarse de todas sus fuerzas y todas sus sustancias. El hombre no es una creación inmediatamente salida de las manos de Dios, sino una consecuencia del principio sembrado en el infinito del éter donde se producen millares de criaturas, de las que ninguna se asemeja de astro en astro, porque las condiciones de vida en ellos son diferentes. Sí, señor, el sutil movimiento que denominamos la vida, tiene su origen más allá de los mundos visibles; las creaciones se lo reparten según los ambientes en que se encuentran, y los menores seres participan en ello, tomando cuanto pueden tomar por su cuenta y riesgo: a ellos toca defenderse contra la muerte. La alquimia entera se encuentra ahí. Si el hombre, el animal más perfecto de este globo, llevase en sí mismo una parte de Dios, no perecería, y sin embargo perece. Para solventar esta dificultad, Sócrates y su escuela han inventado el alma. Yo, el sucesor de tantos reyes desconocidos que han gobernado esta ciencia, estoy por las antiguas teorías contra las nuevas; soy partidario de las transformaciones de la materia que veo, contra la imposible eternidad de un alma que no veo. No reconozco el mundo del alma. De existir ese mundo, las sustancias cuya magnífica reunión produce vuestro cuerpo, y que son tan esplendentes en la señora, no se sublimizarían tras vuestra muerte para volver separadamente cada cual a su casilla, el agua al agua, el fuego al fuego, el metal al metal, al igual que cuando mi carbón se quema, sus elementos se reintegran a sus primitivas moléculas. Si pretende que algo nos sobrevive, no es ciertamente nosotros; pues todo lo que es el yo actual, perece. Ahora bien, es el yo actual lo que yo quiero continuar más allá del plazo asignado a su vida; es la transformación presente a la que yo quiero procurar una duración mayor. ¡Qué, los árboles viven siglos!, ¿y no han de vivir los hombres sino años, mientras que unos son pasivos y los otros activos; estando los unos inmóviles y sin palabras, y hablando y andando los otros? Ninguna creación debe ser aquí abajo superior a la nuestra, ni en poder ni en duración. ¡Hemos extendido ya nuestros sentidos; vemos ya en los astros! ¡Debemos poder extender nuestra vida! Antes del poder, yo pongo a la vida. ¿De qué sirve el poder, si se nos escapa la vida? Un hombre razonable no debe tener más ocupación que buscar, investigar, no ya si existe otra, sino el secreto sobre el que reposa su forma actual, para continuarla a su antojo. He aquí el deseo que blanquea mi cabello;

pero marchó intrépidamente en las tinieblas, conduciendo al combate a las inteligencias que comparten mi fe. ¡La vida nos pertenecerá un día!

—¿Pero cómo? —exclamó el rey, levantándose con brusquedad.

—Siendo la primera condición de nuestra fe creer que el mundo pertenece al hombre, ha de concedérseme este punto —dijo Lorenzo.

—¡Pues bien, sea! —respondió el impaciente Carlos de Valois, fascinado ya.

—Así pues, señor, quitando a Dios de este mundo, ¿qué queda? ¡El hombre! Examinemos ahora nuestro dominio. El mundo material está compuesto de elementos, y estos elementos poseen asimismo principios. Los cuales se resuelven en uno solo, que está dotado de movimiento. El número *Tres* es la fórmula de la Creación; ¡la materia y el movimiento lo producen!

—¿La prueba? ¡Alto ahí! —exclamó el rey.

—¿Es que no ve los efectos? —respondió Lorenzo—. Hemos sometido a nuestros crisoles la glándula de la que debe salir una encina, así como el embrión del que debe salir un hombre; de este poco de sustancia ha resultado un principio puro al cual debía unirse una fuerza, un movimiento cualquiera. ¿No debe este principio, a falta de un creador, imprimirse a sí mismo las formas superpuestas que constituyen nuestro mundo? Ya que por doquier es semejante este fenómeno vital. Sí, para los metales como para los seres, para las plantas como para los hombres, la vida comienza por un imperceptible embrión que se desarrolla por sí mismo. ¡Existe un principio primitivo! Sorprendámoslo, pues, en el punto en que obra sobre sí mismo, en que es uno, donde es principio antes de ser criatura, causa antes de ser efecto y lo veremos absoluto, sin figura, susceptible de revestir todas las formas que le vemos adoptar. Y cuando nos encontremos cara a cara con esa partícula atomística, y hayamos captado su movimiento en su punto de partida, conoceremos su ley; y entonces, dueños de imponerle la forma que nos parezca, entre todas las que le vemos, poseeremos el oro para tener el mundo, y haremos siglos de vida para gozar de ella. Todas nuestras fuerzas, todos nuestros pensamientos, están empleados en esta búsqueda, de la que nada nos distrae. Una hora disipada en cualquier pasión, sería un robo hecho a nuestra grandeza... Si nunca ha sorprendido a uno de sus perros olvidando a la bestia y al encarne, yo no he hallado jamás a ninguno de mis pacientes sujetos divertidos por una mujer, ni por un interés codicioso. Si el adepto quiere el oro y el poder, esta hambre procede de nuestras necesidades: ase una fortuna, como el can sediento lengüetea, mientras corre, un poco de agua; porque sus hornos quieren un diamante para fundir o lingotes a reducir a polvo. ¡A cada cual su tarea! Este que indaga el secreto de la naturaleza vegetal, espía la lenta vida de las plantas, nota la paridad del movimiento en todas las especies, y la de la nutrición; halla que por doquier hace falta sol, aire y agua para fecundar y para sustentar. Aquél escruta la sangre de los animales. Otro estudia las leyes del movimiento general y sus conexiones con las revoluciones celestes. Casi todos laboran con ahínco en combatir la intratable naturaleza del metal: ya que, si hallamos diversos principios en todas las cosas,

encontramos a todos los metales semejantes a ellos mismos en sus menores partes. De ahí el error común sobre nuestros trabajos. ¿Ve a todos esos pacientes e infatigables atletas, siempre vencidos, mas volviendo reiteradamente al combate? La humanidad, señor, se encuentra tras nosotros, como el piquero tras vuestra jauría. Ella nos grita: «¡Apresuraos! ¡No descuidéis nada! ¡Sacrificadlo todo, hasta a un hombre, vosotros que os sacrificáis vosotros mismos! ¡Daos prisa! ¡Abatid la cabeza y los brazos a la *Muerte*, mi enemiga!». ¡Sí, señor, estamos animados por un sentimiento que abarca la dicha de las generaciones futuras! ¡Hemos enterrado a gran número de hombres, y qué hombres, muertos en esta persecución! Al poner el pie en esta carrera, podemos no trabajar para nosotros mismos; podemos perecer sin haber hallado el secreto... ¡y qué muerte es la del hombre que no cree en otra vida! Somos gloriosos mártires, tenemos el egoísmo de toda la raza en nuestros corazones, vivimos en nuestros sucesores. Al paso, descubrimos secretos con los que dotamos a las artes mecánicas y liberales. De nuestros hornos se desprenden fulgores que proveen a las sociedades de industrias más perfectas. La pólvora ha salido de nuestros alambiques, y conquistaremos el rayo. Hay trastocamientos de política en nuestras asiduas vigiliass.

—¿Sería, pues, posible? —exclamó el rey, quien se irguió de nuevo en su asiento.

—¿Por qué no? —respondió el gran maestro de los nuevos templarios—. *¡Traditit mundum disputationibus!* Dios nos ha entregado el mundo. Oigalo una vez más: el hombre es el dueño aquí abajo, y la materia le pertenece. Todas las fuerzas, todos los medios, están a su disposición. ¿Quién nos ha creado?: un movimiento. ¿Qué potencia mantiene la vida en nosotros?: un movimiento. ¿Y por qué no habría de aprehender la ciencia a este movimiento? Nada se pierde aquí abajo, nada escapa a nuestro planeta para ir a otra parte; de ser así, los astros chocarían unos con otros; así las aguas del Diluvio se encuentran en él, en sus principios, sin que se haya desperdigado una sola gota. En derredor nuestro, abajo y arriba, se encuentran, pues, los elementos de los que han salido los innumerables millones de hombres que han hollado la Tierra antes y después del Diluvio. ¿De qué se trata? De sorprender la fuerza que disgrega; por contra, nosotros sorprenderemos la que une. Somos el producto de una industria visible. Cuando las aguas cubrieron nuestro globo, surgieron hombres que hallaron los elementos de su vida en la envoltura de la Tierra, en el aire y en su alimento. La tierra y el aire poseen, pues, el principio de las transformaciones humanas, que se desarrollan ante nuestros ojos, con lo que está ante ellos; así pues, podemos sorprender ese secreto, no limitando los esfuerzos de esa indagación a un hombre, sino dándole por duración a la misma humanidad. Nos hemos así enzarzado cuerpo a cuerpo con la materia en la que creo, y que yo, el gran maestro de la Orden, quiero penetrar. Cristóbal Colón ha dado un mundo al rey de España; yo busco un pueblo eterno para el rey de Francia... Situado en vanguardia de la frontera más retirada que nos separa del conocimiento de las cosas, en paciente observador de los átomos destruyo las formas, desuno los lazos de toda combinación,

imito a la muerte para poder imitar a la vida... En fin, llamo incesantemente a la puerta de la Creación, y seguiré llamando a ella hasta mi postrer día. Y cuando yo muera, mi aldaba pasará a otras manos igualmente infatigables, al igual que ignotos gigantes me la transmitieron. Fabulosas imágenes incomprendidas, semejantes a las de Prometeo, de Ixion, de Adonis, de Pan, etc., que forman parte de las creencias religiosas de todo país y en todo tiempo, nos anuncian que esa esperanza nació con las razas humanas. Caldea, India, Persia, Egipto, Grecia, Arabia se han transmitido la magia, la más elevada ciencia entre las ocultas, y que es la depositaria del fruto de las vigiliias de cada generación. Así estaba el vínculo de la grande y majestuosa institución de la Orden del Templo. Al quemar a los templarios, señor, uno de vuestros predecesores no ha quemado sino a hombres; los secretos nos han quedado. La reconstrucción del Templo es la consigna de una nación ignorada, razas de intrépidos investigadores, todos dirigidos hacia el Oriente de la vida, todos hermanos todos inseparables, unidos por una idea, marcados por el sello del trabajo. Yo soy el soberano de ese pueblo, el primero por elección, y no por nacimiento. ¡Yo los dirijo a todos hacia la esencia de la vida! Gran maestro, Rosa-Cruz, compañeros, adeptos, todos seguimos a la molécula imperceptible que escapa de nuestros hornos, y todavía a nuestros ojos; mas nos formaremos ojos aún más poderosos de los que nos ha dado la naturaleza, alcanzaremos el átomo primitivo, el elemento corpuscular intrépidamente buscado por todos los sabios que nos han precedido en esta caza sublime. Señor, cuando un hombre se encuentra a caballo sobre este abismo, y manda a buceadores tan arrojados como son mis hermanos, resultan bien pequeños los demás intereses humanos; por ende, no somos peligrosos. Las disputas religiosas y los debates políticos están bien lejos de nosotros; nosotros estamos mucho más allá. Cuando se lucha con la naturaleza, no se descende a apercollar algunos hombres. Además, todo resultado es apreciable en nuestra ciencia, podemos medir todos los efectos, predecirlos; mientras que todo es oscilante en las combinaciones en las que entran los hombres y sus intereses. ¡Nosotros someteremos al diamante a nuestro crisol; haremos el diamante, haremos el oro! ¡Haremos andar, como lo ha hecho uno de los nuestros en Barcelona, a navíos con un poco de agua y de fuego! ¡Prescindiremos del viento, haremos el viento, haremos la luz, y renovaremos la faz de los imperios por nuevas industrias! ¡Mas nunca nos rebajaremos a subir sobre un trono *gehenados*<sup>[17]</sup> por los pueblos!

A pesar de su deseo de no dejarse sorprender por los ardidés florentinos, el rey, al igual que su ingenua amante, estaba ya captado, aprehendido, envuelto en los circunloquios y recovecos de aquella pomposa locuacidad de charlatán. Los ojos de los dos amantes atestiguaban el deslumbramiento que les causaba la visión de aquellas misteriosas riquezas desplegadas; vislumbraban como una hilera de subterráneos llenos de gnomos afanosamente ocupados en su tarea. Las impacencias de la curiosidad disipan los recelos de la sospecha.

—En tal caso —exclamó el rey—, vosotros sois grandes políticos que podéis

esclarecemos.

—No, majestad —dijo cándidamente Lorenzo.

—¿Y por qué? —preguntó el rey.

—Señor, no es dado a nadie prever lo que sucederá de un agrupamiento de algunos millares de hombres: nosotros podemos decir lo que un hombre hará, cuánto tiempo vivirá y si será feliz o desgraciado; mas no podemos decir cómo actuarán diversas voluntades reunidas, y el cálculo de los movimientos oscilatorios de sus intereses es más difícil aún, pues los intereses son los hombres; más las cosas; únicamente podemos, en la soledad, vislumbrar lo importante del futuro. El protestantismo que le devora será devorado a su vez por sus consecuencias materiales, que se convertirán en teorías en su día. Europa se ocupa hoy de la religión; mañana, atacará a la realeza.

—Así pues, ¿la jornada de San Bartolomé fue una gran concepción...?

—¡Sí, majestad, pues si el pueblo triunfa, él hará su San Bartolomé! Cuando la religión y la realeza sean abatidas, el pueblo acusará a los grandes, y tras los grandes lo hará a los ricos. En fin, cuando Europa no sea ya más que un rebaño de hombres sin consistencia, pues estará sin jefes, será devorada por groseros conquistadores. Veinte veces ya ha presentado el mundo este espectáculo, y Europa lo repite. Las ideas devoran a los siglos al igual que los hombres son devorados por sus pasiones. Cuando el hombre se cure, la humanidad sanará acaso. La ciencia es el alma de la humanidad, y nosotros somos sus pontífices; y quien se ocupa del alma, se inquieta poco del cuerpo.

—¿Dónde os encontráis? —preguntó el rey.

—Marchamos lentamente, mas no perdemos ninguna de nuestras conquistas.

—¿Así pues, usted es el rey de los brujos? —dijo el rey, picado por ser tan poca cosa en presencia de aquel hombre.

El imponente gran maestro lanzó a Carlos IX una mirada que lo fulminó.

—Usted es el rey de los hombres, y yo el rey de las ideas —respondió—. Además, si hubiesen verdaderos brujos, usted no los habría quemado —respondió con acento irónico—. Nosotros también tenemos nuestros mártires.

—Mas ¿por qué medios puede establecer horóscopos de nacimiento? ¿Cómo ha sabido que el hombre que llegó ayer junto a su ventana era el rey de Francia? ¿Qué poder ha permitido a uno de los vuestros decir a mi madre el destino de sus tres hijos? ¿Puede usted, gran maestro de esa Orden que quiere modelar el mundo, puede usted decirme lo que piensa en este momento la reina, mi madre?

—Sí, señor.

Esta respuesta partió antes de que Cosme hubiera tirado de la pelliza a su hermano para imponerle silencio.

—¿Sabéis por qué vuelve mi hermano el rey de Polonia?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Para ocupar el puesto de usted.

—Nuestros más crueles enemigos son nuestros parientes —exclamó el rey, quien se levantó furioso y recorrió la sala a grandes pasos—. Los reyes no tienen ni hermanos, ni hijos, ni madre. Coligny tenía razón: mis verdugos no están en los protestantes, sino en el Louvre. ¡Vosotros sois unos impostores y unos regicidas...! ¡Jacobo, llama a Solern!

—Señor —dijo María Touchet—, los Ruggieri tienen tu palabra de gentilhombre. Tú has querido probar del árbol de la ciencia; no te quejes de su amargor.

El rey sonrió, expresando su agrio desdén; hallaba su realeza material pequeña ante la inmensa soberanía intelectual del viejo Lorenzo Ruggieri. Carlos IX podía apenas gobernar Francia; el gran maestro de los rosa-cruces mandaba a un mundo inteligente y sumiso.

—Sé franco; le doy mi palabra de gentilhombre que su respuesta, en el caso de que fuera la confesión de espantosos crímenes, será como si no hubiese sido jamás dicha —prosiguió el rey—. ¿Se ocupa de venenos?

—Para conocer lo que hace vivir, es preciso saber lo que hace morir.

—¿Posee el secreto de diversas ponzoñas?

—Sí, señor, mas por la teoría; no por la práctica. Los conocemos sin utilizarlos.

—¿Ha pedido alguno mi madre? —dijo el rey, que jadeaba.

—Señor —respondió Lorenzo—, la reina Catalina es harto hábil como para no emplear semejantes medios. Sabe que el soberano que se sirve del veneno, muere por el veneno; los Borgia, lo mismo que Bianca, la gran duquesa de Toscana, ofrecen un célebre ejemplo de los peligros que presentan esos miserables recursos. Todo se sabe en la corte. Se puede matar a un pobre diablo, ¿a qué, pues, envenenarle? Pero ¿existe alguna probabilidad de secreto en emprenderla con gentes de viso? ¿Quién tiró sobre Coligny? No podría ser sino usted, o la reina, o los Guisa. Nadie se ha engañado al respecto. Créame, no se sirve, en política, impunemente dos veces del mismo veneno. Los príncipes tienen siempre sucesores. En cuanto a los pequeños, si, como Lutero, se convierten en soberanos por la potencia de las ideas, no se matan sus doctrinas desembarazándose de ellos. La reina es de Florencia; sabe que la ponzoña no puede ser sino el arma de las venganzas personales. Mi hermano, que no la ha abandonado desde su llegada a Francia, sabe cuántos pesares le causó la señora Diana; mas ella no pensó nunca en envenenarla, aunque lo podía; ¿qué hubiese dicho el rey vuestro padre? Jamás mujer alguna ha estado más en su derecho, ni más segura de la impunidad. La señora de Valentinois vive aún.

—¿Y los embrujamientos, los maleficios? —replicó el rey.

—Señor, esas cosas son tan verdaderamente inocentes, que para satisfacer ciegas pasiones, nos prestamos a ellas, como los médicos que dan píldoras de miga de pan a los enfermos imaginarios. Una mujer desesperada cree que atravesando el corazón de un retrato, atrae la desgracia sobre la cabeza del infiel que representa. ¿Qué queréis? Esos son nuestros impuestos.

—El Papa vende indulgencias —dijo Lorenzo Ruggieri sonriendo.

—¿Ha practicado embrujamiento mi madre?

—¿De qué iban a servir medios sin eficacia a quien lo puede todo?

—¿Podría la reina Catalina salvaros en este momento? —dijo el rey con aire sombrío.

—¡Pero si no estamos en peligro, señor! —respondió tranquilamente Lorenzo Ruggieri—. Yo sabía, antes de entrar en esta casa, que saldría de ella sano y salvo, así como sé la mala disposición en que se encontrará el rey con respecto a mi hermano, de aquí a unos días; mas, si él corre algún peligro, triunfará del mismo. ¡Si el soberano reina por la espada, lo hace también por la justicia! —añadió, aludiendo a la célebre divisa de una medalla acuñada por Carlos IX.

—Usted lo sabe todo, yo moriré pronto, y eso está bien —replicó el rey, que ocultaba su cólera bajo una febril impaciencia—. Mas ¿cómo morirá mi hermano, que, según usted, ha de ser el rey Enrique III?

—De muerte violenta.

—¿Y el señor d'Alençon?

—No reinará.

—¿Reinará, pues, el señor de Borbón?

—Sí, señor.

—¿Y cómo morirá?

—De muerte violenta.

—Y muerto yo, ¿qué será de la señora? —preguntó el rey, señalando a María Touchet.

—La señora de Belleville se casará, señor.

—¡Sois unos impostores...! ¡Despedidlos, señor! —dijo María Touchet.

—Amiga mía, los Ruggieri tienen mi palabra de gentilhomme —replicó sonriendo el rey—. ¿Tendrá hijos María?

—Sí, señor; la señora vivirá más de ochenta años.

—¿Hay que ahorcarlos? —dijo el rey a su amante—. ¿Y mi hijo el conde de Auvernia? —dijo el rey, yendo a buscarlo.

—¿Por qué le habéis dicho que me casaría? —preguntó María Touchet a los dos hermanos, durante el momento en que quedaron solos.

—Señora —respondió Lorenzo con dignidad—, el rey nos ha requerido a decir la verdad, y se la decimos.

—¿Así pues, es cierto? —dijo ella.

—Tan cierto como es verdad que el gobernador de Orleans la ama a perder la cabeza.

—¡Pero yo no le amo! —exclamó ella.

—También es verdad, señora —respondió Lorenzo—. Mas su horóscopo afirma que se desposará con el hombre que la ama en este momento.

—¿No podríais mentir un poco por mí? —dijo ella sonriendo—. ¡Pues si el rey

cree en vuestras predicciones...!

—¿No es asimismo necesario que crea en nuestra inocencia? —dijo Cosme, lanzando a la favorita una mirada llena de agudeza—. Las precauciones adoptadas por el rey con respecto a nosotros nos han dado lugar a pensar, durante el tiempo que hemos pasado en vuestra linda prisión, que las ciencias ocultas han sido calumniadas ante él.

—Quedad tranquilos —respondió María—, yo le conozco, y sus recelos se han disipado.

—Nosotros somos inocentes —replicó con orgullo el gran viejo.

—Tanto mejor —respondió María—, pues el rey hace revisar en este momento vuestro laboratorio, vuestros hornillos y vuestras redomas por personas expertas.

Los dos hermanos se miraron sonriendo.

María Touchet tomó por una burla de la inocencia aquella sonrisa que significaba: «Pobres imbéciles, ¿creéis que, sabemos fabricar ponzoñas, no sabemos dónde ocultarlas?».

—¿Dónde están las gentes del rey? —preguntó Cosme.

—En casa de René —respondió María.

Cosme y Lorenzo intercambiaron una mirada que envolvía un mismo pensamiento: «¡El palacio de Soissons es inviolable!».

El rey había olvidado a tal punto sus sospechas, que, cuando fue a buscar a su hijo, y que Jacobo le detuvo para entregarle un billete enviado por Chapelain, lo abrió con la certidumbre de hallar en él lo que le informaba el médico respecto a la visita al laboratorio, donde todo cuanto se había encontrado concernía únicamente a la alquimia.

—¿Vivirá feliz? —preguntó el rey, presentando su hijo a los alquimistas.

—Eso atañe a Cosme —dijo Lorenzo, señalando a su hermano.

Cosme tomó la manecita del niño y la examinó con suma atención.

—Señor —dijo Carlos IX al viejo—, si tiene necesidad de negar el espíritu para creer en la posibilidad de su empresa, explíqueme cómo puede dudar de lo que constituye vuestra potencia. El pensamiento que quiere anular es la antorcha que ilumina sus búsquedas. ¡Ah, vaya!, ¿no es acaso moverse y negar el movimiento? —exclamó el rey, quien, satisfecho por haber hallado este argumento, miró triunfalmente a su amante.

—El pensamiento —respondió Lorenzo Ruggieri— es el ejercicio de un sentido interior, como la facultad de ver varios objetos y percibir sus dimensiones y su color es un efecto de nuestra vista. El pensamiento es una facultad que cesa aun en nuestra vida con las fuerzas que lo producen.

—Sois consecuentes —dijo sorprendido el rey—. Mas la alquimia es una ciencia atea.

—Materialista, señor, lo cual es muy distinto. El materialismo es la consecuencia de las doctrinas indias, transmitidas por los misterios de Isis a la Caldea y a Egipto y



trasladadas a Grecia por Pitágoras, uno de los semidioses de la humanidad: su doctrina de las transformaciones es la matemática del materialismo, la ley viviente de sus fases. A cada una de las diferentes creaciones que componen la creación terrestre, pertenece el poder de retrasar el movimiento que le arrastra a otra.

—¡Así pues, la alquimia es la ciencia de las ciencias! —exclamó Carlos IX entusiasmado—. Quiero veros en la tarea...

—Todas las veces que lo desee, señor; usted no será más impaciente que la reina madre...

—¡Ah, he aquí, pues, por qué ella os aprecia tanto! —exclamó el rey.

—La casa de Médicis protege secretamente nuestras investigaciones desde hace casi un siglo.

—Señor —dijo Cosme—, este niño vivirá cerca de cien años; tendrá contratiempos, mas será dichoso y honrado, como teniendo en sus venas la sangre de los Valois...

—Iré a veros, señores —dijo el rey, recobrando el buen humor—. Ya podéis salir.

Los dos hermanos saludaron a María y a Carlos IX y se retiraron. Descendieron gravemente los peldaños, sin mirarse ni hablarse; ni siquiera se volvieron hacia las ventanas cuando estuvieron en el patio, seguros de que la mirada del rey les espiaba; en efecto, cuando se pusieron de lado para atravesar la puerta de la calle, pudieron distinguir a Carlos IX en la ventana. Mas al hallarse en la calle de la Autruche, miraron delante y tras ellos, para ver si no eran seguidos o esperados; fueron hasta los fosos del Louvre sin pronunciar palabra, y, al hallarse solos allí. Lorenzo dijo a Cosme, en el florentino de la época:

—Affé d’Iddio, como le abbiamo infinochiato! (¡Por Dios que lo hemos enredado bien!).

—*Gran mercès, a lui sta di spartojarsi...!* (¡Qué le aproveche; a él toca desembarazarse!) —dijo Cosme—. Que la reina me pague en la misma moneda, pues le acabamos de echar una buena mano.

Algunos días después de esta escena, que impresionó a María Touchet tanto como al rey, durante uno de esos momentos en que el espíritu se encuentra en cierto modo desprendido del cuerpo por la plenitud del placer, María exclamó:

—Carlos, se explicó bien Lorenzo Ruggieri; pero Cosme no ha dicho nada.

—Es verdad —manifestó el rey, sorprendido de aquel súbito vislumbre—. Había tanto de verdad como de falso en sus discursos. Esos italianos son tan sutiles como la seda que hacen.

Esta sospecha explica el odio que manifestó el rey contra Cosme con ocasión del juicio de la conspiración de la Mole y Coconnas; hallándole ser el artífice de aquella empresa, creyó haber sido burlado por los dos italianos, pues quedó demostrado que el astrólogo de su madre no se ocupaba exclusivamente de los astros, de la pólvora de proyección y del átomo puro. Lorenzo había abandonado el reino.

A pesar de la incredulidad que muchas personas tienen por estas materias, los

acontecimientos que siguieron a esta escena confirmaron los oráculos expresados por los Ruggieri. El rey murió tres meses después.

El conde de Gondi siguió a Carlos IX a la tumba, como se lo había dicho su hermano el mariscal de Retz, el amigo de los Ruggieri, quien creía en sus pronósticos.

María Touchet se casó con Carlos de Balzac, marqués de Entragues, gobernador de Orleáns, de quien tuvo dos hijas. La más célebre de estas hijas, hermanastra del conde de Auvernia, fue amante de Enrique IV, y quiso, cuando la conspiración de Biron, poner a su hermano en el trono de Francia, expulsando de él a la casa de Borbón. El conde de Auvernia, nombrado duque de Angulema, vio el reinado de Luis XIV. Acuñaba moneda en sus tierras, alterando los títulos; pero Luis XIV le dejaba hacer: tanto era el respeto que tenía por la sangre de los Valois.

Cosme Ruggieri vivió hasta bajo Luis XIII, y vio la caída de la casa de Médicis en Francia, y la de los Concini. La historia ha cuidado de constatar que murió ateo, es decir, materialista.

La marquesa de Entragues sobrepasó los ochenta años de edad.

Lorenzo y Cosme han tenido por discípulo al famoso conde de Saint-Germain, que metió tanto ruido bajo Luis XIV. Este célebre alquimista no tenía menos de ciento treinta años, la edad que ciertos biógrafos señalan a Marion de Lorme. El conde podía saber por los Ruggieri anécdotas sobre el episodio del San Bartolomé y sobre el reinado de los Valois, en las cuales se complacía en desempeñar un papel, contándolas en primera persona. El conde de Saint-Germain es el último de los alquimistas que mejor han explicado esta ciencia; pero no ha escrito nada. La doctrina cabalística expuesta en este Estudio procede de ese misterioso personaje.

¡Cosa singular! Tres existencias de hombres, la del anciano de quien provienen estas informaciones, la del conde de Saint-Germain y la de Cosme Ruggieri, bastan para abarcar la historia europea desde Francisco I hasta Napoleón. No hacen falta sino cincuenta semejantes, para remontar el primer período conocido del mundo.

«¿Qué son cincuenta generaciones, para estudiar los misterios de la vida?», decía el conde de Saint-Germain.

París, noviembre-diciembre de 1836.

---

### 3

## Los dos sueños

---

### LOS DOS SUEÑOS

Bodard de Saint-James, tesorero de la Marina, era en el 1786 uno de los financieros de París cuyo lujo excitaba la atención y las hablillas de la ciudad. En esta época se hacía construir en Neuilly su célebre quinta de recreo, y su mujer compraba, para coronar el dosel de su lecho, un adorno de plumas cuyo precio había espantado a la reina. Era entonces mucho más fácil que hoy el ponerse de moda y que todo París se ocupara de uno; a menudo bastaba con una frase ingeniosa o con la fantasía de una mujer.

Bodard poseía el magnífico palacio de la plaza de Vendôme, que el asentador general Dangé había abandonado por fuerza hacía poco. Este célebre epicúreo acababa de morir y, el día de su entierro, el señor de Biévre, su íntimo amigo, había hallado material para reír diciendo que *ahora se podía pasar sin peligro por la plaza de Vendôme*. Esta alusión al infernal juego que se jugaba en la mansión del difunto fue toda la oración fúnebre. El palacio es el que está frente a la Cancillería.

Para acabar en dos palabras la historia de Bodard: era un pobre hombre; hizo una quiebra de catorce millones, tras la del príncipe de Guéménée. La torpeza que cometió no precediendo a la serenísima bancarrota, por servirme de la expresión de Lebrun-Pindare, fue causa de que ni siquiera se hablara de él. Murió, como Bourvalais, Bouret y tantos otros, en un granero.

La señora de Saint-James tenía por ambición no recibir en su morada más que a personas de calidad, vieja ridiculez siempre nueva. Para ella, los bonetes del Parlamento eran ya muy poca cosa; quería ver en sus salones a personas con título, recibidas a bombo y platillo en Versalles. Decir que concurrieron muchos blasones a la mansión de la financiera, sería mentir; mas es muy cierto que había logrado obtener las bondades y la atención de algunos miembros de la familia de Royan, como lo demostró después el demasiado famoso proceso del collar.

Una noche, era, creo, en agosto de 1786, me sorprendió mucho encontrar en el salón de esta tesorera, tan meticulosa con respecto a las relaciones, dos nuevos rostros que me parecieron de harto poca distinción. Ella vino a mí, al alféizar de una ventana, donde me había ido yo a situar intencionadamente.

—Decidme —la pregunté señalándole con una mirada interrogadora a uno de los desconocidos—, ¿qué especie es esa? ¿Cómo tiene eso en su mansión?

—Ese hombre es encantador.

—¿Lo ve a través del prisma del amor, o es que yo me engaño?

—No se engaña —respondió riendo—; es feo como una oruga, pero me ha prestado el más inmenso servicio que una mujer pueda recibir de un hombre.

Y como yo la mirara maliciosamente, se apresuró a añadir:

—Me ha curado radicalmente de esas odiosas rojeces que me estropeaban la tez y me hacían parecer a una campesina.

Me encogí de hombros con humor.

—Es un charlatán —exclamé.

—No —respondió ella—, es el cirujano de los pajes; tiene mucho talento, se lo juro, y, además, escribe. Es un sabio físico.

—¡Si su estilo se asemeja a su figura...! —repliqué sonriendo—. ¿Pero y el otro?

—¿Qué otro?

—Ese pequeño señor acicalado, pulido, amanerado y que tiene el aire de haber bebido agraz.

—Pues es un hombre de muy buena cuna —me dijo—. Llega de no sé qué provincia... ¡ah!, del Artois; está encargado de arreglar un asunto que concierne al cardenal, y Su Eminencia en persona acaba de presentarlo al señor de Saint-James. Ambos han elegido por árbitro al señor de Saint-James. En esto, el provinciano no ha dado pruebas de inteligencia; mas también cabe preguntar qué personas son lo bastante simples como para confiar un proceso a un hombre así... Es dulce como un cordero, y tímido como una doncella; Su Eminencia está llena de bondad por él.

—¿De qué se trata?

—De trescientas mil libras —dijo ella.

—¿Así pues, es un abogado? —pregunté con ligero sobresalto.

—Sí —respondió ella.

Bastante confusa por esta humillante confesión, la señora Bodard fue a ocupar su puesto en una mesa de juego.

Todas las partidas estaban completas. Yo no tenía nada que hacer ni decir, que acababa de perder dos mil escudos contra el señor de Laval, con quien me había encontrado en casa de una *impura*. Fui, pues, a lanzarme sobre una duquesa que estaba situada al lado de la chimenea. Si hubo alguna vez en esta tierra un hombre asombrado, fui a buen seguro yo, al ver que del otro lado del jambaje, tenía vis a vis al interventor general. El señor de Calonne parecía amodorrado, o se entregaba a una de esas meditaciones que tiranizan a los estadistas. Cuando señalé con un gesto al ministro a Beaumarchais que venía hacia mí, el padre de *Fígaro* me explicó aquel misterio sin decir palabra. Me indicó alternativamente mi propia cabeza y la de Bodard, con gesto harto malicioso, que consistía en apartar hacia nosotros dos dedos de la mano, metiendo los demás cerrados. Mi primer impulso fue el levantarme para ir a decir algo mordaz a Calonne, mas me quedé donde estaba: primero, porque pensaba jugar una pasada a aquel favorito; y luego, porque Beaumarchais me había detenido familiarmente.

—¿Qué quiere, caballero? —le dije.

Me guiñó el ojo para señalarme al interventor.

—No le despierte —me dijo en voz baja—, se está a las anchas y feliz cuando él duerme.

—Pero el sueño es también un plan financiero —repliqué.

—Ciertamente —nos respondió el estadista, quien había adivinado nuestras palabras por el solo movimiento de los labios—, ¡y Dios haga que pudiéramos dormir mucho tiempo, pues no habría el despertar que verá!

—Monseñor —dijo el dramaturgo—, tengo unas gracias que daros.

—¿Y por qué?

—Él señor de Mirabeau ha partido para Berlín. Yo no sé si, en ese asunto de las aguas, no nos hubiésemos ahogado los dos.

—Usted tiene demasiada *memoria* y no bastante agradecimiento —replicó el ministro, enfadado por ver divulgarse ante mí uno de sus secretos.

—Es posible —respondió Beaumarchais, picado en lo vivo—, pero dispongo de millones que pueden zanjar muchas cuentas.

Calonne fingió no haber oído.

Eran las doce y media de la noche cuando cesaron las partidas. Pasamos a sentarnos al comedor. Eramos diez personas a la mesa: Bodard y su mujer, el interventor general, Beaumarchais, los dos desconocidos, dos hermosas damas, cuyos nombres deben callarse, y un asentador general llamado, creo, Lavoisier. De treinta personas que hallé en el salón al entrar, no quedaban sino estos diez invitados. Y aún, las dos *especies* no cenaron sino tras las instancias de la señora de Saint-James, quien creyó quedar en paz con uno dándole de comer, y que acaso invitó al otro para complacer a su marido, al que hacía coqueterías de congraciamiento, no sé demasiado por qué motivo. Después de todo, el señor de Calonne era una potencia, y si alguno habría debido enfadarse, hubiese sido yo.

La cena comenzó por ser mortalmente aburrida. Aquellos dos individuos y el asentador general nos molestaban. Hice una seña a Beaumarchais para que achispara al hijo de Esculapio que tenía a su diestra, dándole a entender que yo me encargaba del abogado. Como no nos quedaba más que este medio de divertirnos, y que de parte de aquellos dos hombres se nos prometían impertinencias de las que disfrutábamos ya de antemano, el señor de Calonne sonrió a mi proyecto. En dos segundos, las tres damas se unieron a nuestra conspiración báquica. Mediante ojeadas muy significativas, se comprometieron a desempeñar su papel, y el vino de Sillery coronó más de una vez los vasos con su argentada espuma. El cirujano fue bastante fácil; pero, al segundo vaso que quise servir a mi vecino, éste me dijo con la fría cortesía de un usurero, que no bebería más.

En aquel momento, la señora de Saint-James nos había situado, yo no sé por qué azar de conservación, en el capítulo de los maravillosos ágapes del conde de Cagliostro, que daba el cardenal de Rohan. Yo no tenía el espíritu demasiado presente en lo que decía el ama de casa; pues, tras la respuesta que me dieron, observaba con

invencible curiosidad la figura melindrosa y pálida de mi vecino, cuyo principal rasgo era una nariz al par chata y en punta, que le hacía asemejarse, por momentos, a una garduña. De pronto, sus mejillas se colorearon al oír discutiendo a la señora de Saint-James con el señor de Calonne.

—Pues yo le aseguro, señor, que he visto a la reina Cleopatra —decía ella con aire imperioso.

—Lo creo, señora —apoyó mi vecino—. Yo he hablado con Catalina de Médicis.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó el señor de Calonne.

Las palabras pronunciadas por el pequeño provinciano lo fueron con voz que tenía una indefinible sonoridad, si es permitido tomar este término a la física. Aquella súbita claridad de entonación en un hombre que hasta entonces había hablado poco, siempre muy quedamente y con el mejor acento posible, nos sorprendió al extremo.

—¡Anda, pues habla! —exclamó el cirujano, a quien Beaumarchais había puesto en satisfactorio estado.

—Su vecino habrá apretado algún resorte —respondió el satírico.

El aludido enrojeció ligeramente al oír aquellas palabras, aun cuando fueron dichas murmurando.

—¿Y cómo era la difunta reina? —preguntó Calonne.

—Yo no afirmaré que la persona con la que cené ayer fuese la misma Catalina de Médicis. Tal prodigio debe parecer justamente imposible tanto a un cristiano como a un filósofo —respondió el abogado, apoyando ligeramente la extremidad de sus dedos sobre la mesa y retrepándose en su silla, como preparándose para hablar largo rato—. Sin embargo, puedo jurar que esa mujer se parecía tanto a Catalina de Médicis como si hubiesen sido hermanas gemelas. La que yo vi llevaba un vestido de terciopelo negro absolutamente semejante al que tiene esa reina en el retrato que posee el rey; su cabeza estaba asimismo cubierta con el tan característico bonete de terciopelo; y, en fin, su tez era igualmente descolorida y el rostro tal como lo conocéis. No he podido por menos de manifestar mi sorpresa a Su Eminencia. La rapidez de la evocación me ha parecido tanto más maravillosa cuanto que el señor conde de Cagliostro no había podido adivinar el nombre del personaje con el que yo deseaba encontrarme. He quedado confuso. La magia del espectáculo que presentaba un ágape en donde aparecían ilustres damas de tiempos pasados, me privó de toda presencia de espíritu. Escuché sin osar preguntar. Al escapar hacia medianoche a los lazos de ese embrujamiento, dudaba casi de mí mismo. Mas toda esa maravilla me pareció natural comparándola a la singular alucinación que había aún de experimentar. No sé con qué palabras podría describiros el estado de mis sentidos. Únicamente declaro, con el corazón en la mano, que no me asombra ya que antaño se hallaran almas lo bastante débiles, o lo bastante fuertes, como para creer en los misterios de la magia y en el poder del demonio. Para mí, y hasta una información más amplia, considero como posibles las apariciones de que han hablado Cardan y algunos taumaturgos.

Estas palabras, pronunciadas con increíble elocuencia de tono, eran de naturaleza para despertar una excesiva curiosidad en todos los invitados. Por lo mismo, nuestras miradas se volvieron al orador, y quedamos inmóviles. Únicamente nuestros ojos revelaban la vida, reflejando las destellantes bujías de los candelabros. A fuerza de contemplar al desconocido, nos pareció ver que los poros de su rostro, y sobre todo los de su frente, daban paso al sentimiento interior de que estaba penetrado. Aquel hombre, en apariencia frío y acompasado, parecía contener en sí un hogar secreto cuya llama actuaba en nosotros.

—Yo no sé —prosiguió— si la figura evocada me siguió, tornándose invisible; mas en cuanto mi cabeza reposó sobre la almohada de mi lecho, vi alzarse ante mí la gran sombra de Catalina. Me sentí, instintivamente en una esfera luminosa, pues mis ojos, clavados con insoportable fijeza en la reina, no vieron sino a ella. De pronto, se inclinó hacia mí...

A estas palabras, se produjo entre las damas un unánime movimiento de curiosidad.

—Pero —prosiguió el abogado— ignoro si debo continuar; pues aun cuando esté inducido a creer que no fue sino un sueño, lo que me queda a decir es grave.

—¿Se trata de religión? —dijo Beaumarchais.

—¿O habría sucedido alguna deshonestidad? —preguntó Calonne—. De ser así, estas damas se la perdonarían.

—Se trata de gobierno —respondió el abogado.

—Adelante —manifestó el ministro—. Voltaire, Diderot y consortes han comenzado bastante bien la educación de nuestros oídos.

El interventor se tomó muy atento, y su vecina, la señora de Genlis, muy preocupada. El provinciano vacilaba aún. Beaumarchais le dijo entonces con vivacidad:

—¡Ea, prosiga! ¿No sabe que cuando las leyes dejan tan poca libertad, los pueblos se toman su desquite en las costumbres...?

Entonces el invitado comenzó:

—Bien fuese porque ciertas ideas fermentasen en mi alma sin yo saberlo, o bien debido a que fuese impulsado por poder ajeno, la dije:

»—¡Ah, señora, usted ha cometido un gran crimen!

»—¿Cuál? —preguntó ella, con voz grave.

»—Aquel cuya señal fue dada por la campana del Palacio de Justicia, el 24 de agosto.

»Ella sonrió desdeñosamente, y en sus descoloridas mejillas se dibujaron algunas profundas arrugas.

»—¿A eso llama un crimen? —replicó—. Eso no fue sino una desgracia. Mal conducida, fracasada, la empresa, no ha resultado de ella para Francia, para Europa ni para la Iglesia católica el bien que esperábamos. ¡Qué quiere..., las órdenes fueron mal ejecutadas! No hemos hallado tantos Montluc como eran necesarios. La

posteridad no nos tomará en cuenta la falta de comunicaciones que nos impidió imprimir a nuestra obra esa unidad de movimiento necesario a los grandes golpes de Estado; esa falta de sincronización, ¡he ahí la desgracia! De no haber quedado el 25 de agosto ni la sombra de un hugonote en Francia, yo habría permanecido hasta la más remota posteridad como una bella imagen de la Providencia. ¡Cuántas veces las clarividentes almas de Sixto V, de Richelieu, de Bossuet, no me han acusado secretamente de haber fracasado en mi empresa, tras haber osado concebirla! ¡Y así también, de cuantos pesares no fue acompañada mi muerte...! Treinta días después de la jornada de San Bartolomé, la enfermedad subsistía aún; había hecho correr diez veces más de sangre noble a Francia, que la que quedaba por verterse el 26 de agosto de 1572. La revocación del edicto de Nantes, en honor de la cual habéis acuñado medallas, ha costado más lágrimas, más sangre y dinero, ha matado más prosperidad en Francia, que tres San Bartolomé. Letellier ha sabido cumplir de un plumazo el decreto que el trono había promulgado secretamente después de mí; pero, si el 25 de agosto de 1572 fue necesaria aquella inmensa ejecución, el 25 de agosto de 1685 era inútil. Bajo el segundo hijo de Enrique de Valois, la herejía estaba apenas encinta; bajo el segundo hijo de Enrique de Borbón, esta madre fecunda había desovado sobre el universo entero... ¡Me acusa de un crimen y erige estatuas al hijo de Ana de Austria! Sin embargo, tanto él como yo hemos intentado la misma cosa: él ha triunfado y yo he fracasado; pero Luis XIV ha encontrado sin armas a los protestantes que, bajo mi reinado, tenían poderosos ejércitos, estadistas, capitanes y Alemania por ellos.

A estas palabras, lentamente pronunciadas, sentí en mí como un estremecimiento interior. Creía respirar la vaharada de la sangre de no sé qué víctimas. Catalina había engrandecido. Estaba allí como un genio maléfico, y me pareció que quería penetrar en mi conciencia para reposar en ella...

—Ha soñado eso —dijo Beaumarchais en voz baja—. Desde luego, no lo ha inventado.

—Mi razón está confusa —dije a la reina—. Se alaba de un acto que tres generaciones condenan, infaman y...

»—Añada —replicó ella— que todas las plumas han sido más injustas para conmigo que lo fueron mis contemporáneos. Soy acusada de ambición, yo, rica y soberana. Se me tacha de crueldad, a mí, que sólo tengo sobre la conciencia dos cabezas cortadas. Y, para los espíritus más imparciales, sigo siendo acaso un gran problema. ¿Cree, pues, que haya estado dominada por sentimientos de odio, y que no haya respirado más que venganza y furor?

»Sonrió compasiva y añadió:

»—Yo era tranquila y fría como la misma razón. He condenado a los hugonotes sin piedad, pero sin arrebatos ni ensañamiento; eran la naranja podrida de mi cesto. Reina de Inglaterra, hubiese juzgado igual a los católicos, caso de que hubieran sido sediciosos. Para que nuestro poder tuviese alguna vida en aquella época, hacía falta



en el Estado un solo Dios, una sola fe, un solo amo. Felizmente para mí, he grabado mi justificación en una frase. Cuando Birague me anunció falsamente la pérdida de la batalla de Dreux, exclamé «¡Pues bien, iremos al protestantismo!». ¿Odio contra los de la religión? Los estimaba mucho y no les conocía en absoluto. Si he sentido aversión por algunos políticos, fue por el cobarde cardenal de Lorena, y por su hermano, soldado astuto y brutal, quienes hacían que me espieran. He aquí cuáles eran los enemigos de mis hijos; querían arrancarles la corona; los veía cada día, me tenían harta. De no haber hecho nosotros el San Bartolomé, los Guisa lo hubieran realizado con ayuda de Roma y sus frailes. La Liga, que no fue fuerte sino a mi vejez, habría comenzado en 1573.

»—Pero, señora, en vez de ordenar ese horrible asesinato (dispense mi franqueza), ¿por qué no ha empleado los vastos recursos de su política dando a los protestantes las atinadas instituciones que hicieron tan glorioso y apacible el reinado de Enrique IV?

»Ella sonrió de nuevo, se encogió de hombros y sus profundas arrugas prestaron a su pálido rostro una expresión de ironía llena de amargura.

»—Los pueblos —dijo— tienen necesidad de reposo tras las más encarnizadas luchas; he aquí el secreto de ese reinado. Pero Enrique IV ha cometido dos faltas irreparables: no debía abjurar el protestantismo, ni dejar a Francia católica tras haberse hecho él mismo. Únicamente él se ha hallado en posición de cambiar sin sacudidas la faz de Francia. ¡O ni una estola o ni una capilla protestante!, tal habría debido ser su pensamiento. Dejar en un gobierno a dos principios enemigos sin que nada los equilibre, he ahí un crimen de rey, pues así siembra revoluciones. Sólo a Dios pertenece poner en su obra el bien y el mal sin cesar en presencia. Mas acaso esta sentencia estaba inscrita en el fondo de la política de Enrique IV, y tal vez ella le causó la muerte. Es imposible que Sully no haya lanzado una mirada de codicia sobre los inmensos bienes del clero, que éste no poseía enteramente, pues la nobleza derrochaba cuando menos los dos tercios de sus ingresos. Sully el protestante no dejaba de tener abadías.

»Se detuvo y pareció reflexionar.

»—Pero —prosiguió—, ¿piensa que es a la sobrina del Papa a quien pedís satisfacción de su catolicismo?

»Volvió a detenerse y nuevamente continuó:

»—Después de todo, yo hubiese sido calvinista en cuerpo y alma —dijo dejando escapar un gesto de indiferencia—. Y los hombres superiores de su tiempo pensarían aún que la religión tenía algo que ver en ese proceso, el más inmenso de los que Europa haya juzgado, vasta revolución retrasada por pequeñas causas que no le impedirán rodar por el mundo, puesto que yo no lo he ahogado. Revolución —añadió lanzándome una profunda mirada— que está siempre en marcha y que tú podrás acabar, ¡Sí, tú que me escuchas!

»Me estremecí.

»—¡Qué! ¿Nadie ha comprendido aún que los intereses antiguos y los intereses nuevos habían tomado a Roma y a Lutero como banderas? ¡Vaya! ¡Para evitar una lucha poco más o menos semejante, Luis IX, al arrastrar a una población céntuple de la que yo he condenado, y dejándola en los arenales de Egipto, ha merecido el nombre de santo, y yo!... Pero yo —dijo— yo he fracasado.

Inclinó la cabeza y permaneció silenciosa unos instantes. No era ya una reina lo que yo veía, sino más bien una de esas antiguas sacerdotisas druidas que sacrificaban a los hombres, y sabían extender ante la vista las páginas del futuro, exhumando los datos del pasado. Mas no tardó en erguir su regia y majestuosa figura.

»—Llamando la atención de todos los burgueses sobre los abusos de la Iglesia romana —dijo—. Lutero y Calvino hacían nacer en Europa un espíritu de investigación que debía llevar a los pueblos a querer examinarlo todo. El examen conduce a la duda. En vez de una fe necesaria a las sociedades, arrastraban tras ellos y en la lejanía una filosofía curiosa, armada de martillos, ávida de ruinas. La ciencia se abalanzaba brillando con sus falsas claridades del seno de la herejía. Se trataba mucho menos de una reforma de la Iglesia que de la libertad indefinida del hombre, que es la muerte de todo poder. Yo he visto eso. La consecuencia de los éxitos obtenidos por los protestantes en su lucha contra el sacerdocio, ya más armado y más temible que la corona, era la ruina del poder monárquico elevado tan costosamente por Luis XI sobre los restos del feudalismo. No se trataba nada menos que del aniquilamiento de la religión y de la realeza, sobre cuyos escombros debían pactar todas las burguesías del mundo. Esa lucha era pues una guerra a muerte entre las nuevas combinaciones y las leyes, las antiguas creencias. Los católicos eran la expresión de los intereses materiales de la realeza, de los señores y del clero. Fue un duelo a ultranza entre dos gigantes, y la San Bartolomé no fue desgraciadamente en él sino una herida. Acuérdesse que, por ahorrar algunas gotas de sangre en un momento oportuno, se la deja derramar más tarde a raudales. La inteligencia que planea sobre una nación, no puede evitar una desgracia: la de no hallar ya pares para ser bien juzgada cuando ha sucumbido bajo el peso de un acontecimiento. Mis iguales son raros, los necios están en mayoría: todo está explicado por estas dos proposiciones. Si mi nombre es la execración de Francia, hay que achacarlo a los espíritus mediocres que constituyen en ella la masa de todas las generaciones. En las grandes crisis que yo he sufrido, reinar no era dar audiencias, pasar revistas y firmar decretos y ordenanzas. He podido cometer faltas, pues no era sino una mujer. ¿Mas por qué no se ha hallado entonces un hombre que estuviera por encima de su siglo? El duque de Alba era una alma de bronce, Felipe II estaba pasmado de fe católica, Enrique IV era un soldado jugador y libertino, el almirante un obstinado sistemático. Luis XI vino demasiado pronto, Richelieu demasiado tarde. Virtuosa o criminal, que se me atribuya o no la jornada de San Bartolomé, acepto el fardo: permaneceré entre esos dos grandes hombres como el visible eslabón de una ignota cadena. Algún día, escritores de paradojas se preguntarán si los pueblos no han prodigado a veces el

epíteto de verdugos a víctimas. No será una vez tan sólo que la humanidad preferirá inmolar a un dios antes de acusarse a sí misma. Todos vosotros estáis inclinados a verter sobre doscientos patanes sacrificados adrede, las lágrimas que negáis a las desgracias de una generación, de un siglo, o de un mundo. En fin, olvidáis que la libertad pública, la tranquilidad de una nación, y hasta la misma ciencia, son presentes por los cuales el destino descuenta impuestos de sangre...

»—¿No podrían las naciones ser un día dichosas de manera menos onerosa? — clamé con lágrimas en los ojos.

»—Las verdades no salen de su pozo sino para tomar baños de sangre en los que se refrescan. ¿Es que acaso hasta el propio cristianismo, esencia de toda verdad, pues proviene de Dios, se ha establecido sin mártires? ¿No ha corrido la sangre a raudales? ¿No seguirá corriendo siempre? Tú lo sabrás, tú que debes ser uno de los albañiles del edificio social comenzado por los apóstoles. En tanto que pasees tu nivel sobre las cabezas, serás aplaudido; mas luego, cuando quieras tomar la paleta, se te matará.

»¡Sangre! ¡Sangre!, esta palabra repercutía en mis oídos como un tañido.

»—Así, según usted —objeté—, ¿el protestantismo habría pues tenido el derecho de razonar igualmente?

Catalina había desaparecido, como si algún soplo hubiese apagado la luz sobrenatural que permitía a mi espíritu ver aquella figura cuyas proporciones se habían hecho gigantescas. Hallé de pronto en mí mismo una parte mía que adoptaba las atroces doctrinas deducidas por esa italiana. Me desperté bañado en sudor, llorando, y, en el momento en que mi razón victoriosa me decía, con voz suave, que no pertenecía a un rey, y ni siquiera a una nación, el aplicar esos principios dignos de un pueblo de ateos.

—¿Y cómo se salvará a las monarquías que se tambalean? —preguntó Beaumarchais.

—Dios está para ello, señor —replicó mi vecino.

—Así pues —manifestó el señor de Calonne, con la increíble ligereza que le caracterizaba— tenemos el recurso de creernos, según el Evangelio de Bossuet, los instrumentos de Dios.

En cuanto las damas se dieron cuenta de que el asunto pasaba en conversación entre la reina y el abogado, habían murmurado. Hasta he prescindido de las frases con signos de interjección que lanzaron a través del discurso del abogado. Sin embargo, llegaron a mis oídos algunas tales como: «¡Es aburrido a más no poder!»... «Pero querida, ¿cuando acabará con esa retahíla?».

Cuando el desconocido cesó de hablar, las damas se callaron. El señor Bodard dormía. El cirujano, medio achispado, Lavoisier, Beaumarchais y yo, éramos los únicos que habíamos estado atentos; el señor de Calonne jugaba con su vecina. En aquel momento, el silencio tuvo algo de solemne. Me pareció que el resplandor de las bujías tenía un color mágico. Un mismo sentimiento nos había unido por lazos misteriosos a aquel hombre, quien, por mi parte, me hizo concebir los inexplicables

efectos del fanatismo. Fue preciso no menos que la voz sorda y cavernosa del compañero de Beaumarchais para despabilarnos.

—Y yo también he soñado —dijo él.

Miré entonces más particularmente al cirujano y experimenté no sé qué sensación de horror. Su terrosa tez y sus facciones al par innobles y acusadas, ofrecían una expresión exacta de lo que me permitiréis denominar la *canalla*. Sobre su rostro estaban sembrados algunos granos azulencos y negros, como lunares de barro, y sus ojos lanzaban una llama siniestra. Aquella figura parecía más sombría de lo que era, acaso debido a la nieve amasada sobre su cabeza por un peinado de escarcha.

—Ese hombre ha debido enterrar a más de un enfermo —dije a mi vecino.

—Yo no le confiaría ni a mi perro —me respondió él.

—Lo odio involuntariamente.

—Y yo le desprecio.

—¡Qué injusticia, sin embargo! —repliqué.

—¡Oh, Dios santo, pasado mañana puede hacerse tan célebre como el actor Volange! —dijo a su vez el desconocido.

El señor de Calonne señaló al cirujano con un gesto que parecía decirnos: «Ese si que me parece debe ser divertido».

—¿Ha soñado usted también con una reina? —le preguntó Beaumarchais.

—No, yo he soñado con un pueblo —respondió él, con un énfasis que nos hizo reír—. Cuidaba yo entonces a un enfermo, al que debía amputar el muslo al día siguiente de mi sueño...

—¿Y habéis hallado al pueblo en el muslo de vuestro paciente? —preguntó el señor de Calonne.

—Precisamente —respondió el cirujano.

—¡Qué divertido es! —exclamó la condesa de Genlis.

—Me sorprendió bastante —dijo el orador, sin que le afectaran las interrupciones, metiendo ambas manos en los bolsillos de su pantalón— hallar a quien hablar en aquella cadera. Yo tenía la singular facultad de entrar en mi enfermo. Cuando, por vez primera, me hallé bajo su piel, contemplé un maravillosa cantidad de pequeños seres que se agitaban, pensaban y razonaban. Unos vivían en el cuerpo de aquel hombre, otros en su pensamiento. Sus ideas eran seres que nacían, crecían y morían; los había enfermos, alegres, sanos, tristes, y tenían todos, en fin, sus fisonomías particulares; se combatían o se halagaban y acariciaban. Algunas ideas se abalanzaban al exterior e iban a vivir al mundo intelectual. Comprendí de pronto que había dos universos, el visible y el invisible; que la tierra tenía, como el hombre, un cuerpo y un alma. La naturaleza se iluminó para mí, y aprecié su inmensidad al distinguir el océano de seres que, por masas y por especies, estaban esparcidos por doquier, formando una sola y misma materia animada, desde los mármoles hasta Dios. ¡Magnífico espectáculo! En una palabra, había un universo en mi enfermo. Cuando planté mi bisturí en el interior de la pierna gangrenada, abatí un millar de

aquellas bestezuelas... ¡Vaya, señores, veo que reís al saber que estáis librados a las bestias...!

—Nada de personalizaciones —dijo el señor de Calonne—. Hable de usted y de su enfermo.

—Bien, mi hombre, espantado por los gritos de sus animáculos, quería interrumpir mi operación; pero yo proseguía, diciéndole que bestias malignas le estaban ya royendo los huesos. Hizo un movimiento de resistencia, no comprendiendo lo que iba yo a hacer por su bien, y mi bisturí penetró en el costado...

—Es estúpido —dijo Lavoisier.

—No, está achispado —respondió Beaumarchais.

—¡Pero, señores, mi sueño tiene un sentido! —exclamó el cirujano.

—¡Oh, oh! —dijo a su vez Bodard despertándose de nuevo—. Tengo una pierna entumecida.

—Señor —le dijo su mujer— sus animales están ya muertos.

—Ese hombre tiene una vocación —manifestó mi vecino, que había tenido clavada imperturbablemente la vista en el cirujano mientras hablaba.

—Es con respecto al señor —seguía diciendo el feo comensal— lo que la acción a la palabra, el cuerpo al alma.

Mas su lengua espesada ya por la bebida, se trabó, y ya no hizo sino farfullar palabras indistintas. Por fortuna para nosotros, la conversación tomó otro curso. Y al cabo de media hora habíamos olvidado al cirujano de los pajes, que dormía. La lluvia se desencadenaba torrencialmente cuando nos levantamos de la mesa.

—El abogado no es tan imbécil —dije a Beaumarchais.

—¡Oh, es pesado y frío! Mas ya ve que la provincia contiene aún algunas buenas gentes que toman en serio las teorías políticas y nuestra historia de Francia. Es una levadura que fermentará.

—¿Tiene su coche? —me preguntó la señora de Saint-James.

—No —le respondí con sequedad—. No sabía que debiera haberlo pedido esta noche. ¿Desea acaso que acompañe al interventor? ¿Habría tal vez venido a verle en *polizón*?

Esta expresión del momento, servía para designar a una persona que, vestida de cochero, conducía su propio carruaje a Marly. La señora de Saint James se alejó vivamente, llamó y pidió el coche de Saint-James, llevando aparte al abogado.

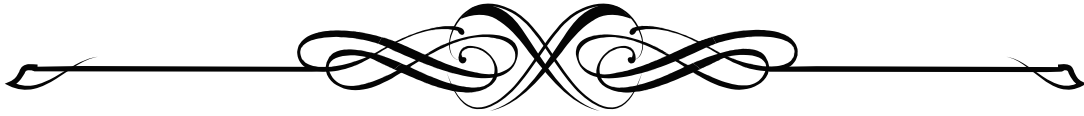
—Señor de Robespierre —le dijo—, ¿quiere hacerme el favor de acompañar a su casa al señor Marat? Pues le resulta imposible sostenerse...

—Con mucho gusto, señora —respondió el señor de Robespierre, de manera galante—. Desearía que me ordenara cualquier cosa más difícil de hacer...

París, enero de 1828.



## **EL ELIXIR DE LARGA VIDA**



## AL LECTOR

En los comienzos de la vida literaria del autor, un amigo, muerto hace mucho tiempo, le proporcionó el tema de este estudio, que más tarde halló él en una recopilación publicada hacia principios de siglo; y, según sus conjeturas, es una fantasía debida a Hoffmann, de Berlín, publicada en algún almanaque de Alemania, y olvidada en sus obras completas por sus editores. LA COMEDIA HUMANA es bastante rica en invenciones para que el autor confiese un inocente préstamo; por lo demás, y como el bueno de La Fontaine, habrá tratado a su manera, y sin saberlo, un hecho ya contado. No fue ésta una de esas bromas de moda en 1830, época en la cual todo autor hacía lo atroz para placer de las muchachas. Cuando hayáis llegado al elegante parricidio de don Juan, tratad de adivinar la conducta que observarían en coyunturas poco más o menos semejantes, las honradas gentes que, en el siglo XIX, toman dinero a renta vitalicia a cuenta de un catarro, o quienes alquilan una casa a una vieja para el resto de sus días... Yo desearía que tasadores-jurados concienzudos examinaran qué grado de similitud puede existir entre don Juan y los padres que casan a sus vástagos a causa de la: esperanzas. ¿Considera la sociedad humana que camina, al decir de ciertos filósofos, por un senda de progreso, considera digo, como un paso hacia el bien el arte de esperar los óbitos? Esta ciencia ha creado oficios honorables, mediante los cuáles se vive de la muerte. Ciertas personas tienen por estado la espera de un fallecimiento, lo incuban, se agachan cada mañana sobre un cadáver, y lo convierten en su almohada cada noche: son los coadjutores, los cardenales, los supernumerarios, los socios de mutuas, etc. Añadid a ellas muchas gentes delicadas, presurosas por comprar una propiedad cuyo precio sobrepasa a sus medios, pero que establecen lógicamente y en frío las probabilidades de vida que quedan a sus padres o a sus suegras, octogenarios o septuagenarios, diciéndose: «Antes de tres años, heredaré necesariamente, y entonces...». Un asesino nos repele menos que un espía. El asesino ha cedido acaso a un arrebató de locura, y puede arrepentirse, ennoblecerse. Pero el espía es siempre espía: lo es en la cama, en la mesa, andando, por la noche y durante el día; es vil en todo minuto. ¡Qué sería pues, ser tan asesino como es vil el espía! Pues bien, ¿no acabáis de reconocer en el seno de la sociedad una multitud de seres inducidos por nuestras leyes, por nuestras costumbres, por los usos, a pensar sin cesar en la muerte de los suyos, a ansiarla? Pesan lo que vale un féretro al regatear cachemiras para sus mujeres, al subir la escalinata de un teatro, al desear ir a los Bouffons o anhelar un carruaje. Asesinan en el momento en que caras criaturas, encantadoras de inocencia, les presentan por la noche infantiles frentes a besar, diciendo: «Buenas noches papá». Ven en todo momento ojos que quisieran cerrar, y que se abren cada mañana a la luz, cómo el de Belvidero, en este Estudio. ¡Dios sabe el número de parricidios que se cometen con el pensamiento! Suponeos un hombre que tiene que proporcionar mil escudos de renta

vitalicia a una mujer vieja, y que, viviendo ambos en el campo, separados por un riachuelo, pero lo bastante ajenos el uno al otro como para poder odiarse cordialmente sin faltar a las conveniencias humanas que ponen una máscara en el rostro de dos hermanos, y de los cuales uno tendrá el mayorazgo y el otro una legítima. Toda la civilización europea reposa, como sobre un pivote, sobre la HERENCIA, por lo que sería una locura suprimirla, pero ¿no se podría, al igual de en las máquinas que constituyen el orgullo de nuestra era, perfeccionar ese engranaje esencial?

Si el autor ha conservado esta vieja fórmula AL LECTOR en una obra en la que intenta representar todas las formas literarias, es para efectuar una observación relativa a algunos Estudios, y sobre todo a éste. Cada una de sus composiciones está basada en ideas más o menos nuevas, cuya expresión le parece útil; puede atenerse a la prioridad de ciertas formas, de ciertos pensamientos que después han pasado al dominio literario, y que, a veces, se han vulgarizado. Las fechas de la publicación primitiva de cada Estudio no deben pues ser indiferentes a aquellos lectores que querrán hacerle justicia.

La lectura nos procura amigos desconocidos, ¡y qué amigo un lector! ¡Tenemos amigos conocidos que no leen nada de nosotros! El autor espera haber pagado su deuda, dedicando esta obra DIIS IGNOTIS.



En un suntuoso palacio de Ferrara, y en una velada hibernal, don Juan Belvidero regalaba a un príncipe de la casa de Este. En aquella época, una fiesta era un maravilloso espectáculo que únicamente podía ordenar las riquezas regias o el poderío de un gran señor. Sentadas en torno a una mesa alumbrada por perfumadas bujías, siete festivas mujeres intercambiaban apacibles y galanos propósitos, entre admirables obras maestras cuyos blancos mármoles se destacaban sobre paredes de estuco rojo y contrastaban con magníficos tapices y alfombras de Persia y Turquía. Vestidas de raso, destellantes de oro y de piedras preciosas menos refulgentes que sus ojos, todas ellas contaban pasiones impetuosas, pero diversas como sus bellezas. No diferían entre sí ni por las palabras ni por las ideas; el aire, una mirada, algunos gestos o ademanes, o el acento y la entonación, servían a sus decires de comentarios libertinos, lascivos, melancólicos, burlescos o chocarreros.

Una parecía expresar: «Mi belleza sabe reavivar el helado corazón de los viejos».

La otra: «Me place permanecer tendida sobre cojines, para pensar con embriaguez en quienes me adoran».

Una tercera, novicia en aquellas fiestas, quería enrojecer: «¡Siento tal remordimiento en el fondo del corazón! Soy católica y tengo miedo del infierno. Pero os quiero tanto, ¡oh tanto y tanto!, que os puedo sacrificar la eternidad».

La cuarta, vaciando una copa de vino de Chio, exclamó: «¡Viva la alegría! ¡Yo tomo una nueva existencia a cada aurora! ¡Olvidadiza del pasado, ebria aún de los asaltos de la víspera, consumo todas las noches una vida de dicha, una vida llena de amor!».

La mujer sentada junto a Belvidero le miraba con ardientes ojos. Estaba silenciosa. «¡Yo no me encomendaría a esos *bravi* para matar a mi amante, si me abandonara!», dijo. Rió luego, pero su mano estrujaba convulsivamente una bombonera de oro milagrosamente cincelada.

—¿Cuándo serás gran duque? —preguntó la sexta al príncipe, con una expresión de goce asesino en los dientes y el delirio báquico en los ojos.

—¿Y cuándo morirá tu padre? —dijo la séptima riendo y lanzando al par su ramillete a don Juan, con gesto embriagadoramente retozón. Era una inocente muchacha acostumbrada a jugar con todas las cosas sagradas.

—¡Ah, no me habléis! —exclamó el joven y apuesto don Juan Belvidero—. ¡No hay sino un padre eterno en el *mundo*, y la desgracia quiere que sea yo quien lo tenga!

Las siete cortesanas de Ferrara, los amigos de don Juan, y hasta el mismo príncipe, lanzaron un grito de horror. Doscientos años después, y bajo Luis XV, las personas de buen gusto se hubiesen reído de aquella salida. Mas, acaso también, tal demostración fuese debida a que en el comienzo de una orgía las almas todavía tenían demasiada lucidez... A pesar de la llama de las bujías, el grito de las pasiones, los vasos y copas de oro y plata con sus reflejos, el aroma y vaho de los vinos, a pesar también de la contemplación de las más encantadoras mujeres, quedaba tal vez en el

fondo de los corazones algo de esa vergüenza, ya que no respeto cabal, por las cosas humanas y divinas, y que subsiste y parece luchar hasta que la orgía la ahoga en las últimas oleadas de un caldo espumoso y burbujeante. No obstante, las flores habían sido ya chafadas, las miradas se encandilaban y alelaban, y la embriaguez llegaba, según la expresión de Rabelais, hasta las sandalias. En aquel momento de silencio, abrióse una puerta, y, como en el festín de Baltasar, se hizo reconocer Dios, apareciendo bajo las trazas de un viejo criado de blancos cabellos, de andar temblequeante y de cejas contraídas. Entró con aire triste, marchitó con una mirada las coronas, las copas áureas y argentadas, las pirámides de frutas, el fulgor y brillo de la fiesta, la púrpura de los pasmados rostros y los colores de los cojines estrujados por el blanco brazo de las mujeres, y, finalmente, puso un enlutado crespón a la loca bacanal diciendo con voz cavernosa estas sombrías palabras:

—Señor, vuestro padre se muere...

Don Juan se levantó, dirigiendo a sus invitados un gesto que puede traducirse por «Disculpádmeme; esto no sucede todos los días».

¿No sorprende frecuentemente la muerte de un padre a los jóvenes en medio de los esplendores de la vida, en el seno de las locas ideas de una orgía? La muerte es tan repentina en sus caprichos como una cortesana en sus desdenes; pero, más fiel, no ha engañado nunca a nadie.

Cuando don Juan hubo cerrado la puerta de la sala y se marchó por una larga galería tan fría como oscura, se esforzó por adoptar un continente teatral, pues, pensando en su papel de hijo, había arrojado su casquivana alegría con su servilleta. La noche era negra. El silencioso criado que conducía al joven hacia una cámara mortuoria, alumbraba mal a su amo, de manera que la MUERTE, ayudada por el frío, el silencio, la oscuridad, por una reacción de embriaguez acaso, pudo deslizar algunas reflexiones en el alma de aquel libertino: interrogó su vida y se tornó caviloso como un hombre procesado que se encamina al tribunal.

Bartolomeo Belvidero, padre de don Juan, era un anciano nonagenario que había pasado la mayor parte de su vida en las combinaciones del comercio. Habiendo atravesado a menudo las talismánicas comarcas del Oriente, había adquirido allí inmensas riquezas y más preciosos conocimientos, decía él, que el oro y los diamantes, de los que ahora no hacía ya caso. «¡Prefiero un diente a un rubí, y el poder al saber!», exclamaba a veces, sonriendo. Este buen padre gustaba de oír a don Juan contarle alguna calaverada de juventud, y decía con aire chocarrero, prodigándole el oro: «Mi querido hijo, no hagas más disparates que los que te diviertan». Era el único viejo que experimentaba placer viendo a un joven; el amor paternal embelecaba su caducidad por la contemplación de una vida tan brillante. A los sesenta años de edad, Belvidero se había prendado de un ángel de paz y de belleza. Don Juan había sido el fruto de aquel tardío y efímero amor. Desde hacía quince años, el buen hombre deploraba la pérdida de su querida Juana. Sus numerosos servidores y su hijo atribuían a aquel dolor del viejo las singulares

costumbres que había contraído. Refugiado en el ala más incómoda de su palacio, Bartolomeo no salía de allí sino muy raramente, y ni el propio don Juan podía penetrar en la estancia de su padre sin haber antes obtenido su permiso. Si aquel voluntario anacoreta iba y venía por el palacio o por las calles de Ferrara, parecía como si buscara algo que echara a faltar; caminaba todo soñador, indeciso, preocupado como un hombre en liza con una idea o con un recuerdo. Mientras que el joven daba suntuosas fiestas y el palacio resonaba con sus estallidos de alborozada alegría, los caballos piafaban en los patios, y los pajes se querellaban jugando a los dados en los peldaños de las escalinatas, Bartolomeo comía siete onzas de pan por día y bebía agua. Si requería algo de volatería, era para dar los huesos a un perro de aguas negro, su fiel compañero. No se quejaba nunca del ruido. Durante su enfermedad, caso de que el son de la trompa y los ladridos de los perros le sorprendían en su sueño, se contentaba con decir: «¡Ah, es don Juan que vuelve!». Jamás se halló en esta tierra un padre tan acomodaticio ni tan indulgente; así, el joven Belvidero, acostumbrado a tratarle sin ceremonia, tenía todos los defectos de los hijos mimados; vivía con Bartolomeo como vive una caprichosa cortesana con un viejo amante, haciendo excusar una impertinencia con una sonrisa, vendiendo su buen humor, y dejándose querer. Reconstruyendo, con el pensamiento, el cuadro de sus años mozos, don Juan se percató que le sería difícil hallar algún defecto a la bondad de su padre. Al escuchar, en el fondo de su corazón, nacer un remordimiento en el momento en que atravesaba la galería, se sintió a punto de perdonar a Belvidero el haber vivido durante tanto tiempo. Volvía a los sentimientos de piedad filial, como un ladrón se toma en hombre honrado por el posible disfrute de un millón bien robado. El joven atravesó luego las altas y frías salas que componían el aposento de su padre. Tras haber experimentado los efectos de una atmósfera húmeda y respirando el aire espeso y el rancio olor que se desprendían de las viejas tapicerías y de armarios cubiertos de polvo, se encontró en la antigua habitación del anciano, ante un lecho nauseabundo y junto a una chimenea casi apagada. Una lámpara colocada sobre una mesa de estilo gótico lanzaba, a desiguales intervalos, haces de luz más o menos intensa sobre el lecho, mostrando así la figura del viejo bajo aspectos siempre diferentes. El cierzo silbaba a través de las ventanas mal cerradas, y la nieve, latigueando sobre las vidrieras producía un sordo mido. Esta escena formaba un contraste tan vivo con la que don Juan acababa de abandonar, que no pudo evitar un estremecimiento. Luego sintió frío, cuando, al aproximarse al lecho, un haz de resplandor bastante intenso, impelido por una ráfaga de viento, iluminó la cabeza de su padre: sus facciones estaban descompuestas, la piel, pegada a los huesos, tenía tintes verdosos, que la blancura de la almohada en la que reposaba la cabeza el viejo hacía aún más horrible; contraída por el dolor, la boca, entreabierta y desprovista de dientes, dejaba escapar algunos suspiros cuya lúgubre energía estaba sostenida por los aullidos de la tempestad. A pesar de estos signos de destrucción, resplandecía en aquella cabeza un increíble distintivo de potencia. Un espíritu superior combatía en

ella a la muerte. Los ojos, sumidos por la enfermedad, mantenían una singular fijeza. Parecía como si Bartolomeo tratase de matar, con su mirada de moribundo, a algún enemigo sentado al pie de su lecho. Aquella mirada, clavada y fría, era tanto más espantosa cuanto que la cabeza permanecía en una inmovilidad semejante a la de las calaveras colocadas sobre una mesa en el consultorio de los médicos. El cuerpo, enteramente diseñado por las sábanas, revelaba que los miembros del anciano tenían la misma rigidez. Todo estaba muerto en él, menos los ojos. Los sonidos que salían de su boca, tenían en fin algo de mecánico. Don Juan experimentó cierta sensación de vergüenza por acudir al lecho de su padre agonizante con una flor prendida por una cortesana en su pecho, y llevando allí los perfumes de una fiesta y los olores del vino.

—¿Te divertías, eh? —exclamó el anciano, al ver a su hijo.

En el mismo momento, la voz pura y cristalina de una cantante, que deleitaba a los invitados, reforzada por los acordes de la viola acompañante, dominó el ronquido del huracán y llegó hasta aquella cámara funeraria... Don Juan no quiso oír nada de aquella salvaje afirmación dada a su padre, mas éste dijo:

—¡Bah!, no te guardo rencor por ello, hijo mío.

Esta frase llena de dulzura hizo daño a don Juan, quien no perdonó a su padre tanta lacerante bondad.

—¡Qué remordimiento para mí, padre mío! —dijo hipócritamente.

—Pobre Juanino —replicó el moribundo con apagada voz—, yo he sido siempre tan cariñoso para ti, qué no creo que pudieras desear mi muerte...

—¡Oh, padre mío, si fuese posible devolveros la vida dando una parte de la mía! —exclamó don Juan, pensando para sus adentros—. ¡Bah, estas cosas pueden siempre decirse; es como si ofreciese yo el mundo a mi querida!

Mas apenas hubo acabado su pensamiento, que el viejo perro de aguas ladró. Aquella inteligente voz hizo estremecerse a don Juan, pues creyó haber sido comprendido por el animal.

—¡Ya sabía yo bien que podía contar contigo! —exclamó el moribundo—. ¡Viviré! Ea, quedarás contento. Viviré, pero sin quitarte uno solo de los días que te pertenecen.

—Delira —se dijo don Juan, añadiendo luego en voz alta—. Sí, mi querido padre, viviréis desde luego tanto como yo, pues vuestra imagen se hallará sin cesar en mi corazón.

—No se trata de esa vida —respondió el viejo señor, reuniendo sus fuerzas para incorporarse, pues le asaltó una de esas sospechas que no nacen sino en la cabecera de los moribundos—. Escucha, hijo mío —prosiguió con voz debilitada por aquel último esfuerzo—, yo no tengo más deseos de morir que tú de privarte de queridas, de vinos, de caballos, de halcones, de jaurías y de oro...

—Bien que lo creo —pensó aún el hijo, arrodillándose al pie del lecho y besando una de las cadavéricas manos de Bartolomeo—. Pero —prosiguió en voz alta— padre mío, mi amado padre, es preciso someterse a la voluntad de Dios.

—¡Dios soy yo! —replicó rezongando el anciano.

—¡No blasfeméis, padre! —exclamó el joven, al ver el aire amenazador que adquirieron las facciones del moribundo—. Guardaos bien de ello... habéis recibido la extremaunción, y yo no me consolaría de veros morir en estado de pecado.

—¿Queréis escucharme? —exclamó el agonizante, con rechinante mueca de su boca.

Don Juan se calló. Reinó un silencio horrible. A través de los sordos silbidos de la ventisca, llegaron aún los acordes de la viola y de la deliciosa voz, débiles como un día naciente. El moribundo sonrió.

—Te agradezco haber invitado a cantantes, haber traído música... Una fiesta, mujeres jóvenes y bellas, blancas, de cabellos negros... todos los placeres de la vida... Haz que se queden, voy a renacer...

—El delirio ha llegado a su colmo —se dijo don Juan.

—Verás, he descubierto un medio de resucitar. Busca en el cajón de la mesa... lo abrirás apretando un botón oculto por el grifo...

—Bien, padre mío.

—Eso es, toma un frasquito de cristal de roca que se halla dentro.

—Aquí lo tengo.

—He empleado veinte años en...

En este momento, sintiendo acercarse su fin, el anciano hizo acopio de toda su energía para decir:

—En cuanto haya exhalado el último suspiro, me frotarás por entero con el líquido que contiene ese frasco, y renaceré.

—¡Queda bien poco! —replicó el joven.

Si Bartolomeo no podía ya hablar, conservaba aún la facultad de oír y la de ver, y, a la respuesta de su hijo, su cabeza se volvió hacia él con movimiento de espantosa brusquedad, quedóse su cuello torcido como el de una estatua de mármol que el pensamiento del escultor ha condenado a mirar de lado, y sus dilatados ojos contrajeron una horrible inmovilidad. Estaba muerto, muerto perdiendo su única, su postrera ilusión. Buscando un refugio en el corazón de su hijo, hallaba en él una tumba más honda que los hombres no la excavan de costumbre a sus muertos. Así, sus cabellos se erizaron dispersadamente de horror, y su convulsa mirada hablaba aún. ¡Era un padre levantándose con energía de su sepulcro para pedir venganza a Dios!

—¡Vaya, el infeliz acabó! —exclamó don Juan.

Presuroso por exponer el misterioso frasquito de cristal a la luz de la lámpara, como un bebedor consulta su botella al final de una comida, no había visto blanquear los ojos de su padre. El perro, contemplaba como estupefacto a su amo muerto y al elixir, del mismo modo que don Juan miraba alternativamente a su padre y al frasquito. La lámpara lanzaba ondulantes resplandores. El silencio era profundo: la viola y la voz de la cantante habían enmudecido. Belvidero se estremeció, creyendo

haber visto removerse a su padre. Intimidado por la rígida expresión de sus acusadores ojos, los cerró, al igual que lo hubiera hecho con una persiana azotada por el viento durante una noche de otoño. Quedóse luego en pie, inmóvil, perdido en un mundo de pensamientos. De pronto un agrio ruido, semejante al de un muelle roñado, rompió aquel silencio. Don Juan sorprendido, estuvo a punto de dejar caer el frasco. Un sudor más frío que el acero de un puñal le brotó de sus poros. Un gallo de madera pintada surgió encima de un reloj y cantó tres veces. Era uno de esos ingeniosos artilugios con ayuda de los cuales se despertaban los sabios de aquella época a la hora fijada para sus trabajos. El alba enrojecía ya las ventanas. Don Juan había pasado diez horas reflexionando. El viejo reloj era más fiel en su servicio, que él en el cumplimiento de sus deberes para con Bartolomeo. Aquel artefacto se componía de madera, poleas, ruedas y engranajes, mientras que él tenía ese mecanismo particular al hombre, llamado un corazón. Para no exponerse más a la pérdida del misterioso licor, el escéptico de Juan volvió a meterlo en el cajón de la mesita gótica. En aquel momento solemne, oyó un sordo tumulto proveniente de las galerías: eran confusas voces, risas ahogadas, pasos ligeros, crujidos de sedas, el ruido, en fin, de una alegre pandilla que intenta recogerse. Abrióse la puerta, y el príncipe, los amigos de don Juan, las siete cortesanas y las cantantes, aparecieron en el extravagante desorden en que se encuentran bailarinas sorprendidas por los fulgores del alba, cuando el sol lucha con los pálidos resplandores de las bujías. Venían todos para expresar al joven heredero las condolencias de costumbre.

—¡Oh, oh!, ¿habrá tomado acaso el pobre don Juan esta muerte en serio? —dijo el príncipe al oído de la Brambilla.

—Su padre era desde luego un hombre muy bueno —respondió ella.

Sin embargo, las meditaciones nocturnas de don Juan habían impreso a sus facciones una expresión tan sorprendente, que impuso silencio al grupo. Los hombres quedaron inmóviles. Las mujeres, cuyos labios estaban resecos por el vino, y las mejillas habían sido jaspeadas por los besos, se arrodillaron y comenzaron a rezar. Don Juan no pudo impedir el estremecerse al ver los esplendores, las alegrías y goces, las risas, las canciones, la juventud, la belleza, el poder, toda la vida personificada prosternarse así ante la muerte. Pero, en la adorable Italia, el desenfreno y la religión hacían tan buenas migas en aquella época, que la religión era un desenfreno, el desenfreno una religión. El príncipe estrechó afectuosamente la mano de don Juan; luego, habiendo expresado todos los rostros una misma mueca, a medias de tristeza y de indiferencia, desapareció aquella fantasmagoría, dejando vacía la sala. ¡Era en efecto una imagen de la vida! Al descender la escalinata, el príncipe dijo a la Rivabarella:

—¡Vaya, quién habría creído a don Juan un fanfarrón de impiedad! ¡Ama a su padre!

—¿Habéis observado el perro negro? —preguntó la Brambilla.

—Helo ya inmensamente rico —manifestó suspirando la Bianca Cavatolino.

—¡Qué me importa! —exclamó la bravía Veronesa, aquella que había estrujado la bombonera.

—¿Cómo que qué te importa? —replicó el duque—. ¡Con sus escudos, él es tan príncipe como yo!

Primeramente, don Juan, fluctuando entre mil pensamientos, quedóse indeciso entre diversos partidos a tomar. Tras haberse informado de la cuantía del tesoro dejado por su padre, volvió al anochecer a la cámara mortuoria, con el alma henchida de espantoso egoísmo. Halló en el aposento de su progenitor a todos los servidores de su casa ocupados en reunir los ornamentos del catafalco sobre el cual *el finado monseñor* iba a ser expuesto el día siguiente, en medio de una soberbia capilla ardiente, curioso espectáculo que todo Ferrara debía acudir a admirar. Don Juan hizo una señal, y sus gentes cesaron en su tarea, sobrecogidos, temblorosos.

—Dejadme solo aquí —dijo él con voz alterada—. No entréis de nuevo hasta el momento en que yo salga.

Cuando los pasos del viejo criado que se iba el último no resonaron ya sino débilmente sobre las baldosas del pavimento, don Juan cerró precipitadamente la puerta y, seguro de hallarse solo, exclamó:

—¡Probemos!

El cuerpo de Bartolomeo estaba tendido sobre una larga mesa. Para ocultar a todos los ojos el horrible espectáculo de un cadáver cuya extrema decrepitud y flacura hacían semejante a un esqueleto, los embalsamadores habían puesto sobre el mismo un lienzo que lo envolvía, excepto la cabeza. Aquella especie de momia yacía en medio de la habitación; y el lienzo, naturalmente suave, dibujaba vagamente sus formas, pero agudas, rígidas y canijas. El rostro estaba ya marcado por anchas manchas moradas que denotaban lo urgente que era acabar el embalsamamiento. A pesar del escepticismo de que estaba armado, don Juan tembló al destapar el mágico frasco de cristal, y cuando llegó junto a la cabeza del muerto, se vio incluso obligado a detenerse un momento, a tal punto temblaba. Pero aquel joven había sido, ya en temprana edad, sabiamente corrompido por las costumbres de una corte disoluta; una reflexión digna del duque de Urbino le dio un valor que agujoneaba un vivo sentimiento de curiosidad, pareciendo como si hasta el demonio le hubiese soplado estas palabras que resonaron en su corazón: *¡Empapa un ojo!* Tomó un lienzo y, tras haberlo mojado parsimoniosamente en el precioso licor, lo pasó ligeramente sobre el párpado derecho del cadáver, El ojo se abrió...

—¡Ah, ah! —exclamó don Juan, apretando el frasco en sus manos como en sueños lo hacemos con la rama de la que estamos suspendidos en un precipicio.

Veía un ojo lleno de vida, un ojo de niño en una cabeza de muerto, titilando la luz en medio de un joven fluido y, protegido por bellas pestañas negras, brillando como esos resplandores únicos que el viajero percibe en una campiña desierta en los atardeceres hibernales. Aquel llameante ojo parecía querer lanzarse sobre don Juan, y pensaba, acusaba, condenaba, amenazaba, juzgaba, hablaba, lloraba, gritaba y

mordía. Todas las pasiones humanas se agitaban en él. Eran las súplicas más tiernas: una cólera de rey, después el amor de una doncella pidiendo gracia a sus verdugos; en fin, la profunda mirada que lanza un hombre a quien franquean el último peldaño del cadalso. Brillaba tanta vida en aquel fragmento vital, que don Juan retrocedió espantado y se puso a pasearse por la habitación, sin atreverse a mirar a aquel ojo, que no obstante seguía viendo en el suelo, y en las alfombras y las tapicerías. La habitación estaba sembrada de puntos llenos de fuego, de vida, de inteligencia. Por doquier brillaban ojos que latían a su lado...

—Habría vuelto a vivir cien años —exclamó involuntariamente en el momento cuando, llevado nuevamente ante su padre por una influencia diabólica, contempló aquel órgano de luminoso destello.

De pronto, el despejado párpado se cerró y abrió bruscamente, como el de una mujer que consiente. Si una voz hubiese exclamado: «Sí», don Juan no se habría sentido más aterrorizado.

«¿Qué hacer?», pensó.

Tuvo valor para intentar cerrar aquel blanco párpado, mas sus esfuerzos resultaron baldíos.

«Saltar el ojo... ¿no será acaso un parricidio?», se preguntó.

«Sí», respondió el ojo, con un guiño de asombrosa ironía.

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó don Juan—. En esto hay brujería.

- se aproximó al ojo para aplastarlo. Una gruesa lágrima rodó en las hundidas mejillas del cadáver, cayendo sobre la mano de Belvidero.

—¡Está ardiente! —exclamó él, sentándose.

Aquella lucha le había fatigado como si hubiese combatido, como Jacob, contra un ángel.

Finalmente se levantó diciendo:

—¡Mientras no haya sangre!

- luego, haciendo acopio de todo el valor que se requiere para ser cobarde, aplastó el ojo estrujándolo con un lienzo, pero sin mirarlo. Oyóse un gemido inesperado, mas terrible. El pobre perro de aguas expiraba aullando.

—¿Estará acaso en el secreto? —preguntó don Juan, mirando al fiel animal.

Don Juan Belvidero pasó por hijo piadoso. Erigió un monumento de mármol blanco sobre la tumba de su padre, confiando su ejecución a los más célebres artistas de la época. No quedó completamente tranquilo hasta el día en que la efigie paternal, arrodillada ante la estatua simbolizadora de la Religión, impuso su enorme peso a la fosa de su progenitor, en el fondo de la cual enterró el único remordimiento que rozara su corazón en los momentos de lasitud física. Al inventariar las inmensas riquezas amasadas por el viejo orientalista, don Juan se tornó avaro: ¿no tenía dos



vidas humanas a proveer de dinero? Su mirada, profundamente escrutadora, penetró en el principio de la vida social y abarcó tanto mejor el mundo, cuanto que lo veía a través de una tumba. Analizó los hombres y las cosas para acabar de una vez con el pasado, representado por la historia; con el presente, configurado por la ley; con el futuro, revelado por las religiones. Tomó el alma y la materia, las lanzó a un crisol, no halló nada en él, y desde entonces se convirtió en DON JUAN.

Dueño de las ilusiones de la vida, se lanzó, joven y apuesto, a ella, despreciando el mundo, pero apoderándose de él. Su felicidad no podía ser esa dicha burguesa que se sacia con un *cocido* periódico, con un comfortable calentador en invierno, una lámpara por la noche y zapatillas nuevas cada trimestre. No, él se asió a la existencia como un mono atrapa una nuez, y, sin entretenerse mucho tiempo, despojó expertamente las vulgares envolturas del fruto para degustar la sabrosa pulpa. La poesía y los sublimes arrebatos de la pasión humana no le llegaron ya ni al tobillo. No cometió en absoluto la falta de esos hombres poderosos que, imaginándose a veces que las almas pequeñas creen en las grandes, pretenden cambiar los elevados pensamientos del futuro contra la calderilla de nuestras ideas vitalicias. Podía bien, como ellos, caminar con los pies en tierra y la cabeza en los cielos; pero prefería posarse y secar con sus besos más de unos labios de mujer cariñosa, lozana y perfumada; pues, semejante a la muerte, allá por donde pasaba, devoraba todo sin pudor, queriendo un amor de posesión, un amor oriental, con placeres prolongados y fáciles. No amando más que a *la mujer* en las mujeres, se hizo de la ironía un proceder natural a su alma. Cuando sus amantes se servían de un lecho para subir a los cielos, en los que iban a perderse en el seno de un éxtasis embriagador, don Juan las seguía, grave, expresivo, tan sincero como sabe serlo un estudiante alemán. ¡Pero él decía YO cuando su ardiente amante decía enajenada NOSOTROS! Sabía admirablemente bien dejarse arrastrar por una mujer. Era siempre lo bastante fuerte para hacerle creer que temblaba como un colegial que dice a su primera pareja, en un baile: «¿Os gusta la danza?». Pero también sabía rugir cuando convenía, sacar su poderosa espada y destrozar a los comendadores. Había zumba en su simplicidad y risa en sus lágrimas, pues siempre supo llorar tanto como una mujer, cuando ella dice a su marido: «Dame un carruaje de lujo, o muero del pecho». Para los negociantes, el mundo es un fardo o una masa de billetes en circulación; para la mayoría de los jóvenes, es una mujer; para algunas mujeres, un hombre; para ciertas mentes, un salón, una tertulia, un barrio, una ciudad; ¡para don Juan, el universo era él! Modelo de gracia y de nobleza, dotado de un ingenio seductor, ató su barca a todas las riberas; pero, al hacerse conducir, no iba más que donde quería ser llevado. Cuanto más vio, más dudó. Examinando a los hombres, descubrió a menudo que el valor era temeridad; la prudencia, una poltronería; la generosidad, estratagema; la justicia, un crimen; la delicadeza, una bobaliconería; la probidad, una organización: y, por una singular fatalidad, se percató que las gentes verdaderamente honradas, justas, generosas, prudentes y valerosas, no obtenían consideración alguna entre los

hombres.

—¡Qué broma tan pesada! —se dijo—. ¡No proviene de un dios!

Y entonces, renunciando a un mundo mejor, no se descubrió nunca al oír pronunciar su nombre, y consideró a los santos de piedra de las iglesias como simples obras de arte. Así, comprendiendo el mecanismo de las sociedades humanas, no hería nunca demasiado los prejuicios, porque no era tan poderoso como el verdugo; pero interpretaba, rodeaba las leyes sociales con esa gracia y ese ingenio tan bien traducidos a la escena. Fue en efecto el tipo del *don Juan* de Molière, del *Fausto* de Goethe, del *Manfredo* de Byron, y del *Melmoth* de Maturin. ¡Estupendas imágenes trazadas por los más grandes genios de Europa, y a los que no faltan los acordes de Mozart, como tampoco la lira de Rossini! Imágenes terribles que eterniza el principio del mal, existente en el hombre, y de las cuales se encuentran algunos ejemplares de siglo en siglo: bien sea que ese tipo establezca coloquio con los hombres, encarnándose en Mirabeau; o que se contente con obrar en silencio, como Bonaparte; o de estrujar al universo en una ironía, como el divino Rabelais; o aun que se ría de los seres, como el mariscal de Richelieu; y más todavía, que se burle a la vez de los hombres y de las cosas, como el más célebre de nuestros embajadores. Pero el profundo genio de don Juan Belvidero resumió, por adelantado, a todos esos genios. Se burló de todo. Su vida era una mofa que abarcaba a hombres, cosas, instituciones, ideas. En cuanto a la Eternidad, había hablado familiarmente media hora con el papa Julio II y, al final de la conversación, le dijo riendo:

—Si es absolutamente preciso escoger, prefiero creer en

Dios que en el diablo; el poderío unido a la bondad ofrece siempre más recursos de los que posee el genio del mal.

—Sí, pero Dios quiere que se haga penitencia en este mundo...

—¿Seguís pensando siempre en vuestras indulgencias? —respondió Belvidero—. Pues bien, yo, para arrepentirme de las faltas de mi primera vida, tengo toda una existencia en reserva.

—¡Ah, si comprendes así la vejez, hijo mío —exclamó el papa—, corres el riesgo de ser canonizado...!

—Después de vuestra elevación al papado, puede creerse en todo...

Y ambos fueron seguidamente a ver a los operarios ocupados en construir la inmensa basílica consagrada a San Pedro.

—San Pedro es el hombre de genio que nos ha constituido nuestro doble poder —dijo el papa a don Juan—. Merece, pues, este monumento. Pero, a veces, por la noche, pienso que un diluvio pasará su esponja sobre esto, y habrá que volver a comenzar de nuevo...

Don Juan y el papa se echaron a reír; ambos se habían comprendido. Un majadero hubiera ido al día siguiente a entretenerse con Julio II en la mansión de Rafael, o en la deliciosa villa Madama; pero Belvidero fue a verle officiar pontificalmente, a fin de convencerse de sus dudas. En una bacanal, la Rovere habría podido desmentirse y

comentar el *Apocalipsis*.

De todos modos, esta narración no tiene por finalidad proporcionar materiales a quienes quieran escribir memorias sobre la vida de don Juan, sino que se propone probar a las gentes honradas que Belvidero no murió en su duelo con una piedra, como intentan hacerlo creer algunos litógrafos. Al llegar a su sesentena, don Juan Belvidero fijó su residencia en España. Allí, ya viejo, desposó con una joven y encantadora andaluza. Mas, por cálculo, no fue ni buen padre ni buen esposo. Había observado que nunca somos tan tiernamente amados como por las mujeres en las que apenas pensamos. Doña Elvira, santamente educada por una vieja tía en el fondo de Andalucía, en un castillo, a algunas leguas de Sanlúcar, era toda abnegación y toda gracia. Don Juan adivinó que aquella muchacha sería mujer para combatir durante mucho tiempo una pasión antes de ceder, y así esperó conservarla virtuosa hasta su muerte. Fue una broma en serio, una partida de ajedrez que quiso reservarse jugar durante su vejez. Valido de todas las faltas cometidas por su padre Bartolomeo, don Juan resolvió emplear las menores acciones de su vejez en el éxito del drama que debía realizarse en su lecho de muerte. Así, la mayor parte de sus riquezas permaneció enterrada en los profundos sótanos de su palacio, en Ferrara, a donde iba raramente. En cuanto a la otra mitad de su fortuna, fue colocada a renta vitalicia, a fin de interesar en la máxima prolongación de su vida a su mujer y sus hijos, especie de bellaca artimaña que su padre debió haber practicado; mas esta especulación maquiavélica no fue muy necesaria. El joven Felipe Belvidero, su hijo, se convirtió en español tan concienzudamente religioso como su padre era impío, en virtud acaso del proverbio: *A padre avaro, hijo pródigo*. El abad del convento de Sanlúcar fue escogido por don Juan para dirigir las conciencias de la duquesa de Belvidero y de Felipe. Este eclesiástico era un santo varón, de elevada estatura, admirablemente bien proporcionado, con hermosos ojos negros, una cabeza a lo Tiberio, fatigada por los ayunos, blanca de maceraciones, y cotidianamente tentado como todos los solitarios. El viejo señor esperaba acaso poder aún matar a un fraile antes de acabar su primer arriendo de vida. Pero, sea porque el abad fuese tan fuerte como podía serlo el propio don Juan, o bien que doña Elvira tuviese más prudencia o virtud de la que España otorga a las mujeres, don Juan se vio constreñido a pasar sus últimos días como un viejo cura de aldea, sin escándalo, en su casa. A veces se solazaba hallando a su hijo o a su esposa faltando a sus deberes religiosos, y exigía imperiosamente que ejecutaran todas las obligaciones impuestas a los fieles por la curia de Roma. En fin, jamás se sentía tan dichoso como cuando escuchaba al fino abad de Sanlúcar, a doña Elvira y a Felipe, ocupados en discutir un caso de conciencia. Sin embargo, a pesar de los prodigiosos cuidados que reservaba a su persona don Juan de Belvidero, llegaron los días de la decrepitud y, con esta dolorosa edad, los lamentos de impotencia, lamentos tanto más desgarradores, cuanto más ricos eran los recuerdos de su hirviente y bulliciosa juventud y de su voluptuosa madurez. Aquel hombre, en quien el último grado de la mofa era inducir a los demás a creer en leyes y en

principios de los que hacía caso omiso y zahería en su fuero interno, no obstante al dormirse por la noche, lo hacía con un *acaso* en su pensamiento. Aquel modelo de buen tono, aquel duque vigoroso en una orgía, soberbio en las cortes, agraciado con las damas, cuyos corazones habían sido retorcidos por él como un campesino lo hace con una vara de mimbre, aquel hombre de genio tenía una pituitaria porfiada, una ciática inoportuna y una gota brutal. Veía abandonarle sus dientes como, al final de una velada se van las damas más blancas, mejor ataviadas, una a una, dejando el salón desierto y vacío. En fin, sus audaces manos temblaron, sus esbeltas piernas vacilaron, y un día, la apoplejía le agarrotó el cuello con sus manos ganchudas y glaciales. Desde aquel día fatal, se tornó taciturno y duro. Acusaba a los abnegados cuidados y atenciones que le prestaban su hijo y su mujer, pretendiendo a veces que no le reservarían aquellas solicitudes tan delicadas, con tanto cariño, si no hubiese colocado toda su fortuna en renta vitalicia. Elvira y Felipe derramaban entonces amargas lágrimas y redoblaban sus caricias y ternuras al malicioso anciano, cuya cascada voz se tomaba afectuosa para decirles:

—Queridos, amada esposa, me perdonáis, ¿no es así? Os atormento un poco. ¡Ay, gran Dios!, ¿cómo te sirves de mí para someter a prueba a estas dos celestes criaturas? Yo, que debería ser su alegría, soy su flagelo...

Fue así que los encadenó a la cabecera de su lecho, haciéndoles olvidar meses enteros de impaciencia y de crueldad por una hora en que desplegaba para ellos los tesoros siempre nuevos de su gracia y de un falso cariño. Sistema paternal que le resultó infinitamente mejor del que antaño empleara su padre con él. Finalmente, llegó a tal grado de enfermedad, que, para acostarle, hacía falta maniobrarle como a una falúa cuando penetra en un canal peligroso. Luego llegó el día de la muerte. Aquel brillante y escéptico personaje, cuyo entendimiento tan sólo sobrevivía a la más espantosa de todas las destrucciones, se vio entre un médico y un confesor, sus dos antipatías. Pero fue jovial con ellos. ¿Pues no había para él una destellante luz tras el velo del futuro? Bajo ese lienzo, de plomo para unos, y diáfano para él, retozaban como sombras las encantadoras delicias de la juventud.

Fue durante un hermoso atardecer de estío que don Juan sintió aproximarse a la muerte. El cielo español era de una pureza admirable, los naranjos perfumaban el aire, las estrellas destilaban vivas y diáfanas luminarias, la naturaleza parecía darle garantías seguras de su resurrección, y un hijo piadoso y obediente le contemplaba con amor y respeto. Hacia las once, quiso quedarse a solas con aquel cándido ser.

—Felipe —le dijo con voz tan tierna y cariñosa, que el mozo se estremeció y lloró de dicha, pues jamás aquel padre había pronunciado así su nombre—. Escúchame, hijo mío —prosiguió el moribundo—. Soy un gran pecador. Así, he pensado durante toda mi vida en la muerte. Antaño fui amigo del gran papa Julio II. Este ilustre pontífice temió que la excesiva irritación de mis sentidos no me hiciera cometer algún pecado mortal entre el momento en que yo expirase y el en que hubiese recibido los santos óleos, por lo que me hizo el don de un frasquito en el cual

se contiene el agua sagrada brotada en antiguos tiempos de las rocas del desierto. He mantenido el secreto sobre esta dilapidación del tesoro de la Iglesia, pero estoy autorizado a revelar este misterio a mi hijo, *in articulo mortis*. Encontrarás ese frasco en el cajón de esa mesa gótica, que no ha abandonado jamás la cabecera de mi cama... El precioso recipiente de cristal podrá servirte aún, mi bienamado Felipe. ¿Me juras, por tu salvación eterna, ejecutar puntualmente mis órdenes?

Felipe miró a su padre. Don Juan era harto conocedor de los sentimientos humanos como para no morir en paz bajo la fe de tal mirada, como su padre había muerto de desesperación a la vista de la suya.

—Tú merecías otro padre —prosiguió don Juan—. Me atrevo a confesarte, hijo mío, que en el momento en que el respetable abad de Sanlúcar me administraba el viático, yo pensaba en la incompatibilidad de dos potencias tan grandes como son la del diablo y la de Dios...

—¡Oh, padre mío!

—Y me decía que, cuando Satán concierte su paz, deberá, so pena de ser un gran miserable, estipular el perdón de sus adherentes. Este pensamiento me persigue. Iría, pues, al infierno, hijo mío, caso de que no cumplieses mis voluntades.

—¡Oh, decídmelas en seguida, padre mío!

—En cuanto yo haya cerrado los ojos —prosiguió don Juan—, dentro de unos minutos acaso, tomarás mi cuerpo, caliente aún, y lo extenderás sobre una mesa en medio de esta habitación. Luego apagarás esta lámpara; el resplandor de las estrellas será suficiente. Me despojarás de mis vestiduras y, mientras recitas unos Padrenuestros y Avemarias, elevando tu alma a Dios, cuidarás de humedecer con esta agua sagrada mis ojos, mis labios y toda la cabeza primero, y luego, sucesivamente, los miembros y el cuerpo; ¡pero, querido hijo mío, el poder de Dios es tan grande, que no debes asombrarte de nada!

Aquí, don Juan, que sentía ya muy cerca la muerte, añadió con voz terrible:

—¡Coge bien el frasco!

Después expiró dulcemente en los brazos de un hijo cuyas abundantes lágrimas se vertieron sobre su rostro irónico y lívido.

Era alrededor de la medianoche cuando don Felipe Belvidero colocó el cadáver de su padre sobre la mesa. Tras haber besado la amenazadora frente y los canos cabellos, apagó la lámpara. El suave resplandor, producido por la claridad de la luna, cuyos singulares reflejos iluminaban la campiña, permitió al piadoso Felipe entrever indistintamente el cuerpo de su padre, como algo blanco en medio de la oscuridad. El joven empapó un lienzo en el licor y, sumido en la oración, ungió fielmente aquella sagrada cabeza, en medio de un profundo silencio. Oyó indescriptibles estremecimientos, pero los atribuyó al soplo de la brisa en las copas de los árboles. En cuanto hubo mojado el brazo derecho, sintió que un brazo joven y vigoroso le apretaba fuertemente el cuello...; ¡el brazo de su padre! Lanzó un grito desgarrador y dejó caer el frasco, que se rompió al chocar en el embaldosado suelo. El licor se

evaporó. Las gentes del castillo acudieron presurosas, provistas de antorchas, pues aquel grito les había espantado y sorprendido como si la trompeta del Juicio Final hubiese desquiciado el universo. En unos instantes, la habitación se llenó de personas que, temblorosas, vieron a don Felipe desmayado, pero sostenido por el poderoso brazo de su padre, quien seguía apretándole el cuello. Luego, cosa sobrenatural, la concurrencia vio la cabeza de don Juan, tan joven y tan bella como la de Antinoo; una cabeza de negros cabellos, ojos brillantes, boca bermeja, y que se agitaba espantosamente, sin poder remover el esqueleto al que pertenecía.

Un viejo servidor gritó:

—¡Milagro!

Y todos los españoles repitieron:

—¡Milagro!

Demasiado piadosa para admitir los misterios de la magia, doña Elvira envió a buscar al abad de Sanlúcar. Cuando éste contempló con sus ojos el milagro, resolvió aprovecharse de él como hombre inspirado y como abad que no pedía nada mejor que aumentar sus ingresos. Declarando al punto que el señor don Juan sería infaliblemente canonizado, designó para la ceremonia de la apoteosis a su convento, que en adelante se llamaría, dijo, de *San Juan-de-Lúcar*. A estas palabras, la cabeza hizo una mueca bastante burlesca.

Es tan conocido el gusto de los españoles por esta especie de solemnidades, que no debe ser difícil creer en los espléndidos espectáculos religiosos celebrados por la abadía de Sanlúcar con motivo del traslado del *bienaventurado don Juan Belvidero* a su iglesia. Algunos días después de la muerte de este ilustre señor, se había comentado tan abundantemente el milagro de su imperfecta resurrección de aldea en aldea, en un radio de más de cincuenta leguas en derredor de Sanlúcar, que constituía un espectáculo ver a los curiosos por los caminos, afluyendo de todos lados, engolosinados por un *Te Deum* cantado a la luz de los blandones de cera. La antigua mezquita del convento de Sanlúcar, maravilloso edificio construido por los moros, y cuyas bóvedas oían desde hacía tres siglos el nombre de Jesucristo sustituyendo al de Alá, no pudo cobijar a la muchedumbre llegada para ver la ceremonia. Apretados como hormigas, hidalgos de capas de terciopelo y armados de sus buenas tizonas, se mantenían en pie en torno a los pilares, sin hallar sitio para doblar sus rodillas, que no lo hacían sino allí. Encantadoras campesinas, cuyas basquiñas dibujaban amorosas formas, daban el brazo a ancianos de cabellos blancos. Mozos de ardientes ojos se encontraban al lado de viejas ataviadas de fiesta. Había luego parejas estremecidas de gozo, novias curiosas llevadas por sus bienamados galanes; recién casados, y niños cogidos temerosamente de la mano. Todo este mundo se congregaba allí, polícromo, brillante en contrastes, cargado de flores, produciendo un atenuado tumulto en el silencio de la noche. Los anchos portones de la iglesia se abrieron. Quienes, habiendo llegado demasiado tarde, hubieron de permanecer fuera del templo, veían de lejos, por las tres fachadas abiertas, una escena de cuyas vaporosas decoraciones no podrían

dar una leve idea nuestras óperas modernas. Devotos y pecadores, acuciados al par por el ferviente deseo de obtener los favores de un nuevo santo, alumbraron en su honor miles de cirios en el vasto recinto, resplandores interesados que prestaron mágicos aspectos al monumento. Las negras arcadas, las columnas y sus capiteles, las capillas profundas y brillantes de oro y plata, las galerías, los arabescos, los más delicados rasgos de aquella escultura delicadamente cincelada, se dibujaban en aquel derroche de luminarias, como las caprichosas figuras que se forman en un rojo brasero. Era un océano de lumbres, dominado, al fondo de la iglesia, por el dorado coro donde se elevaba el altar mayor, cuya gloria hubiese rivalizado con un sol alzándose. En efecto, el esplendor de las lámparas de oro, de los candelabros de plata, de los estandartes, de las borlas, de los santos y de los *ex-voto*, palidecían ante el catafalco en el que se encontraba don Juan. El cuerpo del impío destellaba de piedras preciosas, de flores, de vidrios, de diamantes, de oro, de plumas tan blancas como las alas de un serafín, y reemplazaba sobre el altar a un cuadro de Cristo. En su derredor brillaban numerosos cirios que lanzaban al aire llameantes ondas. El buen abad de Sanlúcar, revestido de pontifical, con su mitra enriquecida de piedras preciosas, su roquete y su báculo de oro, ocupaba, rey del coro, un sillón de un lujo imperial, en medio de todo el clero principal de su comunidad, compuesto de impassible ancianos de cabellos plateados, revestidos de finas albas, y que le rodeaban como los santos confesores que los pintores agrupan en torno al Padre Eterno. El gran chantre y los dignatarios del capítulo, condecorados con las brillantes insignias de sus vanidades eclesiásticas, iban y venían en el seno de las nubes formadas por el incienso, semejantes a los astros que ruedan en el firmamento. Llegada la hora del triunfo, las campanas despertaron los ecos del campo, y aquella inmensa asamblea lanzó hacia Dios el primer grito de alabanzas con que comienza el *Te-Deum*. ¡Cristo sublime! Eran voces puras y ligeras, voces de mujeres en éxtasis, mezcladas a las graves y recias de los hombres, millares de voces tan potentes, que los sonos del órgano no lograron dominar el conjunto, a pesar del bramido de sus tubos. Únicamente las penetrantes notas de las cristalinas voces de los niños del coro y los amplios acentos de algunos bajos profundos suscitaron ideas graciosas, expresaron la infancia y la fuerza, en aquel admirable concierto de voces humanas fundidas en un sentimiento de amor.

—¡Te Deum laudamus!

Del seno de aquella catedral negra de mujeres y de hombres arrodillados, aquel cántico partió semejante a una luz que brota súbita en la noche, y el silencio fue quebrado como por el fragor de un trueno. Las voces subieron con las nubes de incienso que arrojaban velos diáfanos y azulencos sobre las fantásticas maravillas de la arquitectura. Todo era riqueza, magnificencia, perfume, luz y melodía. En el momento en que aquella música de amor y de reconocimiento se lanzó hacia el altar, don Juan, harto cortés como para no mostrar su agradecimiento, y demasiado espiritual para no expresar zumba, respondió con espantosa risa, arrellanándose en su

catafalco. Mas habiéndole hecho el diablo pensar en la probabilidad que tenía de ser tomado por un hombre corriente, por un santo, un Bonifacio o un Pantaleón, turbó aquella melodía de amor por un aullido al que se unieron las mil voces del infierno. La tierra bendecía, el cielo maldecía. La iglesia tembló hasta en sus vetustos cimientos.

—*¡Te Deum laudamus!* —clamaba la concurrencia.

—¡Idos a todos los diablos, bestias brutas que sois! ¡Dios, Dios! *¡Carajos, demonios...*<sup>[18]</sup>, animales, mirad que sois estúpidos con vuestro Dios-vejestorio!

Y un torrente de imprecaciones se desató como una riada de ardientes lavas en la erupción del Vesubio.

—¡Deus sabaoth..., Sabaoth! —clamaron los cristianos.

—¡Insultáis a la majestad del infierno! —respondió don Juan, cuya contraída boca hacía rechinar sus dientes.

Luego, el brazo con vida pudo pasar por encima del catafalco, y amenazó a la concurrencia con ademanes impregnados de desesperación e ironía.

—¡El santo nos bendice! —gritaron las viejas, los niños y los novios, gentes crédulas.

He aquí cómo somos a menudo engañados en nuestras adoraciones. El hombre superior se burla de quienes le complimentan, y cumplimenta a veces a aquellos de quienes en el fondo de su corazón se burla.

En el momento en que el abad, prosternado ante el altar, invocaba: *¡Sancte Johannes, ora pro nobis!*, oyó bastante distintamente: *¡O coglione!*<sup>[19]</sup>.

—¿Qué es lo que pasa ahí arriba? —exclamó el coadjutor, viendo removerse el catafalco.

—El santo hace el diablo —respondió el abad.

Entonces, aquella cabeza viviente se desprendió violentamente del cuerpo ya muerto, y fue a caer sobre el amarillo cráneo del oficiante.

—¡Acuérdate de doña Elvira! —gritó la cabeza, devorando a la del abad.

Este lanzó un espantoso grito que perturbó la ceremonia. Todos los eclesiásticos corrieron a rodear a su soberano.

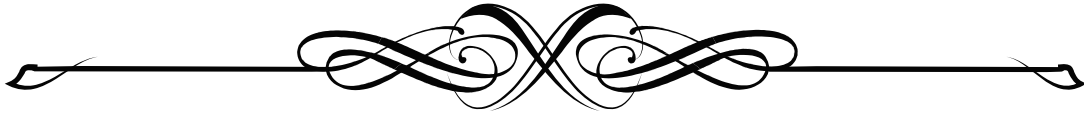
—¡Imbécil, di pues que hay un Dios! —clamó la voz en el momento en que el abad, mordido en el cerebro, iba a expirar.

París, octubre de 1830.





## **LOS PROSCRITOS**



## ALMAE SOROSI

En 1308, existían pocas casas en el Terrain formado por los aluviones y las arenas del Sena en la parte alta de la Cité, detrás de la iglesia de Notre-Dame. El primero que osó edificar sobre esta arena, sometida a frecuentes inundaciones, fue un alguacil de la ciudad de París que había prestado algunos servicios menores a los señores del capítulo de Notre-Dame; en recompensa, el obispo le arrendó veinticinco pérticas de tierra, y le dispensó de todo censo o renta, por el hecho de edificar. Siete años antes del día en que comienza esta historia, José Tirechair, uno de los más brutales alguaciles de París, como bien puede suponerse por su nombre, había, pues, merced a sus derechos sobre las multas que percibía por infracciones cometidas en las calles de la Cité, construido su casa a orillas del Sena, precisamente al final de la calle de Port-Saint-Landry. A fin de preservar de cualquier deterioro las mercancías depositadas en el puerto, la ciudad había construido una especie de depósito de albañilería que se ve todavía en algún viejo plano de París, y que preservaba los pilotajes del puerto sosteniendo con la cabeza del Terrain los embales de las aguas y de los hielos. El sargento lo había aprovechado para la construcción de su vivienda, de modo que era necesario subir varios peldaños para llegar a su casa. Parecida a todas las mansiones de su tiempo, esta casucha estaba terminada por un techo puntiagudo que simulaba sobre la fachada la mitad superior de un rombo. Con dolor de los historiógrafos, solamente existen uno o dos modelos de estos tejados en París. Una abertura circular esclarecía el granero, en el cual la mujer del alguacil ponía a secar la ropa del capítulo; ya que tenía el alto honor de lavar a Nôtre-Dame, que no era, ciertamente, un trabajo despreciable. En el primer piso había dos habitaciones que en los años buenos y en los malos, se alquilaban a extranjeros a razón de cuarenta sueldos parisinos cada una, precio exorbitante, pero que quedaba justificado por el lujo con que Tirechair las había amueblado. Tapices de Flandes adornaban las paredes; una gran cama provista de dosel de sarga verde, parecido al de los campesinos, estaba honorablemente provista de colchón y recubierta de buenas sábanas de tela fina. En cada habitación había un brasero, especie de estufa cuya descripción es inútil. El suelo, cuidado escrupulosamente por los aprendices de la Tirechair, brillaba como la madera de roble. En lugar de escabeles, los locatarios disponían para sentarse de grandes *sillas* de nogal torneado, procedentes, sin duda, del pillaje de algún castillo. Dos baúles con incrustaciones de metal, una mesa de patas curvadas, completaba el mobiliario, digno de los señores feudales más poderosos a los que sus asuntos llevaban a París. Los ventanales de estas dos habitaciones daban al río. Por uno, no habríais podido ver más que las orillas del Sena y las tres islas desiertas, las dos primeras de las cuales quedaron unidas posteriormente, formando en nuestros días la isla de San Luis, la tercera era la isla de Louviers. Por el otro, habríais contemplado a

través de una perspectiva del puerto de Saint-Landry, el barrio de la Grève, el puente de Notre-Dame con sus casas, y las altas torres del Louvre recientemente construidas por Felipe-Augusto, y que dominaban aquel París mezquino y pobre, el cual sugiere a la imaginación de los poetas modernos tantas falsas maravillas. La planta baja de la casa de Tirechair, para servirnos de una expresión entonces en uso, se componía de una gran habitación donde trabajaba su mujer, y por la cual los inquilinos estaban obligados a pasar para subir a las suyas, por una escalera parecida a las de los molinos. Después, en la parte trasera, se hallaban la cocina y un dormitorio, con vistas al Sena. Un diminuto huerto conquistado a las aguas del río, se extendía al pie de aquella humilde casa en la que crecían unas cuantas coles verdes, unas cebollas y unos rosales protegidos por una especie de verjas formando un vallado. Una cabaña construida con madera y adobes servía de cobijo a un perro grande, guardián necesario de esta mansión aislada. En dicha caseta empezaba una cerca dentro de la cual cacareaban unas gallinas cuyos huevos se vendían a los canónigos. Aquí y allá, sobre el Terrain fangoso o seco, según los caprichos de la atmósfera parisién, crecían unos minúsculos árboles incesantemente batidos por el viento, quebrados, rotos por los viandantes; unos sauces vivaces, juncos y altas hierbas. El Terrain, el Sena, el puerto y la casa se hallaban encuadrados, al oeste, por la inmensa basílica de Notre-Dame, que proyectaba a capricho del sol su fría sombra sobre esta tierra. Entonces, como hoy, no había en París otro lugar más solitario, paisaje más solemne ni más melancólico. El sordo rumor de las aguas, el canto de los sacerdotes o el silbido del viento eran lo único que turbaban la paz de aquella especie de bosquecillo, donde alguna vez desembarcaban parejas de enamorados para confiarse sus secretos, cuando los oficios religiosos retenían en el templo a los componentes del capítulo.

Una tarde del mes de abril, en el año 1308, Tirechair regresó a su casa singularmente enfadado. Desde hacía tres días, todo estaba en orden en la vía pública. En su calidad de polizante, nada le afectaba más que saberse inútil. Tiró su alabarda con malhumor, masculló vagas palabras mientras se quitaba su chaqueta mitad roja mitad azul, para ponerse un sobreveste de camelote viejo. Después de haber tomado de una alacena un pedazo de pan sobre el que extendió una capa de manteca, se sentó en un banco, examinó las cuatro paredes blanqueadas con cal, contó las vigas del techo, inventarió los utensilios caseros colgados de clavos, masculló juramentos y miró a su mujer, la cual no había pronunciado palabra repasando las albas y sobrepellices de la sacristía.

—Por mi salud —dijo para iniciar la conversación— que no sé, Jacqueline, dónde vas a pescar tus aprendizas. Ahí hay una —añadió señalando a una obrera que planchaba bastante torpemente un mantel de altar— que en verdad, cuanto más la miro, más pienso que parece una hija loca, por su cuerpo, que una sierva del campo. Tiene las manos tan blancas como las de una dama, ¡Ira de Dios, sus cabellos están perfumados! Y sus zapatos son finos como los de una reina. Por el doble cuerno de Mahoma, estas cosas no son de mi agrado.

La obrera enrojeció y miró a Jacqueline con aspecto que expresaba cierto temor mezclado de orgullo. La planchadora respondió a aquella mirada con una sonrisa, dejó su labor y, con voz enojada, dijo a su marido:

—¡Ah, vamos, no te impacientes! ¡Vas a acusarme de algunas tretas! Trota sobre tu pavimento tanto como quieras y no te metas en lo que pasa aquí para dormir en paz, beber tu vino y comer lo que te pongan en la mesa; sino, renuncia a mantenerte alegre y sano. ¡Encontradme en toda la ciudad a un hombre más feliz que este simio! —añadió haciéndole una mueca de reproche—. Lleva dinero en su faltriquera, tiene una casa propia en el Sena, una virtuosa alabarda en su lado, una honesta mujer en el otro, una casa tan limpia, tan aseada, como las niñas de mis ojos: ¡y aún se queja como un peregrino abrasado por el fuego de San Antonio!

—¡Ah! —prosiguió el alguacil—, ¿crees tú, Jacqueline, que tengo ganas de ver mi casa arrasada, mi alabarda en manos de otro y a mi mujer en la picota?

Jacqueline y la delicada obrera palidecieron.

—Explícate de una vez —le interrumpió con vivacidad la lavandera— y suelta lo que tienes en el buche. Me doy perfecta cuenta, muchacho, que desde hace unos días tienes alojada una tontería en tu pobre cerebro. Anda, ven aquí, y desgrana tu rosario. Debes ser muy cobarde para temer cualquier alboroto llevando como llevas una alabarda al costado y viviendo bajo la protección del Capítulo. Los canónigos pondrían la diócesis en interdicción si Jacqueline se quejase ante ellos de la menor afrenta.

Y mientras decía esto, se dirigió directamente hasta donde estaba el alguacil, y le agarró por un brazo.

—Ven conmigo, vamos —añadió haciéndole levantar y conduciéndole hacia las escaleras.

Cuando estuvieron al borde del agua, en su huertecillo, Jacqueline miró a su marido con aire burlón.

—¡Aprende, viejo truhán, que, cuando esta hermosa dama sale de la habitación, entra una moneda de oro en nuestra hucha!

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó el alguacil, que permaneció callado y pensativo ante su mujer.

Pero, inmediatamente, prosiguió:

—Entonces estamos perdidos... ¿Por qué viene esta mujer a nuestra casa?

—Viene a ver al muchachito que tenemos ahí arriba —respondió Jacqueline mostrando la habitación cuya ventana daba vista a la ancha extensión del Sena.

—¡Maldición! —exclamó el alguacil—. Por unos pocos malditos escudos serás capaz de arruinarme, Jacqueline. ¿Es esta una profesión digna de una prudente y honesta mujer de un alguacil? Pero, aunque fuese condesa o baronesa, esta dama no podría sacarnos del jaleo en el que tarde o temprano nos veremos metidos. ¿Es que crees que no tendremos contra nosotros a un marido poderoso y gravemente ofendido? Porque, ¡ira de Dios!, esta mujer es muy hermosa.

—Ella es viuda, viejo sátiro. ¿Cómo osas sospechar vilezas y estupideces de tu mujer? Esta dama jamás ha dirigido la palabra a nuestro gentil muchacho, se contenta con mirarle y en pensar en él. ¡Pobre niño! Sin ella ya habría muerto de hambre, pues ella casi es su madre. Y él, el querubín, es tan fácil de engañar como mecer a un recién nacido. Cree que su dinero le va a durar siempre, y en los últimos seis meses se ha comido ya su capital más de dos veces.

—Mujer —respondió gravemente el alguacil mostrándole la plaza de la Grève—, ¿recuerdas haber visto desde aquí el fuego en el cual asaron el otro día a aquella danesa?

—¿Y bien? —dijo Jacqueline asustada.

—Pues bien —prosiguió Tirechair—, los dos extranjeros que albergamos huelen a asado. No hay capítulo, condesa ni protección que valga. Cuando lleguen Pascuas, cuando termine el año, pondremos a nuestros huéspedes en la puerta, y rápido y pronto. ¿Pretendes enseñar a un alguacil a conocer a los racimos de la horca? Nuestros dos huéspedes habían practicado con la Porrette, aquella hereje de Dinamarca o de Noruega de la cual oíste, desde aquí, su último grito. Era una valiente diablesa, ella no parpadeó sobre los haces de leña, lo que demuestra palpablemente sus concomitancias con el diablo: la vi como te estoy viendo a ti, seguía predicando al público, diciendo que estaba ya en el cielo y que veía a Dios. Pues bien, después de aquel día, no he podido ya dormir tranquilo en mi camastro. El señor de la habitación de encima de la nuestra seguramente es más brujo que cristiano. A fe de alguacil que tiemblo cuando este viejo pasa cerca de mí; jamás duerme de noche; si me despierto, su voz resuena como un doblar de campanas, y le oigo hacer sus conjuros en la lengua del infierno; ¿le has visto alguna vez comer un honrado pedazo de pan o una hogaza hecha por la mano de un panadero católico? Su piel morena ha sido cocida y tostada por el fuego del infierno. ¡Ira de Dios!, sus ojos ejercen un encanto como los de las serpientes. Jacqueline, no quiero a estos dos hombres bajo mi techo. He visto a la justicia demasiado de cerca para desear tener algo que ver con ella. Pondrás a nuestros dos inquilinos en la puerta: el viejo, porque me es sospechoso, y el joven porque es demasiado guapo. Tanto el uno como el otro tienen aspecto de no frecuentar cristianos, y ciertamente no viven como nosotros; el pequeño, constantemente está mirando a la luna, las estrellas y las nubes, como un brujo que calcula el momento de montar sobre su escoba; el otro pillo se sirve de este infeliz muchacho gracias a algún sortilegio. Mi tugurio está en el río, y tengo ya bastante con esta causa de mi ruina, sin necesidad de atraer el fuego del cielo o el amor de una condesa. He dicho.

A pesar del despotismo que ejercía en el matrimonio, Jacqueline quedó estupefacta al escuchar aquella especie de requisitoria fulminada por el alguacil contra sus dos inquilinos. En aquel momento, dirigió una mirada maquinal hacia la ventana de la habitación donde se alojaba el más anciano, y se estremeció de horror al encontrarse de golpe con la cara sombría y melancólica, con la mirada profunda que

hacía estremecer al alguacil, por muy acostumbrado que estuviera éste a entendedérselas con criminales.

En esta época, pequeños y grandes, clérigos y seglares, todos temblaban ante el pensamiento de un poder sobrenatural. La palabra magia era tan poderosa como la lepra para destrozarse los sentimientos, romper los lazos sociales y helar la piedad en los corazones más generosos. La mujer del alguacil pensó, de repente, que jamás había visto a sus huéspedes realizar ningún acto de criatura humana. Aunque la voz del más joven era dulce y melodiosa como el sonido de una flauta, la escuchaba tan raramente que sintió la tentación de tomarlo por el efecto de algún sortilegio. Recordando la extraña belleza de aquel rostro blanco y rosado, volviendo a ver en el recuerdo aquella rubia cabellera y el fuego húmedo de su mirar, creyó reconocer en todo ello los artificios del demonio. Recordó haber pasado días enteros en casa sin haber oído el más leve ruido en las habitaciones de los dos extranjeros. ¿Dónde estaban durante aquellas largas horas? Súbitamente aparecieron en su memoria las más singulares circunstancias. Se sintió completamente presa del miedo, y creyó ver una prueba de magia en el amor que la rica dama demostraba por el joven Godofredo, huérfano pobre venido de Flandes a París para estudiar en la Universidad. Metió rápidamente la mano en uno de sus bolsillos, sacó con viveza cuatro libras tornesas, y contempló las monedas con un sentimiento de avaricia mezclado de temor.

—¿Son acaso falsas estas monedas? —dijo mostrándolas a su marido—. Además —añadió—, ¿cómo echarles de casa después de haber recibido anticipadamente el alquiler del año próximo?

—Debes consultar con el deán del capítulo —respondióle el alguacil—. ¿No es él quien debe decirnos cómo tenemos que comportarnos con seres extraordinarios?

—¡Oh, sí!, verdaderamente extraordinarios —exclamó Jacqueline—. ¡Hay que ver qué picardía! ¡Venir a vivir a la mismísima sombra de Notre-Dame! Pero —prosiguió—, antes de consultar con el deán, ¿no sería conveniente avisar a esta noble y digna dama del peligro que corre?

Acabando estas palabras, Jacqueline y el alguacil, que no habían dejado de comer, volvieron a entrar. Tirechair, hombre encanecido en las tretas de su oficio, fingía considerar a la desconocida como a una simple obrera; pero aquella aparente indiferencia dejaba entrever el temor de un cortesano que respeta un incógnito real. En aquel momento, dieron las seis en el campanario de Saint-Denis du Pas, pequeña iglesia que se alza entre Notre-Dame y el puerto de Saint-Landry, primera de las catedrales construidas en París, precisamente en el mismo lugar en el cual San Dionisio fue puesto sobre las parrillas, según dicen las crónicas. Inmediatamente, las campanadas horarias volaron de campanario en campanario por toda la Cité. De repente gritos confusos se elevaron desde la orilla derecha del Sena, detrás de Notre-Dame, en el sitio donde hormigean las escuelas de la Universidad. Al oír aquella señal, el anciano huésped de Jacqueline se movió en la habitación. El alguacil, su mujer y la desconocida oyeron abrir y cerrar bruscamente una puerta, y el andar

pesado del extranjero resonó en los peldaños de la escalera interior. Las sospechas del alguacil dieron a la aparición de aquel personaje tan alto interés, que los rostros de Jacqueline y del alguacil ofrecieron de golpe una curiosa expresión, que fue captada por la dama. Relacionando, como todas las personas que aman, el espanto de la pareja con su protegido, la desconocida aguardó con inquietud el acontecimiento que anunciaba lo peor de sus pretendidos dueños.

El extranjero permaneció unos instantes en el dintel de la puerta para examinar a las tres personas que se hallaban en la sala, y que parecían esperar a su compañero. La mirada que le dirigió, por muy despreocupada que fuera, turbó los corazones. Era verdaderamente imposible para nadie, incluso para un hombre hecho y derecho, no confesar que la naturaleza había dotado de poderes exorbitantes a aquel ser en apariencia sobrenatural. Aunque sus ojos estuvieran profundamente hundidos bajo los grandes arcos dibujados por sus cejas, estaban, como los de un milano, encastados en unos párpados anchos y ribeteados por un círculo oscuro tan intensamente marcado en la parte alta de la mejilla, que sus pómulos parecían muy pronunciados. Esta mirada mágica tenía algo de despótico y de incisivo que sobrecogía el ánimo, una mirada brillante y lúcida como la de las serpientes o la de los pájaros, pero que dejaba atónito, que anonadaba por la rápida comunicación de un inmenso infortunio, o de cualquier poder sobrehumano. Todo lo demás estaba en armonía con aquella mirada de plomo y fuego, fija y móvil, severa y tranquila. Si bien en aquellos ojos de águila parecía que las agitaciones terrestres estuvieran en cierto modo apagadas, el rostro, delgado y seco, llevaba impresas las huellas de infortunadas pasiones y de grandes acontecimientos realizados. La nariz era recta y se prolongaba de tal suerte que parecía sujeta por las ventanas nasales. Los huesos faciales estaban netamente acusados por las largas arrugas que la cruzaban formando como hoyos oscuros. Habría dicho ser el lecho de un torrente donde la violencia de las aguas estaba atestiguado por la profundidad de los surcos en él dejados, y que traicionan cualquier lucha horrible, eterna. Parecidos al rastro dejado por los remos de una barca sobre las ondas, unos largos pliegues que se iniciaban a cada uno de los lados de la nariz acentuaban las características de su cara, y prestaban a su boca, firme y sin sinuosidades, un aspecto de amarga tristeza. Por encima del huracán manifiesto en su cara, su frente serena avanzaba con una especie de gallardía y la coronaba como una cúpula de mármol. El extranjero mantenía la actitud a toda clase de sufrimientos, que han sido creados por la naturaleza para afrontar con impasibilidad a las multitudes enfurecidas y para enfrentarse a los mayores peligros. Parecía moverse dentro de una esfera propia, desde donde se mantenía sobre la humanidad. Así que su mirada, sus gestos, poseían un irresistible poder; sus descarnadas manos eran las de un guerrero; si os hacía bajar los ojos cuando los suyos se fijaban en los vuestros, os hacía igualmente temblar cuando su palabra o su gesto se dirigían a vuestra alma. Andaba rodeado de una majestad silenciosa que hacía se le tomara por un déspota sin guardia, o por algún dios sin rayos. Su vestido ratificaba las ideas sugeridas por su aspecto o

su rostro. El alma, el cuerpo y el vestido se armonizaban así para impresionar a las imaginaciones más frías. Llevaba una especie de sobrepelliz de tela negra, sin mangas, que se abrochaba por delante y que le llegaba hasta media pierna, dejando el cuello desnudo, sin alzacuello. Su jubón y sus borceguís también eran negros. Usaba, sobre la cabeza, una especie de solideo parecido al de los sacerdotes, y que describía una línea circular sobre su frente, sin que saliera de él ni un solo cabello. Era el luto más rígido y las vestiduras más tristes que un hombre puede adoptar. Sin una larga espada que colgaba de su costado, sostenida por un cinturón de cuero negro que podía verse a través de la abertura de su capa negra, cualquier eclesiástico le hubiera saludado como un hermano. Aunque era de estatura media, parecía muy alto; pero cuando se le miraba a la cara, la impresión era de que se trataba de un hombre gigantesco.

—Ha sonado la hora: la barca espera, ¿no vendrá usted?

A estas palabras, pronunciadas en un mal francés, pero que fueron fácilmente oídas en medio del silencio reinante, un ligero rumor resonó en la otra habitación, y el joven descendió con la rapidez de una ave. Cuando apareció Godofredo, el rostro de la dama enrojeció, comenzó a temblar, estremecerse e hizo un velo de sus blancas manos. Cualquier otra mujer hubiera compartido aquella emoción al ver a un joven de unos veinte años, pero cuya estatura y formas eran tan delicadas, que al primer golpe de vista cualquiera hubiese creído hallarse en presencia de un niño o de una muchacha disfrazada de hombre. Su gorra negra, parecida a la boina vasca, dejaba al descubierto una frente blanca como la nieve en la que brillaban el encanto y la inocencia, expresando una suavidad divina, reflejo de un alma llena de fe. La imaginación de los poetas habría encontrado allí aquella estrella que, en no sé qué cuento, una madre rogó a su hada madrina que colocara en la frente de su hijo, abandonado como Moisés en las aguas de un río. En el millar de rizos que caían sobre sus hombros respiraba el amor. Su cuello, verdadero cuello de cisne, era blanco y de una admirable suavidad. Sus ojos, azules, llenos de vida y lípidos, parecían reflejar el cielo. Los rasgos de su cara, la forma de su frente, eran de un acabado, de una delicadeza, que hubiera entusiasmado a un pintor. La flor de belleza que, en un rostro de mujer, nos produce inexplicables emociones, aquella pureza de líneas realmente exquisita, aquella su luminosa aureola colocada sobre unas facciones adorables, se unían a una tez varonil, a una fuerza todavía en la adolescencia, formando unos con otros, deliciosos contrastes. Era, en fin, uno de aquellos rostros melodiosos que, aunque mudos, nos hablan y nos atraen; no obstante, contemplándolo con más atención, quizá se hubiera podido observar en él aquella especie de marchitez que imprime una gran inteligencia o la pasión, en el verdor mate que le hacía parecer a una hoja tierna desplegándose al sol. Así, jamás contraste alguno fue más brusco ni más vivo que el ofrecido por la reunión de aquellos dos seres. Parecía estar viendo un gracioso y débil arbusto nacido a la sombra de un viejo sauce, despojado por el tiempo, resquebrajado por el rayo, decrepito, uno de aquellos sauces majestuosos,



admiración de los pintores; el tímido arbolillo, se acurruca junto a él, para protegerse de las tempestades. Uno era un dios, el otro, un ángel; uno el poeta que siente, el otro el poeta que traduce; uno, un profeta sufriendo, el otro, un levita en oración. Los dos pasaron en silencio.

—¿Has visto cómo le ha silbado? —dijo el alguacil en el momento en que los pasos de los dos extranjeros dejaron de oírse sobre la gravilla—. ¿No son el diablo y su paje?

—¡Uf! —respondió Jacqueline—, estaba como oprimida. Nunca había examinado a nuestros huéspedes con tanta atención. Es una verdadera pena, para nosotras, las mujeres, que el demonio pueda adoptar caras tan lindas.

—Sí, rocíale con agua bendita —exclamó Tirechair— y verás como se convierte en sapo.

Al oír esto, la dama se despertó del ensueño en el que se hallaba sumida, y miró al alguacil que se ponía su casaca azul y roja.

—¿A dónde corre usted? —dijo ella.

—A informar a la justicia que alojamos a dos brujos, que pueden hacernos mucho mal.

La desconocida sonrió.

—Yo soy la condesa Mahaut —dijo poniéndose en pie con una dignidad que dejó anonadado al alguacil—. ¡Guárdese usted muy bien de causar la menor molestia a sus huéspedes! Dedique los máximos honores a ambos, pero especialmente al anciano, a quien he tenido ocasión de ver en el palacio del rey vuestro señor, que le acogió cortésmente; se arrepentiría usted de causarle el menor perjuicio. En cuanto a mi estancia en esta casa, procure guardar silencio sobre ella, si ama la vida.

La condesa calló y se hundió en su meditación. Después, levantó la cabeza, hizo un signo a Jacqueline, y las dos subieron a la habitación de Godofredo. La hermosa condesa miró la cama, las sillas de madera, el baúl, los tapices y la mesa, con una felicidad parecida a la del desterrado que contempla, a su regreso, los tejados de las apretujadas casas de su pueblo natal, asentado en la ladera de una colina.

—Si no me has engañado —dijo a Jacqueline— te prometo cien escudos de oro.

—Mire usted, señora —respondió la dueña de la casa—, el pobre ángel no desconfía de nada, ¡he aquí todos sus bienes!

Diciendo esto, Jacqueline abrió un cajón de la mesa y le mostró algunos pergaminos.

—¡Oh, Dios de bondad! —exclamó la condesa cogiendo un contrato que repentinamente había atraído su atención, y donde leyó: GOTHOFREDUS, COMES GANTIACUS (*Godofredo, conde de Gante*).

Dejó caer el pergamino, y se pasó la mano por la frente; pero, encontrándose molesta al dejar traslucir su emoción delante de Jacqueline, readoptó una actitud fría.

—¡Estov muy contenta! —dijo.

Después descendió y salió de la casa. El alguacil y su mujer, se pusieron en el

dintel de la puerta, y la vieron tomar el camino que conducía al muelle. Una embarcación estaba amarrada cerca de allí. Cuando pudieron ser oídos los pasos de la condesa, un marinero se puso en pie rápidamente ayudó a la hermosa obrera a sentarse en un banco, y remó de forma tal que la barca voló como una golondrina, y rápida se deslizó sobre el agua, Sena abajo.

—¡Eres un bobo! —dijo Jacqueline dando una familiar palmada en la espalda del alguacil—. Esta mañana nos hemos ganado cien escudos de oro.

—A mí no me gusta tener como huéspedes a señores, ni a brujos. No sé cuál de las dos clases de tipos es la que más pronto nos lleva al desastre —respondió Tirechair cogiendo su alabarda—. Voy a hacer mi ronda —continuó— por el lado de Champfleury. ¡Ah, que Dios nos proteja, y haga que me encuentre con alguna galesa que se haya puesto esta noche sus anillos de oro, para que brillen en las sombras como una luciérnaga!

Jacqueline, al quedar sola en la casa, subió precipitadamente a la habitación del señor desconocido para intentar hallar allí alguna información sobre aquel misterioso asunto. Como aquellos sabios que se procuran infinitas penas para complicar los principios claros y sencillos de la naturaleza, había ya imaginado una novela informe que le servía para explicar la reunión de aquellos tres personajes bajo su mísero techo. Registró el baúl, lo examinó todo, pero no pudo descubrir nada extraordinario. Solamente vio sobre la mesa una escribanía y unas hojas de pergamino; pero como no sabía leer, aquel hallazgo carecía de significado para ella. Su instinto de mujer la llevó a la habitación del joven, desde donde ella percibió por la ventana, a sus dos huéspedes que cruzaban el Sena en la barca del botero.

—Son como dos estatuas —se dijo—. ¡Ah!, ¡ah!, abordan frente a la calle del Fouarre. ¡Es ligero el lindo muchacho! Ha saltado como un cabritillo. A su lado, el viejo parece uno de los santos de piedra de la catedral. Van a la antigua escuela de las Cuatro Naciones. ¡Vaya!, ya no puedo verles. ¡Aquí es donde respira, el pobre querubín! —añadió contemplando los muebles de la habitación—. Es galante y atractivo. ¡Ah!, estos señores están hechos de distinto material que nosotros.

Y Jacqueline descendió después de haber pasado la mano sobre el cobertor de la cama, registrado el baúl, y preguntado por centésima vez en los últimos seis meses.

—¿En qué demonios puede pasar todo el santo día? Es imposible que esté todo el tiempo mirando en el azul del cielo, y en las estrellas que Dios ha colgado de lo alto como si fuesen linternas. El querido muchacho debe de tener alguna pena. Pero ¿por qué el viejo señor y él no se separan ni un momento?

Después se perdió en sus pensamientos, que, en su cerebro de mujer, se enredaron como el hilo de un ovillo.

El anciano y el joven habían entrado en una de las escuelas que en aquella época hacían de la calle del Fouarre una de las más célebres de Europa. El ilustre Sigier, el más famoso doctor en teología mística de la Universidad de París, subía a su tarima en el momento en que los dos huéspedes de Jacqueline llegaban a la antigua escuela

de las Cuatro Naciones en una gran sala baja, al nivel de la calle. En los fríos peldaños cubiertos de paja fresca, un buen número de estudiantes estaban todos con una rodilla apoyada en el suelo y la otra levantada, para estenografiar la improvisación del maestro con ayuda de aquellas abreviaturas que constituyen la desesperación de los descifradores modernos. La sala estaba repleta, no solamente de escolares sino también de las personas más distinguidas del clero de la corte y de la justicia. Había allí sabios extranjeros, gente de espada y ricos burgueses. Podían verse las caras alargadas, las frentes protuberantes, las venerables barbas que nos inspiran una especie de veneración por nuestros antepasados cuando contemplamos retratos medievales, Los enflaquecidos rostros de ojos brillantes y hundidos terminados en cráneos empalidecidos en las fatigas de una escolástica impotente, la pasión favorita del siglo, contrastaban con las ardientes expresiones de los rostros jóvenes, con los de los hombres graves, con los rostros guerreros, con los rostros rubicundos de algunos financieros. Aquellas lecciones, aquellas disertaciones, aquellas tesis, sostenidas por las más brillantes inteligencias del siglo XII y del XIV, excitaban el entusiasmo de nuestros abuelos; ello constituía sus corridas de toros, sus comedias italianas, sus tragedias, sus grandes bailes, es decir, todo su teatro. La representación de misterios no tuvo lugar sino después de aquellas lides espirituales que tal vez fueron el origen del teatro francés. Una inspiración elocuente que reuniese el atractivo de la voz humana hábilmente manejada, las sutilidades de la elocuencia y las osadas investigaciones de los secretos de Dios, satisfacían entonces toda curiosidad, emocionaban los espíritus, constituyendo el espectáculo de moda. La teología no solamente resumía todas las ciencias, sino que era la ciencia misma, como en tiempos aún más antiguos lo fue la gramática para los griegos, y prometía un fecundo porvenir a aquellos que se distinguían en tales duelos, donde, como Jacob, los contendientes luchaban con el espíritu de Dios. Las embajadas, los arbitrajes entre soberanos, las cancillerías y las dignidades eclesiásticas, eran cargos concedidos a hombres cuya palabra se había pulido en las controversias teológicas. La tarima era la tribuna de la época.

Aquel sistema sobrevivió hasta el día en que Rabelais inmoló el ergotismo con sus terribles burlas, del mismo modo que Cervantes mató la caballería con una comedia escrita.

Para comprender aquel siglo extraordinario, el espíritu que produjo obras maestras desconocidas en nuestros días, aunque inmensas, en fin, para explicárselo todo hasta la barbarie, basta con estudiar las constituciones de la universidad de París, y examinar la curiosa enseñanza que por aquel entonces estaba en vigor. La teología se dividía en dos facultades, la de TEOLOGIA propiamente dicha, y la de DECRETO. La facultad de teología se dividía a su vez, en tres secciones: la escolástica, la canónica y la mística. Sería enojoso el explicar las atribuciones de cada una de estas diversas partes de la ciencia, ya que una sola, la mística, es el objeto de este estudio. La TEOLOGIA MÍSTICA, comprendía el conjunto de las *revelaciones*

*divinas*, y la explicación de los *misterios*. Esta rama de la antigua teología ha permanecido secretamente en honor nuestro; Jacob Boehm, Swedenborg, Martínez Pascualis, San Martín, Molinos, las señoras Guyon, Bourignon y Krudener, la gran secta de los extáticos, la de los iluminados, han, en distintas épocas, conservado dignamente las doctrinas de esta ciencia cuyo fin último tiene algo de espantoso y gigantesco. Hoy día, como en tiempos del doctor Sigier, se trata de dar al hombre alas para que penetre en el santuario de

Dios, en el cual queda invisible por completo a nuestra vista.

Esta digresión era necesaria para comprender la escena en la cual tomaban parte, como asistentes, el viejo y el joven salidos del terreno de Notre-Dame; además, podrá servir de escudo a los reproches que podrían formular algunas personas de juicio ligero contra este Estudio, y que podrían hacerlo sospechoso de falsedad, o tacharle de hipérbole.

El doctor Sigier era de elevada estatura y tenía todo el vigor de la edad. Escapado al olvido por los fastos universitarios, su rostro ofrecía notables analogías con el de Mirabeau. Estaba marcado con el sello de una elocuencia impetuosa, animada, terrible. El doctor mostraba en la frente los signos de una creencia religiosa y de una apasionada fe de las cuales carecía su socio. Su voz poseía además una suavidad persuasiva, un timbre poderoso y halagador.

En este momento, la luz que las pequeñas ventanas de vidrios unidos con plomo filtraban con parsimonia, coloreaba aquella asamblea con tonos caprichosos creando aquí y allá intensos contrastes con una mezcla de luminosidad y de tinieblas. Aquí, los ojos brillaban en un oscuro rincón; allá, las negras cabelleras, acariciadas por rayos de luz, parecían luminosas, sobre unos rostros ocultos en las sombras; además, varios cráneos descoronados, conservaban una débil aureola de cabellos blancos; parecían sobre la multitud como cráneos plateados por la luna. Todas las caras, vueltas hacia el doctor, permanecían mudas, impacientes. Las monótonas voces de los otros profesores cuyas escuelas eran vecinas, resonaban en la silenciosa calle como el murmullo de las olas del mar. El paso de los dos desconocidos que llegaban en aquel momento atrajo la atención general. El doctor Sigier, que estaba a punto de tomar la palabra, vio que el majestuoso anciano estaba de pie, le buscó un sitio con la mirada, y, al no encontrarlo, tan numerosa era la multitud, descendió, se acercó con aire respetuoso y le hizo tomar asiento en la escalera de la tarima, prestándole su escabel. La asamblea acogió aquel acto de deferencia con un murmullo de aprobación, reconociendo en el anciano al héroe de una admirable tesis sostenida recientemente en la Sorbona. El desconocido dirigió al auditorio, sobre el cual estaba situado, una profunda mirada que explicaba todo un poema de desdichas, y aquellos sobre los cuales se posó experimentaron indefinibles estremecimientos. El muchacho que seguía al anciano, se sentó en uno de los peldaños de la escalera, y se apoyó contra la tarima, en una actitud plena de encanto y de tristeza. El silencio se hizo profundo, el dintel de la puerta, la misma calle, quedaron obstruidas en pocos momentos por una

multitud de estudiantes que habían desertado de las otras clases.

El doctor Sigier debía resumir, en un último discurso, las teorías que había expuesto sobre la resurrección, el cielo y el infierno, en las lecciones precedentes. Su curiosa doctrina respondía a las simpatías de la época, y satisfacía aquellos deseos inmoderados de lo maravilloso que atormentan a los hombres en cualquier momento de la historia de la humanidad. Este esfuerzo del hombre para captar un infinito que se le escapa de entre sus débiles manos, este último asalto del pensamiento contra sí mismo, era una obra digna de una asamblea en la que brillaban todas las luminarias intelectuales del siglo, en la que resplandecían las más amplias imaginaciones humanas. El doctor empezó recordando, sencillamente, con tono dulce y sin énfasis, los principales puntos establecidos:

«Ninguna inteligencia es igual a otra. ¿Tenía el hombre derecho a pedir cuentas a su Creador por la desigualdad de las fuerzas morales concedidas a cada uno? Sin querer penetrar inmediatamente en los designios de Dios, ¿no debía reconocerse el hecho de que, como consecuencia de sus diferencias generales, las inteligencias se dividían en grandes esferas? Desde la esfera donde brillaba la menor inteligencia hasta la más traslúcida, en las que las almas percibían el camino que conduce a Dios, ¿no existía una real gradación de espiritualidad? ¿Los espíritus pertenecientes a una misma esfera no se entendían fraternalmente, en alma, en cuerpo, en pensamiento y en sentimientos?

Después, el doctor empezó a desarrollar maravillosas teorías relativas a las simpatías. Explicó, en un lenguaje bíblico, los fenómenos del amor, las repulsiones instintivas, las atracciones profundas que desconocen las leyes del espacio, las súbitas cohesiones del alma que parecen reconocerse en un sólo momento. En cuanto a los distintos grados de intensidad de que pueden ser susceptibles nuestros afectos, lo resolvía por el lugar, más o menos próximo al centro, que los seres ocupaban en sus círculos respectivos. Demostró matemáticamente una gran idea de Dios en la coordinación de las diferentes esferas humanas. Para el hombre, estas esferas, dijo, crean un mundo intermedio entre la inteligencia del bruto y la inteligencia de los ángeles. Según él, la palabra *divina* nutría la palabra *espiritual*, la palabra *espiritual* nutría la palabra *animada*, la palabra *animada* nutría la palabra *animal*, la palabra *animal* nutría la palabra *vegetal*, y la palabra *vegetal* explicaba la palabra *estéril*. Las sucesivas transformaciones de crisálida que Dios imponía así a nuestras almas, esta especie de vida de infusorio que, de una zona a otra, se comunicaba siempre más viva, más espiritual, más clarividente, demostraba confusamente, pero bastante maravillosamente quizás para sus inexperimentados auditores, el movimiento impreso por el Muy Alto a la naturaleza. Ayudado por la cita de numerosos pasajes extraídos de los libros sagrados, de los cuales se servía para comentarse a sí mismo, para expresar por medio de imágenes sensibles los razonamientos más abstractos, agitaba el espíritu de Dios como una antorcha a través de las profundidades de la creación con la elocuencia que le era propia y cuyos acentos ganaban la convicción

de su auditorio. Desarrollando aquel misterioso sistema en todas sus consecuencias, entregaba la llave de todos los símbolos, justificaba las vocaciones, los dones particulares, el genio, el talento humano. Convertido súbitamente en fisiólogo por instinto, daba cuenta de las semejanzas animales inscritas en los rostros humanos, por analogías primordiales y por el movimiento ascendente de la creación. Hacía que todos se sintieran presentes en el juego de la naturaleza, asignaba una misión, un futuro a los minerales, a las plantas, a los animales. Con la Biblia en la mano, después de haber espiritualizado la materia y materializado el espíritu, después de haber demostrado la existencia de la voluntad de Dios en todas las cosas e impreso el respeto para sus menores obras, admitía la posibilidad de llegar a pasar, gracias a la fe, de una esfera a otra.

Tal fue la primera parte de su discurso, aplicando, con hábiles disgresiones, las doctrinas al sistema feudal. La poesía religiosa y profana, la elocuencia abrupta del tiempo tenían una larga carrera en esta inmensa teoría, donde venían a fundirse todos los sistemas filosóficos de la antigüedad, pero donde el doctor les hacía emerger iluminados, purificados, cambiados. Los falsos dogmas de los dos principios y los del panteísmo, quedaban destruidos por sus palabras, que proclamaban la unidad divina dejando a Dios y a sus ángeles el conocimiento de los fines cuyos medios se revelaban con tanto esplendor a los ojos humanos. Armado de demostraciones por las cuales explicaba el mundo material, el doctor Sigier construía otro espiritual donde esferas gradualmente elevadas nos separaban de Dios, del mismo modo que las plantas están separadas de nosotros por una serie infinita de círculos que hay que atravesar. Poblaba el cielo, las estrellas, los astros, el sol. En nombre de San Pablo, investía a los hombres de una nueva fuerza que les permitía ascender de un mundo a otro hasta las fuentes de la vida eterna. La escala mágica de Jacob eran a la vez la fórmula religiosa de este secreto divino y la prueba tradicional del hecho. Viajaba por los espacios arrastrando a las almas apasionadas en alas de sus palabras, haciendo sentir el infinito a sus oyentes, y sumergiéndole en el océano celeste. El doctor explicaba, con la misma lógica, el infierno, mediante otros círculos dispuestos en orden inverso al de las esferas brillantes que aspiran a Dios, pero en los que el sufrimiento y las tinieblas sustituían a la luz y al espíritu. Las torturas se comprendían tan bien como las delicias. Los términos de comparación existían en las tradiciones de la vida humana, en las diversas atmósferas de dolor y de inteligencia. Así quedaban naturalmente realizadas las más extraordinarias fabulaciones sobre el purgatorio y el infierno. Deducía admirablemente las razones fundamentales de nuestras virtudes. El hombre piadoso, caminando en la pobreza, orgulloso de su conciencia, siempre en paz consigo mismo, y firme en no mentir a su propio corazón a pesar del espectáculo del vicio triunfante, era un ángel castigado, decepcionado, que recordaba su origen, presentía su recompensa, redimía su falta y obedecía a su hermosa misión. La sublime resignación del cristianismo aparecían entonces en toda su gloria. Colocaba a los mártires sobre piras encendidas, y les despojaba casi de sus

méritos, al despojarles de sus sufrimientos. Mostraba al ángel *interior* en los cielos, mientras que el hombre *exterior* era martirizado por el hierro del verdugo. Describía, identificaba merced a determinados signos celestes a ángeles que vivían entre los hombres. Iba entonces a buscar en las mismas entrañas de la razón el verdadero sentido de la palabra *caída*, que puede hallarse en todos los idiomas. Reivindicaba las más fértiles tradiciones para demostrar la verdad de nuestro origen. Explicaba con locuacidad la pasión que experimentan todos los hombres por subir, por elevarse, ambición instintiva, perpetua revelación de nuestro destino. Con una sola mirada podía avistarse el universo entero, y describía la misma substancia de Dios corriendo sin límites como un río inmenso, sin orillas, del centro a los extremos, de los extremos al centro. La naturaleza era una y compacta. En la obra aparentemente más miserable, como en la más grande, todo obedecía a aquella ley. Cada creación reproducía en pequeño una imagen exacta, sea la savia de las plantas, ya la sangre en los hombres o el curso de los astros. Amontonaba prueba sobre prueba, y configuraba siempre sus pensamientos con un cuadro melodioso de poesía. Marchaba, con decisión, delante de las objeciones. Así, fulminaba con una elocuente interrogación los monumentos de nuestras ciencias y las estupefacciones humanas, en la construcción de las cuales las sociedades emplean los elementos del mundo terrestre. Preguntaba si nuestras guerras, si nuestras calamidades, si nuestras depravaciones serían capaces de detener el gran movimiento impreso por Dios a todos los mundos. Hacía reír recordando la impotencia humana y destacando la ineficacia de todos nuestros esfuerzos. Evocaba los manes de Tiro, de Cartago, de Babilonia; ordenaba comparecer a Babel, a Jerusalén; buscaba, sin poderlos encontrar, surcos efímeros del arado civilizador. La humanidad flotaba sobre el mundo, como una nave cuya estela desaparece en el tranquilo nivel del océano.

Tales eran las ideas fundamentales del discurso pronunciado por el doctor Sigier, ideas que envolvía en un lenguaje místico y el bizarro latín en uso en aquella época. Las Escrituras, de las cuales había hecho un estudio particular, le proporcionaban las armas bajo las cuales aparecía ante su siglo para precipitar su marcha. Cubría como con un gran manto su osadía bajo un gran saber y la filosofía bajo la santidad de sus costumbres. En aquellos momentos, después de haber enfrentado cara a cara a su auditorio con Dios, después de haber reducido al mundo a un sólo pensamiento, y desvelado casi en su totalidad la razón de éste, contempló a la asamblea silenciosa, palpitante e interrogó al extranjero con una mirada. Aguijoneado sin duda por la presencia de aquel ser singular, añadió las siguientes palabras, desprovistas aquí de la latinidad corrompida de la Edad Media:

—¿De dónde creéis que puede el hombre sacar estas verdades fecundas, si no es en el seno del mismo Dios? ¿Qué soy yo? Un simple traductor de una sola línea legada por el más poderoso de los apóstoles, una sola línea entre mil igualmente resplandecientes de luz. Antes que todos nosotros, San Pablo ha dicho: *In Deo vivimus, movemur et sumus*. (Vivimos nos movemos y somos en Dios mismo). Hoy

en día, menos creyentes pero más sabios, o menos instruidos y más incrédulos, le preguntaríamos al apóstol: ¿Para qué este movimiento perpetuo? ¿A dónde va esta vida distribuida por zonas? ¿Por qué esta inteligencia que empieza por las confusas perfecciones del mármol y va, de esfera en esfera, hasta el hombre, hasta el ángel, hasta Dios? ¿Dónde se halla la fuente, dónde está el mar, si la vida, llegada hasta Dios a través de los mundos y de las estrellas, a través de la materia y del espíritu, vuelve a descender hacia otra meta? Desearíais ver al universo por los dos lados. Adoraríais al soberano, a condición de poderos sentar un momento en el trono, ¡Somos unos insensatos! Negamos a los animales más inteligentes el don de comprender nuestras ideas y la finalidad de nuestros actos carecemos de piedad para con las criaturas de las esferas inferiores, las expulsamos de nuestro mundo, les negamos la facultad de poder comprender el pensamiento humano, y pretendemos conocer la más elevada de todas las ideas, ¡la idea de la idea! ¡Pues bien, id, marchaos! ¡Subid por la fe de globo en globo, volad a través de los espacios! La razón, el amor y la fe, son sus misteriosas llaves. ¡Atravesad los círculos, llegad al trono! Dios es mucho más clemente de lo que lo sois vosotros, y ha abierto su templo a todas sus creaciones. Descalzaos para entrar en aquel santuario, arrojad todo lastre, abandonad por completo vuestro cuerpo; de otro modo, quedaríais abrasados, ya que Dios..., ¡Dios es la luz!

En el momento en que el doctor Sigier, con la cara ardiente, la mano levantada, pronunciaba aquellas palabras, un rayo de sol penetró por un ventanal abierto, haciendo brotar como por arte de magia una fuente brillante, una larga y triangular franja de oro, que recubrió a toda la asamblea como con una capa. Todas las manos aplaudieron, ya que los asistentes aceptaron aquel efecto del sol poniente como un milagro. Se elevó un unánime grito:

—*Vivat!, vivat!*

El mismo cielo parecía aplaudir. Godofredo, sobrecogido de respeto, miraba alternativamente al anciano y al doctor Sigier, que hablaban, en voz baja.

—¡Gloria al maestro! —decía el extranjero.

—¿Qué es una gloria pasajera? —respondía Sigier.

—Desearía eternizar mi agradecimiento —replicó el anciano.

—Pues bien, escríbame unas líneas —replicó el doctor—, eso sería darme la inmortalidad humana.

—¿Se puede dar lo que no se tiene? —dijo el desconocido.

Acompañados por la multitud, que al igual que los cortesanos alrededor del rey, se agolpaban a su paso, dejando entre ella y los tres personajes una respetuosa distancia, Godofredo, el anciano y Sigier se encaminaron hacia la fangosa orilla donde, en aquella época, todavía no existía ninguna casa y donde les esperaba el barquero. El doctor y el extranjero no conversaban ni en latín ni en lengua gala, sino que hablaban un idioma desconocido. Sus manos se dirigían unas veces al cielo y otras a la tierra. Más de una vez, Sigier, para quien eran familiares las proximidades



del río, guió con particular cuidado al anciano por las estrechas planchas tiradas como puentes sobre el barro; la asamblea les observaba con curiosidad y más de un escolar envidió el privilegio de que gozaba el muchacho que seguía a aquellos dos reyes de la palabra. Finalmente el doctor saludó al anciano y vio partir la embarcación.

En el momento en que la barca surcó la amplia extensión del Sena, el sol, semejándose a un incendio que iluminase el horizonte, perforó las nubes, vertió sobre los campos torrentes de luz, coloreó con sus tonos rojos, con sus reflejos pardos los tejados de pizarra y de brezo, rodeó de fuego las torres de Felipe Augusto, inundó los cielos, tiñó las aguas, hizo resplandecer las hierbas y despertó a los insectos medio adormecidos. Aquel largo haz de luz rodeó a las nubes. Era como el último verso del himno de todos los días. Todos los corazones tenían que estremecerse; en aquel momento, la naturaleza era algo sublime. Después de haber contemplado aquel espectáculo, el extranjero sintió que sus párpados se humedecían con las más débiles lágrimas humanas. Godofredo lloraba también, su mano palpitante encontró la del anciano, que se volvió hacia él, dejándole ver su emoción; pero, sin duda para salvaguardar su dignidad de hombre, que creyó comprometida, le dijo con voz profunda:

—¡Lloro por mi país, pues he sido desterrado! Joven, en esta misma hora, abandoné mi patria. Pero, allí abajo, a esta hora, las luciérnagas están saliendo de sus escondrijos y se cuelgan como diamantes en las ramas de los gladiolos. A esta hora, la brisa, suave como la más dulce poesía, se eleva de un valle inundado de luz, exhalando deliciosos perfumes. En el horizonte puede verse una ciudad de oro, parecida a una celeste Jerusalén, una ciudad cuyo nombre no debe salir de mis labios. Allí serpentea también un río. ¿Esta ciudad y sus monumentos, este río cuyas encantadoras perspectivas, cuya superficie de agua azulada se confunde, se une, se mezcla, magnífica lucha que alegraba mi vista y me inspiraba amor, dónde están? A esta hora las olas toman bajo el cielo poniente tintes fantásticos, dibujando caprichosos cuadros. Las estrellas destilan una luz acariciadora, la luna tiende por todas partes sus graciosas trampas y da vida a los árboles, a los colores, a las formas, diversificando las aguas brillantes, las mudas colinas y los edificios elocuentes. La ciudad habla, brilla; ella me llama, ¡ella! Columnas de humo se elevan al lado mismo de columnas antiguas de mármol de las cuales resplandece la blancura en el seno mismo de la noche; todavía puede verse la línea del horizonte a través de los vapores del atardecer, todo es en ella armonía y misterio. La naturaleza no me dijo adiós, ella quería guarecer. Ah, aquello lo era todo para mí: mi madre y mi hijo, mi esposa y mi gloria. Las mismas campanas lloraban por mi proscripción. ¡Oh tierra maravillosa! ¡Es tan hermosa como el cielo! Desde esta hora, he tenido al universo por mazmorra. Patria querida, ¿por qué me has proscrito? ¡Pero día llegará en que triunfaré! — exclamó, poniendo en aquellas palabras tal acento de convicción, que el batelero se estremeció creyendo haber oído sonar una trompeta.

El anciano estaba de pie, en una actitud profética, y miraba, a través del espacio,

hacia el sur, indicando a su patria a través de las regiones celestiales. La palidez ascética de su rostro había dejado su lugar para que fuera ocupado por los colores del triunfo, sus ojos lanzaban llamas, estaba tan sublime como un león erizando su melena.

—Y tú, ¡pobre hijo! —prosiguió mirando a Godofredo, cuyas mejillas estaban cubiertas por un rosario de brillantes lágrimas—, ¿también has estudiado, como yo, la vida en páginas ensangrentadas? ¿Por qué lloras? ¿Qué puedes añorar, a tu edad?

—Ay, añoro una patria más hermosa que todas las patrias de la tierra, una patria que no he visto nunca y que recuerdo. ¡Oh!, si pudiera surcar los espacios volando, iría a...

—¿A dónde? —preguntó el proscrito.

—A lo alto —respondió el muchacho.

Al oír aquella respuesta, el extranjero se estremeció, detuvo su firme mirada en el joven, y le hizo callar. Ambos conversaban por medio de una inexplicable efusión del alma, pudiendo escuchar sus voces aun en el seno de un fecundo silencio, y viajaron fraternalmente, como dos palomas que recorriesen el cielo con una misma ala, hasta el momento en que la barca, topando con la arena del Terrain, les sacó de su profunda ensoñación. Los dos, enfrascados en sus pensamientos, caminaron en silencio hacia la casa del alguacil.

—Así —decía para sus adentros el extranjero de más edad—, este pobre muchacho se cree un ángel expulsado del cielo. ¿Y quién entre nosotros podría desengañarle? ¿Tal vez yo? Yo que soy elevado frecuentemente por una fuerza mágica tan lejos de la tierra; yo, que pertenezco a Dios; yo, que soy para mí mismo un misterio. ¿No he visto al más hermoso de los ángeles viviendo en medio del fango terrenal? ¿Este muchacho es todavía más insensato que yo? ¿Habría dado un paso más osado en la fe? El cree, y su creencia le conducirá, sin duda, por algún sendero luminoso semejante a aquel por el que marchó. Pero, siendo hermoso como un ángel, ¿no es demasiado débil para resistir tan duras pruebas?

Intimidado por la presencia de su compañero, cuya resonante voz le expresaba sus propios pensamientos, como el rayo expresa la voluntad del cielo, el muchacho se contentaba con contemplar las estrellas con ojos de amante. Agobiado por un lujo de sensibilidad que le atenazaba el corazón, se encontraba allí, débil y temeroso, como un pábilo inundado de sol. La palabra de Sigier les había deducido celestialmente los misterios del mundo moral; el tallado anciano los revestía de gloria; el muchacho los sentía en sí mismo sin ser capaz de expresarlos; los tres expresaban por imágenes vivientes la ciencia, la poesía y el sentimiento.

Al llegar a la casa, el extranjero se encerró en su habitación, encendió su lámpara inspiradora, y se entregó al terrible demonio del trabajo, pidiendo palabras al silencio, ideas a la noche. Godofredo se sentó junto a la ventana, contempló los reflejos de la luna sobre las aguas, estudió los misterios del cielo. Entregado a uno de aquellos éxtasis que le eran familiares, viajó de esfera en esfera, de visión en visión,

escuchando y creyendo oír los sordos estremecimientos y las voces de los ángeles, viendo o creyendo ver sus luces divinas en el seno de las cuales él se perdía, intentando llegar hasta el punto más lejano, fuente de toda luz, principio de toda armonía. No pasó mucho tiempo sin que el gran clamor de París, propagado por las aguas, se fuera acallando; las luces se fueron apagando una tras otra en lo alto de las casas y la vasta ciudad se fue durmiendo como un gigante fatigado. Sonó la medianoche. El más ligero ruido, la caída de una hoja o el vuelo de un pájaro cambiando de sitio en las cimas de Notre-Dame hubieran transportado el espíritu del extranjero a la tierra, hubiesen hecho abandonar al muchacho las alturas celestiales hasta las cuales su alma se había elevado en alas del éxtasis. En este momento el anciano oyó horrorizado, en la habitación vecina, un gemido que se confundió con la caída de un cuerpo pesado que el oído experimentado del desterrado reconoció que podía ser el de un cadáver. Salió precipitadamente, entró en la habitación de Godofredo, le vio tendido como una masa informe, con una cuerda alrededor de su cuello que serpenteaba sobre el embaldosado. En cuanto le hubo desatado, el muchacho abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —preguntó con una expresión de dicha.

—En tu casa —dijo el anciano, mirando con sorpresa el cuello de Godofredo, el cuello al cual había estado atada la cuerda.

—¿En el cielo? —prosiguió el muchacho con deliciosa voz.

—¡No, sobre la tierra! —replicó el anciano.

Godofredo marchó en el cinturón de luz trazado por la luna a través de la habitación, cuyos vitrales estaban abiertos; volvió a contemplar al ondulante Sena, los sauces y las hierbas del Terrain. Una atmósfera nubosa se elevaba por encima de las aguas como un manto de humo. Ante aquel espectáculo, desolador para él, cruzó las manos sobre el pecho y adoptó una actitud de desesperación; el anciano corrió hacia él, con la estupefacción reflejada en su rostro.

—¿Has querido matarte? —le preguntó.

—Sí —respondió Godofredo, dejando que el extranjero le pasara varias veces las manos por el cuello, para examinar hasta dónde habían podido llegar los efectos de la cuerda.

A pesar de unas ligeras contusiones, el muchacho no había debido de sufrir mucho. El anciano presumió que el clavo al cual había sujetado la cuerda debió de ceder prontamente al peso del cuerpo, y que aquel intento fatal había terminado en una caída sin peligro ulterior.

—¿Y por qué te has querido matar?

—¡Ah —respondió Godofredo no reteniendo más las lágrimas que le corrían por las mejillas—, he oído la voz de las alturas! Me llamaba por mi nombre. ¡Nunca me había llamado antes, pero esta vez me convidaba a subir al cielo! ¡Oh, cuán dulce era esa voz! No pudiendo lanzarme por los cielos —añadió con gesto ingenuo—, he tomado para ir a Dios la única ruta que tenemos.

—¡Oh, muchacho, muchacho sublime! —exclamó el anciano estrechando a Godofredo entre sus brazos y apretándolo con entusiasmo contra su corazón—. Tú eres un poeta, tú sabes montar intrépidamente sobre el huracán. Tu poesía no sale de tu corazón. Tus vivos, tus intensos pensamientos, tus creaciones marchan y se engrandecen en tu alma. Vamos, no entregues tus ideas al vulgo. ¡Sé el altar, la víctima y el sacerdote, al mismo tiempo! Conoces los cielos, ¿no es así? Tú has visto a estas miríadas de ángeles de blancas plumas y laúdes de oro, tendiendo todos con vuelo igual hacia el trono, y has admirado a menudo sus alas que, bajo la voz de Dios, se agitan cómo las hojas armoniosas de los bosques bajo la tempestad. ¡Oh, qué bello es el espacio sin límites! ¿No es así?

El anciano estrechó convulsivamente la mano del muchacho, y los dos contemplaron el firmamento, en el que las estrellas parecían recitar acariciadores poemas que ellos comprendían.

—¡Oh, ver a Dios! —exclamó dulcemente Godofredo.

—¡Muchacho! —prosiguió de repente el extranjero con voz severa—. ¿Tan pronto has olvidado las sagradas enseñanzas de nuestro buen maestro el doctor Sigier? Para regresar tú a tu patria celestial, y yo a la mía terrenal, ¿no debemos obedecer a la voz de Dios? Marchemos resignados por los duros caminos donde su dedo todopoderoso ha señalado nuestra ruta. ¿No te hace estremecer el peligro al que te expones? Llegado sin orden, habiendo dicho: *¡Aquí estoy!*, antes de tiempo, ¿no caerías en un mundo inferior a aquel por el cual estás dando vueltas actualmente? Pobre querubín desviado de su camino, ¿no crees que deberías bendecir a Dios por haberte hecho vivir en una esfera en la cual sólo escuchas los divinos acordes? ¿No eres puro como un brillante, hermoso como una flor? ¡Ah, si fueses como yo y sólo conocieses la ciudad del dolor! Paseando por ella he agotado mi corazón. Remover en las tumbas para poder hallar horribles secretos; enjugar manos alteradas de sangre, contemplarlas todas las noches, verlas levantadas hacia mí, implorando un perdón que yo no puedo conceder, estudiar las convulsiones del asesino y los últimos gritos de su víctima; escuchar espantosos ruidos y horribles silencios, el silencio de un padre devorando a sus hijos muertos; interrogar la risa de los condenados; buscar formas humanas entre las masas informes que el crimen ha retorcido; enterarse de palabras que los hombres vivos no pueden escuchar sin morir; evocar muertos constantemente, interpretarlos siempre y juzgarles, ¿es esto una vida?

—¡Deténgase! —exclamó Godofredo—, no podría seguir mirándole y escuchándole más. Mi razón se desvía, mi vista se nubla. Está encendiendo en mí un fuego que me abrasa.

—No obstante debo continuar —prosiguió el anciano estrechando su mano con un movimiento extraordinario que produjo en el joven el efecto de un encantamiento.

Durante un instante, el anciano fijó en Godofredo sus ojos apagados y abatidos; luego, extendió un dedo hacia la tierra: habríais creído ver una sima abriéndose a sus órdenes. Permaneció de pie, iluminado por los vagos e indecisos reflejos de la luna

que hicieron resplandecer su frente, de donde emanó como una luz solar. Si antes una expresión casi desdeñosa se perdía en los oscuros pliegues de su rostro, ahora su mirada adoptaba aquella fijeza que parecía indicar la presencia de algún objeto invisible a los órganos normales de la vista. Sí, sus ojos contemplaban entonces los lejanos cuadros que nos aguardan en la tumba. Quizá jamás aquel hombre había tenido una apariencia tan grandiosa. Una lucha terrible convulsionaba su alma, y se reflejaba en su forma externa; y, por poderoso que pudiera parecer, se dobló como una hierba bajo la brisa mensajera de la tempestad. Godofredo permaneció silencioso, inmóvil, encantado; una fuerza misteriosa le había dejado como clavado sobre el suelo; y, como cuando nuestra atención desaparece cuando contemplamos un incendio o una batalla, no sintió más su propio cuerpo.

—¿Quieres que te diga el destino hacia el cual marchas, pobre ángel de amor? Escucha. Me ha sido dado el poder de contemplar los espacios inmensos, los abismos sin fin a donde van a parar las criaturas humanas, el mar sin orillas por el cual corre el río de hombres y de ángeles. Y recorriendo las regiones de los eternos suplicios, he quedado preservado de la muerte por el manto de un inmortal, este ropaje de gloria que se concede al genio, y veo transcurrir los siglos, yo, mezquino. Cuando marchaba por los campos de luz en los que se hacían los venturosos, me sostenía el amor de una mujer, las alas de un ángel; llevado en su corazón podía gustar de los inefables placeres cuyo abrazo es más peligroso, para nosotros, mortales, que las angustias del mundo del mal. Mientras realizaba mi peregrinaje a través de las oscuras regiones de abajo, pude llegar, de dolor en dolor, de crimen en crimen, de castigo en castigo, de silencios atroces a aullidos desgarradores, al antro situado sobre el círculo superior del infierno. Desde allí podía ver ya, en lontananza, el resplandor del paraíso que brillaba a una distancia enorme, me encontraba dentro de la noche, pero en los límites del día. Volaba, acompañado por mi guía, arrastrado por una fuerza parecida a aquella que, en nuestros sueños, nos traslada a esferas invisibles para los ojos del cuerpo. La aureola que ceñía nuestras frentes disipaba las sombras a nuestro paso, como si fuese una impalpable polvareda. Muy lejos de nosotros, los soles de todo el universo lanzaban un débil resplandor parecido al de las luciérnagas de mi país. Me dirigía hacia los campos de aire en los que, hacia el paraíso, las masas de luz se iban multiplicando, en los que se puede hendir fácilmente el azul, en los que innumerables mundos nacen como las flores en un prado. Allí, en la última línea circular que pertenecía aún a los fantasmas que dejaba atrás, como penas que se desea olvidar, vi una gran sombra. De pie y en una actitud apasionada, aquella alma devoraba los espacios con la mirada, pero sus pies se hallaban clavados por el poder de Dios en el último punto de aquella línea, donde ella realizaba continuamente aquella penosa tensión por la cual intentamos tomar impulso, como los pájaros cuando inician el vuelo. Reconocí a un hombre, que ni nos miró ni nos oyó; todos sus músculos temblaban y palpitaban; a cada porción de tiempo, parecía experimentar, sin dar ni un solo paso, la fatiga de atravesar todo el infinito que le separaba del paraíso, a donde

se dirigía su vista sin cesar, y en el que creía adivinar una imagen adorada. Sobre la última puerta del infierno, lo mismo que sobre la primera, pude leer una frase que expresaba la desesperación sin esperanza. El desdichado se hallaba tan agotado por una fuerza para mí desconocida, que su dolor pasó a mis huesos y me heló. Me fui a refugiarme al lado de mi guía cuya protección me devolvió a la paz y al silencio. Como la madre cuya mirada penetrante apercibe al milano en los aires o adivina su presencia, la sombra lanzó un grito de alegría. Miramos hacia allí donde ella miraba, y vimos como un zafiro flotando sobre nuestras cabezas en los abismos de luz. Aquella deslumbrante estrella descendía con la velocidad de un rayo de sol cuando aparece en el horizonte por las mañanas, y sus primeras claridades resbalan furtivamente sobre nuestra tierra. El ESPLENDOR devino distinto, se engrandeció; apercibí pronto la nube gloriosa en el seno de la cual vuelan los ángeles, especie de humareda brillante emanada de su divina substancia, y que varias de sus partes chisporrotean con lenguas de fuego. Una cabeza noble, de la cual es imposible resistir su resplandor sin haberse revestido del manto, el laurel, la palma, atributos de las Potestades, se elevaba por encima de aquella nube, tan blanca y tan pura como la nieve. ¡Era una luz en la luz! Sus estremecidas alas sembraban deslumbrantes oscilaciones en las esferas que atravesaba, como pasa la mirada de Dios a través del mundo. ¡Por fin podía ver al arcángel en su gloria! La flor de eterna hermosura que adorna a los ángeles del Espíritu brillaba en él. Llevaba en la mano una palma verde y en la otra una espada llameante: la palma, como adorno de la sombra perdonada; la espada, para hacer retroceder al infierno entero con un solo gesto. Cuando se acercó, sentimos los perfumes del cielo que cayeron sobre nosotros como un rocío. En la región en la que mora el ángel, el aire toma el color del ópalo y se agita con ondulaciones cuyo principio procede de él. Llegó, miró a la sombra, y le dijo:

»—¡Hasta mañana!

»Después, regresó al Cielo con un gracioso movimiento, extendió las alas, surcó las esferas como una nave surca las aguas dejando apenas entrever sus blancas velas a los desterrados abandonados en una playa desierta. La sombra lanzó desgarradores gritos, a los cuales los condenados respondieron desde el círculo más profundamente hundido en la inmensidad de los mundos de dolor, hasta aquel más apacible en la superficie del cual nos hallábamos. La más aguda de todas las penas había hecho un llamamiento a las demás. El clamor aumentó con los rugidos de un mar de fuego que servía de base a la terrible armonía de los innumerables millones de almas en suplicio. Luego, repentinamente, la sombra emprendió su vuelo a través de la *ciudad doliente*, y descendió de su lugar hasta el mismo fondo del infierno; ella remontó súbitamente, regresó, se sumergió en los círculos infinitos, los recorrió en todos los sentidos, como un halcón que, iniciando por primera vez el vuelo, se agota con esfuerzos superfluos. La sombra tenía derecho a errar así y podía atravesar las sombras del infierno, glaciales, fétidas, ardientes, pero sin participar de sus sufrimientos; pasaba por aquellas inmensidades como un rayo de sol hace la luz en el

seno de la oscuridad.

»—Dios no le ha infligido castigo alguno —me dijo mi maestro—, pero ninguna de estas almas de quienes has contemplado sucesivamente las torturas querría cambiar su suplicio por la esperanza bajo la cual esta alma sucumbe.

»En este momento, la sombra regresó cerca de nosotros, atraída por una fuerza invencible que la condenaba a permanecer en los límites del infierno. Mi divino guía, adivinando mi curiosidad, rozó con su ramo al desventurado que quizá se hallaba ocupado en medir el siglo de sufrimientos que separaba aquel momento del día siguiente, siempre fugitivo. La sombra se estremeció, y nos lanzó una mirada llena de todas las lágrimas que había derramado.

»—¿Queréis conocer mi infortunio? —dijo con voz triste—. ¡Oh, me gusta explicarlo! ¡Yo estoy aquí, Teresa está allá arriba!, esto es todo. Sobre la tierra, éramos felices, siempre estuvimos unidos. Cuando vi por primera vez a mi querida Teresa Donati, tenía diez años. Desde entonces nos amamos, sin saber exactamente qué cosa era el amor. Nuestra vida fue una sola vida: yo empalidecía con su palidez, era feliz con su alegría; juntos, nos entregamos al encanto de pensar, de sentir, y nos enseñamos el amor el uno al otro. Nos casamos en Cremona; nunca, en nuestros labios, apareció otra mueca que la de la sonrisa, nuestros ojos siempre resplandecían, y nuestros cabellos no se separaron más que nuestras voces: siempre se confundían nuestras cabezas cuando leíamos, siempre se unían nuestros pasos cuando caminábamos. Nuestra vida fue un beso prolongado, nuestra casa fue un lecho. Un día, Teresa empalideció y, por primera vez, me dijo:

»—¡Sufro!

»¡Y yo no sufría! Ya no se levantó más. Vi, sin morir, alterarse sus hermosas facciones, sumirse en el dolor sus maravillosos cabellos de oro. Sonreía para ocultarme su dolor; pero yo lo leía en el azul de sus ojos, donde sabía interpretar los menores temblores. Ella me dijo: «¡Honorio, te quiero!» en el momento en que sus labios se pusieron lívidos; por último, ella apretaba todavía mi mano entre sus manos cuando la muerte las heló. Inmediatamente me suicidé para que no durmiera sola en su lecho sepulcral, bajo sus sábanas marmóreas. Teresa está arriba; y yo, aquí. Yo no quería dejarla, y Dios nos ha separado; ¿por qué, pues, estuvimos unidos en la tierra? ¡Está celoso! El paraíso debe ser mucho más hermoso desde el día en que Teresa entró en él. ¿La veis? Está triste en su felicidad, ¡está sin mí! El paraíso debe ser un desierto para ella.

»—Maestro —dije llorando, pues pensaba en mis amores—, ¿en el momento en que este desdichado ansíe el paraíso únicamente por amor a Dios, podrá ser liberado?

»El padre de la poesía inclinó dulcemente la cabeza en señal de asentimiento. Nos alejamos de allí hendiendo los aires sin hacer más ruido del que hacen los pájaros cuando pasan por encima de nuestras cabezas cuando estamos tendidos a la sombra de un árbol. Hubiésemos vanamente intentado impedir al infortunado que blasfemara así. Una de las mayores penas de los ángeles de las tinieblas consiste en no poder ver

jamás la luz, incluso cuando se hallan rodeados de ella. Aquél no hubiese podido comprender nuestras palabras...

En este momento, el paso rápido de varios caballos resonó en medio del silencio, el perro ladró, y la gruesa voz del alguacil respondió a su ladrido; unos caballeros llamaron a la puerta, y el ruido creció repentinamente, con la violencia de una detonación inesperada. Los dos proscritos, los dos poetas, cayeron sobre la tierra desde la altura que nos separa del cielo. El golpe doloroso de aquella caída corrió como otra sangre por sus venas pero sibilante, haciendo pasar por ellas puntas aceradas y lacerantes. Para ellos, el dolor fue algo así como una descarga eléctrica. El pesado y sonoro andar de un hombre de armas cuya espada, cuya coraza y espuelas producían un ruido ferruginoso, resonó en la escalera; instantes después, un soldado apareció ante el sorprendido extranjero.

—Podemos regresar a Florencia —dijo aquel hombre cuya gruesa voz pareció suavizarse al pronunciar palabras italianas.

—¿Qué dices? —preguntó el anciano.

—¡Los *blancos* han triunfado!

—¿No te equivocarás? —insistió el poeta.

—¡No, querido Dante! —respondió el soldado, cuya voz guerrera expresó la emoción de las batallas y las alegrías de la victoria.

—¡A Florencia! ¡A Florencia! ¡Oh, Florencia mía! —exclamó entusiásticamente Dante Alighieri, que se puso en pie, miró a los aires, creyó ver a Italia, y devino gigantesco.

—Y yo, ¿cuándo estaré en el cielo? —dijo Godofredo, que seguía rodilla en tierra ante el inmortal poeta, como un ángel ante un santuario.

—¡Ven a Florencia! —le dijo Dante con un sonido de voz compasivo—. ¡Ven! Cuando contemples sus amorosos paisajes desde los altos de Fiesole, te creerás en el Paraíso.

El soldado se sonrió. Por primera, por única vez quizás, el sombrío y terrible rostro de Dante respiró alegría; sus ojos y su frente, expresaron los cuadros de felicidad que tan magníficamente prodigó en su *Paraíso*. Le parecía estar oyendo la voz de Beatriz. En este momento, el leve paso de una mujer y el rozar de telas resonó en el silencio. La aurora lanzaba en aquellos instantes sus primeros resplandores. La hermosa condesa Mahaut entró, y corrió hacia Godofredo.

—¡Ven, hijo mío, niño mío! ¡Ahora puedo ya confesártelo! Tu nacimiento ha sido reconocido, tus derechos se hallan bajo la protección del rey de Francia, y podrás hallar un paraíso en el corazón de tu madre.

—¡Reconozco *la voz* del cielo! —exclamó el muchacho, emocionado.

Este grito despertó a Dante y contempló al muchacho enlazado en los brazos de su madre; les saludó con la mirada, y dejó a su compañero de estudios sobre el seno maternal.

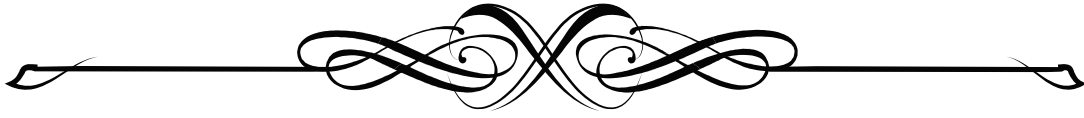
—¡Partamos! —exclamó con voz tonante—. ¡Mueran los güelfos!



París, octubre de 1831.



**LUIS LAMBERT**



## DEDICATORIA

*Et nunc et semper dilectae dicatum*

Luis Lambert nació, en 1797, en Montoire, pequeña localidad del Vendomois, donde su padre explotaba una fábrica de curtidos de mediocre importancia, esperando hacer de él su sucesor; pero las predisposiciones que prematuramente manifestó para el estudio modificaron aquella decisión paterna. Además, el curtidor y su mujer amaban a Luis como se ama a un hijo único, y no le contrariaban en nada. A los cinco años de edad, habían caído ya en sus manos el Antiguo y el Nuevo Testamento; y estos dos libros, donde están contenidos tantos otros, habían decidido su destino. ¿Aquella infantil imaginación comprendió la misteriosa profundidad de las Escrituras? ¿Podía seguir al Espíritu Santo en su vuelo a través de los mundos? ¿Se sintió subyugado solamente por la atracción romántica de aquellos poemas orientales? ¿O, en su primera inocencia, simpatizó su alma con la sublimidad religiosa que las manos divinas han imprimido en dichos libros? Para ciertos lectores nuestra narración resolverá estas cuestiones. Aquella primera lectura de la Biblia tuvo una consecuencia inmediata: Luis recorrió todo Montoire a la búsqueda de libros que obtenía gracias a las seducciones cuyo secreto pertenece a la infancia y a las cuales nadie puede resistirse. Dedicándose a estos estudios, cuyo curso no era dirigido por nadie, alcanzó los diez años de edad. En aquella época, los sustitutos eran muy raros; muchas familias ricas se los procuraban por anticipado para no carecer de ellos en el momento del servicio militar. La reducida fortuna de los pobres curtidores no les permitía encontrar a un hombre que sirviera en el sitio de su hijo, encontraron en el estado eclesiástico el único medio de salvarle de la conscripción, y en 1807 le mandaron a casa de su tío materno, cura de Mer, otra pequeña localidad situada en el valle del Loira, cerca de Blois. Aquella decisión satisfacía a la vez la pasión de Luis por el estudio y el deseo paterno de no exponerle a los espantosos peligros de la guerra; su afición al estudio y su precoz inteligencia le hicieron concebir esperanzas de que realizaría una gran carrera dentro de la Iglesia. Después de pasar tres años en casa de su tío, ex-miembro de la Congregación de Oratorio, bastante instruido, Luis salió a principios de 1811 para ingresar en el colegio de Vendôme, donde fue colocado por la señora de Staël, que también abonó sus gastos.

Lambert debió la protección de esta célebre mujer a la casualidad o, sin duda, a la Providencia, que sabe siempre allanar el camino al genio desamparado. Pero, para nosotros, cuyas miradas se detienen en la superficie de las cosas humanas, estas vicisitudes, de las cuales tantos ejemplos nos son dados en las vidas de los grandes hombres, no parecen ser otra cosa que el resultado de un fenómeno totalmente físico;

y, para la mayoría de los biógrafos, la cabeza de un hombre genial emerge por encima de la masa como una hermosa planta que por su belleza atrae en el campo las miradas del botánico. Esta comparación podría aplicarse a la aventura de Luis Lambert, que iba a pasar en la casa de sus padres el tiempo que su tío le concedía de vacaciones; pero allí, en vez de entregarse, según costumbre de todos los estudiantes, a las dulzuras del *dolce farniente*, agradable en cualquier edad, salía de ella llevándose pan y libros; se iba a meditar en lo más profundo de los bosques, para librarse de las reconvenciones de su madre, a la cual tan constantes e intensos estudios parecían peligrosos. ¡Admirable instinto maternal! Ya en aquella edad, la lectura se había convertido, en Luis, en una especie de hambre que nada era capaz de aplacar; devoraba toda clase de libros, y se alimentaba indistintamente con obras de carácter religioso, de historia, de filosofía o de física. Me dijo que había hallado increíbles delicias leyendo diccionarios a falta de otras obras, y le creí sin dificultad. ¿Qué estudiante no ha encontrado en ciertos momentos un verdadero placer en buscar el probable sentido de un sustantivo desconocido? El análisis de una palabra, su fisonomía, su historia, eran para Lambert motivo de una prolongada meditación. Pero no era la meditación instintiva por la cual un muchacho se habitúa a los fenómenos de la vida, toma consciencia de sus percepciones morales o físicas; cultura involuntaria, que más adelante produce sus frutos, tanto en el entendimiento como en el carácter; no, Lambert captaba los hechos y su finalidad, con una perspicacia de salvaje; así, por una de aquellas jugadas con que se place de vez en cuando la naturaleza, a la edad de catorce años, podía fácilmente emitir ideas cuya profundidad sólo se me ha revelado mucho tiempo después.

—A menudo —me decía él hablándome de sus lecturas— he realizado viajes maravillosos, por los abismos del pasado, embarcado sobre una palabra, como un insecto posado en una brizna de hierba que flota por la superficie de un río. Partiendo de Grecia, llegaba a Roma y atravesaba toda la extensión de las edades modernas. ¡Qué hermoso libro se podría escribir narrando la vida y las aventuras de una palabra! Sin duda habrá recibido diversas impresiones de los acontecimientos a los que ha servido; según los lugares, ha expresado pensamientos diferentes; ¿pero no es más importante considerarla bajo el triple aspecto del alma, del cuerpo y del movimiento? Al observarla, haciendo abstracción de sus funciones, de sus efectos y de sus actos, ¿no hay para caer en un océano de reflexiones? ¿La mayor parte de las palabras no se hallan coloreadas con la idea que exteriormente representan? ¿A qué genio se debe su existencia? Si es necesaria una inteligencia superior para poder crear un nombre, ¿qué edad debe tener, pues, la palabra humana? El conjunto de letras, sus formas, el aspecto que dan a una palabra, describen exactamente, según la manera de ser de cada pueblo, a seres desconocidos cuyo recuerdo está en nosotros. ¿Quién sería capaz de explicar filosóficamente la transición de la sensación al pensamiento, del pensamiento al verbo, del verbo a su expresión jeroglífica, del jeroglífico al alfabeto y del alfabeto a la elocuencia escrita, cuya belleza reside en una sucesión de imágenes

clasificadas por los retóricos, y que son como los jeroglíficos del pensamiento? ¿La antigua representación del pensamiento humano configurado por medio de formas zoológicas no habrá determinado los primeros signos de los cuales se sirvió el Oriente para escribir su lenguaje? ¿Después no habrá dejado la tradición algún vestigio en nuestros modernos idiomas, que en realidad se han ido repartiendo los restos del primitivo verbo de las naciones, verbo majestuoso y solemne, cuya solemnidad, cuya majestuosidad han ido decreciendo a medida que las sociedades envejecían; cuyas resonancias tan sonoras en la Biblia hebrea, tan hermosas aún en Grecia, se han ido debilitando a través del progreso de nuestras sucesivas civilizaciones? ¿Es a este antiguo espíritu a quien debemos los misterios desaparecidos en toda palabra humana? ¿No existe en la palabra VERDAD una especie de fantástica rectitud? ¿Es que no puede observarse en ella la justa medida y en su concisión, la vaga imagen de la casta desnudez, de la sencillez de lo verdadero de cada cosa? Estas sílabas respiran no sé qué frescor. He tomado precisamente como ejemplo la fórmula de una idea abstracta, no deseando explicar el problema por medio de una palabra que le hiciera demasiado fácil de comprender, como VUELO, en la que todo habla a los sentidos. ¿No sucede lo mismo en cada verbo? Todos están impregnados de un poder vivo que les proviene del alma, y que restituyen por medio de los misterios de acciones y reacciones maravillosas entre el pensamiento y la palabra. ¿No se diría lo mismo de un amante que pusiese en los labios de su amada tanto amor como él le comunica? Con su sola fisonomía, las palabras vuelven a dar vida en nuestro cerebro a las criaturas a las que sirven de ropaje. Parecidas a todos los demás seres, sólo tienen un sitio en el cual sus propiedades puedan actuar y desarrollarse plenamente. ¡Pero este tema puede ser que comporte toda una ciencia!

Y se encogió de hombros como para decirme: «O somos demasiado grandes, o demasiado pequeños».

La pasión de Luis por la lectura había sido satisfecha. El cura de Mer poseía dos o tres mil volúmenes. Este tesoro procedía del pillaje realizado durante la Revolución en las abadías y castillos vecinos. En su calidad de sacerdote juramentado, había podido escoger las mejores obras de entre las preciosas colecciones que en aquella época se vendían a peso. En tres años Luis Lambert había asimilado la substancia de los libros que, de la biblioteca de su tío, merecían ser leídos. La absorción de las ideas por medio de la lectura constituía, en él, un fenómeno curioso; su mirada abarcaba seis o siete líneas a la vez, y su inteligencia captaba el sentido de lo escrito con la misma velocidad que su mirada; incluso frecuentemente bastaba una palabra para extraer todo el jugo de un párrafo. Su memoria era realmente prodigiosa. Recordaba con la misma fidelidad los pensamientos e ideas adquiridos por medio de la lectura, que las que le habían sido sugeridas por la reflexión o la conversación. En fin, poseía todas las memorias: la de los lugares, la de los nombres, las palabras, las cosas y los rostros. No solamente podía recordar las cosas a voluntad, sino que podía evocarlas situadas, distintas, coloreadas, tal como eran en el momento en que las había

percibido. Aquella facultad se extendía igualmente a los más inaprensibles actos del pensamiento. Recordaba, según su expresión, no solamente la situación de las ideas en el libro del cual las había tomado sino también la disposición de su espíritu en las épocas alejadas. Por un inaudito privilegio, su memoria podía reestructurar los progresos y la vida entera de su espíritu, desde la idea adquirida en los más lejanos días de su vida inteligible hasta la última, desde la más confusa hasta la más lúcida. Su cerebro, habituado joven todavía al difícil mecanismo de la concentración de las fuerzas humanas, podía extraer de aquel rico depósito multitud de imágenes de admirable realismo y frescor, con las cuales se nutría durante el transcurso de sus límpidas contemplaciones.

—Cuando quiero —me decía en su peculiar lenguaje, al que los tesoros del recuerdo comunicaban una apresurada originalidad—, puedo cubrir mis ojos con un velo. Inmediatamente entro dentro de mí mismo, y me hallo en una cámara oscura donde los detalles de la naturaleza se reproducen en forma mucho más pura y nítida de aquella en que primeramente se mostraron a mis sentidos corporales.

A los doce años, su imaginación, estimulada por el perpetuo ejercicio de sus facultades, se había desarrollado hasta el extremo de permitirle tener nociones tan exactas de las cosas que percibía únicamente a través de la lectura, que la imagen impresa en su alma no era menos viva que la realmente vista, ya sea porque procediera por analogía, ya porque estuviera dotado de una especie de segunda vista con la cual captaba la naturaleza.

—Mientras leía una descripción de la batalla de Austerlitz —me dijo un día— me iba dando cuenta de todos los detalles de la misma. El humo de los cañonazos, los gritos de los combatientes resonaban en mis oídos y estremecían mis entrañas; sentía la pólvora, oía el galopar de los caballos y las voces de los hombres; admiraba la llanura donde luchaban los ejércitos de las naciones, como si estuviese en lo alto del Santón. Aquel espectáculo me pareció tan terrorífico como un fragmento del Apocalipsis.

Cuando se entregaba totalmente a la lectura, perdía, en cierto modo, la conciencia de su vida física, no existía ya más que para el todopoderoso juego de sus órganos internos cuyo alcance se había extendido desmesuradamente; dejaba, según su expresión, al *espacio detrás de él* Pero no voy ahora a anticipar noticias sobre las fases intelectuales de su vida. A pesar mío, estoy invirtiendo el orden en el cual debo desarrollar la historia de aquel hombre que trasladó toda acción a su pensamiento, como otros sitúan toda su vida en la acción.

Sentía gran inclinación hacia la lectura de libros místicos.

—*Abyssus abyssum* —me decía—. Nuestro espíritu es un abismo que se complace con los abismos. Niños, hombres o viejos, todos sentimos una intensa atracción hacia lo misterioso, sea la que sea la forma en que se presente.

Esta predilección le fue fatal, si nos es permitido juzgar su vida según las leyes ordinarias, y considerar la felicidad ajena con la medida de la nuestra, o según los

prejuicios sociales. Este gusto por las cosas celestiales, otra locución que empleaba frecuentemente, esta *mens divinatoria*, se debía quizás a la influencia ejercida sobre él por los primeros libros leídos en casa de su tío; Santa Teresa y la señora Guyon fueron como una continuación de la Biblia, tuvieron las primicias de su inteligencia adulta, y le fueron acostumbrando a aquellas intensas reacciones anímicas donde el éxtasis es a la vez el medio y el resultado. Estos estudios, esta inclinación, fueron elevando su alma, purificándola, ennobleciéndola, dándole apetito por la naturaleza divina, y le instruyeron las delicadezas casi femeninas instintivas en los grandes hombres; tal vez su sublimidad no sea más que la necesidad de afecto que distingue a la mujer, pero transportada a las grandes cosas. Merced a estas primeras impresiones, Luis permaneció puro en el colegio. Esta noble virginidad de los sentidos tuvo, necesariamente, como efecto, enriquecer el ardor de su sangre y aumentar las facultades de su pensamiento.

La baronesa de Staël, desterrada a cuarenta leguas de París, pasó varios meses de su exilio en una finca situada cerca de Vendôme. Un día, mientras paseaba, se encontró en los lindes del parque con el hijo del curtidor vestido casi con harapos, absorbido por un libro. Dicho libro era una traducción de *El Cielo y el Infierno*. En aquellos tiempos, los señores Saint-Martin, De Gence y algunos otros escritores franceses, medio alemanes, eran las únicas personas que, en el Imperio francés, conocían el nombre de Swedenborg. Estupefacta, la señora de Staël le arrebató el libro con la brusquedad que afectaba en todas sus preguntas, miradas y gestos; después, lanzando una mirada a Lambert, le dijo:

—¿Es que tú comprendes esto?

—¿Reza usted a Dios? —preguntó el niño.

—Pues... sí.

—¿Y le comprende?

La baronesa quedó muda durante un momento; luego se sentó al lado de Lambert, y se puso a conversar con él.

Desgraciadamente, mi memoria, aunque notable, está muy lejos de ser tan exacta y fiel como la de mi amigo, y he olvidado completamente aquella conversación, si exceptuamos las primeras frases de la misma. Dicho encuentro era exprofeso para impresionar a la señora Staël; a su regreso al castillo habló poco, a pesar de la necesidad de expansión que, en su casa, degeneraba en locuacidad; pero se mostró intensamente preocupada. La única persona todavía viva que guardaba recuerdo de aquella aventura, a la que interrogué para poder recoger las pocas palabras que dejó escapar la señora Staël en aquella ocasión, encontró difícilmente en su memoria la siguiente frase pronunciada por la baronesa, a propósito de Lambert: *Se trata de un auténtico visionario*. Luis no justificó ante los ojos del mundo las hermosas esperanzas que había hecho concebir a su protectora. La predilección pasajera que experimentó en determinado momento, fue considerada como un capricho femenino, como una de aquellas fantasías propias de los artistas. La señora Staël quiso arrancar

a Luis Lambert al Emperador y a la Iglesia, para encaminarlo por las sendas que debían llevarle al noble destino que, según ella, le esperaba; ya que le consideraba como un nuevo Moisés salvado de las aguas. Antes de su partida, encargó a uno de sus amigos, el señor de Corbigny, por aquel entonces prefecto de Blois, que cuando llegara el momento apropiado colocara a su Moisés en el colegio de Vendôme; después, probablemente, le olvidó.

Ingresado a la edad aproximada de catorce años, a principios de 1811, Lambert debió salir del colegio a finales de 1814, después de haber acabado filosofía. Dudo mucho de que durante todo aquel tiempo recibiese el menor recuerdo de su bienhechora, si es que realmente puede considerarse como un acto de beneficencia el pagar, durante tres años, la pensión de un muchacho sin pensar en su porvenir, después de haberle desviado de una carrera en la cual quizás hubiese hallado la felicidad. Las circunstancias de la época y el carácter de Luis Lambert pueden absolver a la señora Staël tanto de su despreocupación como de su generosidad. La persona escogida para servir de intermediario en sus relaciones con el muchacho abandonó Blois en el momento en que él salía del colegio. Los acontecimientos políticos que entonces tenían lugar justificaron casi la indiferencia del personaje por el protegido de la baronesa. El autor de *Corinne* no volvió a oír hablar de su pequeño Moisés. Los cien lises entregados por ella al señor de Corbigny que, según me parece recordar, falleció en 1812, no constituían una cantidad lo bastante importante para despertar el recuerdo de la señora de Staël, cuyo espíritu exaltado encontró en otras cosas alimento suficiente, y cuyos intereses tuvieron que entrar en juego durante las peripecias de los años 1814 y 1815. Luis Lambert era, en aquellos tiempos, demasiado pobre y demasiado orgulloso para intentar buscar a su bienhechora, que se hallaba viajando por toda Europa. No obstante, vino a pie desde Blois a París con intención de visitarla, llegando a la capital, desgraciadamente, el mismo día en que la baronesa murió. Dos cartas escritas por Lambert habían permanecido sin respuesta. El recuerdo de las buenas intenciones de la señora Staël por Luis quedó en éste como algo perteneciente al pasado, impresionado su espíritu como el mío por lo extraordinario de esta historia. Hace falta haber estado en nuestro colegio para comprender el efecto que producía en nuestros espíritus el anuncio de la llegada de un *novato* y la impresión singular que la aventura de Lambert debía causarnos.

Aquí debo proporcionar cierta información sobre las primitivas leyes que regían nuestra institución, mitad militar, mitad religiosa, y que son imprescindibles para explicar la nueva vida que Lambert iba a llevar allí. Antes de la Revolución, la orden de los oratorianos, dedicada, como la de Jesús, a la enseñanza pública, poseía varios establecimientos provinciales, siendo los más célebres los colegios de Vendôme, de Tournon, de la Flèche, de Pont-Levoy, de Sorrèze y de Juilly. El de Vendôme, lo mismo que los demás, según creo, instruía a un determinado número de cadetes destinados a ingresar en el ejército. La abolición de las órdenes de enseñanza, decretada por la Convención, influyó muy poco en la institución de Vendôme. Una



vez pasada la primera crisis, el colegio recuperó el edificio; algunos oratorianos diseminados por los alrededores regresaron, y lo restauraron conservando las antiguas reglas, las costumbres, los usos y las prácticas, que daban a aquel colegio una fisonomía que no se podía comparar con los demás institutos en los cuales estuve después de salir del de Vendôme.

Situado en medio de la población, al borde del poco caudaloso Loir, que baña el edificio, el colegio forma como un vasto recinto cuidadosamente cerrado, donde están todos los establecimientos necesarios en una institución de aquel género: capilla, teatro, enfermería, panadería, jardines, estanques y prados. Aquel colegio, el más célebre centro de instrucción que poseen las provincias del centro, se alimenta por ellas y por las de nuestras colonias. La distancia no permite, pues, a los padres visitar muy a menudo a sus hijos.

El reglamento prohibía, además, las vacaciones externas. Una vez ingresados, los alumnos no podían salir de allí hasta que terminaran sus estudios. Con excepción de los paseos hechos por el exterior bajo la vigilancia de los Padres, todo había sido calculado para dar a aquella casa todas las ventajas de la disciplina conventual. En mis tiempos, el corrector era todavía un recuerdo vivo, y la clásica férula de cuero jugaba aún con honor su horrible cometido. Los castigos ideados en otros tiempos por la Compañía de Jesús, y que tenían un carácter tan afrentoso en lo moral como en lo físico, seguían vigentes en toda su integridad en los planes de enseñanza de aquella casa. En determinados días era obligatorio escribir a los padres, del mismo modo que era obligatoria también la confesión. Así nuestros pecados y nuestros sentimientos estaban reglados. Todo allí llevaba la marca de la uniformidad monástica. Recuerdo, entre otros vestigios de la antigua institución, la inspección a que nos sometían cada domingo. Teníamos que comparecer de gala, alineados como soldados, esperando a los dos directores que, seguidos de los proveedores y de los maestros, nos pasaban revista en el triple aspecto del vestir, de la higiene y de la moral.

Los doscientos o trescientos alumnos que podía albergar el colegio estaban divididos, según antigua costumbre, en cuatro secciones, llamadas *los mínimos*, *los pequeños*, *los medianos* y *los mayores*. La sección de los mínimos comprendía las clases conocidas por octava y séptima; la de los pequeños, la sexta, la quinta y la cuarta; la de los medianos, la tercera y la segunda; y por último, la de los mayores, la de retórica, la de filosofía, la de matemáticas especiales, la de física y la de química. Cada uno de estos colegios particulares tenía su edificio, sus clases y su patio, en un gran espacio de terreno común, al cual tenían salida las salas de estudio, y que conducían al refectorio. Este refectorio, digno de una antigua orden religiosa, podía acoger a todos los alumnos. Contrariamente a la regla de otras órdenes dedicadas a la enseñanza, se nos permitía hablar mientras comíamos, tolerancia oratoria que nos ponía en situación de poder intercambiar los platos según nuestros respectivos gustos. Aquel comercio gastronómico lo recordamos todos como uno de los más intensos placeres de nuestra vida escolar. Si algún mediano prefería una ración de alubias al

postre, pues teníamos postre, inmediatamente pasaba de boca la proposición siguiente: «¡Un postre por unas alubias!», hasta que algún goloso la aceptaba; entonces, éste mandaba su ración de alubias, que pasaba de mano en mano hasta llegar a las del proponente, mientras el postre seguía el mismo camino, aunque en dirección inversa. Jamás se cometió un error. Si se habían producido dos o más proposiciones idénticas, se daba un número a cada una de ellas, y se decía: «Las primeras alubias, para el primer postre». Como que las mesas eran muy largas, nuestro perpetuo tráfico las poma en conmoción; y hablábamos, comíamos y gesticulábamos, con una vivacidad sin parangón. Así, la conversación y parloteo de trescientos muchachos, las idas y venidas de los domésticos encargados de cambiar los platos, servir las bandejas, dar el pan, la inspección de los directores, hacían de aquel refectorio un espectáculo único, y que asombraba siempre a los visitantes.

Para suavizar nuestra vida, privada de toda comunicación con el exterior y de los afectos familiares, los Padres nos autorizaban para tener palomos y a cultivar huertos. Las doscientas o trescientas barracas, el millar de palomos anidados a lo largo del muro que delimitaba la propiedad del colegio, y una treintena de huertos, tenían un aspecto aún más extraño que el del comedor. Pero resultaría muy fastidioso contar la serie de detalles y particularidades que hacían del colegio de Vendôme un establecimiento aparte y fértil en recuerdos para los que pasaron su infancia en él. ¿Quién de nosotros no recuerda aún con delectación, a pesar de las amarguras de la ciencia, las bizarrías de aquella vida enclaustrada? Las golosinas compradas fraudulentamente y a escondidas durante los paseos, el permiso para jugar a las cartas y la de poder representar otras teatrales durante las vacaciones, pillerías y libertades completamente necesarias a nuestra soledad; y además, nuestra música militar, último vestigio de los cadetes; nuestra academia, nuestro capellán, nuestros Padres profesores; por último, los juegos especiales prohibidos o autorizados: nuestras cabalgatas con zancos, los largos deslizadores para el invierno, el alboroto de nuestras galochas galas, y sobre todo el comercio introducido por la tienda establecida en el seno de cada curso. Dicha tienda era regentada por una especie de maese Jaime, al cual, tanto los pequeños como los mayores, podían pedirle, según un prospecto: cajas, zancos, herramientas, palomos, devocionarios (artículo de poca venta), cortaplumas, papel, plumas, lápices, tintas de todos los colores, canicas, bolos; es decir, el mundo entero de fascinantes fantasías de la infancia, y que lo comprendía todo, desde la salsa para los pichones que teníamos que sacrificar, hasta los potes en que guardábamos el arroz de la cena para comérselo en el desayuno del día siguiente. Quien de entre nosotros es lo suficientemente infeliz para haber olvidado los latidos del corazón ante el aspecto de aquel almacén periódicamente abierto durante el recreo dominical, y a donde íbamos a gastar la cantidad que nos estaba permitido llevar en el bolsillo; pero en el que lo módico de la pensión concedida por nuestros padres para nuestros pequeños placeres nos obligaba a elegir entre los objetos que tanta seducción ejercían sobre nuestras almas. La joven esposa a

la cual durante el tiempo que dura la luna de miel su marido entrega doce veces al año una bolsa de oro, alegre presupuesto para sus caprichos, ¿ha soñado con tantas y tan diversas adquisiciones como hemos meditado nosotros la víspera del primer domingo de cada mes? Por seis francos podíamos poseer, durante una noche, la universalidad de los bienes almacenados en la inagotable tienda; y, durante la misa, no contábamos ni un solo cántico que no turbase nuestros secretos cálculos. ¿Quién de nosotros puede acordarse de haber llevado en el bolsillo algunos sueldos para gastar el segundo domingo de mes? En fin ¿quién no ha obedecido anticipadamente las leyes sociales compadeciendo, socorriendo y despreciando a los parias a los que la avaricia o la desgracia paterna dejan sin dinero?

Cualquiera que quiera imaginarse el aislamiento de este gran colegio con su edificio monástico, en medio de una pequeña ciudad, y los cuatro jardines en los cuales estábamos jerárquicamente divididos tendrá ciertamente una idea del interés despertado por la llegada de un *novato*, verdadero pasajero llegado a bordo de un navio. Jamás una joven duquesa presentada en la corte ha sido tan maliciosamente criticada como lo era un novato por todos los alumnos de su división. Generalmente, durante el recreo de la tarde, antes de la oración, los cobistas que solían conversar con aquel de los Padres encargado por turno semanal de vigilarnos, y que se hallaba en funciones, podían oír de sus labios las primicias de la noticia: «Mañana ingresa un *novato*». Inmediatamente, el grito de ¡un novato!, ¡un novato!, resonaba a través del patio. Corríamos todos para formar grupos, especialmente alrededor del regente, que pronto era interrogado con decisión:

—¿De dónde venía? ¿Cómo se llamaba? ¿A qué clase iría?, etcétera.

La llegada de Luis Lambert constituyó el texto de un cuento digno de *Las Mil y una Noches*. Estaba yo entonces en la cuarta, con los pequeños. Teníamos por regentes a dos hombres a los que dábamos por tradición el calificativo de Padres, aunque fuesen seglares. En mis tiempos, no había en Vendôme más que tres verdaderos oratorianos a los cuales aquel dictado correspondiese legítimamente; en 1814, abandonaron el colegio, que se había ido secularizando insensiblemente, y se fueron refugiando cerca de los altares de algunos presbiterios rurales, a ejemplo del cura de Mer. El padre Haugoult, el regente de semana, era bastante buena persona, pero carente de altos conocimientos; le faltaba aquel tacto tan necesario para discernir las distintas maneras de ser de los niños y calibrar los castigos según sus respectivas fuerzas. El padre Haugoult empezó pues a contarnos los singulares acontecimientos que iban, al día siguiente, a valernos la presencia del más extraordinario de los novatos. Inmediatamente cesaron los juegos. Todos los pequeños fueron congregándose para poder escuchar la aventura de aquel Luis Lambert, encontrado como un aerolito, por la señora *Staël* en un rincón de un bosque. El padre Haugoult tuvo que explicarnos quién era la señora *Staël*: durante toda aquella noche me pareció que medía diez pies; más tarde, tuve ocasión de ver el cuadro *Corinne*, en el que Gérard la ha representado tan alta y tan hermosa; pero la mujer ideal soñada por mi

imaginación la sobrepasaba tanto que la verdadera señora de Staël ha ido perdiendo en mi espíritu, incluso después de la lectura del libro, completamente varonil titulado *De Alemania*. Pero Lambert se convirtió, desde el primer momento, en otra auténtica maravilla: después de haberle examinado, el padre Mareschal, director de estudios, había dudado, nos decía el padre Haugoult, de colocarlo con los mayores. La flojedad de Luis en latín, le había rechazado a la cuarta, pero sin duda saltaría cada año una clase; por excepción, debería pertenecer a la Academia. *Proh pudor!*, íbamos a tener el honor de que entre los pequeños hubiera un vestido galardonado con la cinta roja que llevan los académicos de Vendôme. Los académicos gozaban de brillantes privilegios; comían, de vez en cuando, en la mesa del director, y celebraban anualmente dos sesiones literarias a las cuales asistíamos para escuchar sus obras. Un académico era un pequeño grande hombre. Si los vendomianos quisieran ser francos, no tendrían otro remedio que confesar que, más tarde, un verdadero académico de la verdadera Academia francesa le había parecido mucho menos importante que el gigantesco muchacho ornado con una cruz y la prestigiosa cinta roja, insignias de nuestra academia. Era sumamente difícil pertenecer a aquel glorioso cuerpo antes de haber pasado a la segunda, ya que los académicos debían tener, todos los jueves, antes de las vacaciones, sesiones públicas, y leernos cuentos en verso o en prosa, epístolas, tratados, tragedias o comedias, composiciones totalmente prohibitivas para las inteligencias de las clases secundarias. Durante mucho tiempo he guardado el recuerdo de un cuento, titulado *El Asno Verde*, que creo constituye la más destacada obra salida de aquella academia desconocida. ¡Uno de la cuarta en la academia! Este muchacho de catorce años, ya poeta, amado por la señora Staël, un futuro genio, nos decía el padre Haugoult; un mago, un personaje capaz de redactar un tema o de hacer una traducción en el tiempo de llamarnos a clase o de aprenderse la lección con una sola lectura. Luis Lambert confundía todas nuestras ideas. Además, la curiosidad del padre Haugoult, la impaciencia que revelaba por conocer al novato, atizaba aún más nuestras inflamadas imaginaciones.

—Si tiene pichones, no tendrá cabaña. No hay sitio para otra. ¡Tanto peor! —decía uno de nosotros que con el tiempo se ha convertido en un gran agricultor.

—¿Con quién dormiré? —preguntaba otro.

—¡Oh, cómo me gustaría que fuera mi compañero! —exclamaba un exaltado.

En nuestra jerga de colegiales, la palabra *compañero* tenía un significado difícil de explicar. Expresaba un compartir fraternal de todos los bienes y todos los males de nuestra vida infantil, una promiscuidad de intereses fértil en disputas y en reconciliaciones, un pacto de alianza ofensiva y defensiva. ¡Cosa bizarra!, nunca, en mis tiempos, he conocido dos hermanos que fueran *compañeros*. Si los hombres no viven más que por sus sentimientos, puede ser que crea el empobrecer su existencia confundiendo una afección encontrada con un afecto natural.

La impresión que las explicaciones del padre Haugoult produjeron en mí, durante aquella noche, es una de las más vivas de mi infancia, únicamente comparable a la de

la lectura de *Robinson Crusoe*. Más tarde debí también al recuerdo de aquella impresión prodigiosa una observación quizás inédita sobre los diferentes efectos que producen las palabras en los distintos entendimientos. La palabra no tiene nada en absoluto; tenemos más influencia nosotros sobre las palabras de la que puede tener ésta sobre nosotros; su fuerza está en razón directa a las imágenes que hemos adquirido y que agrupamos, pero el estudio de un tal fenómeno requiere largas explicaciones, fuera de lugar en estas páginas. No pudiendo dormir, sostuve una larga discusión con mi vecino de dormitorio sobre el extraordinario ser que al día siguiente tendríamos entre nosotros. Dicho vecino, hace tiempo oficial, y actualmente escritor de altos vuelos filosóficos, Barchou de Penhoën, no ha desmentido ni su predestinación ni la casualidad que reunió, en la misma clase, sobre el mismo banco y bajo el mismo techo, a los dos únicos alumnos de Vendôme de quien Vendôme oye hablar actualmente; ya que, en el momento en que este libro vio la luz, Dufaure, nuestro camarada, no había abordado todavía la vida pública del Parlamento. El reciente traductor de Fichte, el amigo e intérprete de Ballanche, se preocupaba entonces, lo mismo que yo, en el estudio de cuestiones metafísicas; a menudo razonaba conmigo sobre Dios, sobre el hombre y sobre la naturaleza. Tenía entonces pretensiones pirronianas. Celoso de sostener su papel, negó las facultades de Lambert; mientras que yo, que había leído nuevamente *Los niños prodigio*, le citaba, como ejemplos, a Montcalm, Pico de la Mirándola, Pascal, en fin, a todos los cerebros precoces; anomalías célebres en la historia del pensamiento humano, y los predecesores de Lambert. Estaba entonces apasionado por la lectura. Gracias al ferviente deseo de mi padre de verme ingresar en la Escuela politécnica, me pagaba lecciones particulares de matemáticas. Mi profesor, bibliotecario del colegio, permitía que me llevara libros sin fijarse demasiado en los que sacaba de la biblioteca, lugar tranquilo donde, durante los recreos, él me daba clases.

Creo que era poco hábil, o muy preocupado en alguna importante empresa, ya que me permitía leer durante las clases particulares y trabajaba en no sé qué. Así pues, en virtud de un pacto tácitamente acordado entre nosotros dos, yo no me quejaba de no aprender nada, y él se callaba sobre los préstamos de libros. Arrastrado por aquella intempestiva pasión, negligía mis estudios para componer poemas que con seguridad debían inspirar pocas esperanzas a juzgar por este verso excesivamente largo, que alcanzó la celebridad entre mis camaradas, y que empezaba una epopeya sobre los incas:

¡Oh, inca! ¡Oh rey infortunado y desdichado!

Fui apodado *el poeta* como burla a mis ensayos; pero las burlas no me corrigieron. Seguía haciendo ripios, a pesar del sabio consejo del padre Mareschal, nuestro director, que trató de curarme de una enfermedad desgraciadamente crónica, explicándome un apólogo sobre una curruca que había caído del nido por haber querido volar antes de que sus alas se hallasen cubiertas de plumas. Continué leyendo, me convertí en el menos trabajador de todos los alumnos de la clase, el más

perezoso, el más contemplativo de toda la división de los pequeños, y, en consecuencia, el más reiteradamente castigado. Esta disgresión autobiográfica, debe hacer comprender la naturaleza de las reflexiones que me asaltaron en cuanto me enteré de la llegada de Lambert. Tenía entonces doce años. Primero, experimenté una vaga simpatía por un muchacho con el cual tenía algunas semejanzas temperamentales. ¡Iba a tener un compañero soñador y aficionado a la meditación! Sin saber todavía qué era la gloria, encontraba glorioso ser camarada de un muchacho cuya inmortalidad había sido preconizada por la señora Staël. Luis Lambert me parecía un gigante.

El mañana tan esperado llegó finalmente. Momentos antes del almuerzo, oímos por el silencioso patio el doble paso del padre Mareschal y del recién llegado. Todas las cabezas se volvieron rápidamente hacia la puerta de la clase. El padre Haugoult, que compartía las torturas de nuestra curiosidad, se olvidó de lanzar el silbido con el cual imponía silencio a nuestros murmullos y nos recordaba que teníamos trabajo que realizar. Pudimos entonces ver al famoso novato al que el padre Mareschal llevaba cogido de la mano. El regente descendió de su tarima, y el director le dijo solemnemente, siguiendo la etiqueta:

—Aquí le presento al señor Luis Lambert; póngale en la cuarta; mañana empezará las clases.

Luego, después de haber hablado en voz baja con el regente, dijo en voz alta:

—¿Dónde va usted a colocarle?

Hubiese sido injusto el quitar a uno de nosotros para poner al novato; y, como sólo había un pupitre libre, Luis Lambert vino a ocuparlo cerca de mí, que había sido el último en entrar en clase. A pesar del tiempo que teníamos todavía que permanecer en el estudio, todos nos levantamos para examinar a Lambert. El señor Mareschal oyó nuestros coloquios, vio que nos hallábamos en estado de insurrección, y dijo con aquella bondad que lo hacía particularmente querido:

—Al menos procuren hacer las cosas con calma, no alboroten a las otras clases.

Aquellas palabras tuvieron como efecto el que nos dejaran salir al patio antes de almorzar, y todos rodearon a Lambert mientras el padre Mareschal se paseaba con el padre Haugoult. Eramos unos ochenta diablos, osados como pájaros de presa. Aunque todos nosotros habíamos tenido que pasar por aquel cruel noviciado, no le evitábamos a un recién llegado las risas burlonas, ni las preguntas, ni una serie de impertinencias, que se sucedían unas tras otras para vergüenza del neófito de quien se ensayaban así sus costumbres, su fuerza y su carácter. Lambert, tranquilo o aturdido, no respondió a ninguna de nuestras preguntas. Uno de nosotros dijo entonces que debía de salir de la escuela de Pitágoras. Estalló una risa general. El recién llegado recibió el mote de *Pitágoras* y lo llevó durante toda su vida escolar. No obstante la penetrante mirada de Lambert, el desdén que se reflejaba en su rostro por todas aquellas niñerías tan en desacuerdo con la naturaleza de su espíritu, la actitud tranquila en que permanecía, su fuerza aparente en armonía con su edad, imprimieron

un cierto respeto a los más malintencionados de nosotros. En cuanto a mí, estaba cerca de él, ocupado en examinarle silenciosamente.

Luis era un muchacho delgado y débil, de cuatro pies y medio de estatura; su cara morena, sus manos oscurecidas por el sol parecían acusar un vigor muscular, no obstante no tenerlo normalmente. Así, dos meses después de su ingreso en el colegio, cuando la permanencia en las clases le hizo perder su coloración casi vegetal, le vimos devenir pálido y blanco como una mujer. Su cabeza era de un volumen notable. Sus cabellos, negros y con rizados mechones, prestaban una gracia indecible a su frente, cuyas dimensiones eran realmente extraordinarias, incluso para nosotros, desconocedores, como es fácil comprender, de los pronósticos de la frenología, ciencia entonces iniciada. La belleza de su frente profética procedía, sobre todo, de las formas extremadamente puras de las dos arcadas bajo las cuales brillaban dos negros ojos, que parecían tallados en alabastro, y donde las líneas, por un rasgo bastante raro, eran de un paralelismo perfecto al unirse en el nacimiento de la nariz. Pero era difícil fijarse en su cara, por otra parte muy irregular, viendo sus ojos cuya mirada poseía una magnífica variedad de expresión y que parecían dotados de alma. Unas veces eran claros y penetrantes hasta el asombro, otras de una dulzura celestial, y se ponían mates, sin color, por así decirlo, cuando se entregaba a la reflexión. Su ojo parecía entonces un vidrio donde el sol se había retirado después de haberlo iluminado. Su fuerza y su organismo eran como su mirada: la misma inmovilidad, los mismos caprichos. Su voz se volvía dulce y suave como la de una mujer que deja escapar una confesión; en cambio, otras veces, se hacía penosa, incorrecta, desagradable, si es que pueden emplearse palabras como éstas para describir sus inflexiones. En cuanto a su vigor, era incapaz de soportar la fatiga que le producían los juegos más ligeros, y parecía ser débil, casi enfermizo. Pero, durante los primeros días de su noviciado, uno de nuestros matones se había burlado de aquella enfermiza delicadeza que le hacía poco apto para los violentos ejercicios tan en boga en el colegio, y Lambert cogió por uno de sus extremos una de las grandes mesas que contenían doce pupitres colocados en dos filas encaradas, se apoyó contra la tarima del regente; después, aferró la mesa por las patas y dijo:

—¡Meteros diez e intentar moverla!

Yo estaba allí, y fui testigo de aquella singular demostración de fuerza, ya que fue imposible arrastrar la mesa. Lambert poseía el don de manifestar, en determinados momentos, poderes extraordinarios, y de reunir sus fuerzas en un punto determinado para proyectarlas en cualquier dirección. Pero los niños habituados, como los hombres, a juzgarlo todo según las primeras impresiones recibidas, sólo estudiaron a Luis durante los primeros días de su estancia en el colegio; desmintió entonces enteramente las predicciones de la señora Staël, al no realizar ninguno de los prodigios que esperábamos de él.

Después de un trimestre de pruebas, Luis fue considerado como un alumno corriente. Yo fui el único admitido para penetrar en aquella alma sublime, y ¿por qué

no decir, divina? ¿Qué hay más cercano a Dios que el genio en el corazón de un niño? La semejanza de nuestros gustos y pensamientos nos hizo amigos y compañeros. Nuestra fraternidad se hizo tan estrecha, que nuestros camaradas unieron nuestros dos apodos; no podía pronunciarse uno sin el otro; y para llamar a uno de nosotros, decían: *¡Poeta y Pitágoras!* Así durante dos años fui el amigo de colegio del pobre Luis Lambert; y mi vida se encontró, durante aquella época, lo bastante íntimamente unida a la suya, para que no me sea posible actualmente escribir su historia intelectual.

He ignorado mucho tiempo la poesía y las riquezas escondidos en el corazón y bajo la frente de mi camarada. Ha sido necesario que yo cumpliera los treinta años, que mis observaciones maduraran y se condensaran, que un haz de luz intensa las iluminase de nuevo para comprender el alcance de los fenómenos de los cuales fui entonces inhábil testigo; los he gozado sin explicarme ni su grandeza ni su mecanismo, incluso he llegado a olvidar algunos, y sólo puedo recordar los más destacados; pero, hoy en día, mi memoria los ha ido coordinando, y me he ido iniciando en los secretos de aquel cerebro fecundo, trasladándome nuevamente, con la imaginación, a los deliciosos días de nuestra joven amistad. El tiempo sólo me hizo penetrar en el sentido de los acontecimientos y los hechos que abundaban en aquella vida desconocida, como en la de tantos otros hombres perdidos para la ciencia. Así pues esta historia estará en la expresión y apreciación de las cosas, plagada de anacronismos puramente morales que no perjudicarán su interés.

Durante los primeros meses de su estancia en Vendôme, Luis fue presa de una enfermedad cuyos síntomas fueron imperceptibles para la mirada de nuestros vigilantes, y que tuvo como consecuencia una interrupción en el ejercicio de sus elevadas facultades. Acostumbrado al aire libre, a la independencia de una educación dejada al azar, acariciado por los solícitos cuidados de un anciano que le amaba extraordinariamente, acostumbrado a pensar bajo los rayos del sol, le fue muy difícil poderse doblegar ante el reglamento del colegio, caminar en formación, vivir entre las cuatro paredes de las aulas en las que ochenta muchachos permanecían silenciosos, sentados en bancos de madera, cada uno delante de su pupitre. Sus sentidos poseían una perfección que le proporcionaba una exquisita delicadeza, y aquella vida en común le hizo sufrir mucho. Las emanaciones que corrompían el aire, mezcladas a los malos olores de una clase siempre sucia y llena de restos de nuestros desayunos y meriendas, afectaron su olfato, este sentido que, por hallarse en más directa relación con el sistema cerebral, puede causar, por sus alteraciones invisibles, trastornos en los órganos del pensamiento. Además de estas causas de corrupción atmosférica, había también en nuestras salas de estudio unas casetas en las que cada uno metía su botín, los palomos sacrificados para un día de fiesta o la comida robada del refectorio. Por último, en nuestras salas había una pila inmensa donde permanecían siempre dos cubos llenos de agua, especie de abrevadero donde todas las mañanas íbamos a lavamos la cara y las manos, en presencia del profesor. De allí,



pasábamos a una mesa donde unas mujeres nos peinaban y nos empolvaban. Barrido y fregado una sola vez al día, antes de que nos despertásemos, nuestro local estaba siempre sucio. Además, y a pesar del número de ventanas y de la altura de la puerta, el aire estaba constantemente viciado por las emanaciones del retrete, del lavadero, de las casetas, y por las mil industrias de cada alumno, sin contar nuestros ochenta cuerpos amontonados. Aquella especie de *humus* escolar, mezclado al barro que traíamos de nuestros paseos por el patio, formaba como un estiércol de insoportable mal olor. La privación del aire puro y perfumado de los campos en los cuales había vivido hasta entonces, el cambio en las costumbres, la disciplina, todo contribuyó a entristecer a Lambert. La cabeza siempre apoyada en su mano izquierda y el brazo acodado sobre su pupitre, se pasaba las horas destinadas al estudio mirando a través del patio las hojas de los árboles, o las nubes del cielo; parecía estudiar las lecciones; pero, viendo su pluma inmóvil y la página en blanco, el regente le gritaba:

—¡No haces nada, Lambert!

Este *no haces nada*, era como una puñalada que hería a Luis en el corazón. Después no conoció los placeres del recreo, le dieron *pensums* para escribir. El *pensum*, castigo cuyo género varía según las costumbres de cada colegio, consistía en Vendôme en un determinado número de líneas copiadas durante las horas de recreo. Nosotros estuvimos, Lambert y yo, tan agobiados por la cantidad de *pensums* que teníamos que copiar, que no tuvimos seis días de libertad durante los dos años que duró nuestra amistad. Sin los libros que sacábamos de la biblioteca, y que entretenían nuestras vidas, aquel sistema de existencia nos habría conducido a un total embrutecimiento. La falta de ejercicio es fatal para los muchachos. La costumbre de estar siempre entre cuatro paredes altera, según se dice, sensiblemente, la constitución de los reyes cuando no saben corregir los vicios de su destino por las costumbres de los campos de batalla o con las ocupaciones de la caza. Si las leyes de la etiqueta y de la corte influyen en la medula espinal hasta el punto de afeminar el aspecto de los reyes, de debilitar sus fibras cerebrales y de degenerar su estirpe, ¿qué lesiones profundas, sea en lo físico, sea en lo moral, no deben producir en un escolar la privación continua de aire, de movimiento, de alegría? Así el régimen penitenciario observado en los colegios exige la atención de las autoridades de la enseñanza, si se encuentran pensadores que no piensen exclusivamente en ellos mismos.

Atraíamos sobre nosotros el *pensum* de mil maneras. Nuestra memoria era tan excelente, que nunca estudiábamos las lecciones. Nos bastaba con oír a nuestros camaradas recitar fragmentos de francés, de latín o de gramática, para repetirlos perfectamente; pero, si por desgracia al profesor se le ocurría cambiar el orden de los bancos y nos interrogaba primero, frecuentemente ignorábamos en que consistía la lección: el *pensum* llegaba entonces sin que valieran nuestras hábiles excusas. Finalmente nosotros esperábamos siempre hasta el último momento para hacer nuestros deberes. Si estábamos a punto de terminar un libro, si estábamos sumidos en un ensueño, el deber quedaba totalmente olvidado: ¡nueva fuente de *pensums*!

Cuántas veces nuestras traducciones fueron escritas durante el tiempo en que el *primero*, encargado de ir las recogiendo al entrar a clase, pedía a cada uno la suya. A las dificultades morales que Lambert experimentaba para aclimatarse a la vida del colegio se unía un aprendizaje no menos rudo, y por el cual habíamos pasado todos, el de los dolores corporales, que para nosotros variaban hasta el infinito. En los niños, la delicadeza de la epidermis exige cuidados minuciosos, especialmente en invierno, período en el que, por diversas causas, deben abandonar la glacial atmósfera de un patio lleno de barro por la cálida temperatura de las aulas. Así, faltos de las atenciones maternas que tan necesariamente eran para los pequeños y para los mínimos, eran devorados por congelaciones y grietas en la piel, tan dolorosas, que durante el almuerzo aquellos males precisaban de un cuidado particular, aunque imperfecto, dada la gran cantidad de pies, manos y talones, doloridos. Muchos chicos se veían obligados a preferir el mal al remedio: ¿no tenían, con frecuencia, que elegir entre terminar los deberes o irse a deslizarse por la nieve con un trineo? Además, las costumbres del colegio habían puesto de moda el burlarse de los pobres dolientes que iban a hacerse curar, y se quitaban las vendas que la enfermera había puesto en sus manos. Así pues, durante el invierno, varios de entre nosotros, con los pies y las manos medio muertas, roídos por el dolor, se hallaban poco dispuestos a trabajar porque sufrían, y en cambio, eran castigados porque no trabajaban. Como que a veces fingíamos estar enfermos, los Padres no hacían caso alguno de nuestros males reales. Mediante el precio de la pensión,

los alumnos eran mantenidos por el colegio. La administración acostumbraba a proporcionar vestido y calzado; por esto se hacía aquella inspección semanal de que ya he hecho mención. Excelente para el administrador, siempre ha producido tristes resultados para el administrado. ¡Desgraciado del pequeño que contraía el pernicioso hábito de desformar, de romper sus zapatos, o de gastar prematuramente las suelas, ya fuera por un defecto en el andar, o por mover los pies durante las horas de estudio obedeciendo a la necesidad constante de acción que sienten todos los muchachos! Durante todo el invierno se veía obligado a ir de paseo, sufriendo lo indecible: en primer lugar el dolor que le producían las congelaciones era tan intenso como un ataque de gota; en segundo, las hebillas y lazos destinados a sostener el zapato se le caían, o los desgastados tacones impedían al maldito zapato adherirse a los pies del chico: se veía entonces forzado a ir arrastrándolo por los helados caminos, y a veces tenía que disputárselo a las tierras arcillosas del Vendôme; por último, el agua y la nieve penetraban por algún descosido invisible, por un clavo mal puesto, y el pie empezaba a hincharse. De entre sesenta chicos, no podían hallarse diez que no caminasen sufriendo alguna tortura particular; no obstante, todos seguían al grueso de la tropa, contagiados por la marcha, del mismo modo que los hombres son arrastrados a la vida por la vida misma. ¡Cuántas veces no lloró de rabia algún valeroso muchacho, al encontrar dentro de sí un resto de energía para continuar adelante o para volver al aprisco, a pesar de sus sufrimientos!; tanto estas almas todavía impolutas

temen a la risa y a la compasión, dos géneros de burla. En el colegio, lo mismo que en sociedad, el fuerte suele despreciar al débil, sin saber en qué consiste la verdadera fuerza. Esto no era nada todavía. Nada de guantes en las manos. Si por casualidad la enfermera, los padres, o el director los hacían repartir a los más delicados de entre nosotros, los bromistas y los de más edad de la clase, ponían los guantes sobre la estufa, se divertían secándolos y haciendo que se encogieran; después, si los guantes escapaban a la acción de los bellacos, se deshacían por falta de cuidados. No había posibilidad de llevar guantes. Los guantes parecían constituir un privilegio y los chicos quieren verse iguales.

Estos diferentes géneros de dolor, se apoderaron de Luis Lambert. Semejante a aquellos hombres meditativos, que en la calma de sus reflexiones, contraen el hábito de realizar algún movimiento maquinal, tenía la manía de jugar con sus zapatos y los destrozaba en poco tiempo. Su tez pálida, de mujer, la piel de sus orejas, sus labios, se agrietaban con los primeros fríos. Sus manos, tan suaves, tan blancas, se volvían rojas y tumefactas. Constantemente estaba resfriado. Luis se vio, pues, envuelto en una capa de sufrimiento hasta que pudo amoldar su vida a las costumbres vendomesas. Instruido, a la larga, por la cruel experiencia de sus dolencias, se vio precisado a pensar en sus asuntos, sirviéndome de una expresión típica del colegio tuvo que dedicarse a cuidar su barraca, su pupitre, sus vestidos, sus zapatos; no dejarse robar su tinta, ni sus libros, ni sus cuadernos, ni sus plumas; por último, tuvo que dedicarse a todos aquellos detalles de nuestra vida infantil donde se ocupaban con tanta rectitud los espíritus egoístas y mediocres a los que van destinados, infaliblemente, todos los premios de buena conducta, pero suelen negligir los chicos con porvenir, que, bajo el yugo de una imaginación casi divina, se abandonan gustosamente al torrente de sus pensamientos. Esto no es todo. Existe una lucha continua entre profesores y alumnos, lucha sin tregua, que no tiene parangón con ninguna otra de la sociedad, a no ser el combate de la oposición contra un ministerio en un sistema representativo. Pero los periodistas y oradores de la oposición, son tal vez menos rápidos para aprovecharse de cualquier ventaja, menos duros al reprochar un error, menos ásperos en sus burlas, que no lo son los chicos con las personas encargadas de instruirles. En este oficio la paciencia es digna de ángeles. Por tal razón, nunca se amaré bastante a un prefecto de estudios, mal pagado, y por lo general poco sagaz, ni se le puede reprochar el que haya sido injusto o que se haya dejado llevar por la cólera. Espiado continuamente por una multitud de miradas burlonas, rodeado de trampas, se venga a veces de sus propios errores, en unos muchachos demasiado rápidos para percibirlos.

Excepto en los grandes desaguizados, para los cuales existían otros castigos, la palmeta era, en Vendôme, la *ultima ratio Patrum*. Para los deberes olvidados, para las lecciones mal aprendidas, para los despropósitos vulgares, era suficiente el *pensum*; pero el amor propio ofendido hablaba en el maestro por su férula. Entre los diversos sufrimientos físicos a los cuales nos hallábamos sometidos, el más vivo era el que nos

causaba aquella paleta de cuero, de dos dedos de grosor, aplicada contra nuestras débiles manos con toda la fuerza, con toda la cólera del regente. Para recibir esta corrección clásica, el culpable se ponía de rodillas en medio de toda la clase. Tenía que levantarse del banco donde estaba sentado, ir a arrodillarse al lado de la tarima del profesor, y aguantar las miradas curiosas, a menudo burlonas, de nuestros camaradas. Para las almas tiernas, aquellos preparativos constituían un doble suplicio, semejante al trayecto entre el Palacio y la Plaza de la Grève, que en otros tiempos tenían que realizar los condenados para llegar al cadalso. Según los caracteres, unos gritaban y lloraban cálidas lágrimas, antes o después de recibir los palmetazos; otros, aceptaban el dolor con aspecto estoico; pero mientras esperaban recibir el castigo, aun los más fuertes podían reprimir difícilmente la convulsión de su rostro. Luis Lambert recibió múltiples series de palmetazos, y las recibió a causa del ejercicio de una facultad natural cuya existencia fue, durante mucho tiempo, desconocida para él. Cuando era arrancado violentamente de una de sus meditaciones por un ¡no haces nada, Lambert! del regente, le sucedía, a menudo, involuntariamente primero, que le dirigía a aquel hombre una mirada henchida de un no sé qué de salvaje desprecio, cargada de pensamientos como una botella de Leyden está cargada de electricidad. Aquella mirada causaba indudablemente una conmoción en el profesor, que, herido por este silencioso epigrama, procuraba aplacar en el escolar esta fulgurante mirada. La primera vez que el padre pudo observar aquella ojeada desdeñosa que le hería como un rayo, recuerdo que pronunció la siguiente frase:

—¡Si me miras todavía así, Lambert, recibirás una férula!

Ante estas palabras, todas las narices apuntaron al techo, todas las miradas vigilaron, alternativamente, al profesor y a Luis. El apóstrofe había sido tan estúpido, que el muchacho dirigió una mirada al padre que fue como un rayo. Ello tuvo como consecuencia una disputa entre el regente y Lambert que terminó con una cierta cantidad de palmetazos. Así fue despojado del poder fulgurante de su mirada.

Aquel pobre poeta, tan nerviosamente constituido, frecuentemente tan vaporoso como una mujer, dominado por una melancolía crónica, enfermo de inteligencia como una muchacha puede estarlo de amor, que ella llama pero que ignora; aquel niño a la vez tan fuerte y tan débil, trasplantado por Corina de sus queridos campos para meterlo entre los muros de un colegio en el que cada inteligencia, cada cuerpo debe, no obstante su constitución, no obstante su temperamento, adaptarse a las reglas y al uniforme como el oro se moldea en piezas redondas bajo la presión del troquel; Luis Lambert sufrió pues por todos los puntos donde el dolor prende en las almas y en la carne. Atado a su banco de galeote del pupitre, golpeado por la palmeta, atacado por la enfermedad, afectado en todos sus sentidos, oprimido por un cinturón de males y dolencias, todo le constreñía a abandonar su envoltura a las mil tiranías del colegio. Parecido a aquellos mártires que sonreían en medio de mil suplicios, se refugió en los cielos que le entreabría su pensamiento. Tal vez aquella vida, totalmente interior, le ayudó a adivinar los misterios en los que tuvo tanta fe.

Nuestra independencia, nuestras ocupaciones ilícitas, nuestra aparente holgazanería, el torpor en el cual permanecíamos, los constantes castigos que recibíamos, la repugnancia que experimentábamos por los deberes y los *pensums*, nos crearon la indiscutible reputación de muchachos incorregibles y malos estudiantes. Nuestros profesores empezaron a despreciarnos, y caímos también en el más espantoso descrédito entre nuestros propios camaradas, a los que nada decíamos de nuestros estudios de contrabando, por temor a sus burlas. Aquella doble falta de estimación, injusta en lo que se refiere a los padres, constituía un sentimiento casi natural en nuestros condiscípulos. No sabíamos ni jugar a la pelota, ni correr, ni andar con zancos. En días de amnistía, o cuando por casualidad conseguíamos un instante de libertad, no disfrutábamos de ninguno de los placeres de moda en el colegio. Ajenos completamente a las distracciones de nuestros camaradas, nos quedábamos solos, melancólicamente sentados bajo cualquier árbol del patio. Poeta y Pitágoras fueron pues una excepción, una vida aparte de la vida común. El instinto tan aguzado, el delicado orgullo de los alumnos, les hizo presentir la existencia, en nosotros, de sentimientos situados mucho más alto o mucho más bajo que los suyos. De ahí, que unos nos odiasen por nuestra muda aristocracia y que otros nos despreciasen por nuestra inutilidad. Estos sentimientos eran totalmente ignorados por nosotros, y quizá no me haya dado cuenta de ellos hasta el momento de escribir estas líneas. Vivíamos exactamente como dos murciélagos en un rincón de la sala donde estaban nuestros pupitres, tanto durante las horas de estudio como en las de recreo. Aquella situación excéntrica tenía que colocarnos, y en realidad nos colocó, en estado de guerra con los demás muchachos de nuestra división. Casi siempre olvidados, permanecíamos allí tranquilos, felices a medias, parecidos a dos plantas, a dos adornos necesarios para la armonía de la sala. Pero a veces, los más díscolos de nuestros camaradas nos insultaban para manifestar de modo abusivo su fuerza física, y nosotros les respondíamos con un desprecio que frecuentemente hizo que molieran a palos los cuerpos del Poeta y Pitágoras.

La nostalgia de Lambert duró varios meses. No encuentro palabras para describir la melancolía de la cual fue presa. Luis me echó a perder varias obras maestras. Habiendo desempeñado los dos el papel de *El leproso en el valle de Aosta*, habíamos experimentado todos los sentimientos expresados en el libro del señor De Maistre mucho antes de ser traducidos por esta elocuente pluma. Además, una obra puede exponer los recuerdos de la infancia, pero jamás luchará contra ellos con ventaja. Los suspiros de Lambert me hicieron conocer himnos de tristeza mucho más penetrantes que las más hermosas páginas del Werther. Pero quizá también, haya que reconocer que no existe comparación posible entre los sufrimientos producidos por una pasión contrariada, con razón o sin ella, por nuestras leyes, y las penas de un pobre muchacho que sólo aspira a los esplendores del sol, del rocío de los valles y de la libertad. Werther es esclavo de un deseo, mientras que Lambert era un alma esclava. En igualdad de posibilidades, el sentimiento más penetrante o fundado sobre deseos

más verdaderos, porque son los más puros, debe de soportar las lamentaciones del genio. Después de pasar largo tiempo contemplando el follaje de uno de los tilos del patio, Luis sólo me decía una palabra, pero esta palabra anunciaba lo inmenso de su ensueño.

—Felizmente para mí —me dijo un día— soy capaz de hallar momentos deliciosos durante los cuales me parece que se derrumban los muros de la clase y que estoy fuera, en los campos. ¡Qué placer dejarse llevar por los pensamientos, como un pájaro llevado por su vuelo! ¿Por qué el color verde es tan prodigioso en la Naturaleza? —me preguntó—. ¿Por qué existen tan pocas líneas rectas? ¿Por qué el hombre en sus obras utiliza tan raramente las líneas curvas? ¿Por qué sólo tiene él el sentimiento de la línea recta?

Aquellas palabras traicionaban un largo camino realizado a través de los espacios. Cierto, había recorrido paisajes enteros y respirado el aroma de los bosques. Estaba, viva y sublime elegía, siempre silencioso, resignado; siempre sufriendo, sin poder decir: «¡Sufro!». Aquella águila, que ansiaba moverse por el mundo, se encontraba encerrada entre cuatro paredes estrechas y sucias; así su vida se convirtió, en la más amplia expresión de la palabra, en una vida ideal. Lleno de desprecio por los estudios casi inútiles a los que estábamos condenados, Luis marchaba en su ruta aérea, completamente ajeno a las cosas que nos rodeaban. Obedeciendo a la necesidad de imitación que domina a los muchachos, intenté adaptar mi existencia a la suya. Luis me contagió tanto más su pasión por aquel ensueño en el cual las prolongadas reflexiones sumen al

cuerpo, cuanto que yo era más joven y más sugestionable. Nos acostumbramos, como dos amantes, a pensar juntos, a comunicamos nuestros ensueños. Sus sensaciones intuitivas poseían ya aquella acuidad que deben tener las percepciones intelectuales de los grandes poetas y que les hace aproximarse frecuentemente a la locura.

—¿Sientes, como yo —me preguntó un día—, que se realizan en ti, no obstante tú, fantásticos sufrimientos? Si, por ejemplo, pienso intensamente en el efecto que produciría la hoja de mi cuchillo en mi carne, siento, de repente, un dolor agudo, como si realmente me hubiera cortado: sólo falta la sangre. Pero esta sensación llega y me sorprende como un ruido repentino que turba un profundo silencio. ¿Producir una idea sufrimientos físicos...! ¿Eh?, ¿qué dices tú?

Cuando manifestaba aquel tipo de pensamientos, caíamos los dos en una especie de ingenua ensoñación. Nos poníamos a buscar en nosotros mismos los indescriptibles fenómenos relativos a la generación de las ideas, que Lambert esperaba captar en sus menores detalles, para poder describir un día el órgano desconocido. Luego, después de discusiones, frecuentemente mezcladas con infantilismos, una mirada impresionante salía de los ojos llameantes de Lambert, me cogía de la mano y salía de sus labios una palabra con la que trataba de resumirse.

—¡Pensar es ver! —me dijo en cierta ocasión contestando a una objeción que le

hice sobre el principio de nuestro organismo intelectual—. Toda ciencia humana se basa en la deducción, que es una visión lenta, mediante la cual se desciende de la causa al efecto, por la cual se remonta del efecto a la causa; o, para expresarlo de forma más amplia, toda poesía, como toda obra de arte, procede de una rápida visión de las cosas.

Era decididamente espiritualista; pero yo me atrevía a contradecirle, armándome de sus propias observaciones para considerar a la inteligencia como un producto completamente físico. Los dos teníamos razón. Posiblemente las palabras materialismo y espiritualismo no hacen otra cosa que expresar los dos lados de un solo y mismo hecho. Sus estudios sobre la substancia del pensamiento le hacían aceptar, con una especie de orgullo, la vida de privaciones a la cual nos veíamos condenados por nuestra pereza y nuestro desprecio por los deberes. Poseía una cierta conciencia de su valor, que le sostenía en sus trabajos espirituales. ¡Con qué suavidad sentía yo su alma actuando sobre la mía! Cuántas veces no hemos estado los dos, sentados en nuestro banco, entregados a la lectura de un libro, olvidándonos el uno del otro, sin estar separados; pero sabiendo ambos que estábamos allí, hundidos en un océano de pensamientos, como dos peces nadando en las mismas aguas. Nuestra vida era, pues, vegetativa en apariencia, pero seguíamos existiendo por el corazón y por el cerebro. Los sentimientos, los pensamientos, eran los únicos acontecimientos de nuestra vida escolar.

Lambert ejerció en mi imaginación una influencia de la cual todavía me resiento. Escuchaba yo ávidamente sus explicaciones coloreadas con aquel toque maravilloso que hace que los hombres, lo mismo que los niños, devoren los cuentos donde lo verdadero afecta las formas más absurdas. Su pasión por todo lo que fuera misterioso unida a la natural credulidad de la juventud, nos llevaban a menudo, a hablar sobre el cielo y el infierno. Luis intentaba en tales ocasiones, explicándome el pensamiento de Swedenborg, hacerme compartir sus creencias sobre los ángeles. En medio de sus más falsos razonamientos podían hallarse extraordinarias y asombrosas observaciones sobre el poder del hombre, que imprimían a sus palabras aquel tinte de veracidad sin el cual nada es posible en ningún arte. La finalidad romántica de que dotaba al destino humano acariciaba naturalmente la inclinación que lleva a las imaginaciones vírgenes a abandonarse a las creencias. ¿No es precisamente durante su infancia cuando los pueblos dan a luz sus dogmas, a sus ídolos? ¿Y los seres sobrenaturales ante los cuales caen humillados y temblorosos, no son la personificación de sus sentimientos, de sus necesidades engrandecidas? Lo que hoy en día se ha conservado en mi memoria de las conversaciones, llenas de poesía, sostenidas con Lambert sobre el profeta sueco, del cual he leído después sus obras por curiosidad, puede quedar reducido a esto.

Existen en nosotros dos criaturas distintas. Según Swedenborg, el ángel sería un individuo en el cual el ser interior logró triunfar del ser exterior. Un hombre desea obedecer a su vocación de ángel, desde que el pensamiento le demuestra su doble

existencia, y debe tender a alimentar la exquisita naturaleza del ángel que hay en él. Si carece de esta translúcida visión de su destino, hace predominar la acción corporal en lugar de corroborar su vida intelectual, todas sus fuerzas pasan a sus sentidos exteriores, y el ángel parece lentamente por la materialización de estas dos naturalezas. En el caso contrario, si sustenta en su interior las esencias que le son propias, el alma triunfa sobre la materia e intenta separarse de ésta. Cuando dicha separación llega bajo esa forma que nosotros llamamos muerte, el ángel, con fuerzas suficientes para desprenderse de su envoltura corporal, comienza su verdadera vida. Las individualidades infinitas que diferencian a los hombres se pueden explicar por esta doble existencia; la hacen comprensible y la demuestran. En efecto, la distancia en que se encuentra un hombre cuya inteligencia inerte le condena a una aparente estupidez, de aquel otro al que el ejercicio de su vida interior ha dado un poder cualquiera, debe hacernos suponer que entre las gentes superiormente inteligentes y los demás seres puede existir la misma distancia que la que separa a los ciegos de los videntes. Este pensamiento, que extiende indefinidamente la creación, proporciona, en cierto modo, la llave de los cielos. Confundidas en apariencia aquí abajo, las criaturas están, según la perfección de su *ser interior*, divididas en esferas cuyas costumbres y lenguaje son totalmente ajenos los unos a los otros. En el mundo invisible, al igual que en el mundo real, si el habitante de alguna de las regiones inferiores llega, sin ser digno de ello, a un círculo superior, no solamente se muestra incapaz de comprender las costumbres y lenguaje de éste, sino que además su presencia paraliza en él las voces y los corazones. En su *Divina Comedia*, quizá ya Dante tuvo una leve intuición de la existencia de tales esferas que empiezan en el mundo del color y van subiendo, por medio de un movimiento armilar, hasta los cielos. La doctrina de Swedenborg sería, pues, obra de un espíritu lúcido que habría registrado los innumerables fenómenos con los que los ángeles se revelan entre los hombres.

Esta doctrina, que hoy me esfuerzo en resumir dándole un sentido lógico, me fue presentada por Lambert con todas las seducciones del misterio, envuelta en las mantillas de la fraseología particular de todos los mistógrafos: dicción oscura, abundancia de abstracciones, y tan activa sobre el cerebro como puedan serlo ciertos libros de Jacob Boehm, de Swedenborg o de la señora Guyon, cuya penetrante lectura despiertan en la imaginación tan múltiples y variadas fantasías como los sueños producidos por el opio. Lambert me contó hechos místicos tan extraños, actuaba tan intensamente en mi imaginación, que llegó a producirme vértigos. No obstante, debo reconocer que a mí me gustaba sumergirme en aquel mundo misterioso, inaprehensible para los sentidos, en el cual todos y cada uno de nosotros desearía vivir, ya si se nos representa bajo la forma indefinida de lo futuro, como si reviste las potentes formas de la fábula. Estas violentas reacciones del alma sobre ella misma me instruían sobre su fuerza y me acostumbraban a los trabajos del pensamiento.

En cuanto a Lambert, todo lo explicaba por su sistema sobre los ángeles. Para él,



el amor puro, el amor que se sueña en la juventud, consistía en la colisión de dos naturalezas angélicas. En consecuencia, nada podía compararse a la intensidad de su deseo de encontrar un ángel-mujer, ¡Ah!, ¿quién sino un tal ser podía inspirar, sentir, amor? Si hay algo que sea capaz de dar una idea exacta de lo que pueda ser una sensibilidad exquisita, ¿no es el amable natural y la bondad impresos en sus sentimientos, en sus palabras, en sus actos y en sus menores gestos, en fin, en la conjugación que nos unía uno a otro, y que expresábamos con la palabra *compañerismo*? No existía diferencia alguna entre lo que procedía de él y lo que procedía de mí. Imitábamos, mutuamente, nuestra respectiva caligrafía, a fin de que uno solamente pudiese hacer los deberes de los dos. Así, cuando él o yo teníamos que terminar un libro que debíamos devolver al profesor de matemáticas, lo podíamos leer sin interrupción, haciendo uno el trabajo y el *pensum* del otro. Considerábamos a los deberes como un impuesto que debíamos satisfacer para poder estar tranquilos. Si mi memoria no me es infiel, frecuentemente eran de una acusada superioridad los que componía Lambert. Pero, tomados uno y otro por dos idiotas, el profesor analizaba siempre nuestros deberes bajo el influjo de un prejuicio fatal, y los leía incluso, para hacer reír a nuestros camaradas. Recuerdo que una tarde, al terminar las clases, que tenían lugar entre las dos y las cuatro, el profesor se apoderó de una versión latina de Lambert. El texto empezaba con: *Caius Gracchus, vir nobilis*. Luis había traducido así aquella frase: *Cayo Graco fue un noble corazón*.

—¿Dónde ves el corazón en el *nobilis*? —dijo bruscamente el profesor.

Y todo el mundo estalló en carcajadas, mientras Lambert miraba al profesor con aspecto atontado.

—¿Que diría la señora baronesa de Staël si supiera que has traducido por un contrasentido una palabra que significa de raza noble, de origen patricio?

—¡Diría que usted es un burro! —dije yo a media voz.

—Señor poeta, pasará usted recluido ocho días —replicó el profesor que desgraciadamente me había oído.

Lambert, dirigiéndome una mirada de inexpresable ternura, dijo en voz baja:

—Vir nobilis!

La señora de Staël ocasionaba, en parte, las desventuras de Lambert. Con cualquier motivo, profesores y alumnos le echaban en cara aquel nombre, ya irónicamente, ya como un reproche. Luis no tardó mucho tiempo en hacer que lo encerraran para hacerme compañía. Allí, más libres que estando en libertad, podíamos hablar durante días enteros en el silencio de los dormitorios donde cada alumno poseía un nicho de seis pies cuadrados, cuyos tabiques estaban protegidos en su parte superior por barrotes de hierro, con una puerta de claraboya que se cerraba todas las noches, y que se abría por las mañanas bajo la mirada vigilante del padre encargado de estar presente a nuestro despertar y a nuestro acostarse. El cric-crac de aquellas puertas, maniobradas con una singular rapidez por los celadores de los dormitorios, constituía una de las particularidades de aquel colegio. Dichas alcobas

servían también de cárcel, y nosotros permanecíamos allí a veces durante meses enteros. Los alumnos castigados con reclusión caían bajo la mirada severa del prefecto, especie de censor que llegaba, a sus horas o de improviso, con paso sigiloso para ver si estábamos hablando en vez de hacer nuestros pensums. Pero las cáscaras de nuez sembradas por las escaleras o la delicadeza de nuestro oído, nos permitían casi siempre prever su llegada y nos podíamos dedicar despreocupadamente a nuestros queridos estudios. No obstante, la lectura nos estaba prohibida, las horas de prisión las dedicábamos ordinariamente a discusiones metafísicas o a contarnos algunos accidentes curiosos relativos a los fenómenos del pensamiento.

Uno de los hechos más extraordinarios es ciertamente el que voy a contar, no solamente porque refiera a Lambert, sino porque probablemente fue el que decidió su destino científico. Según la jurisprudencia de los colegios, los domingos y los jueves eran nuestros días de asueto; pero los oficios religiosos, a los cuales asistíamos puntualmente, llenaban, prácticamente, todo el domingo, por lo que considerábamos al jueves como nuestro único día de fiesta. Una vez oída la misa, quedábamos en libertad para efectuar largos paseos por el campo de los alrededores de Vendôme. El más célebre objetivo de dichas excursiones era la casa solariega de Rochambeau, quizá porque se hallaba muy distante del colegio. Raramente los pequeños hacían una caminata tan fatigosa; no obstante, una, o dos veces al año, los regentes la proponían, como una recompensa. Debimos ir allí, por primera vez, a finales de la primavera de 1812. El deseo de ver el famoso castillo de Rochambeau, cuyo propietario daba algunas veces leche a los alumnos, nos hacía ser a todos más juiciosos. Nada impidió, pues, la partida. Ni Lambert ni yo conocíamos el hermoso valle del Loir en el cual se levanta dicha mansión. Por ello, tanto su imaginación como la mía, estuvieron obsesionadas, durante todo el día anterior, por aquella excursión, que causaba en el colegio una alegría que era ya tradicional. Hablamos de ella durante toda la noche, prometiéndonos emplear en fruta o leche el dinero que teníamos, contraviniendo con ello las leyes vendômesas. Al día siguiente, después de comer, nos pusimos en marcha a las doce y media, provistos de un pedazo de pan cúbico que se había distribuido entre nosotros, anticipadamente, para la merienda. Después, alerta como golondrinas, marchamos agrupados en dirección al castillo, con un entusiasmo tal, que nos impedía incluso pensar en la posible fatiga. Cuando llegamos a la cima de una colina desde donde divisábamos el castillo, asentado a media ladera, y el tortuoso valle en el que brilla el río serpenteante en medio de alegres prados, maravilloso paisaje, uno de aquellos a los que las vivas impresiones de la juventud o las del amor, saben imprimir tanto encanto que ya nunca más es preciso volverlos a ver para tenerlos presentes, Luis Lambert me dijo:

—¡Esta noche, en sueños, he visto ya todo esto!

Reconoció el grupo de árboles bajo el cual nos hallábamos, la disposición del follaje, el color del agua, las torrecillas del castillo, los accidentes del terreno, el fondo del paisaje, en fin, todos los detalles del lugar ante el cual se encontraba por

primera vez. Tanto él como yo, éramos dos niños; por lo menos yo, que no contaba más que trece años; Luis, con sus quince, podía tener la profundidad mental de un hombre genial; pero en aquella época, tanto él como yo, éramos incapaces de mentir, y mucho menos en cosas que se refirieran a nuestra común amistad. Si Lambert podía presentir, por lo tremendamente poderoso de su pensamiento, la importancia de los hechos, se hallaba muy lejos de sospechar su verdadero alcance: él fue el primero en extrañarse por aquella previsión. Le pregunté si había estado, en su infancia, en Rochambeau; mi pregunta le impresionó, pero después de haber repasado cuidadosamente en su recuerdo, me respondió negativamente. Este suceso, del cual pueden encontrarse muchos análogos en el sueño de muchos hombres, hará comprender el talento de Lambert; en efecto, supo deducir de aquello todo un sistema, como hizo Cuvier, en otro orden de cosas, apoderándose de un fragmento de pensamiento para reconstruir toda una creación.

En aquel momento nos sentamos los dos bajo un viejo roble; al cabo de algunos momentos de reflexión, Luis me dijo:

—Si el paisaje no ha venido a mí, lo cual sería absurdo, es que yo he venido a él. Si es que yo estaba aquí mientras dormía en mi alcoba, ¿este hecho no constituye una separación completa entre mi cuerpo y mi otro ser interior? ¿No atestigua la existencia de una determinada facultad locomotriz del espíritu, de efectos equivalentes a los de la locomoción del cuerpo? ¿Y si mi cuerpo y mi espíritu han podido separarse durante el sueño, por qué no he de poderlos separar durante la vigilia? No me es posible distinguir términos medios entre estas dos proposiciones. ¡Pero vayamos más lejos! ¡Penetremos en los detalles! O estos hechos han tenido lugar por la fuerza de una facultad que pone en acción a un segundo ser al que mi cuerpo sirve de envoltura, ya que es evidente que yo estaba en mi alcoba y veía este paisaje, y esto echa por tierra todos los sistemas; o estos hechos han sucedido, ya sea en algún centro nervioso cuyo nombre desconocemos y en el cual se gestan los sentimientos, ya sea en un centro cerebral en el que se gestan las ideas. Esta última hipótesis deja en el aire extrañas interrogaciones. Yo he andado, yo he visto, yo he oído. El movimiento es imposible de concebir sin espacio, el sonido sólo actúa en los ángulos y en las superficies, y la coloración no puede producirse más que con la luz. Si durante la noche, con los ojos cerrados, he podido ver en mí mismo objetos de colores, si he podido oír ruidos dentro del más absoluto silencio, y sin las condiciones exigidas para que se produzca el sonido, si dentro de la más perfecta inmovilidad he recorrido los espacios, es que tenemos facultades interiores, independientes de las leyes físicas del exterior. La naturaleza material sería penetrable por el espíritu. ¿Cómo es posible que los hombres no hayan reflexionado suficientemente, hasta este momento, en los sueños, que demuestran la existencia de una doble vida? ¿No hay una nueva ciencia en este fenómeno? —añadió, dándose palmadas en la frente—. Si no constituye las bases de una ciencia, demuestra la existencia en el hombre de enormes fuerzas; revela, por lo menos, la frecuente desunión de nuestras dos

naturalezas, hecho sobre el cual estoy dando vueltas desde hace mucho tiempo. He, pues, finalmente, hallado una prueba de la superioridad que distingue a nuestros sentidos latentes de nuestros sentidos aparentes ¡Homo duplex! Pero —prosiguió después de una pausa y dejando escapar un gesto de duda—, ¿es posible que no existan en nosotros dos naturalezas distintas? Tal vez estemos solamente dotados de cualidades íntimas y perfeccionables, cuyo ejercicio, cuyo desarrollo, producen en nosotros fenómenos de actividad, de penetración, de visión, aún no observados. En nuestro amor por todo lo maravilloso, pasión engendrada por nuestro orgullo, podemos haber transformado estos efectos en creaciones poéticas, por el hecho de no comprenderlos. ¡Es tan cómodo deificar lo incomprensible! ¡Ahí, confieso que lloraría la pérdida de todas mis ilusiones! ¡Tenía necesidad de creer en una doble naturaleza y en los ángeles de Swedenborg! ¿Esta nueva ciencia los aniquilará? Sí, el examen de nuestras desconocidas cualidades implica la existencia de una ciencia materialista, ya que el ESPIRITU emplea, divide, y anima la substancia; pero no puede destruirla.

Permaneció un rato pensativo y un algo triste. Quizás estaba viendo todos sus sueños de juventud, a los que muy pronto tendría que decir adiós.

—La vista y el oído —dijo con su habitual sonrisa— son, sin duda, las fundas de una herramienta maravillosa.

Durante todos los ratos en que me hablaba sobre el cielo y el infierno, solía considerar a la naturaleza como algo que se hallaba bajo su dominio; pero mientras pronunciaba aquellas palabras, preñadas de ciencia, se posó con más audacia que nunca sobre el paisaje, y su frente me pareció estar a punto de estallar bajo el esfuerzo del genio; sus facultades, que hay que calificar de morales hasta nueva orden, parecían escapársele por los órganos destinados a proyectarlas; sus ojos perforaban el pensamiento; su mano alzada, sus labios mudos y temblorosos, parecían hablar; su ardiente mirada lanzaba rayos; por último, su cabeza, como demasiado pesada o fatigada por un esfuerzo excesivamente violento, cayó sobre su pecho. Aquel niño, aquel gigante, se volvió hacia mí, me cogió la mano, la estrechó entre las suyas, que estaban húmedas de tan enfebrecido como le había puesto la búsqueda de la verdad, y después de una pausa, me dijo:

—¡Seré célebre! Pero tú también —añadió rápidamente—. Los dos seremos químicos de la voluntad.

¡Corazón exquisito! Yo reconocía su superioridad, pero él se guardaba bien de no hacérmela sentir. Compartía conmigo todos los tesoros de su pensamiento, me tenía en cuenta en algo en todos sus descubrimientos, y me dejaba entregado a mis ínfimas reflexiones. Siempre amable como una mujer enamorada, poseía todo el pudor de los sentimientos, todas las delicadezas del alma que hacen la vida agradable y suave.

Al día siguiente comenzó una obra que tituló *Tratado de la voluntad*; sus meditaciones modificaron frecuentemente el plan y el método; pero seguro que el acontecimiento de aquella jornada solemne fue su germen, del mismo modo que la

sensación eléctrica, experimentada constantemente por Mesmer cada vez que se le acercaba un criado, fue el origen de sus descubrimientos magnéticos, ciencia que hasta él había permanecido escondida en los misterios de Isis, de Delfos, en el antro de Trofonio, y reencontrada por este hombre prodigioso a dos pasos de Lavater, el precursor de Gall. Las ideas de Lambert, iluminadas por aquel súbito resplandor, tomaron proporciones de mayor alcance; precisa en sus adquisiciones de las verdades dispersas y las reúne; después, como un fundidor, coló su grupo. Tras seis meses de una dedicación constante, los trabajos de Lambert excitaron la curiosidad de nuestros camaradas y fueron objeto de algunas bromas crueles que debían tener funestas consecuencias. Un día, uno de nuestros perseguidores, que quería ver nuestros manuscritos, amotinó a varios de nuestros tiranos, viniendo para apoderarse violentamente de una caja donde estaba depositado el tesoro de Lambert y mío. Lambert y yo nos defendimos con un valor insospechado. La caja estaba cerrada y nuestros agresores no pudieron abrirla; pero intentaron romperla durante la lucha, negra maldad que nos hizo prorrumpir en agudos gritos. Algunos compañeros, animados por un espíritu de justicia o impresionados por nuestra heroica defensa, aconsejaron que nos dejaran tranquilos agobiándonos con una insolente conmiseración. De repente, atraído por el ruido de la batalla, el padre Haugoult intervino bruscamente e indagó las causas de la disputa. Nuestros adversarios nos habían arrebatado nuestros *pensums*, el regente acudía para defender a sus esclavos. Para disculparse, los asaltantes revelaron la existencia de los manuscritos. El terrible Haugoult nos ordenó que le entregáramos la caja; si nos resistíamos, podía hacerla romper; Lambert le entregó la llave, el regente tomó los papeles, los hojeó; después, mientras nos los confiscaba, nos dijo:

—¡He aquí las tonterías por las cuales negligís vuestros deberes!

Por los ojos de Lambert manaban abundantes lágrimas, arrancadas tanto por la conciencia de su superioridad moral ofendida como por el insulto gratuito y la traición que nos agobiaban. Lanzamos a nuestros acusadores una mirada de reproche: ¿no nos había vendido al enemigo común? Si ellos podían, siguiendo el derecho escolar, pegarnos, ¿no debían guardar silencio sobre nuestras faltas? Durante unos momentos sintieron vergüenza por su cobardía. El padre Haugoult vendió probablemente a un tendero de Vendôme el *Tratado de la voluntad*, sin conocer la importancia de los tesoros científicos cuyos gérmenes abortados se disiparon entre manos ignorantes.

Seis meses más tarde salí del colegio. Ignoro, pues, si Lambert, a quien nuestra separación sumergió en una negra melancolía, recomenzó su obra. Ha sido precisamente en memoria de la catástrofe acaecida al libro de Luis por lo que, en la obra con que inicio yo estos Estudios, he utilizado, para una obra ficticia, el título realmente ideado por Lambert, habiendo dado el nombre de una mujer a la que amó, a una muchacha llena de abnegación; pero estos elementos prestados no han sido lo único que he conseguido de él; su carácter, sus ocupaciones, me han sido

extraordinariamente útiles en esta composición, cuyo tema es debido a algún recuerdo de nuestras juveniles meditaciones. Ahora esta historia está destinada a levantar una modesta columna miliar en la que esté inscrita la vida de aquel que me ha legado todos sus bienes: sus pensamientos. En esta obra juvenil expresó Lambert ideas de hombre. Diez años más tarde, encontrando a varios sabios entregados al estudio de los fenómenos que en otro tiempo tanto nos habían preocupado, y que Lambert analizó tan milagrosamente, he comprendido la importancia de sus trabajos, olvidados ya como infantilismos. He pasado, pues, varios meses intentando recordar los más notables descubrimientos de mi pobre camarada. Después de haber recopilado mis recuerdos, puedo afirmar que, desde 1812, había establecido, adivinado, discutido en su tratado, varios hechos importantes, cuyas pruebas, me decía él, llegarían tarde o temprano. Sus especulaciones filosóficas deberían ciertamente hacer que figurara entre los grandes pensadores que, a intervalos más o menos largos, suelen aparecer entre los hombres para revelarles los principios elementales de alguna ciencia futura, cuyas raíces se desarrollan lentamente y producen un día hermosos frutos en los dominios de la inteligencia. Así, un humilde artesano, Bernard, ocupado en remover la tierra buscando el secreto de los esmaltes, afirmó, en el siglo XVI, con la infalible autoridad del genio, hechos geológicos cuya demostración constituye en nuestros días la gloria de Buffon y de Cuvier. Creo poder ofrecer una idea del tratado de Lambert por las proposiciones capitales que formaban la base; pero las despojaré, muy a mi pesar, de las ideas en las cuales las había envuelto y que formaban su indispensable cortejo. Siguiendo un camino que no es el suyo, tomo de sus investigaciones aquellas que mejor pueden servir en mi sistema. Ignoro, pues, yo que fui su discípulo, si podré traducir fielmente su pensamiento, después de haberlas asimilado dándoles el color de los míos.

A ideas nuevas, palabras nuevas o acepciones de palabras antiguas ampliadas, alargadas, mejor definidas: Lambert había así escogido, para expresar las bases de su sistema, una serie de palabras vulgares que vagamente correspondían a sus ideas. La palabra VOLUNTAD la empleaba para designar *el medio* en el que *el pensamiento* realiza sus evoluciones; o, en una expresión menos abstracta, la masa de fuerza por medio de la cual el hombre puede reproducir, fuera de sí mismo, los actos que forman su vida exterior. La VOLICION, palabra debida a las reflexiones de Locke, expresaba el acto por el cual el hombre emplea su *voluntad*. La palabra PENSAMIENTO, para él producto quintaesenciado de la voluntad, designaba el *medio* donde nacían las IDEAS a las cuales sirve de substancia. La IDEA, palabra común a todas las creaciones del cerebro, constituía el acto por el cual el hombre hace uso de su *pensamiento*. Así, la voluntad, el pensamiento, eran los dos medios generadores; la volición, la idea, eran sus productos. Consideraba a la volición como a la idea llegada desde su estado abstracto a un estado concreto, desde su generación fluida a una expresión sólida, si es que estas palabras pueden formular y expresar apreciaciones tan difíciles de describir. Según él, el pensamiento y las ideas son el movimiento y los

actos de nuestro organismo interior, como las voliciones y la voluntad constituyen los de la exterior.

Había hecho pasar la voluntad delante del pensamiento.

—Para pensar es preciso querer —decía—. Muchos seres viven en estado de voluntad, sin que no obstante lleguen jamás a un estado de pensamiento. Al norte, la longevidad; al sur, la brevedad de la vida; pero también, en el norte, la torpeza; en el sur, la exaltación constante de la voluntad; hasta la línea donde, sea por demasiado frío, sea por demasiado calor, los órganos quedan casi anulados.

Su expresión de *medio* le fue sugerida por una observación realizada durante su infancia y de la cual no sospechó toda su importancia, pero cuya rareza debió impresionar su imaginación tan delicadamente sensible. Su madre, persona delgada y nerviosa, muy delicada y amante, era una de las criaturas destinadas a representar a la mujer en la perfección de sus atributos, pero que la suerte abandona por error en el fondo de los estratos sociales. Todo amor, y por lo tanto, todo sufrimiento, murió joven, después de haber gastado todas sus facultades en el amor maternal. Lambert, niño de seis años, que dormía en una gran cuna cerca del lecho materno, las veces que estaba despierto, vio algunos destellos eléctricos desprendidos de los cabellos de su madre cuando se peinaba. El muchacho de quince años se apoderó para la ciencia de este hecho con el que el niño había jugado, hecho irrecusable cuyas múltiples pruebas se encuentran en casi todas las mujeres a las que cierta fatalidad del destino deja sentimientos ocultos para exhalar, o no sé qué superabundancia de fuerza para perder.

En apoyo de sus definiciones, Lambert adujo numerosos problemas para resolver, bellos desafíos lanzados a la ciencia y de los cuales se proponía la búsqueda de sus soluciones examinándose a sí mismo: ¿el principio constitutivo de la electricidad no entraba como base en el fluido particular del cual proceden nuestras ideas y nuestras voliciones?, ¿el cabello que se descolora, se esclarece, cae o desaparece, según los diversos grados de depauperación o de cristalización de los pensamientos, no constituye una prueba de la existencia de un sistema de capilaridad, sea absorbente, sea exhalante, pero siempre eléctrico? ¿Los fenómenos fluidos de nuestra voluntad, substancia procreada en nosotros y tan espontáneamente reactiva de resultas de condiciones todavía no observadas, no serían más extraordinarios que los del fluido invisible, intangible, producidos por la pila voltaica en el sistema nervioso de un hombre muerto? ¿La formación de nuestras ideas y su constante exhalación eran menos incomprensibles de lo que lo es la evaporación de los corpúsculos imperceptibles, y no obstante tan violentas en su acción como pueda serlo un grano de almizcle, sin que pierdan nada de su peso? ¿Dejando a nuestro sistema cutáneo una finalidad totalmente defensiva, absorbente, exhudante y táctil, la circulación sanguínea y su aparato, no responderían a la transubstanciación de nuestra voluntad, del mismo modo que el fluido nervioso respondería al del pensamiento? Y por último, ¿la influencia más o menos intensa de estas dos substancias reales no

suscitaría una cierta perfección o imperfección de órganos cuyas condiciones deberían ser estudiadas en todos sus aspectos?

Una vez establecidos estos principios, aspiraba a clasificar los fenómenos de la vida humana en dos series de efectos distintos, exigiendo para cada uno de los grupos un análisis especial, con una instancia de convicción ardiente. En efecto, después de haber observado en casi todas las acciones dos impulsos separados, los presentía, los admitía incluso en nuestra constitución, y denominaba a este antagonismo vital ACCIÓN y REACCIÓN.

—Un deseo —decía— es un hecho totalmente realizado en nuestra voluntad antes de serlo exteriormente.

Así, el conjunto de nuestras voliciones y de nuestras ideas constituían la *acción* y el conjunto de nuestros actos externos, la *reacción*.

Cuando, más tarde, tuve ocasión de leer las observaciones de Bichat sobre el dualismo de nuestros sentidos externos, quedé como anonadado por mis recuerdos, reconociendo una impresionante coincidencia entre las ideas de este célebre filósofo y las de Lambert. Fallecidos los dos prematuramente, habían seguido los dos el mismo camino para llegar a determinadas verdades. La naturaleza se complació en dar doble destino a los aparatos constitutivos de sus criaturas y la doble acción de nuestro organismo, que no es un hecho discutible, apoyada por un conjunto de pruebas de una eventualidad cotidiana, demuestran las deducciones de Lambert relativas a la *acción* y a la *reacción*. El ser *activo* o interior, palabra que empleaba para designar el *species* desconocido, el misterioso conjunto de fibrilas al cual se deben las diferentes facultades incompletamente observadas del pensamiento y de la voluntad; en fin, este ser innominado, dotado de vista, de capacidad de acción, terminándolo todo, cumpliéndolo todo antes que ninguna demostración corporal debe, para conformarse a su propia naturaleza, no estar sometido a ninguna de las condiciones físicas por las cuales el ser *reaccional* o exterior, el hombre visible, es detenido en sus manifestaciones. De allí derivaban una serie de deducciones lógicas sobre los efectos aparentemente más extraños de nuestra doble naturaleza y la rectificación de varios sistemas, a la vez justos y falsos. Ciertos hombres, habiendo entrevisto algunos de los fenómenos del juego natural del *ser accional*, fueron, como Swedenborg, transportados más allá del mundo auténtico por un alma ardiente, ansiosa de poesía, embriagada del principio divino. Todos se entregaron, en su ignorancia de las causas, a una admiración del hecho, a divinizar este aparato íntimo, a construir un universo místico. ¡De ahí, sus ángeles!, deliciosas ilusiones a las cuales no quería renunciar Lambert, que las acariciaba todavía en el momento en que el bisturí de su análisis cortaba sus desplegadas alas.

—El cielo —me decía— será después de todo la *supervivencia* de nuestras facultades perfeccionadas, y el infierno la nada donde caen las facultades imperfectas.

Pero cómo, en siglos donde el entendimiento había conservado impresiones religiosas y espiritualistas que han reinado en los tiempos intermedios entre Cristo y



Descartes, entre la fe y la duda, ¿cómo dejar de explicar los misterios de nuestra naturaleza interior por otro procedimiento que por el de una intervención divina? ¿A quién, si no es a Dios, podían pedir los sabios la razón de una invisible criatura tan activa, tan reactivamente sensible, dotada de tan amplias facultades, tan perfeccionada por el uso, o tan poderosas bajo el imperio de determinadas condiciones ocultas y que veían en ellas, por un fenómeno de visión o de locomoción, como desaparecían sus dos mundos de tiempo y de distancia, del cual uno es el espacio intelectual y el otro el espacio físico; ya le veían reconstruir el pasado, bien por la fuerza de una visión retrospectiva, bien por el misterio de una poligénesis bastante parecida al poder que poseería un hombre de reconocer por los lincamientos, tegumentos y rudimentos de una semilla sus floraciones anteriores en las innumerables modificaciones de sus matices de color, de sus perfumes y de sus formas y que, por último, podían adivinar imperfectamente el porvenir, sea por la comprensión de las causas primeras, sea por un fenómeno de presentimiento físico?

Otros hombres, menos poéticamente religiosos, fríos y razonadores, quizá charlatanes, entusiastas menos del cerebro que del corazón, dándose cuenta de alguno de estos fenómenos aislados los tomaron por verdaderos sin considerarlos como irradiaciones de un centro común. Cada uno de ellos quiso convertir un simple hecho en ciencia. Sus consecuencias fueron la astrología judicial, la demonología, la brujería, en fin, todas las adivinizaciones basadas en accidentes esencialmente transitorios, porque varían según los temperamentos, según las circunstancias todavía totalmente desconocidas. Pero también de estos errores de los sabios y de los procesos eclesiásticos en los que sucumbieron tantos mártires de sus propias facultades, resultaron magníficas pruebas del poder prodigioso de que dispone el ser accional que, según Lambert, puede aislarse completamente del ser reaccional, romper su envoltorio, derribar las murallas ante su todopoderosa visión; fenómeno llamado por los hindúes *tokeyada*, según dicen los misioneros; después, merced a otra facultad, captar en el cerebro, pese a sus densas circunvalaciones, las ideas que se han formado en él o que en él se están formando y todo el pasado de la conciencia.

—Si las apariciones no son imposibles —decía Lambert—, deben de tener lugar por una facultad capaz de captar las ideas que representan al hombre en su esencia pura y cuya vida, tal vez imperecedera, escapa a nuestros sentidos externos, pero puede devenir perceptible para nuestro ser exterior cuando alcanza un elevado grado de éxtasis o una gran perfección visionaria.

Yo sé en la actualidad, aunque muy vagamente, que, siguiendo paso a paso los efectos del pensamiento y de la voluntad en todas sus formas, después de haber establecido sus leyes, Lambert habla revelado multitud de fenómenos que hasta él eran considerados con justo título como incomprensibles. Así los brujos, los posesos, las gentes dotadas de premonición y los endemoniados de toda clase, todas aquellas víctimas de la edad media, eran objeto de explicaciones tan naturales, que frecuentemente su simplicidad me pareció ser el sello de la verdad. Los dones

maravillosos que la Iglesia romana, celosa de misterios, castigaba con la pira, eran, según Luis, el resultado de determinadas afinidades entre los principios constitutivos de la materia y los del pensamiento, procedentes de la misma fuente. El hombre armado con una varita de fresno obedecía, encontrando corrientes de agua, alguna simpatía o antipatía ignorada por él mismo; han sido necesarios efectos tan extraños, para poder dar a alguno de ellos una certidumbre histórica. Las simpatías han sido comprobadas muy raramente. Constituyen placeres que las personas bastante afortunadas para poseerlas raramente publican, a menos que se trate de alguna singularidad violenta; todavía está esto en el secreto de la intimidad donde todo se olvida. Pero las simpatías resultantes de afinidades contrariadas han sido felizmente notadas cuando se han producido en hombres célebres. Bayle experimentaba terribles convulsiones cuando oía correr el agua. Scaliger palidecía ante la vista de un berro. Erasmo sentía fiebre cuando olía pescado. Estas tres antipatías procedían de substancias acuáticas. El duque d'Epemon perdía el conocimiento cuando veía un lebrato y Cobrahe, al ver un zorro; el mariscal d'Albret, ante un jabato; Enrique III, ante un gato; antipatías todas producidas por emanaciones animales y experimentadas frecuentemente desde distancias enormes. El caballero de Guisa, María de Médicis y varios otros personajes, se encontraban mal ante el aspecto de todas las rosas, incluso las pintadas. Tanto si sabía que iba a producirse como si no, el canciller Bacon se desmayaba en el momento en que se producía un eclipse de luna; su vida, suspendida durante el tiempo que duraba aquel fenómeno, recuperaba su funcionamiento normal en cuanto pasaba, sin experimentar la menor incomodidad ni la menor molestia. Estas antipatías, auténticas todas ellas, extraídas de la historia, son suficientes para hacer comprender los efectos de las simpatías desconocidas. Este fragmento de investigación del que me he recordado entre todas las realizadas por Lambert, dará idea del método con que procedía en sus obras. No creo deber insistir en la conexión que unía aquella teoría con las ciencias equiláteras inventadas por Gall y Lavater; eran su corolario natural, y todo espíritu ligeramente científico percibirá las ramificaciones por las cuales se entroncan necesariamente las observaciones frenológicas de uno y los documentos fisiognómicos del otro. El descubrimiento de Mesmer, tan importante y tan poco apreciado todavía, se hallaba en su integridad en una de las partes del tratado, aunque Luis no conocía las obras, por otra parte bastante lacónicas, del célebre doctor suizo. Una lógica y simple deducción de aquellos principios le había hecho comprender que la voluntad podía, por un movimiento contráctil del ser interior, concentrarse; luego, por otro movimiento, ser proyectada hacia afuera, e incluso quedar confiada a objetos materiales. Así la fuerza total de un hombre debía poseer la propiedad de reaccionar sobre los demás, y penetrarles de una esencia ajena a la suya, si no se defendían contra esta agresión. Las pruebas de este teorema de la ciencia humana son necesariamente múltiples; pero nada las constata auténticamente. Han sido precisos, sea el apoteósico desastre de Mario y su famosa alocución al cimbrío encargado de matarle, sea la augusta orden de una madre al león

de Florencia, para que históricamente fuesen conocidas algunas de estas fulminaciones del pensamiento. Para él, pues, la voluntad, el pensamiento, eran *fuerzas vivas*; así hablaba de manera de hacerte compartir sus creencias. Para él, estos dos poderes eran, en cierto modo, visibles y tangibles. Para él, el pensamiento era lento o rápido, pesado o ágil, claro u oscuro; le atribuía todas las condiciones de los seres actuantes, le hacía moverse, descansar, despertarse, crecer, envejecer, encogerse, atrofiarse, vivificarse; veía en él la vida, explicando todos sus actos por medio de locuciones absurdas de nuestro lenguaje normal; demostraba sus fuerzas, su espontaneidad, sus cualidades, como con una especie de intuición, que le permitía reconocer todos los fenómenos de dicha substancia.

—Frecuentemente en medio de la calma y del silencio —me decía—, cuando nuestras facultades interiores se hallan adormecidas, cuando nos abandonamos a las dulzuras del descanso, cuando en nosotros se extienden como una especie de tinieblas y caemos en la contemplación de las cosas exteriores, repentinamente aparece una idea, pasa con la rapidez del rayo a través de los espacios infinitos cuya percepción nos es dada por nuestra vista interior. Esta idea brillante, surgida como un fuego fatuo, se apaga sin volver a reaparecer: existencia efímera, parecida a la de los niños que proporcionan a sus padres unas alegrías y unas penas sin límites; especie de flor nacida ya muerta en los campos del pensamiento. A veces la idea, en vez de salir con ímpetu y morir sin consistencia, empieza a asomar, se balancea titubeante en los limbos desconocidos de los órganos donde tiene su origen; se manifiesta con un parto prolongado, se hace fecunda y crece en el exterior, en gracia de la juventud, adornada de todos los atributos de una larga vida; resiste las más curiosas miradas, las atrae, jamás se cansa: el examen que ella misma provoca, excita, la admiración que suscitan las obras largamente elaboradas. A veces las ideas nacen por enjambres, una arrastra a la otra, se encadenan, son molestas, abundantes, alocadas. Otras se elevan pálidas, confusas, van languideciendo faltas de vigor o de alimentos; les falta substancia generatriz. En fin, en determinados días, se precipitan en verdaderos abismos para iluminar las inmensas profundidades; nos espantan y dejan abatida nuestra alma. Las ideas forman en nosotros un sistema completo, semejante a uno de los reinos de la naturaleza, una especie de floración cuya iconografía será realizada algún día por un hombre de inteligencia superior, que probablemente será considerado como loco. Sí, todo, en nosotros y fuera, demuestra la vida de estas creaciones maravillosas que yo suelo comparar a las flores y que obedecen a no sé qué revelación de su naturaleza. Su producción como finalidad humana no es, por otro lado, más extraña que la de los aromas y la de los colores de las plantas. ¡Puede ser que los perfumes sean ideas! Pensando que la línea en la que termina la carne y empieza la uña representa el inexplicable e invisible misterio de la transformación constante de nuestros fluidos en tejido córneo, hay que reconocer que nada hay de imposible en las maravillosas transformaciones de la substancia humana. ¿No se producen en la naturaleza moral fenómenos de movimiento y de lasitud semejantes a los de la naturaleza física? La

*espera*, para escoger un ejemplo que pueda ser perfectamente comprendido por todos, no es dolorosa más que por efecto de la ley en virtud de la cual el peso de un cuerpo aumenta con su velocidad en una determinada proporción. La pesadez del sentimiento que produce la espera ¿no se acrecienta por una adición constante de los sufrimientos pasados al dolor presente? Por último, ¿a qué, si no a una substancia eléctrica, puede atribuirse la magia por la cual la voluntad se entroniza tan majestuosamente en las miradas para fulminar los obstáculos a las órdenes de la inteligencia, estalla en la voz, o se filtra, a pesar de la hipocresía, a través de la envoltura humana? La corriente de este rey de los fluidos que, siguiendo la alta presión del sentimiento o del pensamiento, se expande en copos o se reduce y se afila, luego se amontona para surgir relampagueantes, es el oculto ministro al cual se deben los esfuerzos funestos o bienhechores de las artes y de las pasiones, las entonaciones de la voz, ruda, suave, terrible, lasciva, horripilante, seductora a veces, y que vibra en el corazón, en las entrañas o en el cerebro, a capricho de nuestras voliciones; sean todos los prestigios del tacto, de donde proceden las transfusiones mentales de tanto artista de quien sus manos creadoras saben, al cabo de mil estudios apasionados, evocar la naturaleza; sean, en fin, las infinitas gradaciones de la vista, desde su átona inercia hasta su proyección de las más impresionantes luces. En este sistema Dios no pierde ninguno de sus derechos. ¡El pensamiento material me ha referido de él nuevas grandezas!

Después de oírle hablar así, después de haber recibido en el alma su mirada como una luz, era difícil no ser deslumbrado por su convicción, arrastrado por sus razonamientos. Así EL PENSAMIENTO me parecía un poder completamente físico, acompañado de sus inconmensurables generaciones. Era una nueva humanidad bajo otra forma. Este sencillo esbozo de las leyes que Lambert pretendía eran la fórmula de nuestra inteligencia debería bastar para hacer comprender la prodigiosa actividad con la cual su alma se devoraba a sí misma. Luis había estado buscando pruebas a sus principios en la historia de los grandes hombres cuya existencia, revelada por los biógrafos, proporciona detalles curiosos sobre los actos de su entendimiento. Su memoria le permitía recordar los hechos que podían servir para el desenvolvimiento de sus aserciones, los había ido anexando a cada uno de los capítulos a los cuales servían de demostración, de modo que algunas de sus máximas adquirirían el aspecto de certeza casi matemática. Las obras de Cardan, hombre dotado de un singular poder de visión, le proporcionaron maravillosos materiales. No había olvidado a Apolonio de Tiana prediciendo en Asia la muerte del tirano y describiendo su suplicio en el mismo momento en que tenía lugar en Roma, ni a Plotino que, separado de Pórfiro, si notó la intención de éste de suicidarse y corrió a donde se hallaba para disuadirle, ni el hecho constatado en el siglo último a pesar de la burlona incredulidad, hecho sorprendente para los hombres acostumbrados a hacer de cualquier cosa un arma contra ellos mismos, pero muy simple para algunos creyentes: Alfonso María de Ligorio, obispo de Santa Águeda, dio la extremaunción al Papa Ganganelli, que le

vio, oyó y respondió; y, al mismo tiempo, a mucha distancia de Roma, el obispo se hallaba sumido en éxtasis en su casa, en un sillón donde solía sentarse después de decir misa. Al volver a su estado normal, encontró a toda su servidumbre arrodillada ante él, ya que le creían muerto. «Amigos míos —les dijo—, el Santo Padre acaba de expirar». Dos días más tarde, un correo confirmó aquella noticia. La hora del fallecimiento del Papa coincidía exactamente con aquella en la que el obispo volvió a su estado normal. Lambert no había omitido la aventura, más reciente todavía, sucedida en el pasado siglo a una joven inglesa que, estando apasionadamente enamorada de un marino, partió de Londres para reunirse con él, y lo encontró, sola, sin guía, en las vastas extensiones, desérticas de la América septentrional, adonde llegó para salvarle la vida. Luis había puesto a contribución los misterios de la antigüedad, los actos de los mártires, en los que se hallan los más hermosos títulos de gloria de la voluntad humana, las demonologías de la Edad Media, los procesos criminales, las investigaciones médicas, discerniendo por todas partes los hechos verdaderos, el fenómeno probable, con admirable sagacidad. Aquella rica colección de anécdotas científicas recogidas en multitud de libros, la mayor parte de ellas dignas de fe, sirvió, sin duda, para hacer cucuruchos de papel; aquel trabajo que, cuando menos, era curioso, dado a luz por la más extraordinaria de las memorias, ha debido perecer. Entre todas las pruebas que enriquecían la obra de Lambert, había una historia acontecida en el seno de su familia y que me había contado antes de iniciar la redacción de su Tratado. Este hecho, relativo a la post-existencia del ser interior, si se me permite forjar una palabra nueva para describir un efecto innominado, me impresionó tan intensamente que lo he recordado en todos sus detalles. Su padre y su madre tuvieron que sostener un pleito cuya pérdida manchaba su probidad, único bien que poseían en este mundo. Así pues, su ansiedad era grande cuando se trató de saber si debían ceder a la injusta agresión del demandante, o si debían defenderse contra él. La deliberación tuvo lugar en una noche de otoño, ante un fuego de turba, en la habitación del curtidor y su mujer. A aquel consejo de familia fueron convocados dos o tres parientes y el bisabuelo materno de Luis, un anciano labrador casi impedido, pero de rostro venerable y majestuoso, cuyos ojos eran claros, cuyo amarillento cráneo conservaba: todavía algunos mechones de cabellos emblanquecidos por el tiempo. Parecido al *obi* de los negros, o al *sagamore* de los salvajes, era una especie de espíritu oracular al que se consultaba en las grandes ocasiones. Sus propiedades eran cultivadas por sus biznietos, que le alimentaban y servían; les predecía la lluvia, el buen tiempo, y les indicaba el momento adecuado para segar los prados o recoger la cosecha. La exactitud de sus predicciones aumentaba siempre la confianza y la consideración de que gozaba. Pasaba días enteros sentado en un sillón, inmóvil. Aquel estado de éxtasis era frecuente en él desde el fallecimiento de su mujer, por la cual había sentido el más intenso y constante de los afectos. La discusión tuvo lugar en su presencia, sin que pareciera prestarle gran atención.

—Hijos míos, —les dijo cuando fue requerido a dar su opinión—, este asunto es

muy grave para que lo decida solo; es preciso que consulte a mi mujer.

El anciano se levantó, cogió su bastón y salió con gran asombro de todos los asistentes, que le creyeron vuelto a la infancia. Regresó pronto y les dijo:

—No he tenido necesidad de ir hasta el cementerio, vuestra madre ha venido hasta mí, la he encontrado cerca del arroyo. Me ha dicho que encontraréis en casa de un notario de Blois los documentos que os harán ganar el pleito.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con voz firme. La actitud y el aspecto del anciano denunciaban a un hombre para quien esta aparición era normal. En efecto, los documentos se encontraron, y el proceso no tuvo lugar.

Esta aventura ocurrida bajo el mismo techo paterno, ante los ojos de Luis, entonces de nueve años de edad, contribuyó mucho a hacerle creer en las visiones milagrosas de Swedenborg, que durante su vida dio numerosas pruebas del poder de visión adquirido por su *ser interior*. Mientras fue creciendo y a medida de que su inteligencia se iba desarrollando, Lambert se sintió inclinado a buscar en las leyes de la naturaleza humana las causas de los milagros que, desde la infancia, habían atraído su atención. ¿Con qué nombre llamar al azar que reunía en tomo suyo los hechos, los libros relativos a estos fenómenos, haciendo de él a la vez teatro y actor de las más grandes maravillas del pensamiento? Aún cuando Luis, no tuviera más título de gloria que haber emitido a los quince años de edad la siguiente máxima psicológica: «Los acontecimientos que atestiguan la acción de la humanidad, y que son producto de su inteligencia, tienen causas en los cuales son preconcebidos, como nuestras acciones son realizadas en nuestro pensamiento antes de reproducirse en el exterior; los presentimientos y las profecías no son más que la *visión* de dichas causas;» creo que en él debemos deplorar la pérdida de un genio igual al de Pascal, de Lavoissier, de Laplace. Posiblemente sus quimeras sobre los ángeles dominaron demasiado tiempo sus trabajos; pero ¿no fue intentando la fabricación de oro como los sabios han creado insensiblemente la química? No obstante, si bien más tarde Lambert estudió anatomía comparada, física, geometría y todas las ciencias que pudieran tener relaciones con sus descubrimientos, fue debido a que tuvo la intención de reunir todos los hechos y proceder por análisis, única antorcha que puede guiarnos actualmente a través de las más inaprensibles oscuridades de la naturaleza. Ciertamente tenía demasiado sentido para no comprender la existencia de lagunas en sus teorías, que podían resumirse en pocas palabras. En nuestros días ¿la demostración más simple apoyada sobre hechos no es más preciosa que los más hermosos sistemas defendidos por inducciones más o menos ingeniosas? Pero, no habiéndolo conocido durante la época de su vida en la cual debió de reflexionar de manera más provechosa, únicamente me es dable lanzar conjeturas sobre el alcance de sus obras a través del de sus primeras meditaciones.

Es fácil adivinar el mayor pecado que contenía su Tratado de la voluntad. Aunque dotado ya de las cualidades que distinguen a los hombres superiores, era todavía niño. Aunque rico y hábil para las abstracciones, su cerebro se resentía de las deliciosas

creencias que flotan alrededor de toda juventud. Su concepción rozaba, pues, los frutos maduros de su genio, por ciertos puntos, y por gran número de otros se aproximaba a la pequeñez de los gérmenes. A muchos espíritus ansiosos de poesía, su mayor defecto podría parecerles una cualidad delicada. Su obra llevaba impresa la lucha que libraban en su alma aquellos dos principios, el espiritualismo y el materialismo, alrededor de los cuales han dado vueltas tantos genios, sin que ninguno de ellos haya osado refundirlos en uno sólo. Partiendo del espiritualismo puro, Luis había sido conducido invenciblemente a tener que reconocer la materialidad del pensamiento. Derrotado por los hechos del análisis en el momento en que su corazón le hacía todavía contemplar con amor las nubes dispersas por los cielos de Swedenborg, no se hallaba aún en posesión de la fuerza necesaria para producir un sistema unitario, compacto, fundido en un solo trazo. De ello derivaban algunas contradicciones manifiestas ya en el resumen que estoy haciendo de sus primeros ensayos. Por incompleta que fuera su obra ¿no era el núcleo de una ciencia de la cual, más adelante, habría profundizado en los misterios, asegurado los fundamentos, investigado, deducido y concatenizado su desarrollo?

Seis meses después de la confiscación del Tratado de la voluntad, abandoné el colegio. Nuestra separación fue brusca. Mi madre, alarmada por una fiebre que, desde hacía meses, no podía quitarme de encima, y a la cual mi inactividad corporal daba síntomas de coma, me sacó del colegio en cuatro o cinco horas. Al enterarse de mi marcha, Lambert manifestó una tristeza indecible. Nos escondimos para llorar.

—¿No te veré nunca? —me dijo con su dulce voz estrechándome entre sus brazos—. Tú vivirás, tú —continuó—, pero yo, yo moriré. Pero si puedo, yo te apareceré.

Es preciso ser muy joven para pronunciar semejantes palabras con acento de convicción que las hace aceptar como un presagio, como una promesa cuya horrible realización será, temida. Durante mucho tiempo estuve pensando vagamente en aquella prometida aparición. Aún hoy, en ciertos días de *spleen*, de duda, de terror, de soledad, me veo obligado a expulsar el recuerdo de aquella melancólica despedida que, no obstante, no debía ser la última. Cuando atravesábamos el patio que conducía a la salida, Lambert se hallaba apoyado en una de las ventanas enrejadas del refectorio para verme pasar. Por deseo mío, mi madre obtuvo el permiso para que pudiera comer con nosotros en la hostería. A mi vez, por la tarde, le acompañé hasta el dintel fatal del colegio. Nunca los amantes derramaron tantas lágrimas al separarse como las que derramamos nosotros.

—¡Adiós, pues! Ahora me quedaré solo en medio de este desierto —me dijo mostrándome el patio donde doscientos niños gritaban y jugaban—. Cuando regrese, fatigado, medio muerto, de mis largas correrías por los campos del pensamiento, ¿en qué corazón podré descansar? Bastaba una sola mirada para expresarte todos mis pensamientos. ¿Quién podrá ahora comprenderme? ¡Adiós! Quisiera no haberte encontrado nunca, aún no tengo idea de lo mucho que te echaré de menos.

—Y yo —le dije— ¿qué será de mí? ¿No es también espantosa mi situación? No tendré tampoco nada ni nadie para consolarme —le dije entristecido.

Inclinó la cabeza con un movimiento gracioso lleno de tristeza, y nos separamos. En aquel momento Luis Lambert tenía cinco pies dos pulgadas de estatura, y no creció más. Su fisonomía, extraordinariamente expresiva, revelaba la bondad de su carácter. Una divina paciencia desarrollada merced a los malos tratos, una continua concentración exigida por su vida contemplativa, habían desnudado su mirada de aquel audaz orgullo que gusta en ciertos rostros y con el cual sabía confundir a nuestros regentes. En su cara resplandecían los más apacibles sentimientos, una encantadora serenidad que no se alteraba jamás por ningún rasgo irónico o burlón, ya que su natural benevolencia para con todos atemperaba la conciencia de su propia fuerza y de su superioridad. Tenía unas manos muy hermosas, bien perfiladas, casi siempre húmedas. Su cuerpo era una maravilla digna de ser reproducida en una escultura; pero nuestros uniformes color gris hierro con botones dorados, nuestros pantalones cortos, nos daban un aspecto tan desastroso, que lo acabado de las proporciones de Lambert y su morbidez de formas únicamente podían percibirse en el baño. Mientras nadábamos en nuestro remanso del Loir, Luis se distinguía por la blancura de su piel, destacándose al lado de los distintos tonos de piel de nuestros camaradas, todos grisáceos por el frío o violáceos por el agua. Delicado de formas, gracioso de actitudes y gestos, de color suave, no temblaba nunca cuando salía del baño, quizá porque evitaba la sombra y corría al sol, Luis se parecía a esas flores previsoras que cierran sus cálices a la brisa y que sólo los abren bajo un cielo puro. Comía muy poco, no bebía más que agua; además, ya sea por instinto, ya sea por gusto, se mostraba sobrio de movimientos como si quisiera ahorrar fuerzas; sus gestos eran raros y simples como los de los orientales o los de los salvajes, en los cuales la gravedad parece ser su actitud natural. Generalmente gustaba poco de cualquier rebuscamiento en el vestir o en el cuidado de la persona. Tenía la costumbre de inclinar su cabeza hacia la izquierda, permaneciendo tanto rato con los codos apoyados, que agujereaba rápidamente las mangas de sus trajes nuevos. A este somero retrato de su persona, debo adjuntar un bosquejo de su moral, porque creo que hoy en día puedo juzgarla imparcialmente.

Aunque naturalmente religioso, Luis no admitía las minuciosas prácticas de la Iglesia Romana; sus ideas simpatizaban más bien con las de santa Teresa o las de Fenelon, con las de varios Santos y Padres de la Iglesia, que en nuestros días serían tratados de heresiarcas o de ateos. Durante los oficios permanecía impasible. Sus rezos los realizaba por medio de jaculatorias, por elevaciones del espíritu que nada tenían de regulares; se dejaba llevar en todo por la naturaleza, y no gustaba ni rezar ni pensar a horas determinadas. Frecuentemente, en la capilla, solía meditar tanto en Dios como en alguna idea filosófica. Jesucristo era para él el prototipo de su sistema. El *Et Verbum caro factum est!* le parecía una frase sublime destinada a expresar la fórmula tradicional de Voluntad, Verbo y Acción, hechas visibles. Como Cristo no se



había dado cuenta de su muerte, por haber perfeccionado suficientemente su ser interior por las obras divinas para que un día la forma invisible se apareciera a sus discípulos, los misterios del Evangelio, las curaciones magnéticas de Cristo y el don de las lenguas le confirmaban su doctrina. Recuerdo haberle oído decir sobre este tema que la más hermosa obra que actualmente podría escribirse sería la historia de la Iglesia primitiva. Nunca se elevaba más cerca de la poesía que en los momentos en que abordaba, en las conversaciones de la noche, el examen de los milagros realizados por los poderes de la voluntad durante aquella gran época de la fe. Encontraba las pruebas más fuertes de su teoría en casi todos los mártires habidos durante el primer siglo de existencia de la Iglesia, que llamaba la *era grande del pensamiento*.

—Los fenómenos que tuvieron lugar en la mayoría de los suplicios tan heroicamente sufridos por los cristianos para el establecimiento de sus creencias, ¿no prueban —decía—, que los poderes materiales no prevalecen jamás contra el poder de las ideas o contra la voluntad del hombre? Cada uno puede deducir de este efecto producido por la voluntad de todos, algo en favor suyo.

No creo necesario hablar de sus ideas sobre la poesía o la historia, ni sus juicios sobre las obras maestras de nuestro idioma. Nada más curioso sería el consignar aquí sus opiniones, consideradas actualmente casi como vulgares, pero que en boca de un niño podían ser tenidas entonces como extraordinarias. Luis estaba a la altura de todo. Para expresar en dos palabras su talento, él hubiese escrito *Zadig* tan espiritualmente como lo escribió Voltaire; habría pensado tan reciamente como Montesquieu el diálogo de Sila y Eucrates. La gran rectitud de sus ideas le hacía desear ante todo, en una obra, su carácter utilitario; lo mismo que su espíritu fino, exigía la originalidad del pensamiento tanto como la de la forma. Todo lo que no cumplía estas condiciones le producía un profundo desagrado. Una de sus apreciaciones literarias más extraordinarias, y que hará comprender el sentido de todas las otras tanto como la lucidez de sus juicios, es ésta, que quedó grabada en mi memoria: «El Apocalipsis es un éxtasis escrito». Consideraba a la Biblia como una porción de la historia tradicional de los pueblos antediluvianos que se había repartido la nueva humanidad. Para él, la mitología griega tenía algo de la Biblia hebraica y de los libros sagrados de la India, que Grecia, nación enamorada de la gracia, había traducido a su manera.

—Es imposible —decía— poner en duda la prioridad de las escrituras asiáticas sobre nuestra Sagrada Escritura. Para todo aquel que sea capaz de reconocer de buena fe este punto histórico, el mundo se amplía extraordinariamente. ¿No fue precisamente en un monte de Asia donde se refugiaron los contados seres humanos que lograron sobrevivir a la catástrofe sufrida por nuestro globo, sí es que realmente existían hombres antes de aquella sacudida? Grave cuestión cuya solución está escrita en el fondo de los mares. La antropología de la Biblia no es más que la genealogía de un enjambre salido de la colmena humana que se aferró a las laderas montañosas del Tibet, entre las cumbres del Himalaya y las del Cáucaso. El carácter de las ideas

primigenias de la horda a la cual su legislador calificó de pueblo de Dios, sin duda para darle unidad o quizá también para que perduraran sus propias leyes y su sistema de gobierno, porque los libros de Moisés son un código religioso, político y civil; este carácter está marcado con el sello del terror: la convulsión del globo está interpretada como una venganza de lo alto por pensamientos gigantescos. Por último, no disfrutando de ninguna de las delicias que encuentra un pueblo asentado en una tierra patriarcal, las desdichas de aquella tribu viajera no le dictó más que poesías sombrías; majestuosas y sangrientas. Por el contrario, el espectáculo de las rápidas compensaciones de la tierra, los efectos prodigiosos del sol cuyos primeros testigos fueron los hindús, les inspiraron las risueñas concepciones de la felicidad amorosa, el culto al fuego, las infinitas personificaciones de la reproducción. Estas magnificas imágenes faltan en la obra de los hebreos. Una constante necesidad de conservación, a través de peligros y los países recorridos hasta su lugar de reposo, engendró el sentimiento exclusivista en este pueblo y su odio contra las demás naciones. Estas tres escrituras son los archivos de un mundo engullido. Allí se halla el secreto de las grandezas inauditas de estos idiomas y de sus mitos. Bajo estos nombres de personas y de lugares yace una gran historia humana, bajo estas ficciones que nos atraen irresistiblemente, sin que sepamos por qué. Quizá respiramos en ellas el aire natal de nuestra nueva humanidad.

Para él, esta triple literatura implicaba todos los pensamientos del hombre. No se escribía ningún libro, según él, en el cual el tema no se pudiese encontrar germinando. Esta opinión demuestra la profundidad de sus primeros estudios sobre la Biblia, y hasta donde le condujeron. Permaneciendo siempre sobre la sociedad, que él no conocía sino a través de los libros, la juzgó fríamente.

—Las leyes —decía— no detienen jamás las empresas de los grandes o de los ricos, lanzándose contra los débiles, que son, precisamente, los más necesitados de protección.

Su bondad no le permitía simpatizar con las ideas políticas; pero su sistema conducía a la obediencia pasiva cuyo ejemplo fue dado por Jesucristo. Durante los últimos días de mi estancia en Vendôme, Luis no sentía el aguijón de la gloria, habla, en cierto modo, gozado abstractamente de la fama; y después de haberla abierto, como los antiguos sacrificadores que buscaban el porvenir en el corazón de los hombres, no habla hallado nada en las entrañas de aquella quimera. Despreciando todo sentimiento personal, me decía:

—La gloria no es más que el egoísmo divinizado.

Aquí tal vez, antes de dejar a un lado aquella infancia excepcional, deberla juzgarla con una rápida ojeada.

Algún tiempo antes de nuestra separación, Lambert me decía:

—Aparte de las leyes generales cuya fórmula constituirá quizá mi gloria, y que deben ser las de nuestro organismo, la vida del hombre es un impulso que se resuelve más particularmente, en cada ser, a causa de no sé qué influencia, por el cerebro, el

corazón o por los nervios. De las tres constituciones representadas por estas palabras vulgares derivan los modos infinitos de la humanidad, todos los cuales resultan de la proporción en la cual estos tres principios generadores se encuentran más o menos bien combinados con las sustancias que asimilan en el medio en que viven.

Se detuvo unos instantes; luego, golpeándose la frente, me dijo:

—¡Singular hecho! En todos los grandes hombres cuyo retrato ha impresionado mi atención, el cuello es corto. Quizá en ellos, la naturaleza ha querido que el corazón se halle lo más cerca posible del cerebro.

Después continuó:

—De esto proceden una serie de actos que constituyen la existencia social. Para el hombre nervioso, la acción o la fuerza; para el hombre de cerebro, la inteligencia; para el hombre de corazón, la fe. Pero —añadió tristemente— para la fe, las nubes del santuario; únicamente para el ángel, la claridad.

Así pues, según sus propias definiciones, Lambert fue todo corazón y todo cerebro.

Para mí, la vida de su inteligencia se escindió en tres fases.

Sometido desde la infancia a una precoz actividad, debida sin duda a alguna enfermedad o a alguna determinada perfección de su organismo; desde la infancia, sus fuerzas quedaron resumidas por el juego de sus sentidos interiores y por una superabundante producción de fluido nervioso.

Hombre de ideas, deseaba apagar la sed de su cerebro que ansiaba assimilarlas todas; de ahí, sus lecturas: de sus lecturas, sus reflexiones, que le proporcionaron la facultad de reducir las cosas a su más simple expresión, de absorberlas en sí mismo para estudiarlas en su esencia. Los beneficios de este magnífico período, realizado en otros hombres únicamente al cabo de prolongados estudios, caracterizaron a Lambert durante su infancia corporal; infancia coloreada por la estudiosa felicidad del poeta. El hito al cual suelen llegar la mayoría de los cerebros fue el punto de partida desde el cual debía iniciar un día la búsqueda de nuevos mundos de inteligencia. Entonces, sin saberlo todavía, se estaba creando la vida más exigente de todas, la más ávidamente insaciable. ¿No le era necesario para existir seguir alimentando el abismo que él mismo había abierto en su interior? Parecido a ciertos seres de las regiones mundanas, ¿no podía llegar a morir por falta de alimentos para los excesivos apetitos? ¿No era el desenfreno llevado al alma que podía conducirla, como a los cuerpos saturados de alcohol, a una combustión instantánea? No llegué a conocer esta primera fase cerebral; solamente en la actualidad me es posible explicar sus prodigiosas fructificaciones y sus correspondientes efectos. Lambert contaba entonces, trece años.

Fui lo bastante afortunado para asistir a los primeros días de su segunda edad. Lambert, y posiblemente esto fue su salvación, se sumió en todas las miserias de la vida escolar y gastó allí toda la superabundancia de sus pensamientos. Después de haber trasladado las cosas a su expresión pura, las palabras a su substancia ideal, de

esta substancia a los principios, después de haberlo abstraído todo, aspiraba, para vivir, a otras creaciones intelectuales. Domeñado por las malaventuras del colegio y por las crisis de su vida física, se volvió meditativo, adivinó los sentimientos, entrevió nuevas ciencias, auténticas masas de ideas. Detenido en su carrera, y demasiado débil todavía para contemplar las esferas superiores, se contempló interiormente. Me ofreció entonces el espectáculo del combate del pensamiento reactuando sobre sí mismo buscando sorprender el secreto de su naturaleza, como un médico que estudiase el proceso de su propia enfermedad. En aquel estado de fuerza y de debilidad, de encanto infantil y de poder sobrehumano, Luis Lambert ha sido el hombre que me ha dado la idea más poética y verdadera de la criatura que conocemos por *ángel*, exceptuando tal vez a una mujer cuyo nombre, rasgos y vida desearía ocultar al mundo, a fin de ser el único hombre conocedor de su existencia y poder guardar su recuerdo en el fondo de mi corazón.

La tercera fase tuvo lugar cuando ya se había separado de mí. Luis no salió del colegio hasta que hubo cumplido los dieciocho años, aproximadamente a mediados de 1815. Entonces debía hacer unos seis meses que Luis había perdido a su padre y a su madre. No encontrando a nadie en su familia con quien su alma, muy expansiva pero también siempre comprimida después de nuestra separación, pudiese simpatizar, se refugió en casa de su tío, nombrado su tutor, y que, echado de su curato por su calidad de sacerdote juramentado, se había trasladado a Blois. Luis vivió con él durante un cierto tiempo. Pero devorado por el deseo de acabar sus estudios que debía encontrar incompletos, vino a París para ver a la señora de Staël, y para alcanzar la ciencia en sus fuentes más elevadas. El anciano sacerdote, que sentía una sincera debilidad por su sobrino, dejó a Luis libre para irse comiendo su herencia durante una estancia de tres años en París, aunque allí vivió en la más profunda miseria. Aquella herencia consistía en algunos millares de francos. Lambert regresó a Blois a principios del año 1820, ahuyentado de París por los sufrimientos que experimentan allí las personas sin fortuna. Durante su vida en París, debió de ser presa frecuente de huracanes secretos, de aquellas horribles tempestades del pensamiento que suelen agitar a los artistas, si es que podemos juzgar por el único hecho recordado por su tío, por la única carta que el buen anciano ha conservado de todas las que le había escrito Luis Lambert, carta guardada quizá porque era la última recibida y la más extensa de todas.

He aquí, en primer lugar, el hecho. Estaba un día Luis en el Teatro Francés, sentado en una banqueta de la segunda galería, cerca de una de las columnas que por aquellos días había en los palcos terceros. Al levantarse durante el entreacto, vio a una joven que acababa de llegar al palco vecino. La vista de aquella mujer, joven y hermosa, bien vestida, probablemente escotada, y acompañada de algún galán para el cual su cara se animaba con todos los encantos del amor, produjo en Lambert un efecto tan cruel que se vio obligado a salir de la sala. De haber aprovechado las últimas luces de su razón que, en los primeros instantes de aquella ardiente pasión,

era imposible apagar completamente, tal vez habría sucumbido al deseo casi invencible que experimentó de matar al joven hacia el cual se dirigían las miradas de la bella desconocida. ¿No era esto en nuestro mundo parisino como un relámpago del amor del salvaje que se lanza sobre la mujer como un pájaro de presa sobre su víctima, como un efecto del instinto animal unido a la rapidez de acción de un alma comprimida bajo la masa de sus pensamientos? Y por último, ¿no era como el golpe del cortaplumas sentido en la imaginación por el niño, pero que en el hombre era el navajazo de su necesidad más imperiosa, el amor?

Y ahora, he aquí la carta en la cual se describe el estado de su alma impresionada por el espectáculo de la civilización parisina. Su corazón, sin duda constantemente herido al tener que vivir en aquel antro de egoísmo, debió sufrir siempre allí; no debió encontrar allí amigos para consolarle, ni enemigos para dar cierto tono a su vida. Constreñido a tener que vivir siempre dentro de sí mismo y sin poder compartir con nadie sus exquisitas delectaciones, quizá deseaba resolver la obra de su destino por el éxtasis, y permanecer bajo una forma casi vegetal como un anacoreta de los primeros tiempos de la Iglesia, abdicando así el mundo intelectual. La carta parece insinuar este proyecto, al cual todas las almas grandes se sienten inclinadas en las épocas de renovación social. ¿Pero esta resolución no es para algunas de ellas el efecto de la vocación? ¿No buscan el concentrar sus fuerzas en un prolongado silencio para poder salir preparadas para regir al mundo por la palabra o la acción? Con seguridad, Luis debió de cosechar entre los hombres gran cantidad de amargura, o presionar a la sociedad con alguna terrible ironía sin poder sacar nada, para lanzar un tan vigoroso clamor, para llegar, ¡el pobre!, al deseo que el cansancio del poder y de todas las cosas ha hecho presa en ciertos soberanos. Quizás acababa de terminar en la soledad alguna obra importante que flotaba indecisa en su cerebro. ¿Quién no lo creería, leyendo este fragmento de sus pensamientos donde se manifiestan las luchas de su alma en el momento en que terminaba su juventud, donde empezaba a aparecer la terrible facultad de producir a la cual habrían sido debidas las obras del hombre? Esta carta está relacionada con la aventura sucedida en el teatro. El hecho y el escrito se iluminan recíprocamente, el alma y el cuerpo vibraban al unísono. Aquella tempestad de dudas y de afirmaciones, de nubes y de relámpagos que frecuentemente exhala la multitud, que terminan con una ansiosa hambre de luz celestial, lanza bastante claridad sobre la Tercera época de su educación moral para que la podamos comprender por entero. Al leer aquellas páginas escritas al azar, abandonadas y reanudadas siguiendo los caprichos de la vida parisina ¿no parece verse un roble cuyo desarrollo interior hace reventar su hermosa piel verde, la cubre de rugosidades, de fisuras, preparando su forma majestuosa, si el rayo caído del cielo o el hacha del leñador continuaran respetándolo?

Con esta carta terminará, pues, tanto para el pensador como para el poeta, aquella su infancia grandiosa y aquella su juventud incomprensible. En ella termina el perfil de su germen moral; los filósofos lamentarán las frondosidades perdidas por la helada

cuando se hallaban en su yema; pero sin duda verán las flores abiertas en regiones más elevadas que los más altos lugares de la tierra.

París, septiembre-noviembre de 1819.

«Querido tío, pronto voy a abandonar este país donde no sabría vivir. No he visto a ningún hombre amando lo que yo amo, ocuparse de lo que yo me ocupo, ni asombrarse de lo que a mí me asombra. Obligado a replegarme en mí mismo, sufro mucho. El largo y paciente estudio que acabo de realizar sobre esta sociedad llega a tristes conclusiones y me domina la duda. Aquí, el punto de partida para todo es el dinero. Hace falta dinero incluso para carecer de dinero. Pero, aunque este metal sea absolutamente preciso a aquel que desea pensar con tranquilidad, no me siento con valor suficiente para hacer de él el único móvil de mis pensamientos. Para conseguir una fortuna es preciso elegir una profesión; en una palabra, conseguir por medio de algún privilegio de posición o de clientela, por un privilegio legal o muy hábilmente creado, el derecho a sacar cada día, de la bolsa de otro, la cantidad suficiente para que, cada año, produzca un pequeño capital; el cual por veinte años da apenas cuatro o cinco mil francos de renta, siempre que uno se comporte honestamente. En quince o dieciséis años, y después de su aprendizaje, el procurador, el notario, el comerciante, todos los trabajadores titulados, se han ganado el pan para su ancianidad. Yo no me he sentido capaz de nada semejante. Prefiero el pensamiento a la acción, una idea a un negocio, la contemplación a la actividad. Me falta fundamentalmente la atención constante y necesaria para todo aquel que desee hacer fortuna. Toda empresa mercantil, toda obligación de tener que pedir dinero a los demás, la realizaría mal, y no pasaría mucho tiempo sin verme en la más absoluta ruina. Si no tengo nada, tampoco nada debo actualmente. Tiene pocas necesidades materiales aquel que vive para realizar grandes cosas en el orden moral; pero, aunque veinte 'sueldos diarios sean suficientes para proveer a mis necesidades, no poseo la renta que me permita vivir en esta laboriosa ociosidad. Si quiero meditar, la necesidad me saca del santuario en el que se introduce mi pensamiento. ¿Qué será de mí? No me asusta la miseria. Si no me detuvieran, si no me azotaran, si no se despreciase a los mendigos, yo sería capaz de mendigar para poder resolver a mi manera los problemas que me obsesionan. Pero esta sublime resignación, por la cual podría emancipar mi pensamiento liberándolo de mi cuerpo, no me serviría para nada; es preciso también tener dinero para entregarse a determinadas experiencias. Sin esto, habría aceptado la aparente indigencia de un pensador que posee a la vez la tierra y el cielo. Para mostrarse grande en la miseria, basta con no dejarse envilecer. El hombre que lucha y que sufre marchando hacia una noble finalidad, presenta, es cierto, un noble espectáculo; pero, aquí, ¿quién se siente con fuerzas para luchar? Se escalan las rocas, no se puede pisotear siempre el tango. Aquí todo está dispuesto para impedir el vuelo en línea recta de un espíritu que ansia llegar al futuro. No sentiría miedo dentro

de una gruta en el desierto, pero aquí sí. En el desierto, me hallaría conmigo mismo sin que nada ni nadie me distrajera; aquí, el hombre experimenta una serie de necesidades que le perturban. Si has salido de casa soñador, preocupado, no falta la voz de un pobre que te llama en medio de este mundo de hambre y de sed, para pedirte una limosna. Para pasearse se necesita dinero. Los órganos del cuerpo, constantemente fatigados por naderías, no tienen ni un solo momento de reposo. La nerviosa predisposición del poeta se agita aquí, incensantemente, y lo que debe constituir su gloria se convierte en su tormento: su imaginación es su mayor enemiga. Aquí, el obrero herido, la parturienta indigente, la mujer pública enferma, el niño abandonado, el anciano desvalido, incluso el mismo vicio y el crimen, pueden encontrar un asilo y unos cuidados; mientras que la sociedad es implacable contra el inventor, contra todo hombre que medite. Aquí todo debe tener un resultado inmediato, real; la gente se burla de los ensayos en principio infructuosos que pueden conducir a los descubrimientos más importantes, y no se tiene en nada el estudio profundo y constante que exige una enorme concentración de fuerzas. El Estado podría dar un sueldo al talento del mismo modo que se lo concede a las bayonetas; pero tiene miedo a ser engañado por el hombre inteligente, como si pudiese por mucho tiempo adoptar la contrafigura del genio. ¡Ah, querido tío!, ¿cuando han sido destruidas las soledades conventuales asentadas en las faldas de los montes, bajo árboles verdes y silenciosos, no deberían construirse también asilos para estas almas atormentadas que con un solo pensamiento engendran el progreso de las naciones, o que preparan nuevos y fecundos desenvolvimientos a una ciencia cualquiera?».

20 de septiembre.

«El estudio me ha conducido hasta aquí, ya lo sabe usted; me he encontrado con hombres verdaderamente instruidos, la mayor parte asombrosos; pero la ausencia de unidad en los trabajos científicos anula todo esfuerzo individual. Ni la enseñanza ni la ciencia tienen un jefe. En el museo se puede escuchar a un profesor demostrando que el de la calle de San Jaime sólo ha dicho absurdidades. Los hombres de la Facultad de medicina llenan de improperios a los del Colegio de Francia. A mi llegada fui a escuchar a un anciano académico que explicaba a quinientos jóvenes que Corneille era un genio vigoroso y altivo; Racine, elegiaco y tierno; Molière, inimitable; Voltaire, eminentemente espiritual; Bossuet y Pascal, desesperadamente vigorosos. Un profesor de filosofía se hace ilustre explicando la manera como Platón es Platón. Otro explica la historia de las palabras sin pensar en las ideas. Este explica a Esquilo, aquél demuestra con bastante éxito que los ayuntamientos son los ayuntamientos y no otra cosa. Todos aquellos discursos, originales y luminosos, parafraseados durante horas enteras, constituyen los más altos principios de una enseñanza superior que debe dar pasos de gigante en el camino de los conocimientos humanos. Si el gobierno tenía un pensamiento, sospecho debería tratarse de un miedo instintivo a las

superioridades reales que, al despertar, someterían a la sociedad bajo el yugo de un poder inteligente. Las naciones irían demasiado lejos, demasiado rápidas; los profesores reciben el encargo de hacer tontos. ¿De qué otra manera podría explicarse la existencia de un profesorado sin método, sin una idea del futuro? El Instituto podría ser el gran gobierno del mundo moral e intelectual; pero recientemente ha sido fraccionado con su constitución en academias separadas. La ciencia humana marcha, pues, sin guía, sin sistema, y flota al azar, sin tener una ruta trazada. Este dejar hacer, esta incertidumbre, existe tanto en política como en la ciencia. En el orden natural los medios son simples, el fin es grande y maravilloso; aquí, tanto en la ciencia como en el gobierno, los medios son inmensos, el fin mezquino. Esta fuerza que, en la naturaleza, marcha con paso uniforme y cuyos sumandos se adicionan perpetuamente a sí mismos, este A+A que produce todo, es destructivo en la sociedad. La política actual opone las fuerzas humanas unas a otras para neutralizarlas en lugar de combinarlas para hacer que alcancen cualquier fin. Mirando a Europa, desde César hasta Constantino, desde el pequeño Constantino al gran Atila, desde los hunos hasta Carlomagno, de Carlomagno a León X, de León X a Felipe II, de Felipe II a Luis XIV, de Venecia a Inglaterra, de Inglaterra a Napoleón, de Napoleón a Inglaterra, no veo nada que revele alguna fijeza en la política, y su constante agitación no ha producido ningún progreso. Las naciones testimonian su grandeza por los monumentos o su felicidad por el bienestar individual. ¿Es que los monumentos modernos valen como los antiguos? Lo dudo mucho. Las artes que proceden inmediatamente del individuo, los productos de la inteligencia o de las manos, han adelantado poco. Los placeres de Lúculo, son los mismos que los de Samuel Bernard, de Beaujon, o del rey de Baviera. Por último, la humanidad ha perdido en longevidad. Para el hombre de buena fe, nada ha cambiado, el hombre sigue siendo el mismo: la fuerza sigue siendo su única ley, el éxito su sola sabiduría. Jesucristo, Mahoma, Lutero, no han hecho más que dar un cierto colorido al círculo en el que las naciones jóvenes han ido realizando sus evoluciones. Ninguna política ha impedido la existencia de una civilización, ni sus riquezas, ni sus costumbres, ni su contrato entre los poderosos y los débiles, ni sus ideas, ni su capricho de ir de Menfis a Tiro, de Tiro a Baalbeck, de Tedmor a Cartago, de Cartago a Roma, de Roma a Constantinopla, de Constantinopla a Venecia, de Venecia a España, de España a Inglaterra, sin que exista vestigio alguno de Menfis, de Tiro, de Cartago, de Roma, de Venecia ni de Madrid. Ha desaparecido el espíritu de los grandes cuerpos sociales. Nada se ha preservado de la ruina ni se ha podido dar cuenta de este axioma: *Cuando el efecto producido no se halla en relación con su causa, existe desorganización*. El genio más sutil no puede descubrir la más mínima relación entre los grandes acontecimientos sociales. Ninguna teoría política ha podido sobrevivir. Los gobiernos pasan, como los hombres, sin transmitir ninguna enseñanza, y ningún sistema engendra otro sistema más perfecto que el sistema precedente. ¿Qué consecuencia puede extraerse de la política cuando el gobierno apoyado en la idea de Dios ha periclitado en la India y en



Egipto; cuando el gobierno del sable y de la tiara ha pasado sin dejar rastro; cuando el gobierno de uno solo ha muerto; cuando el gobierno de todos jamás ha tenido vida propia; cuando ninguna concepción de la fuerza inteligencial, aplicada a los intereses materiales, ha podido durar, y cuando vemos actualmente que todo consiste en rehacer como en todas las épocas en las que el hombre ha gritado: “¡Estoy sufriendo!”? El código, al que todo el mundo considera como la más bella obra de Napoleón, es la obra más draconiana que conozco. La divisibilidad territorial, llevada hasta lo infinito, cuyo principio está consagrado en él por la partición legal de bienes, debe engendrar la depauperación de la nación, la muerte de las artes y la de las ciencias. La tierra, excesivamente dividida, es cultivada con cereales, con vegetales menores; los bosques y por tanto los cursos de agua irán desapareciendo; ya no se crían bueyes ni caballos. Faltan medios tanto para el ataque como para la defensa. Si se produjera una invasión, el pueblo sería aplastado, ha perdido sus grandes resortes, ha perdido a sus jefes. ¡He aquí la historia de los desiertos! La política es una ciencia sin principios definidos, sin fijeza y estabilidad posible; es el genio del momento, la constante aplicación de la fuerza según las necesidades cotidianas. El hombre que pudiera ver lo que sucederá dentro de dos siglos, sería ejecutado en medio de la plaza pública acompañado de los insultos de todo el pueblo o, lo que probablemente sería peor, flagelado por los mil látigos del ridículo. Las naciones son individuos que no son más sabios ni más fuertes que los propios hombres, y sus destinos son idénticos. Reflexionar sobre éstos, ¿no es también ocuparse de aquéllas? Ante el espectáculo de esta sociedad constantemente atormentada, tanto en sus bases como en sus efectos, en sus causas lo mismo que en sus actos, en la cual la filantropía es un craso error y el progreso un contrasentido, he llegado a la confirmación de esta verdad: que la vida se halla en nosotros y no fuera; que el elevarse sobre los demás hombres para poderles mandar, es desempeñar el mismo papel, engrandecido, que el de un regente de clase; y que los hombres que son lo bastante fuertes para alcanzar una línea desde la cual pueden mirar de arriba a abajo al mundo, no deben mirarse los pies».

4 de noviembre.

«Estoy muy ocupado en pensamientos graves, me encamino hacia descubrimientos ciertos, una fuerza invencible me arrastra hacia una luz que empieza a brillar en medio de las tinieblas de mi vida moral; pero ¿qué nombre dar al poder que me ata las manos, que mantiene cerrada mi boca, y me lleva en sentido contrario a mi vocación? Tengo que abandonar París, decir adiós a los libros de las bibliotecas, a estos bellos hogares de luz, a estos sabios tan complacientes, tan accesibles, a estas jóvenes inteligencias con las cuales tanto he simpatizado. ¿Qué me repele? ¿Es el azar? ¿Es la Providencia? Las dos ideas que representan estas palabras son irreconciliables. Si el azar no existe, no hay más remedio que admitir el fatalismo o la forzada coordinación de las cosas sometidas a un plan general. ¿Por qué debemos

resistir? Si el hombre no es libre, ¿qué es lo que constituye el andamiaje de su moral? Y si es capaz de producir él mismo su propio destino, si puede por su libre albedrío detener la realización del plan general, ¿qué es Dios? ¿Por qué he nacido? Si me examino, lo puedo saber: hallo en mí textos que debo desarrollar; pero, entonces, ¿por qué poseo enormes facultades sin poder utilizarlas? Si mi suplicio sirviera de ejemplo, lo comprendería; pero no, sufro oscuramente. Este resultado, es tan providencial como pueda serlo la suerte de la desconocida flor que muere en lo más profundo de una selva virgen, sin nadie que huelga su perfume ni admire sus colores y formas. Lo mismo que dicha flor exhala su aroma en la soledad, yo doy a luz aquí, en un granero, a las ideas sin que sean captadas por nadie. Ayer por la noche comí un pedazo de pan y unas pocas uvas delante de mi ventana, con un joven médico apellidado Meyraux. Hemos estado conversando como personas a quienes la desgracia ha hecho hermanos, y le dije:

»—Yo me voy, tú te quedas, toma mis concepciones y desarróllalas.

»—No puedo hacerlo —me respondió con amarga tristeza—, mi delicada salud no resistirá mis trabajos y debo morir joven luchando contra la miseria.

»Hemos contemplado el cielo, mientras nos cogíamos de la mano. Nos conocimos en el curso de anatomía comparada y en las galerías del Museo, llevados a ambos sitios por un mismo estudio: la unidad de la composición geológica. Para él, aquello era el presentimiento del genio para abrir nuevos caminos en los terrenos baldíos de la inteligencia; para mí, la deducción de un sistema general. Mi idea consiste en determinar las verdaderas relaciones existentes entre el hombre y Dios. ¿No es esto una necesidad de la época? Sin altas certezas, es imposible frenar estas sociedades a las que el espíritu de examen y de discusión ha desencadenado y que actualmente exclaman: “¡Llebadnos por un camino por donde marchemos sin encontrar abismos!”. Me preguntaréis qué tiene la anatomía comparada de común con una cuestión tan grave para el porvenir de la sociedad. ¿No es preciso convencerse de que el hombre es el verdadero fin de todos los medios terrestres para poderse preguntar si no será el medio de algún fin? Si el hombre está relacionado con todo, ¿no habrá nada sobre él, a lo que se ligue a su vez? Si es el término de las transmutaciones inexplicadas que suben hasta él, ¿no debe ser el lazo de unión entre la naturaleza visible y la naturaleza invisible? La acción del mundo no es absurda, se encamina a un fin, y este fin no debe ser una sociedad constituida como lo está la nuestra. Existe una terrible laguna entre nosotros y el cielo. En el estado actual no podemos todos gozar ni todos sufrir; ¿no será preciso un enorme cambio, una profunda transformación, para poder llegar al Paraíso y al Infierno, dos concepciones sin las cuales Dios no existe a los ojos de la masa? Sé que se ha solucionado el problema inventando un alma; pero experimento cierta repugnancia a hacer a Dios solidario de las bajezas humanas, de nuestras desbordadas pasiones, de nuestras malas acciones, de nuestra decadencia. Además, ¿cómo admitir en nosotros un principio divino contra el cual pueden prevalecer unos vasos de ron? ¿Cómo imaginar unas facultades

inmateriales que la materia reduce, cuyo ejercicio puede ser eliminado por un grano de opio? ¿Cómo imaginar lo que podremos sentir aun cuando nos hallemos despojados de las condiciones de nuestra sensibilidad? ¿Por qué tendría que perecer Dios si la substancia pudiera pensar? ¿La animación de la substancia y de sus innumerables variedades, efecto de sus instintos, son menos inexplicables que los efectos del pensamiento? ¿El movimiento impuesto a los mundos no es suficiente para demostrar la existencia de Dios, sin tener que meternos en las absurdidades engendradas por nuestro orgullo? ¿Que, de una forma de ser precedera, vayamos, después de haber sufrido las pruebas necesarias, a gozar de una existencia mejor, no es suficiente para un ser que no se distingue de los otros más que por un más completo y desarrollado instinto? Si no existe en moral un solo principio que no conduzca al absurdo o que no sea contradicho por la evidencia, ¿no es ya tiempo de poner en entredicho los dogmas escritos en lo más profundo de la naturaleza de las cosas? ¿No haría falta retornar a la ciencia filosófica? Nos preocupamos muy poco de la pretendida nada que nos ha precedido y buscamos ávidamente la pretendida nada que nos espera. Hacemos a Dios responsable del futuro y no le pedimos cuentas del pasado. No obstante, es tan necesario saber si tenemos alguna raíz en nuestro interior, como saber si estamos ligados al futuro. No hemos sido deístas o ateos más que desde un lado de la cuestión. ¿El mundo es eterno? ¿Ha sido creado el mundo? No concebimos ningún término medio entre estas dos proposiciones: una de ellas es falsa; la otra, verdadera; ¡escoged! Cualquiera que sea vuestra elección, Dios, tal como se lo figura nuestra razón, se empequeñece, lo que equivale a negarle. Haced eterno al mundo: la cuestión no es dudosa, Dios ha triunfado. Suponed al mundo creado, Dios no es posible. ¿Cómo habría permanecido toda una eternidad sin saber que tendría el pensamiento de crear el mundo? ¿Cómo no hubiera podido saber anticipadamente el resultado? ¿De dónde habría sacado la esencia? De él, necesariamente. Si el mundo ha salido de Dios, ¿cómo admitir la existencia del mal? Si el mal ha salido del bien, caemos en el absurdo. Si no existe el mal, ¿qué pasa con las sociedades y sus leyes? ¡Por todas partes nos encontramos con precipicios, con abismos, en vez de razón! Hay que rehacer completamente la ciencia social. Escúcheme, tío: mientras una inteligencia realmente genial no ponga de manifiesto la patente desigualdad de las inteligencias, el sentido general de la humanidad, la palabra *Dios* será siempre puesta en entredicho y la sociedad descansará sobre arenas movedizas. El secreto de las diferentes zonas morales por las cuales transita el hombre se encontrará en el análisis del conjunto de la animalidad. La animalidad no ha sido, hasta ahora, considerada más que en relación a sus diferencias y no según sus semejanzas; en sus apariencias orgánicas y no en sus facultades. Las facultades animales se perfeccionan cada vez más, según leyes a indagar. Estas facultades corresponden a fuerzas que las expresan, y estas fuerzas son esencialmente materiales, divisibles. ¡Facultades materiales! Piense en estas dos palabras. No se trata de una cuestión tan insoluble como lo es la de la comunicación de movimiento a

la materia, abismo todavía inexplorado en nuestros días, cuyas dificultades han sido más desplazadas que resueltas por el sistema de Newton. Por último, la constante combinación de la luz con todo lo que vive en la tierra exige un nuevo examen del globo. Un mismo animal no es igual en los trópicos, en la India o en el Polo Norte. Entre la verticalidad y la oblicuidad de los rayos solares se desarrolla una naturaleza distinta e igual que, siendo la misma en sus principios, no presenta semejanza alguna en sus resultados. El fenómeno que hiere nuestra mirada en el mundo zoológico cuando comparamos las mariposas de Bengala con las mariposas de Europa es mucho mayor aún en el mundo moral. Son necesarios unos determinados pliegues cerebrales, un cierto ángulo facial, para que se produzca un Colón, un Rafael, un Napoleón, un Laplace o un Beethoven; un valle sin sol produce cretinos; saque usted conclusiones. ¿Por qué estas diferencias más o menos acertadas de la luz en los hombres? Estas grandes masas humanas atormentadas, más o menos activas, más o menos nutridas, más o menos iluminadas, constituyen dificultades que hay que resolver y que claman contra Dios. ¿Por qué en las extremas alegrías deseamos siempre abandonar la tierra?, ¿por qué ese deseo de elevarse que se ha apoderado, que se apoderará de toda criatura? El movimiento es un alma grande cuya alianza con la materia es tan difícil de explicar como pueda serlo la producción del pensamiento humano. Actualmente, la ciencia es una, es imposible tocar el tema de la política sin tocar también el de la moral, y ésta se relaciona íntimamente con todas las cuestiones científicas. Me parece que nos hallamos en vísperas de una gran lucha humana; las fuerzas se hallan presentes; únicamente, no veo al general...».

25 de noviembre.

«Créame, tío, es mucho renunciar sin dolor a la vida que nos es propia. Regreso a Blois con un espantoso encogimiento del corazón; allí moriré llevándome conmigo verdades útiles. Ningún interés personal degrada mis quejas. ¿Significa algo la gloria para quien cree poder alcanzar una esfera superior? No siento amor alguno para las sílabas *Lam* y *bert*: pronunciadas con veneración o con indiferencia sobre mi tumba, nada podrán cambiar de mi destino ulterior. Me siento fuerte, enérgico, podría incluso convertirme en una potencia; siento en mí una vida tan luminosa, que podría animar al mundo y estoy encerrado en una especie de mineral, como se hallan quizá también los colores que usted admira en los cuellos de las aves de la península indostánica. Sería preciso abrazar a todo el mundo, estrecharlo para reconstruirlo; ¿pero todos los que lo han abrazado y refundido no han empezado por ser un orín de la máquina? Yo terminaré molido, triturado. Para Mahoma, el sable; para Jesucristo, la Cruz; para mí, una muerte oscura; mañana en Blois y algunos días después en un ataúd.

»¿Sabe usted por qué he vuelto a Swedenborg, después de haber realizado inmensos estudios sobre las religiones y serme demostrado, por la lectura de todas las obras que la paciente Alemania, Inglaterra y Francia han publicado en los últimos

años, la profunda verdad de lo aprendido durante mi juventud en la Biblia? Evidentemente Swedenborg resume a todas las religiones o, mejor dicho, a la única religión de toda la humanidad. Si los cultos han presentado formas infinitas, su sentido ni su construcción metafísica han sufrido jamás variación alguna. En fin, el hombre siempre ha tenido una sola religión. El sivaísmo, el visnuismo y el brahmanismo, los tres primeros cultos humanos, nacidos en el Tibet, en el valle del Indo y en las vastas llanuras del Ganges, terminaron unos millares de años antes de Jesucristo con la adopción de la Trimurti hindú. El Trimurti es lo mismo que nuestra Trinidad. De este culto nace en Persia el maguismo; en Egipto, las religiones africanas y el moseísmo; más tarde, el cabirismo y el politeísmo greco-romano. Mientras estas irradiaciones de la Trimurti adaptan los mitos de Asia a las imaginaciones de otros países a los que llegan aportadas por sabios a los que los hombres transforman en semidioses. —Mitra, Baco, Hermes, Hércules, etc.—, Buda, el célebre reformador de las tres religiones primitivas, se eleva en la India y funda su Iglesia, que cuenta aún hoy en día con doscientos millones de fieles más que el Cristianismo, y donde fueron a templarse las amplias voluntades de Cristo y de Confucio. El Cristianismo levanta su bandera. Más tarde Mahoma funda el islamismo fundiendo el mosaísmo, el cristianismo, la Biblia y el Evangelio en un libro, el Corán, adaptándolos a la idiosincrasia de los árabes. Por último, Swedenborg toma del maguismo, del brahmanismo, del budismo y del misticismo cristiano todo cuanto estas cuatro grandes religiones tienen de común, de real, de divino, dando a su doctrina una razón, por así decirlo, matemática. Para que se lance a estas corrientes religiosas, cuyos fundadores no son todos conocidos, se ha demostrado que Zoroastro; Moisés, Buda, Confucio, Jesucristo y Swedenborg han tenido los mismos principios, proponiéndose idéntico fin. Pero el último de todos, Swedenborg, puede ser que sea el Buda el Norte. Por oscuros y difusos que sean sus libros, se hallan en ellos los elementos de una concepción social grandiosa. Su teocracia es sublime y su religión es la única que puede admitir un espíritu superior. El es el único que hace llegar hasta Dios, produce sed de El, y despoja la majestad de Dios de los pañales en que la han envuelto las otras religiones humanas; le ha dejado donde está, haciendo gravitar en torno suyo sus innumerables creaciones y sus criaturas por transformaciones sucesivas que son un porvenir inmediato, más natural que la eternidad católica. Ha sabido lavar a Dios del reproche que le lanzan las almas tiernas sobre la perennidad de las venganzas por las cuales castiga las faltas de un instante, sistema sin justicia ni bondad. Cada hombre puede saber si le está reservado entrar en otra vida y si este mundo tiene sentido. Voy a intentar esta experiencia. Tal tentativa puede salvar al mundo mucho mejor que la cruz de Jerusalem o la espada de la Meca. Una y otra son hijas del desierto. De los treinta y tres años de vida de Jesús, sólo conocemos nueve; su vida silenciosa preparó su vida gloriosa. ¡Yo también necesito el desierto!».

A pesar de las dificultades de la empresa, he creído un deber intentar describir la

juventud de Lambert, aquella vida escondida y recatada, a la cual debo las únicas horas felices y los únicos recuerdos agradables de mi infancia. Excepto estos dos años, sólo he podido hallar preocupaciones y hastío. Si más tarde encontré la felicidad, esta felicidad fue siempre incompleta. Sin duda he sido excesivamente difuso en mis cosas; pero a falta de penetrar en toda su profundidad en el alma y en el cerebro de Lambert, dos palabras que representan imperfectamente los modos infinitos de su *vida interior*, sería casi imposible comprender la segunda parte de su historia intelectual, al igual desconocida para el mundo que para mí, pero cuya oculta actividad se desarrolló ante mí durante algunas horas. Aquellos a quienes este libro no haya caído aún en sus manos comprenderán, o por lo menos así lo espero, los acontecimientos que todavía me quedan por narrar y que en cierto modo constituyen una segunda existencia de esta criatura; ¿por qué no diré a esta creación, en la que todo llevaba el sello de lo extraordinario, incluso su fin?

Cuando Luis hubo regresado a Blois, su tío se apresuró a proporcionarle distracciones. Pero aquel pobre sacerdote se encontraba en aquella ciudad levítica como si fuera un leproso. Nadie tenía interés alguno en admitir en su casa a un revolucionario, a un juramentado. Sus relaciones se limitaban, pues, a unas pocas personas de las por entonces llamadas liberales, patriotas o constitucionales, a cuya casa iba a jugar su partida de *whist* o de *boston*. En la primera casa donde su tío le presentó, Luis encontró a una joven a la que su posición la obligaba a frecuentar aquel círculo reprobado por las personas pertenecientes al gran mundo, aunque su fortuna fuese lo suficientemente considerable para hacer suponer que más tarde podría alternar con la más alta aristocracia de la región. La señorita Paulina de Villenoix era la única heredera de la fortuna amasada por su abuelo, un judío llamado Salomón, que, contrariamente a los usos de su raza, había contraído matrimonio, ya a edad avanzada, con una mujer de religión católica. Tuvo un hijo educado en la comunión de su madre. Al fallecimiento de su padre, el joven Salomón compró, según expresión de la época, unas tierras e hizo erigir en baronía las propiedades de Villenoix, las cuales dieron nombre a su familia. Murió sin haber contraído matrimonio, pero dejando una hija natural a la cual legó la mayor parte de su fortuna, especialmente su propiedad de Villenoix. Uno de sus tíos, el señor José Salomón, fue nombrado por el señor de Villenoix tutor de la huérfana. Aquel viejo judío había ido tomándole tal afecto a su pupila que parecía dispuesto a los mayores sacrificios para poderla casar honorablemente. Pero el origen de la señorita de Villenoix y los prejuicios que siguen vigentes en provincias contra los judíos, no le permitían, a pesar de su fortuna y de la de su tutor, ser recibida en aquella sociedad exclusivista que se llama, con razón o sin ella, nobleza. No obstante, el señor José Salomón pretendía que, a falta de un hidalgüelo provinciano, su pupila podría escoger en París un esposo entre los Pares liberales o monárquicos; y, en cuanto a su felicidad, el buen tutor creía podérselo garantizar en las capitulaciones matrimoniales. La señorita de Villenoix contaba veinte años. Su notable hermosura, los encantos de su espíritu eran garantías

menos equívocas para su felicidad que todas aquellas proporcionadas por la riqueza. Sus rasgos ofrecían en su mayor pureza el carácter de la hermosa judía: aquellas líneas ovales, amplias y virginales que tienen no sé qué de ideal y respiran las delicias de Oriente, el azul inalterable de su cielo, los esplendores de su tierra y las fabulosas riquezas de su vida. Tenía unos maravillosos ojos velados por largos párpados con un fleco de pestañas, largas y rizadas. Una inocencia bíblica iluminaba su frente. Su tez tenía la blancura mate de los vestidos de los levitas. Permanecía habitualmente silenciosa y recogida; pero sus gestos, sus movimientos, testimoniaban una gracia oculta, lo mismo que sus palabras revelaban el espíritu suave y acariciador de la mujer. No obstante, carecía de aquel frescor rosado, de aquellos colores purpurinos que colorean las mejillas de la mujer durante sus años despreocupados. Matices morenos, mezclados con ciertos hilillos rojizos, sustituían en su rostro la coloración y revelaban un carácter enérgico, una irritabilidad nerviosa, que muchos hombres no gustan de hallar en una mujer, pero que para algunos otros son indicio de una castidad sensitiva y de fieras pasiones. En cuanto Lambert vio a la señorita de Villenoix adivinó, bajo aquellas formas, a un ángel. Las ricas facultades de su alma, su inclinación hacia el éxtasis, todo en él se resumió en un amor sin límites, en el primer amor de un joven, pasión ya de por sí intensa en otros, pero que el vivaz ardor de sus sentidos, la naturaleza de sus ideas y su género de vida debieron alcanzar en él una fuerza incalculable. Aquella pasión fue un abismo donde el desdichado se lanzó por completo, abismo al cual el pensamiento le horroriza descender, pues el suyo, tan flexible y tan fuerte, se perdió. Allí todo fue misterio, porque todo sucedió en el mundo moral, cerrado para la mayoría de los hombres, y cuyas leyes quizá le fueron reveladas para su desgracia. Cuando la casualidad me puso en relación con su tío, el buen hombre me introdujo en la habitación ocupada en aquella época por Lambert. Quería yo buscar en rastros de sus obras, si los había dejado. Allí, entre papeles cuyo desorden había sido respetado por aquel anciano, con el exquisito sentido del dolor que caracteriza a las personas de edad avanzada, encontré varias cartas demasiado ilegibles para que hubiesen sido remitidas a la señorita de Villenoix. El conocimiento que yo poseía de la caligrafía de Lambert me permitió, con la ayuda del tiempo, descifrar los jeroglíficos de aquella estenografía creada por la impaciencia y por el frenesí de la pasión. Llevado por sus sentimientos, escribía sin darse cuenta de la imperfección de las líneas demasiado lentas para formular su pensamiento. Debí verse obligado a copiar sus informes ensayos en los que frecuentemente las líneas se confundían unas con otras; pero quizá también creía que así daba a sus ideas formas bastante decepcionantes y, al principio, sus cartas de amor las escribía dos veces. Sea como sea, ha sido preciso todo el entusiasmo de mi culto por su memoria y la especie de fanatismo que proporciona una empresa de este género, para poder adivinar y restablecer el sentido de las cinco cartas que siguen. Estos papeles, conservados con singular piedad, son los únicos testimonios materiales de su ardiente pasión. Sin duda la señorita de Villenoix destruyó las cartas auténticas que le dirigió, fastos elocuentes

del delirio que ella causó. La primera de dichas cartas, que era evidentemente lo que llamamos un borrador, atestiguaba por su forma y su amplitud aquellas dudas, aquellas turbaciones del corazón, aquellos temores innumerables despertados por el deseo de gustar, aquellos cambios de expresión y aquellas incertidumbres entre todos los pensamientos que asaltan a un joven escribiendo su primera carta de amor: carta que siempre se recuerda, cada frase de la cual es fruto de un ensueño, cada palabra excita largas contemplaciones, en la que el sentimiento más desenfrenado comprende la necesidad de los más modestos giros y que, como un gigante que se inclina para poder entrar en una choza, se hace pequeño y humilde para no asustar a un alma de jovencita. Jamás anticuario alguno ha manipulado sus palimpsestos con más cuidado que tuve yo al reconstruir aquellos monumentos mutilados, con un dolor y una alegría tan sagradas, como los experimentados por aquellos que han conocido los mismos dolores y las mismas alegrías.

## I

«Señorita, cuando usted haya leído esta carta, si es que la lee usted, mi vida estará entre sus manos, ya que la amo; y para mí, esperar ser amado, es la vida. Ignoro si otras semejantes, han abusado de las palabras que empleo yo para explicarle el estado de mi alma; crea no obstante en la verdad de mis expresiones; son tímidas y sinceras. Tal vez hago mal en confesarle de esta forma mi amor. Si, la voz de mi corazón me aconseja esperar en silencio a que mi pasión la toque a fin de poderla devorar, si es que sus mudos testigos la disgustan; o, para expresarlo todavía más castamente que con palabras, si encontrase gracia a vuestros ojos. Pero, después de haber hecho caso de las delicadezas con las cuales se asusta un corazón tierno, he obedecido, al escribirle, el instinto que arranca horribles gritos a los agonizantes. He necesitado todo mi valor para poder imponer silencio al orgullo de la desventura y para franquear las barreras que los prejuicios alzan entre usted y yo. ¡He debido comprimir mis ideas para poderla amar a pesar de su fortuna! Para escribirla no era necesario afrontar aquel menosprecio que las mujeres suelen reservar para los amores cuya confesión no se acepta como un halago más. Así, debemos lanzarnos con todas nuestras fuerzas hacia la felicidad, sentirse atraído hacia la vida del amor como las plantas hacia la luz, haber sido lo bastante desdichado para haber podido vencer las torturas, las angustias de aquellas deliberaciones secretas en las que la razón nos demuestra de mil maneras la esterilidad de las confesiones que quedan escondidas en el fondo del corazón y donde no obstante la esperanza nos hace osados. Me sentía feliz admirándola en silencio, estaba tan completamente abismado en la contemplación de su hermosa alma que, viéndola, casi no podía imaginar nada superior. No, no me hubiera todavía atrevido a hablarle, si no me hubiese enterado de que estaba a punto de irse de esta ciudad. ¡A qué suplicio me ha lanzado una sola palabra! Por último, mi pena me ha demostrado el profundo afecto que siento hacia usted, que no tiene fronteras. Señorita, usted no lo sentirá jamás, al menos deseo muy



sinceramente que jamás pueda experimentar el terrible dolor causado por el temor a perder la única felicidad existente para nosotros en la tierra, lo único que ha lanzado un rayo de luz en las tinieblas de la miseria. Ayer sentí que mi vida no estaba en mí, sino en usted. Sólo existe para mí una mujer en el mundo, como existe un pensamiento en mi alma. No me atrevo a decirle hasta qué alternativa me reduce el amor que siento por usted. No deseando deber más que a usted misma, debo evitar el presentarme acompañado de todos los prestigios de la desgracia: ¿no son más activos que los de la fortuna sobre las almas nobles? Callaré, pues, muchas cosas. Sí, tengo una idea demasiado hermosa del amor para corromperla con pensamientos ajenos a su naturaleza. Si mi alma es digna de la suya, si mi vida es pura, su corazón sentirá algún generoso presentimiento, y usted me comprenderá. Está en el destino de cada hombre ofrecerse a aquella que le hace creer en la felicidad; pero tiene derecho a rechazar el sentimiento más verdadero si no está de acuerdo con las confusas voces de su corazón, lo sé. Si la suerte que usted me depare es contraria a mis esperanzas, señorita, invoco a la delicadeza de su alma virgen, así como a la ingeniosa piedad de la mujer. ¡Ah, se lo suplico de rodillas, queme esta carta, olvídelo todo! No se burle de un sentimiento respetuoso y demasiado metido en mi alma para poder desaparecer. ¡Destroce mi corazón, pero no lo hiera! ¡Que la expresión de mi primer amor de un amor joven y puro, no resuene más que en otro corazón joven y puro! ¡Que muera en él como una plegaria va a morir en el corazón de Dios! Le debo a usted agradecimiento: he pasado horas deliciosas viéndola a usted, entregado a los más dulces sueños que he experimentado en mi vida; no corone, pues, esta larga y pasajera felicidad con alguna broma de muchacha. Conténtese sencillamente con no responderme. Sabré interpretar correctamente su silencio, y ya no me verá más. Si debo ser condenado a comprender lo que es la felicidad y a no poderla gozar; si soy, como el ángel expulsado del Paraíso, que conserva el sentimiento de las delicias celestiales, pero que está perpetuamente atado a un mundo de dolor; entonces guardaré celosamente el secreto de mi amor, lo mismo que he guardado el de mi miseria. ¡Y adiós! Sí, la confío a Dios, a quien rogaré por usted, a quien pediré le dé una vida feliz; ya que aunque sea expulsado de su corazón, donde he entrado furtivamente sin su conocimiento, yo no la abandonaré jamás. De lo contrario, ¿qué valor podrían tener las santas palabras de esta carta constitutivas quizá de mi primera y mi última plegaria? Si algún día dejara de pensar en usted, de amarla, feliz, o desdichado ¿no merecería todas las angustias del mundo?».

## II

«¡Usted no se va! ¡Así, pues, soy amado!, yo, miserable ser oscuro. Mi querida Paulina desconoce el poder de la mirada en la que creo, y que me lanzó para anunciarme que había sido elegido por usted, por usted, hermosa y joven, que tiene el mundo a sus pies. Para poderle hacer comprender mi felicidad sería preciso contarle toda mi vida. Si usted me hubiese rechazado, todo hubiera terminado para mí. He

sufrido demasiado. Sí, amor mío, este benéfico y magnífico amor era un último esfuerzo encaminado a conseguir la vida feliz a la cual tendía mi alma, un alma ya agotada por inútiles esfuerzos, consumida por temores que me han hecho dudar de mí, corroída por la desesperación que más de una vez me ha invitado a morir. No, nadie en el mundo sabe nada del terror que mi fatal Imaginación me produce en mí mismo. Me levanta frecuentemente hasta los cielos y, de repente, me deja caer sobre la tierra desde una altura prodigiosa. Intimos impulsos de fuerza, algunos raros y secretos testimonios de una especial lucidez, me dicen, a veces, que puedo demasiado. Envuelvo entonces a todo el mundo con mi pensamiento, lo moldeo, le doy forma, me introduzco en él, le comprendo o creo comprenderlo; pero, súbitamente, me despierto solo, y me encuentro en una noche profunda, completamente mezquino; olvido los resplandores que acabo de ver, me siento desvalido, privado de toda ayuda, y sobre todo sin un corazón donde poder refugiarme. Esta desdicha de mi vida moral actúa igualmente sobre mi existencia física. La naturaleza de mi espíritu me entrega, indefenso, a las alegrías de la felicidad, como a las espantosas luminarias de la reflexión que las destruyen en cuanto las analizan. Dotado de la triste facultad de ver con la misma lucidez los obstáculos y los éxitos, según mi creencia momentánea, me siento feliz o desventurado. Así, cuando la vi a usted por primera vez, tuve el presentimiento de hallarme en presencia de una naturaleza angélica, de estar respirando un aire favorable para mi ardiente pecho; oí en mí aquella voz que jamás engaña, anunciándome una vida dichosa; pero al ver también todas las barreras que nos separan, pude comprender, por vez primera, los prejuicios del mundo; pude comprenderlos entonces en toda su mezquindad, y los obstáculos me asustaron aún más que la vida de felicidad que me exaltaba: inmediatamente experimenté aquella reacción terrible por la cual mi alma expansiva es rechazada contra sí misma, la sonrisa que usted hizo nacer en mis labios se trocó, repentinamente, en contracción de amargura, y procuré mostrarme frío mientras mi sangre estaba en ebullición agitada por mil sentimientos contradictorios. Por último, reconocí aquella sensación mordiente a la cual veintitrés años de suspiros reprimidos y de expansiones traicionadas, todavía no me han habituado. Pues bien, Paulina, la mirada con la cual me ha anunciado usted la felicidad, ha revigorizado mi vida, trocando mis miserias en felicidades. Mi amor se ha revelado en mí, en toda su grandeza. Mi alma era un vasto país al que faltaban los beneficios del sol y arrojó allí su luz. ¡Querida providencia! Todo lo serás para mí, pobre huérfano que no tiene más pariente que su tío. Usted será toda mi familia, como es usted mi única riqueza y el mundo entero para mí. ¿Nó me ha concedido ya usted todas las fortunas de la tierra con esta casta, con esta pródiga, con esta tímida mirada? Sí, usted me ha dado una confianza, una audacia, increíbles. Ahora me siento con fuerzas para intentar cualquier empresa. Regresé a Blois completamente descorazonado. Cinco años de estudios en París me habían hecho ver al mundo como si fuera una cárcel. Concebía ciencias enteras y no me

atrevía ni a hablar de ellas. La gloria me parecía una charlatanería a la cual un alma digna y pura no debía prestarse. Mis ideas, pues, no podían ser manifestadas más que por algún hombre lo bastante osado para encaramarse en el tablado de la prensa y hablar con voz tonante a los ingenuos a los que desprecia. Yo carecía de aquella intrepidez. Iba, herido por la hostilidad de aquella multitud, desesperando de poder ser algún día escuchado por ella. ¡Estaba demasiado alto y demasiado bajo a la vez! Devoraba mis ideas del mismo modo que otros tienen que devorar sus humillaciones. Había llegado a despreciar a la ciencia reprochándole el que nada aportaba a la real felicidad. Pero, desde ayer, todo ha cambiado en mí. Para usted codicio las palmas de la gloria y todos los triunfos del talento. Quiero, colocando mi cabeza sobre sus rodillas, hacer que reposen allí también todas las miradas del mundo, como deseo meter en mi amor todas las ideas, todos los poderes. La más inmensa de las famas es un bien que ningún poder, excepto el del genio, puede crear. Pues bien, yo puedo, yo quiero, hacerle a usted un lecho de laureles. Pero si las pacíficas ovaciones de la ciencia no la satisfacen, llevo también en mí la cuchilla de la palabra, sabré participar en la carrera de los honores y de la ambición, como hacen tantos otros. Hable, Paulina, que yo seré todo lo que usted desee que sea. Mi voluntad de hierro todo lo puede. ¡Soy amado! Armado con este pensamiento ¿no debe un hombre hacer que todo se doblegue ante él? Todo es posible para aquel que lo quiere todo. Sea usted el premio del éxito y mañana mismo entraré en liza. Para conseguir una mirada como la que me ha dirigido sería capaz de franquear el más profundo de los precipicios. Usted me ha hecho comprender las gestas caballerescas y las más caprichosas narraciones de *Las Mil y Una Noches*. Ahora creo ya en las más fantásticas exageraciones del amor, y el éxito de todo lo que intentan los prisioneros para conseguir su libertad. Ha despertado usted en mi ser mil virtudes aletargadas: la paciencia, la resignación, todas las fuerzas del corazón, todos los poderes del alma. Vivo por usted y, pensamiento delicioso, para usted. Ahora, en esta vida, todo tiene un sentido, para mí. Lo comprendo todo, incluso las vanidades de la riqueza. No me sorprendería si pusiera todas las perlas de la India a sus pies; gozo imaginándola acostada entre las más hermosas flores

o sobre las más suaves telas, y todos los esplendores de la tierra me parecen poco dignos de usted, para quien desearía poder disponer de los acordes y de las luces que prodigan las arpas de los serafines y las estrellas, en el cielo.

¡Pobre poeta estudioso! Mis palabras ofrecen tesoros que no tengo, en cambio sólo puedo darle mi corazón, donde reinará siempre. En él se hallan todos mis bienes. Pero ¿es que no existen tesoros de eterno agradecimiento en una sonrisa donde las expresiones son incesantemente variadas por una inmutable felicidad, en la atención constante de mi amor para adivinar los deseos de su alma amante? ¿Una mirada celestial no le ha dicho a usted que siempre nos comprenderemos? Ahora tengo, pues, siempre una plegaria que dirigir a Dios, plegaria plena de usted: “¡Señor, haz que mi Paulina sea feliz!”. ¿Pero es que no llena ya mis días del mismo modo que llena mi

corazón? ¡Adiós! ¡Sólo a Dios puedo confiarla!».

### III

«¡Paulina, dime si ayer te molesté en algo! Abjura de este orgullo de corazón que hace más intensas y secretas las penas causadas por un ser amado. Ríñeme. Desde ayer no sé qué vago temor de haberte ofendido expande tristeza sobre esta vida del corazón que tú me has hecho tan dulce y tan rica. Frecuentemente el más ligero velo interpuesto entre dos almas se convierte en un muro de cobre. ¡No existen crímenes ligeros en el amor! Si tienes conciencia de este hermoso sentimiento, debes experimentar todos los sufrimientos que te impone y debemos vigilar sin cesar para no enojarnos por causa de alguna palabra atolondrada. Así, mi querido tesoro, sin duda la falta viene de mí, si es que falta hubo. No poseo el orgullo de comprender un alma femenina en toda la extensión de su ternura, en todas las gracias de sus afectos; únicamente intentaré siempre adivinar el precio a que quieres revelarme tus secretos. ¡Háblame, dime algo, contéstame urgentemente! La melancolía en la cual nos sumerge el sentimiento de haber cometido algún error es algo espantoso que envuelve la vida toda y de todo nos hace dudar. Toda la mañana la he pasado sentado al borde de un camino solitario contemplando las torres de Villenoix, no atreviéndome a llegar hasta la verja. ¡Si supieras todo lo que he visto en mi alma! ¡Los tristes fantasmas que han pasado por mi imaginación, bajo el cielo gris cuyo frío aspecto aumentaba aún más mis sombrías disposiciones! Tuve siniestros presentimientos. Tuve miedo de no hacerte feliz. Debo decírtelo todo, mi querida Paulina. Existen momentos en que el espíritu que me anima parece como si se alejara de mí. Me siento como abandonado por la fuerza que poseo. Entonces todo me pesa, cada fibra de mi cuerpo se hace inerte, se detienen los sentidos, mi mirada se reblandece, mi lengua queda helada; la imaginación se apaga, los deseos mueren, sólo me queda mi vitalidad. Si tú estuvieras entonces conmigo, en toda la gloria de tu hermosura, me podrías prodigar tus más delicadas sonrisas y tus más tiernas palabras, se elevaría en mí una fuerza que me cegaría, traduciéndome en sus desacordes la más maravillosa de las melodías. En estos momentos, por lo menos así creo, se levanta ante mí un inexplicable genio razonado que me hace ver la nada en el fondo de las más ciertas riquezas. Este demonio implacable siega todas las flores, arranca los más dulces sentimientos diciéndome: “¿Y después, qué?”. Marchita la más maravillosa obra mostrándome el principio, me descubre el velo del mecanismo de las cosas y me esconde los resultados más luminosos. En estos momentos, cuando el ángel malvado se apodera de mí ser, cuando la luz divina se apaga en mi alma sin que pueda explicarme la causa, permanezco triste y sufro, me gustaría ser sordo y mudo, deseando la muerte al ver en ella un descanso. Estas horas de duda y de inquietud son, tal vez, necesarias; por lo menos me enseñan a no tener orgullo por los impulsos que me han llevado hasta los mismos cielos de los que cosecho ideas y pensamientos a manos llenas; ya que es siempre, después de haber recorrido los anchos campos de la inteligencia,

después de meditaciones luminosas, cuando, cansado y agotado, caigo en el limbo. En dichos momentos, ángel mío, una mujer debería dudar de mi ternura. Frecuentemente caprichosa, enfermiza o triste, reclamará los acariciadores tesoros de una ingeniosa ternura, y no tendría una mirada para consolarla. Siento la vergüenza, Paulina, de confesarte que entonces podría llorar contigo, pero que nada sería capaz de arrancarme una sonrisa. ¡Y, no obstante, una mujer encuentra en su amor la fuerza para callar sus penas! Para su hijo, o para aquel a quien ama, sabe reír aunque esté sufriendo. Para ti, Paulina, ¿no podría yo también imitar a las mujeres en esas sublimes delicadezas? Desde ayer, dudo de mí mismo. Si una vez te he disgustado, si no he podido comprenderte, tiemblo de poder verme arrastrado otras por mi fatal demonio fuera de nuestra esfera. ¿Si tuviera muchos de estos espantosos momentos? ¿Si mi amor sin límites no supiera reconquistar las horas malas de mi vida? ¿Si estuviera destinado a seguir siendo como soy?... ¡Fatales preguntas! La fuerza es un funesto regalo si, en realidad, lo que siento en mí es una fuerza. ¡Paulina, aléjate de mí, abandóname! Prefiero sufrir todos los dolores de la vida a saber que eres, desdichada por mí. Pero quizá el demonio no habría adquirido tanto predominio sobre mi alma si hubiera encontrado cerca de mí unas manos suaves y blancas para expulsarle. Jamás una mujer me ha prodigado el bálsamo de sus consuelos e ignoro si, cuando en los momentos de cansancio el amor agite sus alas por encima de mi cabeza, dará a mi corazón renovadas fuerzas. Quizá estas crueles melancolías son el fruto de mi soledad, uno de los dolores del alma abandonada que gime por penas desconocidas. A los placeres livianos, a los pequeños sufrimientos; a las inmensas dichas, a males insospechados. ¡Qué espera! De ser cierto esto, ¿no deberíamos estremecernos por nosotros mismos, que somos sobrehumanamente felices? Si la naturaleza nos vende las cosas según su valor, ¿en qué abismo vamos a caer? ¡Ah, los enamorados más afortunados son aquellos que mueren unidos en medio de su juventud y de su amor! ¡Qué tristeza! ¿Presenta mi alma un desastroso porvenir? Me examino y me pregunto si es que existe en mí algo que pueda proporcionarte la menor preocupación. ¿Te amo quizá de un modo egoísta? Puede ser que ponga sobre tu querida cabeza un fardo tan pesado que mi ternura no es suave a tu corazón. Si existe en mí algún poder inexorable al cual me veo obligado a obedecer, si debo maldecir cuando tú unas tus manos para rezar, si alguna triste idea me domina cuando quiera ponerme a tus pies para jugar contigo como lo haría un niño ¿no te sentirás celosa de este exigente y fantástico genio? Compréndelo bien, corazón mío, tengo miedo de no ser totalmente tuyo, tengo miedo de abdicar bajo la influencia de otros cetros, de otras palmas del mundo, y de que no seas tú mi eterno pensamiento; para ver en nuestro amor delicioso una hermosa vida y un hermoso poema; de entregar mi alma y agotar mis fuerzas exigiendo a cada momento las alegrías que nos debe. Pero he aquí que vuelven atropelladamente todos mis recuerdos de amor, las nubes de tristeza están a punto de disiparse. Adiós. Te dejo para ser más tuyo. Alma mía querida, espero de ti una palabra que devuelva la paz a mi corazón. Que sepa yo si he

hecho algo para entristecer a mi Paulina, o si alguna dudosa expresión de tu rostro me ha engañado. No quisiera tener nada que reprocharme, después de toda una vida dichosa, por haberme acercado a ti sin una sonrisa llena de amor, sin una palabra de miel. ¡Afligir a la mujer a quien se ama, para mí, Paulina, constituye un crimen! Dime la verdad, no me proñeras ninguna mentira generosa, pero procura desarmar tu perdón de toda clase de crueldad».

#### IV (FRAGMENTO).

«¿Es la felicidad una entrega tan completa? Sí, porque años enteros de dolor no pagan una sola hora de amor. Ayer, tu aparente tristeza ha pasado por mi alma con la rapidez de una sombra que se proyecta. ¿Estabas triste o sufrías? Yo sí he sufrido. ¿De dónde procedía esta pena? Escríbeme enseguida. ¿Porque no lo he adivinado? ¿No estamos todavía totalmente unidos por el pensamiento? Debería yo, tanto a dos leguas de ti como a mil, sentir tus penas y tus dolores. No estaré convencido de amarte lo bastante hasta que no tengamos la misma vida, la misma alma, la misma idea. Yo debo estar donde tú estás, ver lo que tú ves, sentir lo que tú sientas, y seguirte con el pensamiento. ¿No he sido yo el primero en saber que tu coche había volcado y que te habías herido? Pero aquel día yo no te había dejado, te veía. Cuando mi tío me preguntó por qué palidecía, le dije: “La señorita de Villenoix acaba de tener un accidente”. ¿Por qué, pues, no pude leer ayer en tu alma? ¿Querías esconderme la causa de tu pena? No obstante, he creído adivinar que habías realizado en favor mío algunos pasos poco afortunados, cerca de este temible Salomón que me hiela. Este hombre no pertenece a nuestro cielo. ¿Por qué quiere que nuestra felicidad, tan distinta a la de los demás, se adapte a las leyes del mundo? Pero amo demasiado tus mil pudores, tu religión, tus supersticiones, para dejar de obedecer al menor de tus caprichos. Lo que tú haces debe estar bien hecho; nada hay que sea más puro que tu pensamiento, del mismo modo que nada es más hermoso que tu rostro, en el que se refleja tu alma divina. Esperaré tu carta antes de lanzarme a recorrer los caminos para buscar el dulce momento que me concedes. ¡Ah, si supieras cómo el aspecto de las torres me hacen palpar, cuando las veo bordeadas de luz por la luna, nuestra amiga, nuestra única confidente!».

#### IV

«¡Adiós a la gloria, adiós al porvenir, adiós a la vida que soñaba! Ahora ya, mi bienamada, mi gloria es sólo ser digno de ti, ser tuyo; mi porvenir se halla únicamente en la esperanza de poder verte; y mi vida, ¿no consiste en estar a tus pies, en estar bajo tu mirada, en respirar a pleno pulmón en los cielos que tú me has creado? Todas mis fuerzas, todos mis pensamientos deben pertenecerte, a ti que me has dicho estas enardecedoras palabras: “¡Quiero tus penas!”. ¿No será esto robar las alegrías al amor, a los momentos de felicidad, a los sentimientos de tu alma divina, dando horas al estudio, ideas al mundo, poesías a los poetas? No, no, querida vida mía, quiero reservártelo todo para ti, quiero ofrecerte todas las flores de mi alma.

¿Existe algo que sea lo bastante hermoso, lo bastante espléndido, entre todos los tesoros de la tierra y de la inteligencia, para ser ofrendado a un corazón tan rico, a un corazón tan puro como el tuyo, al cual tengo la osadía de unir el mío? Sí, a veces siento el orgullo de creer que sé amar tanto como tú amas. Pero no, tú eres un *ángel-mujer*: siempre se hallará más encanto en la expresión de tus sentimientos, más gracia en tus sonrisas, más pureza en tus miradas que en las mías. Sí, déjame pensar que tú eres una creación de una esfera más elevada que aquella en que yo vivo; tú tendrás el orgullo de haber descendido, yo el de haberte merecido, y tú no te sentirás quizá decepcionada al venir hasta mí, pobre y desdichado. Sí, si el más bello asilo para una mujer es un corazón entregado a ella, tú serás siempre la soberana del mío. Ningún pensamiento, ningún acto, será capaz de modificar a este corazón, rico santuario, en tanto tú desees residir en él; pero ¿querrás estar continuamente? No has sido tú quien ha dicho estas deliciosas palabras: *¡Ahora y siempre!* ET NUNC ET SEMPER! He escrito bajo tu retrato estas palabras rituales, dignas de ti como son también dignas de Dios. *Ahora y siempre* existirá nuestro amor. No, no, jamás podrá extinguirse lo que es inmenso, infinito, sin límites; y tal es el sentimiento que hay en mí por ti, he adivinado su inconmensurable dimensión, del mismo modo que adivinamos el espacio por la medida de una de sus partes. Así he podido experimentar delicias inefables, horas enteras repletas de meditaciones voluptuosas, recordando uno sólo de sus gestos o el acento de sus frases. Nacerán, pues, recuerdos bajo el peso de los cuales sucumbiré, si ya el recuerdo de una hora dulce y familiar me hace llorar de alegría, me entenece, penetra en mi alma, y se convierte en una inagotable fuente de felicidad. ¡Amar es la vida del ángel! Me parece que nunca podré agotar el placer de verte. Este placer, el más modesto de todos, pero para el cual siempre falta tiempo, me ha dado a conocer las eternas contemplaciones en las que se enfrascan los serafines y los espíritus delante de Dios: nada más natural, ya que emana de su esencia una luz tan fértil en nuevos sentimientos como lo es la de tus ojos, la de tu frente imponente, la de tu bello rostro, celestial imagen de tu alma; el alma, este otro yo cuya pura forma jamás perece, hace que nuestro amor sea inmortal. Quisiera conocer otro lenguaje distinto de éste que empleo, para poder explicar las siempre renacientes delicias de mi amor; pero si es uno que nosotros hemos creado, si nuestras miradas son palabras vivas, no será necesario vernos para poder comprender por las miradas estas preguntas y estas respuestas del corazón tan vivas, tan penetrantes, al decirme una noche: “¡Cállate!”, cuando yo no decía nada. ¿Lo recuerdas, querida mía? Lejos de ti, cuando me hallo en las tinieblas de la ausencia, ¿no me veo obligado a emplear palabras humanas excesivamente débiles para expresar sensaciones divinas? Las palabras revelan, por lo menos, los surcos que ellas trazan en mi alma, como la palabra Dios resume imperfectamente las ideas que nosotros tenemos de este misterioso principio. Y además, a pesar de la ciencia y de lo infinito del lenguaje, nunca he podido hallar en sus expresiones nada que pueda expresar el delicioso abrazo por el cual mi vida se funde en la tuya cuando estoy

pensando en ti. ¿Con qué palabra terminar, cuando dejo de escribirte, sin abandonarte por esto? ¿Qué significa adiós sino morir? ¿Pero la muerte sería un adiós? ¿No se reuniría entonces mi alma más íntimamente aún con la tuya? ¡Oh, mis eternas ideas! Hace poco te ofrecía, de rodillas, mi corazón y mi vida; ahora, ¿qué nuevas flores de sentimiento podría encontrar en mi alma que no te haya dado ya? ¿No sería como entregarte una parcela del bien que ya posees por entero? ¿No constituyes tú mi futuro? ¡Cómo añoro el pasado! Estos años que no nos pertenecen más, quisiera entregártelos todos, y hacerte reinar en ellos como reinas en mi existencia actual. Pero ¿qué es el tiempo de mi existencia cuando no te conocía? Era la nada, a no ser por mis desgracias».

#### FRAGMENTO

«¡Amado ángel, qué dulce noche la de ayer! ¡Cuánta riqueza en tu amado corazón! ¿Es que tu amor es tan inagotable como el mío? Cada palabra tuya me proporciona nuevas alegrías y cada mirada me hace comprender toda la intensidad de tus sentimientos. La tranquila expresión de tu rostro, daba un horizonte sin límites a nuestros pensamientos. Sí, todo era entonces infinito como el mismo cielo y dulce como su azul. La delicadeza de tus facciones adoradas se reproducía, no sé por qué clase de sortilegio, en tus gentiles movimientos, en tus más mínimos gestos. Sabía que tú eras todo encanto y todo amor, pero ignoraba toda la variedad de tus gracias. Todo se conciliaba para aconsejarme aquellas voluptuosas sollicitaciones, para hacerme suplicar aquellas primeras gracias que una mujer rechaza siempre, sin duda para hacerlas aún más encantadoras. Pero no, tú, querida alma de mi vida, tú no sabrás jamás por anticipado qué es lo que puedes conceder a mi amor, y quizá te entregarás sin saberlo. Tú eres verdadera y sólo obedeces a tu corazón. ¡De qué manera tu voz se aliaba a la tierna armonía del aire puro y de los tranquilos cielos! ¡Ni el canto de un pájaro, ni un soplo de brisa!; ¡la soledad y nosotros! Las inmóviles hojas de los árboles no se atrevían a temblar ni en los admirables colores del sol poniente que son, a la vez, sombra y luz. ¡Tú has sentido aquellas celestes poesías, tú, que unes tan diversos sentimientos! ¡Que tantas veces dirigías los ojos hacia el cielo para no tener que responderme! ¡Tú, orgullosa y risueña, humilde y despótica, te entregabas toda entera en alma, en pensamiento, huyendo a la más tímida de las caricias! ¡Queridas coqueterías del corazón! Ellas vibran siempre en mis oídos, se mueven y agitan en ellos, aquellas deliciosas palabras medio balbuceadas como las de los niños, y que no eran promesas ni juramentos pero que dejaban al amor todas sus bellas esperanzas sin temores y sin tormentos. ¡Qué casto recuerdo para toda la vida! ¡Qué floración de todos los sentimientos que nacen en el fondo del alma, y que nada puede marchitar, pero que entonces todo lo animaba y fecundaba! Esto será, siempre, así, ¿no es cierto, amada mía? Al recordar, esta mañana, las intensas y frescas dulzuras que suenan aún en mí, siento en el alma una felicidad que me hace concebir al verdadero amor como un océano de sensaciones eternas y siempre renovadas, en el



que uno se sumerje con siempre crecientes delicias. Cada día, cada palabra, cada caricia, cada mirada, debe proporcionar el tributo de su alegría pasada. Sí, los corazones que son lo bastante grandes para no olvidar nada deben vivir, en cada latido, todas las felicidades pasadas, como todas aquellas que le promete el futuro. He aquí lo que soñaba en otro tiempo y que hoy en día no es más que un sueño. ¿No he encontrado en la tierra a un ángel que me ha hecho sentir toda la felicidad posible quizá para recompensarme de todos los sufrimientos que he padecido? Ángel del cielo, te saludo con un beso.

»Te envío este himno escapado de mi corazón, te lo debía; pero difícilmente podrá expresarte todo mi agradecimiento y las oraciones matinales que mi corazón dirige todos los días a aquella que ha sabido explicarme todo el evangelio del corazón con una sola palabra divina: «¡CREE!».

V

«¡Cómo, querida mía, se acabaron los obstáculos! ¡Seremos libres para ser el uno del otro, todos los días, todas las horas, todos los instantes, siempre! ¡Podremos permanecer, durante todos los días de nuestra vida, felices como lo somos furtivamente, en estos raros instantes! ¡Vaya!, nuestros sentimientos tan puros, tan profundos, tomarán las formas deliciosas de las mil caricias que he soñado. Tu pequeño pie se descalzará para mí, ¡serás toda para mí! Esta felicidad me mata, me agobia. Mi cabeza es demasiado débil, estalla por la violencia de mis pensamientos. Lloro y río, me vuelvo extravagante. ¡Cada placer es como una flecha ardiente que me hiere y me quema! Mi imaginación te hace pasar por delante de mis ojos maravillados, estupefactos, bajo las innumerables y caprichosas formas que produce la voluptuosidad. En fin, toda nuestra vida está allí, delante de mí, con sus momentos agitados, sus descansos, su alegría: burbujea, se detiene, duerme; después despierta nuevamente joven, fresca. Veo a los dos unidos, marchando al unísono, viviendo los mismos pensamientos; siempre uno en el corazón del otro, comprendiéndonos, entendiéndonos como el eco recibe y refleja el sonido a través de los espacios. ¿Se puede vivir mucho tiempo devorando así la vida a cada hora? ¿No nos moriremos en el primer abrazo? ¿Qué sucederá pues, cuando nuestras almas se confundan en ese dulce beso de la tarde, que nos dejará agotados; este beso sin duración, expresión de todos mis deseos, intérprete impotente de tantas plegarias escapadas de mi alma durante las horas de separación y escondidas en el fondo de mi corazón como si fuesen remordimientos? ¡Yo que me tumbaba en el suelo para seguir escuchando el ruido de tus pasos cuando regresabas al castillo, podré admirarte a voluntad, riendo, hablando, jugando!... ¡Alegría sin fin! Tú no puedes saber toda la alegría que siento al verte ir y venir: hay que ser hombre para poder experimentar esta clase de sensaciones profundas. Cada uno de tus movimientos me proporciona mayor placer del que pueda sentir una madre viendo a su hijo contento o dormido. Te quiero con todos los amores a la vez. La gracia de tu menor gesto es siempre algo nuevo para mí.

Me parece que podría pasar noches enteras respirando tu aliento; querría deslizarme en todos los actos de tu vida, convertirme en la sustancia misma de tus pensamientos, querría ser tú misma. ¡Por fin no tendré que separarme de ti! Ningún sentimiento humano podrá turbar nuestro amor, infinito en sus transformaciones y puro como todo aquello que es uno; nuestro amor como el mar, vasto como el cielo. ¡Tú eres mía! ¡Toda mía! ¡Podré, pues, mirar en el fondo de tus ojos para buscar tu querida alma que se esconde y se revela en ellos, para poder espiar tus menores deseos! Mi bienamada, permite que te diga algunas cosas que nunca hasta ahora me había atrevido a contarte. Sentía en mí no sé qué clase de pudor del alma que se oponía a la completa expresión de mis sentimientos e intentaba recubrirlos con formas del pensamiento. Pero ahora me gustaría poner mi corazón al desnudo, explicarte todo el ardor de mis sueños, desvelarte la hirviente ambición de mis sentidos irritados por la soledad en la que he vivido, constantemente inflamados por la espera de la felicidad y despertados por ti, por ti, tan dulce de formas, tan atractiva en tus modales. Pero ¿es posible explicar cómo me he sentido alterado por el mundo de felicidades desconocidas producidas por la posesión de la mujer amada y a la cual dos almas unidas por el amor deben prestar una fuerza de cohesión desenfrenada? Debes saber, Paulina mía, que he pasado horas enteras en un estupor causado por la Violencia de mis apasionados deseos, permaneciendo perdido en el sentimiento de una caricia como en una sima sin fondo. En aquellos momentos, mi vida entera, mis pensamientos, mis fuerzas, se fundían, se unían en esto que yo llamo un deseo, carente de palabras para expresar un delirio sin nombre. Y ahora puedo confesarte que el día en que me negué a aceptar la mano que tú me tendías con gracioso impulso, triste prudencia que te hizo dudar de mi amor, me hallaba en uno de aquellos momentos de enajenación en los cuales se piensa incluso en el crimen para poder poseer a una mujer. Sí, había sentido la deliciosa opresión que tú me ofrecíais tan intensamente como tu voz resonaba en mi corazón, y no sé a dónde me habría conducido la violencia de mis deseos. Pero yo soy capaz de callar y de sufrir. ¿Para qué mencionar estos dolores cuando mis contemplaciones van a convertirse en realidad? ¡Ahora me será permitido hacer de nuestra vida una sola caricia! Querida amada mía, se producen tales efectos de luz en tus cabellos negros, que me harían permanecer horas enteras entregado a la contemplación de tu linda persona, con lágrimas en los ojos, si no te volvieras hacia mí, diciéndome: “Termina ya, me estás avergonzando”. ¡Mañana todo el mundo sabrá nuestro amor! ¡Ah!, Paulina, tener que soportar las miradas de los demás, la curiosidad pública, encoge mi corazón. Vayamos a Villenoix, y quedémonos allí, lejos de todo y de todos. Desearía que ninguna criatura con faz humana entrase en el santuario en el que serás mía; quisiera incluso que después de nosotros no existiera nada, que todo fuera destruido. Sí, quisiera sustraer a la naturaleza entera una felicidad que nosotros somos los únicos en comprender, los únicos en sentir, y que es tan inmensa, que me sumerjo en ella para morir: es un abismo. No te asustes de las lágrimas que han humedecido esta carta, son

lágrimas de alegría. ¡Mi única felicidad, pues, no nos separaremos nunca más!».

En 1823 iba yo de París a Turena en diligencia. En Mer, el conductor admitió a un pasajero para Blois. Haciéndolo entrar en la parte del vehículo donde iba yo, le dijo bromeando:

—¡Aquí estará usted bien, señor Lefèvre!

En efecto, yo estaba solo.

Al oír aquel nombre, al ver a aquel anciano de cabellos blancos que parecía cuando menos octogenario, pensé inmediatamente en el tío de Lambert. Después de algunas preguntas insidiosas, supe que no estaba equivocado. El buen hombre venía de hacer la vendimia en Mer y regresaba a Blois. Tan pronto le solicité noticias de mi antiguo *compañero* de colegio, la cara del ex-oratoriano, grave y severa como la de un soldado que ha sufrido mucho, devino triste y sombría; las arrugas de su frente se contrajeron ligeramente; apretó los labios, me lanzó una mirada equívoca y me dijo:

—¿No lo ha visto desde que salió del colegio?

—No, a fe mía —le respondí—. Pero si ha existido olvido, tan culpable ha sido el uno como el otro. Ya lo sabe usted, los jóvenes acostumbran a llevar una vida aventurera y apasionada en cuanto dejan los bancos de la escuela, que es preciso volverse a encontrar para saber cuánto se siguen queriendo. No obstante, a veces, se presenta un recuerdo de juventud, y es imposible olvidar del todo, especialmente cuando se ha sido tan amigo como lo éramos nosotros dos, Lambert y yo. ¡Nos llamaban *Poeta y Pitágoras!*

Le di mi nombre; pero al oírlo, la cara del anciano se ensombreció aún más.

—¿No conoce entonces su historia? —prosiguió—. Mi pobre sobrino tenía que casarse con la más rica heredera de Blois; pero la víspera de la boda se volvió loco.

—¡Lambert loco! —exclamé atónito—. ¿A causa de qué? ¡Poseía la más rica memoria, el cerebro más sólidamente organizado, el juicio más sagaz que nunca haya conocido! Buen carácter, quizá demasiado apasionado por el misticismo; pero con el mejor corazón del mundo. ¿Es que le sucedió algo extraordinario?

—Veo que le conoció usted perfectamente —dijo el buen anciano.

Desde Mer hasta Blois estuvimos hablando de mi pobre camarada, haciendo extensas digresiones por las cuales me iba enterando de las particularidades que ya he reseñado para presentar los hechos en forma que los hiciera interesantes. Puse en conocimiento de su tío el secreto de nuestros estudios, la clase de ocupaciones a las que se entregaba su sobrino; después, el anciano me contó los acontecimientos de la vida de Lambert desde el momento en que yo me había separado de él. Según el señor Lefèvre, Lambert había exteriorizado signos de locura con anterioridad a su boda; pero aquellos síntomas son comunes a todos los que aman apasionadamente, y me parecieron menos característicos cuando tuve ocasión de conocer la violencia de su amor y a la señorita de Villenoix. En provincias, donde las ideas se enrarecen, un hombre lleno de ideas nuevas y dominado por un sistema, como era Luis, debía ser considerado, por lo menos, como un ser original. Su lenguaje debía de sorprender a la

gente, tanto más cuanto hablaba muy poco. Decía: *Este hombre no es de mi cielo*, cuando los demás decían: *De éste no sacaremos ni media fanega*. Cada hombre de talento tiene sus idiotismos particulares. Cuanto más amplio es el genio más considerables son las extravagancias que constituyen los diversos grados de la *originalidad*. En provincias un original es siempre considerado como medio loco. Las primeras palabras del señor Lefèvre me hicieron, pues, dudar de la locura de mi camarada. Mientras escuchaba al anciano, criticaba interiormente lo que me refería. El hecho más grave había tenido lugar unos días antes de la boda de los dos enamorados. Luis había tenido algunos ataques de catalepsia perfectamente caracterizados. Se había quedado durante cincuenta y nueve horas, inmóvil, con los ojos fijos, sin comer ni hablar; estado puramente nervioso del que son presa algunas personas sujetas a violentas pasiones; fenómeno muy raro, pero cuyos efectos son perfectamente conocidos por los médicos. Si algo había de extraordinario, era que Luis no hubiese sufrido ya mucho antes aquella enfermedad, a la cual le predisponían su éxtasis habitual y la naturaleza de sus ideas. Pero su constitución exterior e interior era tan perfecta que había resistido, hasta entonces, al abuso que había hecho de sus fuerzas. La exaltación, a la cual le hizo llegar la espera del mayor placer físico, aumentada en él por la castidad corporal y por la fuerza de su alma, había podido perfectamente determinar aquella crisis, cuyos resultados no son más conocidos que la causa que los provoca. Por otra parte, las cartas que la casualidad conservó, acusan su transición del idealismo puro en el que había estado viviendo hasta entonces, al sensualismo más agudo. Anteriormente calificamos de admirable este fenómeno humano en el cual Lambert veía la separación fortuita de nuestras dos naturalezas, y los síntomas de una ausencia completa del ser interior usando de sus desconocidos poderes bajo el imperio de una causa inobservada. Aquella enfermedad, abismo tan profundo, o más, de lo que pudiera serlo el sueño, se relacionaba con el sistema de pruebas que Lambert había expuesto en su *Tratado de la voluntad*. En el momento en que el señor Lefèvre me habló del primer ataque de Luis recordé, inmediatamente, una conversación que sostuvimos sobre aquel tema, tras de la lectura de un libro de medicina.

—Una meditación profunda, un hermoso éxtasis no son otra cosa, quizá —dijo terminando— que catalepsias en ciernes.

El día en que formuló, tan brevemente, su pensamiento, había estado intentando unir los fenómenos morales entre sí por medio de una cadena de efectos, siguiendo paso a paso todos los actos de la inteligencia, empezando por los simples impulsos del instinto puramente animal que es suficiente para muchos seres, especialmente para determinados hombres cuyas fuerzas se emplean totalmente en trabajos puramente mecánicos; después, yendo a la agregación de pensamientos, y llegando a la comparación, a la reflexión, a la meditación, finalmente al éxtasis y a la catalepsia. Ciertamente que Lambert creyó, con la ingenua conciencia de la juventud, haber conseguido un excelente plan para su libro, escalonando de este modo los diversos

grados de las potencias interiores del hombre. Recuerdo que, por una de aquellas fatalidades que hacen creer en la predestinación, cayó en nuestras manos el Martirologio en el que hallan contenidos los más curiosos hechos sobre la abolición completa de la vida corporal a la cual el individuo puede llegar en el paroxismo de sus facultades interiores. Reflexionando sobre los efectos del fanatismo, Lambert llegó a la conclusión de que las colecciones de ideas a las cuales damos el nombre de sentimientos pueden perfectamente ser el resultado de algún fluido que producen los hombres, más o menos abundantemente, según el modo cómo sus órganos absorben las substancias, generatrices del mismo en los medios en que viven. Nos apasionamos por la catalepsia, y, con el ardor que los muchachos ponen en sus empresas, probamos de soportar el dolor *pensando en otra cosa*. Nos cansamos mucho realizando algunas experiencias bastante parecidas a las de los convulsionistas del siglo pasado, fanatismo religioso que servirá algún día a la ciencia humana. Me subía sobre el estómago de Lambert, y permanecía allí, sin que éste experimentara el más mínimo dolor; pero a pesar de estas atolondradas tentativas, no sufrimos ningún ataque de catalepsia. Esta disgresión me parece conveniente para explicar mis primeras dudas, disipadas completamente por el señor Lefèvre.

—Después que le hubo pasado el ataque —me dijo— mi sobrino cayó en un terror profundo, en una melancolía que nada consiguió borrar. Se creía impotente. Me puse a cuidarlo con la atención de una madre para con su hijo, y le sorprendí felizmente en el momento en que iba a practicar en sí mismo la operación a la cual Orígenes creía deber su talento. Me lo llevé rápidamente a París para confiarle a los cuidados del doctor Esquirol. Durante el viaje Luis se sumió en una somnolencia casi continua, y no me reconoció. En París, los médicos le consideraron incurable, aconsejando unánimemente dejarle en la más completa soledad, evitando turbar el silencio necesario a su improbable curación, y metiéndole en una habitación ventilada donde la luz sería constantemente atenuada. La señorita de Villenoix, a quien yo había ocultado el estado en que se hallaba Luis —continuó parpadeando— pero cuya boda terminó por ser desechada, vino a París y se enteró de la decisión de los médicos. Inmediatamente expresó su deseo de visitar a mi sobrino, que apenas reconoció; después quiso, como es costumbre en las almas buenas, consagrarse a prestarle los cuidados necesarios para su curación. Decía que si hubiese sido su esposo, estaría obligada a hacerlo; ¿debía hacer menos por su prometido? Se llevó consigo a Luis a Villenoix, donde viven desde hace dos años.

En vez de proseguir mi viaje, me detuve en Blois con la intención de ir a visitar a Luis. El bueno del señor Lefèvre no permitió que me alojara en otro sitio que en su casa, donde me enseñó la habitación de su sobrino, los libros y todos los objetos que le habían pertenecido. Al mostrarme cada una de las cosas, se le escapaba al pobre anciano una exclamación dolorosa con la cual revelaba las esperanzas que el genio precoz de Lambert le había hecho concebir y el duelo espantoso en el que le sumía aquella irreparable pérdida.

—¡Este muchacho lo sabía todo, mi querido señor! —decía poniendo sobre una mesa el volumen que contenía todas las obras de Spinoza—. ¿Cómo una cabeza tan bien organizada ha podido enajenarse?

—Pero, señor —le respondí—. ¿No será efecto de su vigorosa organización? Si se halla realmente presa de esta crisis, aún no observada en todos sus aspectos, a la que llamamos *locura*, me siento tentado de atribuir su causa a su pasión. Sus estudios, su género de vida, habían llevado sus fuerzas y sus facultades a un grado de potencia más allá del cual la más ligera sobreexcitación debía hacer mella en la naturaleza; el amor las debe de haber elevado a una nueva expresión a la cual quizá calumniamos al calificarla sin conocerla. Por último, tal vez vio en los placeres de su matrimonio un obstáculo para la perfección de sus sentidos interiores y a su vuelo a través de los mundos del espíritu.

—Mi querido señor —replicó el anciano después de haberme escuchado con la mayor atención— su razonamiento es, sin duda, perfectamente lógico; pero, aun cuando lo comprendiera, ¿este triste conocimiento me consolaría de la pérdida de mi sobrino?

El tío de Lambert era uno de aquellos hombres que sólo viven por el corazón.

Al día siguiente partí para Villenoix. El anciano me acompañó hasta las afueras de Blois. Cuando hubimos llegado al camino que conduce a Villenoix, se detuvo para decirme:

—Comprenderá que no vaya con usted. Pero no se olvide de lo que le he dicho. En presencia de la señorita de Villenoix, procure aparentar no darse cuenta de que Luis está loco.

Quedóse callado en el sitio hasta el cual me había acompañado, y desde allí me siguió con la mirada hasta perderme de vista. Mientras me encaminaba al castillo de Villenoix no dejaba de experimentar serias emociones. Mis reflexiones se entrecruzaban en aquel camino que Luis había recorrido tantas veces con el corazón henchido de esperanza, con el espíritu exaltado por el aguijón del amor. Las matas, los árboles, los caprichos de aquel camino tortuoso, cuyos lindes se hallaban recorridos por arroyuelos, fueron adquiriendo un interés prodigioso para mí. Quería encontrar en ellos las impresiones y los pensamientos de mi desdichado camarada. Sin duda, aquellas conversaciones del atardecer, en aquel lugar donde se reunía con su amada, habían iniciado a la señorita de Villenoix en los secretos de aquella alma tan noble y tan amplia, como lo fui yo unos años antes. Pero el hecho que más me preocupaba, y que daba a mi peregrinaje un inmenso interés de curiosidad entre los sentimientos casi religiosos que me guiaban, era aquella magnífica creencia de la señorita de Villenoix que el anciano me había explicado: ¿se había, con el tiempo, contagiado de la locura de su enamorado o había entrado tan adentro de su alma que había podido comprender todos sus pensamientos, incluso los más confusos? Me perdía en aquel admirable problema de sentimientos que sobrepasaba las más maravillosas inspiraciones del amor y los afectos más bellos. Morir el uno por el otro

es un sacrificio casi vulgar. Vivir fiel a un sólo amor, es un heroísmo que ha llevado a la señorita Dupuis a la inmortalidad. Después que Napoleón el Grande y Lord Byron tuvieron sucesores allí donde habían amado, es necesario admirar a esta viuda de Bolinbroke; pero la señorita Dupuis podía vivir merced a los recuerdos de varios años de felicidad, mientras que la señorita de Villenoix, no habiendo conocido del amor más que sus primeras manifestaciones, me ofrecía el tipo de devoción en su más amplia expresión. Habiéndose vuelto casi loca, era sublime; pero comprendiendo, explicando la locura, añadía a las bellezas de un alma buena, una obra maestra de pasión digna de ser estudiada. Cuando pude ver las altas torres del castillo, cuya visión debió de emocionar muchas veces al pobre Lambert, mi corazón empezó a palpar desordenadamente. Me había asociado, por así decirlo, a su vida y a su situación acordándome de todos los acontecimientos de nuestra juventud. Finalmente llegué a un gran patio desierto, y penetré casi en el vestíbulo del castillo sin haber encontrado a nadie. El ruido de mis pasos hizo acudir a una mujer de edad avanzada, a la cual entregué la carta que el señor Lefèvre había escrito a la señorita de Villenoix. Pronto la mujer vino a buscarme y me hizo pasar a una sala enlosada con mármol blanco y negro, cuyas persianas estaban cerradas y en el fondo de la cual pude distinguir a Luis Lambert.

—Siéntese usted, caballero —me dijo con una voz dulce que llegaba al corazón.

Sin que me hubiese dado cuenta, la señorita de Villenoix se hallaba a mi lado y me trajo sin hacer ruido una silla que, al principio, no utilicé. La oscuridad era tan intensa que, durante los primeros momentos, tanto Luis como la señorita Villenoix me hicieron el efecto de dos masas negras que se movían en el fondo de aquella atmósfera tenebrosa. Me senté, presa de aquel sentimiento que nos sobrecoge, a pesar nuestro, cuando nos hallamos bajo las sombrías arcadas de una iglesia. Mis ojos, heridos todavía por el resplandor del sol, sólo pudieron irse acostumbrando gradualmente a aquella noche ficticia.

—Este señor —le dijo ella— es tu amigo del colegio.

Lambert no contestó. Por fin podía verle y me ofreció uno de aquellos espectáculos que se graban para siempre en la memoria. Estaba en pie, con los codos apoyados en el saliente que formaba la entabladura, de modo que su busto parecía flexionado bajo el peso de su cabeza inclinada. Sus cabellos, tan largos como los de una mujer, caían sobre sus hombros y rodeaban su cara de manera que le daban un gran parecido con los bustos que representan a los grandes hombres del siglo XVI. Su rostro era de una blancura perfecta. Ponía una de sus piernas encima de la otra con un movimiento maquinal que nada había podido reprimir y el frotamiento constante de los dos huesos producía un ruido horripilante. Cerca de él había un muelle colchón colocado sobre unas tablas.

—Muy raramente se acuesta —me dijo la señorita de Villenoix—, aunque, cada vez, duerme durante varios días.

Luis permanecía de pie, tal como yo le estaba viendo, día y noche, con los ojos

fijos, sin jamás bajar ni subir los párpados como hacemos habitualmente. Después de haber preguntado a la señorita de Villenoix si un poco más de luz podía causarle algún daño a Lambert, habiéndome contestado que no, abrí ligeramente la persiana, y pude ver entonces la expresión de la cara de mi amigo. ¡Ay!, estaba arrugado, pálido, sin luz ya en sus ojos, vidriosos como los de los ciegos. Todos sus rasgos parecían tirados por una convulsión hacia la parte alta de su cabeza. Intenté varias veces hacerle hablar, pero no me oía. Era un despojo arrancado de la tumba, una especie de conquista realizada por la vida sobre la muerte, o por la muerte sobre la vida. Al cabo de una hora, aproximadamente, seguía yo allí, hundido en una ensoñación indefinida, presa de mil pensamientos aflictivos. De repente, Luis dejó de frotarse las piernas una contra la otra y, con voz lenta, dijo:

—Los ángeles son blancos.

No podría explicar el efecto que aquella frase produjo en mí, ni el de aquella voz tan querida, cuyos acentos, penosamente esperados, parecían perdidos para siempre para mí. A pesar mío, mis ojos se llenaron de lágrimas. Un presentimiento involuntario pasó rápidamente por mi alma y me hizo dudar sobre si Luis había perdido la razón o no. Estaba, no obstante bien seguro de que no me veía ni me escuchaba; pero las armonías de su voz, que parecían revelar una felicidad divina, comunicaron a aquellas palabras una irresistible fuerza. Incompleta revelación de un mundo desconocido, su frase resonó en nuestras almas como un maravilloso carrillón de iglesia en medio de una noche profunda. Ya no me extrañó que la señorita de Villenoix creyese que Luis estaba perfectamente sano de entendimiento. Quizá la vida anímica había aniquilado la vida corporal. Quizá su compañera había tenido, cómo yo tuve entonces, vagas intuiciones de aquella naturaleza melodiosa y florida a la que nosotros llamamos, en su más amplia expresión, El. CIELO. Aquella mujer, aquel ángel, permanecía siempre allí, ante un telar de tapicería, y, cada vez que sacaba la aguja, miraba a Lambert expresando un sentimiento triste y dulce a la vez. No viéndome en disposición de seguir soportando aquel espantoso espectáculo, porque no sabía, como la señorita de Villenoix, adivinar todos los secretos, salí, y fuimos a pasear juntos durante un rato para hablar de ella y de Lambert.

—Sin duda —me dijo—. Luis debe parecer loco; pero no lo está, si es que el calificativo de loco debe aplicarse solamente a aquellos que, por causas desconocidas, tienen el cerebro viciado y que no ofrecen ninguna razón de sus actos. Todo está perfectamente coordinado en mi marido. Si físicamente no le ha reconocido, no crea usted que no le ha visto. Ha conseguido separarse de su cuerpo, y nos percibe bajo otra forma, aunque no sé cuál. Cuando habla dice cosas maravillosas. Frecuentemente termina con una palabra una idea iniciada en su espíritu, o empieza una proposición terminada mentalmente. Para los demás hombres parece un alienado; pero para mí, que vivo en su pensamiento, todas sus ideas son perfectamente lúcidas. Recorro el mismo camino que ha seguido su espíritu y aunque no conozca yo toda su extensión, por lo menos sí sé encontrarme con él al término del mismo. ¿A quién no le ha



sucedido más de una vez estar pensando en una cosa fútil y verse arrastrado hacia un pensamiento grave por ideas o recuerdos que se entremezclan? Frecuentemente, después de haber hablado sobre un tema frívolo, inocente punto de partida de alguna rápida meditación, un pensador olvida o calla el ligamen abstracto que le ha conducido a su conclusión, reempiendo la oración mostrando únicamente el último eslabón de aquella cadena de reflexiones. Las personas vulgares, para quienes esta velocidad de visión mental es desconocida, ignorando la labor interior del alma, se ríen del soñador y le tratan de loco si es contumaz en esta clase de olvidos. Luis siempre está así: continuamente da vueltas por los espacios del pensamiento, y se pasea por ellos con una vivacidad de golondrina, yo sé seguirle en sus vuelos. He aquí la historia de su locura. Tal vez algún día Luis regrese a esta vida en la cual nosotros seguimos vegetando; pero, si respira el aire de los cielos antes del tiempo en que nos será permitido respirarlo, ¿por qué deseamos verle regresar? Contenta de oír latir a su corazón, toda mi felicidad es estar cerca de él. ¿No es todo mío? Desde hace tres años, en dos ocasiones, le he poseído durante unos días; en Suiza, a donde le llevé, y en lo más recóndito de la Bretaña, en una isla a donde fuimos para que tomara baños de mar, ¡Por dos veces he sido completamente feliz! Ya puedo vivir de mis recuerdos.

—Pero —le pregunté—, ¿escribe usted las frases que pronuncia?

—¿Para qué? —me respondió.

Guardé silencio; las ciencias humanas eran pequeñas ante aquella mujer.

—En los momentos en que suele hablar —prosiguió ella— creo haber recogido sus primeras frases, pero dejé de hacerlo; entonces no entendía nada.

Se las pedí con una mirada; me comprendió, y he aquí lo que pude salvar del olvido:

## I

Aquí abajo, todo es producto de una SUBSTANCIA ETEREA, base común de numerosos fenómenos conocidos con los nombres impropios de *electricidad*, *calor*, *luz*, *fluido galvánico*, *magnético*, etc. La universalidad de las transmutaciones de esta substancia constituye lo que vulgarmente se conoce por materia.

## II

El cerebro es el matraz en el que el ANIMAL transporta lo que, según la potencia de este aparato, cada una de sus organizaciones puede absorber de dicha SUBSTANCIA, de donde sale transformada en voluntad.

La voluntad es un fluido, atributo de todo ser dotado de movimiento. De ahí las innumerables formas que afecta el ANIMAL y que son los efectos de sus combinaciones con la SUBSTANCIA. Sus instintos son el producto de las necesidades que les imponen los medios en los que se desarrolla. De ahí sus múltiples, variedades.

### III

En el hombre, la voluntad se convierte en una fuerza que le es propia, sobrepasando en intensidad a la de todas las demás especies.

### IV

Por su constante alimentación, la voluntad tiende a la SUBSTANCIA que vuelve a encontrar en todas las transmutaciones penetrando en ellas por medio del pensamiento, que es un producto particular de la voluntad humana, combinada con las modificaciones de la SUBSTANCIA.

### V

De la mayor o menor perfección del aparato humano dependen las innumerables formas que adopta el pensamiento.

### VI

La voluntad se ejerce por los órganos vulgarmente conocidos por los cinco sentidos que no son más que uno solo: la facultad de ver. El tacto como el gusto, el oído como el olfato, no son más que la vista adaptada a las transformaciones de la SUBSTANCIA que el hombre puede captar en sus dos estados, transformada y no transformada.

### VII

Todas las cosas que caen por la forma bajo el dominio del sentido único, la facultad de ver, se reducen a algunos cuerpos elementales cuyos principios se hallan en el aire, en la luz o en los principios del aire y de la luz. El sonido es una modificación del aire; todos los colores no son más que modificaciones de la luz; los perfumes son una combinación de aire y de luz; así, las cuatro expresiones de la materia en relación con el hombre, o sea el sonido, el olor, el color y la forma, tienen un mismo origen; no está muy lejano el día en que tendrá que reconocerse la filiación de los principios de la luz en los del aire. El pensamiento que se encamina a la luz se expresa por la palabra, que tiende al sonido. Para él, todo proviene, pues, de la SUBSTANCIA, cuyas transformaciones no se diferencian entre sí más que por el NÚMERO, por una cierta *dosificación* cuyas proporciones producen los individuos o las cosas de este que llamamos REINOS.

### VIII

Cuando la SUBSTANCIA es absorbida en número suficiente hace del hombre un instrumento de enorme potencia, que comunica con el principio mismo de la SUBSTANCIA y actúa sobre la materia orgánica del mismo modo que las grandes corrientes de agua absorben a las pequeñas. La volición pone en funcionamiento esta fuerza, independiente de la razón, y que, por su concentración, obtiene algunas de las

propiedades de la SUBSTANCIA, como la rapidez de la luz, como la penetración de la electricidad, como la facilidad de saturar los cuerpos, a las que podemos añadir la inteligencia de su propio poder. Pero existe en el hombre un fenómeno primitivo y dominante que no resiste ningún análisis. Podrá descomponerse al hombre por entero, se podrán encontrar en él los elementos de la razón y de la voluntad, pero siempre habrá algo imposible de identificar, una X a la que en otros tiempos no había prestado demasiada atención. Esta X es la PALABRA cuya comunicación quema y devora a aquellos que no están preparados para recibirla. Ella engendra incesantemente la SUBSTANCIA.

#### IX

La cólera, como todas nuestras expresiones apasionadas, es una corriente de la fuerza humana que actúa eléctricamente; su conmoción, cuando estalla, actúa sobre las personas presentes, incluso sin que éstas conozcan el fin o la causa. ¿No hay hombres que, por una descarga de su volición, cohiban los sentimientos de las masas?

#### X

El fanatismo y todos los sentimientos son fuerzas vivas. Dichas fuerzas, en ciertos seres, se convierten en ríos de la voluntad que reúnen y lo arrastran todo.

#### XI

Si existe el espacio, determinadas facultades conceden el poder de poderlo franquear con una tal rapidez, que sus efectos equivalen a su abolición. Desde tu lecho hasta las fronteras del mundo hay dos pasos: LA VOLUNTAD y la FE.

#### XII

Los hechos no son nada, no existen, en nosotros únicamente subsisten las ideas.

#### XIII

El mundo de las ideas se divide en tres esferas: la del instinto, la de las abstracciones y la de la especialidad.

#### XIV

La mayor parte de la humanidad visible, la parte más débil, mora en la esfera de la instintividad. Los instintivos nacen, trabajan y mueren sin poder pasar al segundo grado de la inteligencia humana: la abstracción.

#### XV

En la abstracción empieza la sociedad. Si la abstracción comparada con el instinto es una fuerza casi divina, es de una debilidad increíble comparándola al don de la especialidad, el único que puede explicar a Dios. La abstracción comprende a toda una naturaleza en germen, más virtualmente que la semilla contiene el sistema de una

planta y de los frutos de ésta. De la abstracción nacen las leyes, las artes, las ideas sociales; es la gloria y el azote del mundo: la gloria, porque ha sido la que ha creado a las sociedades; el azote, porque impide al hombre penetrar en la especialidad, que es uno de los caminos del infinito. El hombre juzga todo por sus abstracciones, el bien, el mal, la virtud, el crimen. Sus fórmulas legales son sus balanzas, su justicia es ciega; la de Dios ve, todo está ya allí. Necesariamente deben existir seres intermedios que separen el reino de los instintivos del de los abstractivos, en los cuales la instintividad se mezcla con la abstractividad en proporciones infinitas. Unos tienen más instintividad que abstractividad, y viceversa, que los otros. Existen además seres en los cuales las dos acciones se neutralizan al obrar sobre ellos fuerzas iguales.

## XVI

La especialidad consiste en ver las cosas del mundo material tan perfectamente como las del mundo espiritual en sus ramificaciones originales y consecuenciales. Las más maravillosas inteligencias humanas son las que salen de las tinieblas de la abstracción para alcanzar las luces de la especialidad. (Especialidad, *species*, vista, especular, verlo todo y de una sola vez; *speculum*, espejo o manera de apreciar una cosa viéndola por completo). Jesucristo fue un especialista, veía los hechos en sus raíces y en sus producciones, en el pasado que los había engendrado, en el presente en el que se manifestaban y en el futuro en el que se desenvolvían. Su vista penetraba en el pensamiento ajeno. Las perfecciones de la visión interior engendra el don de la especialidad. La especialidad vence a la intuición. La intuición es una de las facultades del HOMBRE INTERIOR para el cual el especialismo es un atributo. Actúa por medio de una imperceptible sensación ignorada de aquel que la obedece: Napoleón se alejó instintivamente del lugar donde, segundos después, estalló una granada.

## XVII

Entre la esfera del especialismo y la de la abstractividad se encuentran, como entre ésta y la de la instintividad, seres en los cuales los diversos atributos de los dos reinos se confunden y producen híbridos: los genios.

## XVIII

El especialista es, necesariamente, la más perfecta expresión del HOMBRE, el eslabón que une el mundo visible con los mundos superiores: actúa, ve y siente por su INTERIOR. El abstractivo piensa; el instintivo actúa.

## XIX

De ahí se deriva una división del hombre en tres grados: el *instintivo*, que se halla por debajo de la medida; el *abstractivo*, que está en el nivel; y el *especialista*, que está por encima. El *especialista* abre al hombre su verdadera carrera, el infinito empieza a aparecer en él; por esto, entrevé su destino.

## XX

Existen tres mundos: el NATURAL, el ESPIRITUAL y el DIVINO. La Humanidad transita por el mundo natural, que no es fijo ni en su esencia ni en sus facultades. El mundo espiritual es fijo en su esencia, pero móvil en sus facultades. El mundo divino es fijo en sus facultades y en su esencia. Existe, pues, necesariamente, un culto material, un culto espiritual y un culto divino; tres formas que se expresan por la acción, la palabra y la oración, o, dicho de otra manera, por los hechos, los pensamientos y el amor. El instintivo desea los hechos, el abstractivo se preocupa por las ideas, el especialista ve el fin, aspira a Dios al que presiente o contempla.

## XXI

También es posible, que en determinado día, el sentido inverso del ET VERBUM CARO FACTUM EST constituya el resumen de un nuevo Evangelio que dirá: Y LA CARNE SE HIZO VERBO, ELLA SE CONVERTIRA EN LA PALABRA DE DIOS.

## XXII

La resurrección se realiza por medio del viento del cielo que barre los mundos. En ángel traído por el viento no dice: «¡Muertos, levantaos!». Dice: «¡Que los vivos se pongan en pie!».

Tales son los pensamientos a los cuales pude, no sin mucho trabajo, dar formas en relación con nuestra manera de pensar. Había otros que Paulina recordaba con más exactitud, ignoro por qué razón, y que transcribí; pero éstos constituyen una verdadera desesperación para el espíritu, cuando, sabiendo de qué inteligencia provienen, se pretende comprenderlos. Citaré algunos, para terminar el esbozo de aquel carácter y quizá también porque, en estas sus últimas ideas, la fórmula de Lambert abraza mejor a los mundos que la precedente, que parece aplicarse especialmente al movimiento zoológico. Pero entre estos dos fragmentos existe una correlación evidente para las personas, bastante raras ciertamente, que disfrutaban introduciéndose en estas cavernas intelectuales.

## I

Todo aquí abajo solamente existe por el movimiento y por el número.

## II

El movimiento, en cierto modo, es el número en acción.

## III

El movimiento es el producto de una fuerza engendrada por la palabra y por una resistencia, que es la materia. Sin la resistencia el movimiento carecería de resultado, su acción habría sido infinita. La atracción de Newton no es una ley, sino un efecto de la ley general del movimiento universal.

#### IV

El movimiento, en razón de la resistencia, produce una combinación que es la vida; en cuanto uno u otra es más fuerte, la vida acaba.

#### V

Ninguna parte del movimiento es estéril, en cualquier parte engendra el número; pero puede ser neutralizado por una resistencia superior, como en los minerales.

#### VI

El número, que produce todas las variedades, engendra igualmente la armonía que, en su más alta expresión, es la relación entre las partes y la unidad.

#### VII

Sin el movimiento, todo sería una única y misma cosa. Sus productos, idénticos en su esencia, sólo se diferencian por el número que ha producido las facultades.

#### VIII

El hombre tiende a las facultades, el ángel a la esencia.

#### IX

Uniéndolo su cuerpo a la acción elemental, el hombre puede llegar a unirse a la luz por su INTERIOR.

#### X

El número es un testimonio intelectual que no pertenece a nadie más que al hombre, y por el cual puede llegar al conocimiento de la palabra.

#### XI

Existe un número que el impuro es incapaz de franquear, el número donde la creación es finita.

#### XII

La unidad ha sido el punto de partida de todo lo que ha sido producido; es el resultado de compuestos, pero la finalidad debe ser idéntica en sus comienzos. De ahí esta fórmula *espiritual*: Unidad compuesta, unidad variable, unidad fija.

#### XIII

El Universo es, pues, la variedad dentro de la unidad. El movimiento es el medio, el número es el resultado. La finalidad es el regreso de todas las cosas a la unidad, que es Dios.

#### XIV

TRES y SIETE son los dos más grandes números *espirituales*.

XV

TRES es la fórmula de los mundos creados. Es el signo *espiritual* de la creación así como el signo *material* de la circunferencia. En efecto, Dios no ha procedido más que por líneas circulares. La línea recta es atributo de lo infinito; así el hombre, que presiente el infinito, la reproduce en sus obras. DOS es el número de la generación. TRES es el número de la existencia, comprendiendo la generación y el producto. Añadiendo el cuaternario, obtendremos el SIETE, que es la fórmula del Cielo. Dios está por encima, El es la unidad.

Después de ir a visitar todavía una vez a Lambert, me separé de su mujer, y regresé preso de ideas contradictorias a la vida social, a la que renuncié, a pesar de mi promesa de volver a Villenoix. El ver a Luis había ejercido en mí una inexplicable influencia siniestra. Tenía miedo de volver a encontrarme en aquella atmósfera enervante donde el éxtasis era algo contagioso. Cualquiera habría sentido, como yo sentí, el deseo de precipitarse en el infinito, lo mismo que los soldados se suicidan en la garita en la que se suicidó uno de ellos en el campamento de Boulogne. Es sabido que Napoleón se vio obligado a quemar aquella caja de madera, depositaría de ideas llegadas al estado de miasmas mortales. Posiblemente sucedía con la habitación de Luis como con aquella garita. Estos dos hechos serían pruebas de más en favor de su sistema sobre la transmisión de la voluntad. Sufrí preocupaciones extraordinarias que sobrepasaron en mucho los más fantásticos efectos que puedan causar el té, el café, el opio, el sueño y la fiebre, agentes misteriosos cuya terrible acción se apoderan a menudo de nuestros cerebros. Quizá hubiera podido transformar en un libro completo estos residuos de pensamientos, comprensibles únicamente para determinados espíritus acostumbrados a asomarse al borde de los abismos, con la esperanza de poder llegar a ver el fondo. La vida de aquel inmenso cerebro, que sin duda se resquebrajó por todas partes como un imperio excesivamente extenso, hubiera tenido que ser desarrollada en las narraciones de las visiones de aquel ser, incompleto por exceso de potencia o de debilidad; pero he preferido, dar cuenta de mis impresiones que hacer una obra más o menos poética.

Lambert falleció, a los veintiocho años de edad, el 25 de septiembre de 1824, en brazos de su amiga. Ella le hizo enterrar en una de las islas del parque de Villenoix. Su tumba consiste en una sencilla cruz de piedra, sin nombre, sin fecha. Flor nacida en el borde de una sima debía morir desconocida, con sus colores y sus aromas desconocidos. Como muchas personas incomprendidas, ¿no había frecuentemente deseado sumergirse orgullosamente en la nada para dejar en ella el secreto de su vida? No obstante, la señorita de Villenoix habría tenido el perfecto derecho de inscribir en aquella cruz los nombres de Lambert, añadiendo los suyos. Después de la pérdida de su marido, esta nueva unión ¿no es su esperanza de cada hora? Pero las vanidades del dolor son totalmente ajenas a las almas fieles. Villenoix cae en ruinas.

La mujer de Lambert no lo habita ya, sin duda para ver mejor allí cómo fue ella antaño. No hace mucho se le oyó decir:

—Yo tuve su corazón, su inteligencia es de Dios.

En el castillo de Saché, junio-julio 1832.



# Notas

[1] El autor de la experiencia de Barcelona debe ser Salomón de Caux y no de Caus. Este gran hombre estuvo siempre perseguido por la desgracia. Aún después de su muerte aparece desnaturalizado su apellido. Salomón, cuyo retrato original y hecho a la edad de cuarenta y seis años, ha sido hallado por el autor de la Comedia Humana en Heidelberg, nació en Caux, en Normandía. <<

[2] El obelisco de la Plaza de la Concordia. N. del T. <<

[3] Una fe, un señor. <<

[4] Que llevaba en la sangre. <<

[5] Francos de 1820, lo cual supone una fabulosa suma actual. <<

[6] El cardenal de Lorena. <<

[7] Pero. <<



[8] ¡Maldita María! <<

[9] Odiad y esperad. <<

[10] ¡Pobrecito mío! <<

[11] Lo mismo que en español, pero sin acento. <<

[12] De 1846. <<

[13] Juego de palabras: taquin (díscolo) con Tarquino. <<

[14] ¡Cabezota! <<

[15] ¡Oh, calzonazos! <<



[16] ¡Eso es! ¡He dicho! <<

[17] Aherrojados en un Averno. <<

[18] En español en el original. <<

[19] En italiano en el original: «Vaya, estúpido». <<